

Problemas teóricos
y metodológicos
en el análisis
sociolingüístico
de los marcadores
conversacionales:
boludo en el español
argentino

Markéta Šmídová

EDITORIAL

de la Universidad de Bohemia
del Sur de České Budějovice

EDITORIAL
de la Universidad de Bohemia
del Sur de České Budějovice

**Problemas teóricos
y metodológicos
en el análisis sociolingüístico
de los marcadores
conversacionales: *boludo*
en el español argentino**

.....

Markéta Šmídová

Šmídová, Markéta

Problemas teóricos y metodológicos en el análisis sociolingüístico de los marcadores conversacionales: *boludo* en el español argentino / Markéta Šmídová. --

Primera edición. -- České Budějovice : Editorial de la Universidad de Bohemia del Sur de České Budějovice, 2023. -- 1 online zdroj. -- (Episteme. Theoria)

Anglické resumé

Obsahuje bibliografii, bibliografické odkazy a rejstřík

ISBN 978-80-7694-025-3 (online ; pdf)

* 811.134.2 * 81'24 * 801.73 * 81'27 * 81'2/44 * 81'1:001.891 * (82) * (048.8)

– španělština -- Argentina

– konverzace

– diskurzivní analýza

– sociolingvistika

– pragmatika

– lingvistický výzkum

– monografie

811.134 - Iberorománské jazyky [11]

La publicación es resultado del proyecto «Problemas teóricos y metodológicos relativos al análisis sociolingüístico de los marcadores conversacionales: *boludo* en el español argentino», 02/GA FF/2020, subvencionado por la Agencia de Becas de la Facultad de Letras de la Universidad de Bohemia del Sur de České Budějovice. Sus secciones parciales son también resultado de los proyectos «Una perspectiva sociolingüística de los marcadores conversacionales en el español rioplatense: problemas metodológicos en el análisis de los componentes discursivos», GA JU 024/2015/H, y «Desarrollo de programas de estudios doctorales en la Facultad de Letras de la Universidad de Bohemia del Sur – Aspectos teóricos, metodológicos y editoriales de los estudios literarios y lingüísticos», GA JU 143/2016/H, subvencionados por la Agencia de Becas de la Universidad de Bohemia del Sur de České Budějovice.

Reseñadoras:

prof. Mgr. Lic. Lenka Zajícová, Ph.D.

doc. Mgr. Miroslava Aurová, Ph.D.

© Markéta Šmídová, 2023

© Universidad de Bohemia del Sur de České Budějovice,

Editorial de la Universidad de Bohemia del Sur de České Budějovice, 2023

DOI: 10.32725/978-80-7694-024-6

ISBN: 978-80-7694-024-6

ISBN: 978-80-7694-025-3 (PDF)

Nahuel: Che, loco, ¿nunca les llenaron esa máxima que dice que no te podés tomar un texto en serio si está en Comic Sans y nunca les pasó que es verdad?

Rosa: Sí, sí, sí.

Nahuel: Es verdad, boluda, no te lo podés tomar en serio.

Manuel: ¿Se acuerdan cuando el ministro renunció con una carta en Comic Sans MS?

Nahuel: Genial. ¿Qué puso? "¡Che, me voy!"

Extraído de un corpus propio de la autora (2015), simplificado.

Índice

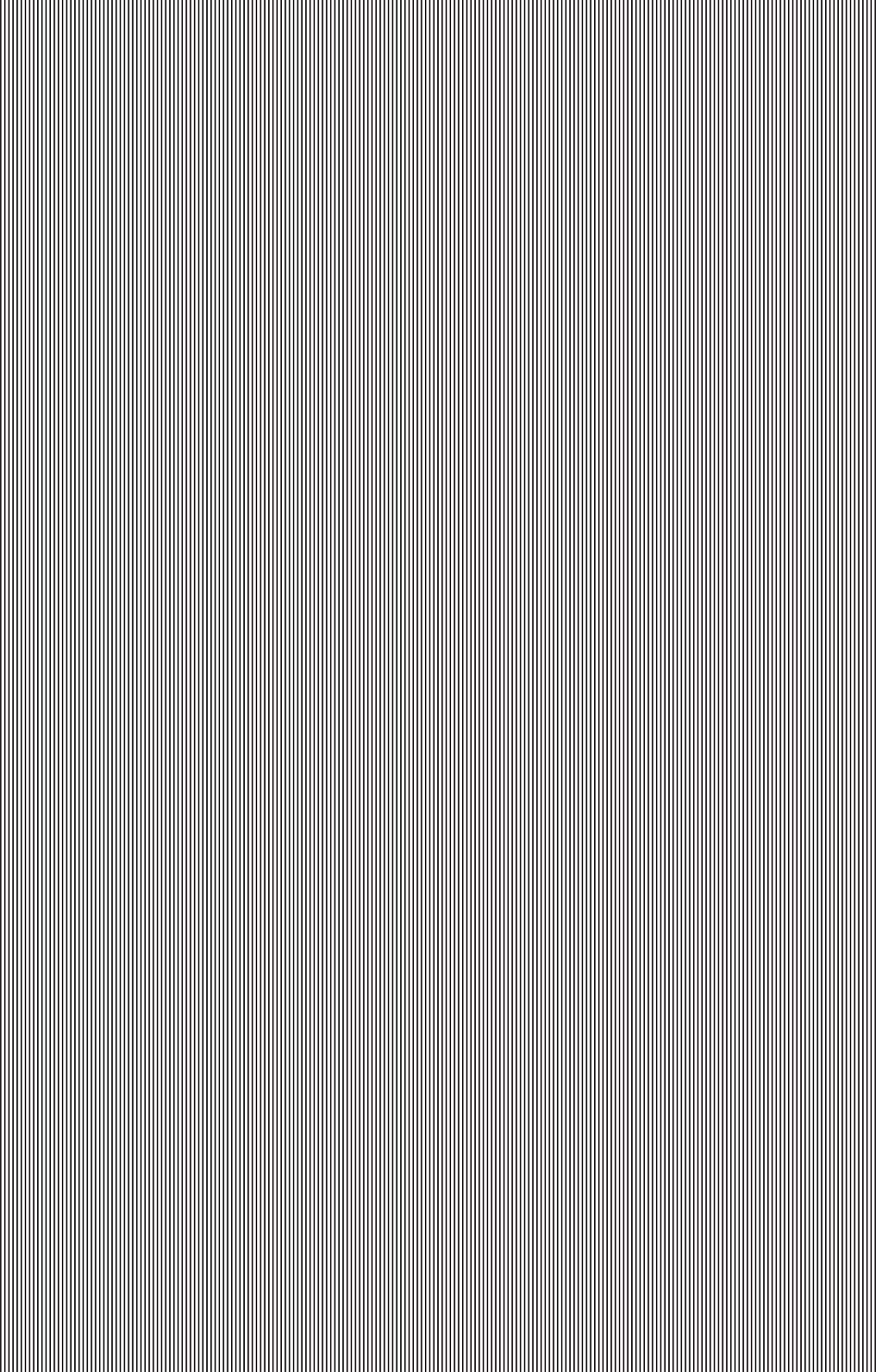


Prefacio	13
Introducción	17
1. Panorama de enfoques teóricos	23
1.1 Interdisciplinariedad	25
2. Análisis de la conversación	31
2.1 Erving Goffman y el orden de la interacción	32
2.2 Harold Garfinkel y la etnometodología	34
2.3 Otras corrientes que estudian la interacción	38
2.4 Análisis de la conversación y lingüística	40
2.5 Objeto, definiciones y métodos del análisis de la conversación	43
2.6 Conceptos fundamentales del análisis de la conversación	46
2.6.1 Turno de habla y sus componentes	47
2.6.2 Asignación	48
2.6.3 Solapamientos	49
2.6.4 Secuencias y preferencia	50
2.6.5 Reparaciones	52
2.6.6. Diseño para el receptor	54
2.6.7 Estructura global de la conversación	55
2.7 Aportación del AC al estudio de los marcadores conversacionales	57
2.7.1 Identificación de criterios para la ocurrencia de marcadores en la conversación	67
2.8 Resumen	69
3. Análisis del discurso	71
3.1 Análisis del discurso frente a lingüística del texto	77
3.2 Discurso, texto, conversación	80
3.3 Data, teoría y métodos en el análisis del discurso	84
3.4 Discurso hablado frente a discurso escrito	87

3.5	Conceptos seleccionados de la pragmática	89
3.6	Conceptos seleccionados de la sociolingüística interaccional	99
3.7	Coherencia en la conversación	103
3.8	Función fática y otras funciones en la conversación.....	109
3.9	Conversación.....	114
3.9.1	Parámetros de la conversación	115
3.9.2	Estilo conversacional	118
3.9.3	Cortesía en la conversación.....	120
3.9.4	(A)simetría, poder, solidaridad, jerarquía	122
3.9.5	Unidad mínima estructural de la conversación	125
3.10	Concepción hispánica del análisis del discurso	129
3.11	Marcadores conversacionales.....	134
3.11.1	Definición de marcadores conversacionales	140
3.11.2	Resumen sobre los marcadores conversacionales.....	145
3.11.3	Vocativo y marcadores conversacionales	150
3.12	Resumen.....	164
4.	Sociolingüística	167
4.1	Marcadores en el contexto de la sociolingüística	167
4.2	Desarrollo y diferenciación de la sociolingüística	168
4.3	John Gumperz y la sociolingüística interaccional	174
4.3.1	Delimitación de la sociolingüística interaccional	177
4.3.2	Metodología en la sociolingüística interaccional.....	178
4.4	Sociolingüística variacionista	80
4.4.1	Introducción a la metodología: reflexión sobre los datos.....	184
4.4.2	Construcción de la muestra: cuántos datos y de quién	186
4.4.3	Determinación de grupos etarios y clases sociales	192
4.4.4	Métodos de recopilación de datos y aspectos éticos	197
4.4.5	Análisis e interpretación de los datos	204
4.4.6	Alternancia de códigos, cambio de estilo.....	209
4.5	Sociolingüística variacionista e interaccional y marcadores	213
4.6	Resumen	220

5. Interdisciplinariedad: resultados	221
6. Problemas metodológicos en el análisis sociolingüístico de marcadores	225
6.1 Recopilación de datos frente al análisis	226
6.2 Observación directa, participante y anónima	228
6.3 Espontaneidad	230
6.4 Nivel fonológico y morfosintáctico frente al conversacional	231
6.4.1 Nivel fonológico	231
6.4.2 Nivel morfosintáctico	233
6.4.3 Nivel discursivo-conversacional	234
6.5 Elección de la estrategia analítica	238
6.6 Inconvenientes de la triangulación	239
6.7 Garantizando la eficacia: esquemas combinados	242
6.8 Diseño del enfoque modelo	245
6.9 Resumen	249
7. Antecedentes de la investigación y elección del marcador	251
7.1 Preliminares de la investigación	251
7.2 Acerca del proyecto de investigación	257
7.3 Elección de la población, español argentino	260
7.4 Tipo de discurso y elección del marcador	262
7.4.1 <i>Boludo</i> : etimología y propiedades básicas	263
7.5 Construcción de la muestra, recopilación y etiquetado de los datos	270
7.5.1 Estrategia de muestreo	275
7.5.2 Naturaleza del material lingüístico y ética	276
7.5.3 Datos audiovisuales y su etiquetado	278
7.6 Resumen	281
8. Análisis funcional y cualitativo de <i>boludo</i>	283
8.1 Sistema de transcripción	285
8.2 Criterio posicional	288
8.2.1 Posiciones	296
8.2.2 Mecanismo conversacional	309
8.3 Pragmática, relevancia e inferencia	315
8.4 Funciones	320

8.5	Contextualización y estilo: cortesía, jerarquía y solidaridad	327
8.6	<i>Boludo</i> y variables sociales: primeras observaciones.....	335
8.7	Resumen	336
9.	Análisis cuantitativo de <i>boludo</i>	339
9.1	El papel de la edad	340
9.2	Influencia de la variación estilística.....	341
9.3	Principales observaciones cuantitativas	342
9.3.1	<i>Boludo</i> y la edad.....	347
9.3.2	<i>Boludo</i> y las clases sociales.....	351
9.4	Resumen	356
10.	Comparación de los marcadores <i>che</i> y <i>boludo</i>	359
10.1	Prefacio: ¿ <i>che</i> y <i>boludo</i> equivalentes?	360
10.2	Comparación cualitativa	364
10.2.1	Influencia de la categoría gramatical originaria	365
10.2.2	<i>Che</i> y <i>boludo</i> como vocativos y su función conversacional primaria.....	365
10.2.3	Relaciones de jerarquía e intimidad en el hogar y en la familia	367
10.2.4	Entorno académico y otros ámbitos (semi)formales	369
10.2.5	<i>Boludo</i> en la comunicación grupal, cambio de estilo	372
10.2.6	Percepción por la (soci)edad.....	376
10.2.7	Expresividad	379
10.2.8	Comunicación intercultural	381
10.2.9	Resumen	383
10.3	Comparación cuantitativa.....	384
10.3.1	Comparación sociolingüística cuantitativa	385
10.3.2	Comparación funcional-posicional triangulada	394
10.3.3	Resumen	401
10.4	Introspección	402
	Conclusión	413
	Referencias bibliográficas	421
	Índice onomástico	441
	Summary	445



Prefacio



Mi entusiasmo por el español rioplatense me encaminó hacia el mundo académico hace casi quince años. Como estudiante del Instituto de Estudios Románicos de la Facultad de Letras de la Universidad de Bohemia del Sur, fui perfeccionando mi competencia lingüística, pero, ante todo, descubrí la magia de lo que significa reflexionar sobre la lengua, cómo conceptualizar su estructura y funcionamiento, y por qué hacerlo. Mis guías desde el principio fueron figuras destacadas de la romanística checa. Los profesores Jana Králová, Jitka Radimská, Jan Radimský, Ondřej Pešek, Pavel Štichauer y, sobre todo, mi mentora y gran amiga, Miroslava Aurová. Ella ha sido una extraordinaria fuente de inspiración para mí desde el principio, ya que intuyó mi interés por la interacción coloquial espontánea y, en 2011, me planteó por primera vez la idea de dedicarme a los marcadores conversacionales.

Esto me abrió las puertas a un mundo en el que gané la oportunidad de compaginar mis intereses por la sociedad humana y por la naturalidad de la comunicación hablada cotidiana. Explorar cómo los distintos papeles sociales que asumimos a lo largo del día se traducen en nuestras interacciones verbales con otras personas, y cómo nos ayudamos a nosotros mismos cuando estamos bajo la presión de una necesidad inmediata de responder a algo, negociar nuestras actitudes o simplemente mantener el derecho a hablar. Resulta fascinante ver cómo en los distintos idiomas del mundo utilizamos recursos similares para expresar solidaridad, así como para comunicarnos con fluidez, independientemente de nuestros ingresos, formación u orígenes sociales. Aun así, expresiones como *vole* checo, *güey* mexicano o *dude* angloamericano se califican a menudo de meras palabras de relleno o muletillas, como si se quisiera sugerir que son inapropiadas e indebidas. Pero todos entramos en la comunicación informal cara a cara en la vida cotidiana. Y es justamente a su desarrollo a lo que pertenecen los marcadores; de lo contrario, el habla sería tan solo un esqueleto, un molino sin agua, un cuerpo sin alma.

El español argentino, que me cautivó a través de la música a los nueve años, es rico en marcadores conversacionales y refleja la di-

versidad sociocultural de Argentina. Por ello, ya desde el comienzo –incluidos mis trabajos de grado y máster–, decidí centrarme en el marcador *che*, y más tarde en su aparente competidor *boludo*. Sin embargo, para investigar la lengua hablada y su reflejo en la sociedad, se requieren datos naturales, razón por la cual establecí una intensa colaboración con la Universidad Nacional de San Martín en Buenos Aires (UNSAM), gracias a la cual llevé a cabo varias investigaciones de campo y obtuve grabaciones auténticas del habla de porteños nativos de distintas edades o condición social. Agradezco esta oportunidad ante todo a Gabriela Leighton, directora del Centro Para el Estudio de Lenguas de la UNSAM, quien me brindó valiosos consejos, me facilitó numerosos contactos profesionales y me ofreció su amistad.

En el plano teórico, los marcadores suelen constituir un foco de atención del análisis del discurso. Ahora bien, el condicionamiento *social* de su uso frecuente en la *interacción* cotidiana con una determinada *intención* comunicativa incita directamente a su investigación sociolingüística, conversacional-analítica y pragmática. Por tanto, resulta natural plantearse la implementación de un marco interdisciplinar que permita tanto captar la compleja naturaleza funcional del marcador como justificar su uso recurrente en determinadas condiciones sociales y contextuales. Así pues, apliqué esta estrategia de investigación combinada al análisis de los marcadores argentinos sobre mi propio corpus. El resultado fue mi tesis doctoral, defendida en 2020, cuya versión revisada y traducida (por mí) al español, presento ahora al lector.

El objetivo de la traducción era hacer accesible el contenido de la monografía a un público hispanohablante lo más amplio posible. Por esta razón, traduje no solo mi propio texto, sino también citas de bibliografía extranjera (generalmente anglosajona o checa). Si ya existía una traducción publicada, la utilicé (por ejemplo, en el caso de la obra de Goffman). Pero la mayoría de las obras extranjeras citadas no contaban con traducción previa al español, por lo que traduje yo misma los pasajes necesarios. Dado el contenido técnico del libro, seguí el criterio de máxima fidelidad al original, pero siempre dentro de los límites de la adecuación a la lengua meta. Una estrategia de traducción igualmente fiel se adoptó en el caso de la terminología. Al respecto de la precisión lingüística, estoy en deuda por las valiosas revisiones editoriales del texto origen con la bohemista Markéta Maturová, y por la corrección del texto meta con la hispanista y anglista Claudia Vargas Barros.

Debido a la procedencia geográfica de la autora, no son infrecuentes en el libro las referencias a la literatura checa, que se han conservado con la visión de difundir el conocimiento de la lingüística checa en el extranjero y, sobre todo, con el propósito de aportar una perspectiva contrastiva donde esta era deseable (para ejemplos concretos de marcadores, etc.). Secundariamente, estas digresiones pueden ayudar a los estudiantes checos de Estudios Hispánicos a comprender mejor la materia.

En cuanto al diseño de la investigación como tal, cabe añadir que la construcción de la muestra estratificada sociolingüísticamente en 2014 y 2015 reflejó, entre otras cosas, el sexo de los hablantes, concebido de forma binaria como variable social tradicional. Con este paso, no obstante, no pretendo en modo alguno denigrar insensiblemente la libertad de autodeterminación de género, simplemente no me encontré con realidades transgénero en el transcurso de mi investigación. De forma similar, en el cuerpo del texto se hace uso del masculino genérico por razones de economía lingüística y claridad, reservando los recursos del lenguaje inclusivo (barras y desdoblamientos) para aquellos contextos en los que era especialmente pertinente.

El libro también expresa ocasionalmente opiniones críticas sobre determinadas afirmaciones de algunos colegas que se han ocupado anteriormente del marcador *boludo*. Soy consciente de que esto podría suscitar polémica. Mis reparos, sin embargo, se dirigen estrictamente a las conclusiones científicas y en ningún caso tienen carácter personal. Estoy segura de que la contraargumentación mutua contribuirá positivamente al desarrollo del debate académico en este campo.

Para concluir, me gustaría destacar mi gratitud a mi anterior supervisor Ondřej Pešek y a las reseñadoras Lenka Zajícová y Miroslava Aurová por sus valiosos comentarios sobre el contenido de mi libro. Me siento muy afortunada de que sean ellos quienes respaldan mi trabajo. Asimismo, quiero darle las gracias a Pavel Král por su propuesta de desarrollar la cooperación con América Latina. A las Agencias de Becas de la Facultad de Letras y de la Universidad de Bohemia del Sur debo el apoyo financiero de mis proyectos de investigación, que me permitieron llevar a cabo pasantías de investigación en Argentina y ahora publicar sus resultados en forma del presente libro. Agradezco profundamente a toda mi familia el apoyo moral, paciencia, tolerancia y comprensión.

M. Š.

Jimramov, agosto de 2023

Introducción



En la vida cotidiana, no es raro encontrarse con una creencia popular de que los marcadores conversacionales o «muletillas», como *che*, *boludo*, *viste*, *mirá*, *eh*, *eu* y otras, son elementos periféricos de la lengua que generalmente carecen de significado propio. Además, su alta recurrencia es vista como prueba de un fenómeno muy común en la sociedad moderna –la pobreza de vocabulario– (cf. Kostzer, 2013). Percibidos así, los marcadores de la conversación (a diferencia de otros marcadores del discurso) dejan de contemplarse como recursos lingüísticos por derecho propio y frecuentemente se les adjudica el rol de meras palabras de relleno (cf. Jiménez, 2015; Fernández, 1999-2023).

Si bien es cierto que su abundancia podría interpretarse como algo patológico en cuanto a las capacidades comunicativas del hablante, un análisis conversacional detallado es capaz de revelar que, en la mayoría de los casos, su uso es esencial. Un marcador no solo le permite al interlocutor tomarse su tiempo para ordenar sus pensamientos y formular adecuadamente el enunciado inminente, sino que desempeña una serie de funciones que garantizan el desarrollo fluido de la conversación y su aceptabilidad contextual.

Visto así, un marcador es un recurso que facilita la toma de palabra, el intercambio de turnos conversacionales y otros procesos de construcción de diálogo, le ayuda al hablante a mantener el contacto con su interlocutor y a expresar la actitud hacia él o hacia lo que se dice. Asimismo, funciona como un estímulo ostensivo por medio del cual el hablante resalta alguna parte del enunciado a fin de que el destinatario le preste la atención deseada. Sin su empleo, el contenido (explícito o implícito) del enunciado podría pasar desapercibido y la intención del hablante desatendida. Además, cabe recordar que los marcadores conversacionales son testimonios fieles de su época y mientras que algunos resultan modismos pasajeros que se desvanecen con el tiempo, otros permanecen y dejan una huella importante en la historia de la lengua.

Ahora bien, el carácter así de complejo de los marcadores conversacionales conlleva inevitablemente una serie de problemas teóricos

y metodológicos en su estudio, que deben abordarse desde el principio del proceso de investigación hasta su final. Aunque existe una bibliografía rica y en constante expansión sobre el tema, cuya panorámica ofrecemos en los primeros cinco capítulos del libro, las complejidades procedimentales quedan muy a menudo al margen de la atención lingüística. El objetivo de esta monografía es, por tanto, poner de relieve las distintas dificultades y cuestiones polémicas e ilustrar seguidamente todo el proceso de investigación (la recopilación de datos, el análisis y la posterior evaluación de los resultados) con un marcador conversacional seleccionado. Como caso modelo, se utilizará el marcador *boludo*, típico de la conversación argentina. Su peculiaridad radica en su controvertida etimología y en la fosilizada creencia de que representa un recurso expresivo prevalente entre la juventud, a la vez que es motivo de una gran polémica cuando se contrasta con su aparente competidor, el marcador *che*. Estos aspectos metodológicos y empíricos serán objeto de los cinco capítulos restantes.

Cabe destacar de entrada que los marcadores conversacionales, es decir, los que son típicos de la interacción cotidiana, coloquial, natural, informal y espontánea, son, por su propia naturaleza, agentes sociales, dado que se emplean casi incondicionalmente en contacto directo con otra persona o personas (con la excepción, quizás, de su ocurrencia autorreferencial altamente gramaticalizada). Así, muy a menudo señalan la relación que los interlocutores mantienen entre sí. Este uso socialmente indexado significa necesariamente que no podemos contentarnos con un enfoque microlingüístico tradicional del análisis, ya que es necesario tomar en consideración también el impacto social del uso del marcador en la conversación y, a la inversa, la situación social determinará en gran medida cómo puede utilizarse el marcador y cómo debe entenderse en un contexto dado. Por consiguiente, se ofrece adoptar una perspectiva sociolingüística.

En uno de sus estudios más famosos sobre el inglés de Nueva York, William Labov ([1966], aquí 2006) utilizó una estrategia en su investigación sobre la realización de la variable fonológica (r) por la que inducía manipulativamente a los hablantes a emplear una de las variantes posibles de dicha variable. No le resultó especialmente difícil, pues todo lo que tenía que hacer era plantearles a los participantes inadvertidos una pregunta para la que hubiera una única respuesta correcta que contuviera justamente <r>. Por ello, preguntaba en los grandes almacenes por la ubicación de determinados departamentos, por más que la respuesta ya la conocía: «-Excuse me, where are the

women's shoes? -Fourth floor.» (Labov, 2006: 45). Una estrategia así es muy atractiva, pero completamente inapropiada para la recopilación de datos auténticos para el análisis de los marcadores conversacionales. Si manipulamos al participante para que (no) use el marcador objeto de estudio, alteraremos su forma espontánea de expresarse y no averiguaremos nada sobre la dirección que habría tomado su comportamiento verbal si no lo hubiéramos hecho. Además, manipular el (no) uso de los marcadores conversacionales es una tarea bastante desafiante. También este problema se abordará en la presente monografía.

De todo lo anterior se desprende que el estudio de los marcadores conversacionales o interaccionales no es una tarea sencilla, ni siquiera en lo que concierne a su base teórica. En efecto, no podemos estudiar los marcadores conversacionales sin conocer los antecedentes del análisis de la conversación o del discurso, pero tampoco podemos hacerlo ignorando el marco sociolingüístico, ya sea interaccional o variacionista. Por este motivo, en los primeros cinco capítulos trataremos de esbozar las cuestiones fundamentales relacionadas con el equipamiento teórico necesario para la investigación sobre los marcadores conversacionales.

Los capítulos primero y quinto forman, en realidad, secciones muy breves cuyo objetivo es señalar el enfoque interdisciplinar que debe adoptarse en la investigación de los marcadores, pues de lo contrario su descripción no sería integral y coherente; el primer capítulo es una introducción a la interdisciplinariedad y el quinto es su conclusión.

El segundo capítulo, a su vez, está dedicado al desarrollo, el objeto y el método del análisis de la conversación, recurriendo en particular a los trabajos de Sacks et al. (1974), Hutchby y Wooffitt (2008), y a una monografía colectiva editada por Sidnell y Stivers (2013). A continuación, el tercer capítulo aborda cuestiones análogas dentro del campo del análisis del discurso, para cuya delimitación nos apoyamos principalmente en Brown y Yule (1983) y Schiffrin (1987, 1994, 2005) o Schiffrin et al. (2003). Asimismo, se incluye en este capítulo una sección sobre pragmática (por ejemplo, Austin, 1962; Searle, 1969, 1979; Wilson y Sperber, 2006), el modelo funcional (Jakobson, 1960) y la sociolingüística interaccional (en particular, Gumperz, 1978, 1982, 1992; Brown y Levinson, 1987), constituyendo esta última una especie de puente entre la noción estadounidense de análisis del discurso y la sociolingüística variacionista. Consecuentemente, en el capítulo

cuatro, se introducen los principios elementales de la sociolingüística primordialmente variacionista. Para ello, se acude preferentemente a Milroy y Gordon (2003), a algunos trabajos de Labov (sobre todo el de 1972) y a Hendl (por ejemplo, 2004, 2005).

Una transición de la teoría al análisis se presenta en el capítulo seis, que, como ya hemos anunciado a través del ejemplo de Labov, abarca las principales cuestiones metodológicas asociadas a la recopilación de datos para la investigación de marcadores conversacionales y el análisis propiamente dicho. Se reflexiona sobre hasta qué punto estas dos fases de la investigación pueden separarse la una de la otra, y también se intenta explicar por qué es importante combinar diversas técnicas de recolección de datos, así como distintas estrategias analíticas (cualitativas y cuantitativas; para ello, se recurre a Hendl, 1997). En dicho capítulo, además, se discuten las diferencias entre la investigación de orientación sociolingüística en el nivel del discurso (o más bien de la conversación) frente a otros niveles lingüísticos (López, 2004). La reflexión sobre los problemas metodológicos culmina después en un intento de proponer un enfoque modelo de la investigación que sirva de guía no solo para nuestros propios análisis. Ahora bien, las instrucciones no se perfilarán de forma dogmática, sino más bien flexible, para que se puedan ajustar a las necesidades de la investigación sobre distintos tipos de marcadores.

A fin de no movernos únicamente en lo abstracto, se presentan los diferentes aspectos del estudio de los marcadores conversacionales mediante un ejemplo concreto, a saber, el marcador argentino *boludo*, cuya naturaleza es sometida a varios niveles de análisis. Estos están precedidos por el capítulo siete, que los prologa, y en el que se precisan los detalles del proyecto de investigación y su evolución, se define la población objeto de estudio, se justifica la elección del marcador, se presenta el método de construcción de la muestra, las técnicas de recopilación de datos y su etiquetado.

El marcador *boludo* se analiza cualitativamente en el capítulo ocho y cuantitativamente en el capítulo nueve. El propósito del análisis cualitativo es averiguar cómo se comporta este marcador en relación con determinadas cuestiones pragmáticas, funcionales y estructurales, así como con respecto a los conceptos más significativos de la sociolingüística interaccional (cuestiones de cortesía, igualdad social, jerarquía, etc.). Además, el capítulo destaca la importancia del criterio posicional y de los fenómenos socio-variacionales seleccionados que, a continuación, han de ser evaluados también cuantitativamente.

El análisis cuantitativo del capítulo nueve, a su vez, no pretende ser estadísticamente riguroso, sino más bien orientativo y complementario, dado que los resultados siempre se triangulan con los del análisis cualitativo, que es clave para el estudio de los marcadores. A pesar de ello, se procurará responder a algunas preguntas fundamentales que se derivan de la creencia general (por ejemplo, Jørgensen, 2011, Moliner, 2007) de que el marcador *boludo* es un recurso lingüístico cuya ocurrencia es más frecuente entre la juventud. Nuestra propia experiencia, sin embargo, no se corresponde plenamente con esta hipótesis, por lo que intentaremos comprobar la dependencia entre la edad y la frecuencia de uso de *boludo*, y posiblemente identificar otros factores que repercutan en su recurrencia. Así, por ejemplo, esperamos una mayor influencia de la variación estilística.

Con el fin de evitar basar las conclusiones en un único marcador, se contrasta posteriormente el comportamiento del marcador *boludo* con los resultados sobre otro marcador argentino, *che*, que fue objeto de nuestros trabajos e investigaciones anteriores (Šmídová, 2012a, 2012b, 2014a, 2014b). La principal motivación para el estudio contrastivo es la afirmación de algunos autores (por ejemplo, Ramírez y Estrada, 2003) de que el marcador *boludo* está sustituyendo progresivamente a *che*, por lo que ambos marcadores pueden considerarse equivalentes. No obstante, esta hipótesis aún carece de verificación con datos representativos, razón por la cual la someteremos a varias pruebas. En primer lugar, intentaremos comparar la naturaleza de *boludo* y *che* en cuanto a los aspectos categoriales, funcionales o cualitativos en general (enfocándonos de nuevo en cuestiones de cortesía y estilo) y después también cuantitativamente (con respecto a la distribución social y al criterio funcional-posicional). Por último, se compararán los resultados obtenidos con los juicios introspectivos de un conjunto de encuestados nativos sobre su propio uso de los marcadores en cuestión.

En resumen, una descripción detallada de *boludo*, complementada de manera contrastiva con la de *che*, pretende proporcionar una imagen coherente de lo que verdaderamente son y para qué sirven los marcadores conversacionales. Brindar un mosaico de piezas teóricas, metodológicas y empíricas en el que se reflejen las ventajas de triangular estrategias cualitativas y cuantitativas, así como de vincular de forma fructífera el análisis de la conversación y del discurso con la sociolingüística y la pragmática. Además, se desvelarán nuevos y fascinantes hallazgos sobre elementos emblemáticos del español argen-

tino, a partir de datos conversacionales auténticos, recolectados por la autora del presente libro durante dos pasantías en la Universidad Nacional de San Martín en 2014 y 2015 en Buenos Aires y sus alrededores, enriquecidos con datos introspectivos de 2019.

1. Panorama de enfoques teóricos

A diferencia de las partículas *discursivas*, que han sido y siguen siendo el objeto de numerosos trabajos por parte de autores de diferente procedencia lingüística (anglosajona: Schiffrin, 1987, Fraser, 1998, 1999, Blakemore, 2006; hispánica: Briz, 1998, Martín y Portolés, 1999; checa: Rysová, 2015, Hoffmannová, Homoláč y Mrázková, 2019, etc.), se han estudiado desde diversas perspectivas teóricas (desde un enfoque más bien *semántico*: Halliday y Hasan, 1976; *pragmático*: Fraser, 1990; *sociolingüístico*: Schiffrin, 1987, etc.) y, por tanto, su investigación se ha apoyado en una amplia gama de métodos (inductivos y deductivos, interpretativos y estadísticos), los marcadores *conversacionales*, entendidos por algunos autores como una subcategoría de los marcadores *discursivos* (Martín y Portolés, 1999; Owens y Hassan, 2010), han recibido una atención notablemente inferior en el sentido de que aún no se ha definido un claro marco teórico ni metodológico en el que basar su estudio.¹

No hay duda de que la selección de los métodos siempre está condicionada por el objeto o el propósito de la investigación, sus metas y las preguntas concretas de investigación que se haya planteado el investigador, ya sea basándose en una teoría establecida, o, por el contrario, con la visión de descubrir una nueva. La existencia de una metodología científica universal no siempre es imprescindible, y a menudo ni siquiera deseable. En cambio, sí es posible reconocer los límites de una buena práctica científica que deberían, al menos en cierta medida, regular la inventiva del investigador para evitar el exceso de relativismo, subjetivismo o coartadas científicas.

Con ello no pretendemos sugerir que su trabajo se deba limitar a ser una tarea puramente mecánica que no deje espacio para la creatividad o la búsqueda de nuevos caminos. Según Hendl (2017: 47-54), en el camino al descubrimiento es esencial la disposición a la *teorización* (Swedberg, 2012), a la *creatividad* (Merton, 1990 [1965]), a la intuición y, en general, a las ideas que no sean cautivas del *paradigma* imperante (Kuhn, 1962). No obstante, por lo general es posible iden-

¹ Volveremos sobre la discusión terminológica relativa a la delimitación de los conceptos de *discurso* y *conversación* en la sección 3.2.

tificar problemas clave que derivan bien de las contradicciones entre las teorías disponibles, bien de la práctica misma de tratar los datos empíricos, así como principios elementales sin cuyo cumplimiento la investigación carecería del más mínimo rigor.

Con este espíritu nos proponemos abordar la teoría, metodología y empírica también en este trabajo. Nuestra intención es la de introducir al lector en los problemas teóricos y metodológicos asociados –desde diferentes perspectivas– al estudio de los marcadores conversacionales (abreviados aquí como MC; en otra literatura llamados también *partículas conversacionales*), a la recolección de datos para su estudio y a su posterior análisis. Los aspectos metodológicos y prácticos generales de la investigación se tratarán con mayor profundidad más adelante, en los capítulos 6 a 10. De momento, nos enfocaremos en las cuestiones teóricas, con ciertas incursiones en la metodología inherente a las teorías respectivas.

Como implica el título del libro, *Problemas teóricos y metodológicos en el análisis sociolingüístico de los marcadores conversacionales: boludo en el español argentino*, lo problemático principalmente reside en la aproximación pluralista que se exige para la investigación. Aunque a primera vista pudiera parecer que la fuente primaria del «equipamiento teórico» en este caso concreto debería ser el conocimiento sociolingüístico, este constituye solo un componente parcial, ya que el estudio de los marcadores² es de naturaleza interdisciplinaria. Dejando de momento de lado las cuestiones estrictamente lingüísticas asociadas a la selección de las expresiones que pretendemos investigar, además de la *sociolingüística* (SL), es necesario contar con una visión general del campo del *análisis de la conversación* (AC) así como de las bases del *análisis del discurso* (AD). En la siguiente sección, trataremos de esbozar cómo se interconectan estas tres disciplinas entre sí.

2 En nuestra definición preliminar, entendemos por *marcadores* las unidades lingüísticas polifuncionales y sintácticamente independientes (palabras, locuciones o frases hechas, fuera del contexto frecuentemente sinsemánticas) que operan en el plano del discurso o de la conversación. Su papel principal es el de estructurar el discurso o la conversación, garantizar su continuidad, contribuir a su inteligibilidad y coherencia y facilitar el proceso de interpretación. Sus funciones específicas se derivan de la naturaleza formal del propio evento comunicativo en el que se producen, de la intención del emisor y del contexto en el que se emplean. Pueden señalar relaciones entre enunciados individuales y/o enunciados y el conjunto, relaciones entre discurso y contexto, y en la interacción también indican relaciones entre los interlocutores o su actitud ante lo que se dice.

1.1 Interdisciplinariedad

Los datos autobiográficos de las protagonistas del **análisis del discurso**, Deborah Tannen y Deborah Schiffrin, coeditoras de la monografía colectiva titulada *The Handbook of Discourse Analysis* (2003), dejan claro que los límites entre la SL, el AC y el AD no son tajantes, sino que puede haber solapamientos y una transición continua de una disciplina a otra. Tannen (en Schiffrin et al., 2003: 2) explica cómo, después de estudiar literatura inglesa, decidió pasarse a la lingüística en 1973. Se matriculó, entre otros, en un curso de Emanuel Schegloff (uno de los fundadores del *análisis de la conversación*, véase aquí el capítulo 2), e, inspirada por su línea de investigación, inició sus estudios doctorales en la Universidad de California, Berkeley, donde conoció a John Gumperz (que por aquel entonces trabajaba en la teoría de la inferencia conversacional y posteriormente delimitó el campo de la *sociolingüística interaccional*, véase aquí las secciones 3.6 y 4.3). Más tarde, en 1979, se trasladó a la Universidad de Georgetown, en la que se estableció como sociolingüista, visión que abandonó tras asistir a un congreso de sociolingüística en el que fue la única participante que presentó un análisis de transcripciones conversacionales (frente a los *variacionistas* labovianos tradicionales, que explicaban el proceso de cambio fonológico a través de métodos estadísticos). Por ello, pronto redefinió su enfoque y adoptó la denominación *análisis del discurso* para su área de interés. En 1981, organizó en la Universidad de Georgetown un encuentro de lingüistas, antropólogos y psicólogos titulado «Analyzing discourse», cuyo tema principal fue el estudio del lenguaje en contexto.

Schiffrin (2003: 3-4) menciona cómo se familiarizó con el trabajo de Erving Goffman (precursor del análisis de la conversación, véase la sección 2.1) en su curso de *sociología*. Gracias a él, desarrolló un interés por la interacción cotidiana, lo que más tarde la llevó a cooperar con Goffman directamente. Este la inspiró para iniciar un doctorado en lingüística con su idea de que la lingüística pudiera aportarle más rigor al análisis de la conversación. Schiffrin decidió aceptar el reto, pero en la Universidad de Pensilvania descubrió que, a pesar de que los lingüistas consideraban importante comprender la interacción social, su estudio distaba mucho de constituir el foco de atención de la lingüística de aquel momento. Fue allí, no obstante, donde entró en contacto con la sociolingüística laboviana, que ella misma describe como una especie de fusión de la investigación de campo, la etnografía

urbana, el enfoque variacionista y el análisis narrativo. Pero si bien muchos de sus profesores publicaban artículos sobre ciertos aspectos del discurso (p. ej., Labov, Prince o Sankoff), según afirma, aún no podía hablarse de la existencia de una escuela homogénea, unida bajo el nombre de *análisis del discurso*.

Al escribir su tesis doctoral, Schiffrin trató de satisfacer tanto la recomendación de Labov de «resolver un antiguo problema con un nuevo método» como el requisito de Goffman de «describir algo que aún no se había descrito», lo que dio lugar a que se centrara en los *marcadores del discurso* (MD). En 1982 se incorporó a Georgetown como sociolingüista, pero también impartía clases de *pragmática*, *teoría de los actos de habla*, etc. El interés por el análisis del discurso, sin embargo, penetraba sus cursos, al igual que otras disciplinas a las que se dedicaba (estudios de la interacción, análisis variacionista, trabajo de campo, teoría de la sociología, etc.). El amplio abanico de intereses y la cuestión de su interconexión culminaron en 1984 con la organización de otro encuentro científico en Georgetown, esta vez titulado «Meaning, Form and Use in Context: Linguistic Applications». La combinación de perspectivas desembocó en el llamado enfoque *sociolingüístico interaccional* del análisis del discurso, que adquirió una posición dominante. Con Tannen y Schiffrin en rol de sus promotoras, se formó una gran comunidad de analistas del discurso, y el interés por esta disciplina persiste a nivel internacional hasta la actualidad.³

El resumen del desarrollo del análisis del discurso en Georgetown y el objeto de esta disciplina, pues, sugieren que se pueden identificar solapamientos con los campos del análisis de la conversación y de la sociolingüística (y, si vamos más allá, con la propia sociología). Se podría decir que el análisis del discurso en esta forma nació, de hecho, de la integración de ciertos conocimientos selectos del análisis de la conversación y de la sociolingüística, aplicados al estudio de la interacción cotidiana y del lenguaje en contexto. Contemplar la cuestión de la interdisciplinariedad únicamente desde el punto de vista del análisis del discurso, no obstante, sería algo unidireccional y desequilibrado, por lo que también abordaremos brevemente esta cuestión desde el punto de vista de la sociolingüística y del análisis de la conversación.

Milroy y Gordon (2003) afirman que, en la **sociolingüística**, el análisis del comportamiento lingüístico ha de basarse en datos em-

³ Mencionamos prioritariamente esta aproximación al análisis del discurso como ilustrativa porque implica una perspectiva sociolingüística cercana a la orientación de este trabajo.

píricos y que los datos que se examinan con más frecuencia son los que representan la forma en que los hablantes utilizan realmente la lengua. Asimismo, recuerdan:

Esta orientación general hacia los datos lingüísticos es compartida con campos adyacentes como la antropología lingüística y **el análisis de la conversación** (véase Psathas, 1995; Pomerantz y Fehr, 1997). Tradiciones de investigación cualitativa como las de Gumperz (1982a) y Hymes (1972), que surgen de la antropología lingüística, han tenido influencia desde los primeros días de la sociolingüística, y siguen influyendo en subcampos contemporáneos como **el análisis del discurso** (Schiffrin, 1994) y la sociolingüística interaccional (Gumperz, 1982a; Brown y Levinson, 1987). Aunque la investigación cualitativa normalmente no se enfoca en los patrones de variación lingüística ni emplea métodos cuantitativos (pero véase Schiffrin, 1987, para un ejemplo de un amplio proyecto que combina procedimientos cuantitativos y cualitativos), sigue ejerciendo una importante influencia en la teoría variacionista. (Milroy y Gordon, 2003: 2-3, la negrita es nuestra).

Es evidente, entonces, que la influencia mutua entre la sociolingüística, el análisis de la conversación, el análisis del discurso y otras disciplinas es reconocida también por las autoridades en sociolingüística. Milroy y Gordon, además, mencionan las posibles confluencias entre los enfoques cualitativo y cuantitativo, un tema clave para el capítulo 6, en el que nos dedicaremos a la metodología.

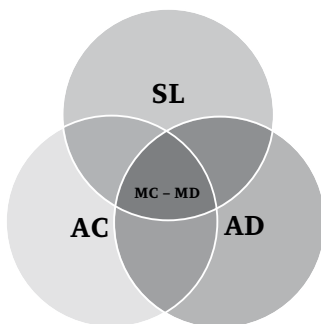
El **análisis de la conversación** también presenta varias intersecciones con los campos de la sociolingüística y del análisis del discurso, con los que comparte el interés por el uso del lenguaje y la interacción social (véase, por ejemplo, Stivers y Sidnell, 2013: 2-3). En el caso de la sociolingüística, el interés compartido se ve reforzado aún más por el hecho de que el análisis de la conversación es originalmente una disciplina sociológica y que numerosos trabajos al respecto se han publicado en obras colectivas destinadas principalmente a sociolingüistas, como *Directions in Sociolinguistics: The Ethnography of Communication*, editado por Gumperz y Hymes (1972), o a antropolingüistas, como *Sociocultural Dimensions of Language Use*, editado por Sanches y Blount (1975). Para no olvidarnos de la perspectiva checa, podemos mencionar la publicación *Konverzační analýza (nejen) po česku* de Jurka, Martinková y Roubínková (2014), en la que explícitamente titulan un capítulo

«Konverzační analýza jako sociolingvistická disciplína», lo que se traduce como «Análisis de la conversación como disciplina sociolingüística».

En el contexto del análisis del discurso, las intersecciones pueden encontrarse, por ejemplo, en el ya mencionado *The Handbook of Discourse Analysis* (Schiffrin et al., 2003), en el que se incorporan contribuciones que aplican el método del análisis de la conversación, siendo uno de los colaboradores el propio Emanuel Schegloff (véase la sección 3.2). En *Investigating Intimate Discourse* (2016), de Brian Clancy, se aplican los principios del AC de la toma de turnos de palabra (*turn-taking*) y se utiliza el método del AC –junto con herramientas de corpus– para estudiar los marcadores. Robin Wooffitt aborda el análisis de la conversación en su contribución a la monografía colectiva *Discourse as Data: A Guide for Analysis* (Wetherell et al. eds., 2001). Y se podría seguir en esta línea, pero no es nuestro objetivo ofrecer una lista exhaustiva de la bibliografía interdisciplinar, por lo que serán suficientes los ejemplos seleccionados.

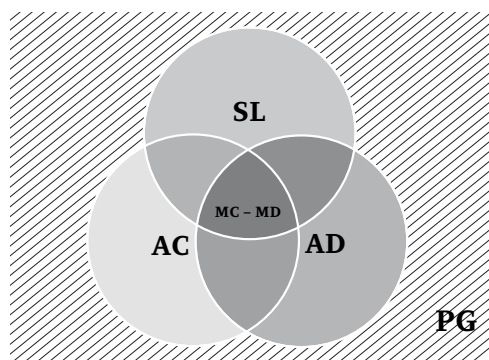
Estos muestran claramente que el análisis del discurso, el análisis de la conversación y la sociolingüística son, en ciertos aspectos, disciplinas interrelacionadas. Y son justamente los marcadores discursivos o conversacionales (recordemos a Schiffrin, 2003; Clancy, 2016) una «categoría» de elementos que pueden conformar su intersección. Un marcador puede desempeñarse como una variable sociolingüística, un elemento que guía las inferencias y/o una forma lingüística que señala los límites de un turno de habla o una secuencia conversacional. De una manera un tanto simplista, los marcadores podrían situarse en la intersección de tres segmentos de un diagrama de Venn (véase el Diagrama 1). Ahora bien, con ello no pretendemos sugerir que este diagrama refleje la realidad; se trata simplemente de un modelo ilustrativo del enfoque que aquí adoptamos.

Diagrama 1: Marcadores en la intersección de tres teorías



Por lo anterior, trataremos con más detalle estas tres áreas en las secciones subsiguientes, en las que resumiremos brevemente su desarrollo, su objeto de estudio y sus métodos específicos, poniendo énfasis en los aspectos que creemos relevantes para la investigación de los marcadores conversacionales. Queda por aclarar que el omnipresente ámbito de la pragmática (o pragmalingüística, abreviada aquí como PG) es transversal a estas disciplinas, por lo que algunas de sus ideas se reflejarán en el capítulo dedicado al análisis del discurso (especialmente en la sección 3.5). Teniendo este hecho en cuenta, podría precisarse el diagrama antes planteado como sigue:

Diagrama 2: Marcadores en la intersección de tres teorías y el trasfondo de la pragmática



Conviene adelantar también que el propósito de los capítulos que siguen no es defender de forma categórica y acrítica la interconexión de dichas disciplinas; al revés, procuraremos señalar asimismo sus puntos contradictorios y rasgos distintivos que puedan ayudarnos a determinar los métodos más apropiados para un estudio eficiente de los marcadores conversacionales.

2. Análisis de la conversación

El análisis de la conversación (AC) no se originó como una nueva rama lingüística, sino que tiene sus raíces en la sociología. La disciplina que hoy conocemos bajo este nombre surgió en la década de 1960 (concretamente, en el periodo 1964-1972; Hutchby y Wooffitt, 2008: 2) del interés del sociólogo Harvey Sacks, que trabajaba en la Universidad de California, Los Ángeles, por encontrar un nuevo método analítico que permitiera estudiar el orden social a partir de registros reales del comportamiento humano, y no de idealizaciones, introspecciones o ejemplos artificialmente inventados en condiciones de laboratorio (Wooffitt, 2001: 50). En consecuencia, Sacks decidió emprender un camino innovador y comenzó a centrarse en el uso diario del lenguaje, es decir, en la interacción verbal cotidiana, que garantizaba la autenticidad de datos accesibles que podían grabarse con facilidad y someterse después a análisis repetidos.

La sociología de aquella época, a excepción de algunas referencias marginales, no mostraba especial interés por un análisis detallado de ninguna forma de lenguaje, y mucho menos del cotidiano. E incluso la lingüística, que quizás era la más afín al tema de la conversación, prescindió de descripciones del habla natural (Hutchby y Wooffitt, 2008: 3; Heritage y Stivers, 2013: 659). Como apuntan Stivers y Sidnell (2013: 1), el AC nació de una insatisfacción con las metodologías y teorías contemporáneas, algo que confirma también Maynard (2013: 11) con su afirmación de que el AC «representa nada menos que una revolución o cambio de paradigma en las ciencias sociales». Hoy en día, el análisis de la conversación constituye una interfaz única entre la sociología y otras disciplinas de las ciencias sociales, incluida la lingüística.

Harvey Sacks, quien falleció en un accidente de tráfico en 1975 a la edad de tan solo cuarenta años, no quedó como la única figura del análisis de la conversación y su trabajo pronto ganó numerosos seguidores en todo el mundo. Los colegas más destacados que cooperaron estrechamente con él durante su vida fueron Emanuel Schegloff y Gail Jefferson. Incluso, sus contribuciones al establecimiento del AC

son tan significativas que a menudo se les cita como sus cofundadores (Stivers y Sidnell, 2013: 1). A Gail Jefferson se le atribuye la autoría del sistema de transcripción (Jurka et al., 2014: 9) y también se ha ocupado del estudio de los solapamientos (Jefferson, 1983, 1986); la contribución de Schegloff yace no solo en la difusión del legado de Sacks, sino particularmente en un análisis más profundo de la organización secuencial (Schegloff, 2007) y en la intención de trabajar de un modo más «cuantitativo», es decir, sobre la base de una mayor cantidad de datos, y no de unos pocos ejemplos, como inicialmente promovía Sacks (Maynard, 2013: 12).

Aunque la intención original de Sacks era más bien descubrir un método que desarrollar una teoría coherente, según Maynard (2013: 11) «el AC se ha establecido a escala global como una iniciativa teórica y empírica dedicada a la comprensión científico-social y al análisis de la interacción». Del mismo modo, Hutchby y Wooffitt (2008: vii, 3) hablan de una síntesis de una amplia gama de principios teóricos y metodológicos dentro del AC.

Si bien Sacks, en una entrevista con un alumno suyo (1992/II: 549), afirma que no hay otra forma de estudiar sistemáticamente la conversación que la suya, Schegloff opina lo mismo y Maynard (2013: 11) apoya esta afirmación constatando que Sacks, Schegloff y Jefferson no tenían «a quien recurrir» a la hora de definir el análisis de la conversación, ya que ninguno de sus contemporáneos se dedicaba a semejante estudio, sería equivocado suponer que el análisis de la conversación surgió «de la nada». Tradicionalmente, los etnometodólogos, especialmente Harold Garfinkel, y el sociólogo Erving Goffman han sido identificados como los precursores intelectuales del análisis de la conversación.

2.1 Erving Goffman y el orden de la interacción

Erving Goffman fue un sociólogo estadounidense que en la década de 1950 desarrolló una nueva teoría sociológica (*The Presentation of Self in Everyday Life* [1959], aquí en su traducción al español *La presentación de la persona en la vida cotidiana* del 1997, 3ª ed.), enfocada al estudio de las formas de autopresentación humana en diversas situaciones de la vida cotidiana. Su punto de partida era la naturaleza ritualista de la interacción interpersonal (Hutchby y Wooffitt, 2008: 24) y la idea principal de que el individuo no se comporta de forma natural

en contacto con los demás, sino que busca impresionar, influir o controlar a su interlocutor de algún modo (*interpretar un papel de teatro*). Así, no se presenta como realmente es, sino como quiere mostrarse ante los demás, y con sus acciones al mismo tiempo influye en cómo ellos mismos definen la situación (Goffman, 1997: 13-28; Pospíšilová, 2012: 5). Goffman, además, añade que el individuo puede lograr el control influyendo en los demás incluso antes de que definan la situación, «expresándose de modo de darles la clase de impresión que habrá de llevarlos a actuar voluntariamente de acuerdo con su propio plan» (Goffman, 1997: 16). Se trata, pues, de una especie de proceso reversible por el que la forma en que nos presentamos en situaciones cotidianas es un intento (encubierto o no) de influir en cómo nos tratarán los demás (Hutchby y Wooffitt, 2008: 24). Esta concepción repercutió, por ejemplo, en el interés de Sacks por estudiar las formas en que las personas alcanzan indirectamente sus objetivos comunicativos.

Sin embargo, el principal mérito de Goffman procede probablemente de su posterior interés por el llamado *orden de la interacción* (*interaction order*; Goffman, 1983), cuando empezó a conceder la máxima importancia a la interacción social cotidiana, la que define como sigue:

En sentido estricto, la interacción social puede identificarse como la que se produce únicamente en situaciones sociales, es decir, en entornos en los que dos o más individuos se encuentran **físicamente en presencia de respuesta mutua** (Goffman, 1983: 2, la negrita es nuestra).

Lo clave es que la interacción tiene lugar en la proximidad inmediata de dos o más personas, situación que implica cierta forma de contacto social. Y es justamente sobre esta base que Goffman concluye que la interacción es una fuente legítima para el microanálisis de lo social, ya que representa una especie de organización social que tiene su propio orden. Este viene condicionado por un amplio repertorio de presuposiciones y restricciones compartidas:

No se pretende implicar cuán «ordenada» es normalmente esta actividad, ni qué papel tienen las normas y reglas en el mantenimiento de este orden. Sin embargo, me parece que, como orden de actividad, el de la interacción, quizá más que cualquier otro, está de

hecho ordenado, y que este orden se sustenta en una amplia base de presuposiciones cognitivas compartidas, si no normativas, y de restricciones autosostenidas (Goffman, 1983: 5).

Sacks comparte con Goffman la idea de que la interacción interpersonal es un lugar de organización y orden masivos (Heritage y Stivers, 2013: 660), pero el problema con respecto al objeto del análisis de la conversación está en que Goffman separaba estrictamente los llamados rasgos *sistémicos* de la interacción (relacionados, en particular, con el mecanismo general de la alternancia de interlocutores) de los *ritualistas* (relacionados con la autopresentación, las cuestiones de cortesía, el salvaguardar de la faz o imagen personal, el contacto ritual, etc.). Sacks, en cambio, no encontraba ninguna razón significativa para mantener esta división y la consideraba irrelevante y obsoleta, como puso de manifiesto en su artículo «Everyone Has to Lie» (1975), en el que demostró que la respuesta a la pregunta *How are you?* (*¿Cómo estás?*) se rige tanto por el principio de cortesía como por los requisitos secuenciales de una respuesta preferida, por ejemplo, *Fine (Bien)*, y no consiste en una descripción literal del estado anímico en el que se encuentra el interlocutor entrevistado (Hutchby y Wooffitt, 2008: 25). Asimismo, Goffman le daba prioridad al estudio de los procesos rituales, mientras que el AC atiende más a las restricciones sistémicas (Maynard, 2013: 17).

Un desencuentro de igual importancia radica en la naturaleza de los datos en que basar el análisis. En particular, Schegloff critica la tendencia de Goffman a apoyar sus postulados en ejemplos aislados y a menudo inventados que ilustren su teoría, en vez de fundamentar el análisis de la conducta humana en datos reales, recabados en contextos naturales, como lo hace el AC (Maynard, 2013: 17). Así pues, las contradicciones entre el enfoque goffmaniano sobre la interacción interpersonal y el del análisis de la conversación son, en última instancia, más sustanciales que sus puntos de acuerdo. Por consiguiente, es más apropiado percibir a Goffman como una fuente de inspiración frente a la que el AC acabará perfilándose, que como el «padre» de su base conceptual.

2.2 Harold Garfinkel y la etnometodología

Paralelamente a la labor de Goffman, es decir, desde la década de 1950, se ha ido desarrollando en sociología la llamada etnometodo-

logía, cuyo principal representante es Harold Garfinkel. Esta rama se inspira en la fenomenología y en el interaccionismo simbólico y le preocupa la cuestión de «qué métodos utiliza la gente para dotar de sentido a su comportamiento cotidiano» (Hendl, 2005: 88). Para Garfinkel, al igual que para Goffman, la interacción cotidiana constituye su punto de partida de la investigación científica, aunque contemplada desde una perspectiva diferente.

La obra de Garfinkel se opone claramente a la corriente sociológica predominante en la época: el funcionalismo estructuralista de Talcott Parsons. Este último partía de la idea de Durkheim de que la realidad social debía examinarse «como una cosa, es decir, como un objeto que existe independientemente de la voluntad y del querer de la gente» (Kubátová, 2006: 71), y el lenguaje también lo consideraba un hecho social que trasciende a los miembros individuales de la sociedad (Heritage y Stivers, 2013: 659).

El objetivo del funcionalismo era dar una explicación de cómo se manifiestan –a largo plazo– el orden y la estabilidad en las distintas sociedades y cómo es posible que los individuos renuncien a sus preferencias personales para mantener el orden existente. La explicación funcionalista consistía en que, en el proceso de socialización, las personas adoptan (interiorizan) normas y valores sociales que se consolidan a través de instituciones como la familia o el sistema educativo. Una vez interiorizados, los individuos los reproducen inconscientemente de tal manera que se conserve el orden social. Si se produce alguna desviación con respecto a este orden, hay que examinarla (Hutchby y Wooffitt, 2008: 26-27).

Según Jurka et al. (2014: 7), «el funcionalismo estructuralista generalmente concibe la sociedad como un enorme sistema estructural cuyos elementos individuales desempeñan funciones predeterminadas (...), la realidad social es en gran medida objetiva (...), el ser humano no tiene capacidad para influir en el sistema». Garfinkel esta visión la rechaza, ya que está convencido de que los humanos son capaces de razonar y responsabilizarse de sus actos; no se comportan, pues, de forma pasiva, sino que «construyen un mundo *con sentido* en interacción con los demás» (Hendl, 2005: 88, la cursiva es nuestra). Este «sentido», según Garfinkel, se basa en una especie de conocimiento compartido (inconsciente para el individuo) que permite a las personas entenderse entre sí. Y es justamente este conocimiento, *commonsense knowledge* o *shared sense* (*conocimiento del sentido común* o *sentido compartido*), el que debería constituir el objeto de la sociología.

El propósito de los etnometodólogos es, por consiguiente, desvelar esas estructuras latentes e inconscientes que «subyacen el comportamiento social» (Kubátová, 2006: 135), lo que se consigue mediante una técnica de experimento interaccional denominada *garfinkeling* o también *breaching* (*violación, ruptura*). El experimento consiste esencialmente en «romper un determinado estereotipo de interacción social y después observar cómo los participantes afrontan esta situación» (Hendl, 2005: 88). Normalmente, implica algún tipo de desviación del comportamiento comunicativo habitual, por ejemplo, en respuesta a la pregunta *How are you?* (*¿Cómo estás?*) el investigador optaría por una reacción inesperada y preguntaría *What do you mean?* (*¿Qué quieres decir?*) en vez de dar una respuesta rutinaria. A juicio de Garfinkel, tras tal destrucción del mundo social, las personas inmediatamente comienzan a (re)construir y restablecer el orden. «En este proceso de construcción, Garfinkel las observaba y derivaba de sus observaciones ideas sobre la estabilidad del mundo social de la gente común» (Kubátová, 2006: 76).

Ahora bien, lo que a Garfinkel no le gustaba de su método era que solo le permitía analizar el proceso específico de reconstrucción del orden y no la realidad natural de la vida cotidiana. Y puesto que, como fenomenólogo (que buscaba *poner entre paréntesis* sus ideas personales de la realidad para conocer el mundo tal y como realmente es), no admitía la observación participante, los cuestionarios ni los métodos de investigación cuantitativos, le resultaba difícil encontrar otra forma de revelar las estructuras latentes. Una estrecha colaboración con Sacks, sin embargo, le proporcionó una solución:

Sacks realizó una importante contribución al desarrollar un método sistemático que permite estudiar el uso del lenguaje natural. De hecho, puede afirmarse que el enfoque de Sacks, que se centra en el análisis del habla natural en interacción, representa la forma más fructífera de llevar a cabo un estudio etnometodológico (Hutchby y Wooffitt, 2008: 27).

Un aspecto clave era que Sacks trabajaba con grabaciones de interacciones cotidianas que podían analizarse repetidamente, lo que dio solución a la insatisfacción de Garfinkel con los métodos sociológicos tradicionales (Hutchby y Wooffitt, 2008: 29-30). Así, la etnometodología desembocó en el análisis de la conversación, razón por la que a veces se sustenta que Garfinkel fue su cofundador (Kubátová, 2006: 143).

A pesar de ello, la colaboración entre Sacks y Garfinkel no fue ni permanente ni idílica. La actitud crítica hacia los métodos sociológicos contemporáneos que compartían se tradujo en la adopción de perspectivas divergentes. Garfinkel acabó generalizando su crítica a todos los intentos de concebir la sociología como una disciplina capaz de llegar a conclusiones objetivas sobre la sociedad (Hutchby y Wooffitt, 2008: 30), mientras que Sacks estaba convencido de que había formas de hacer de la sociología, al menos en parte, una ciencia objetiva, algo que pretendía conseguir precisamente buscando mecanismos universales de la interacción cotidiana por medio del análisis de la conversación.

La noción etnometodológica de conocimiento compartido, que supone que todo debe entenderse y realizarse en un contexto accesible y comprensible para todas las partes implicadas, podría considerarse otro punto conflictivo entre Sacks y Garfinkel, ya que Sacks se proponía encontrar patrones de interacción universales e independientes del individuo. Sin embargo, al mismo tiempo creía en la existencia de un conocimiento compartido, lo cual resolvió distinguiendo entre dos valores estructurales de componentes conversacionales, *context-free* y *context-sensitive* (*libres de contexto y sensibles al contexto*), en cuya interfaz luego operaba (Hutchby y Wooffitt, 2008: 31-32).

La etnometodología ha aportado dos conceptos esenciales al estudio de la interacción interpersonal: la *indexicalidad*, según la cual el significado de una acción depende del contexto o entorno en el que tiene lugar. Las *expresiones indexicales* son, entonces, aquellas ligadas al contexto y que hacen que la comunicación sea inteligible.⁴ El segundo concepto es la *reflexividad*, que significa que «las personas modelan sus acciones que se desarrollan en un contexto particular de tal manera que estas acciones sean comprendidas como tales en ese contexto», que sean ordenadas y explicables en términos prácticos (Nekvapil, 2017c, en línea). Más allá de estos dos conceptos y otros pocos, Garfinkel se basa estrictamente en el empirismo y cree que cualquier concepto teórico estaría disociado del mundo empírico (Kubátová, 2006: 141-142). Y esta falta de un aparato conceptual

4 Tal definición también podría apuntar a los marcadores conversacionales, ya que las expresiones indexicales «no se limitan a deícticos, aunque, como deícticos aislados, sin contexto, carecen de sentido. (...) asimismo proporcionan pistas que indican a nuestros interlocutores cómo entenderlas [y cómo entender nuestras acciones]. A partir de las circunstancias situacionales de la producción de una acción, es decir, de su sincronización, los aspectos del lugar, la persona del hablante y del destinatario, y su relación entre sí, podemos inferir cómo interpretar la acción» (Auer, 2014: 120-128; cf. también Nekula, 2017c, en línea).

unificado de la etnometodología, al igual que del AC, es un frecuente motivo de sus críticas.

2.3 Otras corrientes que estudian la interacción

Además de Goffman, los etnometodólogos y el propio análisis de la conversación, podemos nombrar otras figuras, escuelas y corrientes que se han interesado en mayor o menor medida por el estudio de la interacción humana. Estas corrientes se resumen en Gallardo (1996: 19-20) e incluyen en particular: la Escuela de Palo Alto de California, dirigida por Gregory Bateson; la psicología social; la Escuela de Birmingham, coordinada por John Sinclair, Malcolm Coulthard y Michael Stubbs (el análisis del discurso); y la pragmática dialógica (que es un término paraguas para la Escuela de Ginebra, la lingüística interaccional y la teoría de los topoi). Remitiendo a la síntesis de Gallardo para más detalles, se resumen aquí solo los aspectos más relevantes:

La Escuela de Palo Alto, representada por el antropólogo Gregory Bateson, comenzó a interesarse por el estudio de la interacción humana mucho antes de que podamos hablar del surgimiento del AC, ya desde los finales de la década de 1930. Se caracteriza por reunir a especialistas de distintas disciplinas (matemáticos, antropólogos, psicólogos, psicoanalistas, neurólogos, etc.) y su teoría se basa en la convicción de que las (re)acciones de una persona deben estudiarse en relación con las (re)acciones de otra, lo cual también les es propio a la pragmática y al AC. Sin embargo, el problema del enfoque interaccionista californiano, según Gallardo (1996: 19 y s.), consiste en que, pese a su amplio carácter interdisciplinar, no toma en consideración la lingüística ni sus métodos, y los datos en los que se apoya proceden de la investigación de campo antropológica y de la psicoterapia.

A partir de los años setenta, la *psicología social* también empieza a estudiar los diálogos. Según la autora citada, un inconveniente de esta corriente es que los diálogos analizados se estén creando artificialmente, en condiciones de laboratorio, lo que predetermina la naturaleza de los resultados de la investigación. El beneficio, en cambio, se obtiene de su interés por el estudio de los fenómenos supra-segmentales y aspectos problemáticos de la transcripción (Gallardo, 1996: 20).

La década de 1970 marca también el inicio del *análisis del discurso* (AD) en la Escuela de Birmingham (es decir, un enfoque del AD dis-

tinto del que se introdujo en la sección 1.1). Algunos de sus representantes son John Sinclair, Malcolm Coulthard, Michael Stubbs y otros. Este tipo de AD difiere de las escuelas de pensamiento anteriores en que se basa casi exclusivamente en métodos lingüísticos, pero los datos están estrechamente contextualizados o vinculados institucionalmente (proviene de entornos escolares y/o empresariales), lo que repercute necesariamente en el carácter del análisis. Para Gallardo (1996: 20), el hallazgo más importante de la Escuela de Birmingham es la *predictibilidad*, que permite identificar y clasificar los distintos tipos de turnos de habla y, posteriormente, examinar la estructura de todo el intercambio en su conjunto. A este enfoque del AD a menudo se le critica por tratar los datos sobre la base de un metalenguaje predefinido, incapaz de reflejar las nuevas realidades que surjan de la investigación.

Bajo la *pragmática dialógica*, Gallardo (1996: 20) agrupa tres corrientes lingüísticas francófonas: la Escuela de Ginebra (encabezada por Eddy Roulet, Antoine Auchlin, etc., considerada en otra literatura el modelo ginebrino de análisis del discurso), la *lingüística interaccional* (representada por Catherine Kerbrat-Orecchioni, Robert Vion, Jacques Cosnier) y la *teoría de los topoi* (Oswald Ducrot, Jean Claude Anscombe, etc.). Para la misma autora, el elemento característico que distingue el análisis del discurso de la pragmática dialógica es su aparato conceptual flexible y, sobre todo, el hecho de que los representantes de la pragmática dialógica no solo tratan datos relacionados con un determinado ámbito de la actividad humana, sino que también estudian la comunicación cotidiana. Asimismo, es típico un interés más profundo por las especificidades del discurso argumentativo.

Un panorama alternativo de las ciencias sociales que investigan el uso del lenguaje y la interacción social lo brindan, p. ej., Stivers y Sidnell (2013: 2), quienes enumeran «el análisis del discurso, la pragmática, la etnografía del habla, los estudios gestuales, el análisis balésiano de la interacción, la lingüística de corpus, la lingüística de campo, la etnometodología, la ecología del comportamiento, la etología, los estudios experimentales y la semiótica». Schiffrin (1994), por su parte, añade la sociolingüística interaccional y variacionista.

2.4 Análisis de la conversación y lingüística

En términos de la división disciplinar de las ciencias en la primera mitad del siglo XX, el estudio del uso real del lenguaje en la práctica cotidiana debería formar parte natural de la lingüística. No obstante, como señalan Heritage y Stivers (2013: 659), el problema es que la lingüística se ocupó durante mucho tiempo de la forma ideal del sistema lingüístico interno más que de su uso real, justificándolo, entre otras cosas, con el argumento de Chomsky de que la práctica del habla es demasiado aleatoria y desordenada como para ser investigada empíricamente y descrita mediante reglas. Del mismo modo, en sociología, la investigación de la conducta humana se enfocaba más hacia lo teórico que hacia el análisis de los comportamientos reales, lo que hizo prácticamente imposible el estudio del uso real del lenguaje (tanto en lingüística como en sociología). Pero como sabemos, el análisis de la conversación finalmente terminó surgiendo del ámbito sociológico, concretamente de la disconformidad de Sacks con el estado contemporáneo de dicha disciplina. Su interés por el estudio de la interacción humana y el uso real del lenguaje, sin embargo, lo puso en estrecho contacto con la lingüística.

El hecho de que la publicación pionera del AC, «A Simplest Systematics» (1974), se publicara en la revista *Language* de la Sociedad Lingüística de Estados Unidos puede interpretarse como una primera vinculación institucional entre el AC y la lingüística. Y el mismo destino corrió su otra gran contribución, «The preference for self-correction» (de Schegloff, Jefferson y Sacks), publicada en 1977. Aunque en aquella época reinaba en la lingüística el paradigma generativista, ambos artículos tuvieron un impacto considerable en la lingüística (Fox et al., 2013: 726).

Los lingüistas de distintas líneas de investigación empezaron a prestar atención a determinados aspectos del análisis de la conversación a partir de la mitad de los años ochenta (por ejemplo, la gramática discursivo-funcional de S. C. Dik; en Gallardo, 1996: 19, se menciona también al análisis del discurso de van Dijk o la pragmática dialógica de Kerbrat-Orecchioni). A continuación, después del año 2000, surge la lingüística interaccional, que es probablemente la rama más cercana al AC. Lo que la diferencia de él, no obstante, es que su investigación tiende a estar más motivada lingüísticamente y, además, hace uso de la terminología lingüística (recordemos que el AC, en cambio, es a menudo criticado por la falta de un metalenguaje

unificado, como ya hemos mencionado en la sección 2.2). La lingüística interaccional pretende vincular el estudio de la estructura lingüística con el plano interaccional, sus funciones y patrones (Fox et al., 2013: 728). La influencia mutua entre el AC y la lingüística también puede resumirse en palabras de Maynard de la siguiente manera:

La contribución a la lingüística consiste en que la morfología y la sintaxis, en lugar de ser entidades autónomas, están determinadas en muchos aspectos por el lugar que ocupa un enunciado en un entorno secuencial. A medida que la investigación en AC se ha ido desarrollando, ha influido en la lingüística y se ha visto influido por ella, y la visión actual es que la gramática y la interacción social están interconectadas y juntas proporcionan los aspectos organizativos de la interacción (Maynard, 2013: 25).

El análisis de la conversación supuso una importante contribución a la lingüística no solo por enfocar su atención en la conversación cotidiana, sino también por percibirla como una unidad dinámica que se desenvuelve gradualmente en el tiempo, mientras que las corrientes lingüísticas anteriores miraban la lengua de forma más bien estática. En el AC, las generalizaciones tienen carácter de normas que pueden estar sujetas a desviaciones (que, a su vez, merecen una investigación más profunda), y no tanto de reglas estrictas como sucede, por ejemplo, en la gramática generativa. Además, el AC incitó a la lingüística a reconceptualizar algunas categorías tradicionales y subrayó el hecho de que una misma forma lingüística puede no desempeñar la misma función en una interacción, ya que esta viene condicionada por el tipo de secuencia en la que se emplee (*sequence-specific use*, o sea, *uso secuencial específico*).

La lingüística, por su parte, se ha servido de las categorías gramaticales tradicionales para describir ciertos fenómenos conversacionales, para aclarar las particularidades prosódicas y su función en la conversación, o para introducir algunas ideas de la pragmática en el AC. De manera similar, se ha producido una interacción de metodologías con la lingüística partiendo generalmente de una forma o un fenómeno lingüístico hacia los datos, mientras que el AC comenzando con una simple observación de los datos (Fox et al., 2013: 729-733).

Un tema aparte es la interacción entre el AC y la **sociolingüística**, que ya se ha tratado en la sección 1.1. La sociolingüística comparte con el AC su interés por la práctica del habla frente al enfoque

estructuralista tradicional, que estudia el sistema lingüístico. Asimismo, los une la preocupación por el orden social y la percepción del ser humano como miembro activo de la sociedad. Por el contrario, divergen en la naturaleza de los datos que estudian y en su aproximación analítica, siendo la sociolingüística de tipo variacionista la que más contrasta con el AC, ya que se basa principalmente en métodos cuantitativos. El propósito de tal sociolingüística es describir la variación de una determinada variable en el habla de una comunidad concreta, mientras que el objeto del AC es encontrar principios universales de interacción, válidos para una multitud de comunidades diferentes (Maynard, 2013: 26-27).

El AC también muestra cierta relación con **la filosofía del lenguaje**. Como apunta Maynard (2013: 20), pueden identificarse ideas afines con Austin, Searle, Ryle o Wittgenstein, entre otros. Sin embargo, no puede decirse que la filosofía del lenguaje natural haya influenciado al AC, sino que estas disciplinas se han desarrollado en paralelo y algunas posturas les son comunes, mientras que otras cuestiones las contemplan de forma diferente. Un paralelismo yace precisamente en el interés por estudiar el lenguaje en el contexto de las actividades humanas, es decir, por *cómo hacer cosas con las palabras* (cf. Austin, 1962: *How to do Things with Words*). Otra intersección es la creencia de que una oración o un enunciado pueden tener una variedad de significados o realizar diferentes actos de habla. Y, por último, pero no menos importante, ambas disciplinas intentan lidiar con la forma en que el investigador debe revelar la verdadera fuerza ilocutiva o accional de un enunciado cuando el mismo enunciado puede recibir significados diferentes en contextos diferentes (la forma lingüística se subordina, pues, al orden social).

Según Maynard (2013: 22), sin embargo, el AC y la filosofía del lenguaje natural difieren sustancialmente en su metodología y su actitud hacia la categorización. Si la filosofía del lenguaje establece reglas y categorías *a priori*, define las condiciones para la realización satisfactoria de las cosas con palabras y crea ejemplos hipotéticos, el AC parte de ejemplos reales del habla cotidiana dentro de un contexto secuencial y solo entonces intenta hacer ciertas generalizaciones (véase también la sección 2.5).

2.5 Objeto, definiciones y métodos del análisis de la conversación

Desde su introducción a finales de los años sesenta y principios de los setenta, el análisis de la conversación ha experimentado un enorme crecimiento en diversas disciplinas científicas, dando lugar a diferentes definiciones de su contenido, objeto y metas. En el presente capítulo, por tanto, intentaremos esbozar las que consideramos más relevantes para nuestro trabajo.

El punto de partida para el surgimiento del análisis de la conversación fue el trabajo de Sacks en el Centro de Prevención del Suicidio de Los Ángeles, en el que se dedicaba a recopilar un corpus de llamadas telefónicas grabadas. Al hacerlo, observó que, si bien la mayoría de los clientes tras habérselos presentado el asistente también se presentaban, otros recurrían a diversas estrategias manipulativas para ocultar su identidad (fingían no haber oído en vez de decir su nombre, etc.). Sacks asimismo notó que, si un cliente no se presentaba en la secuencia introductoria de la llamada, el personal encontraba muchas dificultades para averiguar el nombre a medida que la llamada avanzaba. Esto le llevó a plantearse la pregunta de si era posible que las llamadas tuvieran alguna estructura interna y si romperla podría ser un método deliberado para lograr algún objetivo (Wooffitt, 2001: 51). Con esto, se sentaron las bases teóricas del análisis de la conversación. El AC, pues, puede definirse a través de las preguntas a las que pretende dar respuesta:

¿Qué hacemos cuando hablamos? Hablar es una actividad central en la vida social, pero ¿cómo se organiza el habla común, cómo coordina la gente su habla en la interacción y cuál es el papel del habla en procesos sociales más amplios? El AC se caracteriza por la idea de que el modo en que se produce el habla y en que se determina su significado son logros prácticos, sociales e interaccionales de los miembros de una cultura (Hutchby y Wooffitt, 2008: 1).

Una definición alternativa, que apunta al concepto central de la conversación como unidad estructurada, podría ser, por ejemplo, la siguiente:

El análisis de la conversación se basa en el supuesto de que toda conversación está internamente estructurada, es decir, presenta

patrones invariables y constantes; cada conversación concreta lleva a la formación de un contexto que la hace racional y dentro del cual, por tanto, la conversación puede llegar a ser comprendida (Kubátová, 2006: 143).

Aunque los primeros trabajos orientados al AC se publicaron ya a finales de la década de 1960 (Sacks, 1967; Schegloff, 1968), no fue hasta la publicación de «A Simplest Systematics for the Organization of Turn-taking for Conversation» (1974; «A Simplest Systematics» en adelante) de Sacks, Schegloff y Jefferson que se consideró una especie de manifiesto para el análisis de la conversación. En esta contribución, exponen el objeto de sus investigaciones (el mecanismo de la alternancia de los turnos de habla, *turn-taking*), definen su concepción de la conversación (que entienden como un sistema de intercambio de habla, *speech exchange system*), introducen los componentes básicos del sistema (las unidades de construcción y las técnicas de asignación de turno), las reglas que rigen la constitución de la conversación y las normas de transcripción. Dado que todos estos aspectos se abordarán en la siguiente sección (2.6), por ahora nos conformaremos con una definición general:

El habla está organizada socialmente, no meramente en términos de quién habla a quién en qué idioma, sino como un pequeño sistema de acción cara a cara, mutuamente ratificado y ritualmente regido, un encuentro social (Sacks, Schegloff y Jefferson, 1974: 697, nota 1).

En lo que respecta a los datos y a la metodología, un rasgo distintivo del análisis de la conversación es que sus investigaciones se basan en audio o videograbaciones de interacciones cotidianas reales. Estas se transcriben minuciosamente y luego las transcripciones se analizan. Una ventaja de esta técnica es la posibilidad de reproducir las grabaciones las veces que haga falta y examinarlas repetidamente. Dicho esto, el AC puede redefinirse del siguiente modo:

[El AC] es el análisis sistemático del habla producida en situaciones cotidianas de interacción humana (...), el estudio del habla natural en interacción, **grabada** (Hutchby y Wooffitt, 2008: 11-12, la negrita es nuestra).

Sacks argumenta, además, que la teoría ha de basarse en datos, en vez de que los datos respalden una teoría existente (una postura que se contradice con la de Goffman). Asimismo, la investigación debería comenzar con un proceso de *indagación no motivada* (*unmotivated looking*; simplemente observando lo que dicen los propios datos, Maynard, 2013: 19) en lugar de que el investigador primero se haga una idea y luego busque datos que la apoyen (Hutchby y Wooffitt, 2008: 26). El análisis de la conversación opta, pues, por un método inductivo y supone una modalidad de investigación cualitativa, ya que describe y explica la estructura de la interacción mediante el análisis «caso por caso», dando lugar a generalizaciones a raíz de una serie o multitud de casos (Stivers y Sidnell, 2013: 2). En este sentido, el AC difiere también de la teoría de los actos de habla (véase asimismo la sección 2.4):

Sacks empieza ofreciendo enunciados concretos en un contexto concreto; donde los teóricos de los actos de habla comienzan con clases o categorías de acciones (...), el AC comienza con el habla misma, preguntando qué podría estar haciendo una determinada pieza (Schegloff, 1992, en Maynard, 2013: 22).

Uno de los criterios sustanciales del AC es que se centra en la ordenación *endógena* de la interacción en situaciones cotidianas (Mondada, 2013: 33). Se basa en lo que puede captarse mediante la transcripción (el contexto secuencial inmediato) y apenas refleja el contexto social más amplio con el fin de garantizar que el conocimiento adquirido pueda generalizarse a un sistema de conversación universal para diferentes culturas. La progresión hacia la generalización es de naturaleza reversible o cíclica:

El método analítico básico del AC implica avanzar y retroceder entre, por un lado, el estudio detallado de casos particulares y, por otro, una visión más sinóptica de la colección que constituyen estos casos en su conjunto. El AC debe recopilar múltiples casos de un fenómeno para discernir las propiedades genéricas e independientes del contexto de la práctica (Sidnell, 2013: 77-78).

Para sintetizar brevemente lo expuesto hasta ahora, el AC se sustenta en el supuesto de que la interacción verbal es ordenada y su objetivo es revelar sus estructuras latentes. Los datos que el AC analiza son grabaciones de conversaciones cotidianas espontáneas, transcritas

de acuerdo con las normas de transcripción pertinentes y que permiten una investigación repetida. El AC emplea el método de inducción, procediendo de los datos hacia la generalización, y el análisis es de carácter cualitativo, ya que consiste en describir detalladamente los casos particulares que se van acumulando o agrupando para formar un conjunto. Las unidades estructurales que examina se tratarán en el próximo capítulo.

2.6 Conceptos fundamentales del análisis de la conversación

Como se ha señalado anteriormente, «A Simplest Systematics» (Sacks et al., 1974: 696-735) concibe la conversación como uno de los sistemas de intercambio de habla (entre los demás cabe mencionar, p. ej., debates, entrevistas o ceremonias). Sacks, Schegloff y Jefferson suelen sustituir el término «conversación» por la expresión compuesta *talk-in-interaction* (*habla en interacción*) para explícitamente llamar la atención sobre su naturaleza interactiva.

El punto de partida del AC es la suposición de que una conversación es un acontecimiento social ordenado que se basa en un sistema de alternancia de dos o más participantes (*turn-taking system*, o sea, *sistema de toma de turno*), en el que lo esencial es averiguar cómo se produce el intercambio, es decir, cómo y por qué los participantes llegan «a su turno» y cómo se organiza la secuencia de sus intervenciones en general. El mecanismo de la alternancia sistemática del derecho de actuar no es, desde luego, privativo de la conversación; al contrario, les es común a muchas otras situaciones y actividades sociales de diversa índole (alternancia de turnos en un juego, regulación del tráfico en los cruces, atención a los clientes en una tienda, etc.; cf. Sacks et al., 1974: 696). No obstante, en la conversación se trata principalmente de un intercambio verbal (con ciertas expresiones extralingüísticas como gestos, expresiones faciales, etc.) y de un sistema específico de la toma de palabra, propio de la interacción cotidiana.

Aunque el AC se niega a establecer un metalenguaje teórico *a priori* (cf. Gallardo, 1996: 19; Wooffitt, 2001: 52), además del sistema de la toma de palabra trabaja con unos cuantos conceptos más (sobre todo estructurales). Estos son: *el turno* (*turn*), *la unidad de construcción de turnos* (*turn-constructional unit*; en adelante abreviada como *UCT*), *el lugar apropiado para la transición* (*transition relevance place*; en ade-

lante abreviado como *LAT*), *la secuencia (sequence)*, *el par adyacente (adjacency pair)*, *la preferencia (preference)*, *el solapamiento (overlap)*, *la reparación (repair)*, *el intervalo y el silencio (gap, silence)*, *la asignación (allocation)* y otros. Sin conocerlos, sería imposible identificar la localización potencial de los marcadores conversacionales, por lo que a continuación presentamos brevemente estos términos.⁵

2.6.1 Turno de habla y sus componentes

El análisis de la conversación se ocupa del estudio de la conversación en sí, es decir, se interesa más por lo que ocurre dentro y menos por lo que sucede fuera de ella. A diferencia de los lingüistas, cuyo objetivo es estudiar el contenido (y, en pragmática, el alcance práctico) de una oración, enunciado o acto aislados, los representantes del AC dirigen su atención a la posición de un turno de habla con respecto al que le precede y al que le sigue («lo que vino antes y lo que viene después», p. ej., Stivers, 2013: 191; Wooffitt, 2001: 54). Les interesa el contexto comunicativo inmediato (secuencial), entendiendo un par mínimo como una secuencia formada por al menos (y normalmente) dos turnos. A su vez, un turno se define como un segmento de conversación en el que un interlocutor habla sin ser sucedido por otro (a excepción de los turnos interrumpidos, que el hablante puede o no retomar al cabo de un rato).

Como tal, un turno se compone de las llamadas *unidades de construcción de turnos* (UCT) de diversa naturaleza formal (palabra, locución, frase, oración simple o compuesta, etc., p. ej., Sacks et al., 1974: 702) que son capaces de codificar, implicar y señalar sus límites de alguna manera (por su contenido, entonación, sincronización, gestos acompañantes), es decir, poseen la capacidad de *proyección (projection)*; Clayman, 2013: 154). Sobre su base, el próximo hablante puede anticipar el *lugar apropiado para la transición (LAT)*. No obstante, la toma de palabra no se produce necesariamente en este primer LAT y el hablante actual puede continuar con otro(s) turno(s) hasta que finalmente se produzca el intercambio de interlocutores.

Cada UCT es un enunciado coherente y autónomo que puede reconocerse en el contexto como «posiblemente completo». La finaliza-

⁵ En la literatura hispanófila, estos términos suelen traducirse de forma diversa, por lo que hemos incluido aquí también sus nombres originales en inglés.

ción de cada UCT establece un *lugar apropiado para la transición* en el que el cambio de hablante se convierte en una posibilidad emergente que puede o no llevarse a cabo en un LAT concreto. Por último, la finalización de una UCT, y, por lo tanto, la apertura de un LAT, no solo se manifiesta al producirse, sino que también se proyecta con anticipación a través de diversas prácticas que se entienden en el contexto como presagio de que el turno en curso puede estar llegando a su fin (Clayman, 2013: 151).

2.6.2 Asignación

Por regla general, en una conversación no debe hablar más de un participante a la vez (Sacks et al., 1974: 699). La distribución o *asignación* (*allocation*) de turnos en la conversación se rige, además, por reglas de transferencia que garantizan que haya las menores pausas y solapamientos posibles. Sin embargo, lo que aquí se entiende por «regla» es una forma eficaz de intercambio entre interlocutores que resulta de su coordinación mutua y de su capacidad para reconocer las convenciones mediante las cuales puede llevarse a cabo la transferencia, más que un conjunto de instrucciones obligatorias (Wooffitt, 2005: 29). La heteroselección (el hablante actual elige al siguiente) y la autoselección (el nuevo hablante toma la palabra por sí mismo) pueden identificarse como las técnicas básicas de asignación. Las siguientes opciones según Sacks et al. (1974) son relevantes para el primer lugar apropiado para la transición (LAT) de la primera unidad de construcción (UCT):

(a) Si el turno hasta el momento se construye de tal manera que implique el uso de una técnica de «el hablante actual selecciona al siguiente», entonces el participante así seleccionado tiene el derecho y la obligación de tomar el siguiente turno de palabra; nadie más tiene tales derechos u obligaciones, y la transferencia se produce en ese lugar (Sacks et al., 1974: 704).

Un ejemplo de la regla (a) es cuando el hablante actual le dirige una pregunta a otro mencionando su nombre e indicando así claramente quién debe responder preferentemente en el siguiente turno (a menos que la convención se vea violada al autoseleccionarse otro interlocutor que, por ejemplo, estime conocer una respuesta más apropiada a la pregunta planteada). De forma similar, en un intercambio entre

dos personas, se presupone que la pregunta va dirigida directamente al otro interlocutor (aunque aquí también pueden surgir dificultades, por ejemplo, en forma de preguntas retóricas, cuya naturaleza, no obstante, suele deducirse de su contenido y entonación).

(b) Si el turno hasta el momento se construye de tal manera que no implique el uso de una técnica de «el hablante actual selecciona al siguiente», entonces se puede instituir o no la autoselección para el siguiente turno de palabra; quien comience primero adquiere los derechos al turno, y la transferencia se produce en ese lugar (Sacks et al., 1974: 704).

La regla (b) alude a una situación habitual en la que el hablante actual concluye su turno sin explicitar quién debe proseguir. En tal caso, podrá tomar la palabra otro interlocutor por autoselección, y si resulta que más de un interlocutor tome la palabra al mismo tiempo, tiene el derecho preferente a continuar el interlocutor que haya empezado a hablar en primer lugar.

(c) Si el turno hasta el momento se construye de tal manera que no implique el uso de una técnica de «el hablante actual selecciona al siguiente», entonces el hablante actual puede o no continuar a menos que otro se autoseleccione (Sacks et al., 1974: 704).

La regla (c) establece que, si no se ha producido un intercambio de interlocutores heteroselectivo ni autoselectivo, el hablante actual podrá seguir hablando hasta que uno de los demás participantes reclame la palabra y, con ello, obtenga el derecho a hablar.

Por último, si en el primer lugar apropiado para la transición de la primera unidad de construcción no se ha producido el intercambio según las reglas (a) o (b) y el hablante actual ha continuado de acuerdo con la regla (c), la elección del conjunto de reglas (a-c) se replica en cada LAT posterior hasta que se produzca la transferencia.

2.6.3 Solapamientos

La proyección y el conocimiento compartido les permiten a los hablantes inferir el contenido global del mensaje con anticipación, lo que a veces provoca solapamientos (lugares en la conversación en los

que habla más de un interlocutor a la vez), aunque estos naturalmente también pueden producirse por otros motivos (si varios interlocutores se autoseleccionan al mismo tiempo o si se anticipa erróneamente el final de un turno, como cuando el hablante actual desea continuarlo, etc.). Jefferson (1983, 1986) llegó a la conclusión de que los solapamientos en la fase de transición son un fenómeno perfectamente natural e inevitable desde el punto de vista de la economía lingüística, por lo que no deben considerarse algo indebido y/o descortés. Una solución para minimizar el impacto del solapamiento en la inteligibilidad del mensaje es el uso de los denominados *comienzos apositivos* (*appositional beginnings*, Sacks et al., 1974: 719) o también *prefacios* (*prefaces*, p. ej., Wooffitt, 2001: 55), o sea, diversas expresiones iniciales (*well, but, so* a menudo se ponen de ejemplo) que suelen cubrir el intervalo de habla simultánea antes de que se produzca la transición de hablantes. Asimismo, estos elementos lingüísticos pueden constituir un recurso para expresar desacuerdo, cambio de tema, etc. (véase *actually, anyway*, Drew, 2013: 138-139), siendo posible y común no solo su posición inicial, sino también final u otra.

2.6.4 Secuencias y preferencia

En cuanto a las secuencias, estas suelen componerse de una sucesión tipificada de dos turnos, de manera que el primero del par presupone intrínsecamente la aparición subsiguiente del segundo. A estos pares se les denomina adyacentes (véase más arriba), y son tales como saludo-saludo, pregunta-respuesta, invitación-aceptación o rechazo, oferta-aceptación o rechazo, acusación-reconocimiento o denegación, despedida-despedida (véase Stivers, 2013: 192 para más detalles). Sin embargo, algunos de ellos, como pregunta-respuesta, invitación-aceptación o rechazo, presentan varias opciones para la segunda parte del par (respuesta afirmativa o negativa, aceptación o rechazo de una invitación, aceptación o no de un reproche). Un rasgo polarizador de estas alternativas es que una de ellas tiene prioridad sobre la otra, es decir, una respuesta es preferida mientras que la otra no lo es. La respuesta preferida, a su vez, se codifica en la primera parte del par mediante diversos indicios (véase el ejemplo 1 – apéndices confirmativos o coletillas interrogativas, de Hutchby y Wooffitt, 2008: 46-47, la negrita es nuestra), y el autor de la segunda solo tiene que decidir si acepta o no lo que se le está sugiriendo.

(1) A: It's a really clear lake **isn't it?**

B: It's wonderful.

Se comunica de inmediato y sin titubeos una clara reacción afirmativa, mientras que la comunicación de una actitud negativa obedece a otro mecanismo. El mensaje no preferido se pospone, va precedido de un suspiro o una pausa, el empleo de una expresión atenuante, por ejemplo, marcador como *well* y otros (Hutchby y Wooffitt, 2008: 47; Pomerantz, 1984 – *dispreference markers*, o sea, *marcadores de despreferencia*; Drew, 2013: 137; Pomerantz y Heritage, 2013: 210; Wooffitt, 2001: 55-56), y solo al final se produce el propio rechazo (véase el ejemplo 2, tomado de Pomerantz y Heritage, 2013: 215, y estos de Atkinson y Drew, 1979: 58):

(2) B: Uh if you'd care to come over and visit a little while this morning I'll give you a cup of coffee

A: hehh Well that's awfully sweet of you, I don't think I can make it this morning .hh uhm I'm running an ad in the paper and-and
uh I have to stay near the phone.

Pero la cuestión de la preferencia no puede concebirse solo de esta manera tan simplista. En realidad, el carácter bipolar se ve distorsionado por una especie de banda de resultados al menos parcialmente consensuales, ya que, en virtud del principio de solidaridad, un interlocutor debería intentar, en la medida de lo posible, alcanzar un cierto consenso:

De ser posible, evite o minimice las expresiones de desacuerdo, desconfirmación o rechazo y, de ser posible, incluya un acuerdo, confirmación, aceptación u otra acción de apoyo (Pomerantz y Heritage, 2013: 214).

Esto se efectúa, por ejemplo, de la siguiente manera: si el primer interlocutor (el autor de la primera parte del par) intuye un problema con la otra parte (por ejemplo, a raíz de una pausa, vacilación o respuesta evasiva del segundo participante), retira su propuesta o pregunta, o bien la modifica para proporcionar una solución intermedia.

Como situación modelo⁶ imaginemos que el interlocutor A invita al interlocutor B a que le haga una visita en una fecha concreta. Poco después, A descubre que B está indeciso y que probablemente no podrá venir. Esto le lleva a A a reformular su propuesta para quedar en otro momento cuando surja una oportunidad más conveniente, a lo que B accede. De este modo, se evita un rechazo categórico y se llega a un acuerdo provisional.

Además, las secuencias no pueden reducirse a las pares. Según Schegloff (2007) y Stivers (2013: 193-200), existen otros tipos como las *secuencias incrustadas* (que le siguen a la primera parte del par base o le preceden a la segunda), las *preexpansiones* (aquellas que son preparatorias de la primera parte de la secuencia base y que suelen contener información necesaria para su comprensión) y las *postexpansiones* (que se dividen, a su vez, en mínimas y no mínimas). Una *postexpansión mínima* es, en realidad, una reacción a la segunda parte de la secuencia base y se denomina *sequence-closing third* (*cierre de secuencia a través de un tercer turno*), lo que significa que no establece por sí misma una nueva secuencia (a menudo consta de elementos de retroalimentación como *Okay*, *Great*, etc.). El empleo de una *postexpansión no mínima* se sustenta en que el autor de la primera parte de la base considera inapropiado el contenido de la segunda o cree que merece un comentario (*¿En serio? – Mhm*).

2.6.5 Reparaciones

En el desarrollo de una conversación espontánea y, por ello, no preparada con antelación, es natural que se produzcan errores, ambigüedades e incoherencias, no solo en el sentido de palabras mal pronunciadas, sino también en cuanto a saltos temáticos y otros malentendidos. Estas deficiencias –aunque no obligatoriamente– suelen corregirse. Desde el punto de vista del AC, no se trata solamente de quién ha causado el problema de comunicación, sino también de quién inicia la reparación y quién la lleva a cabo. Schegloff, Jefferson y Sacks han

6 Como se ha visto anteriormente, el AC como tal no admite situaciones modelo; al contrario, deriva todas sus conclusiones de ejemplos concretos. En cierto modo, pues, estamos cometiendo aquí una incoherencia con respecto a las creencias de los representantes del AC. Ahora bien, nuestra situación modelo se basa en generalizaciones hechas a partir de múltiples ejemplos recopilados en la literatura sobre el AC (Schegloff, 2007, Pomerantz, 2013, Wooffitt, 2001, Heritage, 2015, etc.), por lo que la consideramos aceptable a efectos de ilustrar el fenómeno en cuestión.

definido detalladamente el mecanismo de reparación en «The preference for self-correction in the organization of repair in conversation» (1977: 361-382), del que Hutchby y Wooffitt (2008: 60) ofrecen una síntesis que abajo reproducimos:

Autorreparación autoiniciada: La reparación la inicia y la lleva a cabo el emisor de la fuente del problema.

Autorreparación heteroiniciada: La reparación la lleva a cabo el emisor de la fuente del problema, pero la inicia el receptor.

Heterorreparación autoiniciada: El emisor de una fuente de problema puede intentar que el receptor lo repare, por ejemplo, si le resulta difícil recordar un nombre.

Heterorreparación heteroiniciada: El receptor de una fuente de problema inicia y lleva a cabo la reparación. Es la forma más cercana a lo que convencionalmente se entiende por «corrección».

De los tipos de reparación introducidos anteriormente, los preferidos (y más comunes) son aquellos en los que el mismo emisor de la fuente del problema inmediatamente inicia y efectúa la reparación ya en el mismo turno. Si no se percata de su propio error (por ejemplo, una palabra mal pronunciada), otro interlocutor puede indicarle la necesidad de rectificación en su próximo turno, pero la tendencia general es que la reparación la lleve a cabo, en el mejor de los casos, el autor del fallo. En situaciones en las que no es posible que el emisor de la fuente del problema se corrija a sí mismo (por ejemplo, por ignorancia o por no recordar un dato), puede animarle al receptor de hasta el momento a que lleve a cabo la reparación, si es que está capacitado para ello. Si la reparación es iniciada y también efectuada por parte de otro interlocutor que no sea el emisor de la fuente del problema, se trata de la alternativa menos preferida (Schegloff et al., 1977). Al igual que los cambios de tema, los solapamientos y las preferencias, las reparaciones también pueden señalarse mediante marcadores para ello apropiados (cf. *repair prefaces*, o sea, *prefacios de reparación*: *well, I mean, actually*, etc., Kitzinger, 2013: 240).

2.6.6 Diseño para el receptor

Otro componente importante del análisis de la conversación es el llamado *diseño para el receptor*⁷ (*recipient design*). La interacción no solo se basa en que un interlocutor hable primero y luego le sustituya otro, sino también en que mientras uno habla, el otro escucha y tiene que ir reconstruyendo lo que el hablante actual pretende decir o hacer. Y, a su vez, quien habla debe construir su enunciado o turno de tal manera que se adapte al oyente y que sea reconstruible para él; de lo contrario, se producirá desinterpretación.⁸ En otras palabras, mediante el *diseño para el receptor* el hablante moldea su turno a la medida de aquel a quien va dirigida.

El hecho de que la extensión y el orden de los turnos estén gestionados localmente, administrados por las partes y regulados en interacción significa que estas facetas de la conversación, y las que de ellas se derivan, pueden someterse a la jurisdicción del principio más general que particulariza las interacciones conversacionales: el DISEÑO PARA EL RECEPTOR. Con «diseño para el receptor» nos referimos a una multitud de aspectos en los que el habla de uno de los participantes de una conversación se construye o diseña de forma que muestre orientación y sensibilidad hacia el otro u otros que son los coparticipantes. En nuestro trabajo, hemos observado que el diseño para el receptor opera en los ámbitos de la selección de palabras, la selección de temas, la aceptabilidad y el orden de las secuencias, las opciones y obligaciones para iniciar y finalizar conversaciones, etc. (Sacks et al., 1974: 727).

La noción de *receptor* forma un componente fundamental de la interacción que es sensible al contexto (es decir, en la escala *libre de contexto* y *sensible al contexto* estamos más cerca de este segundo polo). Dentro de él, podemos hablar del mayor grado de variabilidad e individualización de la conversación, del orden específico de los turnos, de su extensión real, etc. Así, el sistema abstracto de alternancia de hablantes se actualiza en una situación conversacional concreta. Además, puede

7 Aunque en términos de significado probablemente sería más apropiado hablar de *diseño para el destinatario* en vez de *para el receptor*, aquí nos ceñimos a una traducción fiel del original inglés para hacer constar su equivalencia.

8 Estas son, de hecho, las premisas fundamentales de la pragmática (véase más información en la sección 3.5).

decirse que el *diseño para el receptor* es el factor o componente más socialmente orientado del AC (Stivers, 2013: 27, etc.) y que permite señalar las relaciones sociales entre los participantes (Drew, 2013: 147).

2.6.7 Estructura global de la conversación

Naturalmente, el análisis de la conversación no se limita al mero estudio del orden secuencial de los turnos, y ya el propio Harvey Sacks recalcó la necesidad de traer el nivel global al foco del AC. Él mismo lo hizo en sus conferencias sobre el tema de «Overall Structural Organization of Conversation» ya en 1970 (véase Sacks, 1992/II: 157 y ss.), puesto que su interés temprano por la conversación implicaba el estudio de las partes introductorias de las llamadas telefónicas (*openings*, o sea, *aperturas*). Sin embargo, como hace notar Robinson (2013: 256): «A pesar de ello, la organización estructural global ha recibido relativamente poca atención analítica desde entonces, por lo que sigue sin comprenderse bien».

La estructura global de una conversación se diseña de forma análoga a la estructura de una secuencia compuesta de turnos. En otras palabras, al igual que los turnos se agrupan en secuencias, las secuencias suelen agruparse en unidades coherentes (*acciones y actividades*, respectivamente). La conversación en su totalidad se percibe como un conjunto de actividades: la apertura, el cierre y las que se sitúan «entre» estos dos límites (Robinson, 2013: 275; Sacks, 1992/II: 157 y ss.).

Según Levinson (1992: 69), las *actividades* de habla están vinculadas a cierto conjunto de esquemas inferenciales que dan cuenta de la naturaleza y el orden de sus partes, las cuales, a su vez, se definen por el propósito que pretenden alcanzar. En el contexto de la estructura global de la conversación, también se habla de unidades de coherencia interaccional y de *marcos de coherencia* (*frameworks of coherence*) que trascienden la secuencia (Robinson, 2013: 260). Schegloff (2007: 2), por su parte, opta por el término general del orden «secuencial» (en inglés, *sequential* frente a *sequence*, ya que este último le resulta más específico) para aludir a cualquier ordenación referente a la *posición relativa* de las unidades particulares en relación con el todo. Sin embargo, en la historia del AC, el interés por la coherencia supraseduencial ha sido más bien escaso, a pesar de que, en opinión de Sacks (1992/II: 354-359), el análisis de las acciones secuenciales particulares ignora por completo cómo se relacionan con el todo.

No obstante, hay dos hallazgos que pueden interpretarse como aportaciones destacadas del AC. En primer lugar, que rara vez puede llegarse a una interpretación apropiada de la intención del hablante a partir de un único enunciado, mientras que el contexto secuencial sí es capaz de revelarla:

Lo que dos enunciados producidos por distintos hablantes pueden hacer y que uno solo no puede es lo siguiente: mediante un segundo enunciado adyacente, un hablante puede demostrar que ha entendido lo que pretendía el anterior y que está dispuesto a seguir adelante con ello. Además, en virtud de la aparición de un segundo enunciado adyacente, el autor del primero puede ver si lo que pretendía realmente se entendió y si fue aceptado o no. (...) Es entonces por medio del uso del posicionamiento adyacente que uno puede tratar comprensiblemente las valoraciones, los fallos, las correcciones, etcétera (Schegloff y Sacks, 1973: 297-298, etc.).

Y, en segundo lugar, que no es conveniente abordar el análisis de los datos conversacionales basándose en la intuición del investigador, ya que son los propios participantes quienes van realizando interpretaciones en el transcurso de la conversación, y estas interpretaciones luego le quedan disponibles también al investigador:

Pero si bien los coparticipantes tienen acceso a la comprensión de los turnos de habla de los demás, también lo tienen los analistas profesionales, que disponen así de un criterio de prueba (y un procedimiento de búsqueda) para analizar de qué se ocupa el turno de habla. Dado que lo que los participantes entienden de los turnos anteriores es relevante para su propia construcción de los turnos siguientes, son SUS comprensiones las que se buscan para el análisis. El despliegue de estas comprensiones en el habla de los turnos subsiguientes ofrece tanto un recurso para el análisis de los turnos anteriores como un procedimiento de prueba para los análisis expertos de recursos de los turnos anteriores, intrínsecos a los propios datos (Sacks et al., 1974: 729).

Hasta ahora, hemos comprobado que el análisis de la conversación se ha ganado muchos seguidores a lo largo de las décadas de su existencia. Además del trío tradicional, formado por Sacks, Schegloff y Jefferson, cabe mencionar a otras figuras destacadas como Anita Pomer-

antz, John Heritage, Paul Drew, Tanya Stivers, Jack Sidnell, Stephen C. Levinson, Ian Hutchby, Robin Wooffitt y Steven E. Clayman, entre muchos otros. Asimismo, ha adquirido numerosos seguidores entre los hispanistas, de los cuales, no obstante, hablaremos más adelante, en los capítulos dedicados al análisis del discurso.

2.7 Aportación del AC al estudio de los marcadores conversacionales

Sacks y sus colaboradores no aluden a los *marcadores conversacionales* como a una «clase» de elementos lingüísticos, sino que solo introducen ciertos tipos de ellos, aunque estas referencias son más bien fragmentarias y no forman ningún sistema coherente (cf. Sacks, 1966: *position markers* para los elementos argumentativos; Sacks y Schegloff, 1973: *misplacement* y *contrast markers*; más tarde también Pomerantz, 1984: *dispreference markers*). Esta constatación no es sorprendente, dada la naturaleza del AC, ya que su objetivo era buscar patrones conversacionales latentes (formatos y principios generales de construcción y de acción), no analizar el contenido de enunciados o turnos concretos ni, por tanto, el uso de elementos lingüísticos específicos (Sacks et al. animan explícitamente a los lingüistas a emprender tales estudios, por ejemplo, en su trabajo del 1974: 703, en el contexto de la *proyección*).

Asimismo, teniendo en cuenta la metodología del AC, que procede de la observación no motivada de datos a la revelación de un patrón a partir de numerosos casos, sería precipitado suponer que cualquiera de los fundadores del AC hubiera *preseleccionado* una expresión lingüística (por ejemplo, el antes mencionado *well*) y que *posteriormente* hubiera intentado examinar y documentar detalladamente todas sus funciones. Más bien, los analistas de la conversación pudieron darse cuenta de que existe un conjunto de elementos que ocupan un lugar determinado en la estructura conversacional y que desde ahí desempeñan ciertas funciones en relación con el sistema de alternancia de turnos, lo que efectivamente ocurrió (véase *appositional beginnings* más arriba, Sacks et al., 1974: 719). Así, en la práctica, los representantes del AC se han percatado no solo de que existen expresiones que mitigan el impacto de los solapamientos sobre la inteligibilidad del mensaje, sino también de que hay elementos que señalan desacuerdo o rectificación, implican un cambio de tema, etc. Cabe suponer que su

identificación no estuvo motivada por la preocupación por su contenido, sino más bien por hallazgos procedimentales.

Una situación modelo podría ser (sirva de ejemplo la nuestra): *En esta colección de solapamientos, aparece una expresión que le precede al propio mensaje y cuyo empleo minimiza el impacto negativo sobre su inteligibilidad.* Así, por observación no motivada, el analista ha revelado un patrón, y queda a su criterio posterior si les prestará una atención más profunda a las expresiones particulares que se han actualizado en el contexto dado, o si se contentará con el patrón detectado, que efectivamente es el objetivo del AC. La introducción de un cambio de tema constituye otro patrón, otro es la manifestación de un desacuerdo, etc. Desde esta perspectiva, debemos concluir necesariamente que el AC ha identificado varios patrones conceptualmente distintos y, por lo tanto, las propias expresiones pueden verse como distintas, a pesar de que, desde el punto de vista lingüístico, puedan adoptar la misma forma (por ejemplo, *well*). Para justificar esta afirmación, podemos recurrir al propio título del artículo de John Heritage «Turn-initial position and **some of its occupants**» (2013, la negrita es nuestra), en el que se hace referencia a una especie de clúster (*cluster*) o variedad (*variety*) de objetos lingüísticos que, dentro de un turno, aparecen en la posición inicial.

Esta aproximación es, por ello, lo opuesto a fijar primero una expresión lingüística como objeto de nuestro interés, tener alguna idea (teórica) sobre ella, examinar luego su comportamiento en la conversación y llegar finalmente a la conclusión de que la misma forma cumple una gama de funciones variadas, como sí se haría en la lingüística (o, respectivamente, en el análisis del discurso, que dio origen a la «categoría» de *marcadores del discurso* como tal, y como cuyo manifiesto suele considerarse la publicación *Discourse markers* de Schiffrin, 1987, véase más adelante en la sección 3.11).

Por consiguiente, el estudio de los marcadores conversacionales no puede constituir el objeto del verdadero análisis de la conversación por excelencia, tal como lo definió Sacks, ya que los objetivos del AC son más bien estructurales y están enfocados en las universales. Tampoco el método de *indagación no motivada* (*unmotivated inquiry*) es compatible con un interés *a priori* por investigar elementos lingüísticos específicos. No obstante, el AC puede ser una *herramienta* muy eficaz para identificar sus puntos de aparición en la estructura conversacional, es decir, un indicador de su distribución o localización, al tiempo que señala las funciones que pueden desempeñar dentro

del sistema de alternancia de turnos.⁹ Sidnell entiende la situación de forma parecida:

(...), empezamos a ver que [Sacks] sienta las bases para empezar por la observación. Queda por saber qué es lo que hay que observar. Evidentemente, esta pregunta no puede responderse con una lista, ya que eso iría en contra del propósito de comenzar con la observación, cuyo objetivo es posibilitar el descubrimiento de aspectos de la organización de la interacción que aún desconocemos. (...) Si bien no podemos proporcionar una lista de *qué* es lo que hay que buscar, al menos podemos tener una idea de *dónde* mirar (Sidnell, 2013: 87).

Sin embargo, Sidnell recuerda que en la práctica también se hace uso de otros procedimientos, y utiliza el ejemplo de la *partícula* (*particle*) *oh*, estudiada por Heritage, para mostrar cómo pueden aplicarse los métodos de AC:

Hay todavía otras maneras de proceder (...). Podríamos darnos cuenta, por ejemplo, de que [una] respuesta viene precedida por «OH» y esto podría llevarnos a preguntar qué trabajo distintivo (si es que alguno) se está llevando a cabo mediante el uso de esta partícula. En una serie de trabajos, John Heritage (1984, 1998, 2002, entre otros) ha descrito el uso de *Oh* en diversos contextos, y sus estudios nos proporcionan un caso ejemplar de **aplicación de los métodos del AC** (Sidnell, 2013: 92, la negrita es nuestra).

Se observa, pues, que algunos representantes del AC (empezando por Heritage) no se oponen al estudio de expresiones lingüísticas particulares a través de métodos conversacionalistas. Otro ejemplo de la colección del mismo autor es la publicación «*Well*-prefaced turns in English conversation: A conversation analytic perspective» (Heritage, 2015), una «secuela» del trabajo antes mencionado (Heritage, 2013). No obstante, también aquí hay que tener en cuenta la estrecha relación de un marcador específico con la cuestión distribucional del AC, ya que en dicha publicación únicamente se presta atención a la expresión *Well* en posición inicial. Fuera del ámbito del inglés, pueden citarse, por ejemplo, estudios dedicados a *no* en estonio (Keevallik, 2012),

⁹ Podría hablarse de una especie de *aplicación* del análisis de la conversación a cuestiones específicas, cf. Seedhouse (2005: 165): «[El AC] es una metodología multidisciplinar que hoy se aplica en ámbitos profesionales y académicos muy diversos».

eh en japonés (Hayashi, 2009), *kulenika* en coreano (Kim, 2013); para una lista más detallada, véase Heritage (2013) y Keevallik (2012).

Ahora bien, una notable complicación tiene que ver con el etiquetaje terminológico de dadas expresiones (ya hemos recordado en varias ocasiones la incoherencia del metalenguaje del AC). Por consiguiente, es natural que en la tradición del AC nos encontremos con diversas denominaciones para las mismas formas lingüísticas, de acuerdo con sus funciones particulares en la estructura conversacional. En los apartados que siguen, enumeramos algunos términos generales. No pretendemos plantear, no obstante, una clasificación fija con una enumeración exhaustiva de sus representantes concretos, sino más bien una breve panorámica de los nombres que aparecen en la literatura del AC, con algunos ejemplos respectivos.

Como ya hemos tenido la oportunidad de apreciar más arriba, un primer grupo de expresiones lingüísticas que no escapó a la atención de los representantes del AC fueron los denominados *comienzos aposicionales* (*appositional beginnings: well, but, and, so*, Sacks et al., 1974), con los que se aseguró el interés por la *ranura* (*slot*) inicial de los turnos. Al tratarse de elementos iniciales, pronto se les empezó a poner la etiqueta de *prefacios* (*prefaces*), que más tarde se extendió a otros grupos y es uno de los términos más utilizados en este contexto (cf. Heritage, 2015, *supra*; Wooffitt, 2001: 55; Sidnell, 2013: 83 y ss.; Drew, 2013: 137; Lee, 2013: 418, etc.).

En particular, se ha dedicado mucha atención a dos recursos lingüísticos: *well* y *oh*. En lo que se refiere a *well*, ya hemos hablado de su función de minimizar el impacto negativo del solapamiento en la inteligibilidad del mensaje al producirse el intercambio de hablantes (véase la sección 2.6). Otra función del *well* inicial en el marco de un turno es señalar una respuesta indirecta a una pregunta previa (Sidnell, 2013: 83), una cierta vacilación en una respuesta no preferida (cf. *dispreference markers* – Pomerantz, 1984, *supra*), la manifestación de una actitud contraria (cf. Drew, 2013: 137) o un rechazo (Pomerantz y Heritage, 2013: 210 y ss., Heritage, 2015). *Well* también tiene la capacidad de anticipar el final de un tema o el cierre de una conversación (Sidnell, 2013: 83, Heritage, 2015). Sin embargo, no siempre se utiliza el término *prefacio*, y entre las alternativas se encuentran la *partícula inicial de turno* (*turn-initial particle*: junto con *oh* y *mira*, Sidnell, 2013: 92), el *operador inicial de turno* (*turn-initial operator*, Mazeland, 2013: 481, dentro de una visión más gramatical), y otros. En el contexto de lo expuesto, podemos llegar a una primera generalización:

Así que tenemos pruebas *prima facie* de que una acción determinada puede llevarse a cabo mediante una serie de prácticas de habla diferentes (...). El ejemplo de *Well*, antes mencionado, muestra que lo contrario también es cierto, es decir, una determinada práctica de habla puede ser utilizada para llevar a cabo una serie de acciones diferentes (Sidnell, 2013: 83).

La expresión *oh* puede funcionar, por ejemplo, como reacción a la comunicación de un hecho nuevo (en la transición de lo desconocido a lo conocido), puede acompañar a una respuesta positiva o negativa a lo que ha precedido en el turno del hablante anterior, y no es raro que se produzca como miembro introductor o incluso independiente en los *cierres de secuencia a través de un tercer turno* o en las *secuencias de expansión*, respectivamente (Schegloff, 2007; Heritage, 1984, 1998, 2002; Sidnell, 2013: 92 y ss.; Stivers, 2013: 193-200).

Una función general de los *prefacios* (*prefaces*) o también los *iniciadores de clase abierta* (*open class initiators*, que es otro nombre alternativo para un grupo de recursos lingüísticos parecidos, Drew, 2013: 138) es conectar un turno con el previo (por ello, en términos gramaticales suelen llamarse *connectors*, o sea, *conectores*; cf. Mazingland, 2013: 482), adquiriendo estas conexiones incluso un carácter discordante o contrastivo (como *actually*). Por otro lado, algunas expresiones alternativas se usan con la motivación opuesta a la anterior, es decir, con la intención de separar lo nuevo de lo precedente, o sea, para señalar un cambio de tema (como *anyway*, *alright*, etc., Drew, 2013: 138-139).

El problema con la noción de *prefacio*, sin embargo, reside en que, efectivamente, implica un *prefacio* o un *prólogo*, es decir, se orienta hacia la posición inicial del turno, por más que en su parte final y/o media se sitúen (o aparezcan completamente autónomos) los mismos y otros recursos lingüísticos con funciones alternativas. El grupo de elementos que se sitúan al final del turno suele denominarse *partículas finales de turno* (*turn-final particles*; Heritage, 2013: 2), aunque ciertamente hallaríamos otros nombres en la literatura. Las expresiones finales incluyen, por ejemplo, el ya recordado *actually* contrastivo, que señala desacuerdo con lo dicho anteriormente (Drew, 2013: 138); *well*, *so*, *and* finales pueden indicar un intento de mantener la palabra o de tomarse tiempo para pensar (Clayman, 2013: 153).

Terminológicamente controvertidos a primera vista resultan los *prefacios de reparación* (*repair pfaces*: por ejemplo, *well*, *I mean*,

actually, Kitzinger, 2013: 240), cuya función es la de señalar reparaciones (sobre todo, las propias), aunque tales expresiones en sí no suelen aparecer inmediatamente al principio del turno (a menos que indiquen una heterorreparación en respuesta al error cometido previamente por otro interlocutor). El proceso consiste en que primero se produce un error, después se emplea una partícula de reparación y, por último, se procede a la reparación propiamente dicha. Sin embargo, puede decirse que las partículas de reparación señalan una especie de *reinicio*, por lo que pueden considerarse elementos iniciales, aunque originalmente se hayan emitido «en medio».

Al reflexionar sobre los marcadores, también forman un grupo interesante los llamados *pivotes* que le permiten al hablante construir una especie de puente entre una unidad de construcción y la siguiente, y atravesar así un *lugar apropiado para la transición* conservándose el derecho de hablar. Son, por tanto, recursos que le ayudan a seguir hablando e impiden que el oyente actual tome la palabra. Los pivotes suelen definirse como expresiones lingüísticas que, por su naturaleza, pueden situarse tanto al final de una unidad de construcción como al principio de la siguiente. Un tipo específico son los *pivotes modulares*:

Otros pivotes son «modulares» en el sentido de que la misma formulación léxica puede utilizarse como puente entre varias UCT. Estos *pivotes modulares* se componen de elementos de habla que comúnmente aparecen tanto en la posición inicial como en la final de turno, son sintácticamente opcionales al menos en la posición final de turno y, por lo tanto, son ampliamente utilizables para pivotar más allá de un punto de compleción sintáctica inicial y hacia la conversación posterior (Clayman, 2013: 162).

Dentro de los pivotes se incluyen los llamados *términos apelativos* (*address terms*, definidos de modo un tanto general como formas de tratamiento o de dirigirse a alguien), frases estereotipadas como *you know* y otras.

El tratamiento o la apelación son otras funciones que forman un punto de encuentro con algunos marcadores. Dentro del AC, se considera a los ya mencionados *apelativos* como recursos para seleccionar explícitamente al próximo hablante, sobre todo en la posición final de un turno, en forma de diversos apelativos de cariño de tipo *sweet-heart*, *honey* u otros. Además, pueden servir como mecanismo para averiguar la disponibilidad o presencia del oyente, es decir, para ejer-

cer la función fática, lo que es habitual en la posición inicial. A menudo, acompañan o enfatizan manifestaciones de interés o actitud personal hacia el oyente o el mensaje, ya sean positivas o negativas (esto sucede en la posición final de turno). Por último, pero no menos importante, pueden apuntar a un error del turno precedente y la necesidad de corregirlo (en la posición final), etc. (Hayashi, 2013: 169-172).

Nuestro objetivo hasta el momento ha sido introducir algunos términos generales que se usan en relación con la recurrencia de ciertas expresiones lingüísticas en determinadas posiciones de la conversación y sus correspondientes funciones más o menos generales. Hemos comprobado que no puede hablarse de clasificación establecida alguna y que la clave para su distinción reside en el criterio posicional o distribucional (su posición al inicio, al final o en medio de un turno, etc.).

Aunque el periodo de existencia del trabajo pionero titulado *Discourse markers* de Schiffrin (1987) supera al de la mayoría de las publicaciones a las que hemos recurrido anteriormente, la denominación *marker* (*marcador*) como tal rara vez aparece en las obras de los protagonistas del análisis de la conversación y prevalece el término *preface* (*prefacio*). Esto puede deberse precisamente a los diferentes supuestos metodológicos de la lingüística frente al AC. No obstante, un paralelismo entre *marcadores* y *prefacios* es reconocido, por ejemplo, por Drew (2013: 137): «La tarea de atar o conectar que ‘hacen’ los prefacios *well* (algunos lingüistas lo considerarían un marcador del discurso, Schiffrin, 1987, [...])». Este autor también resalta la relación con la lingüística y que el estudio de los marcadores del discurso entra dentro de ella. Levinson hace una observación similar:

La lingüística ha aportado muchos estudios sobre el diseño de los actos de habla, por ejemplo, sobre la forma en que los adverbios como *please*, *obviously*, o las partículas finales de oración, o los evidenciales en otras lenguas, contribuyen al diseño de las acciones (Levinson, 2013: 111, la cursiva es nuestra).

Con el propio término de *conversation marker*¹⁰ (*marcador de la conversación*) trabajan en la literatura, por ejemplo, Owens y Hassan

10 En otras fuentes (García Zapata, 2016, Vargas-Urpi, 2017, etc.) aparece también el término *conversational marker* (*marcador conversacional*), pero esta forma es empleada, salvo excepciones, por autores de procedencia romance, probablemente por analogía con sus lenguas. La cuestión de una traducción adecuada al inglés, no obstante, no constituye el objeto de este trabajo, por lo cual solo mencionamos este paralelismo terminológico al margen y no volveremos sobre él.

(2010) o Manoliu (2004), pero estos autores contrastan los marcadores conversacionales con los discursivos, o incluso pragmáticos, recurriendo, sobre todo, al enfoque de Schiffrin (1987). No parten, pues, de un análisis de la conversación propiamente dicho, sino más bien de una perspectiva de análisis del discurso, similar a la tradición hispánica (como comprobaremos más adelante, en las secciones 3.10-3.11); en consecuencia, no consideramos este término como inherente al análisis de la conversación en sentido estricto.

Otra cuestión problemática dentro del AC es la actitud hacia el contexto sociocultural en el que se desarrolla la interacción verbal investigada. Como apunta Sidnell:

Hay una opinión muy extendida, articulada de diversas maneras, de que hacer AC implica limitar la atención a lo que se puede deducir de una transcripción o grabación. Dicho de este modo, la presunta limitación se interpreta como un fallo por parte del AC para tomar en consideración «realidades socioculturales, políticas y económicas más amplias» o «relaciones entre momentos de interacción muy distantes en el tiempo y espacio» (Sidnell, 2013: 85).

Con respecto a los *prefacios*, Sidnell suma un ejemplo a través del cual intenta demostrar cómo los métodos del AC pueden aplicarse satisfactoriamente al estudio de un fenómeno lingüístico seleccionado, aunque reconoce que las funciones genéricas se actualizan posteriormente en un contexto específico:

El ejemplo de *Oh* nos proporciona una clara ilustración de los métodos del AC. Podemos ver que, al observar los distintos casos, es posible identificar una función o tarea clara que *Oh* cumple independientemente del hablante concreto que lo produce y del receptor concreto al que se dirige. Este es el rasgo contextualmente independiente y genérico de la práctica. Al mismo tiempo, al examinar de cerca la posición secuencial en la que se produce determinado *token*, empezamos a ver cómo la función genérica de *Oh* se actualiza conforme a los detalles de algún contexto específico (Sidnell, 2013: 97).

En otras palabras, el AC se centra, principalmente, en el estudio del orden endógeno de la conversación y se muestra más bien indiferente ante los fenómenos exógenos. Como hemos visto en el capítulo ante-

rior, el *diseño para el receptor* es, en realidad, el único fenómeno del AC que admite la sensibilidad al contexto (diseñar el turno en función de aquel a quien va dirigida). Esto podría suponer un grave problema en el contexto de los marcadores conversacionales, puesto que muchos de ellos pueden emplearse en determinadas condiciones sociales y situacionales, mientras que en otras su uso no sería aceptable. Por otro lado, el AC también presta atención a las formas de tratamiento antes mencionadas (véase *sweetheart*), que desempeñan una función de contacto y, por ello, deben tener en cuenta la relación interpersonal concreta dentro de una situación social concreta.

Según Mondada (2013: 37), Moerman (1988) quiso resolver esta controversia abogando por el establecimiento de un AC *culturalmente contextualizado* (*culturally-contexted*) que complementara la identificación de rasgos estructurales de la interacción con una descripción del contexto sociocultural y sociohistórico más amplio. Como posible método descriptivo se ofrecía la etnografía, solución que fue rechazada por otras voces del análisis de la conversación alegando que el estudio de propiedades exógenas podría distraer de la tarea principal del AC de buscar mecanismos procedimentales. Aun así, la etnografía u otras técnicas descriptivas se vienen utilizando en la práctica del AC, por ejemplo, en el análisis de la interacción en entornos laborales, ya que son imprescindibles para alcanzar entendimiento de la situación interna y para ajustar condiciones apropiadas para la recolección de datos, etc. También Sidnell (2013: 85) concluye que cuanto más sepamos sobre la relación que tienen entre sí los participantes de una conversación y qué actitud adoptan ante su contenido, mejor podremos comprender lo que se proponen conseguir «hablando como hablan».

Levinson (2013: 123) sostiene que algunas acciones de comunicación (por ejemplo, solicitar información) parecen ser universales y compartidas en todas las culturas, mientras que otros tipos están con casi toda seguridad vinculados culturalmente (por ejemplo, los saludos). Esta visión también la defienden Pomerantz y Heritage (2013: 225) en su trabajo dedicado a las cuestiones de preferencia. Concluyen que, para lograr una comprensión más profunda, es necesario prestarle atención a la especificidad cultural en el análisis. En la tradición hispánica es Gallardo (1996: 23), por ejemplo, quien propone distinguir dos aspectos del análisis de la conversación: uno pragmático, que correspondería al mecanismo endógeno de la alternancia de turnos, y otro sociolingüístico, que toma en consideración el contexto sociocultural más amplio y que permite diferenciar los diversos tipos

de conversación (íntima, cotidiana, comercial, educativa, y otras).¹¹ Una perspectiva que interconecte el funcionamiento endógeno y las influencias exógenas también será esencial para este trabajo.

En cuanto a Gallardo (1996), su publicación también nos resulta interesante en el sentido de que si bien se titula *Análisis conversacional y pragmática del receptor*, la autora trata de encontrar algún punto intermedio entre el análisis de la conversación y el del discurso, lo que frecuentemente la lleva a colocar los términos *prefacios* y *marcadores* uno al lado del otro (por ejemplo, en la página 27, en lo referente a la alternancia de turnos, en la que hace constar que los *marcadores* y *prefacios* le permiten al hablante prolongar su intervención y retener la palabra un tiempo más; o en la página 37, en el contexto de la misma función; o en las páginas 44 y 45, donde los *marcadores de contraste* se tratan como un subgrupo de los *prefacios*, etc.).

No obstante, ni siquiera Gallardo (1996: 45) proporciona una clasificación consolidada a la que atenerse, solo se limita a enumerar unos cuantos tipos de marcadores y otros elementos lingüísticos que concibe como una especie de hipónimos del concepto *prefacios* y para los cuales utiliza términos procedentes de diversos autores: *marcadores de posición errónea* (p. ej., *por cierto*), *de disyunción*, *de contraste* (p. ej., *¿Qué te iba a decir?*), *marcos*, *gambitos* (compuestos como *pero en fin*, *bueno pues*), *indicadores de discurso* (que señalan un cambio de tema, p. ej., *ahora bien*, *bueno*). En aras de emplear una terminología uniforme, nosotros en lo sucesivo nos atendremos al término prestado *marcador*.

Para concluir, nos gustaría señalar que –a pesar de la orientación del trabajo– no era nuestra intención ilustrar ejemplos de marcadores anglófonos específicos (*well*, *actually*, etc.) con sus equivalentes en español y viceversa, ya que la extensión de sus funciones no suele coincidir del todo y, por tanto, podrían producirse interferencias durante la traducción (cf. también la sección 3.11.1). En esta misma línea se expresa Heritage:

[L]a traducción de los objetos iniciales de turno u otros intentos de representarlos en otro idioma casi siempre resultan engañosos. Quienes trabajan con ellos suelen hablar de las dificultades que entraña su traducción, y los intentos de traducirlos suelen conducir a tergiversaciones y malentendidos (Heritage, 2013: 2).

11 Este enfoque, como veremos en la sección 3.11, se aproxima a la noción del análisis del discurso según Schiffrin (1987), pero la propia Gallardo (1996) no parece haber recurrido a ella como su fuente.

2.7.1 Identificación de criterios para la ocurrencia de marcadores en la conversación

Hemos argumentado que, aunque el análisis de la conversación no es un punto de partida natural para el estudio de los marcadores, puede ser una herramienta útil para identificar en qué lugares de una interacción se producen, así como un indicador de las funciones que desde ahí pueden llegar a desempeñar. Para ello, es necesario familiarizarse con los catorce criterios tradicionales para el reconocimiento de una conversación espontánea, informal y cotidiana, formulados por Sacks et al. (1974: 700-701), ya que también representan criterios para la posible ocurrencia de marcadores conversacionales. El resumen integra los rasgos clave de la conversación, debiendo cumplirse todos los criterios para que se trate de su forma coloquial, cotidiana y espontánea y no, por ejemplo, de un debate o una entrevista (la traducción es nuestra, parcialmente inspirada en la traducción de Corredor y Romero, 2010: 98):

1. El cambio de hablante es recurrente, o al menos, se produce.
2. En general, no habla más de una persona a la vez.
3. Los solapamientos, es decir, los segmentos en los que habla más de un hablante a la vez son comunes, pero breves.
4. Las transiciones (de un turno a otro) más comunes son las que se producen sin intervalos ni solapamientos. Junto con las transiciones caracterizadas por un breve solapamiento constituyen la gran mayoría de las transiciones.
5. El orden de los turnos no es fijo, sino variable.
6. La extensión de los turnos no es fija, sino variable.
7. La duración de una conversación no se especifica previamente.
8. Lo que dicen los hablantes no se ha especificado previamente.
9. La distribución relativa de los turnos no se ha especificado previamente.
10. El número de participantes puede variar.
11. La conversación puede ser continua o discontinua.
12. Se utilizan técnicas de asignación de turnos. El hablante actual puede seleccionar al siguiente (por ejemplo, cuando le dirige una pregunta); o los participantes pueden autoseleccionarse para tomar la palabra.

13. Se emplean diversas «unidades de construcción de turnos». Por ejemplo, un turno puede proyectarse como «una sola palabra» o alcanzar una extensión oracional.
14. Existen mecanismos para reparar los errores y las violaciones en la toma de palabra. Por ejemplo, si dos participantes hablan a la vez, uno de ellos se detendrá de inmediato para resolver el problema.

Si procedemos de forma más o menos cronológica, del punto 1 al 14, podemos predecir intuitivamente la aparición de marcadores en estas situaciones modelo (el resumen es meramente ilustrativo y no pretende ser exhaustivo; a continuación, se brindan algunos ejemplos):

1 - un marcador puede facilitar la transición entre hablantes; 2-4 - el uso de un marcador puede evitar un solapamiento más largo o disminuir su impacto negativo en la inteligibilidad del mensaje; 5 y 9 - el uso de un marcador le permite al hablante tomar la palabra (por autoselección), aunque se haya apelado heteroselectivamente a otro hablante, alterando así el orden y la distribución de los turnos; 6 - la extensión (o duración) de un turno puede ser ampliada por el hablante actual si emplea un marcador en un lugar apropiado para la transición, lo que le permitirá retener la palabra; 7 - los límites de una conversación pueden señalarse mediante un marcador, asimismo, el desarrollo de la conversación puede retrasarse o prolongarse empleando un marcador y adjuntando más secuencias; 8 - un marcador puede señalar un cambio de tema o expresar una reacción a lo que se ha dicho en el turno previo; 10 - mediante el uso de un marcador puede incorporarse en la conversación un nuevo participante; 11 - un marcador puede emplearse como «inciso» o «relleno», proporcionándole al hablante un tiempo para pensar antes de continuar (hace que lo potencialmente interrumpido sea continuo); 12 - un marcador puede actuar como recurso tanto de heteroselección como de autoselección; 13 - un turno puede estar formado por un marcador; 14 - un marcador puede introducir reparaciones.

En general, en términos del **mecanismo conversacional**, los marcadores facilitan la transición de un turno, secuencia o tema a otro y de un hablante a otro (en español, por ejemplo, *Bueno, Mira/á, Este, Por cierto*). Le permiten al hablante actual mantener el derecho de hablar (*este, pero* prolongados) o, por el contrario, cederlo (*¿viste?, yo qué sé, en fin*), al igual que le proporcionan un tiempo para pensar (*este*). Minimizan los solapamientos (*Bueno, Eh, Che*) y señalan los

errores (*¿Eh?, bueno eso*). Pueden formar un turno por sí solos (*Vale, Dale, Bien*), aunque este criterio no se aplica a todos. A diferencia de la conversación *per se*, en la que los catorce criterios deben cumplirse simultáneamente, para los marcadores entendemos estos criterios como un conjunto de posibilidades que pueden o no realizarse. Así, diferentes marcadores serán típicos de diferentes rasgos conversacionales, si bien es posible imaginar marcadores que cubran todo el esquema (cf. *boludo* en el capítulo 8). Además, es difícil captar todas las situaciones y contextos en los que los marcadores puedan actualizarse, de ahí que la lista de sus funciones nunca sea exhaustiva.

En cuanto a la **distribución** (o localización) dentro de la conversación, distinguimos marcadores que aparecen en posición inicial (*Bueno, Mira/á, Oye/Oíme*), media o central (*este, pero, o sea, naturalmente*) y/o final (*¿sabe/és?, ¿viste?, eh, vamos*) de un turno, una secuencia o una conversación entera, o bien podemos hallar marcadores independientes, que forman turnos autónomos (*Bien, Claro, Obvio, Vale, Dale*). No obstante, como se ha indicado en la sección anterior, en la mayoría de los casos sucede que una misma expresión puede producirse en diferentes posiciones desempeñando así funciones diferentes.

Aparte de las funciones endógenas, ciertos tipos de marcadores forman un recurso de *diseño para el receptor*, señalan relaciones interpersonales (por ejemplo, cumplen la función de contacto) o marcan de algún otro modo el contexto **sociocultural** (estatus jerárquico o igualitario de los participantes en la conversación, apego dialectal o histórico, uso de marcadores según grupos etarios, etc.), por ejemplo, *tío/a, hombre, huevón, boludo/a, güey*.

Así pues, los marcadores pueden identificarse en función del mecanismo de la conversación, la perspectiva posicional y los aspectos socioculturales. Prestaremos más atención a estos elementos en el capítulo 3.

2.8 Resumen

En el capítulo dedicado al análisis de la conversación, presentamos brevemente a sus precursores (Goffman y Garfinkel), su historia y a sus protagonistas (Sacks en particular, aunque también a Schegloff y Jefferson), mencionamos otras corrientes y escuelas que estudian la interacción interpersonal verbal, y describimos la relación del aná-

lisis de la conversación con la lingüística. Posteriormente, definimos el objeto del análisis de la conversación (el estudio de la conversación cotidiana) y los métodos que emplea (inductivo, cualitativo), así como presentamos los conceptos clave con respecto a su posible aplicación en el análisis de los marcadores conversacionales (preferencias, reparaciones, asignación, etc.). Además, introducimos diversas expresiones lingüísticas que por su naturaleza podrían asociarse a marcadores (*prefacios*, por ejemplo), evaluamos el papel del contexto sociocultural respecto de la conversación, así como la contribución del análisis de la conversación como herramienta para estudiar los marcadores conversacionales. Por último, intentamos identificar criterios aptos para detectar la posible aparición de los marcadores conversacionales en consonancia con los mecanismos conversacionales, desde tres perspectivas: primero, a base de los catorce parámetros de la conversación cotidiana propuestos por Sacks et al. (1974); segundo, conforme al criterio posicional (posiciones inicial, media y final); tercero, con respecto al contexto sociocultural.

3. Análisis del discurso



A diferencia del análisis de la conversación, cuyos orígenes intelectuales y disciplinares (Harvey Sacks y la sociología), objeto (el estudio de la conversación cotidiana), método (cualitativo y basado en datos) y finalidad (desvelar el orden y la estructura latentes de la conversación) pueden identificarse claramente, la situación del análisis del discurso (AD) es más compleja, ya que varios enfoques de la disciplina fueron desarrollándose en paralelo aproximadamente en la misma época, sobre todo a finales de los años setenta y principios de los ochenta. Algunos están orientados a la sociología (Gilbert y Mulkey, 1984), otros se encuadran en el campo de la psicología social (Potter y Wetherell, 1987), otros combinan una perspectiva sociológica con la lingüística (análisis crítico del discurso, van Dijk, 1984; Fairclough, 1985, etc.), pero, en general, el análisis del discurso suele situarse dentro de la lingüística (p. ej., el AD de Birmingham, sección 2.3; el AD de Georgetown, sección 1.1¹²; el AD de Ginebra, cf. aquí las secciones 2.3, 3.7: nota 52), donde, además, encuentra sus orígenes probablemente mucho antes de su diversificación disciplinar, a saber, en la obra del estructuralista estadounidense Zellig Harris (1951, 1952, cf. Schiffrin, 1994: 24). Algunos autores mencionan directamente que el análisis del discurso efectivamente es una disciplina *lingüística* (Schiffrin, 1994: viii, 2014: 184; Stubbs, 1983: 12), lo cual concuerda con la siguiente afirmación de Brown y Yule:

El término «análisis del discurso» se ha llegado a utilizar en un amplio abanico de acepciones que abarcan una gran variedad de actividades. Se utiliza para describir actividades en la intersección de disciplinas tan diversas como la sociolingüística, la psicolingüística, la lingüística filosófica y la lingüística computacional. (...) a menudo hay relativamente poco en común entre estos diversos enfoques, salvo la disciplina a la que todos, en mayor o menor medida, recurren: *la lingüística* (Brown y Yule, 1983: viii-ix).

12 Se citan algunos de sus representantes también en esta sección (Stubbs y Coulthard, o Schiffrin, respectivamente).

No obstante, la diferenciación intralingüística del análisis del discurso no se limita a las disciplinas antes citadas. Por ejemplo, Schiffrin, en su publicación *Approaches to Discourse* (1994), distingue al menos seis ramas o corrientes lingüísticas que han aportado al desarrollo del análisis del discurso o, por el contrario, se han nutrido de él, aunque algunas no reconozcan explícitamente estos solapes. Schiffrin nombra y aborda en detalle la teoría de los actos de habla, la sociolingüística interaccional, la etnografía del habla, la pragmática, el análisis de la conversación y el análisis variacionista, haciendo constar que sus diferentes orígenes, premisas, metodologías y aproximaciones a los datos necesariamente desembocan en concepciones diferentes del AD (p. ej., 1994: 13 y ss.).

Dado el carácter interdisciplinar típico del análisis del discurso, no solo atravesando los diferentes campos científicos, sino también dentro de la lingüística, es muy difícil establecer una definición unívoca. Por lo general, se distinguen dos aproximaciones principales, que implican delimitaciones diferentes. La primera entiende el análisis del discurso como el estudio del lenguaje *por encima de la oración*, es decir, trascendiendo los límites de la oración (*language above the sentence*), lo que corresponde a la perspectiva formalista o estructuralista estadounidense.¹³ La otra es el estudio del *lenguaje en uso* (*language in use*), inherente a la concepción funcionalista (Schiffrin, 1994: capítulo 2; Nekvapil, 2017a, en línea; Brown y Yule, 1983: 1).

El enfoque formalista fue, en realidad, el primer paso hacia el análisis del discurso y surgió de la concepción de Harris del discurso como otro nivel lingüístico en la jerarquía de morfemas y oraciones, es decir, como parte de la estructura de la lengua (1951, 1952). Harris entiende el texto como una unidad que puede descomponerse (o analizarse) en constituyentes de nivel inferior y en sus interrelaciones, y es justamente la estructura inherente al discurso el criterio clave para distinguirlo de una secuencia aleatoria de oraciones. Sin embargo, la descomponibilidad del discurso plantea la cuestión sobre qué unida-

13 En este contexto, hay que tener en cuenta que Schiffrin solo toma en consideración el estructuralismo estadounidense al que, a diferencia de la Escuela de Praga, no le es propio un enfoque funcional. Este aspecto también puede interpretarse como una de las principales diferencias entre las tradiciones estructuralistas estadounidense y praguense. Ahora bien, ni siquiera el enfoque funcional(ista) praguense coincide plenamente con la aproximación funcionalista del AD que aquí se presenta, ya que la Escuela de Praga, aparte del estudio de las funciones comunicativas, busca asimismo una delimitación o tipología general de los recursos y procedimientos de los diferentes estilos funcionales, mientras que el AD principalmente se interesa por las funciones que surgen de una interacción verbal concreta en un contexto comunicativo y social determinado (cf. también aquí la sección 3.1).

des menores entran en juego a la hora de analizarlo. El mismo Harris trabajó con morfemas (que se combinan para formar oraciones), mientras que otros autores trabajan directamente con oraciones, frases, proposiciones, etc. (Schiffrin, 1994: 24).

No obstante, aquí surge otra dificultad que deriva del estudio de las formas habladas de la lengua, puesto que las unidades que se actualizan en el habla rara vez se corresponden con los límites oracionales (cf. UCT en el AC, sección 2.6). A menudo son inacabadas (sea intencionadamente o no), gramaticalmente malformadas (y, sin embargo, plenamente comprensibles en la comunicación), lo que, según Schiffrin, contrasta notablemente con la estricta insistencia de los formalistas (especialmente Chomsky) en la gramaticalidad de las oraciones (*well-formed* frente *ill-formed*). En lo que concierne a las unidades del discurso o al discurso en su conjunto, es difícil hablar de *malformación* o *buena formación*, por lo que concebir el discurso como un nivel más en la jerarquía de la estructura lingüística es, como mínimo, cuestionable (1994: 27, 29).¹⁴

Los formalistas intentan aplicar al discurso, por analogía, los métodos de análisis utilizados en niveles inferiores del sistema lingüístico. Así pues, estudian el texto aislado del contexto y de otros factores externos. De modo parecido, se plantean la cuestión de la combinación de unidades menores en unidades o conjuntos mayores, atendiendo más a las relaciones interoracionales en el nivel de la cohesión y dejando la coherencia con sus traslapes extratextuales a la competencia del individuo que interpreta el texto y no tanto del lingüista que lo analiza. Pero la dificultad reside en que el discurso es intrínsecamente incapaz de mantener la simetría del sistema jerárquico, puesto que, como ya se ha señalado, no se forma simplemente agrupando o combinando unidades del mismo rango. Y es precisamente en este aspecto en el que, según Schiffrin (1994: 31), falla el enfoque formalista. Pues si no se puede identificar sin ambigüedades la unidad mínima del discurso, ni siquiera un análisis formalista riguroso es factible, por lo que sus resultados son fácilmente cuestionables.

Aun así, la definición del análisis del discurso como el estudio de unidades *supraoracionales* cuenta con tanto arraigo en su tradición que incluso algunos autores que, en lo demás, se inclinan por el en-

14 En el entorno checo, como apunta Hajičová (2017, en línea, punto 4), esta cuestión es tratada por Trnka (2014), que defiende una visión sistémica, y por Hausenblas (1972), que señala el cruce de los ejes del sistema y del habla. Daneš, por su parte, se ocupa de los estratos o niveles lingüísticos y de la unidad mínima del texto (1971, cf. Mareš, 2017, en línea).

foque funcional, al menos este componente de la definición del AD lo mantienen intacto. Asimismo, Stubbs afirma:

[S]e refiere al estudio de la organización del lenguaje por encima de la oración o de la cláusula y, por tanto, al estudio de unidades lingüísticas mayores, como los intercambios conversacionales o los textos escritos (Stubbs, 1983: 1).

La delimitación de Stubbs luego puede contrastarse con la de Brown y Yule, quienes se distancian claramente del enfoque formalista para inclinarse hacia el funcionalista:

El análisis del discurso es, necesariamente, el análisis del lenguaje en uso. Como tal, no puede limitarse a la descripción de formas lingüísticas independientes de los propósitos o funciones que estas formas están destinadas a servir en los asuntos humanos. Mientras que algunos lingüistas pueden centrarse en determinar las propiedades formales de una lengua, el analista del discurso se compromete a investigar para qué se utiliza esa lengua (Brown y Yule, 1983: 1).

Los funcionalistas, pues, frente a los formalistas, priorizan el interés por el uso real y actual de la lengua. Rechazan el estudio de fragmentos de texto aislados y hacen hincapié en la contextualidad del discurso. Más allá del texto en sí, se interesan asimismo por los propios participantes del evento comunicativo, su papel mutuo y por la situación social en la que se enmarca la comunicación. Junto con la función referencial (que los formalistas perciben como predominante, cf. Brown y Yule, 1983: 2), atribuyen al discurso una serie de otras funciones que derivan de la naturaleza del acontecimiento comunicativo, incluidas las funciones estilísticas y sociales.

Tradicionalmente, se listan seis funciones lingüísticas externas de acuerdo con el modelo de Jakobson (1960): función referencial (contexto),¹⁵ emotiva (emisor), conativa (receptor), fática (contacto), metalingüística (código) y poética (mensaje).¹⁶

15 En realidad, con respecto a la oposición entre formalistas y funcionalistas, el hecho de vincular la función referencial al *contexto* en vez de, por ejemplo, al *contenido*, es engañoso, puesto que podría implicar que es justo por el contexto por lo que los formalistas se interesan cuando dan prioridad a la función referencial sobre las demás funciones lingüísticas. Por ello, Brown y Yule (1983: 1) utilizan el término *content* (*contenido*) a la hora de definir la función transaccional o referencial, evitando así una ambigüedad conceptual no deseada.

16 Estas funciones, como veremos más adelante (por ejemplo, en las secciones 3.8 y 3.9), son

Brown y Yule (1983:1-4) conciben las funciones de manera dicotómica,¹⁷ prefiriendo dividir las funciones *transaccionales* e *interaccionales* frente a las parejas paralelas de *representativa* y *expresiva* (Bühler, 1934), *referencial* y *emotiva* (Jakobson, 1960), *ideacional* e *interpersonal* (Halliday, 1970), y *descriptiva* y *socioexpresiva* (Lyons, 1977). A partir de sus rasgos distintivos, contraponen la aproximación formalista a la funcionalista, asignando la función transaccional (o informativa) a la primera concepción, mientras que la idea de que en la interacción humana prevalece la función interaccional (a través de la cual se establecen relaciones interpersonales y sociales) la reservan para los funcionalistas. Su definición del AD luego la amplían como sigue:

El analista del discurso, pues, se interesa por la **función** o el **propósito** de un dato lingüístico y también por la forma en que este dato es procesado, tanto por el **productor** como por el **receptor** (Brown y Yule 1983: 25; nuestro resaltado en negrita enfatiza el factor funcional e interaccional).

En concreto, el lenguaje en interacción puede desempeñar una función fática (p. ej., al iniciar o concluir un intercambio), sirve para negociar los roles sociales, garantiza el desarrollo continuo del acontecimiento comunicativo (Brown y Yule, 1983: 3). En línea con ello, Schiffrin menciona también otros objetivos específicos que pueden alcanzarse, desde un punto de vista funcional, utilizando la lengua. En el espíritu de la teoría de los actos de habla menciona la función de señalar la fuerza ilocutiva, en relación con la sociolingüística el hecho de indicar la identidad social, en el contexto del análisis de la conversación destaca el uso del lenguaje para expresar actitudes personales (1994: 36-38). Por consiguiente, es evidente que el enfoque funcionalista, a diferencia del formalista, percibe la lengua como un fenómeno social.

esenciales también para el análisis de los marcadores conversacionales, particularmente las funciones emotiva, conativa, fática y metalingüística.

17 La distribución dicotómica que plantean consiste en que siempre contrastan dos funciones «opuestas» de cada uno de los autores y las correlacionan con las funciones igualmente polarizadas de los demás autores seleccionados, pretendiendo establecer así una clara distinción entre los enfoques formalista y funcionalista. Por esta razón, se decantan por una selección «bipolar» de funciones un tanto simplista al omitir, por ejemplo, la función apelativa en Bühler, la función textual en Halliday, las cuatro funciones restantes en Jakobson, etc. Sin embargo, esto no significa que Brown y Yule sugirieran omitir estas funciones en el proceso de análisis; simplemente no trabajan con ellas a la hora de definir el objeto del AD como disciplina. Su simplificación dicotómica idealizada es, por tanto, en gran medida ilustrativa.

La relación dialéctica (recíproca) entre lengua y sociedad le es cercana también a los representantes del análisis crítico del discurso (ACD; p. ej., van Dijk, 1984; Fairclough, 2003; Weiss y Wodak, 2003), una corriente específica dentro del AD que se ocupa de las estrategias lingüísticas y no lingüísticas en relación con las ideologías o problemas sociales de diversa índole. En ella, pues, se habla del estudio de géneros particulares del discurso (discurso del poder, racista, político o mediático). El análisis crítico del discurso se apoya sobre todo en las ideas de Bajtín, el neomarxismo y la concepción del discurso de Foucault¹⁸, y, a la hora de analizar los textos, suele partir de la lingüística funcional sistémica de Halliday (Fairclough, 2003: 1-6; Schiffrin et al., 2003: 1; Homoláč, 2017, en línea; Nekvapil, 2017b, en línea, puntos 1-2). El ACD, sin embargo, se aleja de la aproximación eminentemente lingüística del presente trabajo en su amplia preocupación por la práctica social, y aunque ocasionalmente hagamos referencia a algunas de sus tesis, no constituirá nuestro punto de partida ideacional.

En consecuencia del contraste entre el enfoque formalista y funcionalista, algunos lingüistas han intentado llegar a una definición moderada que opere en la interfaz entre estos dos polos extremos. Schiffrin, por ejemplo, cree que la orientación estrictamente funcional se aleja demasiado del campo de la lingüística en el sentido de que no abre espacio para estudiar las relaciones mutuas entre los enunciados y tampoco proporciona posibilidad alguna para diferenciar el análisis del discurso de los demás niveles del estudio de la lengua en *uso* (con eso se refiere, por ejemplo, a la realización fonética de los sonidos). Propone, por tanto, dos delimitaciones nuevas: «el discurso son enunciados» y «el análisis de los enunciados (como práctica social)», con las que pretende superar la división conceptual dentro del AD al tratar el discurso como una unidad de rango superior a otras unidades lingüísticas, al tiempo que se refiere al discurso en el sentido del uso real de la lengua (en la práctica social). A esto añade que como enunciados se entienden los orales y escritos inherentemente contextualizados, quedando su relación con las oraciones sistémicas al margen del AD (1994: 39-41, 419).

18 Aunque el discurso en su forma foucaultiana ha sido ampliamente tratado en la literatura checa, nos limitamos aquí a esta constatación, ya que para Foucault el discurso no constituye un segmento de habla real o interacción directa, sino un conjunto de textos interrelacionados, a menudo dentro de un contexto institucional particular (cf. Hoffmannová, 2017a, en línea), perspectiva que no se corresponde con los objetivos de este trabajo.

Cabe señalar, sin embargo, que estas definiciones no han tenido mucho eco en la lingüística, y la concepción ya tradicional de Halliday del discurso como «una unidad de lenguaje mayor a una oración y que está firmemente arraigada en un contexto específico» (1990: 41) puede considerarse un marco de referencia, al que Schiffrin parcialmente también se suscribe en trabajos posteriores (2014: 184), cuando revisa su definición de discurso a «uso del lenguaje por encima y más allá de la oración» («language use above and beyond the sentence»), con la expresión *más allá* (*beyond*) refiriéndose específicamente a la contextualidad.

3.1 Análisis del discurso frente a lingüística del texto

El problema de la delimitación del objeto del análisis del discurso, no obstante, no termina con la oposición entre formalismo y funcionalismo. Otra cuestión polémica, que recuerda, por ejemplo, Jiří Nekvapil, un destacado lingüista checo, es también la distinción entre análisis del discurso, por un lado, y análisis del texto, por otro (particularmente en el entorno checo¹⁹). Según argumenta:

El uso del término *discurso* en checo es relativamente nuevo. En lingüística, suele ser un mero anglicismo que puede sustituirse por frases o términos establecidos como *užívání jazyka* (*uso del lenguaje*), *jazykový projev* (*parlamento* o «*discurso*» lingüístico), *promluva* (*enunciado, enunciación, habla, «discurso»*) o *text* (*texto*). Es sintomático que una parte significativa de los temas tratados en los libros anglófonos denominados *Discourse Analysis* (véase Brown y Yule, 1983; Widdowson, 2007) podría etiquetarse como lingüística textual o incluso estilística en el contexto checo o eslovaco (Nekvapil, 2017a, en línea, la cursiva es nuestra).²⁰

19 Las reflexiones sobre el tema del *texto* frente al *discurso* en la literatura checa las resume sistemáticamente Rysová (2015: 27-29), una experta checa en marcadores discursivos y análisis de corpus.

20 Nuestra traducción de los términos checos al español es solo aproximada, ya que, por ejemplo, el término tan frecuente *projev* no tiene su homólogo directo en español (salvo, quizás, el poco usado *parlamento*) y en la mayoría de los casos se traduce, de hecho, mediante el término *discurso* (por ejemplo, en un contexto como *ministrův projev*, es decir, en español *discurso del ministro*, que en inglés correspondería a la frase *minister's speech*).

Sin embargo, lo anterior se contradice con la postura que defiende Schneiderová:

La aproximación al texto desde la perspectiva del análisis del discurso difiere de los análisis estilístico y textual tradicionales en que se caracteriza *discurso*, es decir, el empleo de recursos lingüísticos y estrategias textuales en función de las condiciones contextuales reales resultantes del funcionamiento del texto en una realidad social concreta (Schneiderová, 2015: 12, la cursiva es nuestra).

Schneiderová aclara asimismo que el análisis del discurso contempla lo funcional de un modo diferente, sobre todo en el sentido de que se fija en el contexto social más amplio en el que se enmarca el texto que contiene los recursos lingüísticos objeto de estudio. En opinión de esta autora, además, el análisis del discurso no busca caracterizar el repertorio de recursos y procedimientos de un área funcional determinada, sino que «se dedica a caracterizar los recursos y procedimientos que se derivan de ciertas reglas de interacción social en un espacio comunicativo determinado con respecto a un acontecimiento comunicativo específico» (2015: 12-13).

Ahora bien, incluso Brown y Yule (1983: 23-25), a quienes recurre también Nekvapil, distinguen la extensión y el contenido de la lingüística del texto, por un lado, y del análisis del discurso, por otro (y, con ello, prácticamente ajustan las cuentas con los formalistas) sobre la base de tres conceptos: *la oración como objeto, el texto como producto y el discurso como proceso*. El primero remite al hecho de que los gramáticos trabajan con las llamadas oraciones *bien formadas* (véase *well-formed* más arriba), pero estas existen independientemente de que un hablante concreto las realice en el espacio y en el tiempo. Así pues, las oraciones son, de hecho, objetos artificiales, en los que se estudia *lo que son y no para qué sirven*.

El segundo concepto, por su parte, apunta precisamente al campo de la lingüística del texto,²¹ en cuyo marco se investigan oraciones reales o textos más extensos que ya cuentan con productores y receptores concretos,²² pero el análisis se centra exclusivamente en los

21 Aunque Brown y Yule (1983: 23) reconocen que en otras fuentes bibliográficas esta perspectiva es a veces también considerada como análisis del discurso.

22 Nos atenemos a una traducción fiel de los términos anglófonos *producer (productor)* y *recipient (receptor)* –al igual que para el checo hace, entre otros, Nebeská (2017, en línea)–.

textos acabados, es decir, producidos. Forma parte de este enfoque, por ejemplo, el estudio de los recursos cohesivos, que sirven para conectar oraciones y para establecer enlaces mutuos entre ciertos elementos de un texto (cf., p. ej., Halliday y Hasan, 1976) y que pretenden ayudarle al productor a hacer el texto inteligible para su receptor. Sin embargo, el proceso de producción en sí y la forma en que se recibe el texto son de importancia secundaria para esta concepción.

En cambio, estos factores son de central interés del último enfoque, que entiende el discurso como un proceso dinámico y que los autores antes citados consideran el auténtico análisis del discurso. Su objetivo es, pues, averiguar cómo el productor (escritor o hablante) le comunica el mensaje al receptor (lector u oyente), cómo y si el receptor ha sido capaz de entender lo que el productor pretendía decirle (en un contexto determinado), y cómo los requerimientos de un receptor concreto influyen en la forma en que el productor estructura u organiza su discurso.

Desde el punto de vista del *discurso como proceso*, el punto crítico de los dos primeros enfoques es la concepción estática de la lengua que impide estudiar el desarrollo dinámico de una comunicación y sus funciones respectivas. Considerar el *texto como producto* supone, además, un problema respecto de su noción de cohesión, ya que es probable que los usuarios de la lengua identifiquen cierta relación entre un pronombre concreto y una frase nominal plena justamente porque presuponen que el texto *es* coherente y no porque el pronombre *haga referencia* a la frase nominal plena (un texto puede contener una serie de pronombres iguales, sin que estos tengan el mismo referente/antecedente); con eso se sugiere que el significado del texto viene dado por la interpretación que haga el receptor de lo que el productor pretendía transmitir (Brown y Yule, 1983: 25). La distinción de análisis del texto frente al análisis del discurso es, pues, evidente.

Por otro lado, cabe señalar que los mismos autores en las partes introductorias de su libro (1983: 5-6) consideran los textos como una representación del discurso (cf. el título de la sección 1.2.2, *The representation of discourse: texts*), entendiendo por *texto* un término técnico general, que definen como «el registro verbal de un acto comunicativo» y bajo el cual incluyen tanto los *textos* escritos como hablados. No obstante, el término de *textos hablados* enseguida lo vuelven a problematizar, aunque –en relación con el discurso– no llegan a ninguna conclusión clara. La ambigüedad de este enfoque, pues, no tiene que ver solo con sus diferentes concepciones a través de la literatura,

variando de autor a autor, sino también con el diálogo interno de unos mismos autores dentro de una misma publicación.

Aunque no ha sido nuestra intención brindar una síntesis exhaustiva sobre el debate que hay respecto del contenido y la extensión del análisis del discurso frente al análisis del texto, sino solo llamar la atención sobre él, es evidente que hay autores que intentan (con mayor o menor éxito) distinguir los objetos del análisis del discurso y del análisis del texto, mientras que otros afirman su identidad. Tal contradicción terminológica, sin embargo, deriva de la interpretación polisémica de las propias unidades analizadas, esto es, de la diversidad de definiciones de discurso y texto. Esta cuestión ya la planteamos en otros lugares (Šmídová, 2014a: 15-17, o Šmídová, 2012: 11-12), pero creemos importante revisar algunas de nuestras conclusiones a la luz de nuestros objetivos actuales y con el fin de proporcionarle al lector el contexto imprescindible para una mejor comprensión de nuestros análisis posteriores.

3.2 Discurso, texto, conversación

Se ha expuesto anteriormente que el término *discurso* es muy ambiguo, sobre todo porque se contempla desde diferentes perspectivas disciplinarias que, a su vez, se definen en función de cómo conciben el discurso (se trata, pues, de una definición circular). Esta polisemia es recordada, por ejemplo, por van Dijk (1997: 1-7), Stubbs (1983: 1, 9), Nekvapil (2017a, en línea) y muchos otros.

A la hora de distinguir entre texto y discurso, existe una serie de interpretaciones posibles de su relación. La primera de ellas asume que texto significa lo mismo que discurso, es decir, que son sinónimos (Hoffmannová, 2017a, en línea, punto 3). De modo similar, Stubbs (1983: 9) en un principio propone no buscar ninguna diferencia significativa entre los dos términos, ya que, según él, las divergencias entre ambos conceptos se deben más bien al aspecto de investigación sobre el que se hace hincapié. Aun así, reflexiona sobre varios criterios que influyen en sus diferentes concepciones en la literatura:

Una primera distinción la encuentra en la oposición entre lo escrito y lo hablado, según la cual el texto es escrito y el discurso hablado. Además, el texto puede considerarse una forma monológica no interactiva (sin importar si se lee en voz alta, por ejemplo), mientras que el discurso presupone un diálogo interactivo. En términos de ex-

tensión, el discurso puede implicar longitud en tanto que el texto, por el contrario, puede ser muy breve. Un argumento más riguroso desde el punto de vista teórico sugiere considerar el texto como una unidad en la que se manifiestan principalmente las relaciones de cohesión superficial (en el nivel del léxico, la gramática y el contenido proposicional), reservándose para el discurso la coherencia profunda (Stubbs, 1983: 9).

Otra interpretación concibe el texto como una unidad global. Por ejemplo, para Halliday y Hasan (1976: 1; cf. también Brown y Yule, 1983: 5-6), un texto es cualquier pasaje del lenguaje hablado o escrito de extensión variable (diálogo o monólogo, verso o prosa) que conforma un todo. La coherencia del texto, por su parte, se contrapone a la secuencia aleatoria de frases. Para estos autores, el texto es, además, una unidad de uso real del lenguaje; no es una unidad gramatical del tipo oración o frase, ni se define por su longitud. Por el contrario, van Dijk (1977: 3) plantea que el texto es una construcción abstracta que se actualiza posteriormente en forma de un discurso concreto (lo que corresponde a la dicotomía entre *langue* y *parole*).

Según Hoffmannová (2017a, en línea), la diferencia conceptual también es defendida por Nunan (1993), aunque este la ve en la (in)contextualidad y la orientación hacia cierta finalidad. En su visión, tanto el texto como el discurso son realizaciones del lenguaje, pero el texto puede interpretarse sin contexto y sin que se preste atención a su propósito, mientras que el discurso está contextualizado y cumple cierto objetivo dentro de un acontecimiento comunicativo dado (esto se asemeja a la concepción de Brown y Yule, 1983: 23-25, *supra*). También para Halliday et al. (1990), el rasgo distintivo del discurso es su vinculación contextual. Para otros autores, cuya perspectiva es también mencionada por Hoffmannová (2017a, en línea), el discurso es «superior» al texto en el sentido de que es visto como un proceso (social) en el que se integran textos particulares (materiales, producidos).

Asimismo, Stubbs (1983: 1), en su propia definición, delimita el discurso como una unidad superior al texto, ya que el texto lo entiende como uno de los dos componentes constitutivos del discurso (el primero está formado por conversaciones y el segundo por textos escritos, o, eventualmente, se habla del discurso hablado frente al escrito; –esto es similar en Schiffrin, 2014: 190–²³). Coulthard (1985),

23 Curiosamente, Schiffrin (2014 [2006]) utiliza casi exclusivamente términos procedentes del análisis de la conversación (como *turno*, *par adyacente*, *preferencia*) junto con sus respectivos métodos (con la excepción de las normas de transcripción –prefiriendo utilizar las suyas

como otra figura de la Escuela de Birmingham, reserva el discurso únicamente a lo hablado, interactivo y contextualizado, mientras que con texto se refiere a lo escrito. Esto coincide con la visión tradicional del discurso, puesto que, como señala Hoffmannová (2017a, en línea), «los autores que estudian la historia del término discurso afirman que se ha interpretado principalmente como charla, diálogo o debate, es decir, en relación con las comunicaciones dialógicas habladas».²⁴

De los apartados anteriores se desprende que hay una serie de criterios según los cuales pueden distinguirse el texto frente al discurso (la dicotomía de *langue-parole*, las oposiciones de *lo escrito-lo hablado*, *producto-proceso*, *cohesión-coherencia*, extensión del discurso, interactividad, contextualidad, etimología de los términos en cuestión, etc.), aunque esta lista no es exhaustiva, sino meramente indicativa. Ahora bien, la relación respecto de la conversación solo es evidente en la definición de Stubbs (1983: 1, véase más arriba), que en otros trabajos (p. ej., Šmídová, 2014a) tomamos como marco de referencia para nuestros análisis, ya que –al percibir la conversación como un subcomponente del discurso– se correlacionaba con la definición de los marcadores conversacionales como una subclase de los marcadores del discurso.²⁵

Ahora bien, Schegloff adopta una postura reservada con respecto a la «supremacía» del discurso sobre la conversación, ya que, como uno de los protagonistas del análisis de la conversación, ve la situación desde la perspectiva inversa. Para él, la conversación es la forma elemental y primaria de la interacción interpersonal, mientras que el discurso es solo un subgénero de ella.

propias–, y el hecho de tomar en consideración el contexto social) para analizar el discurso hablado, sustituyendo únicamente el término *conversation* (conversación) por *spoken discourse* (discurso hablado). En cambio, para el análisis del discurso escrito, se basa principalmente en las ideas de los representantes de la lingüística del texto (por ejemplo, Halliday y Hasan, 1976).

24 Cf. también Reifová et al. (2004: 46), la entrada «diskurz», del lat. *discurrere*: «rozbíhat se, promlouvát, mluvit» (en español aprox.: «echarse a correr, enunciar, hablar»). Del mismo modo, Schegloff (2003: 230), véase su cita más abajo, y Pražák et al. (1955: 416), *discursus, ūs, m. de discurre*: «1. rozbíhání, rozptylování; 2. běhání sem a tam, pobíhání /zvl. zmatené/; 3. pozd. metaf. probírání nějaké věci řečí n. písmem, výklad, rozmluva» (en español aprox.: «1. echarse a correr, esparcir; 2. correr de aquí para allá, correr /especialmente de manera desorientada/; 3. más tarde metáfora de tratar algún asunto hablando o escribiendo, exposición, charla»), aunque aquí ya se hace una referencia también a la forma escrita.

25 Cf. también Brown y Yule (1983: 228): *conversational discourse*; Briz (1997a: 9-10): *discurso conversacional*; Hoffmannová (1996: sección 2): *konverzační diskurz* (lo que en español corresponde al *discurso conversacional*).

[M]ientras que para muchos lingüistas y otros estudiosos²⁶ de la lengua, la conversación es un tipo o género de discurso, para mí el discurso es, en primera instancia, un tipo de producto de la conversación o, más en general, del habla en interacción (Schegloff, 2003: 230).

Este autor se muestra crítico con el discurso como concepto paraguas que engloba la interacción conversacional a la vez que los textos escritos (como ensayos, anuncios, sermones), sobre todo porque tal punto de vista no respeta el proceso natural de evolución de las lenguas, sino que refleja únicamente los intereses taxonómicos de los académicos. Del mismo modo, sugiere que se revise la aproximación a la estructura oracional con respecto a los turnos conversacionales en los que –como en su entorno natural– las oraciones se materializan. Como consecuencia, evalúa la relación general entre discurso, texto y conversación de la siguiente manera:

«Discurso» suele hacer referencia a «textos» extensos, de varias oraciones. Y (a diferencia de «texto») originalmente refería al *habla* o a la *conversación*. De ahí mi opinión de que el discurso –la producción de habla más extensa o de múltiples unidades– se entienda procedimentalmente, es decir, como un tipo de producto (contingente) de la conversación, en lugar de que la conversación se entienda taxonómicamente, como un simple subtipo de discurso (Schegloff, 2003: 230).

Dado que la argumentación de Schegloff nos resulta relevante, aunque de difícil traslado a la práctica lingüística,²⁷ nos abstendremos de tratar el discurso como un concepto general y la conversación como su componente específico, y nos conformaremos con solo afirmar que el foco de nuestra atención a la hora de recolectar datos y analizarlos estará constituido exclusivamente por la conversación cotidiana como una forma particular y autónoma de interacción interpersonal verbal sin detenernos reflexionando sobre la relación conceptual que guarda con las nociones *discurso* y *texto*. Sin embargo, es importante

26 Por *estudioso* (*student* en la versión original en inglés) se entiende implícitamente una persona que se dedica al estudio de un fenómeno, aquí concretamente el lenguaje (Schegloff, 2003: 229).

27 El término paraguas de *análisis de la conversación*, por muy legítimo que sea históricamente, resulta restrictivo, ya que la palabra *conversación* en el uso común suele denotar habla informal. Esto es indeseable sobre todo porque la denominación general debería implicar también el estudio de los discursos formales y de los textos escritos (cf. también Stubbs, 1983: 10).

tener en cuenta que, al estudiar los marcadores, la tradición lingüística se ha venido basando más en la superioridad y el carácter general del *discurso* y la subordinación o especificidad de la *conversación*, por lo que seguiremos encontrándonos con el término *discurso* en los capítulos siguientes, en consonancia con el análisis del discurso como disciplina.

3.3 Data, teoría y métodos en el análisis del discurso

Más allá de los debates terminológicos, la interdisciplinariedad del análisis del discurso también está relacionada con las diferentes aproximaciones a los datos y métodos. En cuanto a los datos, pueden extraerse de fuentes muy diversas, como discursos políticos, interacciones cotidianas, diálogos mediáticos o textos literarios. La variabilidad de los datos también depende del tipo de contexto en el que se desarrolla el discurso (institucional, educativo, ideológico, contexto de una comunidad social concreta), así como de las funciones que desempeñan. Además, el análisis del discurso emplea (de acuerdo con los distintos puntos de partida teóricos) una variedad de métodos científicos, que van desde los interpretativos hasta los estadísticos o los formales (Schiffrin et al., 2003: 5-6). Por lo tanto, puede concluirse que no es fácil identificar un enfoque único o predominante respecto de los datos, la teoría y la metodología en el AD, a diferencia de lo que sí ocurre en el análisis de la conversación. Aun así, existen criterios que permiten delimitarlo o, al menos, limitarlo.

Una oposición clave reside en la relación del análisis lingüístico del discurso respecto al enfoque gramatical de la lingüística (en concreto, a la concepción generativista de la gramática). La contradicción principal radica en que los generativistas se basan en datos artificiales, o construcciones oracionales ideales y aisladas del contexto, definen reglas estrictas para su *buena formación* dentro de un sistema lingüístico abstracto, analizan y evalúan estas oraciones basándose en sus propias intuiciones e ilustran con ellas sus teorías. Por el contrario, los lingüistas que estudian el discurso parten de ejemplos de uso real de la lengua que surgen de forma natural con un propósito concreto en contextos comunicativos y sociales específicos, identificando regularidades a raíz de una multitud de casos y siendo los datos que analizan y evalúan el producto de un proceso comunicativo interactivo, generalmente de otros usuarios de la lengua que no sean

los analistas mismos. Dos diferencias sustanciales derivan, pues, del hecho de que el análisis del discurso hace más hincapié en el estudio de la *actuación (performance)* y prioriza a lo *empírico*, mientras que los generativistas se interesan por la *competencia (competence)* y le dan más peso a la *teoría* (Brown y Yule, 1983: 20-23; Schiffrin, 2014: 186, 2003: 7-8).

Ahora bien, según Brown y Yule (1983: 21), lo más apropiado es buscar un término medio entre estas dos posturas. Al analizar el discurso, no pocas veces es imprescindible o apropiado recurrir a ejemplos hipotéticos o contruados (véase, por ejemplo, la teoría de los actos de habla o la pragmática) y, a la inversa, al construir oraciones gramaticales, el lingüista debería partir del lenguaje cotidiano dentro del cual se supone que dadas oraciones son aceptables (de forma similar: Schiffrin, 1994). También Stubbs se inclina por una solución intermedia:

La organización del discurso puede estudiarse a partir de datos intuitivos e hipotéticos. O bien, los datos naturales pueden estudiarse en términos de estructura fonológica o gramatical, sin referencia alguna a la organización por encima de la frase. (...) Curiosamente, incluso algunos estudios de oraciones aisladas, artificiosas y descontextualizadas han conseguido colarse en el análisis del discurso. (...) la teoría de los actos de habla entra dentro de esta descripción (...), ya que proporciona una base esencial para una visión funcional del lenguaje como acción (Stubbs, 1983: 10-11).

En términos sencillos, sin embargo, el análisis del discurso se propone estudiar preferentemente ejemplos reales de lenguaje que se produce de forma natural (*naturally occurring language*). Otra delimitación deriva de si el lingüista opta por ocuparse del discurso escrito o hablado, ya que cada una de estas formas lingüísticas precisa de datos diferentes (por ejemplo, textos escritos frente a grabaciones de audio o video) y de una aproximación distinta al análisis. También es esencial si la comunicación es más formal o informal, lo que suele distinguir el análisis del discurso del análisis puramente conversacional en sentido estricto, puesto que este último se ocupa principalmente de la conversación espontánea y cotidiana, aunque no son raros ni los estudios conversacionalistas orientados a la interacción verbal en entornos profesionales o institucionales (en este sentido, las dos disciplinas se solapan, aunque sus métodos y el objetivo de sus investiga-

ciones suelen diferir). Con esto asimismo se relacionan las diferentes actitudes hacia el contexto, pues el análisis de la conversación se centra más en el contexto secuencial inmediato, mientras que el análisis del discurso se interesa por todo tipo de contextos (geográfico, social, intra o intertextual).

En la recolección de datos, también depende de si el investigador pretende estudiar un fenómeno o recurso lingüístico concreto a través de discursos variados o parecidos (lo que es el caso de este trabajo); de si tiene un interés global en cierto género de acontecimiento comunicativo (con una función determinada) cuyo conjunto de prácticas y recursos se propone describir (lo que se aproxima a la estilística); o de si su objetivo es un análisis detallado y exhaustivo de un único discurso seleccionado, etc. La elección entre estas perspectivas de investigación no solo determina la naturaleza de los datos, sino que también plantea exigencias en cuanto a su cantidad y, junto con la teoría, orienta el paso a paso a la hora de analizarlos.

Por consiguiente, con respecto a los diferentes antecedentes teóricos (textual-lingüístico, pragmático, sociolingüístico, psicolingüístico, antropológico, etc.), es común que en el análisis del discurso se utilicen métodos, técnicas y estrategias de investigación tan diversos como los estudios de caso, los sondeos estadísticos por cuestionario, las descripciones etnográficas, el análisis de corpus, el análisis cuantitativo variacionista, así como los métodos introspectivos y muchos otros (cf. Schiffrin et al., 2003: 5-10; Schiffrin 1994: 12-13). Así, dentro del análisis del discurso, no siempre está claro si su enfoque se basa en los datos (*data-based approach*) o se rige por la teoría (*theory-driven approach*); muy a menudo, la investigación procede en ciclos o es de naturaleza dialéctica (datos \Rightarrow análisis). Schiffrin et al. resumen la actitud hacia la interconexión de los datos, la teoría y el análisis del siguiente modo:

(...) la teoría y los datos son inseparables y se enriquecen mutuamente: se necesitan conocimientos teóricos para llevar el análisis del discurso más allá del conocimiento de casos específicos y, al mismo tiempo, el análisis debe basarse en ejemplos reales del lenguaje con el fin de proporcionar tanto restricciones realistas como fundamentos empíricos para la construcción de teorías (Schiffrin et al., 2003: 7).

3.4 Discurso hablado frente a discurso escrito

Se ha podido observar que un criterio esencial para la recolección y el análisis de datos es la decisión de si se examinará el discurso hablado o escrito. Desde el punto de vista de la producción, es evidente que los dos géneros discursivos plantean exigencias diferentes a sus autores y destinatarios. En los apartados que siguen, intentaremos introducir las principales diferencias entre el discurso escrito y el hablado y, a continuación, dada la orientación temática de este trabajo, nos centraremos en algunos aspectos clave del estudio de la conversación. Nuestra intención, sin embargo, no es enumerar todas las formas del lenguaje hablado y escrito; solo nos proponemos realizar una comparación marco basada en un «prototipo» general de texto escrito y de conversación informal (siendo conscientes de que el prototipo es una construcción tan solo idealizada).

El «discurso» hablado, o interacción oral, le brinda al hablante una serie de ventajas sobre los textos escritos. Aparte del código lingüístico, el hablante dispone de cualidades de la voz (es decir, elementos paralingüísticos, como el timbre o el ritmo, y elementos prosódicos, como la entonación y el acento), puede recurrir al lenguaje corporal (elementos gestuales, kinésicos y proxémicos) y a otros recursos de comunicación extralingüísticos. Además, puede mitigar, enfatizar o modificar el efecto de lo que dice basándose en la retroalimentación inmediata que suele recibir por parte del oyente o de otro participante. Por ejemplo, si el hablante percibe que el oyente emite señales negativas (moviendo la cabeza en señal de desaprobación, frunciendo el ceño o manifestando una actitud negativa con las manos), puede reformular y adaptar el mensaje para hacerlo más aceptable para el oyente. En cambio, el autor de un texto escrito no puede aprovechar los fenómenos paralingüísticos y la reacción del lector la tiene que estimar o hacerse ideas hipotéticas al respecto, dado que rara vez podrá contar con una respuesta inmediata (cf. Brown y Yule, 1983: 4-18; Boyero, 2005: 20-21; Schiffrin, 2014: 190).

Desde una perspectiva inversa, no obstante, puede decirse que la interacción oral inmediata ejerce mucha presión sobre el hablante. En términos de producción, por ejemplo, el hablante se ve obligado a esforzarse continuamente por mantener la palabra si aún no ha conseguido decir todo lo que pretendía en un principio; también se expone a un alto riesgo de cometer errores que deba rectificar posteriormente para evitar sanciones; debe monitorear constantemente la situación

y asegurarse de que lo que dice es adecuado, especialmente en relación con el contexto del acontecimiento comunicativo y con respecto al oyente y las normas de cortesía; debe comprobar que el canal sigue abierto y que el oyente le está prestando atención al hablante.

En este sentido, el autor de un texto escrito goza de la ventaja de poder comprobar y revisar sistemáticamente su contenido, de tener tiempo para reflexionar sobre él, de evitar errores que puede corregir sin cometerlos antes públicamente, de no estar sometido a la presión de ser interrumpido, de imaginar un lector ideal que satisfaga todas sus exigencias (aunque el receptor real no las cumpla), etc. (Brown y Yule, 1983: 4-18, etc.). En resumen, el autor de un texto escrito puede disfrutar plenamente de los beneficios que aporta la *preparación* del texto, mientras que los participantes en una conversación se ven obligados a negociar constantemente sus roles, interpretaciones y actitudes en una interacción no preparada y a regular su curso de forma coordinada (cf. los 14 criterios de la conversación según Sacks, Schegloff y Jefferson, 1974, aquí en la sección 2.7.1).

Brown y Yule (1983: 13) advierten, además, que el texto y la conversación difieren en las funciones que desempeñan, especialmente en el sentido de que en la interacción oral predomina la función interpersonal. En ella, lo esencial es establecer y mantener relaciones interpersonales, mientras que el texto cumple principalmente una función referencial (aunque también tiene una función poética en el caso de los textos literarios, una función persuasiva en los periodísticos, una función reguladora en los jurídicos, etc.). Otra propiedad del texto escrito es que puede conservarse inalterado, formando así una especie de testimonio permanente, en tanto que la conversación es un acontecimiento inmediato y efímero, y la única manera de conservarla a largo plazo es grabarla audio/visualmente y luego transcribirla. La transcripción, por su parte, constituye una manera de convertir el habla en forma escrita y de captar de modo estático el desarrollo dinámico de la interacción. Además, como sostiene Schiffrin (2014: 189), el proceso de transcribir y de escuchar los mismos pasajes repetidas veces es también una forma de análisis e interpretación preliminares de los datos para el lingüista. A partir de ahí, podrá revisar la metodología, así como llevar a cabo el análisis propiamente dicho (sobre la transcripción volveremos más adelante).

Lo anterior demuestra que los «prototipos» de discurso hablado y escrito presentan diferencias en muchos aspectos, y la lista dista de ser completa; pero esta no era nuestra ambición. En lo que sigue, intenta-

remos dar cuenta de lo que es la conversación en sí. Como defienden Stubbs (1983: 13) y Schegloff (2003: 230), la conversación es la forma primaria, natural y más común del uso del lenguaje y, por tanto, de la comunicación interpersonal, y como tal debería estudiarse sistemáticamente. En el capítulo 2 ya presentamos en detalle su delimitación en relación con las premisas del análisis de la conversación; ahora la abordaremos desde el enfoque del análisis del discurso, tomando en consideración algunas contribuciones de la pragmática y la sociolingüística.

3.5 Conceptos seleccionados de la pragmática

Desde un punto de vista **pragmático**²⁸, tanto el proceso de producción como el de recepción son asuntos mucho más complejos de lo que se ha presentado anteriormente. Porque cuando un hablante habla, por regla general, no solo intenta transmitirle al oyente una información literal sobre el estado de las cosas en el mundo (comunicar un contenido factual, una *proposición*), sino que su enunciado indica, además, cierta intención con la que el hablante ha decidido entablar la comunicación (esta viene expresada por lo que se ha llamado la *fuerza ilocutiva*, cf. *infra*) y lo que trata de conseguir con ella (es decir, *lo que el hablante hace al decir algo*, cf. *infra*). La intención, por su parte, no tiene que expresarse directamente, de acuerdo con las características gramaticales y el contenido semántico del enunciado, sino que también puede señalarse indirectamente, o sea, implícitamente, en relación con las circunstancias contextuales²⁹ y las presuposiciones compartidas sobre el transcurso habitual del proceso comunicativo.

28 Como apuntan Brown y Yule, algunos hallazgos de la pragmática también son imprescindibles para el análisis del discurso: «Cualquier enfoque analítico en lingüística que implique consideraciones contextuales pertenece necesariamente al área de estudio del lenguaje denominada **pragmática**. ‘Hacer análisis del discurso’ implica ciertamente hacer sintaxis y semántica, pero principalmente consiste en hacer pragmática. (...) En el análisis del discurso nos ocupamos de lo que hacen las personas cuando utilizan el lenguaje, y de dar cuenta de los rasgos lingüísticos del discurso como los medios empleados en lo que están haciendo» (1983: 26, la negrita es original).

29 Según Huang, desde una perspectiva teóricamente relativamente neutra, se entiende por contexto en sentido amplio: «cualquier característica relevante del entorno o ambiente dinámico en el que se utiliza sistemáticamente una unidad lingüística». Además, Huang distingue tres componentes principales del contexto: **físico**, que consiste en un anclaje espaciotemporal de un enunciado; **lingüístico**, que se refiere a los enunciados adyacentes dentro de un mismo discurso (para el AC, se trataría del contexto secuencial); y el contexto de **conocimiento general**, por el que se entiende el conocimiento de la organización general del mundo y las presuposiciones compartidas por los participantes en la comunicación o una comunidad social (2007: 13-14).

Estas cuestiones fueron abordadas por los filósofos del lenguaje natural, Austin (1962)³⁰, y más tarde Searle (1969, 1979), quienes sostenían que *al decir algo, el hablante también está haciendo algo* (intentando conseguir algo, en el mejor de los casos, un efecto pretendido en el oyente o destinatario del enunciado). Para los propósitos de su teoría, **Austin** estableció el acto de habla como la unidad comunicativa mínima, con cuya emisión se llevan a cabo simultáneamente hasta tres subactos: *el locutivo, el ilocutivo* y, en lo posible, *el perlocutivo*.³¹

El acto locutivo consiste en «decir algo», esto es, en usar el habla con sentido (consta de tres componentes: fónico, fático y rético). El acto ilocutivo ya refleja el hecho de que también son importantes el modo en que se dice algo y la función que cumple el uso del habla en una situación determinada (el acto ilocutivo posee *fuerza ilocutiva*). En otras palabras, a través del acto ilocutivo, el hablante articula su intención y, al hablar, también hace algo (convencionalmente). El acto perlocutivo, por su parte, tiene que ver con la voluntad de provocar un efecto específico. Sin embargo, este efecto puede no producirse siempre cuando se pretendía (no es convencional) o, por el contrario, puede producirse en una situación en la que no se pretendía (Austin, 1962: 94-107; cf. también Huang, 2007: 100-104). Además, como se trata de un efecto por parte del destinatario, se plantea la cuestión de si la perlocución se sitúa en el mismo plano que la locución y la ilocución (Hirschová, 2017a, en línea). Posteriormente, Austin clasifica los actos según su fuerza ilocutiva en cinco grupos (*judicativos, ejercitativos, compromisorios, comportativos, expositivos*), pero a su clasificación se le reclama que es incoherente, no se rige por un principio uniforme y las clases que propone a menudo se solapan (cf. también Searle, 1979: 8-12).

La teoría de Austin fue elaborada posteriormente por **Searle** (1969, 1979, etc.), quien modificó la tipología de los actos de habla

30 A menudo, se hace referencia a Ludwig Wittgenstein, con su concepto de los juegos del lenguaje, como el precursor de la teoría de los actos de habla (Huang, 2007: 93).

31 Austin (1962) –en respuesta al debate positivista de la época sobre el valor de verdad de las oraciones– distinguía primero entre *constatativos (constatives)*, es decir, enunciados con valor de verdad, y *realizativos (performatives)*, es decir, enunciados en los que el valor de verdad no puede comprobarse objetivamente, pero al emitirlos el hablante simultáneamente realiza algo (con lo que demostró que la oposición verdadero-falso queda superada en la lengua). Asimismo, concluyó que hasta los constatativos son portadores de alguna intención del hablante y que su separación estricta de los realizativos es insostenible. En cuanto a los realizativos, definió, además, las condiciones para su satisfactoria ejecución (cf. *la teoría de los infortunios, ibid.*). Esta cuestión, sin embargo, no se relaciona directamente con el objetivo de nuestro trabajo, por lo que nos limitamos a esta breve mención y no volveremos sobre ella.

básicos (*acto locutivo*: emitir palabras; *acto proposicional*: referencia y predicación; *acto ilocutivo* y *acto perlocutivo*) y luego, en relación con la fuerza ilocutiva, diferenció una serie de actos ilocutivos (los actos de *pedir*, *aseverar*, *preguntar*, *aconsejar*, *avisar*, etc.).³² En 1979 (p. 12-20) revisó, además, las cinco clases de Austin según la fuerza ilocutiva y definió los siguientes actos: *asertivos* (afirmaciones, enunciados proposicionales), *directivos* (que corresponden a un esfuerzo por conseguir que el oyente haga algo), *compromisivos* (que obligan al propio hablante a hacer algo él mismo –lo que es prácticamente la única clase que tomó de Austin–), *expresivos* (que expresan el estado emocional del hablante) y *declarativos* (al declarar algo, el hablante está realizando algo –aquí se incluye el uso de verbos realizativos–).³³ Un descubrimiento pionero de Searle fue que hay enunciados cuya fuerza ilocutiva es compatible con el contenido de la oración y su tipo (el modo en que se dice algo y lo que se quiere decir con ello es coherente con lo que se dice), mientras que otros enunciados exhiben una fuerza ilocutiva diferente (secundaria) de la que se les atribuiría a partir del contenido explícito y literal del enunciado (se trata, pues, de *actos de habla indirectos*, con los que el hablante quiere decir algo más de lo que formula verbalmente):

Los casos más sencillos de significado son aquellos en los que el hablante emite una oración y quiere decir exacta y literalmente lo que dice. (...) Pero, notoriamente, no todos los casos de significado son así de sencillos: En las indirectas, las insinuaciones, la ironía y la metáfora –por mencionar algunos ejemplos– el significado del enunciado por parte del hablante y el significado de la oración se apartan de diversas maneras. Una clase importante de estos casos es aquella en la que el hablante emite una oración, quiere decir lo que dice, pero también quiere decir algo más (Searle, 1979: 30).

En los actos de habla indirectos, por tanto, el hablante le comunica al oyente más de lo que realmente dice, partiendo del conocimiento compartido (lingüístico y no lingüístico), el razonamiento común y la

32 También Searle (1969) definió reglas constitutivas y diferentes tipos de condiciones (contenido proposicional, condición preparatoria, condición de sinceridad, condición esencial) para la realización satisfactoria de los actos de habla, pero ni siquiera a estas se les prestará una mayor atención aquí, dada la finalidad y la extensión de nuestro trabajo.

33 Para delimitarlos, se rigió principalmente por tres criterios (de los doce que había definido), a saber, el propósito ilocutivo, la dirección de la acción respecto de la relación entre las *palabras* (*word*) y el *mundo* (*world*), y el estado psicológico del hablante (Searle, 1979: 2-5).

capacidad de inferencia por parte del oyente (Searle, 1979: 31-32). Si bien Austin y Searle solían basarse en ejemplos contruidos de actos de habla en contextos hipotéticos (cf. la sección 3.3 *supra*, y Schiffrin, 1994), su teoría es importante para el análisis del discurso, sobre todo porque es uno de los intentos modernos más relevantes de centrarse en el *uso* del lenguaje –no solo en el sistema lingüístico interno– y de demostrar que en la lengua no tiene lugar solo la función referencial, es decir, el esfuerzo por representar el mundo con veracidad (lo que, de hecho, ya habían advertido anteriormente otros filósofos, como Ludwig Wittgenstein). Para nuestro trabajo, es importante especialmente la tipología de actos ilocutivos revisada por Searle, ya que, como veremos más adelante, algunos marcadores conversacionales poseen la capacidad de expresar o enfatizar la naturaleza directiva o expresiva de un enunciado (sea directa o indirectamente), aunque también pueden acompañar a enunciados de otros tipos.

De la teoría de los actos de habla se desprende que la comunicación interpersonal no solo se fundamenta en una representación objetiva del mundo, sino que tiene un propósito específico, es intencionada. Por tanto, el oyente debe esforzarse por reconstruir la intención del hablante al interpretar (cf. también la sección 2.6.6, Diseño para el receptor). En muchas ocasiones, no obstante, esta intención se expresa de forma implícita (cf. *los actos de habla indirectos*) y el oyente se ve obligado a deducirla retrospectivamente mediante un proceso (mental) de *inferencia*. Así, el sentido global de un enunciado no solo viene dado por lo que se dice explícitamente, sino que también se ve enriquecido por un componente implícito. Y efectivamente, de este componente implícito se dio cuenta **Grice** (1975) en su estudio de la conversación y, a raíz de él, identificó varios tipos de *implicaturas*. Dicho de forma algo simplificada, si el significado implícito de un enunciado está codificado por una expresión lingüística,³⁴ se trata de las llamadas implicaturas *convencionales*.

34 Esta definición se solapa con la noción de *presuposición* (lógica), lo que ha dado lugar a una disputa sobre si una implicatura convencional se corresponde o no con la presuposición (cf., por ejemplo, Horn, 2006: 4; Levinson, 1983: 96). Sin embargo, no es el objetivo de este trabajo responder a esta pregunta ni dedicarnos a la presuposición, por lo que nos limitamos a hacer esta breve referencia a la cuestión. Otro tipo de presuposición del que se ocupa el análisis del discurso es la presuposición *pragmática*, que constituye la base presuposicional del conocimiento compartido en la comunicación (Brown y Yule, 1983: 29). Gumperz, por su parte, habla de una presuposición *social o contextual* (por ejemplo, 1978: 408).

En algunos casos, el significado convencional de las palabras utilizadas determinará lo que está implicado, además de ayudar a determinar lo que se dice (Grice, 1975: 44).

Si el sentido global, no obstante, debe completarse a partir del contexto, se trata de implicaturas *conversacionales*. Si la implicatura conversacional es predecible y se da en todos los contextos parecidos, se trata de una implicatura conversacional *general(izada)*; en cambio, si el significado implícito es impredecible y requiere el conocimiento de un contexto específico, hablamos de una implicatura *particular(izada)*, o *especial* (1975: 56).

Según Grice, las implicaturas conversacionales solo se activan en determinadas condiciones, a saber, cuando *se violan* (o se abusa de) las llamadas *máximas conversacionales* en el marco del *principio de cooperación* entre hablante y oyente (1975: 49). El principio de cooperación³⁵ parte de la premisa de que el intercambio conversacional no es una mera serie de observaciones y comentarios aleatorios y desordenados de participantes individuales, sino que, a través de él, los participantes intentan de forma cooperativa y lo más eficaz posible alcanzar algún objetivo o, al menos, perseguir una dirección común en la conversación. Por lo tanto, se espera de ellos que su contribución se ajuste al tema y que se exprese en el momento oportuno. Además, Grice caracterizó su principio de cooperación mediante varias máximas, que dividió en cuatro categorías kantianas *de cantidad* (informatividad), *de calidad* (veracidad), *de relación* (relevancia) y *de manera* (claridad, inteligibilidad). El propio Grice admite que la lista no es exhaustiva y que los interlocutores se guían sin duda también por máximas estéticas, sociales o morales (por ejemplo, *¡Sea cortés!*), pero su objetivo era definir máximas para una interacción cuyo propósito fuera «un intercambio de información lo más eficaz posible» (1975: 47). Dado el conocimiento general de las máximas griceanas, no las discutiremos en detalle, pero sí queremos advertir sobre una complicación significativa que resulta justamente de tal concepción *transaccional* de la conversación. A saber, que está (al menos parcialmente) en contradicción con la naturaleza de la conversación espontánea y cotidiana (tal y como la concibe, por ejemplo, el AC). Hoffmannová llega a una conclusión parecida:

35 «Haga que su contribución conversacional sea la requerida, en la fase en la que se produce, por el propósito aceptado o la dirección del intercambio conversacional en el que está inmerso» (Grice, 1975: 45).

La conversación parecería encarnar idealmente el principio de cooperación (colaboración con los demás interlocutores) que H. P. Grice (1975) estableció como regla general para el diálogo. Sin embargo, los parámetros del diálogo formulados en las cuatro máximas «conversacionales» de Grice ya no se cumplen en la conversación; esta viola ostentosamente sobre todo la máxima de cantidad («no diga más de lo necesario») y la máxima de relación («diga lo relevante, lo importante en ese momento»), pero también la máxima de calidad y de manera. Todas estas reglas se ponen de cabeza en la conversación: aquí podemos hablar largo y tendido, de forma no vinculante, afirmar hechos falsos o no verificados, mistificar a nuestros interlocutores, decir lo que se nos ocurra (sin importar la relevancia); y jugar con el lenguaje, los dobles sentidos, las paradojas también es deseable (Hoffmannová, 1996).

Por consiguiente, podría decirse que depende de la concepción de la conversación como tal. Si partimos de un enfoque pragmático, es decir, que los participantes se proponen conseguir algo conversando, el principio de cooperación constituirá el punto de partida central. En cambio, si la conversación es espontánea, sin un objetivo específico (que es crucial para nuestro trabajo), es natural que se violen sistemáticamente las máximas. Pero incluso en este caso, el principio de cooperación puede tomarse como marco de referencia (o lo que se llama *default settings*, véase Horn, 2006: 8) frente al que se define el comportamiento de los participantes en la interacción, solo que visto desde la perspectiva opuesta: la posición neutra o central es la violación de las máximas, mientras que su cumplimiento es más bien una cuestión periférica o dominio de unos pocos segmentos seleccionados, más pragmáticamente orientados.

En la llamada aproximación *neogriceana*, la implicatura y los principios conversacionales han sido explorados con más profundidad por Levinson (1983, 2000; heurísticas Q, I, M) y Horn (1984, 2006; principios Q y M), quienes redujeron las máximas a un número menor. **Horn** luego redefinió la implicatura de la siguiente manera:

La implicatura es un componente del significado del hablante que constituye un aspecto de lo que se quiere decir en el enunciado de un hablante sin formar parte de lo que se **dice**. Lo que un hablante pretende comunicar es característicamente mucho más rico que lo que expresa directamente (Horn, 2006: 3, la negrita es original).

Una parte sustancial de la definición de Horn (2006: 3, 6) es que la implicatura es un componente que inserta en el significado el **hablante**, no el oyente, lo que subraya la necesidad de distinguir sistemáticamente (al igual que hacía Grice) las implicaturas como un aspecto del significado por parte del hablante y las inferencias (no lógicas, sino pragmáticas) como un proceso interpretativo por parte del oyente. Los hablantes implican y los oyentes infieren. Así pues, la implicatura y la inferencia no pueden asimilarse en una sola, como hace, por ejemplo, Levinson (véase 1983: 97, 127, etc.).

Horn (2006: 5-6) también pone de ejemplo un fragmento de una película en el que el segundo interlocutor utilizó el marcador *so* (en el sentido de *pues* o *así que*) para señalar la inferencia pragmática que había hecho. Al recurrir a él, puso de manifiesto cómo había entendido lo que el primer participante había dicho en el turno precedente, así como el contenido de toda la interacción hasta ese momento, es decir, cómo había interpretado el mensaje (la negrita es nuestra, la cursiva es original):

(3) A: She is the most wonderful girl in the world.

B: *Is she pretty?*

A: She has such ideals, and such a viewpoint of things that she's so far above all the other girls that you meet nowadays that there's no comparison.

B: ***So she's not very pretty.***

El ejemplo muestra que la noción de *inferencia pragmática* es esencial para los marcadores (pragmáticos, discursivos, conversacionales; véase más adelante, secciones 3.6 y 3.7).³⁶ Esta se vincula incluso más a otra crítica respecto del enfoque griceano, a saber, la teoría de la relevancia de **Sperber y Wilson** (orig. 1986, aquí de Wilson y Sperber, 2006).

En palabras de dichos autores (2006: 607), la teoría de la relevancia desarrolla una de las afirmaciones griceanas más importantes, en concreto, que una característica clave de la comunicación interpersonal es la expresión y revelación de intenciones. Además, Wilson y Sperber precisan que con esta afirmación Grice sentó las bases del

36 La inferencia puede entenderse de dos maneras: bien como un concepto **lógico**, o bien como un concepto **pragmático**. Como señalan Brown y Yule (1983: 33-35), la inferencia lógica o deductiva, entendida como un proceso mental de deducción en el que a partir de ciertas premisas puede llegarse a una conclusión lógica, rara vez forma parte de la interacción interpersonal cotidiana. Más bien, la inferencia debe entenderse de forma algo más flexible, en función de los conocimientos socioculturales de los interlocutores o del contexto en general.

modelo inferencial de la comunicación como alternativa al modelo clásico codificativo (informativo), según el cual el hablante codifica el mensaje intencionado en una señal, que luego es descodificada por el oyente. En el modelo inferencial, en cambio, el hablante deja huellas de su intención al expresar un significado (o sentido), a raíz de las cuales el oyente efectúa la inferencia e interpreta el significado. El enunciado es un tipo lingüísticamente codificado de tal huella, por lo que la comprensión verbal incluye necesariamente un elemento de descodificación, pero en el modelo inferencial no demostrativo este representa solo una de las aportaciones al proceso inferencial. El objetivo de la pragmática inferencial es explicar, por tanto, cómo el oyente infiere, es decir, desvela lo que el hablante ha querido decir con el enunciado, basándose en la(s) huella(s) proporcionada(s).

El propio enfoque de la teoría de la relevancia se fundamenta también en otro postulado de Grice según el cual los enunciados automáticamente generan expectativas en el oyente, que le llevan a inferir su sentido. Según Wilson y Sperber (2006: 607), Grice plasmó estas expectativas en su principio de cooperación y en las máximas que se supone que deben seguir los hablantes. Estos autores comparten la idea griceana de que los enunciados despiertan expectativas de relevancia en los interactuantes (lo que consideran un principio comunicativo rector), pero cuestionan algunos otros aspectos de su teoría, incluida la necesidad del enfoque cooperativo y las propias máximas. La objeción sustancial de la teoría de la relevancia contra el enfoque griceano se deriva de la siguiente alegación:

Los enunciados suscitan expectativas de relevancia **no porque se espere que los hablantes obedezcan un principio de cooperación y máximas** o alguna otra convención comunicativa, sino porque la búsqueda de relevancia es una característica básica de la cognición humana que los comunicantes pueden explotar (Wilson y Sperber, 2006: 608, la negrita es nuestra).³⁷

Por lo tanto, no puede afirmarse que los individuos se rijan por el conocimiento de un principio a la hora de comunicarse; al contrario, lo hacen automáticamente, ya que la búsqueda de relevancia es una propiedad humana natural y cognitivamente determinada. Para un

37 Esto se asemeja notablemente a la objeción contra el enfoque de la cohesión dentro de lo que es el *texto como producto*, véase la sección 3.1, lo que señala la correlación entre la cohesión y coherencia con la relevancia (cf. también Nebeská, 1992: sección 3.3).

individuo, un enunciado será relevante precisamente cuando se interconecte con la información contextual de tal manera que le permita llegar a una conclusión que signifique una aportación especial para él, por ejemplo, conduce a responder una pregunta, a resolver un problema, es decir, tiene un efecto cognitivo positivo. El tipo más importante de efecto cognitivo es la implicación contextual, o sea, la conclusión que se deduce del enunciado y del contexto juntos, pero nunca por separado. Además, la relevancia no representa un valor absoluto, ya que en el momento de la comunicación pueden rodear a los participantes diversos estímulos relevantes, pero algunos son más relevantes que otros. Normalmente, cuanto mayor es el efecto cognitivo positivo, mayor es el grado de relevancia, y cuanto mayor es el esfuerzo requerido en la interpretación, menos relevante es el estímulo (Wilson y Sperber, 2006: 608 y ss.).

Por lo general, los humanos tienden a maximizar la relevancia. Esto les permite a los participantes en la comunicación anticipar y manipular hasta cierto punto los pensamientos de los demás. Un hablante que quiere conseguir algo intenta atraer la atención del oyente aprovechando todo tipo de recursos comunicativos y haciendo *ostensible* lo que contribuya a lograr su intención y a hacer que todo el evento comunicativo sea relevante. Así, los estímulos ostensivos constituyen probablemente la forma más eficaz de señalar la relevancia y de ayudar al oyente a inferir la intención y (en el mejor de los casos) a cumplirla.³⁸ La comunicación desde la perspectiva de la teoría de la relevancia cuenta, pues, con dos componentes: la ostensión por parte del hablante y la inferencia por parte del oyente, razón por la cual se denomina modelo *ostensivo-inferencial*. Este último, además, distingue dos tipos de intención: la intención *informativa* (informar a alguien sobre algo) y la intención *comunicativa* (informar a alguien de que alguien tiene una intención informativa³⁹). La comprensión se logra cuando se cumple la intención comunicativa, esto es, una vez que el oyente reconoce la intención informativa, independientemente de que esta sea o no aceptada (Wilson y Sperber, 2006: 610-611).

Asimismo, es importante tener en cuenta que el oyente muestra la voluntad de prestar la atención únicamente a tal intervención comunicativa que le parezca suficientemente (óptimamente) relevante. Al emplear un estímulo ostensivo, el hablante trata de convencer

38 Como un estímulo ostensivo puede servir también un marcador conversacional.

39 Esta es también una de las características de algunos marcadores conversacionales (en particular, aquellos cuya función es la de llamar la atención, enfatizar actitudes, etc.).

al oyente de que su enunciado efectivamente posee un grado óptimo de relevancia y, por lo tanto, merece ser procesado, lo que, desde la óptica de Wilson y Sperber, no está necesariamente en consonancia con el principio de cooperación de Grice, ya que incluso un hablante deshonesto o incompetente pretende persuadir al oyente de que su estímulo es relevante (2006: 611). Ahora bien, no es infrecuente que, por muy relevante que sea la información dada, el oyente sea incapaz de procesarla o no esté dispuesto a acceder a ella (un ejemplo es el silencio ante alguna pregunta en lugar de dar una respuesta: o bien el oyente desconoce la respuesta o, simplemente, no quiere responder; véase la sección 2.6.4: respuesta no preferida). Si el oyente no quiere cooperar, infringe el principio de cooperación y, por ello, aunque la cooperación en el sentido griceano es habitual, no es imprescindible para la comunicación ni tampoco para su entendimiento (2006: 612).

Si bien por principio de economía lingüística el hablante debe (o debería) economizar al máximo lo que explicita, mientras que el oyente se ve obligado a hacer un esfuerzo considerable para inferir el contenido implícito y el sentido global del enunciado,⁴⁰ en realidad, el proceso de inferencia también ha de ser lo más económico posible:

El oyente debe tomar el significado lingüístico descodificado; siguiendo un camino de mínimo esfuerzo, debe enriquecerlo en el nivel explícito y complementarlo en el implícito hasta que la interpretación resultante satisfaga su expectativa de relevancia (Wilson y Sperber, 2006: 613).

La inferencia de mínimo esfuerzo exige que el hablante (dentro de sus capacidades, habilidades y prioridades) se exprese de la forma más sencilla y clara posible, puesto que el nivel de relevancia disminuye a medida que aumenta el esfuerzo en la interpretación. Asimismo, es de desear que el hablante se exprese de forma tan precisa que la primera interpretación posible a la que llegue el oyente sea la correcta desde el punto de vista del hablante, satisfaciendo al mismo tiempo la expectativa del oyente de un enunciado relevante. Esto, por supuesto, representa un modelo idealizado, que a menudo se ve violado debido a las ambigüedades y contradicciones que surgen en la comunicación, pero a la vez es el procedimiento más natural que un oyente puede seguir en el camino hacia la comprensión.

40 Cf., por ejemplo, Levinson (2000: 29) «[L]a inferencia es barata, la articulación cara y, por tanto, los requisitos de diseño apuntan a un sistema que maximice la inferencia».

La teoría de la relevancia toma en consideración que la comunicación verbal es mucho más explícita que la no verbal, lo que repercute en cómo concibe el proceso de comprensión. A diferencia del enfoque griceano, la teoría de la relevancia sostiene que incluso el contenido explícito de un enunciado va más allá del código lingüístico, por lo que su reconocimiento se basa en el mismo proceso inferencial y principio de relevancia que la reconstrucción de la implicatura (cf. también las citas anteriores). Así, la comprensión por parte del oyente de la intención del hablante y del sentido global del enunciado se construye tanto sobre la hipótesis del contenido explícito (*explicaturas*),⁴¹ como sobre las suposiciones contextuales (*premisas implicadas*) y las implicaciones contextuales (*conclusiones implicadas*).⁴² Que el enunciado deba entenderse de forma literal, aproximada o metafórica depende del ajuste mutuo del contenido, el contexto y los efectos cognitivos con respecto a la expectativa global de relevancia (Wilson y Sperber, 2006: 619).

3.6 Conceptos seleccionados de la sociolingüística interaccional

La inferencia conversacional también ha sido abordada por **Gumperz** (por ejemplo, 1978, 1982, 1992, 1999), aunque desde una perspectiva **sociolingüística**. La definió como el proceso mediante el cual los interlocutores llegan a interpretaciones situacional o contextualmente vinculadas de las intenciones de los demás y a partir de las cuales formulan sus respuestas o reacciones (por ejemplo, 1982: 153).

41 La explicatura es «una proposición recuperada mediante **una combinación de descodificación e inferencia**, que proporciona una premisa para la derivación de implicaciones contextuales y otros efectos cognitivos» (Sperber y Wilson, 1986: 176-93).

42 En un cuadro, Huang (2007: 241) compara claramente las aproximaciones hacia la explicatura y la implicatura en diferentes autores, entre ellos Grice, los representantes de la teoría de la relevancia y Levinson, en una escala de: representación semántica - deixis y referencia - proposición mínima - proposición enriquecida - proposición adicional. Dejando a un lado la representación semántica, que todos los autores coinciden en clasificar dentro de la semántica, es interesante observar que divergen en otras áreas. Por ejemplo, la teoría de la relevancia considera la implicatura solo en el caso de la proposición adicional y el resto del abanico (resolución de la deixis y referencia, proposición mínima y proposición enriquecida) queda cubierto por la explicatura. En cambio, Levinson ya incluye toda el área que la teoría de la relevancia considera explicatura bajo la implicatura. Grice, por su parte, cubre por implicatura solo una parte del campo que le adjudica Levinson, pero al mismo tiempo un dominio más amplio que el que le atribuye la teoría de la relevancia (la proposición enriquecida y la proposición adicional). Sin embargo, según Hirschová (2017b, en línea), la diferencia radica solo en la aproximación teórica adoptada, y los procesos en cuestión son de la misma índole.

La inferencia conversacional, según Gumperz, no solo depende de la gramática, el significado léxico y/o los principios conversacionales, sino también de una constelación de variedades del habla (diferentes estilos o dialectos y la alternancia entre ellos) y de otros rasgos y criterios (prosódicos, etc.), simbolizando antecedentes culturales compartidos, convenciones de grupos sociales, redes sociales (en su sentido originario) y sus normas (1978: 393, 407 y s.). Aunque el significado común y referencial pueda estudiarse hasta cierta medida sobre enunciados aislados, la inferencia conversacional siempre incluye suposiciones contextuales (presuposiciones). Gumperz no niega que para considerar un mensaje como interpretable y definir una gama de posibles interpretaciones debemos tener en cuenta sus aspectos gramaticales y semánticos. Pero para comprender lo que los participantes pretenden realmente al hablar, es imprescindible tomar en cuenta sus supuestos individuales y socioculturales (los valores que comparten; su estatus y roles sociales), sus actitudes hacia los demás, su motivación general, la dirección de su argumentación, etc. Estos supuestos pueden derivarse parcialmente de conocimientos extralingüísticos previos y también se comunican en gran medida en el transcurso de la propia interacción. En consecuencia, la inferencia conversacional depende de muchos niveles de señalización. Primero, nos formamos una idea general de un marco interpretativo a base del cual evaluamos lo que está ocurriendo en la interacción y, a continuación, aprovechamos dicho marco para discernir la intención del acontecimiento comunicativo al igual que para decidir cómo reaccionar (1978: 395; 1982: 153).

En otras palabras, para Gumperz, la inferencia conversacional representa un concepto ligado al anclaje contextual del evento comunicativo. Sin embargo, el contexto no es inflexible y el trasfondo relevante cambia en el transcurso de la interacción, al igual que cambian los objetivos comunicativos, las estrategias y las expectativas a ellas asociadas, lo que repercute en la interpretación y su anclaje. En una conversación, suele haber varias interpretaciones alternativas disponibles en un momento dado, cuya elección no se rige por reglas fijas, sino por las preferencias actuales de los participantes (la intención del hablante, la anticipación de las reacciones del oyente y sus propias expectativas). La interpretación está, pues, sujeta a negociación y en el proceso dinámico de la interacción puede ser corregida, modificada o incluso rechazada y sustituida por otra más pertinente (1982: 166). En este sentido, la concepción de Gumperz coincide así con la pers-

pectiva (posterior) de la teoría de la relevancia, pero su énfasis está en la interrelación de los fenómenos lingüísticos y sociales y no tanto en los procesos cognitivos, como sí es el caso de Wilson y Sperber.

La vinculación contextual como constituyente y prerequisite de la inferencia conversacional es reflejada por Gumperz en la noción de *contextualización*. Se trata del proceso por el que hablantes y oyentes utilizan diversos recursos verbales y no verbales (*contextualization cues*, o sea, *claves de contextualización*, en otras traducciones, también *pistas o indicios de contextualización*) para conectar lo que se está diciendo en un momento y lugar dados con los conocimientos adquiridos a partir de experiencias previas. La finalidad de este proceso es reconstruir las presuposiciones, cuyo desconocimiento puede impedir que el interlocutor siga participando en la conversación y puede llevar a una malinterpretación de la intención del hablante (Gumperz, 1992: 230).

La contextualización también puede conceptualizarse como el proceso por el que el oyente evalúa el sentido de un mensaje y su organización secuencial respecto de los distintos elementos de su estructura superficial, que son precisamente las claves de contextualización. A diferencia de los morfemas y/o las palabras de sentido pleno, que, si bien en última instancia también se consideran en su contexto, hasta cierta medida sí pueden estudiarse de forma aislada, las claves de contextualización son difíciles de interpretar fuera de una situación concreta y no son aptas para ser estudiadas en un nivel abstracto. Una misma clave puede señalar información neutra bajo unas condiciones y conllevar un significado contrastivo o carga expresiva bajo otras. También suele ser el caso que, por más recurrentes que sean dichas claves, los interlocutores rara vez se dan cuenta de su empleo⁴³ (1982: 170).

Según Gumperz, una clave de contextualización puede ser cualquier forma lingüística que contribuya a señalar presuposiciones contextuales. Si bien son portadoras de información, el significado de las claves solo surge del propio proceso de interacción y es implícito, por lo que no pueden interpretarse de forma aislada. El valor de señalización de estas claves depende del consenso de los participantes, esto es, de si tienen (el mismo) significado y (la misma) relevancia para todos los implicados. De no ser así, pueden surgir interpretaciones ambiguas o malentendidos, lo que a menudo conlleva connotaciones

43 De modo similar, suelen funcionar también los marcadores conversacionales o las palabras de relleno. La conexión de los marcadores con el concepto de claves contextualizadoras es señalada también por Schiffrin (1987: 21 y ss.).

negativas y puede llegarse a entender como descortesía. Además, el valor de los recursos contextualizadores se determina de forma contrastiva o gradual. Esto significa que los interlocutores suelen tener una idea de lo que es un uso neutro y lo que es, por el contrario, un uso marcado. El rasgo de lo (no) marcado resulta no solo de la naturaleza del acontecimiento comunicativo en el que se emplea el recurso, sino que también depende de las convenciones del grupo social o la comunidad que lo utiliza (1982: 131 y ss.). Por lo tanto, la vinculación sociocultural es obvia y ha de tenerse en cuenta en la interpretación.

Gumperz (p. ej., 1992: 231) incluye entre las claves de contextualización, entendidas como medio para facilitar los procesos inferenciales, a los siguientes: 1. recursos **prosódicos** (entonación, acento, timbre); 2. recursos **paralingüísticos** (por ejemplo, tempo, pausas, vacilaciones, sincronía conversacional, solapamientos), haciendo hincapié en la función que desempeñan con respecto al requisito de coherencia en el nivel del discurso; 3. selección de **código** (alternancia entre idiomas, estilos y otros recursos competitivos de sus repertorios); 4. ciertos recursos **léxicos**, incluidas las frases hechas, expresiones estereotipadas y fórmulas rutinarias (relacionadas con la rutina de apertura y cierre de la interacción, clichés, figuras metafóricas, etc.), centrándose de nuevo en sus funciones en el nivel del discurso y no con respecto a su significado referencial dentro de la semántica.⁴⁴

Desde el punto de vista del estudio de los marcadores conversacionales, nos resultan interesantes todos los rasgos contextualizadores antes mencionados, puesto que es típico que los marcadores sean expresiones estereotipadas (grupo 4), cuyas funciones pueden reconocerse solo a partir del contexto, suelen ser cambiantes y, además, se ven influidos y modificados por recursos prosódicos y paralingüísticos (grupos 1-2). Por último, ciertos marcadores conversacionales tienden a ser expresiones de identidad social, por lo que están ligados a códigos y estilos específicos (grupo 3).

En lo que se refiere a las expresiones estereotipadas, Gumperz afirma que a menudo reflejan estrategias conversacionales indirectas,

44 De modo parecido, Cynthia Gordon (2014, en línea) define las claves de contextualización como: «rasgos del lenguaje (es decir, elementos de la estructura lingüística como las palabras y la sintaxis) y los que acompañan al lenguaje (es decir, rasgos paralingüísticos como el tono, el tempo, la risa y las señales no verbales), por lo que son omnipresentes en la interacción». Curiosamente, Nekvapil y Kaderka, quienes también se basan en el trabajo de Gumperz, no incluyen los recursos léxicos entre las claves de contextualización: «Se trata de recursos **no referenciales y no léxicos** que los hablantes utilizan para crear el contexto necesario para interpretar lo que dicen» (2017, en línea, la negrita es nuestra).

cuya finalidad es establecer contacto y negociar una relación con el destinatario intencionado, crear condiciones favorables o al menos aceptables para comunicar un mensaje, señalar la identidad social o la pertenencia a un grupo, y expresar o solicitar apoyo (1982: 133 y ss.). Del mismo modo, las diferencias dialectales funcionan como índices de identidad social y, simultáneamente, como símbolos de un trasfondo o contexto cultural compartido. Además de ser eficaces portadoras de información social, su simbolismo las convierte en poderosos vehículos de *persuasión*. Esta última se alcanza, por ejemplo, gracias a que la clave permite personalizar el mensaje, con lo que el hablante se asegura de que el oyente le preste atención o de que preste atención a lo que se dice (tiene una función apelativa, maximiza el efecto comunicativo o la relevancia del enunciado, etc.). Más allá de las funciones mencionadas hasta ahora, según Gumperz, los recursos contextualizadores pueden evocar un ambiente amistoso o familiar, ser portadores de un matiz emocional (función expresiva), contribuir a la señalización de la fuerza ilocutiva en términos de actos de habla, etc. (1978: 401-408).

Aunque pueda parecer que la inferencia conversacional es un fenómeno que varía de una persona a otra, la consistencia en el proceso de interpretación, verificada por la fluidez de la interacción, su ritmo y coherencia entre participantes que comparten presuposiciones sociales indica que existe al menos cierto nivel de conocimiento social colectivo y el consiguiente consenso en la interpretación. Como prueba de ello, desde una perspectiva inversa también puede sugerirse que la falta de reconocimiento de los rasgos contextualizadores, por ejemplo, debido a los diferentes antecedentes sociales, da lugar a interpretaciones erróneas y conflictos de comunicación. Por lo tanto, es evidente que el estudio sociolingüístico de la interacción a nivel micro así concebido representa un método válido de investigación que se desmarca del enfoque cuantitativo variacionista (Gumperz, 1978: 408, etc.). Sobre otras cuestiones sociolingüísticas volveremos en los capítulos 3.9 y 4, en particular.

3.7 Coherencia en la conversación

De las delimitaciones del discurso se desprende que una de sus propiedades más definitorias es la coherencia. El marco de referencia tradicional en relación con ella está constituido por la publicación *Cohesion in English* (1976) de Halliday y Hasan. Como hemos podi-

do observar anteriormente, en el capítulo dedicado a la terminología (3.2), estos autores trabajan con la noción de texto, que, según ellos, es un pasaje del lenguaje hablado o escrito (en uso real) de extensión variada que forma una unidad de significado (1976: 1-2). Un texto, a diferencia de una secuencia aleatoria y desordenada de oraciones, se caracteriza por poseer lo que se ha denominado textura, que, a su vez, es su propiedad sustancial, constituida por diversos rasgos y recursos lingüísticos y, en especial, por las denominadas relaciones *cohesivas*⁴⁵, que contribuyen a la coherencia y la integridad del texto. Dentro de las relaciones de cohesión, Halliday y Hasan (1976: 5-6, 322-324, etc.) distinguen entre recursos gramaticales y léxicos. Los recursos gramaticales incluyen la sustitución, la elipsis, la referencia (exófora, endófora) y los conectivos⁴⁶ (copulativos, adversativos, causales, temporales y continuadores, que pueden entenderse como precursores de los marcadores; cf. también Schiffrin, 2003: 55, y aquí la sección 3.11 *infra*). Por otro lado, entre los recursos léxicos Halliday y Hasan incluyen la reiteración (a la que pertenecen, por ejemplo, la repetición, la hipero e hiponimia, los nombres comunes, la sinonimia y antonimia, la metonimia) y la colocación (en el sentido de la coaparición de palabras en proximidad inmediata, que se producen en contextos similares, formando cadenas léxicas, etc.).

Halliday y Hasan también señalan que, en cuanto a la textura, no se puede hablar solo de las relaciones de cohesión semántica y de la dependencia de un elemento respecto de otro, sino que también hay que contar hasta cierto punto con la coherencia del significado realmente expresado, es decir, que no se trata únicamente del contenido, sino de la elección general de los recursos semánticos, incluida una gama de constituyentes interpersonales, «socio-expresivo-conativos»⁴⁷ como son los estados de ánimo, las actitudes y otras formas de manifestación del hablante en la situación de habla. Así, el concepto de cohesión se complementa con el de *registro* (*register*) y juntos

45 «La cohesión es una relación semántica entre un elemento del texto y algún otro elemento que es crucial para la interpretación de este» (Halliday y Hasan, 1976: 8). Y también: «La cohesión se produce cuando la INTERPRETACIÓN de algún elemento del discurso depende de la de otro. El uno PRESUPONE al otro en el sentido de que no puede descodificarse eficazmente si no es recurriendo a él» (1976: 4).

46 Sin embargo, como apuntan Halliday y Hasan (1976: 303-304), los recursos conjuntivos (*conjunctions*) conforman una franja de transición entre el nivel gramatical y léxico.

47 Esto es importante para conceptualizar los marcadores conversacionales como agentes **funcionales** y **sociolingüísticamente** relevantes, o sea, como indicadores de identidad social y relaciones sociales.

caracterizan al texto. Un texto es un segmento de discurso⁴⁸ que es coherente de dos maneras: en primer lugar, con respecto al contexto de la situación (es consistente en términos de registro), y, en segundo lugar, con respecto a sí mismo (está cohesionado). Ninguna de las dos condiciones de coherencia o textura es suficiente sin la otra, pero ninguna implica necesariamente la otra; el oyente depende de ambas para la interpretación (1976: 23).

La textura se define con otros criterios más, en los que de nuevo las relaciones cohesivas se consideran solo un componente. Otros dos componentes están formados por *la estructura oracional interna*, es decir, el orden oracional y la manera en que las oraciones o sus partes establecen relaciones con su entorno (aquí entraría la cuestión de la perspectiva funcional de la oración), y también la llamada *macroestructura* o *estructura discursiva*,⁴⁹ a través de la cual pueden diferenciarse los (sub)tipos específicos de texto –conversación, narración, correspondencia comercial y otros– (Halliday y Hasan, 1976: 324-327).

En lo referente a la conversación informal y espontánea, Halliday y Hasan atribuyen la mayor contribución a Sacks y Schegloff, quienes, según los primeros, demostraron que la conversación posee tal estructura discursiva, es decir, que no es una secuencia de oraciones desordenada. Lo que consideran crucial es el descubrimiento de los principios que regulan la toma de palabra y de los elementos que *marcan* (*marking*) el turno: sus límites y coherencia, cuya función la asemejan a los recursos conectivos por ellos definidos. En el contexto de la organización de la conversación, resaltan, además, la función de los pares adyacentes, entre cuyas partes se establece una relación en virtud de la cual la primera parte del par presupone a la otra y viceversa (esto ya ha sido tratado en la sección 2.6.4). Así pues, según ellos, la cohesión contribuye a la estructura discursiva al unir explícitamente las partes relacionadas entre sí con más firmeza que las no relacionadas (1976: 327).

Ahora bien, como hemos visto en Brown y Yule (1983: 23-25, véase también la sección 3.1 *supra*) acerca del *texto como producto* y el *discurso como proceso*, la teoría de la cohesión y la coherencia de

48 A pesar de definir el texto como una unidad global (1976: 1), Halliday y Hasan se refieren al texto como a un pasaje del discurso en algunas partes de su publicación, lo que en cierto modo problematiza la delimitación terminológica y puede llevar a suponer que los propios autores consideran el texto como una unidad inferior al discurso, y quizá que el análisis del texto es una subdisciplina del análisis del discurso.

49 Las macroestructuras fueron tratadas con más detalle por van Dijk (1977, 1980), quien definió un subconjunto específico de ellas, las *superestructuras*, véase más adelante.

Halliday y Hasan ha sido criticada sobre todo porque, según algunas interpretaciones, sugiere que el oyente trata de identificar y buscar huellas de relaciones cohesivas en el texto, que lo lleven a la interpretación, mientras que la tesis antagónica sostiene que los oyentes naturalmente esperan coherencia, por lo que ejercen un máximo (al tiempo que económico) esfuerzo inferencial para llegar a una comprensión coherente independientemente de si algún elemento del texto correfiere a otro (esto se aproxima a la teoría de la relevancia). Se deduce, pues, que la coherencia no es un término exclusivo de Halliday y Hasan y ha sido objeto de numerosos estudios por parte de diversos autores. Sin embargo, a su teoría no se le puede negar una influencia notable en el desarrollo del análisis del texto y, por extensión, del discurso, y es evidente que ha sido y sigue siendo una fuente de inspiración muy importante para el estudio de los marcadores (véase más en la sección 3.11).

La coherencia como tal, no obstante, no se delimita con precisión en la obra de Halliday y Hasan, si bien el término sí es usado en ella (por ejemplo, 1976: 320, 206, etc.), algo que señaló, por ejemplo, van Dijk (1977: capítulo 4), quien luego elaboró el concepto con más detalle, sobre todo desde un punto de vista semántico y semántico-formal. Van Dijk observó, entre otras cosas, que un discurso o una conversación coherentes no solo presentan vínculos de interconexión o continuidad, sino que también cambian de forma incremental, ya que los participantes no siempre hablan de lo mismo, por lo que es imprescindible interesarse también por las relaciones de diferencia y de cambio, aunque siempre en cierta continuidad con lo que se ha dicho anteriormente. Esto es esencial para el estudio de los marcadores, sobre todo cuando se trata de indicar un cambio de tema o la incorporación de un nuevo interlocutor en la comunicación, etc. Nuevamente, lo que sale a la vista aquí es la influencia de la sucesión secuencial en la coherencia, como ya advirtieron Sacks et al. (1974 et al.). Asimismo, van Dijk resalta que la conversación espontánea informal (frente al discurso formal) no es del todo explícita y las relaciones entre sus partes a menudo existen sin ser expresadas. La coherencia es, pues, también una cuestión de reconstrucción del componente implícito (1977: 94-95).

Además de la llamada coherencia *lineal* o *secuencial*, es decir, la que enlaza proposiciones expresadas a través de oraciones compuestas o secuencias de oraciones, van Dijk (1977: 95) distingue también la coherencia *global*, que está constituida por estructuras semánticas más complejas, o sea, *macroestructuras* (cf. Halliday y Hasan, 1976),

caracterizadas por conjuntos de proposiciones o secuencias enteras, o sea, *macroproposiciones*. En sus trabajos más recientes, van Dijk ([1978] aquí en su traducción al español 1983; y 1980) distingue, además, entre macroestructura semántica, conceptual, y macroestructura sintáctica, esquemática, que ha denominado *superestructura*. Por superestructura se entiende un esquema global y convencional del discurso (una especie de esbozo) que rige la organización de las estructuras de orden inferior de modo que aporten al significado global y a la coherencia del discurso. Las estructuras esquemáticas globales están relacionadas con la **forma** del discurso, las estructuras conceptuales globales están definidas por **temas**, etc. (1980: V-VI, 5-6). Los esquemas convencionales incluyen categorías funcionales de macroproposiciones, así como reglas para su ordenación y combinación, y, al mismo tiempo, deben ser socioculturalmente aceptables (1980: 109).

Hablando específicamente de la superestructura conversacional, van Dijk la esquematiza del siguiente modo: 1. apertura (saludos + fórmulas de cortesía) → 2. orientación temática (identificación del tema + discusión del tema) → 3. cierre del tema → 4. preparación de la despedida → 5. la despedida propiamente dicha (1980: 196-197); pudiendo haber varios temas. Además, incluso la propia apertura tiene una fase preparatoria que precede al saludo, y su función es principalmente la de atraer la atención del interlocutor y establecer contacto con este (a menudo se cumple mediante interjecciones como *eh*), y solo después viene la apertura propiamente dicha, con saludos y frases de cortesía (1983: 277-279). El seguir este esquema convencional contribuye a la coherencia de la conversación.

Otra perspectiva la brinda Gumperz (1982: 106 y s., 204 y s.), quien acepta las nociones de cohesión y coherencia según Halliday y Hasan como uno de los prerrequisitos para la interpretación en la conversación; sin embargo, según él, para que el oyente logre satisfactoriamente una comprensión de las estrategias e intenciones comunicativas del hablante, también son esenciales otros rasgos lingüísticos, extralingüísticos (incluidos los socioculturales) y paralingüísticos, así como los procesos inferenciales, como se ha introducido en la sección 3.6. En concreto, nos referimos aquí a la situabilidad y contextualización, y a las claves que garantizan una interpretación coherente en el proceso de interacción. Como apunta Schiffrin (1987: 22), lo fundamental del modelo de Gumperz es que las claves de contextualización son reflexivas (cf. Garfinkel, la sección 2.2 *supra*), esto es, que su selección no solo se ve limitada por el marco interaccional más amplio

(o contexto) en el que se llegan a utilizar, sino que, al mismo tiempo, coparticipan en la configuración del contexto desde el que el oyente debe partir en el proceso de interpretación. A la hora de evaluar la coherencia del discurso, Gumperz (1982: 205-206), además, critica el análisis del discurso y, más generalmente, la tendencia de la lingüística a centrarse únicamente en las relaciones léxico-semánticas entre enunciados, estudiadas principalmente en textos escritos, ya que, en opinión de él, esta estrategia falla completamente si quiere captarse la naturaleza interactiva del intercambio conversacional.

Schiffrin (2014: 190, 1985: 665) también recuerda que es imprescindible distinguir entre la concepción de la coherencia en el discurso escrito y en el hablado, ya que se alcanza mediante estrategias diferentes. En lo que se refiere a la coherencia conversacional, ella misma se apoya en dos perspectivas: primero, en el ya mencionado principio de adyacencia y sucesión secuencial (o sea, en los pares adyacentes), en el que la primera parte del par genera expectativas sobre una respuesta coherente inmediata (1985: 643 y ss.), y segundo, en la combinación de rasgos semánticos, pragmáticos, contextuales y funcionales en situaciones en las que el criterio de adyacencia no sea suficiente o falle (1985: 659 y ss., se inspira en todos los autores respectivos antes mencionados). De forma muy útil, ilustra la cuestión de la coherencia mediante un análisis del marcador del discurso⁵⁰ *well* en posición inicial, sobre el que llega a la conclusión de que muy a menudo se emplea en situaciones en las que las expectativas sobre la coherencia están por no cumplirse, compensando esta disonancia justamente con el empleo de dicho marcador que permite restablecer la coherencia (el potencial de los marcadores para señalar coherencia también es mencionado por Brown y Yule, 1983: 229).

En su trabajo sobre los marcadores del discurso Schiffrin (1987: 24 y ss.) termina construyendo su propio modelo de coherencia y discurso, para cuyo diseño se apoya en un sistema de estructuras de intercambio (alternancia de turnos), de acción (secuencia de actos) e ideacional (intercambio de proposiciones) y un marco participativo (hablante-oyente), sustentadas en el conocimiento compartido de los interlocutores, sus expectativas y otras presuposiciones contextuales subyacentes, que cambian de forma dinámica en el proceso de interacción (cf. van Dijk, 1977, *supra*). La coherencia local es, pues, el

50 Si bien Schiffrin se centra en un intercambio conversacional, utiliza el término marcador *del discurso* como genérico, lo que se ajusta a su modelo del AD. Aquí tal marcador lo denominaríamos preferentemente como marcador *conversacional*.

resultado del esfuerzo conjunto de los participantes por integrar «el saber, significar, decir y hacer» (1987: 29).

El autor del último enfoque a la coherencia y cohesión en la conversación que queremos mencionar aquí (si bien, por supuesto, dista mucho de ser el último en general, visto que hay numerosos autores que tratan este tema)⁵¹ es Briz (1997a). En su concepción, la conversación es una forma prototípica de discurso y, como todo discurso, posee coherencia y, proporcionalmente, cohesión entre sus partes con respecto a las demás y al conjunto. Dado que la conversación se rige por reglas de alternancia de turnos y está organizada, influyen en su coherencia tanto los rasgos sintácticos y semánticos como pragmáticos. Así pues, la coherencia va más allá de la sintagmática oracional e interoracional, por lo que Briz distingue tres subcomponentes de ella: 1. la coherencia interna entre enunciados dentro de una misma intervención (cohesión), 2. la coherencia entre distintas intervenciones de un mismo hablante, 3. la coherencia entre intervenciones de distintos participantes en un intercambio. La coherencia global luego es el resultado de la combinación de intervenciones monológicas y dialógicas⁵² y de rasgos prosódicos y otros rasgos acompañantes (1997a: 9-13). Lo importante es que Briz, sobre el trasfondo de los distintos tipos de coherencia conversacional, desarrolle su teoría de los conectores pragmáticos como elementos que aportan significativamente a ella. De estos, no obstante, trataremos en la sección 3.11.1. Ahora bien, Briz también resalta que el objetivo de la conversación es *la comunicación por la comunicación*, lo que apunta al rasgo *fático* que se discutirá ahora.

3.8 Función fáctica y otras funciones en la conversación

Desde el punto de vista funcionalista, cada tipo o género discursivo desempeña determinadas funciones, de las cuales, según Jakobson (1960: 353), una siempre ocupa el primer plano y es dominante.

51 Extensamente, por ejemplo, Brown y Yule (1983: capítulo 7), donde, en el contexto de la coherencia, se presta atención a la función comunicativa, el conocimiento compartido, los marcos interpretativos, los guiones, los esquemas, los modelos mentales y las inferencias.

52 Este enfoque se aproxima a la escuela de Ginebra y a su percepción de análisis del discurso, o a los conceptos de lo monologal/dialogal, monológico/dialógico y monofónico/diafónico (Roulet et al., 1985, citado en Kroon, 1995: 109 y ss.).

Si partimos de su modelo comunicativo ampliamente aceptado de seis factores constitutivos y seis funciones que están relacionadas con ellos (1960: 353-357; véase también aquí la parte introductoria del capítulo 3),⁵³ se dice a este respecto que en la conversación prevalece la función fática, como ilustra la siguiente definición de Hoffmannová (2017b, en línea, cf. también Hoffmannová, 1996): la conversación es «un tipo de diálogo social y situacionalmente condicionado que desempeña principalmente la función fática». Por tanto, es lógico que, al estudiar los marcadores, uno de los primeros criterios que se ofrezcan a considerar sea la «faticidad».

La función **fática**,⁵⁴ –o también la función de contacto, ya que el propio Jakobson identificó en primer lugar el *contacto* (y no el *canal*, como a veces aparece en la bibliografía) como el factor constitutivo del acontecimiento del habla con el que se vincula dicha función–, está relacionada con las circunstancias de establecimiento y mantenimiento del contacto entre los participantes en la comunicación. Hoffmannová (1996: sección 1) afirma que Jakobson «hizo hincapié en el aspecto técnico del contacto comunicativo: en proporcionar las condiciones físicas de la comunicación, en construir un canal de comunicación», lo que, sin embargo, no se corresponde del todo con lo que el propio Jakobson dice explícitamente sobre el contacto, que define como «un canal físico y una **conexión psicológica** entre el emisor y el destinatario, que permite a ambos entrar y permanecer en comunicación» (1960: 353, la negrita es nuestra).

Sin embargo, independientemente de que se ponga más énfasis en los aspectos técnicos del contacto o en otros, lo importante respecto de los marcadores es que la función fática ayuda a los interlocutores de la comunicación a: 1. establecer el contacto, 2. prolongar la comunicación, 3. interrumpir la comunicación, 4. comprobar si el canal funciona, 5. atraer la atención del interlocutor o 6. verificar su atención continua (1960: 355-356). Además, es útil el apunte de Jakobson de que la función fática se realiza mediante fórmulas rutinarias o diálogos enteros a menudo con el único propósito: el de prolongar la comunicación, lo que él compara con el gorjeo de los pájaros. Esto nos lleva a pensar en la conversación en los términos de Mukařovský, es decir, en *hablar por hablar*, al igual que hace Hoffmannová (1996: sección 1).

53 De las publicaciones de Jakobson aquí citadas (p. ej., 1960) parten, por ejemplo, Brown y Yule (1983), Stubbs (1983), Schiffirin (1994, 2014), y muchos autores más.

54 El término procede de Malinowski (cf. Jakobson, 1960: 355).

De hecho, la conversación puede ser una mera «cháchara» sobrenada, especialmente cuando el contacto se establece en situaciones en las que, de otro modo, se produciría un silencio o una tensión incómodos (en un ascensor, en una parada de autobús, en un taxi, etc.), pero no es necesariamente cierto que la conversación no tenga contenido, que sea autointeresada y cortés y que en ella se traten temas sin importancia⁵⁵, como sugiere Hoffmannová (1996: sección 2; más sobre esto también en el capítulo siguiente). Sin embargo, es innegable que la conversación tiene un significado social, lo que constituye otra dimensión clave de la función fática o de contacto⁵⁶.

Así pues, cabe suponer que en conexión con esta función intervendrán tanto los marcadores que tienen la capacidad de **iniciar, prolongar** o **concluir** la comunicación (el propio Jakobson pone el ejemplo de *Well*; esto demuestra que la función fática también es subdivisible en un conjunto de funciones secundarias; cf. también Vigara, 1990: 301), como los marcadores que tienen la capacidad de señalar la **identidad social** (la pertenencia a un determinado grupo social) o las **relaciones sociales** en general. En este sentido, sin embargo, el contacto estará necesariamente ligado a la contextualidad (función referencial) y probablemente también a la expresividad por parte del hablante (función emotiva) o a su apelación al destinatario (función conativa). Los marcadores no solo vinculados socioculturalmente llevarán sin duda el rasgo de lo estilísticamente (no) marcado o estético (función poética) y seguramente ayudarán a formular los enunciados y a organizar la interacción (función metalingüística o más bien metacomunicativa, metadiscursiva o metaconversacional, eventualmente).

Así pues, llegamos a la conclusión de que en la conversación (y dentro de lo que son los marcadores conversacionales) se manifiestan diferentes funciones, lo que se corresponde con la afirmación de Jakobson de que:

[N]os resultaría difícil, sin embargo, encontrar mensajes verbales que cumplan una sola función. La diversidad no reside en el mo-

55 Creemos que lo que es *importante* en una conversación depende por completo de la relevancia del enunciado para sus participantes, es decir, se trata de un fenómeno altamente individual y psicosocial y (por lo menos en una conversación) no debe buscarse un juicio global y objetivo sobre la importancia de los temas tratados. En otras palabras, los temas son importantes precisamente cuando lo son para los participantes en la conversación.

56 El contacto entre hablante y destinatario automáticamente implica entrar en relaciones sociales, lo que, en nuestra opinión, lleva naturalmente a pensar en la función de contacto como una función social (o de socialización).

nopolio de alguna de esas varias funciones, sino en un diferente posicionamiento jerárquico (Jakobson, 1960: 353).

Nosotros creemos, sin embargo, que sería demasiado difícil y probablemente carente de sentido establecer una jerarquía de funciones en la conversación, ya que (como se ha sugerido en otro lugar en relación con el principio de cooperación de Grice, sección 3.5) algunos segmentos de esta pueden tener una orientación más pragmática e instrumental, otros serán más fáticos, etc. Por lo tanto, nos contentaremos con afirmar que los marcadores constituirán, por lo general, agrupaciones o clústeres funcionales que deben describirse detalladamente, y la función dominante, en la medida de lo posible, se determinará en relación con la **posición** o la distribución posicional de los marcadores dentro de la conversación (de forma similar Vigara, 1990: 308).

En vista de lo anterior, no obstante, es necesario introducir brevemente el resto de las funciones del modelo de Jakobson (1960).⁵⁷ La función **referencial** (o, eventualmente, *denotativa* o *cognitiva*), según él, alude al referente y se orienta al contexto. La función **emotiva** (aunque nosotros utilizaremos más bien el término *expresiva*) expresa una emoción, o la actitud del hablante hacia lo que (se) dice. Jakobson (1960: 354-355) sostiene que el carácter puramente emotivo lo poseen especialmente las interjecciones, que se diferencian de la lengua referencial por el efecto fónico que las acompaña, por ejemplo, el alargamiento enfático de las vocales, y por el papel sintáctico en el sentido de que no forman parte de la oración, sino que son su *equivalente*. También es revelador que el rasgo expresivo es, de hecho, un estímulo ostensivo. Todas estas particularidades constituyen claves o pistas para facilitar la interpretación final y pueden repercutir en la comprensión del mensaje por parte del destinatario.

La función **conativa** (para nosotros también *directiva*, sobre todo en relación con la teoría de los actos de habla) está orientada hacia el destinatario, y su manifestación gramaticalmente más pura la constituyen los vocativos y los imperativos, que se desvían morfológica, sintáctica y fónicamente de otras categorías nominales y verbales. A los vocativos nos gustaría añadir que no creemos que su naturaleza sea solo apelativo-conativa, sino también fática. En la primera fase, el hablante llama la atención del destinatario para entrar en contacto con él (función fática), y en la segunda, ya le está instando a hacer

57 La tríada de funciones *conativa-emotiva-referencial* Jakobson (1960: 355) la adopta de Bühler.

algo (función conativa); o bien las dos funciones se realizan simultáneamente.

Según Jakobson, la función **metalingüística** la utilizan los comunicantes para verificar si utilizan el mismo código (lingüístico), es decir, si se entienden.⁵⁸ En el ámbito del discurso, de la conversación y de los marcadores, se distingue más bien la función *metadiscursiva*, *metacomunicativa* o *metaconversacional*, cuyo propósito es ayudar a formular, organizar o estructurar la comunicación de forma que resulte comprensible a las partes involucradas. Los marcadores metacomunicativos constituyen entonces una especie de signos de puntuación orales (Briz, 1993: 180 y ss., 1997: 25 y ss., Martín y Portolés, 1999: 4191 y ss.). Maschler (1994: 325), por su parte, considera los marcadores del discurso en general como una subclase de expresiones metalingüísticas, siendo su misión específica la de señalar los límites de un discurso dinámico en desarrollo.

Finalmente, la última es la función **poética**, que se enfoca en el propio mensaje y que se concibe en un sentido algo más amplio que el artístico (una aproximación contraria, según Jakobson, conduciría a una simplificación no deseada del problema). En cuanto al arte, la función poética es ciertamente dominante en él, pero incluso en el uso cotidiano de la lengua, la función poética se materializa a través de diversas formas de enriquecimiento estilístico del mensaje (1960: 356 y ss.; cf. también Nekula, 2017a, en línea).

Del contenido de este capítulo se desprende, pues, que las funciones comunicativas de la lengua influirán en el uso de los marcadores y que estos, a su vez, ayudarán a desempeñar dichas funciones. Sin embargo, antes de proceder a definirlos, retomaremos la discusión

58 La historia de las nociones de *metalingüística* y *función metalingüística* la resume con claridad Vigara (1992: 123-125), quien también señala que el estudio sistemático de las funciones metalingüística y fática ha permanecido al margen de las investigaciones lingüísticas. Añade, además (1992: 128), que la función metalingüística se relaciona con la reflexividad de la lengua y que todo uso de la lengua remite automáticamente a su propio código y a su funcionamiento. También menciona que siempre que exista un riesgo de malentendido en la interpretación, los interlocutores se sirven de recursos metalingüísticos para facilitar la comprensión. Otra característica de la función metalingüística es que no solo se manifiesta de forma explícita, sino que a menudo es implícita. El objetivo del proceso metalingüístico implícito, sin embargo, no es informar sobre la lengua en sí, sino utilizarla como herramienta para otros fines (para bromear, jugar con las palabras, simplemente interactuar, etc.), lo que se hace (mal)utilizando el conocimiento sobre la lengua y su funcionamiento habitual, convencional y automatizado de alguna manera (1992: 129-130). En el ámbito checo, la definición de los conceptos de *metalingüística*, *metalingüística* y *metalingüística* (*metajazyk*, *metařeč* y *metatext* en checo) ha sido abordada por Mareš (1983), quien define el metalingüístico implícito como una disposición específica de expresiones que de algún modo señala las condiciones y relaciones en el sistema lingüístico.

sobre la delimitación de la conversación y de su naturaleza con el fin de anclar con mayor precisión el marco para nuestros futuros análisis.

3.9 Conversación

Hemos visto anteriormente (en la sección 3.2, cf. Schegloff, 2003; Stubbs, 1983, etc.) que la conversación tiende a considerarse como la forma primaria y más natural de la comunicación interpersonal y como tal debería estudiarse. El verbo *conversar* (como hemos señalado en otro lugar, véase Šmídová, 2014a: 18) procede del latín *conversō*, *conversāre*, que originalmente significaba seguir girando o dando vueltas, seguir moviéndose, o más probablemente aún de *conversor*, *conversārī*, es decir, demorarse en algún lugar, estar en compañía de alguien (cf. *Thesaurus*, 1990: 856; Pražák et al., 1955: 319; Kurzová et al., 1985: 923; cf. también *DLE*, RAE, 2022: ed. 23.6, en línea: «conversar»).

En esta última acepción ya resulta evidente el contexto de socialización, es decir, el entrar en relaciones sociales, lo que implica contacto y comunicación interpersonal. Sin embargo, *conversación* (*conversatiō*, *-ōnis*) no hace referencia a cualquier tipo de comunicación: también es esencial para ella el rasgo de intimidad, o relación cercana⁵⁹ (*familiāritās*), que a menudo coaparece con esta entrada, y sobre cuya base podemos definir más fácilmente la conversación como una forma de comunicación más íntima (véase *Thesaurus*, 1990: 850; Kurzová et al., 1985: 922; cf. también *DLE*, RAE, 2022: ed. 23.6, en línea: «conversación»).

Además de los representantes del análisis de la conversación presentados en el capítulo 2, varios autores del ámbito del análisis del discurso o de la sociolingüística también han estudiado y/o estudian la conversación. Dejando ya a un lado a Schiffrin, Stubbs, Gumperz y otros anteriormente citados, una figura clave del AD (de Georgetown) en el contexto de la conversación es también Deborah Tannen, que ha contribuido considerablemente a la definición del llamado *estilo conversacional*. Pero antes de presentar este fenómeno acotado por ella, comentemos los parámetros generales de la conversación.

59 Otro significado es coito, tener relaciones carnales o contacto íntimo (cf. las mismas fuentes de diccionario).

3.9.1 Parámetros de la conversación

Hay varias formas de definir lo que es la conversación. La primera de ellas se introdujo en el capítulo dedicado al análisis de la conversación (capítulo 2, cf. especialmente Sacks et al., 1974). Este enfoque se ocupa principalmente de la conversación cotidiana, la que entiende como un habla en interacción prototípica, que está constituida por una secuencia estructurada de turnos, o secuencias y esquemas secuenciales. En la interacción participan al menos dos interlocutores que se turnan para hablar, sin que se predetermine la extensión de los turnos o su reparto entre los hablantes, ni tampoco la extensión final de la conversación, el número final de participantes o el contenido temático. Por el contrario, un diálogo (en el sentido de entrevista o diálogo institucional, por ejemplo) se considera un tipo específico de habla que difiere de una conversación cotidiana en varios aspectos: se suele saber de antemano el número de participantes, a los que se les adjudica cierto tipo de intervención preferida y el momento más apropiado de la misma, y también su contenido es restringido, ya que los temas a tratar suelen acordarse con anticipación (cf. también Šmídová, 2014a: 23). Asimismo, el diálogo se caracteriza (más allá de la preparación o planificación mencionada) por un mayor grado de formalidad.

Hoffmannová (1996: sección 2), además, diferencia dos tipos de conversación básicos: 1. la conversación destinada a mantener y desarrollar el contacto social, es decir, cuando los participantes se juntan más que nada para charlar; 2. las conversaciones incidentales en situaciones en las que los participantes no se han reunido deliberadamente, es decir, para divertirse y pasarlo bien: el propósito de estas conversaciones es, sobre todo, evitar silencios y tensiones incómodas en espacios cerrados, medios de transporte público, etc. (véase la sección 3.8).

Consideramos útil esta distinción porque, como veremos en la sección de los análisis, nosotros también nos hemos encontrado con ambos tipos conversacionales. Su diferencia consiste ante todo en que la conversación *social* se caracteriza por una mayor libertad temática y un grado mucho mayor de cercanía de los participantes, mientras que, en las conversaciones *situacionales*, que tienen lugar entre personas (total o parcialmente) desconocidas, suelen tocarse temas neutros y estereotipados entre los que predomina el tiempo atmosférico (cf. también Brown y Levinson, 1987: 64). Sin embargo, la elección de

los temas, en realidad, depende de cada uno de los interlocutores, de su relación y preferencias mutuas e, indudablemente, también del contexto sociocultural.

Si en el entorno **checo** es cierto, como postula Hoffmannová (1996: sección 2), que las personas más cercanas no suelen conversar entre sí en circunstancias cotidianas⁶⁰, sino que su comunicación es más bien práctica o instrumental (p. ej., entre parejas o hermanos que comparten el mismo hogar) y se convierte en una conversación propiamente dicha solo en situaciones en las que, por ejemplo, los cónyuges salen a cenar juntos, con lo que la comunicación se vuelve algo más formal y se da una especie de distanciamiento temporal entre los interlocutores; la experiencia del entorno **argentino** sugiere que esta regla no es válida ni global ni transculturalmente (cf. Šmídová, 2014a, 2014b, etc.). De hecho, resulta que los argentinos (además de tratar asuntos prácticos, por supuesto) sí que mantienen regularmente conversaciones informales sobre temas variados (el mundo del espectáculo, los programas de televisión, las relaciones de pareja, los partidos deportivos, etc.), cotillean o simplemente charlan o parlotean en el círculo familiar, etc. Tampoco es cierto que se excluyan de su conversación temas muy especiales o demasiado íntimos (cf. Šmídová, 2016: 58, ej. 14),⁶¹ e incluso en la conversación situacional pueden llegar a tratarse algunos asuntos más técnicos o personales (cf. Šmídová, 2014a: 107, ej. 27).

Llegamos así a la conclusión de que el contenido temático de la conversación forma un continuo, que incluye temas neutros, poco expuestos en cuanto a lo informativo o lo íntimo, así como temas especializados o delicados, y, por último, pero no por ello menos importante, también hay que tener en cuenta la presencia de pasajes instrumentales (cuando les pedimos algo a nuestros interlocutores

60 «Por lo tanto, probablemente sea apropiado contar con un cierto grado de distanciamiento social entre los participantes en una conversación; cuanto más cercana sea su relación mutua, menos esperable será una conversación entre ellos. Más bien no conversamos con nuestros familiares directos: la comunicación dentro de la familia mayoritariamente se rige por consideraciones prácticas (...). No suele haber tiempo ni espacio para hablar por hablar: solo surge, por ejemplo, cuando los esposos, de forma bastante excepcional, deciden salir (...) más allá de sus contactos cotidianos, de su modo habitual de comunicación íntima; se produce hasta cierto «distanciamiento» temporal, e incluso el comportamiento mutuo de la pareja se vuelve más formal y cortés; y es entonces cuando entra en juego la conversación» (Hoffmannová, 1996: sección 2).

61 Pero esto quizás tampoco sea del todo cierto dentro del entorno checo actual, sobre todo en lo que se refiere a confesarles asuntos privados a los amigos. Una mayor franqueza se debe probablemente también a la fuerte influencia de las redes sociales, en las que la gente comparte incluso los momentos más íntimos de su vida.

o les invitamos a algún sitio, etc.), chismorreos o simples charlas y parloteos. También reina la libertad en la continuidad temática, que se rige en gran medida por el principio de asociación más que por el empeño en garantizar a toda costa la coherencia temática.

Un rasgo destacado de la conversación es el esfuerzo constante de los participantes por lograr **sintonía** y acuerdo (cf. sección 2.6.4, la cuestión de la preferencia; también Tannen et al., 2007), produciéndose la sintonía incluso cuando los participantes se apoyan mutuamente en una actitud negativa o de escepticismo. Por regla general, la falta de sintonía es una señal de la voluntad del interlocutor de oponerse en lo actitudinal sobre una cuestión determinada, de demostrar su personalidad⁶² o de hacerse lucir (cf. Tannen, 1987, y más adelante la sección 3.9.3, sobre la cortesía). Esto también nos lleva al hecho de que la conversación con frecuencia se utiliza para exhibirse, intrigar o conspirar.

Uno de los requisitos para que una conversación se desarrolle con fluidez es la igualdad social de los comunicantes, que les permite a todos los interlocutores participar por igual, sin que unos tengan que mantener un nivel de cortesía superior al de los otros, ni estén sujetos a restricciones significativas a la hora de tomar la palabra, elegir los temas, etc. Por lo tanto, es conveniente para la conversación que las relaciones entre los participantes sean **simétricas** (véase la sección 3.9.4 más adelante). Un caso específico es la situación en la que la conversación tiene lugar entre personas de estatus desigual (por ejemplo, entre superiores y subordinados durante las pausas para comer o en otras ocasiones informales), para quienes también importa la relación que mantienen fuera del círculo que origina la desigualdad social, así como las prácticas socioculturales. En consecuencia, si bien la simetría no es una condición necesaria para la conversación, cabe señalar que es preferible y tiene un efecto positivo en la progresión dinámica y el ritmo de la conversación.

Finalmente, la conversación se caracteriza por el uso de ciertos recursos lingüísticos o estilísticos que la distinguen de los demás tipos de comunicación. Hablaremos de ellos en el próximo capítulo. Con respecto a los marcadores, volvemos a lo dicho en la sección 2.7.1, es decir, que, en cuanto a los parámetros de la conversación, los marcadores señalan las relaciones entre los interlocutores, facilitan

62 «Todos estos esquemas para organizar la interacción se basan en dos necesidades humanas básicas, a saber, de relacionarse con otros y de estar solo: la doble necesidad humana de pertenecer a una comunidad y de ser independiente» (Tannen, 1987: 253).

el establecimiento del contacto, su mantenimiento o finalización, introducen cambios de tema o aseguran de otro modo la continuidad de la comunicación, enfatizan las actitudes del hablante hacia lo que se dice o hacia su contraparte, etc.

3.9.2 Estilo conversacional

El estilo conversacional se ha definido de varias maneras, diferenciándose la concepción estadounidense (orientada al individuo o a la comunidad) de la visión funcional praguense, que se propone encontrar rasgos comunes de la conversación en general,⁶³ como explica Hoffmannová (1996: sección 1). Teniendo en cuenta que los autores hispanos aquí considerados se inclinan más hacia la concepción angloamericana del discurso y de la conversación (cf. Gallardo, 1996; Briz, 1997a –este último también se apoya en la escuela de Ginebra–; Calsamiglia y Tusón, 1999; Tusón, 2002; cf. también aquí las secciones 3.10-3.11), nos basaremos ahora principalmente en la tradición estadounidense. No obstante, continuaremos haciendo referencia a Hoffmannová (1996) en algunos puntos relevantes, ya que su contribución al estudio de la conversación es (en nuestra opinión) indiscutible.

Tannen (1987: 251 y ss.) define el estilo conversacional mediante la intersección de las definiciones de varios autores, considerándolo como un conjunto de aspectos seleccionados del habla que caracterizan a una comunidad, por un lado, y a un modo de expresión individual, por otro. El mecanismo consiste en que la elección de un elemento lingüístico presupone la presencia (a menudo anticipada y predecible) de otros elementos, lo que significa que la variación estilística es el resultado de cambios paralelos en distintos niveles de la estructura (no solo) lingüística.

La idea central de Tannen (1987: 251) es que lo que se diga debe decirse de una determinada **manera**, y es precisamente esta manera la que es constitutiva del estilo (ya sea del individuo o de la comunidad en general). El habla humana no está exenta de estilo, como tampoco lo está ninguna otra actividad humana. Digamos lo que digamos, siempre lo decimos –dentro de una determinada etapa o fase de interacción– con determinadas palabras, con un determinado tono

63 Hoffmannová (2017b, en línea) dice del estilo conversacional mirado desde la óptica praguense que «[s]e caracteriza por ciertos temas establecidos, un alto grado de cortesía y conformidad entre los participantes, frases automatizadas y fórmulas convencionalizadas».

e intensidad de voz, con una determinada entonación, etc. La elección de los recursos lingüísticos y los paralingüísticos o extralingüísticos que los acompañan influye en el impacto que tendrá el enunciado en la interacción y en cómo será percibido por los demás, o por su propio autor.

El estilo conversacional es parte integrante del significado y, al mismo tiempo, su clave de interpretación. Por lo tanto, influye en el proceso inferencial y, en la concepción de Tannen (1987: 251-252), está estrechamente ligado al concepto de las claves de contextualización de Gumperz (cf. la sección 3.6 *supra*). El estilo conversacional, entendido de este modo, contribuye a la coherencia global de la interacción y a su buen flujo, además de ayudar a señalar la intención del hablante y facilitar su revelación.

El estilo se sustenta en el empleo automatizado de claves lingüísticas u otro tipo de pistas o indicios que resultan obvios y naturales, especialmente gracias a la experiencia previa con la interacción dentro de una comunidad de habla concreta que ha convencionalizado su uso. Así pues, el estilo es hasta cierta medida un fenómeno **social** automatizado, aunque, por otro lado, cada individuo muestra algunas divergencias con respecto a la norma comunitaria o grupal y construye su propio estilo **individual**, personalizado y distintivo (véase también Tannen, citada aquí en la nota 62).

Según Tannen, los recursos que definen el estilo conversacional de un individuo incluyen las preferencias temáticas y la forma de transición de un tema a otro, las preferencias de género discursivo (concentración de pasajes narrativos, evaluaciones personales, expresión de emociones), el ritmo del habla (velocidad, minimización de las pausas, solapamientos cooperativos), los recursos paralingüísticos expresivos (tono de voz, pausas estratégicas, alargamiento de los sonidos, dinámica variable). Cabe destacar que Hoffmannová (1996) nombra recursos estilísticos similares, al tiempo que hace hincapié en las implicaciones emocionales, es decir, en la **expresividad**, manifestada mediante fuertes expresiones evaluativas e intensificadoras, así como diversos recursos paralingüísticos y extralingüísticos (entonación, volumen, tempo, acentuación exagerada, risa, gestos).

Hoffmannová (1996: sección 2) asimismo menciona la importancia de las fórmulas rutinarias y las frases de cortesía que se asocian a determinadas fases de la conversación (comienzos y finales, saludos y despedidas, etc.) o al deseo de expresar el acuerdo (claves de retroalimentación), que pertenecerían a los recursos automatizados antes

mencionados. Además, esta autora tampoco se olvida de las expresiones con las que el hablante quiere hacerse visible, llamar la atención sobre sí mismo, es decir, los recursos actualizadores, individualizados (modismos, extranjerismos, *bon mots*).

Lo esencial aquí es que la elección de los recursos estilísticos normalmente está vinculada a determinadas estrategias comunicativas, lo que, a su vez, suele ser el punto de partida para su estudio (Tannen, 1987: 252). Naturalmente, el conocimiento del estilo conversacional también resulta crucial para el estudio de los marcadores conversacionales, ya que algunos de ellos son estereotipados y poseen la capacidad de señalar la afiliación a un grupo social determinado, mientras que otros apuntan a estrategias estilísticas de otro valor (son expresivos, manifiestan familiaridad, vulgaridad, solidaridad, conspiracionismo, resistencia, etc.).

3.9.3 Cortesía en la conversación

Tannen (al igual que Hoffmannová, 1996) concluye que el cumplimiento de las máximas de Grice no funciona del todo en la conversación y que es más probable que sean las normas de cortesía en lo que se apoyen los hablantes para lograr sus objetivos. En general, la cortesía es un fenómeno transcultural que parece gobernar prácticamente todas las comunidades lingüísticas (cf. Gumperz, 1987: xiii; Brown y Levinson, 1987: 55-57). La norma de cortesía, como también anticipamos en la sección 3.5, ya fue advertida por el propio Grice (1975), quien, sin embargo, no le prestó especial atención. Por el contrario, quien se ha ocupado de ella con más detalle es Lakoff (cf. 1973, 1979; 1. la norma de distancia: *no imponga nada*, 2. de deferencia: *dé opciones*, y 3. de camaradería: *sea amable*); Leech (1983, especialmente en los capítulos 5 y 6); y Brown y Levinson ([1978] y aquí 1987, respectivamente).⁶⁴

En la versión revisada de su publicación sobre la cortesía, estos últimos abordan también las concepciones de otros autores sobre este fenómeno, criticando en particular el intento de Leech de definir la cortesía como *un principio* (que comprende varias máximas, entre ellas las de tacto, generosidad, aprobación, modestia, acuerdo y simpatía) **equiparable** al principio de cooperación de Grice y a sus cuatro máximas. Al hacerlo, concluyen que, a diferencia del principio de coopera-

⁶⁴ Nekula (2017b, en línea) ofrece una revisión crítica de los trabajos sobre la cortesía y su comparación.

ción, que constituye una base presuposicional común para todos los participantes en una conversación y que se entiende como un marco neutral para las potenciales desviaciones estratégicas (racionalmente justificadas) de su cumplimiento (cf. la sección 3.5), la cortesía no se presupone necesariamente, sino que se considera justamente una de las razones por las que se producen las desviaciones o transgresiones, es decir, la cortesía se deriva del principio de cooperación (Brown y Levinson, 1987: 5).

Por ello, Brown y Levinson construyen su propio modelo que descansa en dos supuestos principales: en primer lugar, que los interlocutores tratan de salvaguardar su imagen en la comunicación (lo que es una noción popular y también propia de Goffman) procurando no perjudicar la imagen del otro; y, en segundo lugar, que las acciones de los interlocutores están guiadas por la razón, es decir, que la elección de los recursos comunicativos está motivada por alguna intención racionalmente justificada (lo que es una idea procedente de Grice), que puede incluir la cortesía (1987: 5 y ss., 58, 67).

Dentro de este modelo, pueden distinguirse dos formas de imagen para cada individuo, relacionadas con dos necesidades humanas esenciales: el deseo de no verse limitado por nadie, es decir, de poder actuar de forma libre e independiente –**la imagen negativa**–, y el deseo de ser reconocido y respetado por los demás, es decir, de lograr la sintonía y acuerdo con ellos, de compartir actitudes, de ser apreciado por los demás, etc. –**la imagen positiva**– (Brown y Levinson, 1987: 13, 59, 61 y s., cf. también Tannen, 1987: 253). Estas dos imágenes pueden verse amenazadas por diferentes actos (*face-threatening acts*), por lo que en la comunicación se utiliza un abanico de recursos estratégicos, ya sean directos (inherentemente corteses) o indirectos (implícitos), con el fin de minimizar o evitar completamente el daño a la imagen. En consonancia con el grado en que se expresa el respeto, Brown y Levinson (1987: 2) establecen, además, una distinción paralela entre **la cortesía positiva** (que refuerza la solidaridad entre los comunicantes; algo habitual, por ejemplo, entre los miembros de un determinado grupo social cerrado o de una comunidad, 1987: 57) y **la cortesía negativa** (que expresa moderación y deferencia).⁶⁵

65 En realidad, Brown y Levinson (1987) distinguen tres *superestrategias*: la positiva, la negativa y la *off-record*, que muestra el nivel más alto de cortesía o deferencia. Sin embargo, como ellos mismos afirman (1987: 21), la estrategia *off-record* se vincula de forma natural a la cortesía negativa (de hecho, constituye su polo extremo), por lo que tiende a subsumirse en la estrategia negativa (cf., por ejemplo, Tannen, 1987).

Queda por enumerar las subestrategias y algunos recursos de cortesía positiva y negativa. Entre las formas de cortesía negativa, Brown y Levinson engloban las que de alguna manera transmiten respeto y minimizan el impacto de las acciones que suponen una amenaza para la imagen. Incluyen, en particular, el lenguaje convencionalmente indirecto, las preguntas y expresiones mitigadoras, el pesimismo de cortesía, las disculpas, la impersonalización, las expresiones de respeto, etc. (1987: 129 y ss.). La cortesía positiva, por su parte, emplea estrategias de familiaridad (1987: 101-129), cuyo propósito es enfatizar la preocupación por las necesidades del otro, a menudo hasta un grado exagerado (la exageración suele ir acompañada de rasgos paralingüísticos y extralingüísticos), simpatizar con el otro, buscar la armonía (por ejemplo, mediante la repetición), evitar el desacuerdo (por ejemplo, mediante un acuerdo parcial, una mentira piadosa; cf. también la sección 2.6.4), bromear, ser optimista y, por último, expresar la solidaridad social a través de los llamados *marcadores de identidad intragrupal* (por ejemplo, formas de tratamiento o de apelación, expresiones dialectales y sociolectales, cambios de código).

Estos son especialmente importantes para nosotros, puesto que pueden dar cuenta del hecho de que algunos marcadores conversacionales solo pueden utilizarse bajo unas circunstancias específicas, esto es, en determinadas situaciones comunicativas o contextos sociales, ya que de lo contrario podrían dañar tanto la imagen del destinatario como la del propio hablante (se tratará, sobre todo, de los marcadores más expresivos o emitidos de forma expresiva). Más allá de este grupo de marcadores, también cabe contar con aquellos que contribuyen al efecto positivo de cortesía del enunciado, por ejemplo, mitigan de algún modo los mensajes, actitudes o exigencias desagradables (es decir, minimizan la amenaza de la imagen negativa) o, a la inversa, señalan aprobación y solidaridad (promueven la imagen positiva).

3.9.4 (A) simetría, poder, solidaridad, jerarquía

Las normas de cortesía también están ligadas, como ya se ha indicado en el capítulo sobre los parámetros conversacionales, a cuestiones de (des)igualdad social, jerarquía, poder y otros fenómenos socialmente condicionados (cf. también Brown y Levinson, 1987: 12; Gumperz, 1987: xiv), sobre todo en el sentido de que el diferente estatus de los interlocutores hace que se espere de ellos que sean corteses en grados

diferentes. Por ello, cada uno dispone de distinto repertorio de recursos apropiados para una determinada situación comunicativa socialmente desigual. De ahí que las personas jerárquicamente superiores a menudo (pero no siempre) puedan permitirse utilizar recursos inherentemente menos corteses o presentar expresiones (por lo demás no marcadas) de forma menos cortés que las personas en desventaja social con respecto a su contraparte. Otra situación es que hay recursos expresivos que resultarían impertinentes siempre que se tratara de desigualdad social, ya que su uso podría degradar incluso al hablante de rango superior a los ojos de los demás y perjudicar así su imagen (cf. también Brown y Levinson, 1987: 18 – *markers of social relationship, address forms, markers of deference*, 30 y s. – *power*, 61 – *face*).

Así, vuelve a quedar claro que el uso de la lengua está ligado a normas y valores sociales, lo que nos remite a lo ya comentado en varias ocasiones (por ejemplo, en las secciones 3.4 y 2.7), a saber, que en el estudio del habla es necesario combinar los conocimientos de la lingüística y la sociología, o, mejor dicho, de la pragmática y la sociolingüística. Esto, al fin y al cabo, lo reflejan perfectamente Brown y Levinson (1987: 56) cuando dicen que «La sociolingüística (...) debería ser pragmática aplicada».

En una perspectiva similar se basa la sociolingüística interaccional (cf. Gumperz, 1987: xiv), a la que también se adhieren Tannen et al. (2007) en una monografía colectiva dedicada a la investigación de la interacción cotidiana de los miembros de familia en el hogar y en el lugar de trabajo. Esta es relevante para nosotros porque en ella las autoras abordan las relaciones de distancia y proximidad social, (a)simetría, jerarquía e igualdad, poder y solidaridad (cf. Tannen, 2007: 27 y ss.), es decir, criterios muy parecidos a aquellos sobre los que Brown y Levinson construyen su teoría (cf. 1987: 12, 15). Los criterios concebidos dicotómicamente pueden resumirse en una tabla como la siguiente, tomada de Tannen (2007: 29, Fig. 2.1, traducida):

Tabla 1: Modelo unidimensional de relaciones sociales
(Tannen, 2007: 29; traducido)

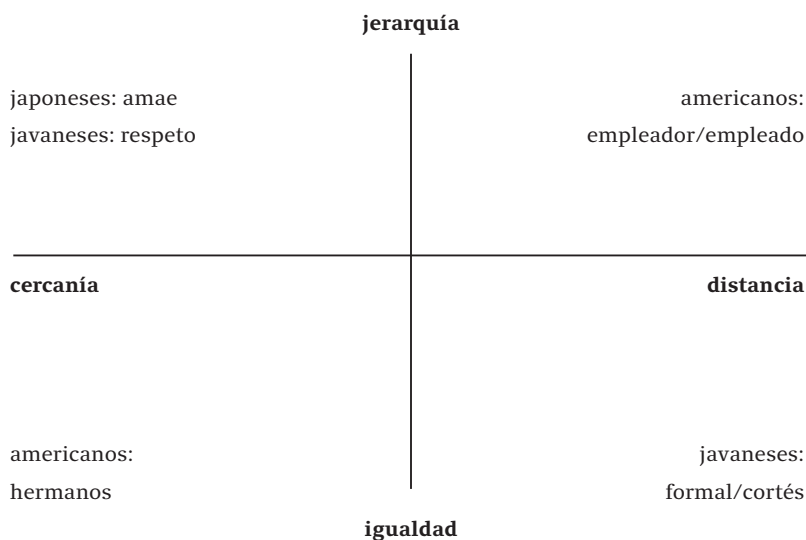
poder	solidaridad
asimetría	simetría
jerarquía	igualdad
distancia	cercanía

No obstante, Tannen critica la conceptualización tradicional de las relaciones sociales en un plano bipolar unidimensional (cf. la Tabla 1), en el que la presencia de un aspecto polarizado (por ejemplo, el poder) excluye la presencia del otro polo (por ejemplo, la solidaridad). En opinión de ella, el poder y la jerarquía (ya sea en el seno de la familia o en otras instituciones sociales) no pueden entenderse en oposición a la solidaridad y la conexión, sino como componentes inseparables e interdependientes. Así, incluso en el conflicto podemos encontrar no solo rastros de poder y superioridad (la voluntad de «salirnos con la nuestra»), sino también una dimensión de solidaridad y conexión (por ejemplo, en forma de esfuerzo por alcanzar al menos alguna especie de solución o compromiso).

Tannen explica este fenómeno alegando que todos los enunciados son a la vez *ambiguos* en el sentido de que pueden reflejar o conformar tanto el poder (jerarquía, etc.) como la solidaridad (igualdad, etc.), y *polisémicos* en el sentido de que pueden reflejar o conformar ambos simultáneamente. Así, se construye una red multidimensional más compleja (véase aquí la Tabla 2, extraída de Tannen, 2007: 30, Fig. 2.2, traducida), en la que un fenómeno no excluye al opuesto, sino que su proporción varía dependiendo de la situación:

Tabla 2: Modelo multidimensional de relaciones sociales

(Tannen, 2007: 30; traducido)



Para ilustrarlo, podemos utilizar el ejemplo de Tannen (2007: 31 y ss.) de cómo en las culturas occidentales la madre suele ser vista (en la familia) como la intersección modelo de las relaciones de poder y solidaridad, ya que, por un lado, educa (una manifestación de poder), pero, por otro, crea vínculos familiares (una manifestación de conexión). Muy a menudo, ayuda al padre –que estereotípicamente representa la cúspide de la jerarquía familiar– a establecer vínculos más estrechos con sus hijos, al tiempo que representa el orden. Paralelamente, podemos entender las relaciones en entornos institucionales u otros entornos jerárquicos. El espectro multidimensional puede dar cuenta de por qué, por ejemplo, un superior y un subordinado mantienen una conversación amistosa en un almuerzo o en una fiesta de empresa, pero en el ámbito institucional prevalece la jerarquía.

Y lo mismo sucede con ciertos recursos lingüísticos y los marcadores conversacionales. Algunos sirven tanto para señalar proximidad como distancia, pudiendo expresar a veces ambas cosas simultáneamente, mientras que en otras ocasiones pueden verse más polarizados, por lo que debe controlarse el contexto de su uso para prevenir la violación de las normas de cortesía.

3.9.5 Unidad mínima estructural de la conversación

El último aspecto problemático del estudio de la conversación que aquí nos gustaría comentar es la determinación de la unidad estructural mínima y el reconocimiento de sus límites. Uno de los factores ya lo hemos mencionado en la sección 2.6.1 en cuanto a las unidades de construcción de turno (UCT) dentro del análisis conversacional. Una UCT, al igual que todo el turno, puede estar formada por una palabra, una frase, a veces incluso por un mero sonido (por ejemplo, en el caso de las claves de retroalimentación) o un gesto, pero también puede adoptar la forma de un acto de habla, una unidad semántica,⁶⁶ una frase, etc. (cf. también Schiffrin, 2014: 191).

Desde una perspectiva lingüística, podría decirse que la unidad conversacional mínima es, en realidad, cualquier enunciado. El problema es que, dentro de la conversación, es muy difícil distinguir los

66 O una (no) unidad sin significado semántico aparente, que adquiere su sentido solo en el contexto de una situación concreta (a veces ni siquiera adquiere su verdadero significado en la interacción, ya que puede ser solo una manifestación del soliloquio del hablante actual o un comentario incoherente, un disparate, etc.).

límites de un enunciado.⁶⁷ Una cadena de varias unidades contiguas de construcción de turno, producida por un solo hablante, puede ser, por ejemplo, según Harris (1951: 14 y también nota 13) o en el espíritu de Bajtín ([1979], aquí partimos de su traducción al español de 1982: 250 y s., 260 y ss.), considerada globalmente como un único enunciado, aunque en la transcripción represente todo un párrafo, a menudo compuesto de «subenunciados» temáticamente dispares, o enunciados en el espíritu praguense.⁶⁸ Esto no sería tan apremiante si quisiéramos analizar este enunciado «global» en su conjunto. Ahora bien, la dificultad sí se plantea si queremos estudiar sus segmentos parciales y no estamos seguros de cómo fragmentarlo.

Una posible aproximación a la fragmentación del habla en unidades inferiores es a través de las llamadas **unidades de información**, que se realizan entonativamente como **grupos fónicos** (*tone groups, tone units*; Halliday, [1985], aquí en su edición revisada de 2014: 92, 115 y ss.; cf. también Brown y Yule, 1983: 155 y ss.). Los grupos fónicos se definen por el ritmo del habla y el acento, pero, además, participan en la construcción del significado segmentando el flujo continuo del

67 Un ejemplo es un conjunto conectado por una expresión pivote, como en «*Oh it's w:wa:rm don'tchu think it is?*» (un ejemplo tomado de Clayman, 2013: 163, ej. 17), donde no se sabe con certeza si el pivote pertenece al primer o al segundo segmento, y, de hecho, ni siquiera es pertinente averiguarlo, ya que lo relevante desde el punto de vista conversacional es su función «continuadora».

68 Harris define el enunciado como cualquier segmento del habla de una persona delimitado a ambos lados por el silencio (*silence*). No suele coincidir con los límites de una oración, y, además, un solo enunciado puede estar formado por varias partes que en otras circunstancias podrían considerarse enunciados autónomos y completos (1951: 14 y nota 13). Bajtín entiende el enunciado como una unidad de comunicación y sus límites en el discurso están determinados por la alternancia de los sujetos comunicantes, es decir, consisten en el intercambio de los hablantes (1982: 260), por lo que en la conversación prácticamente coinciden con los límites del turno (1982: 250 y s., 260). Ambos enfoques, aunque difieren entre sí en muchos aspectos, consideran el enunciado como una unidad potencialmente superior a la que resulta de la concepción praguense: véase, por ejemplo, la cita de Hausenblas (1971/2: 27): «Por enunciado entendemos una unidad de construcción del discurso delimitada por una señal terminal. Un discurso se compone de uno o (más a menudo) varios enunciados. El enunciado tiene 1. una parte fónica (su base es la línea entonativa) o una parte gráfica; también se utilizan recursos fónicos o gráficos para indicar la señal de finalización. 2. La forma gramatical de los enunciados puede ser oracional (o de oración compuesta) o no oracional. 3. El desarrollo del tema de los enunciados oracionales (y multioracionales) elaborados se realiza distinguiendo los llamados tópico y foco (= la perspectiva funcional de la oración). En el discurso, las oraciones compuestas subordinadas forman un solo enunciado, como lo demuestran la señal final y la perspectiva funcional oracional. Las oraciones coordinadas o (conjuntos de unidades no oracionales adordinadas) están formadas por múltiples enunciados: la señal de finalización, que sería aplicable a los enunciados individuales (a diferencia de los constituyentes oracionales de una oración compuesta subordinada), no se aplica a estos (a excepción del último enunciado), como señal de que el conjunto de enunciados forma una unidad superior». Tomado de Horálek (1976).

habla precisamente en unidades de información (Halliday, 2014: 15). Sin embargo, como señalan Brown y Yule (1983: 158 y s.), en el habla espontánea no planificada a menudo no es posible distinguir los grupos fónicos basándose únicamente en criterios fonológicos, lo cual al final también constata Halliday cuando afirma:

Pero a diferencia de lo escrito, que se captura (aunque sea muy fugazmente) en el tiempo, de modo que las unidades escritas pueden separarse claramente una de otra, el habla es fluida y cinética: **no hay límites claros entre sus constituyentes**. Así, en un pasaje dado del habla podemos decir cuántas sílabas hay, cuántos pies y cuántos grupos fónicos; y podemos decir –dentro de un margen– dónde se encuentra cada uno; pero no podemos señalar con exactitud dónde empieza y acaba cada uno. Así que determinamos los límites sobre bases teóricas, haciendo generalizaciones que tengan la mayor fuerza explicativa (Halliday, 2014: 15, la negrita es nuestra).

La crítica de Brown y Yule se basa también en que en el habla espontánea pueden identificarse varios núcleos tónicos prominentes y cambios en la voz dentro de una misma unidad, lo que se contradice con la idea de Halliday de un único pie o sílaba tónica por unidad (2014: 116). Por ello, para delimitar las unidades de habla (como hizo Harris para el enunciado, 1951: 14), sugieren guiarse por **pausas**, que son fácilmente identificables y pueden contarse con precisión al segundo. A continuación, a partir de determinados intervalos de tiempo, se decide si el hablante ha concluido una unidad de información o si tan solo se ha tomado un respiro, ha hecho una breve reflexión, etc. (Brown y Yule, 1983: 161 y ss.). Por ejemplo, las pausas más largas pueden inferirse como consecuencia de que el intercambio del hablante no se efectuó cuando era posible o incluso deseable dentro del LAT (por ejemplo, en una secuencia de pregunta y respuesta; esto puede interpretarse, además, como una intención comunicativa o como un problema técnico con el canal si el oyente no entendió el mensaje, etc.).

Ahora bien, un punto polémico de este enfoque es que cada hablante se caracteriza por una cadencia o ritmo de habla particular y una aplicación generalizada de intervalos predefinidos resulta a menudo insostenible y tendría que someterse a revisiones permanentes (la determinación de un intervalo individual depende del ritmo de habla habitual del individuo, véase Couper-Kuhlen, 2003: 26). Esto es sumamente ineficaz. Tal inconveniencia asimismo debe abordarla el

investigador que, a pesar de dichas deficiencias, sí opta por contar las pausas con precisión, lo que problematiza y prolonga enormemente el proceso de transcripción. Además, las pausas no garantizan una señal inequívoca de que el hablante haya terminado de hablar, puesto que en una conversación espontánea y no planificada se presentan diversas influencias impredecibles, como estímulos situacionales inesperados (por ejemplo, un avión volando, un bebé llorando, agua hirviendo), que atraen la atención del hablante y le hacen dejar de hablar, aunque aún no haya expresado todo lo que pretendía. En la literatura sobre el AD, las pausas también se conciben como una fase en la que el hablante reflexiona sobre lo que va a decir más adelante, o como una alternativa a los signos de puntuación. Sin embargo, estas pausas suelen rellenarse con marcadores (continuadores o *fillers*, cf. Brown y Yule, 1983: 164) que, en realidad, eliminan el silencio y, por tanto, pueden convertirse ellos mismos en los límites de una determinada unidad de habla.

El aspecto entonativo también ha sido abordado desde varias perspectivas por Couper-Kuhlen (2003: 13-34). De ellas, para nuestro trabajo resulta interesante el concepto relacionado con Gumperz (cf. sección 3.6), que trata la entonación como la principal clave de contextualización para distinguir unidades mínimas de conversación. Pero ni siquiera esta perspectiva es suficiente, ya que, por ejemplo, el hecho de que un hablante baje la voz no significa necesariamente que haya terminado su turno, por lo cual también hay que tener en cuenta claves de otro tipo (semánticas, socioculturales, etc.).

Dadas todas las dificultades con la señalización precisa de los límites de la unidad conversacional mínima mencionadas hasta ahora, así como las que no se han mencionado aquí pero que, sin embargo, repercuten en su delimitación, es habitual que los investigadores se basen en alguna fusión –desde el punto de vista del usuario de la lengua– intuitivamente reconocible⁶⁹ de rasgos fónicos, semánticos y estructurales (cf., por ejemplo, Clayman, 2013: 152-158; Schiffrin, 1987: 31 y ss.; Brown y Yule, 1983: 167 y s.). Esto se debe, ante todo, a que dicha solución puede considerarse económica y la menos laboriosa y exigente desde el punto de vista técnico y de tiempo. Por lo tanto, es natural que en la práctica nos encontremos con transcripciones desiguales de datos de audio idénticos por parte de distintos autores

69 Tampoco puede descartarse que la identificación de una unidad acabada se realice de forma contrastiva, sobre la base de la capacidad natural de reconocer una unidad *inacabada* (cf. Clayman, 2013: 152 y s.).

(Schegloff, 2007: 65, ej. 5.08; Pomerantz y Heritage, 2013: 215, ej. 6; Wooffitt, 2005: 207, ej. 9.13), lo que podría desembocar en un cuestionamiento de la fiabilidad y la repetibilidad del análisis. Pero también es de destacar que las variaciones en la percepción de las unidades conversacionales completas (acabadas) suelen ser tan pequeñas o escasas que a menudo pueden considerarse insignificantes (o una cuestión de estilo gráfico). Esta conclusión, sin embargo, requeriría una investigación psicolingüística sistemática, lo cual no constituye el propósito de este trabajo.

En este punto, por tanto, nos contentaremos con afirmar que, al estudiar los marcadores conversacionales, el investigador se interesa justamente por aquellas unidades o conjuntos de comunicación que se ven afectados por el marcador y a cuya delimitación él mismo contribuye (o los *pone entre paréntesis*, cf. Schiffrin, 1987: 35-37). Pero muy a menudo depende de cuál sea el marcador o de qué uso concreto del mismo se trate, ya que por su naturaleza polifuncional pueden afectar tanto a la palabra como al acto de habla, a la frase, al turno o, incluso, a la secuencia o a toda la conversación. Ahora bien, en nuestros análisis tendremos en cuenta las pausas, algunos rasgos entonacionales y otros prosódicos, así como ciertos aspectos extralingüísticos (véase más en las notas de transcripción, sección 8.1, pero también a lo largo del capítulo 8) y, por supuesto, el significado, la estructura y la distribución.

3.10 Concepción hispánica del análisis del discurso

En vista del tema y de la orientación geolectal del presente trabajo, consideramos pertinente introducir brevemente la concepción hispánica del análisis del discurso, que entendemos como parte indispensable del «prólogo» a la posterior recapitulación de las diferentes aproximaciones a los marcadores discursivos y conversacionales.

En el caso del enfoque español o hispánico del análisis del discurso, más bien no podemos hablar de una escuela única y específica con un aparato conceptual propio y una metodología distintiva, como sí ocurre, por ejemplo, con el enfoque interaccional del AD de Georgetown (Schiffrin, Tannen, ev. Gumperz y otros; véase la sección 1.1), con la escuela de Birmingham (Stubbs, Coulthard, Sinclair; véase la sección 2.3), con el enfoque de van Dijk (por ejemplo, las secciones 3.2, 3.7, etc.), o con el AD ginebrino o francófono (Roulet, Auchlin, etc.;

véase la sección 2.3), todos los cuales han sido fuente de inspiración en mayor o menor medida de autores españoles (véase, por ejemplo, Gallardo, 1996; Briz, 1997a; Calsamigila y Tusón, 1999; Tusón, 2002). Sin embargo, el análisis del discurso en sí, como subdisciplina lingüística, goza de gran interés en la comunidad lingüística hispanófono y es ya una vertiente firmemente arraigada en su tradición.

Uno de los autores más importantes para la lengua española en cuanto a la pragmática y el análisis del discurso o de la conversación es, sin duda, Antonio Briz Gómez (por ejemplo, *El español coloquial en la conversación: Esbozo de pragmatogramática*, 1998, etc., cf. también la lista de bibliografía aquí utilizada), junto con el equipo de autores asociados al grupo «Val.Es.Co.», que estudia principalmente el habla coloquial y, entre otras cosas, también se ocupa en detalle de los marcadores pragmáticos o del discurso en español (véase *Diccionario de partículas discursivas del español – DPDE*, 2008, en línea).⁷⁰ Otros miembros destacados de Val.Es.Co. y especialistas en el campo del discurso son Antonio Hidalgo Navarro y Salvador Pons Bordería, y más adelante se mencionará a José Portolés Lázaro (cf., por ejemplo, *Marcadores del discurso*, 1998), colaborador clave de la base de datos de partículas DPDE. Otra contribuyente importante al tema de los marcadores en general y al DPDE en particular es Noemí Domínguez García (2016; DPDE). Asimismo, gozan de gran renombre Helena Calsamiglia Blancafort y Amparo Tusón Valls (autoras de la publicación *Las cosas del decir: manual de análisis del discurso*, 1999; véase las citas más abajo); Beatriz Gallardo Paúls (1996), ya mencionada aquí, pero también, por ejemplo, el hispanista y pragmalingüista holandés Henk Haverkate (*La cortesía verbal: estudio pragmalingüístico*, 1994, etc.).

Entre los lingüistas argentinos del campo del discurso, la conversación y la pragmática, destaca Diana Bravo (*Pragmática sociocultural: estudios sobre el discurso de cortesía en español*, 2004: monografía colectiva coeditada con Antonio Briz), que se centra en cuestiones de cortesía, y María Marta García Negroni (por ejemplo, *La enunciación en la lengua: de la deixis a la polifonía*, 2001, en coautoría con Marta Tordesillas Colado), con una influencia evidente por las nociones bajtinianas de enunciación y discurso (cf. la sección 3.9.5), lo que es un rasgo típico y una fuente tradicional de inspiración no solo de la pragmática y el análisis del discurso latinoamericanos, sino a menudo de

70 El grupo Val.Es.Co. es, además, creador de las normas de transcripción de grabaciones para el español, que utilizaremos en una forma adaptada también en este trabajo (véase el capítulo 8), y autor del *Corpus Val.Es.Co 3.0* (coordinado por Salvador Pons Bordería).

la lingüística hispánica en general (cf. también Calsamiglia y Tusón, 1999: 24).

Sin embargo, no es nuestra intención enumerar aquí a todos los representantes del análisis del discurso español y/o latinoamericano e, inevitablemente, hemos tenido que limitarnos a mencionar solo algunos nombres de la amplia base de autores que se ocupan de aspectos tan diversos de la pragmática y el análisis del discurso (o análisis de la conversación) como son los conectores pragmáticos o marcadores, por un lado, y las cuestiones de la variación estilística, la cortesía, la deixis, la polifonía, etc., por otro. Pero el mayor énfasis se pone aquí en la obra de Antonio Briz, cuya concepción de la coherencia en la conversación ya se ha comentado brevemente en los capítulos anteriores, ya que presta una atención especial a la comunicación informal o coloquial y a los fenómenos y elementos lingüísticos asociados a ella, especialmente los conectores pragmáticos, lo cual resulta muy afín al contenido del presente texto. Además, son innegables en el campo del estudio de marcadores conversacionales las aportaciones de José Portolés Lázaro y María Antonia Martín Zorraquino (véase también las secciones siguientes), si bien solo recurrimos a ellos aquí de forma más bien marginal, pues el objetivo de este trabajo es liberarse en la medida de lo posible de las clasificaciones existentes (para más información al respecto, véase el siguiente capítulo).

Nos gustaría resumir esta digresión a la concepción hispánica del análisis del discurso explicando cómo entiende realmente el discurso y su unidad mínima. No obstante, seleccionar una sola definición de la amplia bibliografía hispánica sobre el tema es una tarea muy difícil. Por lo tanto, optamos por una definición que es a la vez tradicional y ampliamente aceptada y, además, cercana a la concepción de nuestro trabajo en el sentido de que contempla el discurso como un fenómeno social, lo que también se aproxima a la perspectiva anglófona de Schiffrin, Gumperz, Hymes, Brown y Levinson, entre otros, de quienes nos inspiramos aquí en muchos aspectos. En concreto, se trata de la definición propuesta por Calsamiglia y Tusón:

Hablar de discurso es, ante todo, hablar de una práctica social, de una forma de acción entre las personas que se articula a partir del uso lingüístico contextualizado, ya sea oral o escrito. El discurso es parte de la vida social y a la vez un instrumento que crea la vida social. Desde el punto de vista discursivo, hablar o escribir no es otra cosa que construir piezas textuales orientadas a unos fines y

que se dan en interdependencia con el contexto (lingüístico, local, cognitivo y sociocultural), (Calsamiglia y Tusón, 1999: 15).

Según las autoras citadas, una característica esencial del estudio del discurso consiste también en que el objeto de análisis sean preferentemente los datos empíricos, dado que el uso real de la lengua está ligado al contexto, forma parte de él y, al mismo tiempo, participa en su formación. Por ello, es primordial que el análisis del discurso extraiga los datos directamente de su entorno natural. En cuanto a la unidad mínima para la investigación, la constituye el enunciado, que puede o no adoptar la forma de una oración (Calsamiglia y Tusón, 1999: 17).

Briz (p. ej., 1997a: 9-10), que para su planteamiento recurre en gran medida a Teun van Dijk (1977), resume que el análisis del discurso se centra en unidades lingüísticas más complejas que el análisis gramatical, aunque estas unidades no sean directamente supraoracionales. Entre ellas se incluyen el *texto* (es decir, el discurso sin contexto) y el *discurso* (es decir, el texto y el contexto). Una unidad más compleja aún, según Briz, es el llamado *discurso conversacional* (véase también aquí, nota 25 y más adelante en el texto), tanto más si se trata de una conversación coloquial e informal que media el acceso a la lengua en uso real. El punto clave aquí es que la lengua se ve como una herramienta comunicativa y, por lo tanto, el análisis del discurso debe ocuparse del estudio de las unidades comunicativas (es decir, realmente existentes en la comunicación), (cf. la sección 3.9.5).

En lo que respecta a la relación entre el análisis del texto y del discurso, lo anterior podría dar a entender que Briz separa texto y discurso en función de si se tiene en cuenta o no el contexto; cosa que luego reformula y aclara que, dadas las intersecciones pragmáticas de la lingüística del texto y el análisis del discurso, estos conceptos pueden considerarse más o menos sinónimos:

Utilizamos ambos como sinónimos, puesto que el enfoque pragmático actual ha acabado por vincular la Lingüística del texto con el Análisis del discurso, perspectivas de análisis antes diferenciadas según la unidad de texto se considerara como producto, estático, o como proceso interactivo, dinámico;⁷¹ es decir, según se entendiera el texto sin contexto (=texto) o con contexto (=discurso), (Briz, 1997b: 79, nota 1).

71 Véase *la oración como objeto, el texto como producto y el discurso como proceso* (Brown y Yule, 1983: 23-25), sección 3.1.

Más sobre la delimitación de la relación entre el análisis del texto y del discurso –no solo en el ámbito hispánico, sino también en cuanto a otros problemas relacionados con el análisis del discurso–, expone Garrido Rodríguez (2002).

Queda por presentar la concepción de la conversación propuesta por Briz (1997a: 10, 1998: 42, etc.), que se asemeja a las definiciones angloamericanas (especialmente a los trabajos de Sacks et al., 1974, etc.): la conversación es una secuencia de dos o más turnos de habla no predeterminados en la que se intercambian los papeles comunicativos entre hablante y oyente, lo que contribuye a la dinámica conversacional; asimismo, la conversación está regulada por normas de alternancia de turnos y por requisitos de coherencia. Además, la *conversación coloquial* debe cumplir con el criterio de no estar planificada, debe desarrollarse cara a cara en un lugar y un momento específicos (aquí y ahora) y su cometido principal debe ser *la comunicación por la comunicación* (cf. Hoffmannová, 1996, citada *supra*). Los parámetros habituales (pero ya no imprescindibles) de la conversación coloquial son también la igualdad social de los interlocutores, una relación cercana entre ellos, un tema de conversación no predeterminado y la informalidad.

Así pues, la conversación es en gran medida un sistema de comunicación específico. Sin embargo, hay que añadir que, por mucho que la conversación parezca distintiva desde el punto de vista lingüístico, no suele concebirse separada de la noción del discurso en la literatura hispanófono y se entiende como una subespecie de este último (es decir, en contra de Schegloff, 2003, véase la sección 3.2, pero en consonancia con el AD de Georgetown: Schiffrin et al., 2003; Schiffrin, 1987; 2014). Esta puede ser una de las razones por las que los trabajos orientados hacia el análisis de la conversación en sentido estricto, esto es, en la concepción de Sacks et al., 1974 (véase aquí todo el capítulo 2), son más difíciles de encontrar en la literatura hispánica, ya que el estudio de la conversación suele realizarse formalmente bajo el paraguas del análisis del discurso. De ahí que la clasificación de los marcadores discursivos y conversacionales se derive también de la comprensión del discurso conversacional como un subconjunto.

De los marcadores nos ocuparemos en la próxima sección. No obstante, ya anticipamos que la descripción de los sistemas existentes no pretende ser exhaustiva ni completa, sino más bien marginal e indicativa, dado que en el presente trabajo, por el contrario, pretendemos romper con las clasificaciones establecidas y estudiar el marca-

dor seleccionado a partir de un enfoque interdisciplinar resultante de los conceptos y supuestos conversacional-analíticos, discursivo-analíticos, funcionales, pragmáticos y sociolingüísticos aquí expuestos, que resumiremos en la sección 3.11.2.

3.11 Marcadores conversacionales

El término *marcadores conversacionales* no es del todo común en la bibliografía, como ya hemos visto en la sección 2.7, y concretamente en el campo del análisis del discurso (no solo angloamericano) se utiliza el término *marcador del discurso* (o eventualmente *partícula*, véase más adelante), aunque solo sea porque el discurso tiende a considerarse un concepto más general y abarcador dentro de la disciplina, mientras que se supone que la conversación, o incluso el texto, representan sus subcomponentes (véase, por ejemplo, Stubbs, 1983:1; Schiffrrin, 2014: 190; y la discusión terminológica en las secciones 3.1-3.2). La delimitación de la conversación como subcomponente del discurso se hace evidente en Brown y Yule (1983: 228), pero también en autores hispanicos (p. ej., Briz, 1997a: 9-10, 1998: 165; Berenguer, 2001) y algunos checos (p. ej., Hoffmannová, 1996), que se refieren a ella como *discurso conversacional* (*conversational discourse*, *konverzační diskurz*).

Por lo tanto, es natural que, de acuerdo con esta tradición, se utilice el término *marcador del discurso* como término paraguas para todos los marcadores, independientemente de que se produzcan en textos escritos o en conversaciones orales. En consonancia con esto, los autores españoles, en particular Martín y Portolés (1999) y sus seguidores, distinguen dentro de los marcadores del discurso (junto a *los estructuradores de la información*, *los conectores*, *los reformuladores* y *los operadores argumentativos*) un subgrupo denominado *marcadores conversacionales*, para los que destacan sus rasgos específicos (propiedades, funciones) que difícilmente se fusionarían con los de otros tipos de marcadores (por ejemplo, la fatigabilidad, la interactividad, la entonación característica). Este tipo de marcadores también es crucial para nuestro trabajo. Sin embargo, en el espíritu de la creencia de Schegloff (2003: 230) de que, en realidad, la forma primaria de uso de la lengua es la conversación y el discurso supone solo una subespecie de ella, procuraremos concebir este tipo de marcadores como autónomo, dado el carácter distintivo del sistema conversacional y de la interacción hablada espontánea como tal.

En aras de seguir la tradición, no obstante, introduciremos primero el concepto de los marcadores del *discurso* dentro del enfoque del análisis del discurso, para no desatender la aportación de esta disciplina a su estudio, ya que es precisamente en el AD donde encuentran su anclaje teórico y su base referencial. La publicación *Discourse markers* (1987) de Deborah Schiffrin, a la que ya nos hemos referido en varias ocasiones, se considera una obra clave, una de las más citadas y, de hecho, un trabajo pionero al respecto (aunque no fue la primera contribución al tema, véase la historia de los marcadores más adelante). Lo interesante de Schiffrin (1987, 2014) es que haya utilizado métodos y conceptos del análisis de la conversación (el sistema de alternancia de turnos, el criterio posicional) para analizar el *discurso hablado*, mientras que se basa principalmente en los hallazgos de la lingüística del texto (es decir, de Halliday y Hasan, 1976; véase también aquí la sección 3.2: nota 23) para analizar el *discurso escrito*. Su enfoque, además, está vinculado a una perspectiva sociolingüística (Gumperz, Labov).

Sin embargo, Schiffrin menciona explícitamente estos solapamientos y es sobre su intersección sobre la que construye los orígenes conceptuales del análisis del discurso de Georgetown (véase también aquí la sección 1.1). No es sorprendente, por tanto, que en una publicación titulada *Discourse markers* (1987) analice principalmente marcadores interaccionales, esto es, conversacionales, como *oh, well, you know, I mean*, pero también conectores como *so, and, but*, para los que el foco de atención principal no está en su función conectiva o relacional en el nivel (supra)oracional, sino en su uso pragmático dentro de la interacción. Los propios análisis los lleva a cabo tanto desde un punto de vista cualitativo como cuantitativo, pero para la evaluación cuantitativa se basa principalmente en criterios posicionales (cf. también Schiffrin, 1985), mientras que los factores sociales (por ejemplo, sexo, edad, etnia, religión, profesión) solo los resume en la sección que presenta a los participantes de la investigación (1987: 44 y ss., 2.2.2, *The speakers*), o, en su caso, los menciona en los comentarios sobre los ejemplos expuestos.

Esta autora, sustenta sus análisis en un sistema basado en estructuras de intercambio, acción e ideación, un marco participativo y conocimientos compartidos (véase aquí la sección 3.7) y los evidencia en breves fragmentos conversacionales que contienen el marcador objeto de estudio (a escala de enunciado o turno, secuencia, intercambios más breves). Por último, concluye su publicación afirmando que

los marcadores del *discurso* (es decir, realmente *conversacionales*) así entendidos constituyen las *coordenadas contextuales del habla* (*contextual coordinates of talk*, 1987: capítulo 10), que, al anclar la interacción en el contexto como elementos indexicales y señalando relaciones a varios niveles, también garantizan su coherencia (1987: 315). Además, alude a ellos como a elementos que *ponen entre paréntesis* o delimitan sus propias unidades de referencia (por ejemplo, 1987: 36 y ss.).

Ahora bien, visto que los marcadores conversacionales que analiza son de diversa índole (se trata de un grupo muy heterogéneo), las conclusiones específicas que presenta se refieren sobre todo a los marcadores concretos y no llega a ninguna clasificación o generalización más compleja, salvo lo ya expuesto. En cualquier caso, una de las generalizaciones más significativas es que los marcadores contribuyen al sentido global de un enunciado y a su posterior interpretación tanto gracias a su alcance pragmático como con su forma lingüística (propiedades semánticas y gramaticales originales; 1987: 315, 317, véase también las citas a continuación).

Debemos disentir, sin embargo, de que ningún marcador sea en sí portador de significado social o expresivo, como alega (1987: 318; apoyaremos nuestra postura con análisis expuestos en los capítulos 8 y 10). Aun así, citamos aquí su enfoque con más detalle, puesto que es compatible con los puntos de partida presentados en los capítulos precedentes y nos servirá de fuente de inspiración para nuestros análisis, aunque no nos basemos en él directamente, pues también nos interesarán, por ejemplo, la perspectiva funcional de Jakobson, el enfoque de la teoría de la relevancia o el paradigma variacionista (al igual que partiremos de nuestra previa experiencia de proyectos similares).

En cuanto a los marcadores del discurso, tal y como los presenta Schiffrin (1987), vuelve a destacarse su carácter polifuncional, su autonomía sintáctica y la relevancia del criterio posicional, dado que incluso un mismo marcador puede aparecer en diferentes contextos y posiciones, por lo que desempeña diversas funciones (estas tienden a entenderse de diferentes maneras y no se vinculan a ningún marco teórico coherente, véase también la sección 3.11.1 más adelante). Sin embargo, Schiffrin (1987) no ofrece ninguna definición de lo que realmente significa el término *marcador del discurso*.

Esta cuestión la aclara Blakemore (2006), quien también señala otros aspectos importantes relativos a los marcadores, incluida la pluralidad terminológica. Dicha autora presenta los marcadores del

discurso como una «clase sintácticamente muy diversa» (2006: 221, etc.) y, en efecto, es muy difícil hablar de una «categoría» homogénea, ya que los marcadores están representados por clases de palabras tan diversas como adverbios, partículas, conjunciones y locuciones conjuntivas, interjecciones, formas concretas de sustantivos y verbos, así como colocaciones y frases hechas (sobre la distribución de los marcadores por clases de palabras, véase también la sección 3.11.3). Una consecuencia natural de esta diversidad categorial, pero sobre todo de la considerable pluralidad teórica y metodológica en su investigación, es que se utilizan diferentes etiquetas para los marcadores, entre las que predominan *los marcadores discursivos* o *pragmáticos*, *las partículas*, *los conectores* o *los operadores* (para una lista de denominaciones, véase, por ejemplo, Blakemore, 2006: 221; Fraser, 1999: 931, 2009: 294; Schiffrin, 2003: 67, nota 2; Šmídová, 2012a: 12 y s.; para el español: Pérez y Patiño, 2014: 121).

Blakemore (2006: 221 y s.) sobre la definición básica afirma que la denominación más común, que es el término *discourse markers* (en español análogamente *marcadores del discurso*, *marcadores discursivos*), se basa en dos componentes: 1. el atributo *discursivo* (o *de discurso*) se refiere a que las unidades lingüísticas en cuestión deben vincularse al discurso y no a la oración; 2. el nombre *marcador* refleja el hecho de que el significado de estas unidades viene determinado por lo que indican, a lo que apuntan o lo que señalan, más que por lo que describen en sí mismas.

Esto también está relacionado con la creencia tradicional (cf., por ejemplo, Fraser, 1990) de que los marcadores son más bien unidades procedimentales, que carecen de significado conceptual o referencial propio, su tarea consiste más que nada en correlacionar las partes del discurso y orientar a sus receptores, y solo adquieren significado en el contexto. Sin embargo, Blakemore concluye posteriormente que algunos marcadores sí son portadores de significado conceptual o contribuyen por sí mismos al contenido del enunciado (por ejemplo, *frankly*, *damn*, 2006: 221, 230). Fraser, en un trabajo posterior (2009: 15 y s.) sostiene, además, que en determinadas circunstancias pueden funcionar tanto conceptual como procedimentalmente al mismo tiempo y que, por ello, esta distinción debería considerarse superada (para más información sobre la oposición conceptual-procedimental, véase Rysová, 2015: 35). Del mismo modo, Schiffrin añade que los marcadores que examinó (con la excepción de *oh* y *well*) sí poseen significado, y agrega:

Los significados que transmiten los marcadores no solo **restringen** el discurso en el que pueden aparecer, sino que también influyen en el significado global de ese discurso (Schiffrin, 1987: 314, la negrita es original).

Pero si bien los marcadores también pueden representar una función distinta a la indicadora, la denominación *marcadores del discurso* está tan arraigada en la tradición lingüística que persiste, incluso entre autores que, debido a su diferente trasfondo teórico, reivindican otros nombres. Uno de ellos es justamente Fraser, que en algunos trabajos se inclina por el término marcadores *pragmáticos* (1996), puesto que su enfoque tiene una orientación eminentemente pragmática (cf. Schiffrin, 2003: 59), pero en varias publicaciones recurre también al término marcadores *del discurso* (por ejemplo, 1999, 2009).

Lo problemático para nuestro trabajo consiste en que el atributo *discurso* también está demasiado ligado a los conectores y operadores textuales, que por su naturaleza y funciones distan de los marcadores conversacionales, por lo que pretendemos alejarnos de él en este trabajo, a pesar de que muchas propiedades les son comunes a todos los marcadores (por ejemplo, sus funciones conectivas o relacionales, o su capacidad para guiar las inferencias y facilitar el proceso de interpretación –pero como señalan Pérez y Patiño, 2014: 134 y s., algunos autores a los marcadores conversacionales no les atribuyen estas últimas–). Esto no quiere decir que los marcadores conversacionales siempre deban separarse de los demás categóricamente. Nuestra motivación para distinguirlos es nuestro eminente interés actual exclusivamente por este tipo de marcadores y las especificidades de su investigación, derivadas de la esencia de la interacción natural *cara a cara*. Sin embargo, antes de definirlos, nos detendremos brevemente –dicho con cierta hipérbole– en la *historia* de la investigación de marcadores para dejar clara su naturaleza relacional.

Schiffrin, Fraser y Blakemore pertenecen sin duda a los autores internacionales más destacados en el campo de los marcadores del discurso, y cabe señalar que cada uno de ellos representa una perspectiva teórica algo diferente. La orientación de Schiffrin es más sociolingüística, la de Fraser, pragmática, y a Blakemore le es propio un enfoque de la teoría de la relevancia. Ahora bien, el impulso inicial para un estudio más sistemático de los marcadores se ha atribuido tradicionalmente a la obra de Halliday y Hasan *Cohesion in English* (1976), abordada aquí en la sección 3.7 (para más información sobre

la historia, véase también Fraser, 2009: 294, quien no se olvida de la contribución de van Dijk o Ducrot).

En dicha publicación, Halliday y Hasan no hablan aún de indicadores o marcadores, pero su interés por las relaciones semánticas que hacen de un texto algo más que una secuencia desordenada de oraciones da lugar a un estudio más detenido de aquellas unidades o recursos lingüísticos que tienen la capacidad de conectar las distintas partes de un texto, o discurso, y contribuir a su coherencia y significación local, pero también global. Centrándonos aquí solo en los recursos cohesivos conjuntivos, señalamos anteriormente (en la sección 3.7) que, además de los que representan relaciones aditivas (o copulativas; p. ej., *and, nor, furthermore*), adversativas (p. ej., *yet, though, but, however*), causales (p. ej., *so, then, therefore*) y temporales (p. ej., *then, next, at first*), Halliday y Hasan también toman en consideración los llamados continuadores (p. ej., *now, well, anyway, after all*), que pueden verse como precursores de los marcadores conversacionales y que se definen por el hecho de que desempeñan su función de enlace solo en el propio proceso comunicativo, es decir, en la conversación, y no en el nivel (supra)oracional (1967: 267 y ss.).

Ahora bien, en el contexto de la coherencia conversacional, ya hemos mencionado (en la sección 3.7) que Halliday y Hasan (1976: 327) atribuyen el mérito principal a Sacks y Schegloff. Concretamente, les atribuyen el descubrimiento de los principios que regulan la toma de palabra, pero también de los elementos que señalan (*marcan; marking* en el original inglés) el turno o sus límites. A estos los comparan con los recursos cohesivos que ellos mismos definieron. Es, por tanto, lógico que el punto de partida en cuanto al interés por los marcadores, al menos los conversacionales, sea el análisis de la conversación (cf. la expresión *well, etc.*, véase las secciones 2.6-2.7), aunque no constituyan su foco de investigación originario.

Esto nos lleva al tema de los marcadores *conversacionales*. Cabe señalar que, aunque nuestro trabajo esté orientado hacia la lengua española, nos hemos basado principalmente en autores de la tradición angloamericana, sobre todo por las siguientes razones: la primera es el hecho de que la concepción española de los marcadores (especialmente el enfoque de Martín y Portolés, 1999, pero también Briz, 1998, 2010, o Boyero, 2005) ya ha sido abordada en nuestros trabajos anteriores (Šmídová, 2012a, 2014a). La segunda es que el tema de los marcadores, así como los principios del AC que aquí nos interesan, se han anclado principalmente en la literatura anglófona. La tercera

motivación se basa en el hecho de que los enfoques españoles rara vez consideran la dimensión social de una forma más sistemática (a diferencia de Schiffrin, 1987). Finalmente, la última motivación es el argumento de que los mismos autores que publican en español (o *sobre* el español) con frecuencia se inspiran en la literatura anglófona, como hemos visto en las secciones 3.9.2, 3.10, y evidenciado, por ejemplo, a través del artículo de revisión de Pérez y Patiño (2014) sobre las diferentes perspectivas de estudiar los marcadores, sus funciones, propiedades y definiciones (cf. también Šmídová, 2012a: 13).

3.11.1 Definición de marcadores conversacionales

En el presente, entendemos por marcadores conversacionales aquellos que son típicos de la interacción oral cotidiana y espontánea que tiene lugar en el contacto inmediato de al menos dos personas, en un tiempo y lugar concretos (*cara a cara, aquí y ahora*; cf. también Briz, orig. [1996], aquí 2010: 32). Tal comunicación se caracteriza, por ejemplo, por tartamudeos, interrupciones y, en general, un habla no fluida causada por la falta de planificación. Para superar estas dificultades, sirven de ayuda justamente los marcadores conversacionales. La conversación también va acompañada de gesticulación y mímica, cambios en la entonación, acentuación irregular y otras manifestaciones extralingüísticas. Estos parámetros no son habituales en las interacciones más formales o en la comunicación escrita (cf. la sección 3.4), por lo que constituyen un argumento fundamental para el estudio independiente de los marcadores conversacionales.

Por otra parte, los marcadores discursivos, textuales o conversacionales tienen en común que evitan las interpretaciones erróneas y contribuyen a maximizar la inteligibilidad del mensaje (orientan o «guían» los procesos inferenciales). La función de enlace (o conectiva) de los marcadores, pero también la relación entre el discurso hablado y el escrito, la describe Briz con su definición de *conectores pragmáticos* (posteriormente *marcadores*, véase 1998: 224 y ss.):

Se trata de fórmulas que vinculan semántica y pragmáticamente el antes con el después, lo dicho con lo que se sigue diciendo o se va a decir. Algunos de estos signos actúan en el **habla**, como las **conjunciones**, con un papel de **enlace**, pero a su vez manifiestan **otro tipo de valores ausentes en éstas** (Briz, 2010: 50, la negrita es nuestra).

De la definición de Briz se desprende que los marcadores que operan en el nivel del *habla* comparten con las conjunciones una función de enlace, pero al mismo tiempo se diferencian en muchos aspectos. Además, para el autor es característica su preferencia por los fenómenos conversacionales y la interacción coloquial espontánea en general (cf. los títulos de sus publicaciones aquí en la lista de referencias bibliográficas). Así pues, resulta evidente que también él entiende la conversación como un sistema distintivo, si bien –siguiendo la tradición– la engloba bajo el término *discurso conversacional* (véase *supra*).

Una cuestión similar intentamos señalarla ya en nuestra definición preliminar en el capítulo 1 (nota 2) al enumerar de forma sistemática tanto el *discurso* como la *conversación* en todos sus puntos respectivos. Aunque la definición dada era sólo provisoria (estaba pensada para estar a disposición del lector del texto en los momentos en que se hacía referencia a los marcadores sin que la propia «categoría» se introdujera en detalle), queda claro de su parte final que la diferencia clave de los marcadores conversacionales con respecto a los demás la vemos en la dimensión interaccional, es decir, en la dinámica del intercambio conversacional, que es atípica para los otros «géneros» discursivos. Se trató de la siguiente:

En nuestra definición preliminar, entendemos por marcadores las unidades lingüísticas polifuncionales y sintácticamente independientes (palabras, locuciones o frases hechas, fuera del contexto frecuentemente sinsemánticas) que operan en el plano del discurso o de la conversación. Su papel principal es el de estructurar el discurso o la conversación, garantizar su continuidad, contribuir a su inteligibilidad y coherencia y facilitar el proceso de interpretación. Sus funciones específicas se derivan de la naturaleza formal del propio evento comunicativo en el que se producen, de la intención del emisor y del contexto en el que se emplean. Pueden señalar relaciones entre enunciados individuales y/o enunciados y el conjunto, relaciones entre discurso y contexto, y en la interacción también indican relaciones entre los interlocutores o su actitud ante lo que se dice (capítulo 1, nota 2).

El intercambio implica la naturaleza dialógica (véase la sección 3.7: nota 52) que predomina en la conversación y anuncia las particularidades del mecanismo de alternancia de hablantes, o toma de palabra. A su vez, como ya hemos visto, la organización y la estructuración

de la conversación vienen gestionadas en gran medida por los marcadores conversacionales. Además, existe una negociación constante de relaciones y significados entre los interlocutores, lo que conlleva una dimensión social inmediata, así como el dinamismo, presente solo de forma limitada en los textos escritos planificados (con esto no pretendemos afirmar categóricamente que los textos preparados y ya producidos carezcan de dinamismo y aspectos sociales, solo que estos componentes están debilitados o son de un tipo diferente en contraste con la interacción coloquial espontánea).

Otro factor que se destaca en la parte final de la definición es la modalidad. Naturalmente, incluso en un texto escrito fundamentalmente monológico, el autor expresa actitudes (cf., por ejemplo, *el ensayo de reflexión*), pero creemos que en la interacción la modalidad se refuerza y tiene un carácter algo diferente, puesto que sus participantes se encuentran constantemente bajo la presión de la negociación mutua para expresar y defender sus actitudes y opiniones sin demora (no es de extrañar, por tanto, que Martín y Portolés, 1999: 4146 y ss., incorporen *marcadores de modalidad epistémica*, por ejemplo, *claro, por lo visto, desde luego, y de modalidad deóntica*, por ejemplo, *bueno, bien, vale*, a la categoría de *marcadores conversacionales*).

Así, aunque la definición anterior se ha visto truncada en muchos aspectos, apunta tanto a características que les son comunes a todos los marcadores, al tiempo que muestra en qué puntos vemos una diferencia fundamental con respecto a la conversación. Hasta ahora, sin embargo, solo hemos profundizado en los rasgos distintivos. Los comunes, por su parte, abarcan el origen categorial variado, la autonomía sintáctica y su correlativa variabilidad posicional (que, sin embargo, se debilita en algunos marcadores, dominando una posición sobre otras; véase la sección 2.7), la polifuncionalidad y la capacidad de delimitar las unidades lingüísticas referenciales, la función relacional que garantiza la coherencia del discurso o de la conversación, y las implicaciones contextuales que ayudan en el proceso inferencial e interpretativo.

Al afirmar que los marcadores son elementos «hechos» (entiéndase «estables») y a menudo sinsemánticos, nos referimos no solo a la oposición de significado procedimental y conceptual, sino también al hecho correlativo de que los marcadores se consideran tradicionalmente unidades lingüísticas morfológicamente invariables que han sufrido un complejo proceso de *gramaticalización*, es decir, un proceso en el que las unidades léxicas pierden su significado originario y

se convierten en unidades gramaticales (cf. Martín y Portolés, 1999: 4057, 4059; *DLE*, RAE, 2022: 23.6 «gramaticalización»). Sin embargo, este proceso es gradual y no siempre es acabado, como veremos en los capítulos 7.4.1 y 8, y, de hecho, ni siquiera puede calificarse estrictamente como tal en el caso de los marcadores. En efecto, si los marcadores fueran unidades gramaticales, sería posible integrarlos sintácticamente (en la estructura oracional), lo que no es el caso (cf. Fløgstad, 2012; y aquí los capítulos 7.4 y 8). Los marcadores son elementos sintácticamente marginales, lo que también constituye un requisito *sine qua non* para su flexibilidad posicional, su adaptabilidad contextual y su variabilidad funcional.

Otro punto controvertido de la gramaticalización de los marcadores es el hecho de que algunos de ellos han sido originalmente elementos gramaticales sinsemánticos que han pasado a desempeñar nuevas funciones en el nivel del discurso. Por este motivo, se han acuñado nuevos conceptos, como *desgramaticalización*, *pragmaticalización*, *discursivización*, *recodificación*, *rutinización* y otros, con los que diferentes autores intentan explicar mejor el proceso de cambio lingüístico en los marcadores (véase, por ejemplo, Ocampo, 2006, 2009; Kleinknecht, 2013: 255-258). No obstante, este tema ya lo hemos tratado con más detalle en otro lugar (véase Šmídová, 2014a: 30 y ss.). En cualquier caso, no existe consenso entre los autores. Lo que sí puede afirmarse en este contexto es que en los marcadores se produce, al menos en cierta medida, una *desemantización*, un debilitamiento o una pérdida de flexión o modificación de su significado (cf. Martín y Portolés, 1999: 4059 y ss.; véase también los capítulos 7.4.1, 8), concretamente en el caso de los marcadores conversacionales, sobre todo por su uso excesivo (más información al respecto en la sección 3.11.3). Aquí, sin embargo, en aras de la claridad, nos ceñiremos sobre todo al término de *gramaticalización*, ya que es el más establecido en relación con los marcadores, aunque no nos suscribamos plenamente a él.

En cuanto a las propiedades gramaticales de los marcadores, cabe añadir, como señalan Martín y Portolés (1999: 4065 y ss.; cf. también Wang, 2013) que, por regla general, no pueden recibir complementos ni formar sintagmas. En cambio, sí es posible la coocurrencia de dos (o más) marcadores, aunque cada uno conserve su autonomía y no exista ninguna relación sintáctica entre ellos (si bien, como veremos en los análisis, algunos marcadores tienden a aparecer en una determinada posición con respecto a otro marcador, lo que suele deberse a su origen categorial).

Uno de los aspectos problemáticos del estudio de los marcadores, además de la gramaticalización, es su frecuentemente proclamada *polifuncionalidad*. Ahora bien, para describir las funciones, distintos autores se basan en criterios muy heterogéneos. Esto hace que la descripción de los marcadores sea muy incoherente. Concretamente, en el contexto de los marcadores *conversacionales*, se tienen en cuenta (solo) algunas de las funciones del modelo de Jakobson (1960), en particular las funciones fática y metalingüística, redefinida como función metadiscursiva (cf., por ejemplo, Briz, 1997, 1998, Martín y Portolés, 1999, Vigara, 1990, 1992), mientras que las otras cuatro se desatenden o se mencionan al margen. Brinton (1996), por su parte, distingue entre funciones textuales (según el sistema de análisis de la conversación) e interpersonales (sociales y modales), en tanto que Schiffrin (1987) parte directamente de los datos, por lo que no se apoya en ninguna base funcional-teórica.

Con todo, la influencia del modelo de Jakobson es evidente en la bibliografía sobre el tema (cf. también Brown y Yule, 1983, en el capítulo 3 *supra*). Sin embargo, no suele aplicarse de forma coherente y en su complejidad. Por ejemplo, Briz (1998: 224) habla de los llamados *marcadores metadiscursivos de control de contacto*, pero el control de contacto no es tanto una característica de la función metalingüística sino de la función fática. Más adelante, precisa que se trata de una función social o interpersonal, al tiempo que señala (p. 225) que estos marcadores metadiscursivos (por ejemplo, *oye, escucha, hombre*) desempeñan ante todo una función expresivo-apelativa y fática, sin aclarar la interrelación de estas funciones. Esta delimitación es luego seguida por Martín y Portolés, quienes añaden que la función metadiscursiva estructuradora puede debilitarse hasta una mera función fática (1999: 4144 y 4191 – subcapítulo Metadiscursivos conversacionales).

En todo caso, el carácter polifuncional de los marcadores así presentado resulta un tanto confuso, por mucho que las funciones en cuestión puedan realizarse simultáneamente (véase también el resumen que figura más adelante en la sección 3.11.2). Schiffrin, respecto a la complejidad de la distinción de funciones en los marcadores, concluye que lo variable no son sus funciones, sino los contextos en los que aparecen (1987: 327). Las diferentes concepciones de la multifuncionalidad de los marcadores en español también las ponen de relieve Pérez y Patiño (2014: 130 y s.).

Parece, entonces, que la descripción de los marcadores conversacionales no es una tarea sencilla, cuya resolución permitiría esta-

blecer una clasificación inequívoca o una delimitación definitiva de estas unidades lingüísticas (razón por la que tampoco pretendemos alcanzarla aquí). Pues no solo es cierto que un mismo marcador pueda desempeñar diferentes funciones, sino también que una misma función puede estar representada por diferentes marcadores (véase el *dualismo asimétrico* de Karcevskij, cf. Skalička, 1935; con esto se relaciona en parte la cuestión de la traducción de marcadores, ya que la gama de funciones de un marcador en un idioma no siempre coincide con la distribución de funciones de un marcador comparable en otro idioma (véase Schiffrin, 2003: 64).

Es por ello que en este trabajo trataremos de basarnos en las premisas y principios de las distintas disciplinas que hemos descrito anteriormente (AC, capítulo 2; AD, capítulo 3) o que aún estamos por introducir (SL, capítulo 4), y no nos apoyaremos en ninguna clasificación existente de marcadores conversacionales, a pesar de que algunos de los enfoques presentados han supuesto necesariamente nuestra fuente de inspiración (especialmente Schiffrin, 1987; Blakemore, 2006; Briz, 1997a, 1998; Martín y Portolés, 1999). Por tanto, la siguiente sección está dedicada a un resumen de las propiedades y funciones (potenciales) de los marcadores conversacionales, que hemos ido señalando continuamente en los capítulos anteriores (especialmente en 2.6-2.7.1, 3.5-3.9.5), pero también en esta sección (3.11-3.11.1).

3.11.2 Resumen sobre los marcadores conversacionales

Desde la perspectiva del análisis de la conversación, hemos comentado una serie de funciones relacionadas con los parámetros de la conversación y el enfoque posicional. Por ejemplo, dentro de la **estructura conversacional**, un marcador puede: 1. señalar los límites de una UCT, de un turno en sí, de una secuencia o incluso de toda una interacción; 2. agilizar los cambios de tema, la alternancia de hablantes, la toma o, a la inversa, la cesión de la palabra; 3. rellenar la fase de transición con el propósito de que el hablante actual pueda retener su derecho a la palabra; 4. eliminar el impacto negativo del solapamiento en la inteligibilidad del contenido del enunciado; 5. señalar los errores y las reparaciones necesarias; 6. introducir una intervención o la integración de un nuevo participante en la conversación, etc.

Estas funciones específicas suelen estar vinculadas a la **posición** de los marcadores, o a su localización y distribución particular

en la interacción. Así, podemos distinguir marcadores: 1. iniciales (de apertura); 2. finales (de cierre); 3. medios o centrales (intercalados); 4. autónomos (independientes). Sin embargo, es cierto que un mismo marcador puede aparecer en distintas posiciones, de modo que la diferente localización en la conversación suele conllevar o suponer funciones diferentes. Por lo tanto, a la hora de decidir la función dominante, puede ser interesante observar la frecuencia con la que un determinado marcador con una función específica aparece en una posición concreta (lo que puede constituir un punto de partida para conectar el análisis cualitativo con el cuantitativo, como trataremos con más detalle en el capítulo 6 sobre metodología y como veremos en la práctica en la sección 10.3.2).

Desde el punto de vista de la pragmática, para identificar las propiedades y funciones de los marcadores conversacionales, es necesario partir de unos conocimientos básicos sobre: 1. **los actos de habla**, puesto que los marcadores a menudo contribuyen a señalar la fuerza ilocutiva y tienen la capacidad de enfatizar, por ejemplo, la naturaleza directiva o expresiva de un enunciado; 2. **las implicaturas** (tanto convencionales como especiales) y **las inferencias**, ya que el uso de un marcador puede ser una pista para desvelar no solo el componente explícito sino también el implícito de un mensaje y facilitar así la interpretación de la intención del hablante;⁷² 3. el concepto de **contexto** (local y global), dado que ningún marcador puede entenderse plenamente sin contexto (participando, además, él mismo en su formación); 4. **la óptima relevancia y la ostensión**, ya que, al utilizar un marcador en un enunciado, el hablante puede darle a entender al oyente que su enunciado es relevante y que, por tanto, merece su debida atención y el procesamiento inferencial deseado.

Los conceptos de inferencia y contexto forman una especie de puente entre los enfoques pragmático y sociolingüístico. El proceso de llegar a una conclusión determinada a partir de unas presuposiciones está en la conversación, más que en cualquier otro género, ligado a la situación inmediata, a las relaciones específicas entre los participantes y al **contexto sociocultural** marco. Las **claves de contextualización**, a las que pueden asociarse también los marcadores, contribuyen a su discernimiento y al mismo tiempo a su formación. Así, los

72 Además, como subraya Blakemore (por ejemplo, 2006: 223 y ss.) a este respecto, es esencial plantearse si los marcadores tienen un significado conceptual, es decir, de contenido, de representación, o si su significado es predominantemente procedimental, es decir, de señalización, de indicación (véase más en la sección 3.11 *supra*).

marcadores son recursos que facilitan: 1. el proceso de inferencia conversacional; 2. la codificación, la formación y el reconocimiento del contexto. El objetivo del proceso de inferencia conversacional debe ser llegar a la interpretación más relevante y coherente⁷³ desde el punto de vista situacional, que tenga en cuenta no solo el componente lingüístico, sino también la identidad social de los comunicantes y el contexto sociocultural más amplio.

Dada su vinculación contextual, los marcadores conversacionales son portadores frecuentes de valor **estilístico** y pueden ser seña de estilo individual, grupal, comunitario, étnico o nacional, etc. Su uso guarda también una relación natural con el concepto de **(in)formalidad** y **(des)cortesía**, ya que no todos los marcadores son aceptables en las mismas circunstancias contextuales. Por ejemplo, podemos pensar en marcadores que fomenten la imagen positiva (que expresen solidaridad, sintonía, integración en un determinado grupo social), pero también en marcadores que minimicen el daño a la imagen negativa (que expresen respeto y deferencia) o que, por el contrario, amenacen la imagen negativa (por ejemplo, expresiones excesivamente familiares o vulgares).

Esta característica se ve influida en particular por las **relaciones sociales entre los participantes**, que pueden basarse en la (a)simetría, el poder y la solidaridad, la jerarquía y la igualdad, la distancia o la proximidad social, y que también pueden reflejarse en la naturaleza de los marcadores. Por tanto, no es raro que algunos marcadores (por ejemplo, los de mayor carga expresiva) solo puedan utilizarse sin sanciones siempre que los participantes en la comunicación se encuentren en el mismo nivel social, mientras que otros (más neutros) son aceptables incluso en situaciones de desigualdad social. Para otro grupo de marcadores, hasta entre participantes de igual estatus social, puede depender de la manera en que se presenten los marcadores (por ejemplo, con qué entonación, acentuación, gesticulación). De este modo, incluso expresiones supuestamente cariñosas pueden utilizarse con una intención amenazadora para la imagen (por ejemplo, en forma irónica o burlona) y, a la inversa, expresiones a primera vista vulgares pueden utilizarse para apoyar la imagen (cf. aquí la sección 3.9.3).⁷⁴

73 Para más información sobre la disputa entre los enfoques de la *coherencia* y la *relevancia*, véase Blakemore (2006: 232-239).

74 También a este respecto se sugiere considerar la relación entre el significado conceptual y procedimental de los marcadores según Blakemore (2006), ya que en otras ocasiones el significado conceptual original válido puede quedar anulado por el significado procedimental, etc.

Teniendo en cuenta que los marcadores conversacionales pueden estar indexados socioculturalmente, no es imposible pensar en ellos como en **variables** sociales, es decir, en el espíritu de la sociolingüística **variacionista**. Una mayor frecuencia de ocurrencia o, por el contrario, la no ocurrencia de un determinado marcador en ciertos grupos sociales puede ser sintomática para ese grupo, lo que conviene interpretar (a esta cuestión, no obstante, nos dedicaremos con más detalle en el capítulo sobre sociolingüística, capítulo 4).

La unificación de los grupos sociales desde dentro, cuando sus miembros utilizan un marcador como seña de identidad, representa una cierta manifestación extratextual de cohesión. Ahora bien, los marcadores también disponen del potencial necesario para proporcionar o reforzar la **coherencia** textual o conversacional. En este sentido, la cohesión a nivel sintáctico-semántico se une a la coherencia global a nivel pragmático, pero también estilístico o social. Así, los marcadores pueden ayudar a alcanzar la coherencia conversacional de diversas maneras: 1. enlazando unidades sintácticas en unidades supraoracionales; 2. señalando relaciones entre temas y orientando a los participantes cuando los temas cambian dentro de la dinámica conversacional; 3. marcando distintas fases de la conversación (saludo, apertura, orientación temática, etc.); 4. facilitando el proceso de toma de palabra y mediando la continuidad secuencial; 5. haciendo referencia a realidades extralingüísticas relevantes (por ejemplo, interpersonales, sociales, culturales).

Otro rasgo esencial de los marcadores conversacionales es su multifuncionalidad, especialmente con respecto al **modelo de comunicación** de Jakobson (1960). Los marcadores pueden desempeñar no solo la función **referencial** (referirse al contexto), sino también las demás funciones comunicativas. En el sentido de la función **fática**, pueden, por ejemplo, facilitar el establecimiento, mantenimiento y finalización del contacto (aspecto mecánico), atraer la atención del oyente (aspecto psicológico), señalar las relaciones entre los participantes en la interacción (aspecto social); dentro de la manifestación de la función **emotiva**, pueden expresar la actitud del hablante hacia lo que (se) está diciendo (por ejemplo, mediante marcadores interjetivos sintácticamente autónomos o cualidades fónicas acompañantes); el valor **conativo** secundario o enfático de los marcadores ayuda a animar a otro interlocutor a emprender una acción, a aumentar la presión sobre él (por ejemplo, a través de los marcadores vocativos o imperativos autónomos, pero también procedimentales); el enriquecimiento

de un mensaje mediante marcadores (ya sea conceptual, estilística o acústicamente) es una manifestación de la función **poética**, y a través de la función **metalingüística** o más bien metacomunicativa, los marcadores estructuran la información, indican los límites de una conversación y sus segmentos, sustituyen a los signos de puntuación. La capacidad de marcar los límites de las unidades conversacionales mínimas y no mínimas (o de *ponerlas entre paréntesis* – véase Schiffrin, 1987, y aquí la sección 3.11) es una tarea esencial aparte en lo que se refiere a los marcadores conversacionales.

Además, las observaciones anteriores sobre el criterio funcional dejan entrever otro factor no desdeñable, a saber, que lo que se entiende por marcadores conversacionales no pertenece gramaticalmente a una única clase de palabras (véase marcadores interjectivos, imperativos, vocativos). Sin embargo, esto no significa que estas categorías no deban tenerse en cuenta en el análisis (véase Schiffrin, 1987: 315, 317, aquí la sección 3.11). Si bien los marcadores a menudo pierden o ven debilitado su significado originario (al sufrir un proceso de *gramaticalización* o *pragmaticalización*, véase 3.11.1 *supra*), su clase de palabra originaria y otras categorías gramaticales (por ejemplo, el modo para los verbos, el caso originario para los sustantivos) condicionan su naturaleza, el entorno conversacional en el que pueden aparecer y la unidad de habla a la que afectarán. Por último, otro aspecto significativo es la **autonomía sintáctica** que los marcadores deben exhibir para que se consideren como tales.

Hasta ahora, hemos resumido algunas de las características y funciones de los marcadores conversacionales, y es necesario reconocer que la panorámica dista mucho de ser completa. Aun así, el conjunto de conocimientos aquí presentados constituye la columna vertebral para nuestros análisis. A diferencia de nuestros trabajos anteriores (especialmente Šmídová, 2012a; 2012b; 2014a), nuestro objetivo no es basar los análisis en un único enfoque de los marcadores, definido por un autor o un equipo de autores, sino construir, al menos en parte, una aproximación teórica y metodológica propia, sustentada en todos los hallazgos interdisciplinarios sobre la naturaleza de los marcadores expuestos hasta el momento, y en los hallazgos que expondremos en los capítulos y secciones siguientes. (Además, el trasfondo teórico elegido ya se basa en nuestra experiencia de investigación previa, véase más adelante la sección 7.1).

Pero es posible que muchos hechos teóricos y metodológicos relevantes solo surjan durante los propios análisis, puesto que el estu-

dio de los marcadores conversacionales típicos de la comunicación informal no preparada no puede seguir una clasificación rígida (lo que, al fin y al cabo, evidencian por sí mismos los 14 criterios esenciales de conversación de Sacks et al., 1974, véase la sección 2.7.1), ya que en la interacción *cara a cara* no se puede predecir con toda seguridad en qué contextos reales puede utilizarse un marcador conversacional, ni el número de contextos es finito debido a la situacionalidad del *aquí y ahora*. Esto también es compatible, entre otras cosas, con la concepción de Schiffrin (1987: cap. 10, p. 312 y ss.) de los marcadores como coordinadas contextuales del habla.

Además, la espontaneidad, la innovación idiolectal, la originalidad o el error, así como la ya mencionada inmediatez de la situación, en la que «casi todo está permitido», no son entornos homogéneos ideales para la aplicación de categorías lingüísticas preestablecidas, por lo que las teorías deben basarse, al menos en parte, en datos reales (más información sobre la metodología en el capítulo 6, eventualmente 4). Antes de concluir el capítulo, introduciremos, no obstante, el criterio básico que seguiremos a la hora de elegir un marcador para nuestra investigación.

3.11.3 Vocativo y marcadores conversacionales

Se ha observado en las secciones anteriores que los marcadores pueden ser de naturaleza muy diversa en cuanto a su origen gramatical o categorial, su uso funcional, etc. Un investigador que se encuentre al principio de la investigación sobre marcadores debe decidir qué tipo de marcadores se propone estudiar, si se interesará por un solo marcador en particular o por una clase homogénea de ellos, o si estudiará una serie de marcadores de naturaleza heterogénea. La perspectiva heterogénea u homogénea luego determinará a qué tipo de resultados y generalizaciones teóricas puede llegarse.

Por ejemplo, Schiffrin (1987, cf. *supra*) examina marcadores de naturaleza muy diversa, es decir, elige un grupo heterogéneo de marcadores para su investigación, cuya elección no se rige por ningún criterio específico, sino que se basa en la aleatoriedad, requiriéndose solo su recurrencia significativa en un determinado tipo de discurso (en la conversación). Tal investigación puede ser de gran utilidad si se pretende rastrear el terreno y demostrar que los marcadores son elementos muy diversos y polifuncionales; sin embargo, no será su-

ficiente para establecer una clasificación ni para modelar un sistema más complejo.

El enfoque homogéneo, por otro lado, permite que los marcadores que cumplan el mismo criterio de partida (por ejemplo, funcional o gramatical –cuando son del mismo origen en cuanto a las clases de palabras–) se comparen entre sí dentro de esa clase específica con un grado mayor de fiabilidad, y que se establezca una clasificación más fina basada en esa comparación. Como una alternativa ideal se ofrece realizar un rastreo preliminar del terreno sobre la base del criterio heterogéneo, buscar después marcadores parecidos o competidores a cada marcador, describirlos detalladamente, incluidas sus diferencias mutuas, llegar posteriormente a una síntesis de nivel inferior y, por último, proceder al siguiente nivel de abstracción y a una clasificación general a un nivel superior. Ahora bien, un proceso de este tipo requiere una gran inversión de tiempo y personal y exige un trabajo en equipo a largo plazo. Por ello, suele ser necesario optar por una solución intermedia.

En nuestro caso, por tanto, hemos decidido ceñirnos al enfoque homogéneo, tratando de describir detalladamente un solo marcador (*boludo*), que luego comparamos con otro marcador de naturaleza similar (*che*), cuya investigación detallada ya la llevamos a cabo anteriormente (en 2012 y 2014, véase más información en el capítulo 7). El argumento principal para comparar estos marcadores es la creencia de algunos expertos y del público general de que pueden competir entre sí en la interacción (se hablará más de ello en los análisis, especialmente en el capítulo 10) al suponerse que ambos marcadores cumplen una función vocativa, apelativa o atencional. El criterio compartido es, por tanto, el carácter vocativo. Por esta razón, nos parece imprescindible comentar el tema del vocativo y plantearnos si realmente es legítimo calificar algunos vocativos como marcadores conversacionales, pues no existe un consenso general entre los lingüistas al respecto (una postura un tanto negativa es la que mantiene, por ejemplo, de Cock, 2014: 231, 237, véase más adelante).

El vocativo (sobre todo si lo miramos desde la perspectiva de lenguas flexivas como son el checo y el latín) se ha considerado tradicionalmente uno de los casos de la declinación nominal. Sin embargo, en algunas lenguas en las que no se ha conservado la declinación original (entre ellas el español), se ha pasado de una concepción del vocativo como un caso morfológico a una noción más bien funcional del mismo, a saber, la delimitación de la llamada *función vocativa*: en

términos sencillos, la función de llamar, apelar o dirigirse a alguien. Prueba de ello es la definición del vocativo en el *DLE* de la Real Academia Española. En su edición más reciente (2022, ed. 23.6), no solo la propia entrada figura también en femenino («vocativo, **va**»; del lat. *vocativus*), sino que, sobre todo, su primera y segunda acepción aluden a un uso funcional: «1. adj. Gram. Dicho de una expresión nominal: Que se usa en función apelativa; p. ej., *Pepe en Pepe, ven un momento, por favor*. U. t. c. s. m.; 2. adj. Gram. Apelativo. *Uso vocativo*» (cf. también Bañón, 1993: 23, etc.). Las otras dos, por su parte, se ajustan a la tradición casual: «3. m. Gram. caso vocativo.; 4. m. Gram. Expresión en caso vocativo».

Del mismo modo, Sonnenhauser y Aziz Hanna (2013) distinguen varias perspectivas sobre cómo contemplar el vocativo. Según ellas (pero la misma postura la adoptan también otros autores, véase Bañón, 1993: 9, etc.; Kleinknecht, 2013), el vocativo tiene un estatus dual en el sentido de que balancea en el límite entre sistema y actuación (2013: 1), es decir, formalmente encaja en el sistema lingüístico, pero desde un punto de vista funcional se trata de una estructura que se manifiesta exclusivamente en el uso concreto de la lengua, y especialmente en la interacción hablada, en la que, sin embargo, menos se ha estudiado hasta hace poco (cf. por ejemplo Dini, 1998: 57; Kleinknecht, 2013: 235).

En realidad, tradicionalmente se ha discutido la posición del vocativo respecto de la oración (no del enunciado ni de ninguna otra unidad del *habla*), o su (no) integración sintáctica y su forma morfológica (Bañón, 1993: 11 y ss.). Pero una visión demasiado formalista ha tenido el efecto de reducir el interés por el estudio de los vocativos, ya que ha aislado de él a las lenguas no flexivas (Sonnenhauser y Aziz Hanna, 2013: 1, 3; Kleinknecht, 2013: 235). Ahora bien, ninguna lengua puede prescindir de dirigirse, llamar o apelar a alguien, pues se trata de un componente esencial de una comunicación eficaz y exitosa. La tendencia hacia una visión funcional del vocativo en las lenguas que carecen de un sistema de casos es, por tanto, un resultado natural del problema, o más bien una reacción a él. Y no se exceptúa el español, que habla (como se ha visto más arriba) de una función vocativa en la que el vocativo ya no es un caso morfológico sino un simple recurso funcional para llamar a alguien (no solo) con un nombre.

Además, como argumenta Kleinknecht (2013: 235 y s.), en español la presencia de los vocativos así entendidos en la interacción cotidiana es altamente recurrente, lo que a menudo da lugar a su de-

nominada *rutinización*.⁷⁵ Esto quiere decir que su uso excesivo conduce al abandono de una función exclusivamente vocativa y, a menudo, a la dessemantización del significado léxico original, de modo que los vocativos adquieren la dimensión de elementos lingüísticos estructuradores del discurso, o sea, de marcadores del discurso:

Como tal, [güey] fue objeto de un uso tan frecuente que hoy en día en la gran mayoría de las ocurrencias no queda nada de su semántica original ni de su función vocativa, y lo más apropiado sería clasificarlo como **marcador del discurso** (Kleinknecht, 2013: 236, la negrita es nuestra).

Una posición similar con respecto a la clasificación funcional de los vocativos en marcadores es la que mantiene Dini:

El vocativo, gracias a su función marcadora y de enfoque, puede llegar a ser incluido en los **marcadores pragmáticos** (Dini, 1998: 57).

A pesar de que no existe un consenso entre los lingüistas sobre si determinados vocativos efectivamente pueden incluirse entre los marcadores o no (por ejemplo, de Cock, 2014: 231, 237, recomienda estudiarlos por separado, es decir, como dos categorías distintas),⁷⁶ parece haber una preponderancia de argumentos a favor de concebir los vocativos rutinizados como marcadores. El más destacado de ellos es, naturalmente, que los vocativos se manifiestan en el discurso (o, mejor dicho, en la conversación) al igual que los marcadores. Además, son sintácticamente autónomos y a menudo posicionalmente flexibles (pueden aparecer en posición inicial, media y final: para más sobre esto, véase adelante), tienden a estar marcados acústicamente (acentuados, alargados, silabeados, etc.), su empleo depende del contexto a cuya formación ellos mismos contribuyen (son claves de contextualización reflexivas), desempeñan diferentes funciones

75 *Rutinización* es un término que Kleinknecht (2013: 255-258) utiliza como alternativa a *gramaticalización*, *pragmaticalización*, etc., o como hiperónimo que engloba estos procesos individuales.

76 «Los vocativos y los marcadores del discurso difieren, sin embargo, en la abstracción y en la medida en que establecen una identidad contextual. Los vocativos activan al destinatario y lo vinculan a un perfil fuera del ámbito del perfil del participante en el discurso (por ejemplo, parentesco, profesión, nombre propio), a diferencia de los marcadores del discurso, que funcionan únicamente dentro del espacio del participante en el discurso. El resultado es que mientras que los vocativos aportan la identidad contextual del destinatario, los marcadores del discurso no lo hacen» (de Cock, 2014: 231).

en distintas posiciones respecto de la unidad lingüística de referencia (enunciado, turno, etc.; cf. también más adelante), estructuran la información, señalan la intención del hablante, guían las inferencias (conversacionales), incrementan la relevancia del mensaje, delimitan la relación entre hablante y oyente, etc. Véase también Leech:

b) Desde el punto de vista funcional, el vocativo está vagamente unido a la estructura de la oración y se comporta como un adverbial periférico o (a nivel de parte de habla), lo que Johansson ha denominado un *inserto*, como una interjección o un marcador del discurso. (...) c) Semántica y pragmáticamente, (...), desempeñan realmente tres funciones pragmáticas diferentes (Leech, 1999: 107-108).

Alejándonos del vocativo como categoría originalmente nominal, también es importante recordar lo que ya se ha mencionado anteriormente (véase la sección 3.11), a saber, que detrás de los marcadores del discurso o de la conversación hay representantes de diversas clases de palabras que hoy en día catalogamos automáticamente como marcadores. Los adverbios (*bien, efectivamente, además, definitivamente*) o las conjunciones y locuciones conjuntivas (*pero, o sea*) son casos ya clásicos, pero no es difícil encontrar marcadores de origen interjetivo (*eh, ojalá*), verbal (*vale, oye, mira/mirá, viste, dale, vaya, venga*), pronominal (*este*), adjetival (*bueno, claro, obvio*), o incluso sustantival (*hombre, tío, güey*). Estas expresiones adoptan, además, formas morfológicas concretas. Los marcadores verbales, por ejemplo, están representados por formas verbales que reflejan diferentes categorías gramaticales (*oye, mirá* – imperativo; *viste* – pasado, indicativo; *vale* – presente, indicativo), por lo que no hay ninguna razón obvia por la que los marcadores nominales (ya sean sustantivales, pronominales o adjetivales) no puedan ser vocativos, esto es, representar la categoría de caso originario, en el español actual diferenciada entonativamente y no morfológicamente.

Así, por todas las razones antes mencionadas, es muy común encontrar en la literatura autores que le atribuyen al vocativo diversas funciones pragmáticas o discursivas (y no solo las gramaticales originarias, es decir, coincidiendo con la afirmación de Sonnenhauser y Aziz Hanna de que el vocativo está arraigado tanto en el sistema como en la actuación) o que lo incluyen directamente en el sistema de marcadores.

Los vocativos en rol de marcadores adquieren entonces diversos atributos matizadores en distintas concepciones: por ejemplo, Briz (1998: 224-230) los incluye en el grupo de *marcadores de control de contacto*; según Portolés y Martín (1999: 4080-4191), los vocativos *hombre* y *tío* pertenecerían al grupo de *marcadores conversacionales*, subgrupo de *enfocadores de alteridad*, o *metadiscursivos conversacionales*; Calsamiglia y Tusón (1999: 248) para *hombre*, *mujer*, *tío* eligen la categoría de *marcadores del discurso espontáneo*, subcategoría *reactivos*; de acuerdo con la clasificación de Boyero (2005: 346), expresiones como *hombre*, *mujer*, *hijo/a* pertenecen a los *marcadores Tipo fático nominal vocativo*; Jørgensen (2009: 179, 2011: 130) considera que *tío/a*, *tronco*, *huevón/a*, *boludo/a* son *marcadores apelativo-fáticos*; Fraser (1996) sitúa los vocativos en general en un grupo denominado *marcadores pragmáticos paralelos* (*parallel pragmatic markers*); Palacios (2002) se refiere a *güey* y *cabrón* como *marcadores discursivos* sin más especificación; Pons (1998: 24) y Bañón (1993: 26) hablan de *conectores pragmáticos*.

Por consiguiente, en nuestros análisis también trataremos los vocativos rutinizados como marcadores conversacionales legítimos. Por ahora, sin embargo, nos centraremos en las funciones más importantes del vocativo y su conexión con la posición respectiva a su unidad lingüística referencial, ya que los conocimientos adquiridos nos permitirán navegar mejor por nuestros datos y analizarlos con más facilidad.

3.11.3.1 Funciones del vocativo

La característica esencial del vocativo es su capacidad para dirigirse directamente al destinatario intencionado. Dado que la distancia entre el autor del texto escrito y el destinatario intencionado es mucho mayor que la que se da en la interacción *cara a cara*, el uso del vocativo tiene menos impacto y menos utilidad en él. La recurrencia es, por otro lado, típica en la conversación, dentro de la cual el vocativo también debería estudiarse primordialmente. De hecho, el propio acto de *dirigirse* (a alguien) o *llamar* (a alguien) implica entrar en relaciones interpersonales o sociales en «transmisión directa» (cf. también Sonnenhauser y Aziz Hanna, 2013: 17).

Con respecto al vocativo, sin embargo, se ha argumentado que su función inherente de **llamar** a alguien, es decir, aquella por la que el hablante reclama directamente la atención del destinatario, no es más que una de las funciones que puede cumplir realmente en la práctica

conversacional (como, al fin y al cabo, ya hemos sugerido más arriba), y ni siquiera es tan abundante como podría parecer a primera vista (cf. Kleinknecht, 2013: 243). Así, entre otras, Bañón (1993: 22 y ss.) menciona la función **exclamativa**, que está estrechamente ligada a la **expresividad** y para la que no deja de ser interesante que el vocativo se convierta más bien en un expletivo, ya que su finalidad no es dirigirse a alguien, sino que es una mera reacción o suspiro ante lo que se está diciendo o está sucediendo en dado contexto situacional.

Asimismo, distingue la función de **mandato** o de **ruego** (para las que, en realidad, hablamos de una fuerza ilocutiva **directiva**, o de una función **conativa**), cuya diferencia mutua radica en que entran en juego diferentes pautas sociales y jerárquicas: la orden (estrechamente vinculada al imperativo) la suele dar un superior a su inferior, en tanto que la petición también puede venir de abajo, es decir, del inferior, o entre iguales. Para los directivos, también es fundamental que el vocativo se adecúe lexicalmente a la situación. Esto demuestra que los vocativos se rigen por el **contexto** y a la vez lo moldean. La perspectiva sociolingüística también cuenta con el respaldo de Kleinknecht (2013) y Jørgensen (2011), que suman la mención del uso de vocativos para expresar actitudes, cortesía, solidaridad (no solo grupal), intimidad o, por el contrario, distancia, hostilidad, etc.

De importancia pragmática es la capacidad del vocativo para **estructurar la conversación**, delimitar los turnos conversacionales y su distribución o, en general, facilitar el desarrollo fluido de la interacción. Los vocativos ayudan, por ejemplo, en la transferencia, retención, recuperación o petición de la palabra, incluso violenta o ilegítima. En cuanto a la superestructura de la conversación según van Dijk (véase la sección 3.7), también pueden distinguirse vocativos que se realizan en la fase preparatoria de la interacción, en el inicio propiamente dicho (o «apertura») de la interacción, en la orientación temática, en la fase final (o «cierre») o en la despedida. En otras palabras, contribuyen a la **coherencia** conversacional. Los vocativos autónomos también pueden suplir la función de saludo.

Bañón (1993: 26 y ss.), además, considera esencial destacar que los vocativos representan funciones **intensivas** o **distensivas** (en otros lugares también enfáticas, acentuadoras o focalizadoras, por un lado, o mitigadoras, atenuadoras, por otro), es decir, las que apoyan la fuerza ilocutiva. Este rasgo podría emparentarse con el planteamiento de la teoría de la relevancia de Blakemore (2006: 223, etc.), en el que tal tipo de vocativo adoptaría un significado más bien procedimental,

mientras que los *vocativos de llamada* (o sea los *vocativos puros*) y sus homólogos estarían más cerca del significado conceptual, referencial. El énfasis mediado por el vocativo es entonces una forma de **ostensión**, cuya finalidad es dotar de la máxima relevancia a lo que se dice para que el destinatario acceda a la intención del hablante y actúe en consonancia con ella (véase la sección 3.5). En este sentido, la ostensión es también un medio de persuasión, es decir, tiene una función **persuasiva**. El énfasis o la atenuación, naturalmente, van acompañados de efectos acústicos especiales, como acentuación, alargamiento, susurro, etc.

En consecuencia, creemos que es bien evidente que esta concepción funcional de los vocativos es compatible con todo lo que se ha tratado en los capítulos anteriores (ya sea el enfoque del análisis de la conversación, el pragmático, el discursivo-social o el de los marcadores conversacionales), hecho que entendemos como una confirmación más de que los vocativos sí pueden considerarse marcadores. Las funciones heterogéneas y no sistematizadas introducidas por Bañón son luego consolidadas por Kleinknecht (2013: 244 y ss.), quien distingue tres clases básicas de funciones de marcadores vocativos:

1. Función **relacional**, en la que entrarían los vocativos que definen la relación entre los interlocutores: la actitud del hablante hacia el oyente y hacia lo que se dice; la solidaridad y la igualdad; la cortesía, es decir, fomentan la imagen positiva o mitigan (atenúan) la posible amenaza de la imagen negativa, etc. –a esto se asocia la elección estilística, que determina si es apropiado utilizar el vocativo/marcador o no–. Para este tipo, coocurrencia con frases este-reotipadas como los saludos es habitual.

2. Función **atencional** (correspondiente a la función fática de Jakobson): sirve para atraer la atención, dirigirse a alguien, interpe-lar o apelar; para mantener, controlar y recuperar la atención/el contacto. Además, se utiliza para organizar los turnos de habla y para segmentarla (lo que se corresponde más bien con la función metadiscursiva) y, en parte, para subrayar la importancia de lo que se dice.

3. Funciones **enfática** y **expresiva**, cuyo objetivo es llamar la aten-ción sobre determinadas partes del enunciado o del turno y sobre su estructura informativa, aportando expresividad y énfasis, reforzando

do la ilocución. Entran aquí también las exclamaciones y la coocurrencia con los imperativos (cf. Sonnenhauser y Aziz Hanna, 2013: 11; y la función conativa de Jakobson, sección 3.8). En las exclamaciones, el propio vocativo/marcador es portador de expresividad y emoción, no enfatiza nada, no indica relaciones personales, marca un suspiro o una reacción ante la situación que se está viviendo y suele ser independiente.

Pero también aquí queda patente (como en el caso de Jakobson) que el marcador vocativo rara vez cumple una función única; por regla general, documentamos varias funciones simultáneamente: por ejemplo, la función apelativa se combina con las funciones expresiva y relacional, un mismo marcador puede servir para estructurar la conversación, retener la palabra y expresar solidaridad, etc. El modelo funcional por sí solo no basta para comprender los marcadores vocativos, ni los marcadores en general, de ahí que haya que buscar otra salida complementaria. De la capacidad de un marcador para estructurar la conversación y delimitar sus segmentos se deduce que será importante observar en qué lugares de la conversación se sitúa. Y cabe esperar que ciertas ranuras se asocien preferentemente a unas funciones determinadas, como se pudo apreciar en el AC y en Schiffrin (1987).

3.11.3.2 Modelo funcional-posicional

La autonomía sintáctica tanto de los vocativos como de los marcadores hace que se produzcan en distintas posiciones respecto de su unidad lingüística de referencia (Bañón, 1993, considera como unidad referencial un enunciado al estilo de Bajtín; Leech, 1999, trabaja más con turnos). Por regla general, se distinguen un total de tres posiciones posibles, a saber, la inicial, la central (es decir, media o interna) y la final, lo que coincide con la perspectiva del AC (véase, por ejemplo, la sección 2.7). El sistema triposicional del vocativo en la literatura española se basa principalmente en el clásico *Esbozo* de la RAE (1974: 407) y es defendido por la gran mayoría de autores, como Gili Gaya (1943), Haverkate (1991), Dini (1998), Jørgensen (2009, 2011), Klein-knecht (2013), entre otros.

Esta clasificación, sin embargo, no es simplemente una declaración de que los vocativos puedan colocarse arbitrariamente en las tres posiciones; al contrario, a cada posición le son inherentes funciones diferentes. En concreto, la principal distinción consiste en que la función primaria del vocativo en la posición **inicial** es la de atraer la aten-

ción de alguien, esto es, la función atencional, en tanto que la función del vocativo en las posiciones **central** y **final** tiene más que ver con estrategias enfáticas o atenuativas, continuadoras y de relleno, expresividad del enunciado o mantenimiento del contacto con el interlocutor. El vocativo en posición central también puede ser un mero suspiro, mientras que la posición final se asocia a rutinas como saludos y expresiones de agradecimiento, apéndices conversacionales, etc.

Una concepción similar se encuentra en Leech (1999), quien asigna de nuevo la función de atraer la atención a la posición inicial, mientras que el papel de la posición central y final es, según él, mantener y reforzar las relaciones sociales. Por otro lado, se supone que todas las posiciones contribuyen a la acertada identificación del destinatario intencionado, por ejemplo, cuando hay varios participantes en la comunicación.

El sistema triposicional es popular entre los autores probablemente porque es sencillo y fácil de manejar. Pero la dificultad estriba en que lo que es la posición final para un enunciado (por ejemplo, oracional) puede no serlo para un turno y, mucho menos, para toda la conversación. Por esta razón, es crucial pensar para los análisis en las llamadas posiciones absolutas y relativas (cf. Šmířová, 2014a: 101 y ss.; Bañón, 1993: 40 y ss.). Una posición inicial absoluta puede constituir el comienzo total de la interacción (o bien del turno o del primer enunciado), una posición inicial relativa es la ranura inicial de un enunciado que no sea el primero del turno, etc. Un vocativo que se sitúa tras la primera parte de un enunciado multioracional puede considerarse tanto interno como final relativo, mientras que como posición final absoluta solo puede considerarse su aparición tras un enunciado multioracional completo o, en el caso extremo, al final mismo de la interacción. Y así podríamos continuar y probablemente nunca llegaríamos a agotar todos los posibles casos polémicos.

Sería ideal, por supuesto, que pudiéramos trabajar siempre con unidades que tuvieran límites claros, como ocurre con las oraciones en el texto escrito. No obstante, en una conversación espontánea no planificada (como hemos visto en la sección 3.9.5), la presencia de este tipo de unidades lingüísticas fácilmente reconocibles y claramente definibles es poco frecuente y, de hecho, no es natural (cf. Briz, 1997a, 1997b, *unidades de comunicación*; aquí la sección 3.10). Por ello, no es infrecuente que los autores acudan a términos un tanto elocuentes y vagos como *unidad de habla* (*unit of talk* en Schiffrin, 1987), *UCT* (véase la sección sobre el análisis de la conversación, 2.6.1) o *unidad*

C, es decir, una unidad comunicativa que puede corresponder a una frase pero que puede no contener un verbo finito (*C-unit* en Leech, 1999: 108). Aun así, los enunciados y los turnos siguen predominando en la bibliografía, si bien su definición y extensión varían de un autor a otro, e incluso pueden variar dentro de una misma publicación (véase Bañón, 1993).

En consecuencia, cuando se trata de análisis cualitativos, en los casos controvertidos conviene precisar explícitamente si se trata de la posición inicial, central, final *respecto del turno, del enunciado, del acto de habla*, etc. Si bien el análisis no será terminológicamente coherente, su carácter descriptivo detallado le permitirá al investigador o al lector orientarse de forma más o menos fiable en la situación (justamente a esto pueden asociarse las objeciones sobre el uso de un metalenguaje inflexible y no adaptable del AD, véase Gallardo, 1996: 20). En cambio, para el análisis cuantitativo, los límites borrosos constituyen un problema que puede tener graves repercusiones, ya que, si la unidad no está claramente definida, no puede efectuarse una medición fiable, válida y repetible. Con una complicación de este tipo nos encontramos en los análisis de Jørgensen (2011), que examinó la frecuencia de los marcadores vocativos *tío/a, huevón/a y boludo/a* por posiciones, y en varios casos nos vimos obligados a concluir que nosotros les habríamos asignado una posición distinta de la que les había sido asignada por la propia autora.

Uno de los casos que Jørgensen (2011: 139, ej. 14) considera como ejemplo de posición media podría percibirse como una posición final de enunciado, porque, en cuanto a su contenido, la parte que le sigue al marcador vocativo no parece ser una continuación del enunciado que lo precede. Concretamente, «hoy sábado» no parece tener una conexión lógica con que alguien tenga una birome. Además, lo más probable es que el marcador interjetivo *ay* esté marcando un cambio de tema, por lo que será un elemento inicial relativo del nuevo enunciado, haciendo del anterior marcador un elemento claramente final:

(4) hoy sábado, *boluda*, ay yo tengo una birome

Además, dicha conclusión analítica de la autora se contradice con otro de sus juicios, a saber, que el ejemplo siguiente es un caso de ocurrencia final de enunciado (Jørgensen, 2011: 140, ej. 26):

(5) yo, si quieres, *tía*, nos vamos por ahí

Otra elección (en nuestra opinión algo desafortunada) es que la autora declara que tomará el enunciado como su unidad referencial, pero luego añade que, para ella, la posición final es la precedida por tres o menos palabras (Jørgensen, 2011: 139, ej. 21), lo que prácticamente no deja espacio para la realización de la posición media, y posteriormente contradice esta afirmación con sus propios ejemplos, cuando considera el siguiente fragmento como un ejemplo de posición inicial:

(6) bueno, *tía*, venga pero esto déjate para arriba

Podríamos dar otros ejemplos, pero no es nuestro objetivo presentar aquí un análisis crítico de la publicación en cuestión, sino tan solo señalar que las conclusiones de los análisis cuantitativos que parten de una base similar no pueden considerarse absolutamente válidas. Por tanto, quisiera decirse que, a menos que se pueda delimitar inequívocamente la unidad referencial, es prácticamente imposible llevar a cabo análisis numéricos fiables dentro de un modelo funcional-posicional, por muy importantes que puedan resultar para identificar la función dominante dentro de una posición. Lo que sí es posible, sin embargo, es un enfoque aproximado que cuente con margen para el error y que no pretenda cuantificar con exactitud, sino obtener información básica sobre si una u otra función domina dentro de una posición determinada, y viceversa.

La complejidad posicional también ha sido observada por Bañón (1993: 32 y ss.) quien, en un intento de refinar y precisar el enfoque analítico, va más allá del modelo triposicional e identifica otras alternativas. En la escala marginal-central-marginal (concebida sintagmático-**linealmente** y no estructural o semánticamente), diferencia un total de siete variantes posicionales (véase la Tabla 3). Aparte de estas variantes posicionales, distingue un vocativo autónomo (un enunciado no oracional vocativo) y una «variante interposicional» denominada *axial*, que no se define de forma estrictamente lineal, sino más bien sintáctica y semánticamente, puesto que su finalidad es ser el eje divisorio o pivote entre dos frases de contenido idéntico, o entre construcciones repetitivo-recursivas como *Que sí, hombre, que sí* (tomado de Bañón, 1993: 40), en las que el vocativo le añade dramatismo a lo que se comunica y/o es un elemento ironizante.

Tabla 3: Tipología posicional del vocativo (Bañón, 1993: 32; modificada)

POSICIONALIDAD						
marginal inicial	posmarginal	precentral	central	poscentral	premarginal	marginal final
INTERPOSICIONALIDAD						
axial						

En cuanto a la distribución posicional, Bañón (1993: 33) llama la atención, en primera instancia, sobre el hecho de que los enunciados en la interacción informal tienden a ser más cortos, así como los tipos de enunciados para los que es característica la coocurrencia con el vocativo (por ejemplo, los enunciados imperativos o exhortativos), por lo que a menudo se produce una neutralización de las posiciones. En tales casos, en aras de una mayor distintividad, se da prioridad a la posición más cercana a uno de los dos polos extremos. Como ejemplo, cita la neutralización de las posiciones posmarginal y precentral en *Yo, Luis, tengo la razón*, en el que –en última instancia– también se neutralizan varias posiciones más. No obstante, a pesar de estas neutralizaciones, conviene caracterizar brevemente cada posición:

Uno de los tipos posicionales menos frecuentes es el vocativo **central** (o medio, medial), que se sitúa entre dos unidades más o menos simétricas, pero que no son idénticas en contenido (repetitivas), como ocurre con el vocativo axial. Un vocativo central relativamente frecuente en español es el intercalado en un enunciado oracional, con el verbo a un lado del vocativo y los complementos al otro, como en *Vámonos, hija, para casa* (véase Bañón, 1993: 33). La posición central la ocupan, además, como ya se ha indicado, los vocativos que enfatizan lo que se ha dicho o lo que se va a decir, o que son meros suspiros autorreferenciales, expresiones de soliloquio.

Por otra parte, los más importantes son los polos extremos, es decir, la posición inicial marginal y la final marginal. Dependiendo del tipo de vocativo (y a menudo en consonancia con los requisitos de la superestructura de la conversación según van Dijk), en algunos puede predominar la posición inicial, mientras que en otros la final (cf. también el comentario sobre las posiciones de los marcadores en la sección 3.11.1).

En cuanto a los vocativos **iniciales**, de los que ya se ha dicho en varias ocasiones que su tarea primordial es atraer la atención del oyente o llamar su atención sobre algo que se está diciendo, también

podemos documentar su importante naturaleza reactiva, en la que la intención del hablante ya no es establecer comunicación con el destinatario, sino reaccionar ante una situación (sobre todo no verbal) que se estaba desarrollando en un segundo plano (por ejemplo, podría tratarse de un regaño a un niño que ha roto algo, etc.). Los vocativos reactivos también son ampliamente utilizados por los adolescentes cuando, por ejemplo, quieren reaccionar repentinamente ante algo sorprendente, cambiar de tema, etc. La elección léxica del vocativo inicial también revela ya desde el principio la relación que hay entre los interlocutores (por ejemplo, a/simétrica, amistosa, jerárquica).

La posición **final** es muy natural sobre todo para aquellos vocativos que aparecen en apéndices conversacionales, acompañando a despedidas, agradecimientos, disculpas, etc. (Bañón, 1993: 35 pone de ejemplo *Perdona, chica*, y otros). Además, estos ejemplos apoyan o enfatizan la disculpa; al utilizarlos, el hablante intenta reducir el impacto negativo de su acción anterior, promover la imagen positiva del destinatario y mitigar la amenaza de su imagen negativa. Se observa, pues, como asimismo se ha mencionado antes, que a la posición final le son propias las funciones intensiva y distensiva. También aquí la elección léxica es crucial, ya que mediante una expresión adecuadamente elegida el hablante puede enfatizar o mitigar lo que dice, darle un tono irónico al mensaje, etc. Sin embargo, no siempre es evidente *a priori* si el vocativo es atenuador o intensificador, y esta información debe ser reconstruida inferencialmente por el destinatario sobre la base del contexto, los conocimientos compartidos y las cualidades fónicas acompañantes del vocativo.

En cuanto a las demás posiciones, Bañón (1993: 37) considera vocativos posmarginales y premarginales a los que se sitúan inmediatamente después o inmediatamente antes de la ranura extrema del enunciado. Un vocativo **posmarginal**, por tanto, es aquel que se sitúa inmediatamente después de la parte inicial del enunciado, circunstancia que resulta muy favorable para su coocurrencia con otras expresiones situacionalmente reactivas (por ejemplo, interjecciones como *ay, ah, oh*) o con marcadores conversacionales (*mira/á, anda/á, pero*) que se colocan al principio del enunciado. La combinación de estos dos elementos consecutivos suele darle al enunciado un énfasis o una expresividad especiales. Lo mismo ocurre con las partículas de respuesta (de aserción y negación como *sí, no*, etc.) o los marcadores de modalidad deóntica o epistémica (*vale, dale, bien; claro, obvio*), en los que el vocativo sirve principalmente como recurso tensivo al enfatizar

actitudes. Los marcadores posmarginales también pueden funcionar como tematizadores y rematizadores auxiliares. De acuerdo con Bañón (1993: 38), los vocativos **premarginales** son menos frecuentes y suelen preceder a circunstantes, apéndices conversacionales (*en fin, yo qué sé, de verdad*) o expresiones de matización o especificación.

Por último, cabe mencionar las posiciones **precentral** y **poscentral**. Teniendo en cuenta que los enunciados en la interacción oral, según Bañón, tienen una extensión limitada, es decir, son breves, no suele haber espacio para la realización de vocativos pre y poscentrales, ya que quedan neutralizados por expresiones pos o premarginales o por la posición central. Aun así, podríamos suponer aquí que se trataría preferentemente de enfatizadores, continuadores o vocativos que controlan el contacto con el oyente.

Parece, por tanto, que desde un punto de vista funcional solo pueden distinguirse dos tipos posicionales básicos de vocativos y, por ende, de marcadores, definidos por la oposición inicial-no inicial, o +/- inicial. Si existe una diferencia significativa entre la posición central y la final solo deberá determinarse mediante análisis específicos (cf. los capítulos 8-10).

Queda por señalar, sin embargo, que ni siquiera en el caso de Bañón, que (como hemos visto) utiliza sistemáticamente el enunciado como unidad de referencia, el análisis de las posiciones es siempre unívoco. Por ejemplo, en *Vámonos, hija, para casa* se declara la posición central (p. 33), en *Para la moto, hombre, con pantalones va mejor* la posición posmarginal (p. 37) y en *Tienes unos ojos, hija mía, que son una película* la posición final relativa (p. 40), para las que podría especularse sobre una clasificación posicional diferente o una neutralización, por lo que insistimos en que los análisis cualitativos sean minuciosos a la hora de describir los casos polémicos y los análisis cuantitativos sean aproximados, no estadísticamente rigurosos.

3.12 Resumen

El tercer capítulo se dedicó al análisis del discurso. Explicamos que desde finales de los años setenta y principios de los ochenta se han ido desarrollando paralelamente diferentes enfoques de esta disciplina. Indicamos que el análisis del discurso de Georgetown, representado por Schiffrin y otros, sería especialmente relevante para nuestro trabajo, ya que representa una aproximación funcional(ista) y toma en

consideración una perspectiva sociolingüística. Asimismo, tratamos de señalar la disputa terminológica en torno a la delimitación de los términos texto, discurso y conversación, y afirmamos que la conversación –entendida como un sistema autónomo y distintivo– ocuparía un lugar central en nuestros análisis. Se prestó atención a la coherencia y a las funciones en la conversación e introdujimos también conceptos clave de la pragmática (actos de habla, principio de cooperación, inferencia, relevancia) y de la sociolingüística interaccional (contextualización, estilo, cortesía, igualdad y jerarquía) que deben tenerse en cuenta a la hora de analizar la conversación. Además, discutimos la dificultad de definir una unidad referencial para una fiable investigación de los marcadores conversacionales. Posteriormente, presentamos la concepción hispánica de análisis del discurso y a sus principales figuras. Por último, abordamos el tema de los marcadores discursivos y conversacionales en sí e intentamos aclarar bajo qué circunstancias los vocativos pueden llegar a considerarse marcadores y qué implicaciones tiene esto para los análisis.

4. Sociolingüística



4.1 Marcadores en el contexto de la sociolingüística

Dado que los marcadores –sobre todo los conversacionales– pueden ser típicos de una determinada comunidad de hablantes delimitada territorial o socialmente, no sería razonable no reflejar este aspecto de su carácter en los análisis lingüísticos. Por ejemplo, puede darse el caso de que, mientras algunos marcadores se utilicen de forma más o menos uniforme en toda la comunidad lingüística objeto de estudio, o en toda la población seleccionada, otras partículas conversacionales sean propias de la comunicación dentro de una determinada categoría de edad, clase social o grupo de interés.

Por este motivo, consideramos esencial que los marcadores conversacionales, es decir, aquellos que se producen en la interacción cotidiana y espontánea, esto es, en el contacto social entre dos o más personas que mantienen una comunicación cara a cara en un momento dado y en un lugar dado, se estudien también desde un punto de vista sociolingüístico, atendiendo a sus rasgos socialmente más sintomáticos, es decir, centrándose en el factor sociológico que resulte más relevante y tenga un evidente valor explicativo para captar su naturaleza.⁷⁷

El problema de los análisis sociolingüísticos a este respecto es que, si bien se ha prestado mucha atención a los aspectos fonético-fonológicos (por ejemplo, Labov, 1972, etc.; Nekvapil 2000/2001: 19), y algo menos, pero aún con cierta frecuencia, se ha estudiado la variación morfológica o sintáctica (López, 2004: 57 y ss.; Milroy y Gordon, 2003: capítulo 7; Šmídová, 2018: 211 y ss.), la investigación de orientación sociolingüística sobre los elementos o fenómenos léxicos y, por extensión, discursivos sigue siendo una rareza y una excepción

77 Si no se dispone de bibliografía que haya abordado el fenómeno, para poder determinar un valor explicativo aceptable de un factor sociológico en un marcador concreto, primero deberá realizarse una observación preliminar o un estudio piloto (pero de esto trataremos más en los capítulos 4.4.2; 6, etc.).

a la regla más que un ejemplo clásico de buena práctica. Esto más probablemente se deba a que captar una expresión para que «salga del hablante» de forma completamente espontánea, es decir, para que su (no) uso no se vea influido negativamente por la *paradoja del observador* (Labov, 1972: 209, etc.; véase también las secciones 4.4.4 y 6.2 aquí), es muy complicado y –a diferencia de la recolección de datos para un análisis sociolingüístico del aspecto fónico del habla– prácticamente imposible de suscitar. No obstante, volveremos sobre esta cuestión más adelante (véase el capítulo 6).

Otra dificultad de la investigación sociolingüística sobre marcadores conversacionales reside en que la propia sociolingüística, como rama de la lingüística, en sí misma está internamente diferenciada en varias subdisciplinas, cuyas diferencias mutuas son a veces tan acentuadas que condicionan la elección de enfoques e instrumentos metodológicos completamente distintos y conducen a resultados de naturaleza muy heterogénea. Hablamos aquí específicamente de la diferencia conceptual fundamental entre **la sociolingüística interaccional de Gumperz**, orientada cualitativamente (o interpretativamente; cf. el capítulo 6) y a través de la cual el marcador conversacional podría considerarse como una clave contextualizadora cuyas funciones deben describirse minuciosamente, y **la sociolingüística variacionista de Labov**, basada en una investigación cuantitativa y dentro de la cual el marcador se entendería como una variable lingüística vinculada socialmente (cf. también Nekvapil, 2000/2001: 15, 18 y ss.).

Más adelante, intentaremos resumir brevemente las diferencias principales entre estos dos enfoques, pero antes será necesario hacer una breve digresión a la historia de la sociolingüística y a una explicación de su concepción inicial.

4.2 Desarrollo y diferenciación de la sociolingüística

Tradicionalmente, el objeto general de la sociolingüística ha sido el estudio de **la relación entre lengua y sociedad** (Nekvapil, 2000/2001: 15, 18; Neustupný, 2002: 430; Hernández y Almeida, 2005: 1; cf. también Šmídová, 2014a: 40, etc.). Como su propio nombre indica, se trata de un campo que opera en la interfaz entre la sociología y la lingüística y que pretende combinar los métodos de ambas disciplinas. Cabe

señalar que la concepción primaria de las disciplinas constitutivas, es decir, la sociología y la lingüística, implica que cada una de ellas está interesada en aspectos algo diferentes a nivel de la relación lengua-sociedad. Es de esperar, por tanto, que la **sociología**, que estudia la influencia de diversos factores en la evolución, la organización y el funcionamiento de la sociedad, se interese más por el papel de la lengua en la formación y la organización de la sociedad y, a la inversa, que la **lingüística**, cuyo objeto es el estudio de la lengua, se interese especialmente por el impacto de los cambios en la sociedad y la influencia de los factores sociológicos en general en la evolución y la estructura de la lengua.

Sin embargo, como sabemos del capítulo sobre el análisis de la conversación (el capítulo 2), la sociología –desde sus inicios en el siglo XIX– no estuvo especialmente interesada en el estudio sistemático del lenguaje y su influencia en la sociedad. Y no fue hasta la década de 1960 que se produjo un gran avance, cuando Sacks se distanció de las teorías y métodos sociológicos contemporáneos y comenzó a examinar la organización de la sociedad precisamente a través del análisis de la conversación. Un desarrollo análogo tuvo lugar en la lingüística en la misma época, cuando algunos lingüistas estadounidenses, encabezados por William Labov, adoptaron una postura crítica hacia la aproximación estrictamente teórica a la lengua, especialmente hacia la corriente generativista. Nekvapil apunta:

La sociolingüística empezó a formarse a partir de la década de 1960 en oposición a los fundamentos teóricos de la lingüística chomskiana, en particular polemizó con la idea metodológica del hablante u oyente ideal que vive en una comunidad lingüística homogénea y con la tesis de que la competencia lingüística de dicho hablante debería ser el objeto de la teoría lingüística; en cambio, la sociolingüística puso de relieve la variación social y situacional de la lengua y el estudio de la competencia comunicativa de los hablantes en general (Nekvapil, 2000/2001: 15; cf. también la sección 2.4).

En vista de que en este capítulo queremos ocuparnos de la **sociolingüística**, no de la «**linguosociología**», dejaremos de lado el interés de la sociología por los temas lingüísticos, dado que ya lo tratamos con bastante detalle en el capítulo 2. En consecuencia, se hará hincapié en los fenómenos **lingüísticos** situados en un contexto social, aunque

cabe tener en cuenta la disciplina fronteriza de la sociología del lenguaje de Joshua Fishman y sus seguidores, que se acerca más a una perspectiva sociológica pero que –al mismo tiempo– está profundamente arraigada en la tradición lingüística (Neustupný, 2002: 431, la denomina disciplina sociolingüística «situada en las redes de la sociología»), puesto que se ocupa, entre otras cosas, de cuestiones de planificación lingüística y del contacto de dos o más lenguas (bilingüismo o multilingüismo) o variedades lingüísticas (diglosia).

Desde nuestro punto de vista, no obstante, la rama más importante es el enfoque variacionista de William Labov, que ya hemos esbozado anteriormente. Labov es una figura clave de la sociolingüística por varias razones: en primer lugar, porque destacó la necesidad de estudiar no solo el sistema lingüístico y su estructura interna rígida idealizada, sino también su variación con respecto al contexto social y situacional en el que tiene lugar la comunicación. También es famoso por estudiar el proceso de cambio lingüístico y la influencia de factores sociológicos como la edad, el sexo, la situación socioeconómica y la etnia en el uso de la lengua (se le considera el autor de la teoría de la estratificación lingüística).

Asimismo, constituye una aportación significativa de Labov a la lingüística la introducción de técnicas estadísticas, es decir, cuantitativas, en una disciplina hasta entonces fundamentalmente introspectiva, así como la introducción de nuevos métodos de recopilación del material lingüístico auténtico para su posterior análisis. Como una especie de medida de la adecuación de los métodos de obtención de material, Labov estableció *la paradoja del observador* (1972: 209), que se mencionará más adelante. Entre los trabajos más conocidos de este autor se encuentran los estudios sobre los dialectos de los habitantes de Martha's Vineyard, sobre la estratificación social del inglés en Nueva York y sobre el inglés afroamericano. La publicación más famosa es, sin duda, la monografía *Sociolinguistic Patterns* del año 1972, que integra todas estas aportaciones.

Ahora bien, a menudo se señala que la sociolingüística no surgió de repente en la década de 1960 en Estados Unidos, sino que algunas de sus subdisciplinas se habían cultivado en distintos lugares mucho antes, por ejemplo, la retórica, la estilística y la dialectología (Neustupný, 2002: 430). Quedándonos por ahora con el continente americano, Milroy y Gordon (2003: 9 y ss.) incluyen entre los precursores de la sociolingüística, junto a los dialectólogos, a los descriptivistas estadounidenses.

La conexión entre el descriptivismo estadounidense y la sociolingüística la ven, en particular, en el interés por los datos empíricos y el trabajo de campo a la hora de describir la lengua, o también en el uso de *pruebas de sustitución* (es decir, *pruebas conmutativas*, véase la referencia de Milroy y Gordon a Harris, 1951: 31). Sin embargo, la contradicción con la sociolingüística laboviana reside en la persistente tendencia de los descriptivistas a basar sus análisis no solo en textos reales sino también, paralelamente, en los juicios introspectivos y subjetivos de los hablantes nativos, sobre todo a la hora de establecer la posible sustituibilidad de un elemento lingüístico por otro. Los sociolingüistas, en cambio, intentan basarse exclusivamente en ocurrencias objetivamente documentadas en su entorno natural para identificar las variantes sustituibles.

En cuanto a la contribución de la dialectología tradicional, es decir, una corriente que fue desarrollándose desde el siglo XIX hasta la década de 1960, ha sido inspiradora para los sociolingüistas la observación y descripción de las diferencias lingüísticas enfocada geográficamente, mientras que la elección del grupo objeto de estudio, que era predominantemente el de ancianos rurales no migrantes y asentados de forma permanente, se ha identificado como una deficiencia clave que llevó a descuidar sistemáticamente el estudio del habla de las mujeres, de la juventud y de las variedades urbanas, así como a desatender el impacto de la migración en el uso de la lengua. El método principal de la investigación dialectológica tradicional, a saber, el cuestionario, resulta también controvertido en términos de fiabilidad, pues conlleva un notable riesgo de sesgo debido al refinamiento no deseado de las respuestas por parte de los encuestados (Milroy y Gordon, 2003: 15-22).

En fases posteriores, la dialectología (en parte ya bajo la influencia de la propia sociolingüística) se alejó del enfoque puramente diacrónico y dejó de limitarse a las poblaciones de mayor edad de las zonas rurales. Cada vez más, las investigaciones fueron abandonando la búsqueda de un dialecto «puro» y centrándose en las variedades urbanas. Se hizo un esfuerzo por estudiar el habla cotidiana contemporánea y las distintas variantes alternantes. Se identificó a la juventud como a los usuarios principales de los recursos lingüísticos progresistas, lo que la situó en el primer plano de investigación. En un intento de aumentar la representatividad de los datos, se idearon esquemas más refinados, con una representación de categorías de hablantes más diversas de lo que era habitual en los atlas originales. La

separación tradicional de las zonas dialectales mediante isoglosas ha sido sustituida en la dialectología moderna por mapas probabilísticos basados en métodos cuantitativos. Así pues, todos estos pasos han acercado mucho más la dialectología a la sociolingüística (no solo) variacionista (Milroy y Gordon, 2003: 15-22).

Más allá de la dialectología, que contribuyó al desarrollo de la sociolingüística y que a su vez se vio posteriormente influida por ella, la antropología también influyó en la disciplina, dando lugar a la etnolingüística y a la corriente interpretativa o interaccional de la sociolingüística. Su principal representante es, sin duda, Gumperz, de quien se hablará más adelante (especialmente en la sección 4.3). Sin embargo, algunos estudiosos británicos también pueden asociarse a la lingüística influenciada por la sociología, por ejemplo, Bernstein, conocido por su teoría de los códigos restringidos y elaborados, cuyo uso está directamente vinculado a la clase social a la que pertenece el hablante, e indudablemente también Halliday, por su enfoque semiótico social del lenguaje (Černý, 1996: 391).

Fuera del continente americano, merece una breve mención el desarrollo de la sociolingüística checa. Como señala Neustupný (2002: 430), desde la fundación del Círculo Lingüístico de Praga, sus miembros ya estaban interesados en algunos componentes de la sociolingüística, como la estilística o la dialectología, y la propia revista *Slovo a slovesnost* (que goza de un gran renombre), según él, tuvo una orientación predominantemente sociolingüística desde sus inicios en los años 30 hasta el periodo de posguerra. En particular, se le atribuye una gran contribución en este ámbito a Havránek, por ejemplo, en los temas de la lengua prescriptiva, la cultura lingüística y el estudio de los dialectos checos, aunque también a otros representantes de la escuela de Praga (Černý, 1996: 153, 391). En la época soviética, sin embargo, una corriente de sociolingüística ideológicamente vinculada (influida más por la sociología marxista que por la sociología original de Comte) dominó el territorio. Sus principales exponentes eran Švejc y Nikolskij, y su obra llegó a la conciencia checa principalmente a través del artículo de Petr «Český překlad sovětské práce o sociolinguistice» [«Traducción checa de la obra soviética sobre sociolingüística»] de 1984, publicado en otra renombrada revista checa *Naše řeč* (véase Černý, 1996: 391 y s.; Petr, 1984; cf. Šmídová, 2014a: 40 y ss.).

Tampoco en el ámbito francófono las cuestiones sociolingüísticas permanecieron completamente en segundo plano. El propio Saussure ya había señalado el carácter social de la lengua, pero más tarde

este tema quedó más bien al margen (cf. Labov, 1972: 185). No obstante, su idea fue elaborada por representantes de la escuela sociológica francesa, ante todo por Meillet y Vendryès; sobre la sociología de la lengua, a su vez, escribe Cohen en la segunda mitad de la década de 1950 (Černý, 1996: 116 y ss., 390).

En el mundo hispanohablante, en cambio, según López (2004: 8 y ss.), el interés por las cuestiones sociolingüísticas es mucho más tardío que en los países antes mencionados. Aunque en la década de 1970 se publicaron varias obras parciales sobre el tema, su difusión fue tan escasa y su repercusión tan limitada que solo podemos hablar de la primera gran publicación sociolingüística en español en 1989 –en concreto, la obra de la autora de procedencia chilena Silva-Corvalán, *Sociolingüística: Teoría y análisis*–. La traducción de obras pioneras también supuso una situación algo insatisfactoria, ya que, por ejemplo, *Sociolinguistic Patterns* de Labov no se publicó por primera vez en español hasta 11 años después del original, en 1983. Y hubo que esperar hasta el cambio de los siglos XX y XXI para que la sociolingüística entre hispanistas floreciera en mayor medida, gracias, sobre todo, a autores como Humberto López Morales, Manuel Almeida, Manuel Alvar, Francisco Moreno, Carmen Silva-Corvalán, María Beatriz Fontanella de Weinberg, Beatriz Lavandera, por mencionar solo algunos.

Las diversas influencias en el surgimiento y desarrollo de la sociolingüística han dado lugar a una compleja diferenciación interna y dificultan una clara definición de los límites de la disciplina. Esto probablemente se deba al hecho de que el objeto de la sociolingüística, es decir, el estudio de la relación entre lengua y sociedad conlleva una amplia gama de posibles temas que pueden explorarse dentro de ella (por ejemplo, lengua y estratificación social, lengua y poder o solidaridad, lengua y cortesía, lengua y género, lengua y política). Por lo tanto, en la bibliografía encontramos una gran variedad de clasificaciones, algunas de las cuales se solapan, en tanto que otras divergen en muchos aspectos.

Nekvapil (2012: 228), por ejemplo, menciona la clasificación de Dittmar según cuatro paradigmas fundamentales, que son la sociolingüística variacionista, la sociología del lenguaje, la etnografía de la comunicación y la sociolingüística interaccional. Neustupný (2002: 430 y s.) también distingue cuatro ramas de la sociolingüística (SL), siendo las dos primeras cercanas en su naturaleza a la división de Dittmar, pero las dos segundas de ámbito algo más amplio: 1. la SL de la relación entre lengua y sociedad (la teoría de la relatividad lingüística

de Sapir y Whorf, la teoría de los códigos lingüísticos de Bernstein, la sociología del lenguaje), 2. la SL de la variación (el estudio de los sociolectos, dialectos, variedades funcionales y el paradigma variacionista laboviano), 3. la SL de los componentes extragramaticales de la comunicación (la etnografía de la comunicación, todo el campo de la pragmática, las funciones lingüísticas, la cortesía, el mecanismo de turnos de habla, el análisis del discurso y la teoría de los actos de habla) y 4. la SL de los problemas lingüísticos (planificación lingüística, teorías de los *lapsus linguae*, corrección, etnometodología, contacto lingüístico, adquisición de la lengua, estrategias de comunicación, etc.; véase también Šmídová, 2014a: 43 y s.).

Aquí dejaremos de lado la división de Neustupný, principalmente porque las cuestiones de la pragmática, la teoría de los actos de habla, las funciones lingüísticas, el análisis del discurso, la cortesía, la ordenación de los turnos de habla, la etnometodología y otras ya se han tratado en detalle en los capítulos sobre el análisis de la conversación y del discurso, pero sí intentaremos delinear más claramente la distinción entre la sociolingüística interaccional, o sea, interpretativa, y la variacionista, o sea, cuantitativa, ya que representan dos corrientes fundamentales de la disciplina que si bien guardan entre sí diferencias sustanciales, ambas son igualmente relevantes para nuestros análisis.

Comenzaremos primero con la sociolingüística interaccional, pero nos limitaremos a destacar solo algunos aspectos clave relacionados con este paradigma cualitativo, puesto que ya nos hemos ocupado parcialmente de él en el capítulo sobre el discurso (especialmente en la sección 3.6).

4.3 John Gumperz y la sociolingüística interaccional

El fundador de la sociolingüística interaccional es John Gumperz, quien en la década de 1980 comenzó a publicar una serie de libros titulada *Studies in Interactional Sociolinguistics* (el primero fue su propia publicación *Discourse Strategies* en 1982, el cuarto *Politeness: Some Universals in Language Usage* de Brown y Levinson en su forma editada del 1987, y el quinto, también de 1987, fue *Discourse Markers* de Schiffrin). Gumperz colaboró originalmente con Dell Hymes (véase, por ejemplo, la publicación conjunta de 1972), cuyo dominio

era la *etnografía de la comunicación* o *etnografía del habla*, inspirada en la antropolingüística estadounidense (célebre es su modelo de comunicación conocido por el acróstico SPEAKING, bajo el cual Hymes incluye los componentes lingüísticos y no lingüísticos indispensables de la interacción: **S**etting and scene, **P**articipants, **E**nds, **A**ct sequence, **K**ey, **I**nstrumentalities, **N**orms, **G**enre),⁷⁸ por lo que es natural que la obra posterior de Gumperz se viera influida por este modelo (véase también Gumperz, 1982: 154 y ss.).

El propio Gumperz, en sus trabajos más recientes (2003: 215), afirma que su sociolingüística interaccional puede considerarse al mismo tiempo como uno de los enfoques particulares del **análisis del discurso** que, basándose en métodos cualitativos, aspira a llegar a la interpretación más adecuada de lo que los hablantes pretendían transmitir o realizar a través de la interacción cotidiana. Gumperz, en consonancia con Hymes, se muestra crítico ante las abstracciones estructuralistas y se inclina por la opinión de que los **acontecimientos de habla concretos** son un medio más apropiado y accesible para estudiar la comunicación que el análisis de un sistema lingüístico abstracto y ejemplos hipotéticos, ya que estos acontecimientos de habla proporcionan material empírico inmediato para su análisis directo. Además, el valor añadido reside en que todo lo que se dice también se negocia, lo que proporciona una valiosa pista o guía para el análisis, pues al negociar el contenido de la comunicación, los participantes especifican la forma en que ha de interpretarse y entenderse su interacción. Esto está muy próximo tanto a Goffman como a los etnometodólogos (cf. el capítulo 2). No es de extrañar, por tanto, que el propio Gumperz sitúe su enfoque en algún punto entre estos dos polos conceptuales (2003: 216).

Para él, lo esencial es que la interacción refleje el orden social y esté ordenada ella misma, por lo que no solo es necesario el nivel de la gramática y el léxico, sino el nivel de todo el discurso junto con el contexto social y el conocimiento compartido que supone un pre-

78 Como apunta Nekvapil (2012: 228 y s., pero también Milroy y Gordon, 2003: 7), la aportación de Hymes a la sociolingüística en general consiste, asimismo, en que se apartó del estudio exclusivo de la competencia lingüística al estilo tanto de los generativistas como de los estructuralistas, y destacó la necesidad de interesarse por la competencia **comunicativa** global, es decir, por el conjunto de todos los conocimientos que le permiten a un hablante comunicarse en una comunidad lingüística o cultural determinada. Así, aparte de la simple capacidad de utilizar la lengua de manera gramaticalmente correcta, también es importante saber **cómo** utilizarla en diversos contextos y ser capaz de evaluar críticamente cuándo es apropiado hablar, cuándo conviene permanecer en silencio, qué variedad lingüística es aceptable para una situación comunicativa determinada, qué temas son aceptables, etc.

requisito para llegar a un entendimiento mutuo. De igual importancia es el hecho de que la comunicación sea siempre intencionada y orientada a un propósito, es decir, que los comunicantes persigan un objetivo que quieran alcanzar a través de la interacción. Con esta postura, Gumperz se hace eco de Grice (Gumperz, 2003: 216). También comparte con él la creencia de que la comunicación no se sustenta únicamente en lo que se dice literalmente, sino, sobre todo, en lo que se expresa de forma indirecta. Así, la comprensión se basa en **inferencias** (cf. la sección 3.6), que no se derivan tan solo del contenido léxico del mensaje, ni exclusivamente de la sucesión secuencial como en el AC, sino que dependen también de los conocimientos socioculturales compartidos por los hablantes. En efecto, desde el punto de vista de la economía del lenguaje, no es posible que los hablantes lo comuniquen todo en detalle para evitar ambigüedades, sino que es el conocimiento compartido el que les sugerirá cuál de las interpretaciones disponibles es la más probable.

La percepción de la interacción como un sistema basado en inferencias es, según Gumperz, uno de los aspectos clave que distinguen su enfoque del análisis de la conversación (en el que, en otros aspectos, se inspira mucho, especialmente en lo que se refiere a la comprensión del mecanismo conversacional), que sustenta sus conclusiones principalmente en el contexto secuencial local y no en un trasfondo sociocultural común⁷⁹ (cf. la sección 2.6.6). Sin embargo, Gumperz demuestra que, si uno de los participantes en una interacción no está suficientemente familiarizado con el contexto social pertinente, sus presuposiciones y expectativas pueden ser diferentes, lo que da lugar a malentendidos fundamentales, sobre todo en el ámbito de la comunicación intercultural, pero también en la interacción entre personas de estatus social mutuamente desigual, etc. (véase las secciones sobre cortesía y asimetría, 3.9.3-3.9.4). Muchos de los ejemplos de choque cultural se mencionan efectivamente en la publicación de Gumperz de 1982 (cap. 8; pero también en 2003: 220, 224 y s.), donde se relata cómo las personas de origen extranjero son a menudo malinterpretadas en las entrevistas para cursos de formación o puestos de trabajo, y, por ende, rechazadas.

79 En realidad, se trata de una paradoja, ya que Sacks fundamentó su enfoque en la creencia de que la interacción se apoya en un conocimiento sociocultural compartido. Pero él veía su aportación principalmente en la observancia de un esquema conversacional general y menos en la influencia de las entidades sociales individuales o de las circunstancias contextuales externas sobre el curso y el contenido de la interacción. Y es precisamente aquí donde Gumperz ve una laguna en la teoría de Sacks.

Cabe señalar que, para reconocer el contexto o configurarlo, los comunicantes no solo se sirven de los recursos léxicos o gramaticales habituales, sino también de otras claves de contextualización que son socioculturalmente específicas y de las que hemos tratado en la sección 3.6.

4.3.1 Delimitación de la sociolingüística interaccional

La sociolingüística interaccional, como una rama más reciente de la sociolingüística, nace en oposición a la sociolingüística cuantitativa variacionista (cf. Gumperz, 1978: 408, etc.). También se interesa por la diversidad social, la variedad y la variación; pero la variación no la mide en función de factores sociológicos o demográficos clásicos, como son el estatus socioeconómico o el sexo. Desde su perspectiva, los diferentes mundos sociales se conforman a través de la interacción, en la que los hablantes negocian su estatus y forman o cambian dinámicamente su identidad social real (Gumperz, 2003: 218). Para ello, utilizan diferentes estrategias comunicativas.

Una de ellas es la **alternancia de códigos** (*code-switching*), es decir, el cambio entre códigos o variedades lingüísticas, que no siempre se considera un hecho existente regido por normas objetivas (*alternancia de códigos reactiva o responsiva*), sino a menudo una táctica deliberada (*alternancia de códigos proactiva o iniciativa*) que pretende incidir en la interpretación final del mensaje y en la posterior (re)acción del oyente (Gumperz, 2003: 221). Un mismo individuo (de la misma edad y estatus socioeconómico) puede utilizar el elemento o fenómeno lingüístico elegido en un momento dado en función de un contexto y en otro suprimirlo deliberadamente para producir un efecto comunicativo diferente, o viceversa⁸⁰ (para más información, véase los análisis de los capítulos 8 a 10).

Así, un hallazgo importante de la sociolingüística interaccional es que los hablantes tienden a pensar menos en las reglas lingüísticas objetivas, la gramática, etc., y a concentrarse más en su propósito comunicativo. Para lograrlo, se guían por su conocimiento previo de ciertos marcos o patrones de comunicación asociados al tipo de actividad que intentan llevar a cabo en ese momento (cf. también 2.6.7, Levinson, 1992). Los participantes en la comunicación suelen conocer

80 Como veremos más adelante mediante ejemplos concretos, esta situación también puede darse en el caso de los marcadores conversacionales.

ya posibles escenarios basándose en experiencias anteriores, asociarlos a determinadas expresiones lingüísticas o recordarlos a partir de ellas; así pues, la interpretación se ve influida por estos constructos abstractos intertextuales o es el resultado de la confrontación con las expectativas derivadas de ellos (Gumperz, 2003: 219, 222).

4.3.2 Metodología en la sociolingüística interaccional

La sociolingüística interaccional, como ya se ha indicado, de acuerdo con Gumperz (2003: 223 y s.) siempre intenta fundamentar su investigación en datos empíricos, los cuales evalúa cualitativamente. En cuanto a la metodología, en primer lugar, se lleva a cabo un mapeo etnográfico del campo para conocer las prácticas comunicativas locales, descubrir el tipo recurrente de acontecimientos comunicativos que parece ser una fuente probable de datos relevantes con respecto a la pregunta de investigación planteada, y para averiguar mediante la observación y las entrevistas con los informantes clave qué problemas afrontan en la comunicación, cuáles son sus expectativas y sus presuposiciones.

En la siguiente etapa, se procede a la grabación de un conjunto representativo de interacciones. Una vez finalizada la grabación, se analiza el material en cuanto a su contenido y a sus cualidades fónicas con el fin de aislar las unidades de habla en función de la coherencia temática y los indicadores fónicos, estilísticos, semánticos y otros indicadores formales (sobre esto, véase también la sección 3.9.5 *supra*). El objetivo es encontrar aquellas interacciones que confirmen o refuten empíricamente la interpretación hecha por el investigador, proporcionando pruebas con las que se pueda comprobar cuán acertadas son sus hipótesis sobre la intención del hablante.

Las unidades de habla aisladas se transcriben con todos los rasgos no verbales destacados y, a continuación, se buscan todas las claves verbales y no verbales, segmentales y no segmentales, prosódicas, paralingüísticas y de otro tipo en las que los interactuantes se apoyan de forma demostrable en el proceso de interpretación. Este procedimiento permite detectar la ocurrencia característica de una forma lingüística concreta dentro de un contexto específico, es decir, una forma sintomática de ese contexto (Gumperz, 2003: 223 y s.).

Para resumir la concepción de la sociolingüística interaccional tal y como la entiende su fundador,⁸¹ citamos su propia definición:

Yo sostengo que toda comunicación es intencionada y se basa en inferencias que dependen de la suposición de buena fe mutua. Las presuposiciones culturalmente específicas desempeñan un papel clave a la hora de inferir lo que se pretendía (Gumperz, 2003: 216).

Concluimos esta sección recapitulando los rasgos generales de la corriente interpretativa de la sociolingüística, recurriendo a las observaciones de Nekvapil (2000/2001: 18 y s.): 1. los datos fuente son grabaciones de interacciones que se producen de forma natural, y sus transcripciones, 2. el análisis se enfoca en los procesos interpretativos de los comunicantes, esto es, en cómo interpretan las acciones verbales de sus interlocutores y cómo, a su vez, hacen interpretables sus propias acciones comunicativas; y 3. la variación lingüística en la comunicación no es solo un reflejo de la distribución demográfica de la sociedad, sino que, al utilizar diferentes variantes o variedades, el hablante produce algo social, hace algo (cf. también Milroy y Gordon, 2003: 2-3).

Dado que los marcadores típicos de la interacción cotidiana suelen estar asociados a determinadas categorías demográficas (edad, clase, etc.) y, al mismo tiempo, es fácil observar que los hablantes los utilizan en determinados contextos locales y socioculturales para lograr una intención comunicativa deseada, es natural que un análisis que utilice únicamente una perspectiva cuantitativa o, por el contrario, solo una perspectiva cualitativa no sea suficiente ni satisfactorio para captar la compleja naturaleza de los marcadores conversacionales. Por consiguiente, es necesario buscar una manera de combinar ambos enfoques en su estudio (este aspecto se tratará con más detalle en el capítulo 6).

Ahora bien, hasta este momento solo hemos presentado el enfoque cualitativo, o sea, interpretativo. Por lo tanto, nos centraremos a continuación en la perspectiva de la sociolingüística variacionista,

81 La sociolingüística interaccional no es, sin embargo, un campo exclusivo de Gumperz. Ya hemos visto en los capítulos anteriores que Brown y Levinson (1987) con su interés por la cuestión de la cortesía, Tannen con su estudio del estilo conversacional y las relaciones de jerarquía, igualdad, poder y solidaridad (1987, 2007), así como Schiffrin con su análisis sociolingüístico de los marcadores del discurso (1987), se suman a esta vertiente. No obstante, siguiendo a Gumperz, aquí hemos optado por incluir a estos autores en el análisis del discurso para dar prioridad en este capítulo al enfoque cuantitativo original de la sociolingüística.

correlacional, cuantitativa o laboviana con el fin de recapitular sus antecedentes teóricos y metodológicos fundamentales al igual que los aspectos problemáticos de este enfoque. A este respecto, nos basaremos en particular en la obra del propio Labov (1972), en la publicación de Milroy y Gordon (2003), en la obra española de López ([1989], 3ª ed. 2004) y en Nekvapil (2000/2001).

4.4 Sociolingüística variacionista

La sociolingüística variacionista (cf. Nekvapil, 2000/2001; Milroy y Gordon, 2003) es una de las subdisciplinas de la sociolingüística que representa un paradigma cuantitativo y que parte principalmente de los trabajos de William Labov. Se ha venido desarrollando sobre todo desde la década de 1960 y suele considerarse la corriente primaria de la sociolingüística, aunque esto no significa que sea completamente independiente de otras subdisciplinas sociolingüísticas o incluso de la lingüística en general.⁸² No obstante, sí posee una metodología distintiva y sofisticada, que se manifiesta tanto en el nivel de la recopilación de datos como en el del análisis de los mismos y en la interpretación final de los resultados.

El objeto de estudio de la lingüística variacionista es el lenguaje humano, lo que en sí mismo no la distingue de otras orientaciones lingüísticas. Sin embargo, lo aborda de una forma completamente distinta a la lingüística teórica tradicional, frente a la que se delimita en al menos dos aspectos clave (para un análisis detallado de la relación entre la lingüística tradicional y la sociolingüística, véase Labov, 1972: capítulo 8): 1. A diferencia de la lingüística teórica, que suele basarse en ejemplos creados artificialmente a partir de la introspección del investigador o del hablante nativo, y en la que su gramaticalidad se evalúa en relación con un sistema lingüístico abstracto, la sociolingüística variacionista se apoya en datos de observación reales, o datos empíricos. El factor crítico no es la formación gramaticalmente correcta de las oraciones con respecto al sistema (*langue, competencia*), sino qué es lo que se dice realmente y cómo (en términos de *parole*,

82 Durante mucho tiempo, Labov consideró que la sociolingüística era lisa y llanamente *lingüística*, puesto que para él la lengua es necesariamente un fenómeno social cuyo uso y estudio están naturalmente ligados a la realidad social (1972: xiii, 183; al igual que Hymes, 1974; cf. también Neustupný, 2002: 430).

actuación), sin poner énfasis en si se trata o no de un enunciado gramaticalmente correcto.⁸³

2. En contraste con la lingüística teórica, la sociolingüística variacionista rechaza, además, la concepción de la estructura lingüística como invariante. Desde su perspectiva, un sistema lingüístico invariable es una ficción, pues una variación estructurada desempeña importantes funciones sociales y constituye un prerrequisito necesario para el cambio lingüístico (Milroy y Gordon, 2003: 1 y ss.), lo que, al fin y al cabo, demostró muy pronto el propio Labov con sus investigaciones en Martha's Vineyard (1963), y en la ciudad de Nueva York (1966). En su opinión, la separación estricta de las aproximaciones sincrónica y diacrónica al estudio de la lengua tampoco es sostenible (Labov, 1972: xiii-xiv, 3); más bien, el aspecto estructural debería estar ligado al estudio del cambio lingüístico. Y efectivamente, que los procesos específicos de cambio lingüístico pueden rastrearse a partir de la variación en las comunidades de habla contemporáneas ha quedado demostrado, entre otros, por su investigación sobre Martha's Vineyard (cf. Milroy y Gordon, 2003: 1 y ss.; Šmídová, 2014a: 43).

Planteado así, la lingüística teórica entiende la variación como un fenómeno periférico no estructurado que actúa como elemento perturbador en el estudio de un sistema lingüístico homogéneo, mientras que en la sociolingüística la variación ocupa el centro de su interés. La definición de sociolingüística acuñada por Bright también nos lo indica:

La tarea del sociolingüista consiste entonces en mostrar la covarianza sistemática de la estructura lingüística y la estructura social –y quizás incluso en mostrar la relación causal en una u otra dirección– (Bright, 1966: 11).

El método tradicional de la sociolingüística variacionista es la observación mediante entrevistas (véase, por ejemplo, Labov, 1972: 209), en las que se supone que la persona estudiada no es consciente de que el objeto de estudio es su forma de utilizar la lengua. La unidad estruc-

83 Labov (1972: 201), sin embargo, no rechaza categóricamente la introspección: «La crítica de los métodos lingüísticos convencionales no debe tomarse como una sugerencia de que se abandonen. La elicitación formal de paradigmas, la exploración de juicios intuitivos, el estudio de textos literarios, la experimentación en el laboratorio y los cuestionarios sobre el uso lingüístico son modos de investigación importantes y valiosos». Solo que él simplemente se perfila en una dirección opuesta. Por analogía, también aquí consideraremos estos métodos como complementarios a los sociolingüísticos.

tural mínima de variación puede ser (de forma más o menos paralela al fonema, morfema, etc.) una **variable lingüística** que, sin embargo, siempre remite de algún modo a alguna variable social o, en general, a una realidad extralingüística. Así, no solo los contextos lingüísticos son cruciales para determinar la frecuencia de las variantes competidoras, sino también las características sociales del hablante (sexo, edad, estatus socioeconómico, etc.) y el tipo de contexto social en el que se desarrolla la comunicación (por ejemplo, una entrevista formal frente a una comunicación entre coetáneos; Milroy y Gordon, 2003: 5).⁸⁴

De hecho, la variable lingüística como unidad estructural tiene en común con la lingüística teórica que es «una abstracción que subyace a realizaciones concretas» (Milroy y Gordon, 2003: 6). Las realizaciones, o valores formales, son entonces **variantes** concretas de una variable; en otras palabras, las variantes son formas alternantes, competidoras y posiblemente equivalentes de decir lo mismo (Labov, 1972; Cedergren, 1983: 150). Las variables lingüísticas pueden identificarse en todos los niveles lingüísticos, desde el fonológico hasta el léxico, pasando por el morfológico y el sintáctico, aunque la mayor atención se le ha prestado al nivel fonológico (cf. López, 2004: 57-96; Milroy y Gordon, 2003: capítulos 6 y 7).

La diferencia con respecto a la lingüística teórica, según Milroy y Gordon, radica en que para la sociolingüística variacionista «[u]na variable lingüística no funciona en términos de uso categórico, sino de mayor o menor frecuencia de una variante sobre otra» (2003: 5). Así, la sociolingüística variacionista se interesa por los criterios de preferencia de una variante sobre otra y no intenta evaluar su (a)gramaticalidad.

En términos generales, en la sociolingüística variacionista distinguimos dos tipos de variables: las lingüísticas y las extralingüísticas (véase, por ejemplo, López, 2004: 56 y 102), donde las lingüísticas son las variables dependientes en tanto que las extralingüísticas son las variables independientes (Nekvapil, 2000/2001: 19). Las variables extralingüísticas, por su parte, pueden adoptar el carácter de facto-

84 Según Cedergren (1983: 150), existen cuatro formas de delimitar el conjunto de variantes de una variable. Esta delimitación depende de los factores que rigen la distribución de las variantes. Estos pueden ser 1. factores exclusivamente lingüísticos, 2. factores exclusivamente sociales, 3. una combinación de factores lingüísticos y sociales, 4. factores ni lingüísticos ni sociales. Este último criterio es, de hecho, un ejemplo de la variación libre que suele ser invocada por los generativistas en un intento de mantener la variación en la periferia de la investigación lingüística, y que también queda fuera de los intereses de la investigación sociolingüística, o solo se atribuye al estilo del individuo, el idiolecto.

res geográficos, históricos, étnicos, sociales o estilísticos. Según Labov (1972), para ciertos tipos de fenómenos solo es necesario tener en cuenta los criterios sociales (especialmente la clase, el sexo y la edad o la generación), pero para otros el estilo o el grado de formalidad situacional también desempeñan un papel clave (cf. Nekvapil, 2000/2001: 16; y aquí la sección 4.4.6: nota 96).

Rona (1972) subsume colectivamente las dimensiones extralingüísticas mencionadas bajo el dominio de lo social dentro de su modelo tridimensional de ejes sociolingüísticos (inspirado en Coseriu), en el que la orientación vertical está ocupada por los ejes diastrático y diafásico (sociolecto y estilos funcionales), la horizontal está representada por el eje diatópico (dialecto), y el eje diacrónico (cambio, desarrollo) discurre en diagonal. Un enfoque similar se ha observado en Neustupný (2002: 430 y s., aquí en la sección 4.2 *supra*), para quien todas las variables extralingüísticas enumeradas serían simplemente sociales.

Nekvapil (2000/2001: 16) añade al problema de la variación lingüística que esta puede «captarse también en términos de conjuntos alternativos de recursos lingüísticos, denominados **variedades**». Estas, a su vez, se definen por una distribución social, territorial o funcional parecida, y entre las variedades o códigos lingüísticos específicos pueden mencionarse, por ejemplo, la lengua culta, el dialecto, el habla profesional, la jerga o el estilo lingüístico. Pero con esto ya hemos llegado a la línea divisoria entre la sociolingüística variacionista y la sociolingüística interaccional, pues el uso y la alternancia de las variedades pueden contemplarse de forma *interindividual*: desde una perspectiva variacionista, o de forma *individual*: desde una perspectiva interpretativa, centrándose más en el comportamiento sociolingüístico del individuo (véase más información en la sección 4.4.1).

Si bien es cierto que Labov y los variacionistas se han desmarcado de la lingüística teórica (y especialmente de la generativa) en los puntos antes mencionados, Labov y sus seguidores, en realidad, también estaban preocupados por una especie de sistema abstracto y supraindividual de la variación, lo que los llevó a investigar las variables lingüísticas abstractas y la distribución de sus variantes, así como a buscar universales de covarianza sociolingüística. Por el contrario, Gumperz (1982) y otros representantes de la sociolingüística interaccional critican tal grado de abstracción porque, según ellos, no refleja suficientemente todas las influencias sociales ni tiene en cuenta el papel del hablante como actor social individual, que produce significados sociales específicos dentro de un contexto sociocultu-

ral determinado y que utiliza estratégicamente recursos lingüísticos específicos para lograr su intención comunicativa (cf. también Milroy y Gordon, 2003: 8).

4.4.1 Introducción a la metodología: reflexión sobre los datos

Hasta ahora, nos hemos referido principalmente a los problemas y antecedentes teóricos relacionados con la investigación variacionista. No obstante, dado que se trata de un paradigma sociolingüístico cuantitativo, aún tenemos que lidiar con problemas metodológicos, que no son escasos ni a nivel de la recopilación de datos, ni a nivel del análisis y la interpretación de los resultados. Centrémonos, en primer lugar, en la recolección de datos, siendo nuestra preocupación más importante qué datos y cuántos recolectar.

Como hemos argumentado en otro lugar (Šmídová, 2014a: 50), aunque la realidad es que no existen datos ni enfoques idóneos, es conveniente establecer ciertas medidas y métodos que guíen la investigación para que sea lo más relevante posible y el material lingüístico lo más representativo posible.⁸⁵

Gracias a los enfoques ampliamente definidos en las ciencias sociales modernas, disponemos de una bibliografía bastante extensa sobre cómo proceder en la investigación (de procedencia checa, las aportaciones más destacadas son, p. ej., de Hendl, 2004, 2005, 2017; Disman, 2002; Kubátová, 2006, por mencionar algunas). Ahora bien, las metodologías de las ciencias sociales en general o de la sociología en particular requieren, en realidad, un mayor rigor en las cuestiones de cantidad, representatividad y fiabilidad de los datos, sobre todo porque la sociedad constantemente se somete a presiones internas y externas de cambio, cuyo impacto en el orden social y en el funcionamiento de la sociedad en general es inmediato o se produce en un horizonte temporal más corto que en el caso del lenguaje.

La lengua es un sistema por el que se comunica toda la comunidad lingüística, por lo que sus cambios repentinos, frecuentes y loca-

85 Este capítulo se ajusta al espíritu de la teorización de Swedberg (2012, etc., según Hendl, 2017: 47 y ss.), cuyo propósito es crear conceptos y otros recursos auxiliares en el proceso de investigación. Según Swedberg, la teorización es un paso necesario en el camino hacia la teoría y tiene un papel clave en el contexto del descubrimiento, la revelación de mecanismos, etc. No puede validarse.

les provocarían complicaciones en la comunicación e incluso conducirían a una falta total de comprensión y a un aislamiento lingüístico incontrolable (metafóricamente hablando, a una especie de Torre de Babel). El hecho de que uno cambie arbitrariamente sus preferencias o hábitos sociales (Labov, 1966: 180 y s., habla, por ejemplo, de preferencias dietéticas o de voto, pero también puede tratarse de preferencias de otro tipo), no tiene por qué tener repercusiones fatales en la integración global de un individuo en la sociedad, pero el utilizar arbitrariamente recursos y expresiones lingüísticas diferentes a las de su entorno o a las de toda la comunidad lingüística, le impedirá comunicarse, lo que puede acarrear dificultades considerables y una posible separación o exclusión de la sociedad.

En términos sencillos, la lengua tiene que ser un sistema algo rígido y cerrado que permita una comunicación y un entendimiento eficaces, aunque se hayan producido cambios significativos en otros niveles sociales (cambios en el sistema social, crisis económica, cambios políticos, cambios en las preferencias grupales y personales). También podemos decir que la lengua de una comunidad debe garantizar que sus miembros se entiendan entre sí a pesar de los cambios más profundos en la sociedad, siempre que no se produzcan divergencias o cambios basados en el uso a largo plazo, un consenso más amplio, la intervención política, etc.

En consecuencia, es evidente que las estructuras o las expresiones lingüísticas en general suelen experimentar una estabilidad mayor y más duradera que el sistema social y, por lo tanto, los sociolingüistas a menudo pueden conformarse con una muestra de datos mucho menor para documentar la variación lingüística o el cambio lingüístico en curso de lo que deba exigir la investigación sociológica para abordar sus preocupaciones (cf. Milroy y Gordon, 2003: 28; Sankoff, 1980: 40; véase más adelante un análisis más detallado).

En este sentido, naturalmente, hay que advertir que, si estudiamos el uso real del habla en lugar de la competencia lingüística potencial o el lenguaje de un hablante ideal, es cierto que «los individuos difieren entre sí en la medida en que utilizan determinados recursos, y su habla varía considerablemente en diferentes contextos situacionales» (Milroy y Gordon, 2003: 23); por lo tanto, la regularidad, como la sugerida anteriormente, puede verse amenazada. Sin embargo, según Milroy y Gordon, la inconsistencia de la variación proviene de la noción de un dialecto puro e ideal, y si cambiamos de perspectiva, también podemos encontrar regularidades individuales e interindivi-

duales en el habla, cuya revelación y elucidación es, al fin y al cabo, el objetivo de la investigación sociolingüística variacionista. Sankoff concuerda:

Si las personas de una comunidad de habla realmente se entienden entre sí con un alto grado de eficacia, esto tiende a poner un límite al alcance de la variación posible e impone una regularidad (necesaria para una comunicación eficaz) que no se encuentra en la misma medida en otros tipos de comportamiento social (Sankoff, 1980: 51 y s.).

Del mismo modo, Weinreich, Labov y Herzog (1968) también llaman la atención sobre la relación entre las visiones heterogénea y homogénea del lenguaje, y sostienen que estas concepciones no siempre deben considerarse mutuamente excluyentes, sino más bien complementarias. A este respecto, recuerdan también los trabajos de Mathesius, Jakobson, Vachek y otros representantes de la Escuela de Praga, para quienes el sistema presenta una serie de potencialidades de inventario, es decir, admite la variabilidad dentro del sistema lingüístico, lo que incluye, por ejemplo, los cambios sistemáticos de estilo (1968: 159 y s., 167 y s.). Así, Labov, como pionero del enfoque variacionista y defensor de una visión heterogénea de la lengua, también trabaja con la idea de que el uso de la lengua es mucho más homogéneo que otros fenómenos sociales, lo cual implica ciertas ventajas en cuanto a la cantidad representativa de datos requerida (Milroy y Gordon, 2003: 28).

4.4.2 Construcción de la muestra: cuántos datos y de quién

La discusión anterior nos lleva a una cuestión crucial, a saber, cuántos datos realmente necesitamos para la investigación sociolingüística variacionista y en función de qué criterios seleccionaremos a los informantes. Stubbs (1983: capítulo 11) sostiene que se necesitan diferentes cantidades de datos, grabaciones y notas para los distintos fines de la investigación. *Menos* es suficiente para identificar un rasgo característico del habla, *más* se necesita para comparar distintos grupos de hablantes. Por lo general, se afirma que, para identificar un carácter de variación, hay que recopilar una cantidad *suficiente* de

datos del tipo adecuado y tener en cuenta también el contexto social. Además, el calibre de la muestra debe ser tal que incluya diferentes formas de lenguaje, así como diferentes tipos de hablantes (Milroy y Gordon, 2003: 23 y s.). La cantidad *suficiente*, sin embargo, es un concepto algo vago que debe especificarse más.

Al igual que en la investigación sociológica, la investigación sociolingüística aboga por la máxima representatividad de los datos, ya que «la solidez de las conclusiones extraídas depende en gran medida de la exactitud con la que la muestra represente a la población más amplia» (Milroy y Gordon, 2003: 24). No obstante, cabe preguntarse si las muestras grandes son necesarias o incluso apropiadas para una investigación lingüística. Así, por ejemplo, Sankoff continúa en el argumento anterior diciendo:

La bibliografía, así como nuestra propia experiencia, sugerirían que incluso para comunidades bastante complejas las muestras de más de unos 150 individuos tienden a ser redundantes, lo que conlleva crecientes problemas de procesamiento de datos con rendimientos analíticos decrecientes. No obstante, es crucial que la muestra esté bien elegida y sea representativa de todos los subgrupos sociales sobre los que se desea generalizar (Sankoff, 1980: 51 y s.).

Por lo que parece, lo esencial para lograr el máximo nivel de representatividad en la investigación sociolingüística variacionista no es recolectar tantos datos como sea posible, sino asegurarse de que todas las categorías de la población que se espera que influyan en el comportamiento de la variable lingüística estén representadas en la muestra. Asimismo, es importante procurar evitar los sesgos en la medida de lo posible. Sobre este problema, Milroy y Gordon (2003: 26) señalan que, en el caso de una muestra destinada al análisis lingüístico, hay que «distinguir entre la representatividad estadística estricta y la representatividad un tanto más libre que se alcanza en la mayoría de las investigaciones lingüísticas». En su libro (2003: 25-34), mencionan varios estudios realizados con éxito por autoridades del mundo sociolingüístico, como Labov, Trudgill, Macaulay, Eckert, Hazen y el propio Gordon, en los que el número de informantes oscila entre 88 y 32 participantes. El propio Labov (1972) admite incluso que algunas estructuras pueden observarse con tan solo 25 informantes, y en su publicación de 2006 (p. 382) cita también la investigación de Cofer basada en 20 informantes.

Por consiguiente, no es realista esperar que la investigación sociolingüística tenga, por ejemplo, un tamaño de muestra de un diez por ciento de la población de referencia, como se precisa en otros tipos de investigación, siendo los requisitos presupuestarios, de tiempo y de personal los factores que desempeñan un papel importante en esta decisión, así como la duda sobre el beneficio final de una investigación a tan gran escala con fines lingüísticos. Milroy y Gordon (2003: 29) recuerdan que, en definitiva, «parece haber un punto a partir del cual un muestreo cuidadoso se vuelve contraproducente».

Además, si queremos mantener la estratificación interna de una muestra ya de por sí pequeña en consonancia con los factores sociológicos relevantes, o sea, las variables independientes, y si nos interesa, por ejemplo, la influencia de la edad, la clase y el sexo simultáneamente, en el caso de un esquema estratificado de 4 clases, 2 sexos y 3-4 grupos de edad, la base constará de 24 o 32 categorías. Y si poblamos cada posición con al menos cuatro hablantes, el número final será de 96 o 128, que, como hemos visto anteriormente, son cifras muy elevadas para una investigación sociolingüística habitual. Por lo tanto, se ha argumentado (véase Milroy y Gordon, 2003: 29 y ss.) que las consideraciones prácticas determinan el tamaño de la muestra, lo que sugiere que en la investigación variacionista suele reducirse el número de hablantes por posición y también que a menudo se prefieren las formas de muestreo intencional frente al muestreo estrictamente aleatorio, a diferencia de otros tipos de investigación (para una visión general de las técnicas de muestreo mediante las cuales la investigación intenta ser lo más representativa posible y representar lo más fielmente posible la distribución de la población inicial, véase, por ejemplo, Disman, 2002: capítulo 5; y Hendl, 2004: 57 y ss., 2017: capítulo 9, etc.).

Ahora bien, no se puede decir que el muestreo aleatorio no se aplique nunca en sociolingüística. Por ejemplo, el propio Labov, en una de sus investigaciones neoyorquinas, intentó utilizar el principio de que todas las personas de un marco de muestreo tengan las mismas posibilidades de ser seleccionadas. Sin embargo, Milroy y Gordon (2003: 25) señalan que ya los mismos marcos de muestreo (o listas de población, por ejemplo, el antiguo uso de guías telefónicas, la búsqueda de representantes de minorías étnicas por apellidos típicos, etc.) en los que se base la selección aleatoria pueden estar sesgados (por edad, etc.), por lo que el muestreo en sí no es realmente aleatorio. Además, existe la duda antes esbozada de si es necesario, rentable o incluso apropiado aplicar en lingüística técnicas de muestreo tan

exigentes como en otras disciplinas, dada la naturaleza de la lengua (descrita más arriba), así como la compensación entre los costes gastados en una representatividad estricta y las ganancias inciertas.

Por ello, suele considerarse que uno de los métodos de muestreo más eficaces y más utilizados en la investigación variacionista moderna es el muestreo por cuotas y el muestreo intencional, en los que el investigador tiene claros los tipos o categorías de hablantes que necesita para su proyecto de investigación (en función, por ejemplo, de la clase social, la edad u otros factores que se supone que influyen en la variación de la variable lingüística dependiente) y, a continuación, se asegura un determinado número de hablantes que ocuparán esas posiciones y las representarán lo más fielmente posible. Para que un procedimiento de este tipo sea aceptable y no se considere cómodo, coartado o poco científico, «debe basarse en algún tipo de marco teórico defendible» (Milroy y Gordon, 2003: 30). Esto significa que es necesario demostrar que la inclinación hacia tal procedimiento puede justificarse racionalmente (y garantizar así un mayor nivel de fiabilidad y validez).⁸⁶

Para cubrir las cuotas, suele aplicarse la técnica de bola de nieve, en la que el investigador utiliza las redes sociales de los participantes ya involucrados para acceder más fácilmente a otros. Este proceso minimiza el riesgo de rechazo, puesto que el investigador ya no representa realmente a un extraño, sino que se convierte en un conocido o amigo de un amigo (Milroy y Gordon, 2003: 32). Esta estrategia también suele constituir una solución a los problemas éticos, dado que a menudo es más fácil obtener el consentimiento para la investigación de un conocido que pedirselo, por ejemplo, a un desconocido en la calle (sobre cuestiones éticas, véase más información en la sección 4.4.4).

No cabe duda, sin embargo, de que hay que tomar algunas decisiones sistemáticas fundamentales a la hora de construir una mues-

86 La intencionalidad de la investigación variacionista supone, en realidad, una frontera entre la investigación estrictamente cuantitativa y la más cualitativa, ya que vacila al borde *del muestreo teórico o la teoría fundamentada* de Glaser y Strauss (1967), que busca personas y situaciones que puedan ser especialmente relevantes y beneficiosas con respecto al fenómeno estudiado, y no pocas veces emplea técnicas de bola de nieve, procesos reversibles de recopilación y análisis de datos (para más información, véase los capítulos 6, 6.1), la saturación de la muestra, etc. (Hendl, 2005: 151, 251, etc.). Aquí, pues, surge de nuevo la urgencia de combinar los enfoques interpretativo y estadístico en la investigación sociolingüística, a la que aludiremos unas cuantas veces más, ya que la combinación de métodos analíticos también es crucial para un estudio integral de los marcadores conversacionales aquí planteado.

tra: en primera instancia, tenemos que elegir el elemento o fenómeno lingüístico que queremos investigar. La elección de la variable lingüística en sí es una actividad que requiere una deliberación experta y, en ausencia de bibliografía previa sobre el tema, a menudo una preparación en forma de observación orientativa, pilotaje o toda una investigación preliminar que decidirá si la investigación sociolingüística del elemento o fenómeno elegido es pertinente o no. Del mismo modo, debemos tener claras las preguntas a las que pretendemos dar respuesta con la investigación y las hipótesis (de trabajo) a partir de las cuales se realizará la posterior evaluación de los resultados.

La selección del elemento lingüístico apropiado para la investigación variacionista la especifica detalladamente Labov (1972: 8). En primer lugar (y teniendo en cuenta que la investigación sociolingüística ha estado tradicionalmente más interesada en el estudio de la interacción hablada informal y cotidiana), se debe buscar una unidad de alta recurrencia⁸⁷ en la conversación informal, pero, al mismo tiempo, mínima o nula en la comunicación formal. Además, el elemento seleccionado debe formar parte de algún sistema estructurado de unidades funcionales, y cuanto más esté incorporado a este sistema, más interesante será su estudio. Y, por último, pero no por ello menos importante, la distribución del elemento debe estar claramente estructurada, es decir, a partir de una investigación preliminar deberíamos observar si el elemento muestra una distribución asimétrica deseable en relación con los diferentes grupos etarios o sociales, etc. (véase también Šmídová, 2014a: 50). Por lo tanto, estos tres criterios también deberán respetarse en la investigación sociolingüística sobre los marcadores conversacionales, que por su propia naturaleza tienen el potencial de cumplirlos, pues abundan en la conversación, forman parte de un sistema funcional y su uso tiende a ser desigual entre la población.

Si superamos con éxito la fase de selección del elemento relevante, procede la segunda etapa, metodológicamente también muy exigente. En primer lugar, hay que definir a grandes rasgos el campo de muestreo o la población, así como el marco de muestreo del que se extraerá la muestra objetivo. En el caso concreto de los marcadores, esto debe incluir la delimitación geográfica de la población y la determinación de la variedad pertinente (o la comunidad de interés más amplia que los utiliza y los subgrupos adecuados); además, el marco de mues-

87 La muestra también requiere un número mínimo de ocurrencias de la variable, que suele darse como $N = 30$ (que es un nivel estadístico general para distinguir entre muestras pequeñas y grandes) o al menos $N > 10$, véase Milroy y Gordon (2003: 163 y s.).

treo no debería basarse en listas artificiosas de tipo guías telefónicas, ya que también nos interesan los hablantes menores de edad. Lo más probable, por tanto, es que el investigador se vea obligado a recurrir al muestreo por cuotas y al muestreo intencional, a menudo mediante técnicas de bola de nieve (para evitar mayores costes, negociaciones difíciles con las autoridades administrativas, etc.). Asimismo, en el caso de los marcadores conversacionales, se recomienda claramente (a menos que las preguntas de la investigación exijan lo contrario) que se incluya preferiblemente en la investigación a hablantes nativos o residentes permanentes lo suficientemente naturalizados como para ser capaces de utilizar con autenticidad tales recursos lingüísticos coloquiales. La investigación sobre la adquisición de marcadores por parte de extranjeros, por ejemplo, es una situación diferente.

En el contexto de las preguntas que nos hemos planteado sobre la variable lingüística investigada, también es necesario estimar las dimensiones relevantes de la variación dentro de una población dada, o sea, determinar qué factores sociológicos tendrán valor explicativo del comportamiento variable de un elemento lingüístico concreto, lo que está relacionado con la estratificación de la muestra: tenemos que determinar si nos interesa la variación según la clase, el sexo, la edad y/o el contexto situacional, por ejemplo. Para tomar una decisión de este tipo, es sin duda necesario tener al menos un conocimiento periférico del fenómeno o elemento lingüístico objeto de estudio, e idealmente haber realizado un estudio piloto o disponer de bibliografía previa sobre el mismo tema, que facilite una orientación en la cuestión y proporcione unas pautas de referencia para la comparación y la evaluación crítica (cf. *supra*).

Finalmente, en la última etapa preparatoria, tenemos que determinar el tamaño necesario de la muestra, volviendo así a lo que hemos descrito en detalle anteriormente en este capítulo. Según la intersección de las dimensiones relevantes de la variación, determinamos las categorías y su número, y, a continuación, precisamos cuántos hablantes necesitaremos para cada categoría o posición. Esto nos proporciona un esquema cuantitativo estratificado gracias al cual conocemos *a priori* el número final de informantes que buscaremos para el estudio variacionista. (Para más información sobre las distintas etapas preparatorias, véase Sankoff, 1980: 47-79.)

No podemos sino concluir nuestra discusión sobre el tamaño de la muestra y las técnicas de muestreo con la siguiente afirmación de Milroy y Gordon:

La variedad de métodos de muestreo que se han utilizado en trabajos recientes sugiere que los investigadores están ahora más relajados que antes en cuestiones metodológicas, como si sus descripciones deben ser o no técnicamente representativas o si deben utilizar o no un muestreo aleatorio estricto (Milroy y Gordon, 2003: 47).

4.4.3 Determinación de grupos etarios y clases sociales

Los factores sociológicos que más suelen influir en la variabilidad lingüística son, sin duda, el sexo, la edad, la clase y la etnia. (Como tema aparte se tratará el papel del estilo como reflejo del contexto social, al que dedicaremos la sección 4.4.6). Dado que la investigación sociolingüística transgénero está en sus comienzos y aún no nos hemos encontrado con realidades sociales similares en la construcción de nuestra muestra (sin negar que este hecho exista), trabajamos aquí exclusivamente con un concepto binario de sexo, que no consideramos necesario introducir.⁸⁸ Del mismo modo, la etnia no es un rasgo relevante para nuestra investigación (quizás con la excepción de los límites geográficos marco de la muestra), por lo que no la trataremos en detalle. Ahora bien, los aspectos problemáticos de la distribución por edad y clase de la muestra son cruciales para el estudio de los marcadores conversacionales, por lo que les dedicamos los siguientes párrafos.

Empezando por la **edad**, el paso más problemático es decidir qué intervalos de edad establecer y si deben ser regulares o no. La inclusión de los niños y ancianos en la investigación también supone una cuestión importante. Como se señala en el capítulo dedicado a la historia de la sociolingüística (sección 4.2), las primeras investigaciones dialectológicas se centraban en los varones de mayor edad y asentados de forma permanente en determinado territorio, por lo que los jóvenes y las personas de mediana edad quedaban al margen. Sin embargo, más tarde se demostró que los jóvenes son los que suelen representar el grupo de hablantes más innovador desde el punto de vista lingüístico, ya que, en palabras de Eckert (1997: 163), intentan

88 Por ejemplo, Kendall y Tannen (2003: 548 y s., 559 y s.) aportan importantes comentarios sobre los temas de «sexo frente a género» y «discurso y género». El *sexo* se entiende como un hecho biológico, mientras que el *género* como una construcción social que no coincide necesariamente con los estereotipos asociados a un sexo determinado y que tiene un carácter continuo y no puramente binario.

autodefinirse en oposición a sus padres y a construir su propia identidad independientemente de la influencia de ellos.

Ahora bien, la complejidad de la edad radica en que las personas envejecen y su lugar en la sociedad evoluciona y cambia con el tiempo, lo que puede desembocar en dos tipos de desarrollo lingüístico: o bien un individuo conservará la mayor parte de sus recursos expresivos hasta la edad adulta y la senectud, con lo que podrá convertirse en un testigo fiel del repertorio generacional de su época, o bien su forma de expresarse cambiará en función de las etapas vitales que vaya atravesando y se podrán encontrar patrones estables en su lenguaje que se repitan en cada generación. Pero lo más probable es que el individuo sea una intersección de ambas tendencias (algunas expresiones se conservarán hasta la ancianidad, en otros aspectos el individuo se adaptará a la «norma» de su edad y estatus, es decir, a cada etapa vital: un trabajador que se mueve en el mercado lingüístico, un jubilado, etc.), por lo que la decisión final sobre qué enfoque adoptar dependerá del objetivo específico de la investigación y del criterio del investigador.

En cualquier caso, por las razones antes mencionadas, para una investigación generacional que pretenda mostrar el proceso de cambio lingüístico, un estudio sincrónico no será suficiente, y los investigadores –a menos que dispongan de bibliografía existente sobre el tema– se verán obligados a repetir sus mediciones después de un periodo de tiempo y a comparar los resultados entre sí. Solo entonces podrán extraerse conclusiones más fiables sobre el proceso de cambio lingüístico (Milroy y Gordon, 2003: 35 y ss).

El hecho de que los seres humanos pasen por ciertas etapas de desarrollo y, al mismo tiempo, reflejen en cierta medida la época en que viven significa que el habla de los adultos que trabajan, es decir, de las personas en edad laboral que se mueven en el mercado lingüístico, tiende a ser diferente de la de los jóvenes y las personas mayores. Por lo tanto, no es infrecuente que ciertos recursos lingüísticos se utilicen abundantemente por el grupo de mediana edad, mientras que su ocurrencia es limitada entre los informantes más jóvenes y de más edad, etc. (hablamos de un patrón distribucional U, con el que también nos encontramos en nuestras investigaciones anteriores: Šmídová, 2012a, 2014a). Como consecuencia, a menudo se distinguen tres grupos de edad principales, estos son: los jóvenes, los adultos en edad de trabajar y las personas mayores o en edad de jubilación. Sin embargo, esta distinción también conlleva numerosas complicaciones.

En primer lugar, debemos resolver a partir de qué edad estamos hablando de la juventud y si podemos incluir a los niños en un estudio sobre la variación a gran escala, es decir, un estudio que no se centre exclusivamente en los recursos lingüísticos propios de los niños. Pues, como señala Labov (por ejemplo, 1972: 223), los niños no disponen de un idiolecto propio y establecido hasta cierta edad y su forma de expresarse se ve notablemente influida por su entorno (lo que también se confirmó en nuestra investigación de 2014, véase Šmídová, 2014a: 94). Por ello, William Labov no suele incluir en sus investigaciones a menores de 8 o 10 años.

En segundo lugar, tenemos que ocuparnos de la definición del grupo de *mayor edad*, ya que para las personas a partir de cierta edad depende de hasta qué punto participen en la vida social o vivan reclusas. Entonces distinguimos, al igual que con el sexo y el género, entre la vejez biológica y una especie de vejez sentida.⁸⁹ Sin embargo, en una investigación variacionista no podemos permitirnos ser demasiado sensibles al contexto, ya que se supone que partimos de una teoría, a raíz de la cual hemos diseñado un esquema particular de construcción de la muestra (es decir, predeterminamos las categorías o posiciones que poco a poco vamos ocupando). La sensibilidad, en cambio, sí es posible en los estudios de caso o en la sociolingüística interaccional, que parte de los datos y avanza hacia la teoría (de hecho, es el AC el que es compatible con ello). Pero en la sociolingüística variacionista debemos contentarnos, en última instancia, con fijar límites de edad, por muy discutibles que sean. Así, en Labov (1972), los grupos de mayor edad comienzan a los 50-55 años y rara vez superan la barrera de los 75 años (lo mismo que hace Cook, cuyas investigaciones cita Labov, 1972: 281).

Por último, cabe aclarar que la división de los grupos de edad en tres categorías, es decir, juventud, mediana edad y mayor edad, conlleva un inconveniente, a saber, que los intervalos de aplicación no serán uniformes (o regulares), aunque solo sea porque los niños se incluyen en la investigación a partir de unos 10 años al tiempo que es difícil etiquetar a personas de más de 20 años como juventud. El intervalo de hablantes en edad de trabajar, de unos 21 a unos 60, o posiblemente 65 años, es, a su vez, demasiado amplio, ya que abarca aproximadamente dos generaciones. Y, finalmente, en el caso de los que se encuentran en la franja de 60 o 65-75 años, tenemos que enfrentarnos

89 Sobre esto, véase un debate detallado en Hamilton (2003: 568-589; Discourse and Aging).

al hecho esbozado anteriormente, es decir, que las personas de esta edad pueden estar ya muy desvinculadas de la realidad cotidiana (cf. Milroy y Gordon, 2003: 39) y a menudo se limitan a una comunicación de carácter práctico o instrumental, lo que puede ser interesante para análisis de enfoque estrecho o investigaciones psicolingüísticas, pero resulta sesgado para investigaciones sociolingüísticas variacionistas de gran alcance (por ejemplo, en cuanto a los marcadores sería difícil comparar cuál es más frecuente y cuál menos, pues el uso de marcadores en sí suele reducirse al mínimo en la comunicación instrumental; véase más información en el capítulo 10).

Por supuesto, no es obligatorio ni siempre adecuado establecer una división en los tres grupos etarios en función de las etapas clave de la vida. Así, hay investigaciones que establecen cuatro grupos, otras solo dos y otras fijan los grupos de forma arbitraria, por ejemplo, por décadas, etc. (Milroy y Gordon, 2003: 33-40). Ahora bien, no es nuestro objetivo resolver cuál es el esquema etario más adecuado, sino simplemente poner de relieve esta cuestión, ya que afectará a las decisiones relativas a nuestra propia investigación. De todas formas, desde una perspectiva sociolingüística, es sin duda esencial **no** contemplar la edad como un número que tiene un impacto directo en el comportamiento lingüístico de un individuo. Solo adquiere su significado en relación con el contexto social, junto al que refleja las diferencias en las experiencias vitales de los hablantes (Milroy y Gordon, 2003: 40). Con esto, pues, concluimos la cuestión de la edad y pasamos ahora a la clase social.

La existencia misma de **las clases** sociales supone una cuestión un tanto controvertida, aunque no tenemos espacio para tratarla aquí. Sin embargo, hay una creencia común entre los sociolingüistas de que la situación social de los hablantes repercute claramente en el uso de la lengua, es decir, en la elección particular de los recursos lingüísticos en la comunicación y en la forma de utilizar la lengua en general. Así pues, la estratificación social sí parece ser un factor relevante para el análisis lingüístico. El problema consiste en que cada sociedad está estratificada de forma diferente. En algunas sociedades, el estatus socioeconómico (profesión, puesto e ingresos) puede considerarse un factor indicativo, en otras culturas (sobre todo las orientales) lo es la educación, en otras el origen.

En sociología, por tanto, suelen calcularse índices complejos para determinar la pertenencia a una clase de la forma más adecuada posible, y así fue también en los inicios de la sociolingüística (es-

pecialmente en los años 60-70). En la sociolingüística moderna, no obstante, rara vez nos inclinamos por este procedimiento (aunque solo sea por el tiempo, el presupuesto y el personal que implica la recopilación de unos datos tan confidenciales como los ingresos, y por su cuestionable aplicabilidad en la investigación lingüística), y la determinación de los indicadores pertinentes depende de las preguntas de investigación que nos planteemos y del carácter de la comunidad concreta que deseemos estudiar.

Así, la investigación en las sociedades occidentales suele basarse principalmente en la profesión, que a menudo refleja el grado de formación y los antecedentes de un individuo, como, en realidad, hizo el propio Labov en sus investigaciones más recientes (Labov 1972: 113; Milroy y Gordon, 2003: 47). Y, en efecto, parece que la profesión se correlaciona mejor con la variación lingüística y minimiza las evaluaciones subjetivas de los informantes, que pueden dar informes falsos sobre sus ingresos o su nivel de instrucción en un intento de quedar mejor en público (en nuestra investigación, nos encontramos a menudo con esto, cuando los hablantes declaraban que habían estudiado un determinado nivel escolar, pero ya no mencionaban que nunca habían finalizado sus estudios, etc.).

Un aspecto igualmente problemático que ha sido encontrar un criterio para distinguir las clases es determinar el número o el tipo de clases con las que trabajar. Dado que las distintas investigaciones se centran en objetivos diferentes en comunidades diferentes, la división no puede generalizarse por completo. En las sociedades occidentales, sin embargo, es bastante fácil intuitivamente distinguir entre los grupos de trabajadores manuales y los intelectuales, considerándose a los obreros como una clase social inferior. Esta división puede matizarse aún más, dándonos varios sistemas de distribución de clases. Por ejemplo, Labov (1966, 1972) distinguió una clase baja, una obrera, una media y una media alta. Otras investigaciones, según informan Milroy y Gordon (2003: 43), han dividido la clase obrera propiamente dicha en una capa inferior y una superior, otras han distinguido la clase media-media, otras hablan de la clase media-baja hasta la superior, etc. Pero, por lo general, se trabaja con 3-5 categorías de clase, que derivan de la tríada de clase media-baja-alta. También en este trabajo seguiremos un sistema similar, que presentaremos en el prefacio de los análisis propiamente dichos (véase el capítulo 7). Y una reflexión sobre la asignación problemática de los hablantes a las clases sociales en la práctica ya la ofrecimos también en otros trabajos (Šmídová, 2014a: 94-96).

Dada la orientación de nuestro estudio hacia una variedad de la lengua española dentro de América Latina, cabe señalar también que las diferentes clases contrastan entre sí más que en los países de mayor desarrollo, y que una especie de clase media «normativa» como franja de transición es difícil de encontrar en estas zonas, puesto que las diferencias entre las clases bajas y altas son notables, a pesar de que Argentina es uno de los países más desarrollados de América Latina.

Para terminar, cabe mencionar que, si bien la clase social y el estatus pueden constituir un factor más relevante para una gama más amplia de fenómenos lingüísticos que constituye la edad (que, a su vez, es particularmente importante para identificar el proceso de cambio lingüístico, las nuevas formas, los historicismos, etc.), ni la clase social es necesariamente una variable relevante para la variación lingüística. Por lo tanto, en la investigación cuantitativa, las variables y los hablantes siempre deben seleccionarse sistemáticamente en función de algún marco teórico defendible del que partir para alcanzar nuestros objetivos de investigación y comprobar nuestras hipótesis (la elección de los métodos va de la mano de la teoría). Así, a diferencia de la sociolingüística interaccional y el análisis de la conversación, que en la medida de lo posible intentan avanzar de los datos reales a las generalizaciones teóricas (a menudo mediante la teoría fundamentada), la sociolingüística variacionista necesita conocer los supuestos teóricos de su investigación antes incluso de empezar a recopilar datos reales.

4.4.4 Métodos de recopilación de datos y aspectos éticos

Una vez seleccionados los hablantes a los que vamos a incluir en la investigación, tendremos que decidir cómo obtener los datos y qué forma deberá tener el material lingüístico. Ya se ha comentado que la sociolingüística suele trabajar con un material lingüístico hablado y auténtico, en cuya obtención procura que el habla del investigado se vea lo menos afectada posible por la presencia del investigador, o sea, de una persona ajena a la comunidad o sociedad objeto de estudio. Así pues, lo ideal es que el investigador observe a los participantes de tal manera que ellos mismos no sean conscientes de que están siendo observados. De lo contrario, existe el riesgo de que se produzcan sesgos. Si el hablante es consciente de que es su forma de expresarse la que es

el objeto de la investigación, es muy probable que intente mejorarla para no comprometer su imagen. Labov (1972: 209, 1966/2006: 86) denominó a este problema la *paradoja del observador* y ya se ha escrito mucho sobre ella.

Pero observar a alguien sin que sepa que está siendo observado es, como mínimo, deshonesto y poco ético y, en los tiempos modernos, en la mayoría de los casos también ilegal, a menos que se respete un grado máximo de anonimato o, en el mejor de los casos, se obtenga el consentimiento informado (al menos *a posteriori*) de la persona observada (para más detalles al respecto, véase más adelante). Entonces, ¿qué opciones tenemos a la hora de recopilar material lingüístico que pretendemos que sea lo más auténtico, espontáneo y representativo del habla informal y coloquial⁹⁰ (a menos que nuestros propósitos de investigación requieran datos diferentes)?

Ya hemos señalado anteriormente (en la sección 4.4) que la forma más habitual de obtener datos lingüísticos en la investigación sociolingüística variacionista es la **entrevista**, en la que el observador formula directamente preguntas o suscita temas ante los que se pide que el observado reaccione, y toda la entrevista (de una a dos horas de duración por término medio, aunque para algunos fenómenos nos conformamos con 10-45 minutos) se graba para su posterior análisis (este fue también el caso de la investigación de Labov en Martha's Vineyard). Ahora bien, este procedimiento de «uno a uno» choca necesariamente con la propia paradoja antes mencionada. Por lo tanto, será imprescindible compensarla con alguna estrategia terapéutica o, si no se consigue, plantearse métodos alternativos en los que el riesgo de sesgo se vea reducido de forma más significativa.

90 Ya la definición del habla informal, espontánea y cotidiana (el llamado *vernáculo*) es en sí complicada, pues no resulta fácil determinar los criterios por los que puede distinguirse de otras variedades lingüísticas. Labov sostiene que el *vernáculo* se caracteriza por un control consciente mínimo del habla por parte del hablante, en contraposición a una norma o estilo formal, cuidadoso y estándar. Según él, un cambio de estilo puede detectarse a raíz de las cualidades vocales, es decir, una entonación diferente con respecto al tempo, el tono, la intensidad de la voz y la (ir)regularidad de la respiración (1972: 95, 208). En realidad, sin embargo, no solo la variedad estándar sino también el habla cotidiana es una construcción abstracta que no se da en una forma ideal en ningún hablante. Un hablante es, por tanto, una especie de intersección de varios estilos que utiliza y que se solapan entre sí con respecto al contexto situacional y a las estrategias comunicativas. Esto hace que el estilo sea un concepto crucial para la sociolingüística variacionista, que se analizará más a fondo en la sección sobre los cambios de estilo (4.4.6). Aun así, el habla cotidiana suele ser más propicia para la investigación sociolingüística que la variedad estándar, dado que les resulta más natural a los hablantes y no cometen hacia ella tantas irregularidades y desviaciones. Véase también Labov (2006: 86).

Contra la paradoja del observador, inicialmente Labov y más tarde otros variacionistas (Trudgill, Gordon, etc.) propusieron evocar temas de los que al hablante le guste hablar o que despierten en él emociones tales que le impidan controlar y refinar su forma de hablar o, en general, recurrir a un estilo esmerado. Un tema tradicional, aunque no siempre utilizable, era el *peligro de muerte* laboviano, pero las preguntas dirigidas generacionalmente parecen funcionar mejor: para los mayores, la infancia, el matrimonio, etc.; para los más jóvenes, en cambio, las fiestas, las primeras citas, etc. Un claro inconveniente de este planteamiento es la manipulación del contenido temático de la entrevista y su minuciosa preparación (de la que hablan Milroy y Gordon, 2003: 58), que puede no ser tan perjudicial para la investigación de la vertiente fonológica del habla, mientras que sí puede resultar totalmente inapropiada para el estudio a nivel conversacional (véase los capítulos 6, 6.4 para más detalles sobre las diferencias de investigación a nivel fonológico, gramatical y conversacional).

Además, la dimensión de la entrevista, –no solo en su preparación (o planificación) en cuanto al contenido, sino también en su estructura–, dista mucho de cumplir con los requisitos establecidos por los representantes del análisis de la conversación (recordemos los 14 criterios de la conversación según Sacks et al., 1974, véase la sección 2.7.1) o de la sociolingüística interaccional, ya que la secuencia de turnos no es completamente arbitraria, el tipo de turnos y su distribución son predecibles, y los roles de los participantes en la interacción no son completamente iguales (el observador tiende a hablar menos, el observado es animado a elaborar sus respuestas; el observador tiende a hacer preguntas y el observado responde; el observador tiende a ser más una autoridad, el observado tiene menos control), lo que necesariamente debe repercutir en la desviación del estilo conversacional natural de la persona estudiada. Por lo tanto, los sociolingüistas a menudo recomiendan ir más allá del modelo bidimensional de la entrevista, permitiendo la intervención aleatoria de una tercera persona, pero esto no puede garantizarse de antemano. Por este motivo, se sugiere revisar la estrategia de investigación y adoptar el papel de un observador algo más pasivo en la interacción de dos o más personas.

Lo mismo ocurre cuando se recolectan datos de jóvenes o en grupos sociales cerrados, en los que con frecuencia es preferible abandonar el método de la entrevista directa semidirigida y optar por una **observación participante**. En esta última, aunque el investigador esté

presente durante la interacción de los miembros del grupo y todos sepan que están siendo observados y grabados por un extraño, la integridad del grupo, sus normas no escritas, sus rituales y su funcionamiento actúan como fuerzas internas contra la paradoja del observador, dado que las sanciones por infringir la norma grupal pueden ser mucho más severas y desagradables que la mala impresión que el hablante pueda dejar en el investigador. Además, si el investigador recurre a la observación participante, primero intenta conocer la cultura local o intragrupal (realizando un mapeo etnográfico del campo) antes de proceder a la grabación propiamente dicha. Esto se debe a que el conocimiento de las prácticas del grupo le permitirá evaluar mejor qué datos serán de buena calidad y adecuados para sus objetivos de investigación. Los inconvenientes obvios de la observación participante en un grupo son las dificultades técnicas que entraña grabar y analizar el habla simultánea de varias personas al mismo tiempo y el ajetreo circundante.

Tanto en las entrevistas directas como en la observación participante, siempre es preferible comenzar la grabación en sí un poco más tarde de que se haya establecido contacto con la persona o el grupo. Lo ideal es que la entrevista (o conversación) grabada no sea el primer encuentro entre el participante y el investigador, que la grabación se retrase al menos una hora desde el momento en que se inició la conversación (esto facilita el acceso al estilo de interacción cotidiano), que no se comunique el momento exacto en que el investigador puso en marcha el dispositivo de grabación, etcétera. Los proyectos más exitosos suelen ser aquellos en los que el investigador tiene la oportunidad de pasar algún tiempo con la persona o el grupo estudiados durante un largo periodo de tiempo y observarlos durante varios meses. La dificultad, no obstante, radica en que las grabaciones a largo plazo cuestan tiempo, dinero y mano de obra y, en primera instancia, los participantes en la investigación deben autorizar al investigador a realizar las observaciones.

Por último, el investigador puede recurrir a un miembro instruido de la comunidad para que se encargue él mismo de la grabación en su ausencia. Sin embargo, este enfoque requiere más preparación e iniciación, y el investigador suele privarse de datos contextuales importantes al no participar personalmente. Por ello, esta estrategia no figura entre las más populares.

Una tercera técnica, que contrasta más con las dos anteriores, es la **observación anónima**, en la que los interlocutores no saben que se

les está estudiando. Existen dos opciones principales para la investigación anónima: 1. el investigador encuesta él mismo a los informantes sin revelar el verdadero propósito de la encuesta (por ejemplo, Labov en Nueva York, 1966; este método no es muy adecuado para investigar los marcadores conversacionales, ya que tiene más bien un formato de entrevista), 2. el investigador se mantiene alejado y graba subrepticamente una conversación libre en la que no participa (en restaurantes, paradas de transporte público, en la escuela, etc.). No cabe duda de que, en tales circunstancias, la paradoja del observador se minimiza y, en el segundo caso, a menudo se elimina por completo, lo que resulta muy tentador. Por otro lado, solo disponemos de información estimada sobre los hablantes, como la edad, la clase social y la educación, que en el caso de las entrevistas y la observación participante podemos solicitar directamente. Además, la grabación oculta es éticamente muy polémica.

Aun así, Labov recomienda combinar todos los métodos anteriores (1972: 61), lo que no conviene desaconsejar, puesto que, por ejemplo, un mapeo de campo anónimo y superficial puede ayudar a revelar patrones subyacentes, estructuras y dimensiones relevantes de las variables que luego pueden explorarse más a fondo mediante una observación participante más sofisticada, etc. Además, con todos los métodos de recolección de datos cuantitativos mencionados hasta ahora, también tenemos la oportunidad de recopilar y registrar valiosos datos cualitativos en paralelo. En el capítulo 6, por tanto, trataremos en detalle la metodología de las aproximaciones mixtas tanto en la recolección de datos como en el propio análisis.

Además de las entrevistas, la observación participante y los sondeos anónimos, la sociolingüística variacionista también puede recurrir a los cuestionarios como forma relativamente rápida y eficaz de recopilación de datos, en la que el anonimato está garantizado y se les puede solicitar a los encuestados información demográfica básica. No obstante, dado que los datos obtenidos de este modo no tienen un carácter empírico auténtico, sino que son juicios introspectivos (y a menudo refinados o acrílicos) de los encuestados sobre su propio uso de la lengua, la fiabilidad se ve en gran medida comprometida, tanto más cuanto que es prácticamente imposible ocultar el tema de la investigación cuando las preguntas formuladas rodean en torno a aspectos concretos del uso de la lengua. Por ello, los cuestionarios deben utilizarse cuando ya se tiene cierta idea de la naturaleza del fenómeno o para una orientación general sobre el tema. Otra alterna-

tiva es el análisis de contenido de documentos o, en la lingüística, de los corpus, etc.⁹¹

En este momento, es importante volver brevemente sobre la cuestión de la **ética** en la investigación sociolingüística y de campo en general. La clave para mantener la máxima discreción es, sin duda, el anonimato incondicional de los hablantes (a menos que ratifiquen lo contrario con su firma), y también la confidencialidad de los lugares de los que se habla en la investigación, ya que podrían indicar indirectamente de qué informantes se trata (por ejemplo, si solo hay una persona con un cargo determinado en un lugar o institución dados).

También es importante asegurar un acceso limitado a las grabaciones, que idealmente solo debería reservarse al investigador (Milroy y Gordon, 2003: 81, creen que las grabaciones no deberían ser de libre acceso bajo ninguna circunstancia, contrariamente a la práctica habitual de los protagonistas del análisis de la conversación), lo que, por supuesto, complica la cuestión de la credibilidad de la investigación, visto que se le niega el acceso a los datos a cualquier otra persona: de ahí que los datos no puedan someterse al escrutinio de ningún árbitro objetivo. A este respecto, naturalmente se sugiere que el sociolingüista que toma las grabaciones, al escucharlas posteriormente, suprima los pasajes delicados; pero esta sería una tarea muy técnica y laboriosa, que también puede dar lugar a especulaciones acerca de si simplemente ha suprimido secciones ininteligibles o que desafían su teoría, etc. El material grabado también debe manejarse con cuidado en las conferencias públicas y únicamente deberían utilizarse los fragmentos que no contengan datos sensibles. Asimismo, deben emplearse seudónimos, códigos numéricos y similares en las transcripciones y en los informes finales de investigación.

Por regla general, se establece que el investigador debe pedirle al observado que firme el llamado *consentimiento informado*, en el que se le garantiza al informante que se mantendrá la confidencialidad de su

91 De hecho, todos los métodos de recopilación de datos mencionados aquí, incluidos los cuestionarios o los análisis de contenido, pueden utilizarse para estudios cualitativos si los adaptamos a nuestros objetivos (por ejemplo, en el caso de los cuestionarios cuantitativos evaluaremos los resultados estadísticamente, mientras que en el caso de los cuestionarios cualitativos evaluaremos las respuestas introspectivas parciales del encuestado en cuanto a su opinión, actitud, funciones, etc., pudiendo incorporarse ambos componentes en un único formulario en el caso de un cuestionario competentemente diseñado; cf. también Kubátová, 2006: 111 y ss., 160 y ss.). No obstante, el formato dominante para los análisis conversacionales y los enfoques sociolingüísticos interpretativos será sobre todo la observación de conversaciones libres, idealmente como una forma de interacción sin influencias externas entre los hablantes objeto de estudio.

identidad y se le reservará el derecho a retirarse voluntariamente de la investigación en cualquier momento. La obtención del consentimiento informado también es delicada en el caso de los menores, en cuya representación siempre tienen que firmar sus representantes legales. La investigación nunca debe causar daños a la salud física o mental y el participante también debe contar con una información sobre la intención general de la investigación, si es que no es posible revelar todo el tema, el contenido y el proceder de la investigación debido a posibles sesgos (sobre la ética de la investigación, véase Hendl, 2017: 62 y s., 2005: 155 y s., 2004: 33 y ss.; Milroy y Gordon, 2003: 79-87; Kubátová, 2006: 161 y s.).

Ahora bien, según Milroy y Gordon (2003: 79), el consentimiento por escrito no siempre es necesario y, especialmente en la investigación lingüística, suele ser aceptable obtener únicamente un consentimiento oral, tras informar de buena fe al observado de todo aquello que, por lo demás, implique un consentimiento informado por escrito. En la práctica, sin embargo, a menudo no es así. Esto ocurre sobre todo en el caso de la observación completamente anónima, en la que el investigador se mantiene al margen y graba de forma oculta al hablante o grupo de hablantes de su interés. (Se suele afirmar que la grabación subrepticia es la que más al límite de la ley está, pero al mismo tiempo es la única opción, por ejemplo, para captar el habla de personas ebrias, cuando está en juego la seguridad del investigador, o para interacciones entre miembros de las clases sociales más bajas a las que de otro modo es muy difícil acceder).

Si bien la grabación encubierta no es una forma ideal de obtener material, es la manera más fácil de hacer que el contenido de la conversación sea informal y que los interlocutores se expresen de forma espontánea, sin la influencia negativa de la paradoja del observador. Un opositor de la grabación encubierta astuta, pero al mismo tiempo defensor de la observación anónima en determinadas condiciones, es el propio Labov (véase su estudio de (r) a través del «fourth floor» en los grandes almacenes de Nueva York en [1966], 2006, también mencionado aquí en la introducción), que solo advierte de que el investigador debe prevenir en la medida de lo posible su revelación y posibles explicaciones desagradables (sobre esto, véase las secciones 6.2, 6.3 para más información). Al fin y al cabo, incluso la observación participante a largo plazo, de la que los participantes son conscientes en un primer momento, entra a menudo en un modo de grabación anónimo, en el que intervienen accidentalmente nuevas personas no informadas.

4.4.5 Análisis e interpretación de los datos

Una vez que el sociolingüista del paradigma variacionista haya recopilado los datos necesarios, puede proceder a analizarlos, evaluar los resultados y hacer una interpretación final. En el caso de un estudio cuantitativo, además, no siempre es necesario transcribir el material, y en ciertos casos basta con apuntar simplemente el número de ocurrencias de las variantes en la variable lingüística para cada valor de las variables sociales. Por regla general, sin embargo, la práctica sociolingüística es la contraria y la transcripción sí se lleva a cabo para permitir revisiones, realizar una investigación repetida o poner los datos a disposición de otros investigadores (para más información al respecto, véase la sección 6.6: nota 108).

Dado que los análisis cuantitativos en la investigación sociolingüística moderna, como hemos visto anteriormente, tienden a basarse en un número menor de informantes, esto puede considerarse una cierta ventaja a la hora de evaluar los resultados. En una muestra de unas cuantas decenas de hablantes y 1-2 horas de grabación por persona, normalmente solo necesitamos contar manualmente las ocurrencias de la variable elegida para las categorías sociales dadas y, aparte de los clásicos editores de hojas de cálculo, no necesitamos utilizar herramientas estadísticas más difíciles de manejar, cuyo uso sino requeriría entrenamiento (cf. Hendl, 2004: 22 y s., 173).⁹²

92 Esto no quiere decir que en la sociolingüística contemporánea no se utilicen métodos de análisis estadísticos. Hay varios estudios (véase, por ejemplo, Milroy y Gordon, 2003: 164 y ss.) que han utilizado con más o menos éxito diversos programas estadísticos en un intento de maximizar la objetividad de su investigación. No obstante, como señala Hendl (2004: 121, 173), la inferencia estadística presupone que el material de entrada serán datos obtenidos por muestreo aleatorio. Así pues, si trabajamos con un muestreo intencional, este supuesto no se cumple y el uso de herramientas estadísticas no es del todo pertinente.

Wolfram (1993: 203) se muestra reservado sobre el uso de programas informáticos de cuantificación en la práctica sociolingüística, pues cree que, si bien su uso puede parecer sofisticado a primera vista, en realidad suele ser una ilusión que solo enmascara el reduccionismo metodológico que se esconde tras el uso de herramientas estadísticas. En su opinión, los resultados obtenidos con herramientas estadísticas carecen de mayor valor explicativo y se limitan a una mera descripción de configuraciones de covarianza, desvinculándose considerablemente de la teoría que se supone inherente al método cuantitativo. Wolfram añade que los variacionistas deben ser ante todo buenos lingüistas y sociolingüistas, no recopiladores de datos y solucionadores de complejos problemas numéricos.

Esto se ve respaldado por la afirmación de Hendl de que el análisis cuantitativo no debe limitarse a la comprobación de hipótesis, ya que «[l]a investigación requiere que exploremos y aprendamos de los datos que recopilamos en todas las fases del proceso de construcción de modelos y teorías» (2004: 114). Del mismo modo, Milroy y Gordon (2003: 168) opinan que las herramientas estadísticas no pueden responder a todas las

Una muestra con una representatividad menor y que utilice la técnica del muestreo por cuotas o intencional también asume automáticamente que la evaluación final de los resultados y su interpretación conducirán a su relativización final, es decir, que las conclusiones no se tomarán como indiscutibles y absolutamente válidas y se validarán reivindicando el marco teórico en el que se encuadró la investigación. Por lo tanto, ni siquiera el cálculo de la desviación estándar, los errores de medición y los valores estadísticos comparables de retroalimentación o control son obligatorios ni constituyen la norma en la investigación sociolingüística (véase ejemplos de investigación en Milroy y Gordon, 2003: 89 y ss.).

En cambio, es bastante habitual repetir un estudio al cabo de un periodo de tiempo o realizar investigaciones equiparables por parte de dos o más investigadores con el fin de comparar los resultados, describir las desviaciones e intentar explicarlas (cf. por ejemplo Milroy y Gordon, 2003: 90, nota 1).

El análisis propiamente dicho en la investigación variacionista suele buscar regularidades, o sea, estructuras o patrones regulares, constituidos por las correlaciones entre la variable social independiente y la variable lingüística dependiente. El resultado es entonces la constatación de que un tipo particular de hablante (definido por valores particulares de las variables sociales) utiliza una variable lingüística dada, o una variante dada de una variable lingüística, con

preguntas que se plantean los sociolingüistas, por lo que deberían servir más bien de instrumento complementario. Según ellos, los datos «a menudo pueden cuantificarse simplemente contando los usos de cada una de las variantes. En el caso de las variantes binarias, los resultados suelen presentarse en forma de porcentajes (...). Las medidas resultantes, ya sean porcentajes o promedios, facilitan la comparación entre hablantes» (2003: 144-145).

Los mismos autores señalan también (p. 37) que, aunque Labov trató de recopilar datos sobre la base de un muestreo aleatorio y procesarlos estadísticamente en algunas de sus investigaciones, el muestreo aleatorio previsto **no** fue aleatorio después de todo. Así ocurrió, por ejemplo, en una de las encuestas realizadas en el Lower East Side de Nueva York, en la que se partió de una muestra aleatoria de 340 individuos extraída para fines sociológicos. Sin embargo, algunas personas seleccionadas rechazaron participar o no pudieron hacerlo por diversos motivos, lo que condujo a un número final de 88, que ya distaba mucho de ser una selección aleatoria. Ahora bien, este tipo de problemas de muestreo no son una excepción y, por lo tanto, según Milroy y Gordon, «llevaron pronto a los investigadores a cuestionarse tanto la sensatez como la validez de un laborioso procedimiento de muestreo que, al final, podría no estar a la altura de los estándares exigidos por disciplinas fuera de la lingüística» (2003: 25). Por lo tanto, concluimos esta discusión con una observación general-científica de Hendl de que «[e]n el mundo real, llevar a cabo una investigación estadística es un compromiso entre los recursos del investigador y una visión ideal. A menudo nos conformamos con una descripción estadística de la muestra disponible de individuos/objetos y con reflexiones sobre la posibilidad o imposibilidad de generalización» (2017: 137).

mayor o menor frecuencia que un tipo de hablante definido por otros valores de las variables sociales.

Aunque algunos estudios recurren (como veremos más adelante en nuestros análisis) a las hipótesis de que una u otra categoría de hablantes no utiliza en absoluto el elemento lingüístico estudiado o, por el contrario, es la categoría exclusiva en usarlo, en sociolingüística es mucho más probable que nos movamos en una escala de *más uso-menos uso* que afirmar categóricamente un *sí* o un *no* (véase aquí la sección 4.4). Y lo mismo ocurre con respecto a los contextos situacionales y los estilos lingüísticos (que se tratarán en la sección siguiente, 4.4.6), en cuyos repertorios podemos esperar que la aparición de un recurso lingüístico o de una variante concreta de una variable lingüística sea *más o menos probable*, pero nunca estrictamente excluida. Así pues, solemos movernos en un eje de recursos *más y menos apropiados contextualmente* (véase el análisis comparativo del capítulo 10).

Además, los resultados parciales de la investigación variacionista deben leerse de acuerdo con el esquema estratificado propuesto y las variables sociales implicadas. Si consideramos los factores de la clase, la edad y el sexo, debe adoptarse un enfoque interpretativo específico para cada una de estas variables. Concretamente, para el comportamiento lingüístico entre **clases** sociales, por ejemplo, observamos a menudo la aparición de la *ultracorrección* (o *hipercorrección*, ya señalada por Labov, 1972: 122 y ss., y que es menos común para otras variables sociales), es decir, el fenómeno en el que las clases socialmente más bajas deliberadamente prescinden de un recurso lingüístico por considerarlo vulgar, coloquial y/o agramatical, y, al eludirlo, quieren acercarse al prestigio de las clases sociales más altas, en las que la aparición del recurso es limitada. Por lo general, sin embargo, no se trata de miembros de la clase social más baja (estos tienden más bien a la *estigmatización*), sino sobre todo de representantes de la clase media-baja (véase *lower middle class* de Labov, *ibid.*), que, al final, maximizando la reducción de un recurso lingüístico dado, superan incluso a la clase social más alta, y así provocan una fluctuación en un eje de frecuencias por lo demás continuo. Naturalmente, la ultracorrección también puede manifestarse en sentido contrario, es decir, (sobre)utilizando un determinado recurso que una determinada clase social considera prestigioso, aunque se trate de una expresión agramatical (en español, p. ej., *de/queísmo*, *c - *cc* en palabras como *edición - *edicción*; en checo, p. ej., *bychom - *byjsme*, véase Sgall, 2011: 22).

Ahora bien, el uso excesivo de un recurso lingüístico, o de una variante particular de una variable lingüística, también puede ser una herramienta para difundir innovaciones. El proceso de difusión transcurre de la siguiente manera: por lo general, las clases sociales más prestigiosas (es decir, normalmente las más altas, véase, p. ej., López, 2004: 88 y s.) introducen una expresión innovadora (una nueva palabra, una nueva variante de una variable, o adoptan una expresión existente de una lengua extranjera, etc.) y las clases socialmente más bajas se encargan de su difusión utilizándola intensamente en un intento de igualarse a las clases más altas.

Indudablemente, las innovaciones lingüísticas también pueden proceder de las clases más bajas y difundirse hacia arriba, pero tales recursos resultan estigmatizados desde un principio y rara vez alcanzan el prestigio de los establecidos por la alta sociedad. Un caso contrario a la adopción de recursos procedentes de las clases altas es la situación en la que las clases más bajas, para mantener la solidaridad mutua, se distancian deliberadamente de las formas prestigiosas y difunden masivamente sus innovaciones lingüísticas, algunas de las cuales incluso pueden llegar a integrarse con el tiempo en la variedad estándar. Sin embargo, esta es solo una pequeña muestra del repertorio de interpretaciones a las que puede llegarse cuando se leen los resultados dentro de la estratificación social en clases, y siempre dependerá de la naturaleza del fenómeno concreto que se investigue (Labov, 1972: capítulo 9).

En lo referente a la **edad**, ya hemos tenido la ocasión de comprobar en la sección 4.4.3 que el comportamiento sociolingüístico de los hablantes a este respecto suele agruparse en patrones en los que predomina una pauta en forma de U (incluida la \cap invertida), según la cual las frecuencias de uso de una variable lingüística por parte del grupo más joven y el de más edad son similares entre sí, al tiempo que difieren notablemente del uso de un recurso dado por parte del grupo de mediana edad, en su etapa más productiva en relación con el mercado lingüístico.⁹³ Los patrones en forma de U (e invertidos) pueden ser tanto una prueba de la (no) utilización generacional de un recurso dado, como indicar la (in)adecuación del uso de una variante lingüística seleccionada en la etapa más productiva de la vida, etc.

93 Noción de Pierre Bourdieu (1982), cuya idea central es que la lengua constituye un capital simbólico que puede convertirse en capital económico. En determinadas sociedades o profesiones es más importante dominar la variedad estándar, en otras hace falta manejar otras variedades (por ejemplo, el argot, la jerga, etc.).

Naturalmente, hay muchos más patrones, siendo siempre un factor crucial el número de edades con el que trabajemos. Si seguimos ciñéndonos a los tres grupos etarios fundamentales, es posible que nos encontremos con patrones en forma de letra L (L). En el caso de la perpendicular a la izquierda, es probable que se trate del uso de un recurso innovador por parte del grupo de edad más joven, y en el caso de su orientación a la derecha, de una expresión arcaizante. Una L horizontal invertida (\leftarrow , \rightarrow), dependiendo de su orientación, indica una presencia limitada del recurso seleccionado en grupos de edad más jóvenes o más mayores; un aumento y una disminución graduales (\backslash , $/$) pueden evidenciar una popularidad creciente o decreciente a largo plazo. No obstante, a pesar de estos patrones idealizados, siempre hay que tener en cuenta las posibles desviaciones. Además, curvas similares no tienen necesariamente la misma interpretación.

Una variable algo más problemática es el **sexo** (debido a su naturaleza binaria), para el que los distintos autores difieren sobre cuánto peso concederle. Se ha argumentado (véase también Milroy y Gordon, 2003: 93 y ss., Labov, 1972: capítulo 9 y otros) que las mujeres son más innovadoras, se inclinan más por la norma y prefieren formas más prestigiosas, en contraste con los hombres, que a su vez se adhieren a formas más permanentes, locales y no estándar. Por otro lado, puede que simplemente se estereotipe a las mujeres como usuarias de variantes más prestigiosas, y estas a su vez se consideran prestigiosas precisamente porque proceden de mujeres.

Es sin duda habitual que las mujeres logren popularizar ciertas formas utilizándolas en exceso –si miramos la esencia femenina a través del ojo de un adorador acrítico de estereotipos–, porque tienden a hablar más que los hombres. Ahora bien, estos recursos popularizados no tienen por qué ser en absoluto prestigiosos *a priori*, puede tratarse de formas locales que incluso pueden provenir de los hombres. En tal caso, sin embargo, el carácter binario del sexo ya no es defendible, y llegamos al género (véase también la sección 4.4.3, nota 88), dentro del cual las personas no se definen categóricamente, sino que en diversos aspectos se inclinan hacia un lado u otro según sus preferencias, independientemente de su sexo biológico.

Pero tanto el género como la clase social, entendidos como un continuo, son, en realidad, construcciones sociales cuya delimitación no puede globalizarse sin más, ya que la forma en que se agrupan las clases, los papeles que asumen los hombres y las mujeres, e incluso los papeles que asumen las personas a diferentes edades biológicas,

están en gran medida influidos o directamente determinados por la sociedad en la que viven los individuos estudiados, por los valores compartidos, por las costumbres y por el consenso intrasocietario. En consecuencia, las medidas de generalización en la investigación deben adaptarse a la sociedad objeto de estudio.

Traduciendo esto de forma un tanto simplista a la cuestión de la etnicidad, aunque no sea nuestro objetivo estudiar las minorías étnicas, el elemento básico de la etnicidad en términos de valores culturales compartidos se refleja en la nacionalidad y la identidad nacional. Por lo tanto, la identidad nacional determina con frecuencia el modo en que una sociedad determinada quiere ser comprendida y percibida,⁹⁴ lo que debe tenerse en cuenta a la hora de evaluar los resultados. No obstante, incluso en estas circunstancias, la edad, el sexo y la clase social se consideran conceptos más fácilmente operacionalizables que el estilo, por ejemplo.

4.4.6 Alternancia de códigos, cambio de estilo

La alternancia de códigos o los cambios de estilo son fenómenos que ya hemos abordado en las secciones anteriores y que constituyen nuestra última importante deuda respecto del paradigma variacionista. En términos sencillos, se trata de un único fenómeno en el que un hablante, incluso dentro de una misma conversación, deja de utilizar un código o variedad lingüística y la sustituye por otra que también domina. Por lo general, se cree que un adulto sano tiene la capacidad de utilizar múltiples códigos o, al menos, variedades lingüísticas y de alternarlas convenientemente (cf., por ejemplo, Nekvapil, 2000/2001: 17; López, 2004: 97).

La principal diferencia entre el cambio de estilo y la alternancia de códigos consiste en si el cambio se produce dentro de una misma lengua o dialecto (entonces hablamos de cambio de estilo) o entre varias lenguas o dialectos (entonces hablamos de cambio de código). La realidad, sin embargo, es que los hablantes individuales suelen aplicar ambos procesos simultáneamente y, en determinadas circunstancias, es muy difícil separarlos el uno del otro (cf. Milroy y Gordon, 2003: 198

94 La cuestión de la identidad nacional se abordará brevemente en los análisis del capítulo 10.

Está claro que solo podemos hablar de este fenómeno si la población objeto de estudio es una nación. En otros casos, puede tratarse de la identidad de minorías étnicas, de la identidad de grupos sociales cerrados, etc.

y s.; Nekvapil, 2000/2001: 17 y s.).⁹⁵ Aquí, por tanto, trataremos estos fenómenos como alternativos, aunque primará la etiqueta *cambio de estilo*, ya que nuestro estudio tiene una orientación monolingüe.

Ahora bien, la cuestión de la alternancia de códigos o estilos no se limita a la terminología. Este fenómeno también entraña una complicación metodológica. Entre otras cosas porque debe situarse en algún punto entre la sociolingüística interaccional y la variacionista. Milroy y Gordon (2003: 199) sostienen que en la investigación del estilo es más probable que se apliquen métodos cualitativos, interpretativos o discursivos en lugar de análisis cuantitativos (el estilo es un concepto bastante complejo de operacionalizar, para el que resulta difícil una delimitación categórica de valores como *estilo cuidado*, *estilo coloquial*, *estilo intragrupal*, *estilo familiar*, etc., porque existe un considerable solapamiento entre ellos, lo que hace casi imposible decidir cuál sería la asignación «correcta»). No obstante, la variación estilística también fue abordada por Labov (1972),⁹⁶ que se centró en la llamada variación o cambio *responsivo* (o *reactivo*).

Los cambios responsivos (reactivos) son aquellos que están determinados objetivamente por un cambio en el contexto comunicativo y se producen prácticamente cada vez que se produce un cambio de este tipo (en realidad, podemos hablar de una especie de reglas interindividuales del habla, en las que la mayor responsividad suele producirse cuando cambia el grado de formalidad de la situación, o cuando entra en la comunicación una persona nueva de un estatus social diferente, posiblemente también un extraño de un trasfondo

95 Un ejemplo típico es la situación en Paraguay, donde comúnmente se hablan dos lenguas: el español y el guaraní. Por un lado, se trata de dos códigos lingüísticos diferentes, pero, por otro, también adquieren la dimensión de variedades en el sentido de que se utilizan en circunstancias situacionales distintas. El español tiene un mayor prestigio, está estandarizado y pertenece más al contacto oficial, a la literatura, etc., mientras que el guaraní como lengua autóctona no alcanza tal prestigio formal, pero, sin embargo, tiene una importancia considerable como símbolo de identidad social o étnica (cf. Nekvapil, 2000/2001: 17 y s.). Entre los lingüistas checos, el bilingüismo paraguayo y la estandarización del guaraní han sido ampliamente debatidos por Zajícová (p. ej., 2009). Además, un caso especial es el del *spanGLISH* (sobre todo en Puerto Rico y en los estados sureños de EE. UU.), en el que, si bien el inglés goza de un mayor prestigio, el español también puede alcanzar una posición dominante. La cuestión del *spanGLISH* es, no obstante, mucho más compleja y no puede tratarse aquí en detalle, por lo que remitimos a Milroy y Gordon (2003), que le dedican atención en el capítulo 8 (especialmente en la p. 215 y s.).

96 Que Labov creía que el estilo forma un componente importante de la variación queda patente en su distinción de tres tipos de variables en indicadores, marcadores y estereotipos, los primeros de los cuales varían en función de las categorías demográficas y sin tomar en consideración el estilo, los segundos varían en función de la estratificación tanto social como estilística, y los últimos dependen únicamente del estilo (Labov, 1972: 314 y ss.).

cultural distinto, etc.). En este sentido, Labov distingue entre habla casual (*casual*) y habla cuidada (*careful*), constituyendo el criterio de diferencia el grado de atención que los hablantes prestan a su forma de expresarse (1972: 208; cf. también López, 2004: 97). El problema, sin embargo, es que resulta difícil detectar hasta qué punto el hablante estaba realmente atento (y hasta qué punto intentaba aproximarse a la norma interindividual) y hasta qué punto se trata de su estilo cotidiano e incontrolado.

Pero frente al enfoque reactivo ha surgido una perspectiva más moderna, que considera el cambio de estilo como una alternancia táctica y estratégica (Milroy y Gordon, 2003: 199). Su esencia es que los hablantes utilizan de forma consciente y activa diferentes repertorios de recursos lingüísticos para conformar o producir significados sociales específicos (por ejemplo, para señalar la pertenencia a un determinado grupo social, para simbolizar e identificarse con ciertos valores sociales, para expresar cortesía o mostrar un estado de ánimo emocional momentáneo, para ostentar su propia formación, para marcar relaciones de intimidad o jerarquía al seleccionar una u otra forma de dirigirse a alguien, para intentar aligerar una situación tensa mediante la informalidad, etc.). Cabe señalar aquí que algunas estrategias pueden adoptar un carácter colectivo, mientras que otras pueden ser de naturaleza individual, es decir, ser específicas de un individuo concreto (véase la sección 3.9.2).

Así, la posición dominante en el estudio de los cambios de estilo y, en consecuencia, de la alternancia de códigos, la adopta la idea de que, como uno suele elegir conscientemente cómo va a actuar en la comunicación, es más apropiado considerar el cambio de estilo como un proceso deliberado en el que el hablante es el actor iniciador y su habla no es un mero reflejo pasivo de la situación comunicativa (véase, por ejemplo, Milroy y Gordon, 2003: 206 y s.). Pero hay que tener en cuenta que en algunas circunstancias (por ejemplo, al hablar con un superior) preferimos un determinado repertorio de forma automática. Y si bien lo hacemos conscientemente, encaramos esta elección con una regularidad casi «férrea», por lo que no consideramos correcto rechazar categóricamente el modelo responsivo, sino más bien ver los dos enfoques como complementarios (del mismo modo, Nekvapil, 2000/2001: 18).

Eckert (2001: 212) adopta una perspectiva algo diferente sobre el estilo, entendiéndolo como la interconexión de la práctica lingüística con la práctica social en el sentido de que las actividades humanas

específicas, los acontecimientos sociales, las identidades y otros significados sociales están ligados al uso de repertorios específicos de recursos lingüísticos. Por ello, en su concepción (que se aproxima al estilo conversacional según Tannen, véase la sección 3.9.2 *supra*), el estilo no dista mucho de los conceptos como *red social* o *comunidad de práctica* (*social network* y *community of practice*), que ella define del siguiente modo:

Una idea relacionada con la red social, para situar los lugares de interacción donde el significado social está más claramente indexado por el lenguaje, y donde la variación del lenguaje y el significado social se co-construyen. Una comunidad de práctica puede definirse como un conjunto de personas que se reúnen en torno a una actividad concreta (Eckert, 2000: 34 y s.).

En otras palabras, una comunidad de práctica reúne informalmente a las personas en torno a una actividad (especialmente un pasatiempo) o puede que el vínculo ni siquiera sea una actividad específica, sino también un estilo de vida similar, como ocurre en los grupos cerrados de jóvenes, coetáneos o estudiantes. Los jóvenes son, además, los creadores más frecuentes de redes sociales cerradas, pues intentan (como ya se sugirió en la sección 4.4.3) formar su propia identidad en oposición a la de sus padres y demás.

Es natural, entonces, que los grupos así caracterizados se autodefinan también lingüísticamente y formen a menudo su propia norma de comunicación. Cuanto más cerrado sea el colectivo, más fuertes serán los lazos sociales entre sus miembros y más probable será que su estilo de expresarse sea parecido o que abunden expresiones que caracterizan la identidad del grupo informal en cuestión (por ejemplo, los marcadores conversacionales). Esto también se debe a la voluntad de los miembros del grupo de mostrarse solidarios entre sí, lo que también es típico (como vimos en la sección anterior) de las clases sociales más bajas. Sus miembros forman sus propias normas lingüísticas, a las que se adhieren, a pesar de la frecuente agramaticalidad, para estar más firmemente integrados en su mundo social, que a menudo representa su única seguridad social.

La regla sobre la necesidad de la existencia de una norma lo más constante posible para garantizar la comprensión mutua reduce las oportunidades de innovaciones lingüísticas en los grupos cerrados, que a su vez se extienden más típicamente por individuos menos in-

tegrados en el grupo que forman numerosos lazos sociales débiles y construyen redes sociales más amplias. Esto no quiere decir que una comunidad de práctica cerrada no pueda ser una fuente de innovación. Dentro de ella, los nuevos recursos suelen proceder de los miembros más influyentes del colectivo y a menudo son adoptados por todo el grupo. Ahora bien, no está garantizado que estas expresiones trasciendan sus límites, ni mucho menos que alcancen prestigio y se incorporen al lenguaje estándar (véase, por ejemplo, la jerga médica, carcelaria o jurídica, o el lenguaje estigmatizado de las capas sociales más bajas); esto siempre depende de un conjunto más amplio de circunstancias favorables que no podemos abordar aquí. Lo esencial, no obstante, es que la fuerza de los lazos sociales y la asociación de personas con intereses o estilos de vida similares repercuten sin duda en la constitución del estilo lingüístico tal y como lo entiende Eckert.

El inconveniente de su modelo es, no obstante, que el análisis de redes no siempre permite una visión global de la variación y de las relaciones sociolingüísticas causalmente condicionadas, y resulta más adecuado para un estudio de caso cualitativo, orientado a la investigación de un grupo social y de sus normas lingüísticas, que quizá no sea tan reductor de información como la investigación cuantitativa. Por otro lado, sin embargo, si elegimos para la investigación variacionista (que sigue un esquema estratificado) a un hablante cuya habla en interacción (ya sea de forma intencionada o accidental) se graba en dos condiciones contextuales diferentes (una vez dentro de un grupo cerrado y otra fuera de él, por ejemplo, en rutinas cotidianas), podemos revelar desviaciones significativas en la frecuencia de uso de recursos lingüísticos seleccionados (por ejemplo, los marcadores) o incluso patrones de comportamiento sociolingüístico que se repitan en una gama más amplia de hablantes. De hecho, incluso el estilo conversacional más suelto, informal y espontáneo puede diferenciarse en función de si se trata de un habla grupal marcada o de si es una comunicación cotidiana habitual, neutra (brindaremos ejemplos concretos en el capítulo 10).

4.5 Sociolingüística variacionista e interaccional y marcadores

Nuestro objetivo en el capítulo dedicado a las cuestiones metodológicas (capítulo 6) será mostrar qué ventajas e inconvenientes conllevarán tanto los métodos cuantitativos como los cualitativos en la re-

copilación de material lingüístico para el estudio de los marcadores conversacionales y en el propio análisis. En este espíritu, ya aquí es interesante señalar las diferencias básicas entre la sociolingüística interaccional (interpretativa, cualitativa) y la variacionista (correlacional, cuantitativa).

1. En términos generales, desde la perspectiva **variacionista**, el marcador conversacional se contemplará como una variable lingüística dependiente de determinadas variables sociales relevantes y, por tanto, sujeta a una especie de visión macroperspectivista de su naturaleza.⁹⁷ La recolección y el análisis de datos se llevarán a cabo a partir de un esquema estratificado predefinido, en el que el número de posiciones individuales se derivará del múltiplo de valores de las variables sociales consideradas.

El requisito de representatividad de los datos seguirá un enfoque sociolingüístico algo más flexible que el de la estricta representatividad estadística de la sociología, pero estará condicionado por los límites mínimos de anteriores investigaciones exitosas sobre la variación y se derivará de las necesidades y objetivos de los estudios de marcadores. No se supone que se pueda obtener una lista exhaustiva de la población objeto de estudio como marco fiable para un muestreo aleatorio, por lo que más bien se contará con el muestreo por cuotas y/o intencional, acompañados de algunos rasgos de muestreo aleatorio (si más de un candidato puede ocupar una posición, se decidirá por sorteo). Las técnicas de bola de nieve, las redes sociales y las comunidades de práctica simplificarán el acceso a otros participantes en la investigación, pero no constituirán las únicas bases de selección debido a los posibles sesgos.

97 El estudio de la variación de los marcadores en el plano conversacional (y no en el plano de la variación fonológica o morfológica como en *boludo - bolú, boluda - boludas*, etc.) es, en realidad, un estudio de la variación espuria, ya que esta última viene dada por los valores de no ocurrencia-ocurrencia (0-1), donde la no ocurrencia en sí no puede medirse y se deriva de la ocurrencia relativa entre categorías demográficas o estilos, es decir, si es más probable que ocurra o no dentro de una categoría o estilo determinados. Por supuesto, se ofrece una investigación variacionista sobre marcadores competidores entre sí, pero a este respecto nunca podremos saber con certeza si, al utilizar un marcador, el hablante ha descartado, además, el uso de un marcador competidor, ya que la naturaleza polifuncional de los marcadores conversacionales hace imposible predecir estadísticamente de forma fiable si una determinada condición contextual sería aceptable para la aparición de su competidor. Sin embargo, si existe una teoría que afirma la sustituibilidad de un marcador por otro, en el caso de ponerla a prueba, es necesario realizar dos análisis cuantitativos comparables para las dos variantes en términos de ocurrencia relativa, como se ha descrito anteriormente, luego comparar los resultados y, por último, evaluar la veracidad de la hipótesis original. Además, dada la diversidad funcional y la dependencia contextual de los marcadores, es más que conveniente evaluar la posibilidad de alternancia cualitativamente.

La decisión sobre la elección de las variables sociales tiene que estar respaldada por el conocimiento previo, idealmente por una teoría derivada de pilotajes, una investigación preliminar o la bibliografía disponible sobre un tema similar. Además, es esta vinculación a la teoría la que garantizará una mayor fiabilidad si el estudio cuantitativo parte de una pequeña muestra de la población, como se supone. En el enfoque cuantitativo, los hablantes concretos se convierten únicamente en entidades abstractas, definidas por la intersección de valores de las variables sociológicas seleccionadas (edad, clase, sexo) que son relativamente fáciles de operacionalizar (véase la sección 4.4.3). La investigación variacionista de los marcadores solo se centrará en probar ciertas hipótesis sobre la relación causal entre las variables sociales independientes y la variable lingüística dependiente (un cambio en el valor de una variable social provoca/no provoca un cambio en la frecuencia de uso del marcador). A partir de los datos así analizados, se «verifican» las hipótesis,⁹⁸ o se refutan, y se hacen generalizaciones en las que se evalúa la compatibilidad con la teoría base o la necesidad de revisarla.

La investigación cuantitativa en sí no requiere la transcripción de los datos (no necesita conocer el contexto comunicativo más amplio, que es, por el contrario, necesario para la interpretación de las funciones del marcador; pero cf. 4.4.5 *supra* y 6.6: nota 108) y basta con un registro tabular de las ocurrencias individuales del marcador para categorías dadas de hablantes, o valores dados de las variables sociales (*conteo de «rayas»*). Los resultados tendrán que relativizarse debido a la supuesta representatividad limitada de la muestra, pero aun así pueden señalar rasgos importantes de la naturaleza general de un marcador conversacional dado con respecto a la distribución social.

Salvo algunas excepciones, tradicionalmente la investigación variacionista ha tendido a centrarse en el aspecto fónico del habla, por lo que es necesario revisar el enfoque metodológico en este sentido con respecto a los marcadores conversacionales, cuestión que se abordará en el transcurso del capítulo 6.

2. El paradigma **interaccional**, por su parte, no tratará el marcador como una variable dependiente, sino como un agente social activo, mediante el cual los hablantes no solo expresan actitudes individuales, sino también realizan o producen algo social (por ejemplo, indican intimidad o distancia, expresan afecto, cortesía o relaciones

98 Las comillas son una referencia a la creencia de Popper (1934) de que las hipótesis no pueden verificarse con certeza absoluta, sino solo refutarse de forma fiable.

jerárquicas, señalan identificación con un grupo social o una comunidad lingüística, alcanzan sus objetivos comunicativos). Además, los hablantes no son aquí entidades abstractas definidas únicamente por datos demográficos (edad, clase, sexo, etnia), sino que también adoptan identidades concretas en unas condiciones contextuales determinadas (padre, marido, superior, cliente, etc.) que afectan a la interpretación de toda la interacción.

La perspectiva sociolingüística interaccional rige el análisis cualitativo a nivel micro, en el que **no** pretendemos rellenar un esquema predefinido, sino averiguar todo lo posible sobre el uso del marcador conversacional elegido, sus funciones y características. La investigación interaccional es, por tanto, en gran medida exploratoria, puesto que en su transcurso a menudo descubrimos hechos hasta entonces desconocidos. Así, aunque nos adentremos en ella con ciertas suposiciones y expectativas, una teoría más comprensiva en este enfoque solo suele desarrollarse inductivamente a partir de los datos concretos, buscando similitudes o regularidades entre las propiedades y funciones del marcador, que posteriormente generalizamos y finalmente proponemos una clasificación.⁹⁹

La cantidad de datos no se fija de antemano, sino que está orientada por la exigencia de abarcar o captar teóricamente el problema estudiado en la mayor medida posible, o de documentar la gama más amplia o diversa de funciones y propiedades de los marcadores en los distintos tipos de hablantes, y de registrar tanto los casos típicos como los desviados. La recopilación solo se detendrá cuando el investigador esté convencido de la saturación teórica, es decir, cuando los datos ulteriores dejen de aportar nuevos conocimientos (Hendl, 2005: 151, 251). Así pues, una investigación sociolingüística cualitativa sobre marcadores combina aspectos de la teoría fundamentada, el estudio de caso y la descripción etnográfica (véase, por ejemplo, Hendl, 2005: 103; Kubátová, 2006: 156 y s.). Su ventaja consiste en que lidia mejor con conceptos más difíciles de operacionalizar, pues no tiene que recurrir tanto a la reducción y puede permitirse entrar en más detalles. Posteriormente, se puede proceder a la transcripción de los datos relevantes de las grabaciones.

En cuanto a los estudios cualitativos, a menudo se cuestiona su fiabilidad. En un enfoque interaccional, esta se consigue mediante el

99 Por este motivo, prevemos que las aproximaciones teóricas o funcionales a los marcadores que presentamos en los capítulos introductorios se volverán a revisar en función de los datos reales de campo.

acuerdo interpretativo entre los participantes en la investigación y el propio investigador. En efecto, la naturaleza de la conversación, el conocimiento compartido de su estructura (tras una pregunta viene una respuesta, tras un saludo viene otro saludo, tras un insulto viene un rechazo, tras un cumplido viene un empacho, etc.) y la familiaridad con el contexto sociocultural de un acontecimiento comunicativo determinado permiten tanto a los propios hablantes como al investigador formarse expectativas sobre el curso posterior de la conversación. Y esto último nos da una indicación muy clara y fidedigna de si el contenido se ha interpretado correctamente o no. Si ocurre algo inesperado en la conversación, se produce una reinterpretación.

Al ser testigos del desarrollo íntegro de la conversación y de todo el proceso interpretativo que los propios interlocutores atraviesan objetivamente, llegando paso a paso a alguna meta o intención comunicativa, nuestras conclusiones adquieren un mayor grado de validez y fiabilidad que, por ejemplo, en el caso de los cuestionarios, en los que solo están en juego los juicios puramente subjetivos de los encuestados. Esto se debe a que, si bien las conclusiones del investigador en la investigación cualitativa pueden ser en parte sus propias observaciones intuitivas, a su vez están controladas por el desarrollo objetivo de la interacción en sí y se encuentran bajo la presión de un guion realmente representado que actúa como elemento de retroalimentación (sobre esto, véase también la conclusión de la sección 2.6.7 para más detalles).

Esta distinción (solo en el contexto de la diferencia entre la lingüística tradicional y el análisis de la conversación) también es descrita acertadamente por Mondada, ella misma representante del AC, quien afirma que el análisis de la interacción que se desarrolla de forma natural está:

En contraste con la *introspección*, practicada en la lingüística tradicional, en la que el investigador consulta su propia competencia para juzgar si una oración es 'gramatical'. Como nos recuerda Garfinkel (1996: 8), las acciones situadas solo son «susceptibles de ser descubiertas» pero no «imaginables» (Mondada, 2013: 33, la cursiva es original).

En este aspecto, como en muchos otros, la sociolingüística interaccional coincide con el análisis de la conversación, del que se inspira sobre todo en que basa su investigación principalmente en (grabacio-

nes de) el habla espontánea que se produce de forma natural en la interacción y solo a partir de ella(s) extrae conclusiones.

De lo anterior se desprende que ambos enfoques sociolingüísticos tienen potencial para ser beneficiosos en el estudio de los marcadores conversacionales. Sin embargo, en los resúmenes anteriores no hemos incluido otro aspecto de la investigación, a saber, el rastreo de la frecuencia aproximada de un marcador dentro de una posición específica (ranura) en la interacción, ejerciendo una función sociointeraccional concreta. Esto se debe a que, en realidad, se trata de una de las perspectivas de investigación mixta que se analizarán en el capítulo 6. Ahora bien, para trabajar con el paradigma mixto, primero debemos comprender los enfoques cuantitativo y cualitativo de forma aislada. Por este motivo, recapitulamos a continuación, en la Tabla 4, las diferencias entre las perspectivas sociolingüísticas variacionista (cuantitativa) e interaccional (cualitativa) tal y como las caracteriza Nekvapil (2000/2001: 18 y s.) y, por último, concluimos el capítulo con una comparación de la investigación cuantitativa y cualitativa en general, mediante una tabla tomada de Hendl (2005: 57, aquí Tabla 5, traducida). La información que contiene constituirá un prerrequisito para interpretar bien el capítulo dedicado a los problemas metodológicos en el estudio de los marcadores conversacionales.

Tabla 4: Diferencias entre SL variacionista e interaccional (Nekvapil, 2000/2001: 18 y s.; traducido)

	SL cuantitativa	SL interaccional
Punto de partida	sistema lingüístico abstracto	el hablante
Objeto de investigación	distribución de los elementos individuales del sistema lingüístico en relación con las formaciones sociales abstractas (clase, etc.)	qué es lo que realiza el hablante al utilizar las formas lingüísticas en la interacción
Forma de explicación	teorías empíricas	explicaciones teleológicas
Relación lengua - sociedad	los factores lingüísticos están determinados por factores sociológicos, la lengua es un reflejo de la sociedad	los fenómenos lingüísticos forman parte de procesos sociales, el uso de la lengua equivale a fenómenos sociales, acciones

	SL cuantitativa	SL interaccional
Enfoque	estático: suposición de que los criterios demográficos (edad, sexo, clase, etc.) son siempre relevantes	dinámico: en la comunicación se manifiesta qué identidades sociales son actuales o relevantes para el hablante
Fenómenos lingüísticos estudiados	fenómenos lingüísticos seleccionados (variables), especialmente fonológicos	variedades enteras y todos los fenómenos lingüísticos relevantes para el hablante
Fenómenos sociales estudiados	fenómenos sociales seleccionados (categorías demográficas, contexto)	todos los fenómenos sociales en los que se enfocan los propios interlocutores (distancia, poder, control, solidaridad)

De la tabla se deriva claramente que las conclusiones de Nekvapil son coherentes con lo que hemos intentado resumir desde el principio de esta sección. Lo más contrastado es que, según él, las explicaciones en sociolingüística cuantitativa adoptan la forma de teoría empírica, esto es, teoría basada en datos. Pero esto no excluye que antes de empezar a analizar y explicar nuestros datos ya estemos abordando la investigación sobre la base de una teoría, o al menos de una hipótesis. Además, cabe destacar que incluso Nekvapil señala la prevalencia de la investigación variacionista orientada fonológicamente, y es interesante también su observación sobre la diferente dinámica de los dos tipos de investigación. Según Milroy y Gordon (2003: 8), la división entre las dos corrientes sigue siendo relevante, pero esto no es incompatible con el hecho de que en los tiempos modernos haya habido un creciente impulso para vincularlas (Nekvapil, 2012: 229).

Sin embargo, la tabla anterior no explicita del todo algunos de los otros criterios distintivos que hemos discutido, por lo que añadimos otra tabla de Hendl que resume los conocimientos generales sobre la investigación cuantitativa y cualitativa extraídos de Bryman y Mohr. Estos elucidan quizá más la diferencia entre la forma en que estos enfoques abordan la teoría y la investigación.

Tabla 5: Diferencias entre investigación cuantitativa y cualitativa (Hendl, 2005: 57; traducido)

	Investigación cuantitativa	Investigación cualitativa
Función	preparatoria	un medio para explorar las interpretaciones de los actores
Relación investigador - sujeto	distancia	proximidad
Disposición del investigador ante la acción	fuera de la situación	dentro de la situación
Relación teoría - investigación	confirmación, falsificación	surgimiento frecuente de una teoría
Estrategia de investigación	fuertemente estructurada	débilmente estructurada
Validez de los resultados	generalización	comprensión contextual
Datos	duros, fiables	ricos, exhaustivos
Perspectiva	macro	micro
Esquema teórico	teoría de la variabilidad	teoría del proceso

4.6 Resumen

En este capítulo, hemos pretendido arrojar luz sobre el tema de la sociolingüística (el estudio de la relación entre lengua y sociedad), esbozar brevemente el desarrollo y la diferenciación de esta disciplina, introducir con más detalle el concepto de sociolingüística variacionista y explicar el proceso de construcción de muestras, recolección de datos, análisis e interpretación. También, hemos hablado de la alternancia de códigos lingüísticos o de los cambios de estilo, tanto responsivos (reactivos) como iniciativos (proactivos, estratégicos), así como hemos introducido la noción de comunidades de práctica. Hemos concluido el capítulo destacando las diferencias clave entre las perspectivas variacionista e interpretativa de la sociolingüística e iluminando el impacto de sus diferencias en las dos aproximaciones hacia el estudio de los marcadores conversacionales. Asimismo, hemos recordado las diferencias conceptuales generales entre la investigación cuantitativa y la cualitativa.

5. Interdisciplinariedad: resultados

En los capítulos holísticos anteriores sobre el análisis de la conversación, el análisis del discurso y la sociolingüística, hemos visto que cada una de las disciplinas tiene tanto acceso a la investigación de los marcadores conversacionales como motivación para ello. El análisis de la conversación, que se ocupa principalmente del sistema o mecanismo endógeno de la conversación al que intenta universalizar en la medida de lo posible, se ha acercado a la investigación de los marcadores o *prefacios* sobre todo en situaciones en las que estos elementos indican el tipo de turno o secuencia, delimitan su extensión, señalan reparaciones, sirven como técnica de asignación, implican un cambio de tema, minimizan solapamientos, funcionan como elemento mitigador a la hora de comunicar un desacuerdo a un interlocutor comunicativo, etc.

No obstante, el análisis de la conversación, tal y como lo definen Sacks et al. (1974), procede de la observación no motivada de los datos conversacionales naturales a la identificación de algún patrón interaccional a través de múltiples casos. En su forma tradicional, no preselecciona un marcador concreto para describir en detalle sus diversas funciones y propiedades. Más bien, llega a su estudio al constatar que existe un conjunto de elementos que ocupan un lugar determinado dentro de la estructura interaccional y al que se asocian ciertas funciones con respecto al sistema de alternancia de turnos. Así, la identificación de los marcadores no está motivada *a priori* por un interés en el contenido de formas lingüísticas particulares, sino más bien por observaciones procedimentales y estructurales: así es como suele iniciarse un turno, así es como se cierra, así es como el hablante mantiene el derecho a continuar con el siguiente turno.

El inicio, el cierre y la prolongación del turno proporcionan entonces ciertas ranuras (inicial, final, central) que justamente suelen estar ocupadas por marcadores. Sin embargo, desde el punto de vista del análisis de la conversación, cada ranura está representada por un patrón conceptual diferente (no es lo mismo iniciar que cerrar un turno), por lo que incluso un marcador formalmente idéntico puede

considerarse diferente (para más detalles, véase la sección 2.7). Sin embargo, lo más importante es que el análisis de la conversación haya aportado el descubrimiento de que es necesario observar cómo se distribuyen los recursos lingüísticos en la interacción y con qué función respectiva se actualizan en cada lugar, posición o ranura (el AC es, por tanto, una buena herramienta para estudiar los MC). Esto ya se aproxima notablemente al concepto de marcadores de Schiffrin (1987) y otros representantes del análisis del discurso.

El análisis del discurso es, en realidad, una especie de hogar de los marcadores en el sentido de que les ha ofrecido probablemente el nombre más común hoy por hoy *-marcador (marker)-*, ya que en el análisis de la conversación este término aparece de forma muy marginal y no siempre con el mismo significado. Ahora bien, una de las pioneras en el estudio de estos elementos, Schiffrin, mencionada anteriormente, se inspiró principalmente en los trabajos de Sacks y sus colaboradores, y, por tanto, su concepción coincide en muchos aspectos con el enfoque conversacionalista, sobre todo en lo que se refiere al análisis funcional-posicional de los marcadores.

Pero a diferencia del AC, su punto de partida es inverso, es decir, tal que primero determina (basándose en los conocimientos teóricos de trabajos anteriores) los marcadores o grupos de marcadores (homogéneos o heterogéneos) que quiere investigar y, a continuación, intenta sacar conclusiones detalladas sobre su uso a partir de datos reales (aunque también de ejemplos ficticios, véase la sección 3.3). El resultado no es una afirmación de que tal o cual elemento aparece en la posición inicial con una función introductora, en el medio y al final con otra, sino que se concluye que un marcador dado tiene la capacidad de aparecer al principio del turno con una función de elemento introductor, en el medio con una función de retención de palabra, al final con una función de puntuación, y así sucesivamente, o sea, se afirma su polifuncionalidad.

No obstante, los análisis contemporáneos de los marcadores desde la perspectiva del análisis del discurso suelen apoyarse en algunas clasificaciones previamente establecidas que intentan aplicar a nuevos marcadores, o bien revisarlas, ampliarlas o rechazarlas por completo a raíz de los datos y crear otras. Así pues, existe una diferencia metodológica significativa entre el análisis de la conversación y el del discurso, pues el AC quiere abordar los datos de forma inductiva, sin teoría ni conceptos previos, mientras que el AD no se resiste a basarse en un marco teórico (aunque hemos visto particularmente en la sec-

ción 3.3 que el AD suele ser metodológicamente más liberal, flexible o, si se prefiere, vago; para una comparación más detallada del AD y el AC, véase también Hendl, 2005: 265-267).

Una diferencia más importante entre el análisis de la conversación y el análisis del discurso, especialmente en el ámbito estadounidense, radica asimismo en que, si bien el análisis de la conversación es originalmente una disciplina sociológica, su esfuerzo por desvelar los universales estructurales de la conversación y evitar la excesiva dependencia del contexto social se acerca mucho más a la lingüística tradicional que la corriente estadounidense del análisis del discurso, altamente influenciada por la sociolingüística y en muchos aspectos inspirada en Gumperz.

Partiendo de la teoría de este autor, hay naturalmente solo un paso para que los marcadores sean un objeto de estudio relevante en la propia sociolingüística. En su concepción interaccional, cualitativa, los MC pueden figurar entre los representantes de las llamadas claves de contextualización que les facilitan a los interlocutores el recorrido a través de todo el proceso interpretativo. Dado el origen que tiene la sociolingüística interaccional (SLI) en el análisis de la conversación, es lógico que sus métodos sean similares en muchos aspectos. Pero la diferencia clave entre la sociolingüística así concebida y el AC radica precisamente en que la SLI presta una mayor atención al contexto sociocultural y situacional en el que se enmarca el evento comunicativo y no lo limita al *diseño para el receptor*, como ocurre dentro del análisis de la conversación.

Además, el marcador en la sociolingüística cualitativa adquiere la dimensión de un agente social activo a través del cual los hablantes pueden producir o hacer algo social en la interacción. Un marcador bien utilizado y correctamente sincronizado o localizado puede ayudarle al hablante a expresarse con más cortesía, a indicar afecto, respeto o, por el contrario, desacuerdo, a señalar solidaridad, o relaciones jerárquicas, a mostrar pertenencia a un grupo social, etc. Asimismo, un marcador puede ser el reflejo de un estilo, un valor simbólico de una comunidad de práctica o un emblema de identidad nacional.

Aparte del marco cualitativo, también resulta provechoso contemplar el marcador desde una perspectiva sociolingüística cuantitativa, recurriendo al paradigma variacionista de Labov. Este difiere fundamentalmente de los enfoques anteriores en que se aleja de los análisis profundos y detallados a nivel micro y se centra, en cambio, en las relaciones causales entre el marcador como variable lingüística

dependiente y las categorías sociales relevantes como variables independientes. Entre las más comunes que influyen de forma natural en el uso del marcador se encuentran la clase, la edad y el sexo, pero también el estilo en su concepción responsiva (reactiva).

De los paradigmas mencionados, el enfoque de la sociolingüística variacionista es el más deductivo, ya que trabaja con un esquema estratificado preestablecido, con hablantes abstraídos y definidos únicamente por sus rasgos demográficos. El objetivo es comprobar la veracidad de las hipótesis relativas a la correlación entre la frecuencia de los marcadores y el mundo social operacionalizado. Con una perspectiva cuantitativa, podemos llegar a ciertas generalizaciones y revelar patrones en el carácter de los marcadores, que, además, pueden compararse fácilmente con otros marcadores si mantenemos el mismo esquema de partida. Las desviaciones de los supuestos deben interpretarse, preferiblemente con la ayuda de una visión cualitativa.

Por último, al combinar todos los enfoques, no solo podemos aclarar todo lo anterior, sino que también podemos averiguar qué funciones desempeña con qué frecuencia aproximada un marcador utilizado por una persona determinada de un estatus social determinado en un punto dado de la conversación. Por lo tanto, creemos haber demostrado que el estudio de los marcadores debe situarse en la intersección de todas las disciplinas anteriores para ser exhaustivo y fiable. Así, los diagramas de Venn presentados en la sección 1.1, aunque idealizados, descansan sobre una base verdadera. A continuación, abordaremos una serie de cuestiones metodológicas seleccionadas sobre el estudio sociolingüístico de los marcadores conversacionales que están relacionadas con los hallazgos discutidos hasta ahora, y presentaremos posibles sistemas para un enfoque de investigación combinado.

6. Problemas metodológicos en el análisis sociolingüístico de marcadores



En los capítulos anteriores hemos visto que, desde las primeras definiciones de la sociolingüística como disciplina independiente, se ha procedido a definir la variable sociolingüística, se han distinguido subcampos de la sociolingüística como los enfoques variacionista e interaccional y se ha construido un aparato metodológico sólido. Pero a diferencia de la variación fonológica y, en cierta medida, de la morfosintáctica, la investigación sociolingüística de las variables discursivas o conversacionales, entre las que sin duda se incluyen los marcadores, por el momento solo ha recibido un interés limitado y no constituye una corriente establecida. Además, conlleva una serie de complicaciones metodológicas a las que, hasta ahora, se ha prestado escasa atención.

Por este motivo, y basándonos en nuestra propia experiencia con la investigación de campo (véase el capítulo 7 para más detalles sobre los proyectos), hemos decidido presentar los problemas fundamentales asociados a la recopilación y el análisis de los marcadores conversacionales como elementos típicos de la comunicación informal, la conversación cotidiana, es decir, todo lo que se dice espontáneamente cara a cara, de forma oral y sin una planificación particular.

Advertimos que, si bien este capítulo resume algunos procedimientos científicos generales, lo hace siempre con respecto al tema de los marcadores conversacionales.¹⁰⁰ En concreto, abordaremos a continuación las siguientes cuestiones: intentaremos determinar si el proceso de recopilación de datos puede separarse incondicionalmente del propio análisis; si es preferible utilizar técnicas de observación directa, participante o anónima a la hora de recopilar material lingüístico; y cómo conseguir que los hablantes se expresen espontáneamente durante la grabación. Procuraremos detectar las diferencias entre la situación de la investigación a nivel conversacional de la que se da a nivel fonológico y morfosintáctico, e intentaremos averiguar qué estrategia analítica parece ser la más rentable a la hora de estudiar

100 Una versión anterior de este capítulo se publicó como estudio independiente (cf. Šmídová, 2018).

los marcadores conversacionales. Posteriormente, nos centraremos en la triangulación metodológica, tratando de identificar sus mayores inconvenientes y presentando algunos esquemas combinados que, desde nuestro punto de vista, garantizan una mayor eficiencia en el estudio de los marcadores.

Finalmente, basándonos en los hechos expuestos, intentaremos esbozar una propuesta de un procedimiento metodológico general para la recopilación y el análisis de marcadores conversacionales. Nuestro propósito, sin embargo, no será establecer una metodología fija e invariable, sino más bien proporcionar una serie de instrucciones prácticas que, en todo caso, el investigador podrá adaptar a sus propias necesidades en función de sus propios objetivos.

Además, este capítulo debe verse como una sección que puede leerse antes de los análisis propiamente dichos (es decir, antes de la investigación y sus resultados que se presentan en los capítulos 7 a 10), pero también una vez que el lector ya se haya familiarizado con su contenido y pueda comparar personalmente cada paso con la «guía» metodológica indicativa que ofreceremos al final del presente capítulo.

6.1 Recopilación de datos frente al análisis

¿Es posible separar completamente el proceso de recolección de datos del análisis propiamente dicho? En teoría, sí, pero en la práctica, no: desde un punto de vista teórico, se podría argumentar que se trata de dos procesos perfectamente aislados, dado que la recopilación de datos y el análisis son dos etapas distintas de la investigación, siendo la parte analítica posterior a la fase de recopilación. Pero en la práctica esto no es del todo así. Las dos fases se penetran, se mezclan, una activa a la otra y viceversa.¹⁰¹ Además, la estrategia analítica asumida tiene implicaciones para la decisión sobre la técnica de recolección de datos más apropiada.

101 Véase también Hendl (2005: 40), quien afirma que «pasos como la definición de la pregunta de investigación, la elección de métodos, la recopilación de datos y su análisis se repiten y todo el proceso es iterativo (...)». Este concepto culmina sobre todo en la investigación cualitativa y mixta (p. ej., Hendl, 2005: 50), aunque incluso un diseño inapropiado de un esquema estratificado en la investigación cuantitativa puede detectarse en una fase temprana de la recolección de datos, revisarse y solo después de su rectificación puede entrar en juego la recolección de datos en toda regla. Sobre la cuantificación, Milroy y Gordon (2003: 162) añaden que «[a]lgunas decisiones deben anticiparse antes de que comience el análisis; sin embargo, muchas preguntas surgen a medida que el investigador se familiariza con los datos».

A modo de ejemplo ilustrativo, consideremos lo siguiente: para obtener una visión preliminar de la situación, llevamos a cabo una sencilla encuesta o unas cuantas entrevistas con hablantes nativos en la fase inicial de la investigación, preguntándoles por las características del elemento o fenómeno lingüístico de interés (en nuestro caso, el marcador conversacional). Si los encuestados mencionan alguna correlación entre una variable social (como la edad, el sexo, la clase social) y la frecuencia de aparición del elemento lingüístico objeto de estudio (un marcador), puede entenderse como una variable lingüística y este dato puede ser el desencadenante o el punto de partida de un análisis cuantitativo. Por el contrario, si los encuestados mencionan los variados usos funcionales de un elemento determinado, es probable que tal observación nos lleve a adoptar una perspectiva de análisis cualitativo. Y, por último, si el elemento en cuestión tiene un doble potencial, como suele ocurrir con los marcadores, lo más apropiado parece combinar ambas formas de análisis a la hora de examinarlo.

En resumen, lo anterior implica que, sobre la base de los primeros datos introspectivos **recopilados**, decidimos qué estrategia **analítica** elegir. Una vez tomada esta decisión, la forma de análisis influirá en el método de **recopilación** de los datos principales. Ya en el momento de recopilarlos, el investigador efectúa una serie de **preanálisis** (sea solo mentalmente o en forma de apuntes escritos, etc.)¹⁰² en un intento de poner a prueba la validez y fiabilidad del método elegido para la recopilación de datos, con vistas a modificarlo si fuera necesario. Una vez finalizada la **recopilación**, se procede al **análisis** propiamente dicho, en cuyo transcurso pueden aparecer lagunas imprevistas en los datos, o sea, datos que faltan. Dado que la ausencia de algo que el investigador esperaba encontrar ha de interpretarse, se sugiere utilizar el cuestionario como fuente de información adicional, lo que, en realidad, constituye otra forma de **recopilación** de datos que luego se **analizarán**. De este modo, todo el proceso responde al esquema *recopilación* → *análisis* → *recopilación* → *análisis* y así sucesivamente, lo que podría sintetizarse en una simple fórmula *recopilación* ⇌ *análisis*.¹⁰³

102 Cf. también Kubátová (2006: 160-6) y Hendl (2005: 269).

103 También en este caso puede argumentarse, como en la nota 101 *supra*, que tal aproximación se acerca más a las estrategias analíticas cualitativas, dado que suelen partir directamente de datos empíricos y no están vinculadas a la teoría en la medida en que sí es habitual en la investigación cuantitativa, que parte de ciertos supuestos teóricos *a priori* que el investigador pretende poner a prueba (como también vimos en la sección 4.5) y que guían al investigador para diseñar un esquema estratificado más representativo. Por supuesto, ni siquiera la investigación cuantitativa es infalible y requiere estudios piloto o análisis preliminares. Darse cuenta de un elemento de interés no suele ser posible sin una observación o una encuesta

Hablamos, por tanto, de un proceso cíclico y reversible (una fase es capaz de desencadenar la otra y viceversa). Y es también un proceso paralelo, ya que ambas fases pueden darse simultáneamente (por ejemplo, en los procesos mentales de un investigador cuando recolecta datos; véase el párrafo anterior). Además, el investigador tiene sus propias expectativas e hipótesis que confronta constantemente con la realidad. El no reflejar este hecho puede tener un impacto negativo en los resultados: si no se lleva a cabo ningún tipo de preanálisis paralelamente a la recolección de datos, es posible que en la fase final de la investigación nos encontremos con que el método de recolección de datos o la naturaleza de estos eran irrelevantes y no dieron los resultados esperados.¹⁰⁴ Esta fase (auto)reflexiva es, por tanto, una especie de prevención de riesgo de que al final no haya nada que sintetizar.

6.2 Observación directa, participante y anónima

Uno de los problemas más comunes a los que se enfrenta cualquier sociolingüista es la decisión sobre qué técnica o técnicas de recopilación de datos elegir, es decir, qué forma tendrá finalmente el material lingüístico (el tema de la recopilación de datos ya lo hemos tratado con más detalle en la sección 4.4.4, por lo que aquí nos limitamos a exponer los rasgos distintivos de las técnicas elegidas). Hablando específicamente del estudio de los marcadores conversacionales (inherentes al lenguaje hablado cotidiano), basado en la investigación de campo, disponemos de varias opciones de obtención de datos para nuestros análisis. Sin embargo, de todas las alternativas, la **observación directa activa** (entrevistas investigador-observado), la **observación participante** (en grupos cerrados con la presencia legítima del investigador) y la **observación anónima** (el investigador realiza observaciones sin que el observado sea consciente de ello) parecen ser las más útiles. A continuación, especificamos sus principales ventajas e inconvenientes:

previas, y una cierta autorreflexión en la recolección de material también puede llevarnos a descubrir que nuestro esquema está desequilibrado y no representa de forma fidedigna a la población objeto de estudio. Esto nos hará suspender temporalmente la investigación y ajustar el esquema basándonos en los preanálisis. Una vez más, pues, nos movemos desde los datos hacia el análisis y viceversa, por lo que creemos que esta fórmula es crucial para concebir correctamente investigaciones de diversa índole.

104 Cf. también el comentario de Mondada (2013: 41), por medio del que advierte que «las decisiones tomadas en las primeras fases de la preparación de la recolección de datos pueden tener repercusiones a largo plazo en la usabilidad de los datos para el análisis».

1. *Observación directa y participante*: en ambos casos, solemos disponer de todos los datos necesarios sobre los participantes. Conocemos la edad del hablante/informante, su situación socioeconómica, su formación, etc. En muchos casos, también podemos elegir el lugar de grabación, lo que nos permite escoger espacios tranquilos con un ruido mínimo que, de lo contrario, podría dificultar la comprensión inmediata o repercutir negativamente en la claridad de la grabación (por supuesto, no siempre es así; por ejemplo, en la observación participante solemos adaptarnos a las necesidades del grupo estudiado, pero también intentamos acomodarnos al individuo si eso significa que se sienta más cómodo y hable de forma más abierta y espontánea con nosotros). Asimismo, de acuerdo con la ética de la investigación, les podemos pedir a los participantes más fácilmente su consentimiento para ser grabados.

Por otra parte, un inconveniente importante de la observación directa en particular es el impacto negativo de la presencia del investigador, conocido como la *paradoja del observador* (que ya se ha tratado aquí en la sección 4.4.4, por ejemplo). El participante es consciente de que está siendo grabado por una persona casi desconocida para él y, por tanto, tiende a vigilar y controlar su forma de expresarse. Este obstáculo puede conducir a la pérdida de valiosos datos objetivos. (En el caso de la observación participante, la presión para ajustarse a la norma intragrupal reduce el riesgo del efecto negativo de la paradoja, aunque no lo descarta categóricamente.)

2. *Observación anónima*: su ventaja indiscutible es que el investigador no tiene que adentrarse en un colectivo cerrado ni ganarse la confianza de la persona estudiada, ya que observa en secreto. Los interlocutores no son conscientes de que están siendo grabados, por lo que su discurso espontáneo no se ve afectado negativamente. No obstante, como contrapeso a esta ventaja, existen los siguientes inconvenientes: 1. no es fácil buscar oportunidades que garanticen un anonimato absoluto; 2. el contexto más amplio de la situación comunicativa se le escapa al investigador; 3. solo disponemos de datos limitados sobre los interlocutores (la edad solo podemos estimarla, su origen no lo conocemos con certeza, etc.); 4. hay que tener en cuenta una serie de complicaciones técnicas (ruido, ecos, volumen bajo); 5. desde un punto de vista ético, la grabación encubierta es polémica y, de ser revelada, puede acarrear problemas tanto con las personas implicadas como con la justicia. Frente a esta última dificultad de la investigación anónima, Labov (1984: 52) recomienda: «[E]vite cualquier acto que sería emba-

razoso explicar si se convirtiera en un asunto público». Las cuestiones éticas, no obstante, ya las hemos abordado en la sección 4.4.4, y no volveremos sobre ellas.

Es, por tanto, natural combinar todos los métodos anteriores para minimizar las desventajas de cada uno. Ahora bien, una de las dificultades que conlleva este pluralismo metodológico es la inconsistencia de los metadatos (a veces tenemos un conocimiento exhaustivo sobre el hablante, conocemos su edad, formación, etc., otras veces solo estimamos) y de los propios datos (a veces el habla espontánea está garantizada casi al cien por cien, mientras que en otras ocasiones no). Por este motivo, es importante decidir qué técnica de recopilación tiene menos probabilidades de perjudicar a nuestros objetivos de investigación.

Un criterio clave para estudiar los marcadores conversacionales es sin duda la **espontaneidad**, que ya hemos recordado en varias ocasiones. Si esta no se consigue durante la observación directa, la combinación de métodos de recopilación de datos lógicamente parece ser la alternativa más apropiada. Además, las inconsistencias planteadas no son necesariamente tan perjudiciales como podría parecer a primera vista, siempre que establezcamos de antemano las categorías generales que se van a estudiar (grupos etarios, clases sociales, etc.) y que somos capaces de estimar de forma aproximada incluso en el caso de la observación anónima. Labov también adopta esta postura con la siguiente afirmación:

Es cierto que carecemos de muchos datos sobre los informantes que nos gustaría tener: su lugar de nacimiento, su historial lingüístico, su formación, etc. Sin embargo, las regularidades del patrón subyacente son lo suficientemente fuertes como para superar esta falta de precisión en la selección e identificación de los informantes (Labov, 1972: 57).

6.3 Espontaneidad

Conseguir que los hablantes se expresen espontáneamente no es una tarea fácil. En el contexto de la observación directa, es esencial que el investigador primero conozca bien a su informante, se gane su confianza y solo después emprenda la investigación propiamente dicha. En cualquier caso, ya el tema de cómo reconocer el punto en el que se ha alcanzado el nivel deseado de confianza entre el investigador y

la persona investigada es problemático, si es que siquiera puede alcanzarse, dado que, después de todo, el investigador sigue siendo un extraño. Asimismo, es aconsejable no revelar al interlocutor el momento exacto en el que se inicia la grabación.

Más beneficioso aún es observar pasivamente a un grupo social cerrado y establecido al que el investigador tenga acceso (un grupo de amigos o coetáneos, un grupo de interés, etc.) y cuyos miembros mantengan conversaciones informales entre sí. Si bien en este caso se trabaja con un mayor número de hablantes, lo que puede causar complicaciones técnicas tanto en la recolección como en el análisis posterior, su habla será claramente más espontánea que en el caso anterior.

Queda por resolver, no obstante, cómo identificar realmente el habla espontánea. Ya hemos dicho antes (véase la nota 90) que su indicador más fiable, según Labov (1972: 95), parece ser la voz y su modulación, reconocibles a partir de cinco indicios (*channel cues*): «Un cambio en el tempo, un cambio en el tono, un cambio en el volumen o en la frecuencia respiratoria forman señales socialmente significativas de un giro hacia un estilo de habla más espontáneo o más casual. (...) El quinto indicio del canal es otra modulación de la producción de voz: la risa». Además, la presencia de estos cambios en la voz puede verificarse mediante espectrogramas u otras herramientas de análisis acústico. Sin embargo, esto exige más tiempo y recursos, por lo que muchos sociolingüistas prefieren confiar en su propia intuición.

6.4 Nivel fonológico y morfosintáctico frente al conversacional

Recopilar datos para el análisis sociolingüístico de variables fonológicas o morfosintácticas implica seguir criterios diferentes a los que rigen la recopilación en el nivel conversacional. A continuación, presentamos algunos de ellos.

6.4.1 Nivel fonológico

Como hemos comentado en varias ocasiones, la parte fónica del habla es la que –desde Labov– más atención ha recibido en la sociolingüística, como nos recuerda López (2004: 57) con su afirmación de que «la variación fonológica ha sido con mucho la más estudiada de todas».

Y añade que esto probablemente se deba a los siguientes factores: 1. las variables fonológicas como segmentos subyacentes y sus realizaciones (variantes) carecen de significado propio, es decir, pueden alternarse libremente dentro de los mismos contextos sin que ello suponga un cambio semántico (son equivalentes auténticos), 2. pertenecen a un sistema cerrado que cuenta con un número limitado de unidades, 3. como consecuencia, suelen ser (salvo contadas excepciones) frecuentes en el habla, por lo que fragmentos más cortos del discurso oral, o muestras más pequeñas, son suficientes para un análisis satisfactorio (López menciona incluso apenas 10 minutos; cf. también Milroy y Gordon, 2003: 169-170).

Desde nuestra perspectiva, lo más importante es –dejando a un lado la variación suprasegmental– que es relativamente fácil conseguir que un hablante utilice una variable fonológica determinada (o una variante concreta de la misma), por ejemplo, suscitando estratégicamente la emisión de una frase o palabra que contenga el segmento investigado. Una manera bien conocida y no demasiado complicada de hacerlo es formular preguntas para las que haya una única respuesta posible, como en su tiempo hizo Labov (1966, 1972: 43-69) en un estudio sobre las realizaciones de fonemas (r) en los grandes almacenes de Nueva York, preguntando a los observados intencionalmente por la ubicación de los productos sobre los cuales sabía que se ubicaban en el cuarto piso («fourth floor»; véase también el comentario en la introducción de este libro). Además, este mismo sociolingüista aboga por la *lectura* en voz alta como fuente pertinente de datos (1972: 80 y s., 129, etc.), aunque aquí hay que contar con un cierto sesgo causado por el autocontrol del hablante, quien probablemente tenderá a modificar su forma de hablar al leer a fin de impresionar al investigador y de salvaguardar su imagen ante él.

Por otro lado, por supuesto, admitimos que es bastante más complicado generar artificialmente contextos e idear maneras de obtener material para el estudio de los fenómenos suprasegmentales, ya que su naturaleza requiere trabajar, por ejemplo, con alteraciones del estado anímico y emocional del hablante. Y simular una discusión, pelea u otra situación tensa o recurrir a otros métodos experimentales puede tener una repercusión negativa en el bienestar psicológico del hablante, lo que es contrario a la ética del trabajo científico (véase la sección 4.4.4). Esta es probablemente una de las razones por las que hasta ahora solo se ha publicado una cantidad limitada de trabajos de este tipo, como señalan López (2004: 57, nota 1) o Milroy y Gordon (2003: 138).

Aún cabe añadir que el nivel fonológico (a diferencia de los demás niveles) puede apoyarse no solo en el método de audición, sino también en técnicas instrumentales. El análisis acústico y la visualización en el espectrograma luego le permiten al investigador identificar con una mayor facilidad y objetividad las distintas variantes de las variables que son más difíciles de distinguir por el oído. Para los investigadores que se enfocan en la variación de los fenómenos gramaticales o léxicos, no obstante, estas técnicas no resultarían suficientes a la hora de buscar las variantes pertinentes y distinguir las (aunque sí pueden ser útiles, por ejemplo, para determinar las cualidades fónicas de los fenómenos estudiados).

6.4.2 Nivel morfosintáctico

Si bien el nivel morfológico ya plantea algunos problemas para el análisis variacionista (López, 2004: 65), en muchos aspectos el análisis sí es factible, ya sea en cuanto a los determinantes (artículos), cuyo uso es frecuente y puede suscitarse o manipularse por medio de preguntas, o en cuanto a la gradación adjetival, por ejemplo: «-¿Es Messi un *buen* jugador? -El *mejor/Buenísimo*». Tampoco es difícil observar la formación del plural, y, al contar historias, el hablante nos da una imagen más o menos fiel de cómo utiliza los diferentes tiempos y modos verbales. También es muy conocido el trabajo de Boretti y Ferrer (1987), que estudiaron el uso (in)correcto del tiempo pretérito perfecto simple en la segunda persona del singular en español [-*ste*, *-*stes*] en la ciudad de Rosario, Argentina.

Además, López (2004: 65 y s.) añade que, desde el punto de vista variacional, se aproximan al plano fonológico los morfemas *gramaticales*, que también carecen de significado referencial propio (constituyen haces de equivalencias auténticas), son frecuentes y forman sistemas cerrados de pocas unidades. Como un caso concreto, cita la desinencia verbal española para la primera persona del plural [-*mos*], que alterna con [-*nos*] en función de factores extralingüísticos (especialmente la estigmatización entre las clases sociales más bajas), por ejemplo, en *comíamos/comíanos*. En el caso de los morfemas léxicos, por su parte, ya nos encontramos con ciertas complicaciones, pues estos sí son portadores de significados referenciales y es más difícil encontrar una verdadera equivalencia (aunque, por ejemplo, los diminutivos *mujer[-cita]* y [-*cilla*] varían en función del contexto social, al igual

que sucede con los sufijos aumentativos competidores o con la moción de algunos nombres femeninos *la president[-e]* o *[-a]*.

En la mayoría de los casos, las variables morfológicas están estrechamente entrelazadas con la sintaxis, como demuestra el estudio variacionista de Labov (1969) sobre la elipsis de verbos copulativos en inglés. Sin embargo, fue Sankoff (1973: 58, etc.), en particular, la autora de los trabajos piloto sobre la variación sintáctica como tal, quien llegó a la conclusión de que ampliar el análisis variacional más allá de la fonología no constituye una tarea inconcebible. Simplemente, los casos de variación sintáctica a menudo no pueden basarse en una verdadera equivalencia semántica (sino más bien en una equivalencia lógica o informativa) y no son tan frecuentes como la variación fonológica, por lo que son más difíciles de encontrar y documentar (para más detalles sobre los problemas de la variación sintáctica, además de Sankoff, 1973, véase también Milroy y Gordon, 2003: capítulo 7; López, 2004: 68-92; respecto de la variación a nivel fonológico, morfosintáctico y léxico, véase también Valeš, 2010: 109-136, sobre el español granadino). Aun así, en la práctica es fácil hacer preguntas para suscitar, por ejemplo, oraciones finales o causales. El uso de construcciones pasivas alternantes puede rastrearse a través de la sencilla tarea de *formar una pasiva*. García (1986) llevó a cabo una investigación sociolingüística sobre el fenómeno del *(de)queísmo* en distintas variedades hispanoamericanas sobre la base de textos escritos, etc. Y no en pocas ocasiones, la variación sintáctica puede analizarse satisfactoriamente también a partir de los corpus disponibles.

Queda por precisar que nuestro objetivo aquí no es discutir exhaustivamente todos los fenómenos, ni queremos devaluar o subestimar los escollos de los estudios sociolingüísticos orientados hacia los fenómenos fonológicos o gramaticales. Únicamente, nos proponemos destacar y mostrar lo diferente y problemático que resulta obtener datos sociolingüísticamente relevantes para el análisis de los marcadores conversacionales (sobre las dificultades del análisis variacionista de las unidades discursivas en contraste con el nivel fonológico, véase también Schiffrin, 1987: 44).

6.4.3 Nivel discursivo-conversacional

Como puede verse, hemos obviado el plano léxico, ya que el número de trabajos enfocados al estudio sociolingüístico de las unidades lé-

xicas es muy limitado. Según López (2004: 92 y s.), además, este modesto número de estudios se dedica principalmente a la variación de los sinónimos léxicos. El mismo autor (2004: 96) puntualiza asimismo que «debe subrayarse la dificultad de encontrar estos datos en muestras naturales de actuación lingüística, lo que de inmediato nos lleva a trabajar con cuestionarios o pruebas lingüísticas, con todo lo que ello tiene de artificial e inconveniente».

La situación en el nivel del discurso es en algunos aspectos parecida, y visto que aquí hablamos específicamente de marcadores discursivos o conversacionales, que, por decirlo de forma sencilla, son esencialmente unidades léxicas gramaticalizadas o pragmaticalizadas, el investigador tiene que enfrentarse a complicaciones similares a la hora de recopilar datos. Los cuestionarios, no obstante, son el método menos preferido de obtención de datos en este caso, y su uso debería limitarse a los análisis preliminares o complementarios (como hemos visto anteriormente y como volveremos a ver más adelante).

Otra dificultad reside en la diversidad interna de los marcadores del discurso, su polifuncionalidad y flexibilidad contextual, que complican su clasificación. Dejando a un lado todas las clases de marcadores que se han definido hasta la fecha, podemos hacer al menos una división fundamental entre los marcadores que predominan en el discurso escrito y planificado (\pm en el *texto*) y los marcadores propios del discurso hablado y no planificado (\pm en la *conversación*; véase la sección 3.11 para una problematización de estos conceptos).

Recopilar datos para analizar textos escritos puede no resultar tan difícil, ya que suele tratarse de discursos preparados que obedecen a una determinada intención comunicativa o que pretenden cumplir una función específica. Así pues, es relativamente fácil hacer que la persona observada utilice o no, por ejemplo, los marcadores de estructuración de la información (los llamados *ordenadores* o *estructuradores de la información*, p. ej., *en primer lugar, segundo, finalmente*; cf. la sección 3.11) u otro tipo de marcadores textuales cuya función suele ser inequívoca. Si queremos lograr algo parecido, basta con solicitarle al participante en la investigación que redacte una carta formal y observar a continuación cómo (no) utiliza los marcadores, o emplear estrategias similares. Ahora bien, dado que la sociolingüística estudia principalmente el lenguaje hablado y que no es nuestro propósito dedicarnos a estos marcadores textuales, abandonamos este terreno.

En contraste, la conversación cotidiana, por su propia naturaleza, rechaza todo lo que esté preparado, es principalmente oral y (casi)

siempre es espontánea. Y, como tal, no admite ninguna manipulación externa ni intervención artificial. Entonces, ¿cómo conseguir que el hablante utilice un marcador conversacional determinado? ¿Cómo hacer que repita su uso? ¿Y cómo persuadirle para que utilice el marcador de diferentes maneras? Aunque acabemos logrando todo lo que recién hemos esbozado, no fue la intención del propio hablante utilizar el marcador. Por lo tanto, no hemos obtenido material auténtico; al contrario, hemos **manipulado** la forma de expresarse del hablante en un estudio sobre la conversación **espontánea**. O sea, nuestra estrategia fue errónea. Además, un caso especial y de notar se plantea con los marcadores conversacionales *apelativos* (o *vocativos*, véase la sección 3.11.3), pues pretender que el hablante nos llame o se dirija a nosotros de la forma en que **nosotros** queremos que nos llame resulta paradójico y es también una forma de manipulación indebida en la investigación del habla cotidiana.

Otro problema que hay que mencionar está relacionado principalmente con el enfoque cuantitativo. Es innegable que tanto las ocurrencias como las no ocurrencias son importantes para un estudio cuantitativo. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurre, por ejemplo, en el nivel fonológico, es muy difícil identificar inequívocamente las no ocurrencias de los marcadores conversacionales, ya que su uso es, salvo pequeñas excepciones, opcional. Por este motivo, la ausencia de un marcador no significa necesariamente que el hablante no lo utilizara intencionadamente. También puede deberse a que simplemente no se le ocurrió utilizarlo.

Acerca de esto ya hemos recordado antes (véase la sección 4.5, nota 97) que la investigación variacionista de los marcadores conversacionales es, en realidad, el estudio de la variación espuria, en el sentido de que el no uso del marcador (o sea, de la variante) A no implica automáticamente el uso del marcador (variante) B, como sí ocurre en el caso de la variación fonológica, en la que, por ejemplo, la sustitución de una vocal por otra es, salvo contadas excepciones, obligatoria, ya que de lo contrario la palabra en cuestión sería impronunciable. Así pues, la alternancia de marcadores no puede entenderse en términos de exclusividad, es decir, *si no se da la variante A, se dará la variante B*; ni tampoco de forma proporcional, es decir, *si la variante A representa un determinado porcentaje, la variante B representará el porcentaje restante del cien*, sino que la (no) ocurrencia de un

marcador debe inferirse a partir de la frecuencia relativa¹⁰⁵ respecto de las categorías demográficas o variables sociales relevantes (eventualmente, estilos), y solo entonces podrá compararse con otro marcador analizado cuantitativamente por separado, siguiendo el mismo modelo.¹⁰⁶ Además, como es natural, únicamente se llevará a cabo su comparación cuando exista alguna hipótesis sobre su sustituibilidad (o, idealmente, equivalencia).

Pero toda la situación se complica aún más por el hecho de que los marcadores son, como ya se ha mencionado, polifuncionales y se dan en una gran variedad de contextos (no solo) lingüísticos, para los que no podemos predecir con certeza que cada uno de estos sea igual de aceptable para la ocurrencia de cada uno de los marcadores considerados. Por lo tanto, ya aquí se impone cierta cautela a la hora de alegar la equivalencia de los marcadores, que debe demostrarse (una vez más, a diferencia de las variables a nivel segmental, para las que el contexto lingüístico no cambia dentro de una misma palabra). Una investigación sociolingüística cuantitativa no bastará por sí sola para demostrar su sustituibilidad general, ni como confirmación de que los marcadores considerados significan lo mismo, de ahí que la equivalencia deba evaluarse también cualitativamente a nivel micro (esto es, que el primer marcador, en efecto, puede aparecer en los mismos contextos que el segundo, etc.). Conocer los contextos en los que puede aparecer un marcador es, por tanto, esencial, lo que vuelve a remitirnos a la afirmación de Hendl (2004: 114) de que el investigador primero debe familiarizarse bien con sus datos, y a la de Wolfram (1993: 203) de que el reduccionismo metodológico que generaliza únicamente sobre la base de configuraciones de covarianza generadas por ordenador es insuficiente.

Por desgracia, aún no se ha descubierto ninguna «panacea» eficaz ni para la recopilación ni para el análisis sociolingüístico de los marcadores conversacionales. El investigador siempre debe aceptar alguna forma de compromiso, buscar un punto intermedio. Sin embargo, cuando se recaban datos para el estudio del habla común, cotidiana

105 Que tal enfoque es legítimo en la sociolingüística variacionista lo confirma Labov (1982: 87): «Hay una serie de variables que ahora pueden estudiarse solo registrando cada ocurrencia, pero no cada no ocurrencia (...). En este caso, el trabajo cuantitativo se limita a rastrear la frecuencia relativa de ocurrencia en algún segmento del habla definido globalmente, controlado en cuanto a su longitud por una medida independiente como el número de oraciones, páginas u horas de habla».

106 Milroy y Gordon (2003: 158) hablan incluso de un caso similar dentro de la variación fonológica.

y coloquial, el objetivo primordial será siempre el que pueda parecer más trivial: lograr que el hablante se relaje, garantizando así, en la medida de lo posible, una interacción espontánea y no manipulada en la que los marcadores (no) ocurrirán de forma natural. En cualquier caso, desde esta perspectiva, hay que tener en cuenta la posibilidad de que no obtengamos el material deseado el día que hayamos fijado como día de grabación, porque hay demasiadas variables en juego, y que tengamos que repetir la grabación con la misma persona en otra ocasión, bajo unas circunstancias más favorables. También por ello parece lógico que normalmente tengamos que invertir más tiempo, y quizá esfuerzo y paciencia, en la recolección de datos para este tipo de análisis del que podría requerir, digamos, una investigación sociolingüística orientada fonológica o morfológicamente, y así será también con el propio análisis del que hablaremos con más detalle a continuación.

6.5 Elección de la estrategia analítica

Al analizar el carácter de los marcadores conversacionales, tenemos dos opciones básicas por defecto: 1. o bien optamos por una única estrategia analítica acorde con nuestros objetivos de investigación (más estrechamente definidos), 2. o bien combinamos dos o más perspectivas de investigación.

Optar por una única forma de análisis intrínsecamente implica decidir entre una perspectiva cuantitativa o cualitativa, con lo que se corre el riesgo de que algunos aspectos clave pasen desapercibidos o queden completamente ocultos (por ejemplo, la relación entre la frecuencia de uso de un marcador y sus múltiples funciones y propiedades, o la influencia de la contextualidad en la alternancia de marcadores).

La segunda opción consiste en combinar dos o más perspectivas de investigación para ilustrar y captar la naturaleza del marcador con la mayor fidelidad posible. Esta segunda opción, que puede denominarse *triangulación* o *pluralismo metodológico* (aunque podrían encontrarse más términos en la bibliografía), es, sin duda, muy atractiva y viene siendo recomendada desde hace tiempo por numerosos autores de distintas disciplinas. Entre los lingüistas se encuentran Stubbs (1983), Schiffrin (1987), Milroy y Gordon (2003), Ainciburu (2010), Rojas (2012) y muchos otros. Denzin (1978) o autores checos como Petrussek (1993), Hendl (1997, 2005), Kubátová (2006)

y Veisová (2009) pertenecen al campo de la sociología; Mitchell (1986) y Williamson (2005) al de las ciencias de la salud, etc.

Denzin (1978: 294 y ss.) distingue cuatro tipos de triangulación: triangulación de datos, triangulación de investigadores, triangulación teórica y triangulación metodológica. Una de ellas, la triangulación de datos, que implica el uso de fuentes de datos heterogéneas o de diferentes protocolos de muestreo, ya se ha expuesto en la sección 6.2. La triangulación de investigadores, que puede reducir el riesgo de sesgo debido al error o la subjetividad de una persona, solo es posible con la condición de que dispongamos de un presupuesto generoso y, gracias a él, podamos permitirnos formar un equipo de investigación. La combinación de teorías también es posible cuando se trata de marcadores conversacionales (por ejemplo, no nos limitamos a los conocimientos sociolingüísticos cuando perseguimos los objetivos del análisis cualitativo, sino que también debemos tener en cuenta la pragmática, el análisis conversacional y del discurso, etc.; del mismo modo, a la hora de diseñar una clasificación de marcadores, podemos recurrir a teorías de distintos autores, etc.). La triangulación metodológica, es decir, la combinación de perspectivas analíticas cualitativas y cuantitativas, permite llevar a cabo un análisis de marcadores minucioso y complejo, ya que nos posibilita responder de forma más fiable incluso a preguntas tan sofisticadas como: *¿Con qué frecuencia se utiliza un marcador dado en un lugar dado y con una función dada?*

Por las razones recién citadas, pero también por las ideas que se han expuesto a lo largo de los capítulos anteriores (véase, por ejemplo, las secciones 4.5, 6.4.3, etc.), queda claro que la forma más ventajosa y útil de estudiar los marcadores conversacionales probablemente será una combinación de varias perspectivas analíticas. Esto, no obstante, entraña ciertas dificultades y obstáculos, ya que estas diferentes formas de análisis rara vez coinciden en sus objetivos, la cantidad de datos requerida y su naturaleza. Estas cuestiones se tratarán a continuación.

6.6 Inconvenientes de la triangulación

La triangulación, definida por Denzin (1978: 291) como «combinación de metodologías en el estudio de un mismo fenómeno», tiene la ventaja de que le permite al investigador superar las carencias y defectos de cada uno de los métodos por separado y le ayuda a validarlos entre

sí. Hendl (1997) destaca que, si solo se utilizan métodos cuantitativos, el investigador a menudo comete el error de limitarse a un estudio superficial del problema. Por el contrario, la investigación puramente cualitativa, aunque profunda, suele ser criticada por una menor objetividad de sus conclusiones y por no poseer tanta fuerza generalizadora de la que suele gozar el enfoque «competidor».

El pluralismo metodológico, sin embargo, también presenta muchas deficiencias, como ya lo hemos advertido. De hecho, los análisis cualitativos y cuantitativos muy raramente persiguen los mismos objetivos de investigación, e incluso en otros aspectos, que trataremos en los próximos párrafos, apenas coinciden. Así pues, el problema más general de la triangulación metodológica es la inconsistencia.

Análisis cualitativo. El objeto del análisis cualitativo consiste principalmente en una descripción e interpretación exhaustivas de las funciones y propiedades del elemento o fenómeno estudiado, en nuestro caso, un marcador conversacional. Por este motivo, es necesario obtener un abanico lo más amplio posible de su uso en diferentes contextos y situaciones comunicativas y, al mismo tiempo, buscar usos funcionalmente idénticos o similares del marcador en diferentes hablantes. También se presta atención a las desviaciones del uso habitual y de la teoría emergente. En lo referente a la cantidad de datos que hay que recopilar, existe una proporcionalidad directa, a saber, que cuantos más datos de calidad, mejor,¹⁰⁷ pero tampoco hay que sobrepasar un cierto límite, ya que tras la recopilación de datos viene la fase de transcripción, que suele plantear muchas exigencias de tiempo y personal.

Análisis cuantitativo. Este enfoque analítico difiere del anterior en el sentido de que no persigue una descripción detallada, sino que se propone averiguar si existe alguna relación entre una o varias variables sociales independientes y la frecuencia de uso del elemento objeto de estudio, es decir, el marcador (variable depen-

107 Así pues, lo que dice Kubátová (2006: 160) no es del todo válido en este caso, es decir, que en la investigación cualitativa la pregunta sobre la cantidad de datos carece de sentido, porque no pedimos cantidad sino calidad. Más bien, lo que es cierto es que, pese a que no pretendamos llenar las categorías de un esquema cuantitativo con un número determinado de individuos adecuados, el uso funcionalmente diverso del elemento objeto de estudio requiere una cierta cantidad mínima de datos para cubrir la gama funcional que nosotros, como investigadores instruidos, esperamos descubrir. En el análisis cualitativo, por tanto, puede que no nos preocupemos directamente por la cantidad en el sentido estricto de la palabra, pero al menos debemos alcanzar cierta saturación teórica (véase Hendl, 2005: 151, 251).

diente). Para este tipo de análisis, se necesita una base de datos estructurada de acuerdo con un esquema cuantitativo predefinido (este debe ser tan equilibrado con respecto a la población originaria como para representarla lo más fielmente posible –en el caso de los marcadores, esto implicará concretamente la distribución de los hablantes en categorías según factores sociológicos como el sexo, la clase social, la edad, etc.–). El número de datos necesarios es, por tanto, relativamente preciso, ya que se rige por un esquema cuantitativo determinado. Así pues, ya desde un principio conocemos el número final de participantes en la investigación (o la cantidad requerida) y posiblemente también el tiempo aproximado de grabación (por ejemplo, una hora por persona, etc.; cf. Labov, 1963). Sobre la cuestión de la cantidad de datos necesarios y las técnicas de muestreo, véase la sección 4.4.

Las incoherencias son percibidas de forma similar por Mitchell (1986), quien identifica un total de cinco áreas problemáticas: «1. la dificultad de fusionar datos numéricos y textuales; 2. la interpretación de resultados divergentes obtenidos a partir del empleo de métodos cualitativos y cuantitativos; 3. la falta de delimitación de conceptos y su fusión; 4. la ponderación de la información procedente de distintas fuentes de datos; y 5. la dificultad de determinar la contribución de cada método a la hora de asimilar los resultados». Este último argumento está relacionado con el hecho de que el investigador debe someter los datos recopilados a tres etapas de procesamiento (cualitativa, cuantitativa y combinada), confrontar los resultados obtenidos en cada una de ellas y sintetizarlos. El procedimiento global suele ser el siguiente:

I. Perspectiva cualitativa. Primero, transcribimos los datos grabados relevantes (o, en el mejor de los casos, lo hacemos de forma incremental ya durante la fase de recopilación de datos) y, a continuación, intentamos describir e interpretar las diferentes funciones, usos, vinculación contextual y propiedades del marcador con el mayor detalle posible. También averiguamos cómo el uso del marcador ayuda a otros interlocutores a interpretar la intención del hablante y cómo este utiliza los marcadores como claves de contextualización para que sus acciones sean más fáciles de interpretar.

II. Perspectiva cuantitativa. En este caso, (en teoría) no es necesaria la transcripción.¹⁰⁸ En primer lugar, se etiquetan los datos, luego se registran las ocurrencias, se suman (se hace el *conteo de rayas*), y, por último, se busca (confirma o refuta) una correlación entre la recurrencia del marcador y las variables no lingüísticas determinadas.

III. Triangulación. Se comparan los resultados de ambas fases analíticas y se busca la relación entre los hallazgos cualitativos y cuantitativos. No es infrecuente que los datos cuantitativos ayuden a revelar el grado de importancia de una función del marcador concreta, es decir, que señalen si se trata de una función central o periférica. Los hallazgos cualitativos, por su parte, pueden ayudar a aclarar las anomalías e irregularidades inesperadas que surgen de la investigación cuantitativa.

Uno de los **inconvenientes** innegables del triple procesamiento de datos es el tiempo que hay que invertir en todo el proceso. Otro punto crítico es la interpretación de la compleja red de relaciones y dependencias que surgen en cada nivel de análisis. Aun así, la triangulación nos parece inevitable a la hora de estudiar los marcadores conversacionales, ya que el uso repetido de un marcador, por ejemplo, en el contexto de una interacción entre miembros de un determinado grupo social cerrado, o su aparición recurrente en una determinada posición de una conversación o de un turno conversacional, suelen ser indicadores de una función específica.

6.7 Garantizando la eficacia: esquemas combinados

Al tratar de garantizar la mayor eficacia posible de la investigación mixta, es fundamental considerar si la naturaleza del problema que

108 Por supuesto, esto no quiere decir que los variacionistas no la practiquen. Este sería un estado de cosas idealizado que resulta insostenible en la práctica, sobre todo si, en un informe, queremos testimoniar las ocurrencias registradas con ejemplos concretos o tener los datos listos para revisarlos y/o repetir la investigación. Además, los corpus actuales y otras herramientas informáticas pueden averiguar por sí mismas el número de ocurrencias de una variable lingüística si las transcripciones se ingresan en una base de datos, por ejemplo, en Elan del Instituto Max Planck de Psicolingüística, e incluso los editores de texto comunes son útiles para contar las ocurrencias con su función de «buscar» (el problema aquí es buscar ocurrencias fónicamente marcadas, por ejemplo, alargadas o de otro modo específicas en cuanto a la transcripción).

deseamos estudiar apunta más hacia los métodos cualitativos o cuantitativos, o si ambas perspectivas son de igual importancia para nosotros. Como recuerda Hendl (1997, 2005: capítulo 9), la triangulación metodológica puede desempeñarse como simultánea (1. *CUAL + cuan*, 2. *CUAN + cual*) o como secuencial (3. *CUAL → cuan*, 4. *CUAN → cual*), en estos casos, el segundo en la secuencia siempre está subordinado al primero. Otras alternativas son los esquemas secuenciales 5. *CUAL → CUAN → CUAL* y 6. *CUAN → CUAL → CUAN* y uno simultáneo 7. *CUAL + CUAN*, dentro de los cuales no existe relación de subordinación.

Dado que estos esquemas ya han sido tratados en detalle por otros autores, no pretendemos describirlos en profundidad y solo nos detendremos en aquellos aspectos que nos parecen más pertinentes para el estudio de los marcadores conversacionales. Queda por señalar, sin embargo, que estos esquemas en la práctica rara vez se encuentran en su versión pura y que suele ser necesario trabajar con varios de ellos en paralelo (para planes más complejos de modelos mixtos, véase Hendl, 2005: 281-286).

En la sección 6.1, afirmamos que es necesario recopilar datos y preanalizarlos en paralelo. En el caso del análisis propiamente dicho, la situación es aún más complicada, ya que a los marcadores conversacionales les es inherente un potencial tanto cualitativo como cuantitativo, lo que significa que tienden a ser analizables desde ambas perspectivas. Por ello, lo ideal sería adoptar el último esquema (*CUAL + CUAN*) en el que ambas metodologías adquieren la misma importancia, se aplican simultáneamente y a las mismas conversaciones de los mismos hablantes.

Pero, por otro lado, a menudo resulta muy difícil (sea por motivos económicos o de implementación, por razones de rentabilidad polémica en las investigaciones lingüísticas o por otros motivos) recopilar una cantidad tan grande de datos (idealmente) aleatorios como para garantizar la representatividad de un análisis cuantitativo a gran escala (véase toda la sección 4.4), por lo que normalmente tenemos que contentarnos únicamente con la opción *CUAL + cuan*, cuyo uso significa complementar la descripción cualitativa (o funcional) con una selección de los hallazgos cuantitativos más significativos u obvios (sin otorgarles demasiado peso argumentativo). Así, hay estudios que cuentan con un número muy modesto de participantes (por ejemplo, la investigación de Domínguez y Álvarez, 2005, sobre los marcadores interaccionales, en la que solo participaron 24 hablantes; o muchos otros, como los que se han comentado aquí en la sección 4.4).

Ahora bien, quizá más apropiada aún sería una versión secuencial del esquema (*CUAL* → *cuan*), según la cual primero se lleva a cabo un análisis cualitativo exhaustivo y solo sobre la base de los conocimientos de él extraídos se procede a ciertas indagaciones cuantitativas con el objetivo de rectificar, verificar o refutar, o generalizar los hallazgos.

Otra alternativa es realizar un análisis cuantitativo preliminar (por ejemplo, basado en foros de Internet, programas televisivos, corpus orales existentes¹⁰⁹), que permita identificar fenómenos o elementos conversacionales interesantes y frecuentes y que estimule la investigación de campo. A continuación, los datos obtenidos durante la investigación de campo pueden utilizarse para examinar las propiedades y funciones del elemento estudiado, para observar vínculos sociolingüísticos específicos, etc., y las hipótesis que surjan de este análisis cualitativo pueden comprobarse finalmente mediante un análisis cuantitativo. Este procedimiento se aproxima al de *CUAN* → *CUAL* → *CUAN* y es también el que hemos elegido, con ciertas modificaciones, para algunos de nuestros proyectos de investigación, concretamente en combinación con los atributos del esquema *CUAL* → *cuan*. El esquema de salida fue entonces *cuan* → *CUAL* → *cuan*.¹¹⁰

109 De hecho, los corpus orales suelen conformar una base representativa de datos lingüísticos y, como tales, son habitualmente una fuente de información primaria. Sin embargo, el español, como lengua rica en diferentes variedades regionales, aún no cuenta con un corpus oral suficientemente amplio como para abarcar de forma fiable todas estas variedades, aunque *CORPES XXI* (2012-2023) de RAE y ASALE está avanzando hacia este objetivo. (Unas excepciones brillantes son algunos corpus locales, p. ej., el ya mencionado *Corpus Val.Es.Co 3.0*, el *CORdeBA* del Grupo de Estudios fonológicos de la UNLP, etc., pero estos suelen ser demasiado pequeños como para llevar a cabo un análisis comprensivo de marcadores en diferentes variedades dialectales o sociolectales en general, o para un profundo análisis enfocado a una variedad dialectal específica. Además, suelen tener el inconveniente de que se estancan en un determinado estadio de desarrollo y a menudo dejan de ampliarse, lo que constituye una carencia fundamental para el estudio de los marcadores conversacionales en constante desarrollo).

110 La realidad es, sin embargo, que en la investigación sociolingüística suele partirse del requisito de encontrar, durante un estudio preliminar, un elemento de cierto valor cualitativo (por ejemplo, un marcador) que, además, esté sujeto a un criterio cuantitativo (un marcador **típico**, esto es, numeroso en un determinado tipo de discurso). Así, ya el propio análisis preliminar es una combinación de *cual* + *cuan* (cf. también Hendl, 2005: 61). Y puesto que la sociolingüística tiene un potencial tanto cualitativo como cuantitativo, también supondremos una combinación posterior de *CUAL* +/-> *cuan* para el análisis principal, por lo que el análisis preliminar debería ayudarnos a) a identificar las funciones básicas del marcador y de los significados sociales que produce a nivel micro, y b) a determinar las dimensiones sociales relevantes de la variación a nivel macro y a diseñar un esquema estratificado en función de las variables sociales relevantes. Por consiguiente, el esquema de la investigación cuantitativa se conoce antes de que comience la fase cualitativa principal. Si, por el contrario, nuestro punto de partida no es *a priori* sociolingüístico, sino únicamente ólingüístico, puede que solo nos percatemos de las implicaciones sociales durante la fase cualitativa principal y, solo al

Si bien $CUAL \rightarrow CUAN \rightarrow CUAL$ se basa en una profunda investigación cualitativa y su aplicación en los estudios de marcadores es posible, su escollo radica en que los últimos descubrimientos funcionales no se someten a ningún control cuantitativo. Para evitar este defecto, es deseable replicar el esquema $CUAL \rightarrow cuan$. En lo que respecta a las variantes combinatorias restantes, estas no parecen reflejar suficientemente el hecho de que los marcadores son elementos polifuncionales y que, como tales, deberían disponer de una buena descripción cualitativa. En realidad, tanto en el caso de $CUAN + cual$ como de $CUAN \rightarrow cual$, predomina la perspectiva cuantitativa y el método cualitativo únicamente se utiliza para aclarar irregularidades y para discutir resultados inesperados.

6.8 Diseño del enfoque modelo

En esta sección, nos gustaría presentar un esbozo de la metodología de recolección y análisis de los marcadores conversacionales. Ahora bien, nuestra intención no es establecer una metodología fija e invariable, sino proporcionarle al investigador una guía orientativa. En general, todos los puntos que se exponen a continuación constituyen un resumen ordenado de las cuestiones que hemos tratado en las secciones anteriores del capítulo 6, y se complementan con algunas instrucciones clave y comentarios útiles. Así, podemos seguir estos pasos a la hora de estudiar los marcadores:

1. *Elegir el elemento o la clase de elementos que serán objeto de interés.* Al estudiar los marcadores conversacionales, podemos observar a) un único marcador o b) un grupo de marcadores. En este segundo caso, es aconsejable elegir una clase o categoría homogénea de marcadores, definida por un criterio común (por ejemplo, marcadores de origen verbal, apelativos, fáticos, adverbiales, etc., de acuerdo con la clasificación que sigamos), ya que la naturaleza de una determinada categoría de marcadores puede influir en la elección metodológica o requerir un enfoque específico (este puede estar relacionado, por ejemplo, con el origen gramatical del marcador, su posición habitual

final de esta, elaboremos el esquema para una comprobación cuantitativa de las relaciones sociolingüísticas (aun así, se vuelve a tratar del procedimiento $CUAL \rightarrow cuan$). Por supuesto, existirían otros puntos de partida aún más específicos, pero sería inútil mencionarlos todos aquí, ya que dependen de los objetivos de cada investigación. Lo que es clave para nosotros es la propuesta general que presentamos en la siguiente sección (6.8), y también el procedimiento específico de nuestra investigación, descrito en el capítulo 7.

en el texto, etc.). De lo contrario, se corre el riesgo de incurrir en incoherencias procedimentales.

2. *Averiguar mediante una investigación preliminar si será pertinente estudiarlo.*¹¹¹ Los puntos 1 y 2 pueden alternarse en el orden si es que el elemento de interés no se conoce de antemano y solo debe detectarse mediante un estudio piloto o un análisis preliminar en un determinado tipo de discurso de la población objetivo (el tipo de discurso y la población deben definirse). El análisis preliminar puede apoyarse en foros de Internet, corpus, programas de televisión, cuestionarios, etc., con todos los inconvenientes que conlleva el uso de estas estrategias, pues su cometido es permitirle al investigador orientarse en el problema, guiarle para diseñar un enfoque y a formular preguntas e hipótesis de trabajo que más tarde serán revisadas y posteriormente comprobadas con mayor rigor.¹¹²

3. *Proponer un enfoque analítico.* En esta fase, primero tenemos que decidir si queremos combinar diferentes aproximaciones analíticas en la investigación principal y, en caso afirmativo, cuál de los esquemas antes presentados tiene más probabilidad de ajustarse a nuestros objetivos de investigación y de conducirnos a responder a las preguntas que nos planteamos. Es importante considerar críticamente si disponemos de recursos económicos y humanos suficientes como para llevar a cabo una investigación cuantitativa a gran escala y estadísticamente rigurosa (*CUAN*), o si el estudio se limitará únicamente a los aspectos cuantitativos más evidentes o complementarios (*cuan*).

4. *Diseñar la plataforma inicial, definir el esquema cuantitativo.* Por más que la importancia del análisis cuantitativo en el estudio de los marcadores conversacionales parezca insignificante, no debería descuidarse, ya que es una herramienta útil para comentar algunos aspectos sociolingüísticos de la recurrencia de un marcador o para distinguir las funciones centrales y periféricas que cumple.

Teniendo en cuenta que los análisis cuantitativos sociolingüísticos suelen regirse por un esquema predefinido (por ejemplo, en función de las variables sociales como el sexo, la edad, la clase social –que pueden haber resultado relevantes durante la investigación

111 Labov (1972: 8, véase la sección 4.4.2) explica con más detalle cómo reconocer un elemento lingüístico relevante para la investigación sociolingüística. Para los MC, el factor clave es su frecuente ocurrencia en la conversación informal, su clara integración en un sistema de unidades funcionales y su distribución estructurada con respecto a los factores sociales.

112 Esta fase coincide con la fase de teorización de Swedberg (2012: 11 y s., etc., véase Hendl, 2017: 50 y s.).

preliminar-), este esquema ofrece un buen punto de partida para el trabajo de campo, puesto que requiere un número predeterminado de hablantes (véase la sección 6.6).¹¹³

5. *Recopilar datos.* Mediante la búsqueda de hablantes que se ajusten a los requisitos del esquema cuantitativo, el investigador va conociendo poco a poco el terreno y crea una red social. En el transcurso de esta fase de búsqueda y orientación, al conversar con la gente, puede obtener valiosos datos introspectivos que, aunque finalmente no se incluyan en el estudio cuantitativo, pueden aportar información

113 Aquí, por supuesto, podría argumentarse que los datos que un investigador necesita para un análisis cuantitativo no pueden ser de la misma naturaleza que los que necesita para un estudio cualitativo detallado, porque en el primer caso nos preocupa una representación equilibrada de la población en la muestra y los datos numéricos, mientras que en el segundo trabajamos con textos y buscamos el uso más diversificado, los casos especiales, las anomalías, etc. Ahora bien, hemos afirmado asimismo que la triangulación metodológica, y cualquier investigación en general, tiene que hacer concesiones en determinadas cuestiones; y entre ellas se encuentra, sin duda, la transformación de los datos (véase Hendl, 2005: 283-285). Por lo tanto, en la investigación combinada, para ahorrar tiempo, recursos económicos y humanos, nos parece aceptable que el investigador empiece por rellenar las casillas de su esquema cuantitativo y luego (o paralelamente) amplíe su base de datos con material obtenido de otras personas, aunque estas ya no formen parte de la investigación cuantitativa.

Lo que es decisivo de los datos recabados para el estudio de los marcadores conversacionales es que siempre son verbales en la fase inicial (con esto queremos decir que no es como en sociología o en ciencias de la salud, cuando, por ejemplo, se estudian las preferencias alimentarias para cuyo análisis cuantitativo solo registramos cuánto de cada alimento comió realmente el encuestado, mientras que para el análisis cualitativo entrevistamos a la persona sobre lo que le gusta comer y por qué, es decir, averiguamos lo que nos dice sobre sus preferencias alimentarias), porque necesariamente tenemos que trabajar con registros de conversaciones auténticas, espontáneas y coloquiales; de lo contrario, ambos tipos de análisis resultarían sesgados. En términos sencillos, el marcador solo puede encontrarse en el texto y no en el plato, el equipaje de mano o el escritorio del hablante. Así pues, no puede encontrarse de forma aislada, es decir, independiente del habla, por lo que los registros de la interacción oral, de los que luego extraemos datos sobre el número de ocurrencias, pueden conservarse o utilizarse para el análisis cualitativo. Naturalmente, si algunas de ellas no son aplicables (es decir, aquellas interacciones en las que no se documentó ninguna ocurrencia), es posible que no las incluyamos en el análisis cualitativo y busquemos nuevas instancias hasta alcanzar la saturación. En cambio, cada ocurrencia en los datos de un estudio cuantitativo es casi automáticamente de interés para un análisis cualitativo (funcional), e ignorarla sería un desperdicio de datos.

Por lo tanto, en una investigación de este corte, conviene comenzar rellenando poco a poco el esquema cuantitativo, ya que nos ayudará a orientarnos en el terreno y cada (no) ocurrencia esperada nos aportará la tranquilidad de que estamos procediendo correctamente, de que hemos elegido un elemento adecuado y de que el análisis cualitativo tendrá sentido. Además, como señala Hendl (2005: 274), un error de la investigación cualitativa de campo suele ser que solo se examinan los individuos «elitistas» o los casos particulares, mientras que lo «mediocre» pasa desapercibido. El muestreo estratificado, típico de un enfoque cuantitativo, reduce este error al garantizar que diferentes caracteres de individuos estén representados en la muestra. Esto nos ayuda a identificar una especie de norma con respecto a la cual los valores atípicos y las anomalías pueden evaluarse más fácilmente.

trascendental que, por ejemplo, lleve al investigador a refinar su metodología o a reflexionar sobre la manera definitiva de procesar los datos, etc. Además, si durante esta fase ya se registran ocurrencias de los marcadores, estas no deberían pasar desapercibidas y deberían grabarse o apuntarse y conservarse para futuros análisis cualitativo-funcionales.

Por lo general, existe la proporcionalidad inversa de que cuantas menos personas falten para rellenar las casillas o posiciones restantes del esquema cuantitativo, más espacio y tiempo habrá para recopilar datos para el enfoque cualitativo. Luego ya dependerá de nosotros, como investigadores instruidos, decidir cuántos datos cualitativos más necesitaremos para que se cumplan nuestras expectativas apriorísticas o para declarar saturada la muestra.

Durante la recolección de datos (véase la sección 6.1), también deben realizarse análisis preliminares y reflexiones iniciales sobre los datos que, entre otras cosas, sirvan como mecanismo de control y ayuden al investigador a comprobar si los métodos elegidos son adecuados y se dirigen hacia el objetivo planteado. También pueden alertarle sobre nuevos aspectos relevantes de la investigación que, por ejemplo, conduzcan a una mayor complejidad de los análisis (p. ej., a la triangulación de los análisis de las funciones y su frecuencia en una posición de la estructura conversacional determinada o dentro de un grupo social determinado). Además, hay que tener en cuenta que el atributo esencial del material lingüístico para los análisis sociolingüísticos (a menos que la investigación tenga otra orientación específica) debe ser la espontaneidad, por lo que es aconsejable combinar distintos métodos de recopilación de datos para reducir al máximo el impacto de la paradoja del observador y conseguir que el discurso de los hablantes se parezca lo más posible a una conversación libre (véase las secciones 6.2 y 6.3).

6. *Revisión de los datos obtenidos.* Una vez finalizada la recopilación, debemos evaluar si la naturaleza de los datos obtenidos satisface nuestras expectativas y si no han surgido lagunas inesperadas. En ausencia de algunos datos (que intuitivamente esperábamos encontrar), se sugiere aplicar, por ejemplo, un cuestionario como fuente de información complementaria. Para evitar el riesgo de que el encuestado ya conozca el objeto de la investigación e influya conscientemente en el (no) uso del marcador, es preferible entrevistar a personas distintas de las que participaron en la investigación de campo. Una vez devueltos los cuestionarios cumplimentados, procedemos al etiquetado y al

procesamiento de los datos. Sin embargo, es habitual que las lagunas de datos permanezcan ocultas durante mucho tiempo y solo se descubran más tarde, en el transcurso del análisis. En tal caso, tenemos que detener el análisis y realizar entrevistas o consultar el corpus.¹¹⁴

7. *Triple procesamiento e interpretación de los datos, discusión y presentación de los resultados.* El procesamiento de los datos, el propio análisis y la evaluación final constituyen el núcleo de la última fase de la investigación. Las etapas individuales de todo el proceso dependen del esquema combinatorio que hayamos elegido inicialmente para nuestra investigación (véase aquí 6.7). No obstante, puede recomendarse el procedimiento presentado en la sección 6.6: 1. análisis cualitativo (compuesto por la transcripción, la descripción y la interpretación a nivel micro), 2. análisis cuantitativo (compuesto por las fases aritmética y de dependencias y la interpretación de los resultados a nivel macro), 3. triangulación compleja de los resultados. El contenido de las subetapas analíticas siempre dependerá de lo que el investigador pretenda averiguar sobre un marcador concreto. Además, si el análisis se interrumpe debido a una encuesta suplementaria o a la consulta de un corpus, el tratamiento de los datos será cuádruple (o múltiple) y esta etapa precederá siempre a la triangulación final de los resultados. Por último, las conclusiones podrán debatirse con un público experto y, en caso de una retroalimentación positiva, publicarse.

6.9 Resumen

Recopilar datos para estudiar variables conversacionales y analizarlas conlleva sin duda una serie de retos metodológicos. La propia naturaleza de la conversación cotidiana plantea una complicación importante, ya que no siempre es fácil conseguir que los hablantes se expresen de forma espontánea. Pero sin la garantía de la naturalidad, cualquier trabajo orientado al estudio de los marcadores conversacionales sería irrelevante. Para afrontar esta complicación y superarla, a pesar de los escollos e incoherencias que pueda entrañar esta estrategia, se sugiere combinar la observación directa y participante con la observación anónima durante el trabajo de campo, pues no siempre es posible eliminar o eludir por completo la paradoja del observador. Además,

114 Una vez más, queda patente que el proceso de análisis y recopilación de datos es bidireccional o cíclico (véase aquí 6.1).

el requisito criterial de la espontaneidad impide al investigador –en un intento de captar algunas ocurrencias del marcador– utilizar herramientas de manipulación verbal que a menudo son aceptables y eficaces tanto a nivel fonológico como gramatical.

Una vez que la recopilación haya concluido y dispongamos de los datos necesarios, los etiquetamos, transcribimos los datos relevantes y procedemos al análisis propiamente dicho. Ahora bien, la decisión sobre cómo se diseñará debe tomarse ya antes de iniciar el trabajo de campo, dado que cada método analítico requiere material de naturaleza diversa, así como cantidades de datos diferentes. No obstante, si deseamos que el estudio de los marcadores conversacionales sea lo más provechoso posible y no se pierda información valiosa, es aconsejable combinar el análisis cualitativo con el cuantitativo. Hay varios esquemas combinatorios que seguir, pero el *cuan* → *CUAL* → *cuan* o el *CUAL* +/→ *cuan* replicado han resultado ser los más convenientes, ya que tienen en cuenta la importancia de estudiar bien la polifuncionalidad de los marcadores a la vez que incorporan algunas ideas cuantitativas esenciales. Pues sin ellas, la imagen del marcador estudiado no sería completa, aunque solo fuera porque el enfoque cualitativo no posee suficiente fuerza generalizadora (visto que su aproximación suele ser inductiva) y tampoco es capaz de detectar o probar algunas correlaciones sociolingüísticas importantes.

No cabe duda de que el estudio de clases o categorías concretas de marcadores conversacionales tendrá que atenerse a un procedimiento específico que refleje las particularidades de tal clase. Sin embargo, existen normas generales que deberían aplicarse de forma casi universal. Por ello, hemos resumido estas pautas generales y las hemos plasmado en una propuesta de enfoque metodológico que intentaremos seguir en nuestra investigación. No obstante, reiteramos que nuestro esquema metodológico no debe tomarse como algo dogmático y rígido, sino más bien como una serie de indicaciones que pueden desglosarse, elaborarse y modificarse en cualquier punto de la investigación.

7. Antecedentes de la investigación y elección del marcador



El objetivo principal de este capítulo es presentar nuestro proyecto de investigación, los datos técnicos asociados a su realización, las diferentes fases analíticas, la selección de la población y del marcador, la construcción de la muestra y la concepción de los constructos sociales, el procedimiento de recopilación de datos, el etiquetado de los audiodatos, etc. En consecuencia, el propósito de esta sección es familiarizar al lector con los antecedentes pertinentes para que en los capítulos siguientes pueda dedicar su atención preferentemente a los análisis específicos.

7.1 Preliminares de la investigación

Al principio, expondremos la evolución gradual del proyecto de larga duración que ha desembocado en el estudio actual y en la presentación de los nuevos resultados, ya que se trata, en realidad, de una serie de investigaciones que consta de tres partes, cuyas diferentes etapas se suceden y están lógicamente vinculadas entre sí. A lo largo del capítulo, indicamos entre paréntesis las abreviaturas E (empírica), T (teoría), TF (teoría fundamentada), H (hipótesis) para esbozar la interrelación que hay entre lo empírico y lo teórico en nuestra investigación.

0. No solo los lingüistas, sino también los usuarios corrientes de la lengua que prestan cierta atención a su forma de expresarse (E) se darán cuenta, o serán advertidos de este hecho por su entorno, de que a veces utilizan en exceso ciertas expresiones en una conversación o, en general, en un habla no preparada, que han llegado a denominarse popularmente «muletillas verbales», porque le proporcionan al hablante tiempo para reflexionar, le dan la oportunidad de reformular o rectificar su mensaje, de expresar una actitud ante algo o, simplemente, de llenar una pausa para que un nuevo interlocutor no pueda tomar la palabra si el hablante actual aún no ha dicho todo lo que pretendía. Como sabemos, la capacidad de darse cuenta de las anomalías es algo

intrínseco al ser humano y despierta en él la necesidad de tratar de explorarlas, de aclararlas.¹¹⁵ Partiendo de esta base, se han llevado a cabo numerosas investigaciones (a menudo de forma bastante independiente unas respecto de otras) en las lenguas de todo el mundo que han demostrado que estas «muletillas», que en lingüística solemos llamar marcadores (o conectores, partículas, etc.), son comunes en la gran mayoría de ellas.

1. En consecuencia, también en nuestro primer estudio (2012), partimos de este supuesto teórico (T) de que en las lenguas vivas se utilizan marcadores conversacionales, y buscamos la muletilla conversacional más frecuente en el español argentino que pudieran mostrar las series televisivas, puesto que aún no disponíamos de datos de campo auténticos. A raíz de ellas, se identificó el marcador *che* como el más significativo en cuanto a frecuencia. Este, en primer lugar, se observó minuciosamente a nivel micro, desde un punto de vista cualitativo. Sobre la base de datos reales (o los que simulaban la realidad) (E), se averiguaron sus funciones, que o bien se confrontaban con las funciones de los marcadores constatadas por otros autores para otras variedades regionales del español (T), o bien se hacían generalizaciones nuevas y se construía una nueva teoría (TF). Gracias a esta observación cualitativa minuciosa (E), nos dimos cuenta de que la frecuencia de uso de *che* estaba vinculada de algún modo a la situación social de los hablantes. Se formuló la hipótesis (H) de que las personas de mayor estatus social no utilizarían *che* con tanta frecuencia como las de las clases más bajas. Otra hipótesis se formuló en relación con la edad, en la que se esperaba que las personas en edad de trabajar utilizaran *che* con más frecuencia que el grupo de jóvenes y el de personas mayores.

Se construyó un esquema de variables sociológicas (de cuatro clases sociales, tres grupos etarios y dos sexos), a partir del cual se pusieron a prueba cuantitativa las hipótesis. Algunas se confirmaron, otras quedaron refutadas (por ejemplo, se detectó una discontinuidad en el eje de frecuencias debida a una ultracorrección en la clase media

115 Parece, pues, que toda investigación sobre los marcadores conversacionales tiene su origen en lo empírico, ya que se enfoca en detectar anomalías dentro del uso real del lenguaje, o sea, se basa en datos reales. Sin embargo, el propio término *anomalía* ya hace referencia a alguna norma teórica o, al menos, a un uso habitual, sobre cuya base inferimos que se trata efectivamente de una anomalía. Por tanto, tampoco aquí resolveremos si lo que está en los comienzos es lo empírico o más bien lo teórico. Lo más probable es que la teoría y la empírica estén entrelazadas a este respecto, solo que una predomina sobre la otra en determinadas condiciones.

alta). Las anomalías se explicaron bien por la teoría general (T), bien por las funciones halladas en la fase cualitativa de la investigación (TF). Posteriormente, se expresó como reto para futuras investigaciones la necesidad de verificar las conclusiones extraídas a través de una muestra auténtica que se obtendría *in situ*. Con ello, de hecho, culminó el estudio preliminar.

2. La nueva investigación (2014), enfocada desde el principio en el marcador *che*, partió ya de supuestos teóricos más específicos y sólidos (T), tanto para los análisis cualitativos como para el estudio cuantitativo. Lo que era necesario fue verificar sobre datos lingüísticos auténticos (obtenidos durante una pasantía de tres meses en Buenos Aires en el marco de una colaboración con el Centro para el Estudio de Lenguas de la Universidad Nacional de San Martín, en adelante CePEL UNSAM) las conclusiones extraídas de las teleseries en las que el uso excesivo del marcador *che* podía haber sido objeto de manipulación mediática. Ahora bien, para poder realizar comparaciones con el estudio preliminar, fue necesario mantener el mismo esquema estratificado de las variables sociológicas (cuatro clases sociales, tres grupos etarios, dos sexos), a pesar de algunos de sus inconvenientes o deficiencias que pudieron emerger tras un intervalo de dos años entre la realización de los dos estudios en cuestión.

El análisis cualitativo debía tomar la dirección hacia un descubrimiento más profundo y detallado de las funciones del marcador *che* (E) y su posterior sistematización (TF), mientras que el análisis cuantitativo debía poner a prueba las conclusiones del estudio preliminar (T). Ambas fases, sin embargo, estuvieron precedidas por un mapeo de campo en cuyo marco se realizó una breve encuesta informal a participantes aleatorios para averiguar lo que algunos hablantes nativos pensaban (introspectivamente) sobre su propio uso del marcador *che* (tanto en términos de funciones como de frecuencia de uso). Estos juicios, así como los resultados del estudio preliminar de 2012, dieron lugar a la definición de nuevas hipótesis (H), que posteriormente se pusieron a prueba.

Ahora bien, lo importante para el desarrollo ulterior del proyecto, y, por tanto, para nuestro estudio actual, es que en el transcurso del sondeo orientativo y posteriormente durante la propia investigación de campo resultara que el marcador *che* no es la única muletilla recurrente en el español argentino, o incluso que según algunos literalmente compite con otro marcador conversacional *-boludo-* (cf. Šmídová, 2014a: 68, 85 y s.). A raíz de estas conclusiones, se llevó a cabo

una búsqueda tanto en la literatura académica, como divulgativa, que mostró que, además del público no experto, algunos lingüistas y escritores argentinos defienden una opinión similar (se desvela de qué autores concretos se trata en los capítulos dedicados a los propios análisis). Su afirmación de que *boludo* es un marcador aún más sintomático y característico de Argentina, y que incluso puede sustituir al marcador *che* como su equivalente, motivó la nueva investigación (2015-2019) cuyos resultados se presentarán más adelante.

3. Así, en el presente estudio, que se apoya en datos conversacionales auténticos obtenidos durante otra pasantía de dos meses en Buenos Aires en 2015 (de nuevo bajo los auspicios del CePEL UNSAM) y, en algunas cuestiones, también en datos de 2014 (*ad supra* punto 2), nos centraremos en el marcador *boludo* y su posterior comparación con el marcador *che* (volveremos sobre la elección del marcador más adelante, en la sección 7.4). Dado que, gracias a proyectos anteriores, ya disponemos de un conocimiento teórico más amplio aplicable al estudio de los marcadores en general y al estudio de los marcadores conversacionales en el español argentino en particular, no es posible separar de forma fiable hasta qué punto partimos de datos (E) y hasta qué punto seguimos una teoría existente (T, TF), a cuya elaboración hemos contribuido parcialmente en algunos aspectos. La elección de los capítulos aquí dedicados al análisis de la conversación, análisis del discurso, sociolingüística y metodología general es, por tanto, un reflejo tanto de los supuestos teóricos como de nuestra experiencia y conocimientos extraídos de los datos reales y del trabajo con ellos. No obstante, esperamos revelar algunos hechos adicionales en el transcurso de los propios análisis que no quedaron reflejados en la introducción teórica al tema.

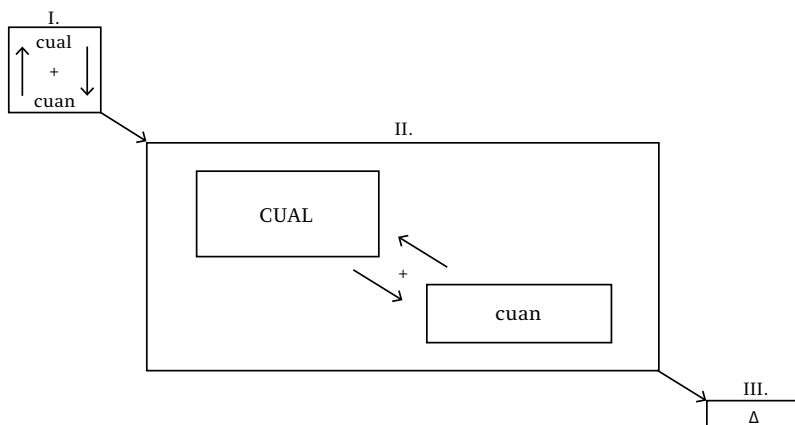
Del mismo modo, también es difícil determinar si debe procederse primero cualitativa o cuantitativamente en una investigación preliminar en la que se intenta identificar si un marcador merece ser investigado, ya que, por ejemplo, la elección del marcador *boludo* (pero también *che*) está motivada tanto por su frecuencia (*cuan*) en la conversación coloquial cotidiana argentina como, al mismo tiempo, por su aparente polifuncionalidad u ocurrencia en diversos contextos comunicativos (*cual*). Así pues, el punto de partida de la investigación es indudablemente bipotencial, *cuan + cual* o *cual + cuan*, y sería prácticamente imposible (y probablemente carente de sentido) tratar de determinar qué aspecto se tuvo en cuenta primero y cuál después a la hora de decidir sobre la idoneidad del marcador para la investigación.

El doble potencial inicial, pues, le incita claramente al investigador a prestar atención tanto a la naturaleza cualitativa como cuantitativa del marcador en la fase principal de la investigación. Pero ya hemos esbozado antes que en el caso del análisis de una unidad lingüística discursiva o conversacional, en la que la espontaneidad del habla es crucial, un análisis estadísticamente riguroso es (sobre todo en el caso de que un solo investigador participe en la investigación) casi inviable, ya que es difícil obtener una cantidad suficiente de datos representativos y no manipulados en un tiempo limitado, por lo que el análisis cuantitativo debe diseñarse de forma más bien aproximativa, y las conclusiones deben relativizarse, es decir, no se les puede atribuir una validez absoluta. Estas conclusiones luego podrán validarse en complementariedad con los resultados cualitativos. No obstante, el análisis cualitativo (frente a la perspectiva cuantitativa) debe ser exhaustivo, visto que la naturaleza polifuncional de los marcadores conversacionales requiere una descripción y una explicación minuciosas tanto de sus funciones como de sus interconexiones y relaciones.

Así procederemos, pues, también en el caso del marcador *boludo*, considerando su frecuencia y polifuncionalidad como fenómenos que pueden abordarse de forma más o menos axiomática, al haberse demostrado previamente (véase, por ejemplo, los juicios introspectivos de los hablantes o nuestro estudio anterior de 2014, aunque también es posible comprobarlo en corpus). El núcleo de la investigación se compone de dos componentes principales: el *CUAL* (análisis cualitativo exhaustivo) y el *cuan* (análisis cuantitativo orientativo), seguidos de la triangulación de los resultados (las anomalías en la investigación cuantitativa se dilucidan cualitativamente, a menudo ya en el marco de la presentación de los resultados cuantitativos; la importancia de las funciones se evalúa cuantitativamente).

A grandes rasgos, todo el esquema puede resumirse de la siguiente manera (véase el Esquema 1 a continuación), en el que la Fase I se diseña de forma axiomática y las flechas en ambos sentidos indican la irrelevancia del orden de los pasos, la Fase II es el núcleo de la investigación, con los dos subanálisis que proceden de forma paralela y complementaria, aunque aquí presentamos las etapas por orden de su importancia en la sucesión cualitativa → cuantitativa, y la Fase III consiste en la triangulación (Δ) de las conclusiones:

Esquema 1: Fases de la investigación



Sin embargo, este modelo es hasta cierto punto idealizado, dado que las dos fases de la investigación se llevaron a cabo en paralelo y los resultados de la triangulación ya se reflejaron directamente en las fases analíticas individuales (en la sección cualitativa mencionamos algunos datos cuantitativos más indicativos y viceversa).

Al núcleo de la investigación hay que añadir que la recopilación de datos también se efectuaba de forma complementaria, con algunos datos relevantes para el análisis cualitativo ya captados durante el mapeo de campo inicial. Sin embargo, la recopilación principal siguió un esquema cuantitativo predefinido (véase la sección 7.5), con el que se pretendía garantizar que los diferentes grupos de hablantes estuvieran representados en la muestra para evitar un enfoque unilateral en individuos «elitistas» o casos aislados, incluso dentro del marco cualitativo (véase Hendl, 2005: 274 y sección 6.8: nota 113), ya que la representación de diferentes tipos de hablantes y la simulación de una situación «normal» ayudan considerablemente a revelar de forma contrastiva las desviaciones y anomalías. No obstante, como la recolección de datos para el análisis cuantitativo estaba limitada en el tiempo a aproximadamente una hora por persona, entretanto se podían registrar datos adicionales para el análisis cualitativo. Esta práctica se fue generalizando a medida que quedaban menos casillas para rellenar definitivamente el esquema cuantitativo. Y una vez finalizada la recolección de datos para el análisis cuantitativo, solo continuaron recabándose datos para el enfoque cualitativo hasta que se declarara la saturación (sobre esto, véase más adelante en la sección 7.5, construcción de la muestra).

Sin embargo, el análisis de un único marcador por sí solo nunca alcanzará la importancia que podría tener si se correlacionara con el análisis de un marcador similar. Por ello, una especie de bloque secundario de nuestro estudio consistirá en una breve comparación del marcador *boludo* con el marcador *che*, que ya se analizó en detalle en nuestros estudios anteriores (2012; 2014). La justificación para compararlos yace en su presunta sustituibilidad (véase, por ejemplo, Ramírez y Estrada, 2003: 337; Labraña y Sebastián, 2004: 45; Gelman, 2013; a este respecto, se hablará más en el capítulo 10) y, al mismo tiempo, en su naturaleza vocativo-apelativa o fática que comparten (o sea, su capacidad para atraer la atención del destinatario de la comunicación). El propósito de la comparación será dejar resaltar aquellos rasgos que les sean comunes a ambos marcadores o, por el contrario, en los que difieran más fundamentalmente, comprobar la sustituibilidad mutua de *boludo* y *che* y refinar la tipología de los marcadores conversacionales.

Para posibilitar tal comparación, sin embargo, nos veremos obligados a analizar el marcador *boludo* a partir de una clasificación funcional-posicional equiparable tanto para la perspectiva cualitativa, como aplicando el mismo esquema cuantitativo y los mismos constructos sociolingüísticos (la misma concepción de las clases y los grupos etarios, etc.) que se utilizaron en los análisis del *che*. No obstante, estos criterios se resumirán más adelante en la sección 7.5 y en las secciones analíticas pertinentes. Pasemos ahora a los detalles fácticos del proyecto, a la definición de la población y a las condiciones de selección del marcador *boludo*.

7.2 Acerca del proyecto de investigación

El proyecto de investigación enfocado en los problemas teóricos y metodológicos relacionados con un estudio sociolingüístico de los marcadores conversacionales sobre el ejemplo del español argentino fue elaborado (bajo la supervisión del Prof. Dr. Ondřej Pešek, Ph.D.; cf. su propia contribución a los conectores en Pešek, 2011) por la autora del presente trabajo para los fines de un proyecto de beca individual, subvencionado por la Agencia de Becas de la Universidad de Bohemia del Sur (n.º de reg. GA JU 024/2015/H), y de la tesis doctoral.

El objetivo del proyecto era poner de relieve las complejas cuestiones teóricas y metodológicas relacionadas con el tema y proponer

un planteamiento metodológico general de la recopilación de datos para el análisis de los marcadores conversacionales y del análisis en sí, teniendo en cuenta determinados aspectos sociolingüísticos y haciendo hincapié en la necesidad de estudiar la lengua en estrecha relación con el contexto social. Además, la perspectiva sociolingüística debía combinarse con un enfoque pragmático o funcional, dado que las funciones de un marcador conversacional condicionan en gran medida su distribución social. Un componente integral del proyecto era también destacar la necesidad de combinar paradigmas (socio)lingüísticos cualitativos y cuantitativos en la investigación de los marcadores conversacionales.

Aunque en la actualidad existe un creciente interés por la comunicación hablada y coloquial a escala internacional, la cuestión de los marcadores conversacionales (es decir, interaccionales) en el sentido de una aproximación científica general a su análisis se ha debatido de forma más bien marginal, especialmente en estudios hispánicos, pues las publicaciones a ellos dedicadas se ocupan preferentemente de su clasificación o de su descripción cualitativa detallada, pero rara vez reflexionan sobre la complejidad de todo el proceso de investigación que subyace al estudio de este tipo de marcadores como elementos esenciales de la interacción oral espontánea. Por consiguiente, parecía deseable profundizar en este tema, ya fuera por razones didácticas o puramente lingüísticas. Por último, también se esperaba hacer una contribución al estudio de estos elementos fuera del español europeo, concretamente en el español argentino, cuyos marcadores solo han recibido escasa atención en los trabajos de hispanistas checos hasta la fecha.

Ya el propio nombre del (sub)tipo de marcadores seleccionado sugiere de por sí que la fuente de los datos necesarios para el análisis debía ser la conversación informal cotidiana espontánea (mantenida entre hablantes nativos), lo que al mismo tiempo se corresponde con el requisito sociolingüístico tradicional (laboviano) de oralidad y autenticidad de los datos. Así pues, la recopilación de material para los análisis implicó necesariamente la realización de una pasantía de investigación en Argentina, que por segunda vez tuvo lugar en el CePEL UNSAM (véase la sección 7.1 *supra*), con el apoyo financiero de la Universidad de Bohemia del Sur con cargo a los fondos del Plan de Desarrollo Institucional del Ministerio de Educación de la República Checa (2015). El papel de supervisora en el extranjero volvió a asumirlo en esta segunda ocasión la Dra. Gabriela Leighton, directora del CePEL UNSAM.

El contenido de esta pasantía de investigación de dos meses de duración (otoño de 2015; que dio continuidad a las actividades científicas realizadas durante tres meses en el mismo lugar y de los mismos fondos en 2014), consistió principalmente en la toma de grabaciones de la interacción cotidiana natural en distintas situaciones sociales y en diversos grupos sociales, estando la recopilación altamente guiada por criterios sociolingüísticos preestablecidos, pues ya en la fase inicial se preveía un posterior análisis comparativo del recién estudiado marcador *boludo* con el marcador *che*, examinado conforme a los mismos parámetros en 2014. Entre las actividades de la pasantía se incluyeron asimismo la triangulación de los distintos métodos de recopilación, el etiquetado y procesamiento de los audiodatos y de los apuntes de campo complementarios, la reflexión sobre las cuestiones técnicas y metodológicas relacionadas no solo con la recopilación sino también con el análisis posterior, la determinación de las dificultades que se derivan de la naturaleza de los marcadores conversacionales dentro de este tipo de actividades, la reflexión sobre los datos concretos y la realización de análisis preliminares, la revisión de la metodología y muchos otros pasos, a los que –a la vuelta– siguieron la transcripción y el propio análisis cualitativo y cuantitativo.

Además de la Dra. Leighton, el proyecto contó con el apoyo de otros expertos argentinos como la Lic. Carla Montoya (CePEL UNSAM), Mg. Amanda Leal (CePEL UNSAM), Dip. Rodrigo Jimeno (CePEL UNSAM), Dra. Claudia Fernández (Universidad de Buenos Aires, UBA), Dra. Claudia Borzi (UBA), etc. Todos estos lingüistas contribuyeron al proyecto con sus comentarios y opiniones, así como brindaron para nuestra consulta los resultados de sus trabajos hasta la fecha, que de alguna manera pudieron aportar al desarrollo del proyecto, u ofrecieron oportunidades o instalaciones para grabar.

Un beneficio adicional de la estancia en Argentina fue también la oportunidad de presentar resultados parciales de la investigación en forma de conferencias en la UNSAM, en el Foro de Entidades Profesionales del Noroeste (FEPNO) y también en la Embajada de la República Checa en Buenos Aires como parte del ciclo de conferencias allí celebrado, cuyo público contribuyó a la ampliación de los conocimientos sobre los marcadores *boludo* y *che* con sus valiosas reflexiones introspectivas. Una forma de agradecimiento por la conferencia pronunciada en la Embajada fue una invitación a la recepción oficial de parte de S.E. el embajador Petr Kopřiva con motivo de la fiesta nacional checa del 28 de octubre de 2015, durante la cual se obtuvo importante infor-

mación sobre el uso de los marcadores argentinos por parte de representantes de la clase social más alta (sin grabarlos).

7.3 Elección de la población, español argentino

Como se desprende de los capítulos anteriores, pero también del propio título del libro, nuestro objetivo es explorar los marcadores conversacionales del español argentino, geográficamente delimitado por el territorio de Argentina. En nuestros estudios anteriores, trabajamos con la noción de español rioplatense,¹¹⁶ que en su definición más amplia incluye no solo el español argentino, sino también el uruguayo y posiblemente el paraguayo (véase, por ejemplo, la división dialectal tradicional del español en Lipski, orig. 1996, aquí en su traducción al español del 2014: 18, pero también en *CORPES XXI* de RAE y ASALE, 2012-2023). En otro lugar (Šmídová, 2014a: 57-66, pero también 2012a: 30 y s.), sin embargo, explicamos detalladamente por qué excluimos de este grupo el español paraguayo, intensamente influenciado por la lengua guaraní (siguiendo el ejemplo de algunos autores, cf., p. ej., Peláez, 2010: 35), y quedaba por esclarecer la situación del español uruguayo y de las regiones periféricas de Argentina.

En el contexto de Uruguay, fue necesario excluir la zona fronteriza con Brasil, que es el dominio del llamado *portuñol*, es decir, la variedad resultante de la mezcla local del portugués y el español. Por las zonas periféricas de Argentina, a su vez, se entienden principalmente las provincias altas del norte del país, como Tucumán, Salta y Jujuy bajo influencia quechua, y Misiones, Corrientes, Formosa y Chaco bajo influencia guaraní (cf. Peláez, 2010; Lipski, 2014, etc.). Para un análisis más detallado de los dialectos argentinos, véase también Zájicová (2004).

Este territorio platense así «truncado» constituiría el dominio del español rioplatense propiamente dicho, cuya influencia principal se concentraría en las metrópolis de Buenos Aires, del lado argentino, y Montevideo, del lado uruguayo. No obstante, para un investigador familiarizado con la zona y con las realidades locales no resulta sorprendente que Buenos Aires se identifique habitualmente como el centro principal (debido a su larga influencia política, histórica y cultural y a su posición privilegiada en la región), y que sea también el centro

116 Sobre la cuestión de la traducción del gentilicio *rioplatense* al checo, véase Šmídová (2014a: 57).

desde el que más comúnmente se difunde la innovación lingüística. De este modo, Montevideo se convierte en una zona periférica y receptora de la influencia del *porteño*, la lengua de los bonaerenses. Así lo atestigua la siguiente afirmación de Lipski:

Si nos encontramos a un habitante de Buenos Aires y a un habitante de Montevideo de condición socioeconómica similar, quizás no sea posible distinguir desde el punto de vista lingüístico al argentino del uruguayo. Incluso los hablantes mismos no son capaces de ello, pese a las frecuentes afirmaciones en contra. Más de las dos terceras partes de los uruguayos viven en Montevideo, y en un cierto sentido, el español de Uruguay es una mera extensión del habla porteña de Buenos Aires (Lipski, 2014: 369).

Esto nos lleva a la observación de que, en muchos sentidos, el porteño se considera un sinónimo o equivalente legítimo del rioplatense. Su fuerza de difusión reside en el hecho de que Buenos Aires, en su papel de potencia regional, tiene el poder de influir en el lenguaje de los medios de comunicación que, a través de la televisión, Internet y, en particular, las redes sociales, tienen un impacto a grandes distancias (cf. Peláez, 2010: 35 y s.; Maronese, 2004: 61). Tampoco es desdeñable que, según el Grupo Banco Mundial, la población de Uruguay no llegaba a los 3,5 millones de habitantes en 2017, mientras que la de Argentina era de 44 millones en el mismo año, de los cuales más de 15 millones vivían en la capital o en el conurbano bonaerense.

La población de la que nosotros tomaremos muestras es, por lo tanto, la población de la capital de Buenos Aires y de la aglomeración adyacente, es decir, la provincia de Buenos Aires (*conurbano*, *Gran Buenos Aires*), ya que partiremos del concepto del porteño; pero partir del concepto del porteño significa también que las conclusiones a las que lleguemos (por relativizadas que estén) deberían ser válidas para todo el territorio de la lengua rioplatense definida anteriormente, incluido Uruguay, es decir, para una población mucho más amplia que aquella de la que partimos en un principio.

Sin embargo, el problema es que el marcador conversacional *boludo*, del que pretendemos ocuparnos prioritariamente (y de cuya elección hablaremos con más detalle enseguida), a pesar de su difusión masiva, es típico sobre todo del área de Buenos Aires y, por tanto, de Argentina, y, en cambio, mucho menos significativo para el territorio de Uruguay; en consecuencia, nos limitamos aquí exclusivamente

a la población argentina, concretamente a la población metropolitana (esto es, a los argentinos nacidos y/o que viven desde hace tiempo o se mueven a diario en Buenos Aires y el conurbano, y de cuya lengua puede decirse que es –en palabras de Labraña y Sebastián [2004: 34]– *el argentino metropolitano*). Los hablantes uruguayos quedan así completamente al margen de nuestra atención en esta ocasión, por lo que ya no es necesario hablar del español rioplatense y nos conformaremos con lo que es el español *argentino* (sobre el que más, por ejemplo, Černý, 2014).

7.4 Tipo de discurso y elección del marcador

Para realizar correctamente los análisis, es necesario definir claramente el tipo de habla (o discurso) en el que basaremos nuestro estudio de los marcadores conversacionales, así como elegir el representante específico que será objeto de nuestro interés.

En cuanto al tipo de discurso, hemos declarado en numerosas ocasiones (sobre todo en los capítulos 1 a 4) que los marcadores conversacionales solamente pueden investigarse con éxito a partir de registros auténticos de habla en interacción espontánea, informal y no preparada, es decir, en conversaciones cotidianas cara a cara. La definición de conversación en la que aquí nos apoyamos se ajusta mejor a los catorce criterios de Sacks, Schegloff y Jefferson (1974) que introducimos en la sección 2.7.1, pero también tendremos en cuenta los criterios interaccionales-sociolingüísticos (por ejemplo, los de cortesía, jerarquía y estilo) que se describen en particular a lo largo de la sección 3.9. Además, entendemos la conversación espontánea como un sistema autónomo y nos abstenemos de emitir un veredicto sobre si puede considerarse un subgénero del discurso o es al revés.

La elección del marcador para los análisis en sí merece, en cualquier caso, una exposición más detallada. Hemos mencionado que Labov (1972: 8) exige que un elemento digno de investigación sociolingüística sea abundante en un determinado tipo de habla (informal) y no en otro (formal), esté bien integrado en un sistema de elementos y muestre una distribución sociolingüística específica. Si se trata de un marcador *conversacional*, el requisito de su presencia en el habla informal se cumple de antemano, pero debemos asegurarnos de que su frecuencia realmente es significativa. La inclusión general en el sistema de marcadores tampoco es difícil, pero es más interesante conocer

su clase de palabra originaria o las categorías gramaticales específicas que el marcador representaba antes de ser desemantizado y luego asignado a marcadores pragmáticos. Por último, hay que tener en cuenta que la importancia de la distribución social debe considerarse con respecto a la población objeto de estudio y a la desigual popularidad del marcador en los diferentes grupos sociales de hablantes.

Visto que ya tenemos experiencia con el análisis del marcador originalmente interjetivo *che*, que, sin embargo, por su desarrollo y las funciones que desempeña, ha alcanzado el carácter vocativo (para la etimología de *che* y otras características, véase Šmídová, 2012a: 33 y ss., y Šmídová, 2014a: 69 y ss.), nuestra intención fue ceñirnos al criterio homogéneo y analizar otros marcadores vocativos argentinos importantes (sobre el vocativo como marcador, véase más información en la sección 3.11.3), que así podrían compararse entre sí. Nuestros conocimientos previos nos llevaron a suponer que *boludo/a*, *pelotudo/a*, *nene/a*, *pibe/a* y *flaco/a* podrían ser los mejores candidatos. No obstante, los datos mostraron que la presencia de *pelotudo/a*, *nene/a*, *pibe/a* y *flaco/a* en función de marcador no era tan abundante como exigiría el criterio de Labov, por lo que hubo que renunciar a su estudio en el presente trabajo.

En cambio, el término *boludo/a* era y sigue siendo de gran interés en el habla coloquial de los argentinos y, además, ya existía la mencionada discusión sobre su posible «rivalidad» con el marcador *che* (sobre la que trataremos más adelante), que fue objeto de nuestros estudios anteriores, lo que nos llevó a la decisión de analizar *boludo* en profundidad (tanto cualitativamente al estilo de un estudio de caso como cuantitativamente) y luego comparar su naturaleza con la del ya cualitativa y cuantitativamente estudiado marcador *che*.

7.4.1 *Boludo*: etimología y propiedades básicas

Si queremos caracterizar brevemente el lexema *boludo* desde una perspectiva lingüística, se trata originalmente de un adjetivo derivado del sustantivo *bola* (cuyo significado común es *pelota* y *testículo* figurado), al que se le añade el sufijo *-udo* (véase *DLE*, RAE, 2022: 23.6). Como adjetivo, puede formar el femenino, convertirse en plural en ambos géneros y también sustantivarse fácilmente mediante la anteposición del artículo (definido o indefinido). El sufijo *-udo* significa exceso en español, por lo que es un sufijo aumentativo. Tradicionalmen-

te, se ha argumentado (cf., por ejemplo, Anders et al., 2001-2023, en línea: la entrada «*boludo*», incluidos los comentarios de los visitantes al foro) que el significado básico de *boludo* (al igual que de *pelotudo*¹¹⁷) es *tonto, retrasado*, etc., y puede tener su origen (entre otras interpretaciones) en, por ejemplo, una enfermedad mental grave que en los hombres se pensaba que se manifestaba, entre otras cosas, por un crecimiento testicular excesivo.¹¹⁸ Así pues, no está relacionado con la gran valentía en el sentido de *tener las bolas/los cojones de hacer algo* (es decir, *tener el coraje de hacer algo*), como podría suponerse erróneamente –este significado en español está representado, efectivamente, por los fraseologismos recién citados, mientras que *boludo* expresa más bien lo contrario– (cf. Ramírez y Estrada, 2003: 337).

En su edición anterior (2014: ed. 23.1), el *DLE* de la RAE indicaba lo siguiente como significado básico de la entrada «*boludo*, da» para Argentina (cf. «*pelotudo*» en la nota 117):

1. adj. Arg. y Ur. Dicho de una persona: Que tiene pocas luces o que obra como tal. U. t. c. s.

En las versiones más recientes del diccionario (2022: ed. 23.6), encontramos la siguiente definición para el español argentino:

1. adj. malson. coloq. Arg. y R. Dom. Necio o estúpido. Apl. a pers., u. t. c. s.

Ambas explicaciones son, por tanto, coherentes con el significado peyorativo antes mencionado de *estúpido*, *tonto*, etc. El problema, sin embargo, reside en que no dicen nada sobre el significado que *boludo*

117 *Pelotudo* es otra expresión típica argentina, que surgió de manera similar a *boludo* (*pelota -bola*, *balón*, fig. *testículo* + sufijo aumentativo *-udo*) y que originalmente era su sinónimo completo (*DLE*, RAE, 2022: 23.6: 1. adj. coloq. Arg. y Chile. Dicho de una persona: Que tiene pocas luces o que obra como si las tuviera. U. t. c. s. U. t. c. insulto.). Pero, a diferencia de *boludo*, no se ha producido una desemantización y eufemización, es decir, *pelotudo* solo conserva su significado peyorativo original. Esto ha dado lugar a una diferenciación de sinónimos, que puede interpretarse como el resultado de la presión del sistema lingüístico sobre su economía. Y si bien *boludo* sí sigue utilizándose como insulto en algunos contextos, se considera menos peyorativo que *pelotudo*. Por ello, *boludo* y *pelotudo* pueden seguir coexistiendo, ya que se utilizan habitualmente en contextos diferentes (véase también la sección 10.4, dedicada a la introspección de los hablantes nativos).

118 Sin embargo, la etimología de la palabra *boludo* no se ha aclarado satisfactoriamente hasta la fecha, y siempre ha recibido más bien una interpretación popular. Del mismo modo, el propio vocablo *boludo* no ha sido objeto de estudios lingüísticos más amplios y exhaustivos y suele formar parte de artículos más breves (véase, por ejemplo, Jørgensen, 2011; Ramírez y Estrada, 2003; Gugenberger, 2017).

adquiere con una frecuencia mucho mayor en Argentina, donde es una expresión de afectividad, es decir, de trato íntimo, afectuoso o amistoso entre hablantes argentinos. No obstante, esta última interpretación de *boludo* es tenida en cuenta por el *Diccionario de americanismos* de la Asociación de Academias de Lengua Española (ASALE, 2010), que señala, entre otras cosas, lo siguiente para la entrada «boludo»:

a. || ~. fórm. Ar. juv. Se usa para dirigirse a un amigo.

Ya en nuestro trabajo anterior (Šmídová, 2014a: 68) citamos a Juan Gelman (poeta, escritor y periodista argentino), que señaló el auge de la palabra *boludo* (en detrimento de otras, entre ellas *che*) y que, con motivo del VI Congreso de la Lengua Española 2013 en Panamá, llegó a referirse a ella como a una expresión identificadora de la nación argentina. En su opinión, *boludo* es un vocablo ambivalente cuya gran popularidad ha hecho que vaya perdiendo paulatinamente su carácter peyorativo original y se esté convirtiendo en un símbolo de amistad y alianza, aunque su uso en el sentido de palabra malsonante o insulto no ha desaparecido del todo y sigue coexistiendo con una versión más reciente, de connotación positiva (para la cita original, véase la sección 10.1). Esto se corresponde con la opinión de las lingüistas argentinas Ramírez y Estrada (2003), que distinguen entre el llamado *boludo insultativo* (es decir, el término despectivo original, insulto, palabra malsonante) y el *boludo insultivo* (es decir, la expresión afectiva), que es el resultado de procesos de dessemanticización y estereotipación (o rutinización), provocados por su uso excesivo en el trato informal (sobre la dessemanticización, la gramaticalización y la rutinización, véase Kleinknecht, 2013; aquí en la sección 3.11.3).

Ya aquí resulta evidente, pues, que *boludo* será muy sensible al contexto, es decir, su significado se derivará de la situación en la que se utilice (negativa-positiva), y, a su vez, él mismo participará también en la formación del contexto (en palabras de Gumperz, funcionará como una clave contextualizadora reflexiva, véase aquí, p. ej., la sección 3.6; sobre la reflexividad e indexicalidad, véase también Garfinkel, aquí la sección 2.2). Además, dado que el significado conceptual original de *boludo* es peyorativo, se trata de un vocablo inherentemente expresivo para el que habrá que controlar el grado de (in)formalidad de la situación y la aceptabilidad estilística para prevenir la violación de las normas de cortesía. No obstante, estas cuestiones serán objeto de un análisis cualitativo detallado.

Ahora bien, para llevar a cabo un análisis pertinente de *boludo*, es necesario identificar claramente qué ocurrencias de *boludo* en la interacción se tendrán en cuenta y cuáles no. Hemos afirmado que la clase de palabras originaria de *boludo* (*boluda*, *boludos*, *boludas*) son adjetivos, o adjetivos sustantivados. Pero tales ocurrencias podrían incorporarse con bastante facilidad en una construcción oracional (la mayoría de las veces en forma de complemento adnominal o atributo), lo que, por definición, no corresponde a los marcadores conversacionales. Se trata, por ejemplo, de frases como *ser una respuesta boluda*, *ser un boludo*, o la exclamación *qué boludo que sos*, entre otras (cf. Ramírez y Estrada, 2003: 337). Además, tal *boludo/a*, o posiblemente *boludos/as*, ligado sintácticamente, se caracteriza claramente por un significado exclusivamente peyorativo, con el que el autor del enunciado manifiesta su disgusto, desprecio, repugnancia u otra actitud negativa.

En la comunicación cotidiana, sin embargo, *boludo* como adjetivo solo se da en contadas ocasiones y se manifiesta ante todo en su forma vocativa o apelativa, que, en cambio, se caracteriza por la autonomía sintáctica, tan propia de los marcadores conversacionales (cf. la sección 3.11.1). Además, esta le confiere una relativa flexibilidad posicional en relación con el enunciado o el turno al que se adjunta en el plano conversacional, de modo que *boludo* puede encontrarse tanto en posición inicial como, y eso sobre todo, en posición central o final sintácticamente independiente (en el texto, separado gráficamente por comas o un punto; en el discurso oral, distinguido por una pausa o entonación; en la transcripción, normalmente separado por una barra /; véase las normas de transcripción en el capítulo 8). La flexibilidad posicional con respecto a la unidad de referencia también le permite al hablante enfatizar (intensificar, acentuar) una parte concreta del enunciado o del turno, maximizando así su relevancia al tiempo que la contextualiza o ancla (*boludo* funciona aquí como estímulo ostensivo y como clave contextualizadora en el proceso inferencial).

La versatilidad contextual condiciona entonces la polifuncionalidad del marcador y también está estrechamente relacionada con su significado conceptual y procedimental en términos de Blakemore (2006) y otros autores del enfoque de la teoría de la relevancia. En esta dicotomía, también puede verse una de las claves de la dualidad del marcador *boludo*, donde el primer uso, más bien peyorativo, se basa en el significado original de la palabra (es decir *estúpido*, *tonto*), en el que *boludo* refleja principalmente un contenido conceptual (p. ej.,

en *Te mato, boludo*), mientras que en la forma rutinizada de *boludo* en sentido no ofensivo, positivo o afectivo, su significado es más procedimental (p. ej., en *Sí, boludo, me parece buena idea; ¡Che, boluda, te quiero!; Pedítelo, boluda*), aunque aquí, por supuesto, puede haber una conexión entre el significado procedimental y el significado conceptual, definido negativamente (es decir, por oposición al significado conceptual original).

En correspondencia con las divergencias semánticas antes expuestas en un mismo marcador, conviene mencionar también el proceso de gramaticalización (o pragmaticalización, discursivización, rutinización, etc.; sobre la cuestión de la gramaticalización en los marcadores, véase también Šmídová, 2014a: 30 y ss.), en base al cual se decide la legitimidad de asignar una determinada expresión a los marcadores. A diferencia de otros marcadores conversacionales totalmente gramaticalizados (por ejemplo, el español *vamos*, o, con cierto margen, *hombre*), el marcador *boludo* (como el español *tío/a*, el chileno *huevo/n/huevona*, pero también los no nominales *viste/vieron*, *mirá/mire*) aún no ha atravesado por completo el proceso de gramaticalización, ya que en la conversación puede encontrarse tanto en forma masculina como femenina *boluda*, así como en ambos plurales *boludos*, *boludas*. El masculino singular, sin embargo, predomina en la conversación, y a veces hasta llega a utilizarse para dirigirse a más de una persona al mismo tiempo. E incluso en el caso del femenino *boluda*, se ha observado una tendencia a su sustitución gradual por el masculino que se percibe más rutinario y generalizado (véase también la sección 10.4, introspección). Asimismo, *boludo* puede aparecer en la conversación en su forma abreviada, *bolú*, –neutra en cuanto al género–, o como diminutivo *boludito/a* con tintes irónicos.

Si bien para *boludo* no puede hablarse de una gramaticalización plena (que, de hecho, es más una idealización que una regla), existen claros indicios de una desemantización y de una gramaticalización al menos parcial, que se viene profundizando progresivamente con el paso del tiempo. Y la legitimidad de que el *boludo* sintácticamente independiente pueda considerarse un marcador a pesar de su gramaticalización incompleta, lo demuestra también el hecho de que no pueda ser desarrollado por complementos, o sea, que no pueda formar sintagmas nominales (a diferencia de su versión adjetival o sustantivada no autónoma como, p. ej., en *Sos un reverendo boludo*). Por otra parte, –como es típico de los marcadores– no es rara su coocurrencia con otros, p. ej., con el *che*: *Che, boluda, ¿me ayudás?*

De lo anterior se desprende que el criterio esencial para nuestros análisis será la no integración sintáctica de la palabra *boludo/a/os/as* en la oración o el enunciado y, a la inversa, las ocurrencias plenamente integradas en la estructura oracional como sus constituyentes quedarán completamente excluidas de nuestros análisis (en lo sucesivo, por razones de economía, solo utilizaremos las formas *boludo* o *boludo/a* como neutras, a menos que la interpretación de los datos exija otra cosa). De igual importancia es la flexibilidad posicional del marcador y su polifuncionalidad.

Ahora bien, nos permitiremos detenernos una vez más en la no integración oracional. Dentro de la sintaxis, los vocativos tienden a concebirse como equivalentes oracionales que se realizan en el habla como enunciados no oracionales (cf. Sgall, 1976: 107; Čechová et al., [1996], 2ª ed. 2000: 304). Pero esto no significa necesariamente que los marcadores vocativos tengan la capacidad de formar enunciados plenos y totalmente autónomos en el plano del habla, debido a su proceso gradual de gramaticalización. Al igual que otros marcadores, los marcadores nominales (entre los que también se incluye *boludo*) funcionan como una especie de *modificadores contextuales* o funcionales (cf. Čechová et al., 2000: 279), que están estrechamente ligados a un enunciado o a un segmento concreto de un enunciado, al que de alguna manera enfatizan, especifican, anclan contextualmente o indexan situacional o estilísticamente (en términos de Gumperz, se trata de claves de contextualización, cf. la sección 3.6). También por esta razón, el marcador *boludo* se abordará como una especie de modificador de este tipo, si bien en determinadas circunstancias sí puede formar enunciados independientes o autónomos (cf. Wang, 2013: 130 y ss.) –pero incluso estos tienden a depender de algunas circunstancias dentro del contexto, por ejemplo, expresan una reacción a lo que ha sucedido en el fondo (pueden ser expresiones de sorpresa o asombro como ¡*BOLUDO!* u otras expresiones emocionales y exclamaciones)–.

Como se ha advertido, el marcador *boludo* no está integrado en la oración y su alcance semántico-pragmático solo es perceptible en el nivel supraoracional, pero, al mismo tiempo, está estrechamente ligado a su unidad de referencia a la que remite, por lo que no es completamente independiente. Esto puede observarse mejor sobre el trasfondo del checo, donde, si bien los vocativos también naturalmente se sitúan fuera de las relaciones oracionales, suelen estar menos fónicamente separados en el habla que en español (más bien decimos *Hele vole nevím* que *Hele/ vole/ nevím*), aunque incluso en español la

separación por pausas o entonación no es una condición irrenunciable. En el caso del marcador *boludo*, también depende en gran medida de si se trata de un vocativo peyorativo original con el que (en lugar del pronombre de la 2ª persona sg. *vos* o nombre propio) nos dirigimos a una persona concreta a la que realmente queramos insultar (el significado es, por tanto, altamente conceptual, por ejemplo, *tonto*), o es una expresión de contacto rutinaria y amistosa (el significado es conceptual-procedimental) o una muletilla enfática, metalingüística o autorreferencial que ya no hace referencia directa a ninguna persona (es un *boludo* procedimental altamente desemantizado, irremplazable por pronombres o nombres propios).

Además, como añaden Čechová et al. (2000: 159, 279 y s.), algunos vocativos se han transformado en partículas o interjecciones (sobre las interjecciones véase también Jakobson, 1960, aquí sección 3.8), que se incorporan al enunciado como su «modificador expresivo» o «señal de alerta» o «recurso de contacto» (en checo, p. ej., *vole* o *čěče*), lo que ocurre a menudo con *boludo* (cf. también, por analogía, la entrada «hombre» en el *DLE*, RAE, 2022: ed. 23.6; la negrita es nuestra: «8. **interj.** U. para indicar sorpresa o asombro, o con un matiz conciliador. ¡*Hombre, no te enfades! Hombre, no hay que ponerse así, María.*»). Así, del mismo modo que el marcador *boludo* oscila entre el significado conceptual y el procedimental, su estatus en la conversación oscila entre el enunciado no oracional y el modificador (aunque este último es más común).

Para concluir, nos gustaría sumar que, si bien los marcadores conversacionales son claramente geoespecíficos y deben traducirse a otra lengua o compararse con otros dialectos o variedades de la misma lengua con mucha cautela, dado que incluso marcadores como el inglés *well* y el español *bueno* no son equivalentes completos entre sí (sobre la cuestión de la traducción de los marcadores del discurso, véase Schiffrin, 2003: 63 y s.), sin duda es interesante señalar algunas de las similitudes significativas que encontramos entre lenguas o dialectos y variedades, y dar al lector una idea de cómo entender un marcador determinado en la comunicación.

En el caso de *boludo*, *boluda* existe una llamativa correspondencia con el marcador conversacional chileno *huevón*, *huevona* (ev. *weón*, *weona*), que no solo es de carácter análogo en cuanto a que se usa pragmáticamente de la misma manera y con funciones similares, sino que también es significativa la similitud etimológica referida a los testículos (formado a partir de *huevo* y el sufijo *-ón*, donde *huevo*

figuradamente significa *testículo*, véase *DLE*, RAE, 2022: 23.6). Funcionalmente comparable es también el mexicano *güey* o *wey* (de *buey*), pero también el ya mencionado checo *vole* (en el vocativo del sustantivo *vůl*, es decir, *buey*), en el que no encontramos explícitamente el sema de +testículos grandes, pero se hace referencia a ellos de forma negativa, por su ausencia (-), o prácticamente por su extirpación. Y es probable que encontremos aún más ejemplos similares en las distintas lenguas mundiales. Además, para todas las palabras mencionadas, el significado primario en el contexto coloquial es el de *estúpido*, *tonto*, que, sin embargo, se ha suprimido por el uso excesivo de estas palabras y su rutinización en muchos contextos, la connotación negativa ha desaparecido, y *boludo*, *huevoón*, *güey* y *vole* se han convertido en expresiones de amistad, confianza, armonía y simpatía, cercanía humana, alianza o sentimientos positivos en general.

7.5 Construcción de la muestra, recopilación y etiquetado de los datos

Hasta ahora, hemos especificado que el foco de nuestros análisis será el marcador conversacional argentino *boludo*, que, salvo raras excepciones, se da casi exclusivamente en la interacción conversacional informal de los hablantes nativos argentinos, por lo que su estudio debe basarse exclusivamente en datos conversacionales auténticos. En cuanto a la metodología, también hemos hecho hincapié en que, a la hora de recopilar datos para el análisis de los marcadores conversacionales, es útil partir de un esquema estratificado predefinido, diseñado principalmente para análisis cuantitativos, en el que se conozca el número final deseado de hablantes y que garantice una representación equilibrada de las distintas categorías de hablantes en la muestra. Por lo tanto, en nuestra investigación también seguimos este procedimiento, conforme al cual, tras el mapeo de campo inicial, partimos de los parámetros del esquema cuantitativo en la fase principal de recolección de datos, pero al mismo tiempo, y tras su finalización definitiva, ampliamos la base material con datos adicionales destinados exclusivamente a los análisis cualitativos.

Sin embargo, aún no hemos especificado cómo sería un esquema de este tipo en nuestra investigación, ni hemos presentado criterios para el muestreo. Por otra parte, sí hemos señalado en varias ocasiones que uno de los objetivos será comparar el recién estudiado

marcador *boludo* con el marcador *che* investigado anteriormente, lo que limita en gran medida la innovación y la creatividad, ya que es esencial que la recopilación y el análisis de datos se ajusten a requisitos similares y a constructos sociolingüísticos idénticos, pues, de lo contrario, los resultados de la comparación no serían defendibles. Así pues, aunque *a posteriori* podamos ser críticos con algunas decisiones anteriores sobre la construcción de la muestra, deben tomarse sobre una base análoga para el marcador *boludo* a la utilizada en el caso del marcador *che*.

Resumida brevemente la investigación cuantitativa de 2014, esta se basó en un esquema compuesto por cuatro clases sociales (baja, media baja, media alta y alta), tres grupos de edad (10-20, 21-40 y 41-60) y ambos sexos (M/F), en el que participaron un total de 24 hablantes, con los que se realizaron grabaciones de aproximadamente 45 minutos con cada uno (así, se obtuvieron 16 horas de grabaciones para el análisis cuantitativo, con 14 horas adicionales para el análisis cualitativo, es decir, 30 horas de grabaciones en total).

Ahora bien, como la cifra de veinticuatro participantes nos pareció demasiado baja (aunque teóricamente defendible a la luz de los capítulos 4 y 6), decidimos duplicar el número de hablantes en la nueva investigación a **48**, lo que, por un lado, garantizaba una base de datos algo más amplia, pero tampoco excluía la posibilidad de hacer comparaciones, ya que se mantuvo la misma estratificación de la muestra y la proporción 1:2 es fácilmente comparable incluso a simple vista (aunque aquí nos basaremos sobre todo en evaluaciones de medias y porcentajes).

Por supuesto, incluso con un número de cuarenta y ocho hablantes, podría discutirse el valor explicativo del análisis cuantitativo. Sin embargo, asumiendo que el uso de la lengua es sustancialmente más homogéneo que otros fenómenos sociales, que en la investigación lingüística podemos permitirnos una representatividad algo más laxa que estrictamente estadística, que el anclaje en un marco teórico está garantizado y que existen estudios cuantitativos exitosos con un número incluso menor de participantes (véase Milroy y Gordon, 2003, y Labov, 1972, 2006, aquí en el capítulo 4), lo consideramos suficiente para nuestro análisis cuantitativo, pues su objeto pretende ser en gran medida una investigación complementaria, que destaque los rasgos numéricos más evidentes en relación con las variables sociales relevantes y amplíe una investigación cualitativa más detallada. Además, los resultados de la parte cuantitativa serán sujetos a la relativización.

En consecuencia, el esquema de partida para la construcción de la muestra será el siguiente (véase la Tabla 6). Se mantiene el sistema de cuatro clases sociales, tres grupos etarios y dos sexos. Aunque suponemos que la distribución por clases será menos importante que la dimensión de la edad para el marcador *boludo*, mientras que lo contrario fue cierto para el marcador *che* (lo que ya puede apuntar a una de las diferencias entre estos marcadores), las ocurrencias por clases también se registrarán para el marcador *boludo* en aras de la comparación planteada.

Tabla 6: Esquema cuantitativo: distribución de los hablantes

Clase	Edad	Hombres		Mujeres	
Baja	10-20	1.	2.	3.	4.
	21-40	5.	6.	7.	8.
	41-60	9.	10.	11.	12.
Media baja	10-20	13.	14.	15.	16.
	21-40	17.	18.	19.	20.
	41-60	21.	22.	23.	24.
Media alta	10-20	25.	26.	27.	28.
	21-40	29.	30.	31.	32.
	41-60	33.	34.	35.	36.
Alta	10-20	37.	38.	39.	40.
	21-40	41.	42.	43.	44.
	41-60	45.	46.	47.	48.

En la Tabla 6 se presenta la distribución básica de la muestra para los análisis cuantitativos, con cada clase representada por 12, cada grupo de edad por 16 y cada sexo por 24 hablantes. Si queremos comentar las objeciones que nos suscita este esquema replicado, podemos dividirlos en dos categorías básicas: objeciones sobre la delimitación tanto de las clases como de los grupos de edad. En lo

que respecta a las **clases**, el sistema de cuatro estratos se ajusta a las normas sociológicas habituales (véase la sección 4.4.3), y la división algo más polarizada entre las clases media alta y media baja, en la que no existe una clase intermedia (o media media), puede considerarse razonable (a diferencia de lo que ocurre en los países algo más avanzados), ya que los diferentes estratos contrastan más entre sí y hay una clara carencia de una zona de transición consistente, algo que puede percibirse ya desde el primer contacto con los argentinos, aun siendo Argentina uno de los países más desarrollados de América Latina.

No obstante, el problema surge a la hora de definir los criterios por los que se asignan los hablantes a una determinada clase. Los factores que más comúnmente se tienen en cuenta son la situación económica, el poder político y el prestigio social. Pero las investigaciones sociolingüísticas rara vez proceden a calcular índices complejos destinados a clasificar a los hablantes de la forma socialmente más precisa posible, ya que estos se niegan a proporcionar muchos de los datos necesarios para ello de forma honesta y sin tapujos (sobre todo en lo que respecta a los ingresos económicos y el nivel de formación). Además, cada sociedad está estratificada de forma diferente. Siguiendo el ejemplo del trabajo posterior de Labov, la orientación recomendada para la investigación en los países occidentales es principalmente por profesión, que no pocas veces refleja el nivel de estudios y los antecedentes del individuo. Nosotros aplicamos una estrategia similar en 2014 (combinando profesión y educación, véase Šmídová, 2014a: 94 y ss.) y la volvemos a adoptar también aquí:

1. La clase **baja** incluiría a las personas sin estudios o con solo estudios primarios, los desempleados, los vendedores ambulantes o las personas con trabajos irregulares e inestables.
2. La clase **media baja** englobaría a las personas con estudios de primaria a secundaria y un empleo fijo, pero cuyos ingresos solo alcanzan para cubrir las necesidades básicas y los gastos personales menores, como, por ejemplo, reparadores, técnicos de mantenimiento, amas de casa, cocineros y camareros de bares y restaurantes locales, dependientes y conductores de transporte público.
3. Los representantes de la clase **media alta** serían personas con estudios desde secundarios hasta universitarios, cuya profesión y condiciones salariales les permiten llevar una vida cómoda con posi-

bilidades de viajar y asistir a eventos culturales, pero no con regularidad, entre los que se incluirían, por ejemplo, profesores, sanitarios, pequeños empresarios y comerciantes, trabajadores administrativos, dueños o encargados de pequeños restaurantes y cafeterías.

4. En el caso de la clase social **alta**, insistimos en que sus representantes cuenten con al menos una formación secundaria o universitaria y, al mismo tiempo, posean bienes materiales. De este modo, intentamos tratar con un grupo especial de la población, que en español se conoce con el término de nuevos ricos (del francés *nouveau riche*), que son personas que han adquirido riqueza económica (normalmente de forma bastante repentina), pero que no han alcanzado un nivel de formación superior (entre estos, podrían incluirse, p. ej., algunos empresarios, políticos o personajes famosos; para más información sobre esto, véase la introspección de Basso en Šmídová, 2014a: 82). Así, atribuimos a este estrato social más alto, entre otros, a funcionarios académicos, a diplomáticos, a empresarios con estudios en economía, a expertos en informática de importantes empresas internacionales, a políticos con estudios universitarios y a secretarios.

El segundo constructo problemático es la **edad**, para la que contemplamos tres categorías (10-20, 21-40 y 41-60). En primer lugar, cabe decir que no consideramos el grupo de edad de 61 años y más, porque este grupo no se documentó en nuestro proyecto anterior, pero sobre todo porque algunas personas en edad de jubilación ya no están tan implicadas en la vida social, lo que provoca ciertos cambios en su forma de expresarse debido a una disminución de la conversación libre y un aumento de la comunicación instrumental. En la comunicación instrumental, la presencia de marcadores interaccionales se ve muy reducida, por lo que resulta difícil comparar la frecuencia de uso de unos marcadores con la de otros. Aun así, en el transcurso de la recolección de datos tuvimos la ocasión de entrevistar también a personas mayores de 60 años, por lo que presentamos la información obtenida sobre el uso que hacen de los marcadores al menos en forma de comentarios adicionales.

Por el contrario, según las hipótesis disponibles de varios autores (por ejemplo, Jørgensen, 2009, 2011, y otros, véase más abajo), el grupo etario más joven parece ser el más importante para el uso de *boludo*. Este grupo se define aquí, conforme a Labov, por una edad

mínima de diez años. En cuanto al periodo en edad de trabajar, lo dividimos en dos intervalos de 20 años (a pesar de ciertas reservas que tenemos sobre esta división), fundamentalmente para garantizar una representación equilibrada de la población y también para mantener el esquema de 2014.

En cuanto al **sexo**, hemos afirmado que no nos hemos encontrado con la realidad transgénero en ninguno de nuestros proyectos hasta el momento, por lo que aquí seguimos manteniendo la concepción tradicional binaria (femenino, masculino).

La última variable social que, sin embargo, no se incluye en la tabla es el **estilo**. Si bien su influencia en los marcadores (ya se entienda de forma responsiva o estratégica) sí se tendrá en cuenta en nuestros análisis, nos distanciamos deliberadamente de intentar operacionalizarlo aquí y basaremos preferentemente nuestras conclusiones en datos concretos.

7.5.1 Estrategia de muestreo

En relación con la estrategia de selección de participantes, debemos aclarar y reconocer críticamente que en nuestro proyecto nos servimos principalmente del muestreo por **cuotas** y del muestreo **intencional** para garantizar que se llenaran todas las casillas requeridas del esquema cuantitativo. Si había más de un candidato para una misma posición, era el sorteo lo que decidía. El mapeo de campo inicial hizo un uso especial de las técnicas de bola de nieve y de las redes sociales de algunas personas que ya conocíamos (que podían o no formar parte de la propia investigación), lo que facilitó en gran medida el establecimiento de una relación más cercana con los sujetos de la investigación, puesto que ya no éramos completos desconocidos para ellos (la persona de contacto predominante fue Rosa, véase los capítulos que siguen). No obstante, a la hora de grabar de forma anónima en bares, transportes públicos o centros comerciales, tendíamos a utilizar un componente de muestreo semialeatorio en el sentido de que aprovechábamos el momento de estar al azar en un lugar determinado a una hora determinada con personas no especificadas de antemano.

En cuanto a las redes sociales familiares, por regla general, no se incluyó a todos los miembros de la familia en la parte cuantitativa de la investigación, para prevenir que el proyecto de investigación sobre la conversación espontánea argentina se convirtiera en un proyecto

de investigación sobre el estilo familiar argentino (*family talk*); únicamente se contó con una sola familia nuclear en su conjunto (madre, padre y dos hijas) en la investigación cuantitativa. Del mismo modo, en el caso del entorno laboral, solo se incluyó en la parte cuantitativa a un número limitado de trabajadores de un mismo colectivo. En cambio, para la investigación cualitativa sí se admitieron datos registrados de otros trabajadores del mismo colectivo o de otros miembros de la misma familia. Concretamente, participaron en las tablas cuantitativas miembros de al menos ocho familias de diferentes clases sociales (sin contar a otros individuos que fueron registrados aleatoriamente), al menos seis colectivos de amigos (amigos de la universidad, amigos de la escuela primaria, colectivo futbolístico, colectivo de deportes y baile, colectivo de mecánicos de automóviles, otros colectivos de interés) y al menos cinco entornos institucionales (académico o educativo, diplomático, económico, médico y científico). A continuación, se especifican los lugares concretos.

7.5.2 Naturaleza del material lingüístico y ética

Una exigencia clave del material lingüístico recopilado fue la espontaneidad, subrayada aquí en varias ocasiones. Ciertamente, no podemos negar que, sobre todo debido a la conocida paradoja del observador, a menudo no fue fácil conseguir que los hablantes se expresaran con naturalidad en el momento de la grabación. Por ello, para minimizar los inconvenientes de la observación directa, utilizamos una combinación con otros métodos, a saber, la observación participante y la anónima (sin embargo, prevaleció la observación participante). Al triangular las técnicas de recopilación de datos, pudimos obtener así grabaciones de conversaciones informales en diversos contextos y situaciones. Mencionemos, por ejemplo, los siguientes ámbitos: I. Familia (cumpleaños, grandes reuniones familiares, velorios, mateadas), II. Amigos (cumpleaños, viajes, mateadas, fiestas, actividades deportivas), III. Espacios públicos (parques, plazas, mercados, centros comerciales, medios de transporte, paradas de autobús y tren, restaurantes, bares y cafeterías, partidos de fútbol, gimnasio, conciertos, recitales, festivales), IV. Ámbitos institucionales (universidades y colegios, embajadas, residencias, estudios contables, foros de entidades profesionales).

En cuanto a la **ética** de la grabación, se solicitó el consentimiento previo (no necesariamente por escrito) de los interlocutores que for-

maban parte de la observación directa o participante. Se les garantizó el anonimato absoluto y también se les informó sobre la naturaleza de la investigación, pero sin desvelar los aspectos concretos que se estaban investigando. Para obtener un habla lo más natural posible, se repitieron varias veces las reuniones con los hablantes seleccionados hasta alcanzar el grado de confianza deseado, sin que se les comunicara (por razones obvias) el día y el momento exactos del inicio de la grabación. La observación del habla de los menores se realizaba siempre con el consentimiento de sus padres y solía tener lugar en fiestas de cumpleaños o grandes reuniones familiares (a menudo con más de 50 participantes). También se dio la situación de que un funcionario bancario se ofreció voluntariamente a colaborar, pero finalmente tuvo que retirar su propuesta de posibilitarnos la grabación en el comedor del personal porque las normas internas no permitían el acceso de personas ajenas a los locales privados del banco.

En el caso de la observación anónima, siempre se siguió el criterio de Labov (1984: 52) de evitar la revelación y las explicaciones desagradables. Sin embargo –también en consonancia con la creencia del grupo Val.Es.Co. (2005) de que era la forma más eficaz de obtener datos auténticos sobre el habla¹¹⁹– este método se consideró legítimo y se utilizó principalmente para observar a representantes de las clases sociales más bajas, con los que la confrontación directa podía resultar complicada (no solo por motivos de seguridad), ya que la red social que habíamos construido cubría tan solo parcialmente este sector de la sociedad.

Aun así, siempre que fue posible, se intentó pedir después el consentimiento a las personas observadas en secreto. Una de las mujeres que inicialmente aceptó ser incluida en la investigación de este modo (se trataba de una mujer que se enzarzó en una discusión con su pareja durante la grabación) acabó negándose a participar. Como consecuencia, fue excluida, sustituida por otra y el material grabado fue eliminado. En cambio, el resto de los observados se mostraron dispuestos a participar en la investigación –muchos de ellos también porque se sentían orgullosos de formar parte de ella–. No obstante, recalcamos que, incluso en el caso de los hablantes grabados de forma

119 «En general, la grabación secreta, con observación participante o sin ella, ha sido la técnica más empleada en la recogida de datos, ya que constituye la forma más eficaz de obtención del español coloquial y permite soslayar inconvenientes teóricos tales como la paradoja del observador» (Val.Es.Co., 2005: 267). Esta técnica también se utilizó en la recopilación de datos para el *Corpus Val.Es.Co.* (en línea).

encubierta, se utilizaron seudónimos y nunca se desvela su verdadera identidad. En cualquier caso, la técnica de recopilación de datos dominante consistió en las observaciones participantes en grupo, de las que los interlocutores eran conscientes, aunque no del momento exacto de la grabación.

7.5.3 Datos audiovisuales y su etiquetado

Dada la triangulación de diferentes métodos y técnicas de recopilación de datos en la investigación, incluida la observación encubierta, y con el fin de preservar la privacidad y el anonimato de los hablantes, descartamos desde un principio la posibilidad de realizar grabaciones audiovisuales. Por lo tanto, los datos se registraron únicamente en formato de audio, preferentemente utilizando un teléfono celular (Samsung Galaxy Alpha, año de fabricación 2014), ya que el transcurso de la investigación anterior (2014) demostró que el teléfono celular, a diferencia del dictáfono y otros dispositivos destinados principalmente a la grabación, no suscita desconfianza en los participantes en la investigación. Al formar parte de la vida cotidiana de prácticamente todos los individuos, no actúa como distractor, ni siquiera si está colocado inmediatamente delante de la persona a la que se graba. No tiene, pues, un impacto negativo en la espontaneidad de expresión, y si no se le indica al investigado el momento exacto en que comienza la grabación, su uso elimina casi por completo que se produzca la paradoja del observador, ya que manipular el teléfono en el transcurso de una interacción interpersonal es hoy en día bastante habitual y suele pasar desapercibido por el interlocutor.

Una ventaja de los teléfonos «inteligentes» es también una mejor calidad de sonido en entornos ruidosos y más concurridos (por ejemplo, en un restaurante, en un concierto, en el transporte público). No obstante, siempre disponíamos de otro dispositivo de grabación (grabadora de voz digital Olympus VN-713PC, año de fabricación 2013 y otro teléfono móvil prestado) por si nuestro teléfono se quedaba sin batería o fallaba técnicamente.

Las grabaciones obtenidas y, en su caso, los apuntes escritos se guardaron posteriormente en dos dispositivos y se etiquetaron con la información externa sobre la fuente para facilitar su identificación posterior. Siguiendo el patrón de nuestra investigación anterior (Šmídová, 2014a), el título completo de una sola pista de audio consta de

parámetros sociológicos y técnicos e información situacional-contextual, atendiendo, entre otras cosas, a la recomendación de Tusón (2002: 147) de que la etiqueta contenga el título y el código de identificación, la fecha y el lugar de la grabación, los datos técnicos, el nombre de la persona que tomó la grabación, el género discursivo y una breve descripción de la situación. Así pues, nuestras grabaciones cuentan con la siguiente información:

1. Número original de identificación de la grabación de tres dígitos, p. ej., 013; en el caso de un registro escrito, un número de dos dígitos, p. ej., 01; para los registros del 2014, sin número de identificación;
2. Título: las dos a cuatro primeras letras del nombre o seudónimo del hablante (la primera en mayúscula, las demás en minúscula: Xa) o de varios participantes en la conversación (XaZybBenu) o del nombre del grupo o colectivo grabado (Col);
3. Fecha de la grabación: DDMMAAAA (si se realizó más de una grabación a la/s misma/s persona/s el mismo día, la fecha irá seguida de letras minúsculas: a, b, c, ...);
4. Transcripción realizada: A/ N/ P (sí/ no/ parcial), este dato se añadió posteriormente;
5. Persona que grabó la entrevista: las letras iniciales de la persona que grabó la entrevista (normalmente MS: Markéta Šmídová, para algunos datos introspectivos GL: Gabriela Leighton);
6. Método de observación / naturaleza de los datos:
 - AA: grabación anónima, sin participación del observador
 - GG: observación en grupo, participación pasiva o semiactiva
 - CD: conversación directa, participación activa del observador
 - PP: nota escrita
 - IN: introspección (solo en el caso de análisis introspectivos complementarios)
7. Contexto, situación:
 - edu: centro educativo
 - pub: espacio público
 - man: comedor, restaurante
 - tra: medio de transporte
 - hab: hogar
 - etc: otros
8. Información sobre los hablantes:
 - edad: numérica

- sexo: m/f
- clase social:
 - i. CB: clase baja
 - ii. MB: clase media baja
 - iii. MA: clase media alta
 - iv. CA: clase alta

9. Comentarios: p. ej., profesión, campo de estudio (si aplica), origen.

La etiqueta final de una pista podría tener el siguiente formato: **012-RosPilMar130915a-P.MS-GG-tra-23fffMA/A (amigos del colegio, auto/gofre, estud/lab)**, en la que las hablantes son Rosa, Pilar y Mariana, la grabación se realizó el 13 de septiembre de 2015 y es la primera grabación de dichas personas de ese día. La grabación se transcribió parcialmente y fue realizada por la investigadora del proyecto (MS, Markéta Šmídová). La observación tuvo lugar en el auto de camino a la cafetería (gofrería). Las observadas son tres mujeres de 23 años (amigas desde el colegio), pertenecientes a la clase social media alta a alta, todas estudiantes universitarias y trabajadoras al mismo tiempo.

Pero un registro así de exhaustivo es demasiado largo como para poder manipularlo fácilmente en los análisis y en la presentación de ejemplos en el análisis cualitativo, por lo que, para una mayor claridad, simplificaremos la información externa y proporcionaremos solo los datos clave, que son: el número de grabación, los seudónimos abreviados de los participantes, la fecha y el método de recopilación de datos. La etiqueta abreviada resultaría así: **012-RosPilMar130915a-GG**; en casos específicos, solo indicamos el número de referencia: **012**. Para las intervenciones de hablantes individuales, o cuando se alternen, el turno siempre se introducirá con una abreviatura de los seudónimos (Ros:, Pil:, Mar:). Las intervenciones de la persona que realiza la grabación también se indicarán con una abreviatura (normalmente Ms:). En los ejemplos, se ampliará la información contextual necesaria para comprender la situación comunicativa, a menos que tal leyenda dificulte la comprensión de la presentación de algunos ejemplos. Las normas de transcripción para convertir los datos de audio en texto se presentarán en el siguiente capítulo sobre el análisis cualitativo.

7.6 Resumen

El objeto de este capítulo ha sido presentar los datos clave de la investigación y el procedimiento que hemos seguido y seguiremos, definir la población y la muestra, seleccionar el marcador a estudiar, describir la estrategia de muestreo, la técnica de recopilación de datos, su almacenamiento y etiquetado. Hemos indicado que nos interesaremos principalmente por el marcador argentino *boludo*, cuyo análisis pretendemos basar en datos conversacionales auténticos, recolectados directamente en su entorno natural, es decir, en Argentina, y más concretamente, en la capital de Buenos Aires y el conurbano. Las personas de las que se obtuvieron los datos son hablantes nativos. El procedimiento de construcción de la muestra se basó en el muestreo por cuotas y el muestreo intencional. Un esquema estratificado según las variables sociales seleccionadas (edad, clase y sexo) constituyó la base para la construcción de la muestra, que estuvo poblada por 48 participantes, y también se fueron recopilando paralelamente datos adicionales para el análisis cualitativo. Además del análisis cualitativo y cuantitativo del *boludo*, se realizará un análisis comparativo de este marcador con el marcador *che*, que se estudió de acuerdo con parámetros comparables en 2014, ya que se discute su posible equivalencia.

8. Análisis funcional y cualitativo de *boludo*

El objetivo del análisis cualitativo del marcador *boludo* es una descripción detallada de sus funciones y propiedades desde diferentes perspectivas (teóricas), particularmente desde una perspectiva posicional y funcional, es decir, aquella que señale la flexibilidad posicional del marcador y su variabilidad funcional. Tampoco se descuidarán los aspectos pragmáticos y algunos interpretativo-sociolingüísticos, que se han debatido principalmente en los capítulos 3.5-3.9 y 4. Además, la perspectiva funcional-posicional está estrechamente relacionada con el modelo conversacional-analítico de Sacks et al. (1974), es decir, apunta paralelamente a ciertas capacidades del marcador para organizar la conversación, o para apoyar el mecanismo de toma, retención, transferencia o recuperación fluida de palabra, o a otros fenómenos relacionados con la estructuración de la conversación y que, al mismo tiempo, garantizan su coherencia.

En algunos aspectos, pueden tenerse en cuenta las clasificaciones existentes (en particular, la clasificación de los marcadores conversacionales según Martín y Portolés, 1999, aunque solo de forma marginal), pero el propósito del presente análisis cualitativo es aportar una perspectiva más bien nueva y basada en datos (recordemos, que las teorías resumidas en los capítulos 1-5 ya se contemplan aquí a raíz de nuestro conocimiento previo del material analizado, así como de nuestra experiencia de investigaciones anteriores, por lo que no se trata de una conjetura intuitiva apriorística, sino de una elección de marcos teóricos consciente y basada en datos).

En cuanto a la metodología de recopilación de datos, ya hemos dicho que incluso en las fases iniciales de la búsqueda de interlocutores para la investigación cualitativa nos basamos principalmente en rellenar las casillas del esquema cuantitativo, y a medida que disminuía el número de posiciones por ocupar, se ampliaba el espacio para la obtención de datos para análisis puramente cualitativos. En realidad, sin embargo, incluso esta fase metodológicamente amalgamada de recopilación de datos estuvo precedida en primer lugar por el mapeo de campo *in situ*, que ya ofrecía algunos datos cualitativamente

interesantes que se registraron y almacenaron, y forman parte integrante de la base material para los análisis cualitativos. Ahora bien, ni siquiera el mapeo de campo puede tomarse como el comienzo absoluto del estudio cualitativo, ya que también estuvo precedido por una especie de fase preparatoria, que se basó en los conocimientos adquiridos en investigaciones anteriores de orientación similar (*che*, 2012 y 2014). Asimismo, se consultaron las ocurrencias del marcador *boludo/a*, *boludos/as* (es decir, tales en las que dicho vocablo no era adjetival o sustantivado integrado en la oración sino sintácticamente independiente) en el *CORPES XXI* de RAE y ASALE (2012-2019) como apoyo para una prueba aproximativa de hipótesis preliminares sobre la elección adecuada del elemento estudiado, ante todo desde un punto de vista funcional.

A diferencia del estudio cuantitativo, que se basa en aproximadamente 46 horas de grabaciones (lo que equivale a casi 1 hora por persona), para el estudio cualitativo se recabaron más de 60 horas de datos de audio, y también se tomaron apuntes escritos cuando se registró el marcador en un momento en el que no había ninguna grabación en curso (un ejemplo habitual de este tipo de situaciones son los comienzos absolutos o los finales absolutos de conversaciones cuando la grabación aún no ha comenzado o ya ha finalizado, pero el marcador sí suele estar presente en ellos; Šmídová, 2014a: 88 y ss.). Inmediatamente después de finalizar cada grabación, las pistas fueron provistas de una etiqueta identificatoria en un formato similar al utilizado en nuestra investigación anterior (cf. Šmídová, 2014a: 91 y ss.; aquí véase la sección 7.5 *supra*), y una vez finalizada la fase de recopilación de datos o mientras esta aún se encontraba en curso, se transcribían los datos relevantes.

Por datos relevantes se entienden aquí aquellos segmentos del habla en los que el marcador *boludo* apareció al menos una vez, siempre dentro de unidades coherentes y lógicamente estructuradas, que, por lo general, adoptaban la forma de un enunciado en el espíritu estructuralista praguense tradicional o de un turno más extenso, es decir, un enunciado en el espíritu bajtiniano o harrisiano. En consonancia con la afirmación de Bañón (1993: 33) de que los enunciados en la interacción coloquial suelen ser más cortos (y lo mismo ocurre con los tipos de oraciones o enunciados que acompañan al marcador vocativo, por ejemplo, exhortativos o exclamativos), se fueron transcribiendo segmentos de habla más cortos en vez de conversaciones enteras. Sin embargo, por motivos de contextualización, en algunos

casos hubo que transcribir fragmentos más largos (del rango de varias intervenciones o varios turnos de hablantes alternantes), y cada fragmento (ya fuera más largo o más corto) iba siempre acompañado de información sociolingüística pertinente y de otros datos y comentarios relevantes desde el punto de vista situacional. Por supuesto, no se excluyeron de los análisis los enunciados o los turnos inacabados que contenían *boludo*, en los que el carácter incompleto se entendía en términos de delimitación negativa respecto de los requisitos estructurales impuestos a un enunciado o a un turno completos.

8.1 Sistema de transcripción

Dentro de las distintas teorías que hemos presentado en los primeros capítulos de este libro, podemos encontrar una variedad de sistemas de transcripción que siempre se ajustan a los objetivos de un tipo de investigación determinado. Existen diferentes normas de transcripción para el análisis de la conversación, en el que es esencial señalar bien los solapamientos, las continuaciones, las pausas y los silencios y otras características importantes del mecanismo conversacional, mientras que, por ejemplo, el refuerzo fónico suele quedar fuera del interés de dicho enfoque (para el sistema de transcripción del AC véase, por ejemplo, Sacks et al., 1974: 731 y ss., o Hepburn y Bolden, 2013: 57-76). Por el contrario, las reglas de transcripción del análisis discursivo-sociolingüístico (véase, por ejemplo, Schiffrin, 2014: 1989; además, Schiffrin, 1994: 422 y ss., ofrece un panorama general de tres sistemas diferentes, incluidos los de Tannen o Du Bois) dependen siempre de las cuestiones lingüísticas concretas que se plantea el investigador. Si está interesado en algunos fenómenos fonéticos, su transcripción puede seguir estrictamente las normas de transcripción fonética (por ejemplo, IPA); en cambio, cuando estudia fenómenos sintácticos, la transcripción fonética puede no ser necesaria; los análisis pragmáticos pueden transcribir fonéticamente solo fenómenos destacados (por ejemplo, aspiración, alargamientos) o renunciar por completo a la transcripción fonética en aras de la fluidez, etc. Aparte del aspecto fónico del habla, hay que decidir qué otros datos contextuales y extralingüísticos se incluirán en la transcripción, si se tendrá en cuenta la gesticulación, la proxémica, etc.

Schiffrin (2014: 189), además, señala que ya la transcripción es necesariamente un proceso interpretativo, dado que nunca somos ca-

paces de plasmar por escrito los audiodatos con total fidelidad, y en la transcripción siempre quedarán reflejadas nuestras preferencias analíticas subjetivas, que pueden manifestarse, por ejemplo, en el sistema de transcripción de las intervenciones de los distintos hablantes (o sea, en la representación gráfica de la estructura de la conversación, ya se trate, pongamos por caso, de la organización de los turnos individuales o de la fragmentación de las unidades de habla).

Lo esencial, en todo caso, es que las convenciones de transcripción deben reflejar en gran medida las especificidades de la lengua que se esté estudiando, ya que cada idioma tiene sus propias peculiaridades fónicas (segmentales, suprasegmentales), ortográficas, gestuales y de otro tipo a las que hay que prestar una atención especial. Por ejemplo, la ligadura, la contracción, el alargamiento y la aspiración son típicos del español. Por este motivo, decidimos reutilizar para nuestros análisis una versión modificada del modelo de transcripción del grupo lingüístico español Val.Es.Co. (2005, véase la Tabla 7 a continuación), que se considera el marco de referencia tradicional para transcribir la comunicación hablada en español.

A la transcripción cabe añadir que se utilizan seudónimos para los nombres propios o topónimos con el fin de preservar el anonimato de los hablantes, y que se conservan en la transcripción las palabras de origen extranjero, así como los errores (ya sean de pronunciación, gramaticales, de entonación o de otro tipo) para evitar distorsiones indeseadas del idiolecto del individuo estudiado.

Tabla 7: Sistema de transcripción de Val.Es.Co. (2005: 287 y s.; modificado, simplificado)

:	Emisión de un interlocutor.
A:	Emisión del interlocutor identificado con la letra A.
?:	Interlocutor no reconocido.
§	Sucesión inmediata, sin pausa apreciable, entre dos emisiones de distintos interlocutores.
=	Mantenimiento del turno de un participante en un solapamiento.
[Lugar donde se inicia un solapamiento o superposición.

]]	Final del habla simultánea.
-	Reinicios y autointerrupciones sin pausa.
/	Pausa corta, inferior al medio segundo.
//	Pausa entre medio segundo y un segundo.
///	Pausa de un segundo o más.
(5'')	Silencio (lapso o intervalo) de 5 segundos; se indica el n.º de segundos en las pausas de más de un segundo, cuando sea especialmente significativo.
↑	Entonación ascendente.
↓	Entonación descendente.
→	Entonación mantenida o suspendida.
PESADO	Pronunciación marcada o enfática (dos o más letras mayúsculas).
pe sa do	Pronunciación silabeada.
(())	Fragmento indescifrable.
((siempre))	Transcripción dudosa.
pa'l	Fenómenos de fonética sintáctica entre palabras, especialmente marcados.
°()°	Fragmento pronunciado con una intensidad baja o próxima al susurro.
h	Aspiración de la «s».
(RISAS)	Marca la realidad no verbal o extralingüística (gesticulaciones, gritos, etc.)
aaa	Alargamientos vocálicos.
nnn	Alargamientos consonánticos.
¿i !?	Pregunta con exclamación.
¿ ?	Pregunta.
i !	Exclamación.
<i>cursiva</i>	Estilo directo o reproducción del habla de otra persona.
índice	Sonidos menos claramente pronunciados.

8.2 Criterio posicional

Particularmente en la sección sobre los marcadores y sus propiedades (3.11.1), pudimos comprobar que los marcadores conversacionales son unidades lingüísticas que presentan un alto grado de flexibilidad posicional o distributiva (por distribución no entendemos aquí distribución de frecuencias, sino distribución posicional en diferentes lugares o ranuras de la conversación). Y, como en el caso de *che* (Šmídová, 2012a, 2012b, 2014a, 2014b), el marcador *boludo* también puede encontrarse tanto en la posición inicial como en la intermedia y final. Sin embargo, esta distribución no es tan sencilla –como ya se expuso en la sección sobre los vocativos (3.11.3)–, pues dada la frecuente distinción imprecisa de las unidades de habla, es necesario recurrir a posiciones absolutas y relativas y, en ocasiones, contar con un modelo posicional más complejo, que incluye un total de siete posiciones lineales y dos estructurales: 1. marginal inicial, 2. posmarginal, 3. precentral, 4. central, 5. poscentral, 6. premarginal, 7. marginal final; 8. axial; 9. marcador independiente (libre, autónomo).

Ahora bien, esta diversidad posicional da lugar a frecuentes neutralizaciones dentro de las breves unidades de habla que son típicas de la interacción cara a cara (fusión de las posiciones posmarginal y precentral, fusión de las posiciones posmarginal o premarginal y final, etc.), lo que finalmente nos obliga a volver a simplificar el sistema posicional en posiciones inicial, interna y final, un marcador independiente y posiblemente un marcador axial (que sirve de eje entre dos unidades de habla iterativas y/o semánticamente idénticas).

Pero esto replantea la cuestión de una definición unívoca de la unidad de referencia con la que se relacionan los marcadores. En realidad, también aquí pueden producirse neutralizaciones y fusionarse posiciones dependiendo de si –en cuanto a la unidad de referencia– se está trabajando con un enunciado (y en qué concepción: si en la concepción estructuralista praguense, cf. Hausenblas, 1971/2, o en la concepción de Harris, 1951, o Bajtín, [1979] 1982), un turno, una unidad de construcción de turno, una secuencia, un acto de habla, una conversación entera, etc. La controversia queda ilustrada, por ejemplo, por los siguientes casos auténticos de nuestro corpus (2015).

La primera situación, y la más común, es el dilema entre turno y enunciado, en el que es relativamente fácil reconocer los límites de un turno como el periodo en el que no suele hablar más de un hablante, es decir, de la intervención de un solo hablante, mientras que sobre

los límites de un enunciado se puede especular. Por lo tanto, la determinación de la posición del marcador, que aquí entendemos como un modificador contextual (véase la sección 7.4.1), puede variar:

(7) 019-ManuNahRos180915a-GG, nota: Nah (Nahuel, M, 25, c. media alta); interacción entre amigos mientras van en auto a cenar a un restaurante

Nah (21:18, 21:19): Bueno/ **boludo**↓/ es así/ **boludo**→ (RISAS)

En el ejemplo 7, vemos que una única intervención del hablante, o sea, un turno, contiene un total de dos marcadores *boludo*. Desde esta perspectiva, el primer *boludo* es interno y el segundo es final. Si queremos precisar, es probable que el primer *boludo* sea posmarginal, ya que está lógicamente ligado al segmento que lo precede, lo que también está señalado por una cadencia entonativa. Sin embargo, si nos atenemos a un análisis posicional del marcador con respecto al enunciado como unidad de referencia, podemos discutir sobre si el turno está formado por un único enunciado dividido en dos actos o por dos enunciados separados. Si la base del enunciado estuviera formada por el mensaje *Bueno es así*, el análisis posicional dentro del enunciado sería idéntico al análisis posicional dentro del turno. En cambio, si entendemos *Bueno, boludo* como una unidad lógica y *es así, boludo* como una segunda unidad lógica, podemos hablar de una posición final en ambos casos. Pero dado que el hablante, que es Nahuel, no separa las partes con una pausa especial y que todo el segmento lo pronuncia en un solo segundo, podemos suponer que *Bueno, boludo, es así, boludo* representa para él un solo enunciado, o más bien la única unidad de enunciación con sentido pleno, que puede subdividirse, a su vez, en unidades de construcción más pequeñas. Aquí, por tanto, entendemos que este ejemplo implica que el enunciado coincide en límites con el turno, por lo que el primer *boludo* se considerará interno y el segundo final.

Es probable, sin embargo, que algunos otros investigadores disientan de nuestro juicio y decidan lo contrario, lo que puede dar lugar a incoherencias y desacuerdos analíticos. Por eso, a la hora de evaluar la importancia de las posiciones ocupadas por el marcador objeto de estudio, habrá que adoptar una postura más bien aproximativa, sobre todo si el nivel de su significación se evalúa también cuantitativamente (cf. la sección 10.3.2). Además, la relatividad posicional es aún más

problemática para estos dos casos de *boludo* si solo tomamos *es así* como el enunciado nuclear, para el que incluso el propio *bueno* es solo un marcador-modificador, pero que, de nuevo, hace del primer *boludo* una ocurrencia posmarginal interna y del segundo una ocurrencia final, lo que es coherente con nuestra conclusión anterior.

Para contextualizar el ejemplo, cabe señalar que el trasfondo situacional está constituido por un esfuerzo del hablante de pronunciar la palabra checa «řeřicha» (berro, mastuerzo), o el fonema /ř/, pronunciado como [r] a instancias de la investigadora, cuando –tras varios intentos– el hablante se dirige a su interlocutor (Manu: Manuel, 29 años, clase alta) para hacerle notar lo bien que ha conseguido pronunciarlo. Además, *bueno* aquí no es un marcador contraargumentativo sino una especie de «mirá» ostentativo en el sentido de *mirá, boludo, es así, boludo*. Toda la situación va acompañada de risas por parte de todos los implicados.

Ejemplos algo menos controvertidos, pero tampoco del todo claros en lo que se refiere al posicionamiento problemático respecto del enunciado y del turno, son los siguientes casos:

- (8) 010-BeaArmNahRos120915-GG, nota: Arm (Armando, M, 27, c. media alta), Nah (véase *supra*); charla sobre la banda de Nahuel

Arm (31:46): ¿Ustedes de dónde son/ **boludo**/ como banda?

Nah (31:50): Yy del Norte en realidad/ de Zona Noortee/ boludo

El ejemplo 8 es la intervención entera de un hablante (Armando), a través de la cual le pregunta a su interlocutor (Nahuel) de dónde son él y su banda, y que, al igual que el fragmento del ejemplo anterior, podría descomponerse en dos partes: la primera parte podría considerarse un enunciado autónomo, al que también se adjunta el marcador *boludo*, mientras que la segunda parte podría considerarse un apéndice, mediante el cual el hablante especifica su enunciado anterior para evitar malentendidos (por ejemplo, para que el destinatario no suponga que el hablante está preguntando por su procedencia personal o la de su familia). En una situación así entendida, pues, podría pensarse en la posición final del *boludo*. Una segunda posibilidad es que todo el turno se considere como una única unidad de enunciación, en la que la ocurrencia del marcador se identifique como una posición interna (ya sea posmarginal, central o de otro tipo) y funcione como un recurso fático o de contacto y una expresión de solidaridad (sobre esto, véa-

se más información en las secciones 8.4 y 8.5), pero que, además, servirá para enfatizar la parte del enunciado que más le interesa saber al autor de la pregunta (*de dónde son*, véase también la sección 8.3), es decir, actuará como recurso ostensivo para que el componente clave de la pregunta no pase desapercibido y sea respondido. Una vez más, nos inclinamos por esta segunda opción, es decir, que la intervención de Armando puede entenderse como una única unidad de enunciación con sentido pleno, siendo la ocurrencia del marcador *boludo* interna. El segundo *boludo* pronunciado por Nahuel queda por el momento al margen de nuestra atención y volveremos sobre él en la sección 8.2.2. Un caso muy similar al 8 es el del ejemplo 9:

(9) 012-RosPilMar130915a-GG, nota: Pil (Pilar, F, 23, c. alta), Ros (Rosa, F, 23, c. media alta), Mar (Mariana, F, 23, c. media alta); depilación

Pil: Entonces lo^h do^h mil y pico que pensaba-^t ahoRRar

Ros: Sí§

Mar: §Ya [fue///] [¿para la depilación?

Pil (6:40): Ya] fue/ **boluda**/ para la] depilación

El ejemplo va precedido de una situación en la que Pilar se queja a sus amigas de que ya ha invertido el dinero que había ahorrado para sus vacaciones juntas (en la República Dominicana) en depilarse. Por lo tanto, el marcador *boluda* vuelve a enfatizar la parte más importante o relevante del enunciado para la hablante, *Ya fue*, es decir, que «el dinero ya se fue», siendo el marcador seguido, en realidad, por el tema conocido del enunciado, a saber, que el dinero se gastó en *depilarse* (así, el marcador *boluda* es capaz de separar el rema del enunciado o su parte más informativa o relevante para la hablante del tema conocido del enunciado). De hecho, la unidad de enunciación en cuestión podría haberse expresado de otras formas, como *Ya fue para la depilación*, *boluda*, pero en este caso se perdería el énfasis en la información que Pilar consideraba la más importante (véase también la sección 8.3 para más información sobre la relevancia). Así, aunque a primera vista pueda parecer que el turno se compone de dos enunciados, en los que *boluda* tiene una posición final respecto del primer enunciado, mientras que el segundo no está indexado de ninguna manera, la realidad es que volvemos a inclinarnos a creer que el turno se compone de una única unidad de enunciación, entre cuyas partes se

ha insertado deliberadamente un marcador como modificador en una posición interna (ya sea en función de estímulo ostensivo, de pista para la interpretación como clave contextualizadora, o como expresión de contacto íntimo).

Más información sobre la estructuración de las unidades conversacionales la proporciona, en particular, el ejemplo 10, en el que los límites del enunciado (nos ceñiremos aquí al enunciado entendido de forma estructuralista y no bajtiniana) claramente no coincidirán con los límites del turno en su totalidad:

(10) 012-RosPilMar130915a-GG, nota: Pil (véase *supra*);
depilación (pelos)

Pil (12:10): Me salen repara↑dos **boluda** como si me hubiera afeita↑do// digo al pedo me- sufro tanto/ le paso la maquinita y es lo mismo/ claro

La división lógica mínima que debe hacerse es 1. *me salen reparados, boluda, como si me hubiera afeitado*, y 2. *digo al pedo sufro tanto, le paso la maquinita y es lo mismo, claro*, pero sobre todo el segundo conjunto puede fragmentarse aún más. Ahora bien, a nosotros de momento nos interesará más el primer fragmento del turno, que de nuevo puede entenderse como compuesto por dos enunciados, estando el marcador *boluda* ligado al primer enunciado, mientras que el segundo enunciado no está modificado por ningún marcador. Pero incluso en este caso sí puede hacerse una transposición modificando el fragmento de la siguiente manera *Me salen reparados como si me hubiera afeitado, boluda*, lo que indica que también este fragmento puede considerarse la única unidad de enunciación acabada y con sentido pleno desde el punto de vista de la hablante, a través de la que la misma Pilar nos dice que los pelos le crecen parados como si se hubiera afeitado, utilizando el marcador en posición interna como una línea divisoria y un recurso ostensivo para enfatizar qué parte del enunciado es la más digna de atención. De lo contrario, habría colocado el marcador al final del enunciado.

Por añadidura, el que se trata de un único enunciado queda demostrado por el hecho de que *boluda* no está separado por una pausa o entonación especial, se pronuncia en continuidad inmediata con ambas partes del enunciado y, además, el conjunto se pronuncia en menos de un segundo, en tanto que la segunda parte del turno (*digo...*)

está separada de este primer enunciado por entonación y una pausa apreciable.

Así, la unidad de referencia clave para nuestro análisis será el enunciado *con sentido* desde la perspectiva de la actitud del hablante, aunque siempre se presentará en el contexto del turno, coincida o no con él en su extensión. El marcador *boludo* se entenderá entonces generalmente como un modificador cuya posición se relacionará específicamente con una unidad de enunciación lógica. Un caso especial es el de *Boludo* independiente, que forma un enunciado no oracional autónomo –sin embargo, este tipo de ocurrencia es raro para este marcador (a diferencia de otros marcadores como *viste*, *dale*, e incluso *che*) y solo pudimos documentarlo una vez, siendo más probable que se tratara de un enunciado inacabado–.

En todos los ejemplos anteriores, puede observarse que el marcador *boludo* se refiere lógicamente a la parte anterior del enunciado y no tanto al segundo segmento. Esto ya puede indicar que tenderá a ocupar preferiblemente las posiciones medias (internas) y finales más que las iniciales. Una situación específica es la del siguiente caso, en el que *boludo* funciona como pivote, o sea, como puente entre un segmento y otro:

(11) 010-BeaArmNahRos120915-GG, nota: Nah (véase *supra*);
ofrecimiento de llevar a Armando a casa

Nah (35:38): Si yo te alcanzo a casa/ **boludo**/ avisá- cuando
diigas

En el ejemplo 11, en el que Nahuel le dice a Armando que lo llevará a casa cuando quiera, se observa que, por un lado, *boludo* está vinculado al primer segmento principalmente como recurso de contacto en posición final, pero, por otro lado, también puede considerarse hasta cierto punto como recurso de contacto en posición inicial respecto del segundo segmento: 1. *Si yo te alcanzo a casa, boludo*, y 2. *Boludo, avisá cuando digas*. Si bien el marcador *boludo* en posición inicial no es muy frecuente debido a su carácter peyorativo dado etimológicamente y, al mismo tiempo, a su naturaleza categorial de vocativo nominal (a diferencia, por ejemplo, del marcador interjectivo *che*, véase las secciones 10.2.1-10.2.2 para más información al respecto), veremos a continuación que su uso como vocativo de tratamiento amistoso en posición inicial es posible en determinadas circunstancias (véase también el ejem-

plo 12). Así, en el caso del ejemplo 11, podemos concluir que *boludo* puede formar una especie de puente entre dos segmentos de enunciación, aunque a primera vista tenga una mayor vinculación pragmática con el primero que con el segundo. En este caso, además, más bien se tratará de una sucesión de dos enunciados (mediante el primero Nahuel le ofrece a Armando llevarlo a casa, en tanto que con el segundo le anima a que luego le avise), lo que refuerza aún más la función de *boludo* como pivote, ya que aquí no sirve para enfatizar (o rematizar) ningún dato en particular, sino como transición suave de un enunciado al otro, o como recurso para retener la palabra de modo que Nahuel tenga tiempo de complementar la propuesta con un incentivo.

Otro caso especial de posición polémica del marcador es la relación entre turno y par adyacente, que se registra en el ejemplo 12:

- (12) 027-CriColCum260915c-GG, nota: Marc (Marcelo, M, 24, c. alta), Ros (véase *supra*), Cri (Cristal, F, 19, c. media alta), Ail (Ailín, F, 20, c. alta); en una fiesta de cumpleaños, charla con amigos sobre los familiares de Rosa en Italia

Marc: ((Parecs)) italiana

Ros (03:20): **Bolu**↑**do**↓/ me re^hpondieron mi^hfamiliare^h italiano^h (ENTUSIASMO, RUIDOS)

Cri: Te corté salsa acá (CONVERSACIÓN DEL FONDO)

Ail: ¿Vo^h tenías familiares en Italia↑?

Ros (03:25): **Boluda**/ ¿no te conté?/ mirá/ que yo (()-

La situación que se desarrolla en el trasfondo es la siguiente: Marcelo comenta que Rosa parece italiana, y ella recuerda de repente por asociación que sus familiares italianos (a los que conoció en persona en un reciente viaje a Europa) le respondieron (en Facebook). Como esto es emocionalmente importante para ella, siente la necesidad de comentarlo. Su comentario lo introduce con el marcador reactivo *Boludo*, a través del cual también cambia de tema hacia sus familiares italianos. A su amiga Ailín le sorprende que Rosa tenga parientes en Italia y por eso le pregunta por una confirmación. Rosa vuelve a comenzar su respuesta con un *Boluda* de contacto reactivo, que también le permite tomar la palabra con más facilidad, y el tema luego sigue desarrollándose.

Desde la perspectiva posicional, observamos que particularmente el segundo *Boluda* en orden citado (03:25) es, por un lado, una ocu-

rrencia inicial con respecto al turno o a la segunda parte del par adyacente, pero que a su vez no es una posición inicial absoluta, dado que hace referencia a lo que preguntó la hablante anterior (Ailín). Sin embargo, incluso en el caso del primer *Boludo* (03:20), se trata de una conexión con el turno inmediatamente anterior, aunque en este caso no se trata de un par adyacente tradicional de pregunta-respuesta, sino más bien de una constatación de un hecho y una reacción asociativa. De todas formas, ambos casos muestran que el marcador *boludo* en posición inicial no pocas veces constituirá una reacción a algo que se haya dicho en la intervención anterior, o se deberá a circunstancias de fondo, lo que significa que, desde cierta perspectiva, ocupa más bien una posición media relativa o de puente. (En este ejemplo, también es evidente el efecto de los marcadores en el mecanismo conversacional y en la fluidez de la interacción, pero hablaremos más de ello en la sección 8.2.2.)

Gracias a los ejemplos anteriores, hemos tenido la oportunidad de comprobar lo problemático que resulta determinar la unidad de referencia a la que se vinculan los marcadores y la posición que ocupan en relación con ella. También podríamos afirmar que a veces los marcadores conversacionales en general, y el marcador *boludo* en particular, se ligan a diferentes unidades de referencia (a un acto, a un enunciado o una parte de él, a un turno entero, a la primera parte de un par adyacente y simultáneamente a la segunda, a dos enunciados a la vez, etc.), e incluso podríamos argumentar que precisamente son los marcadores los que delimitan, definen o acotan estas unidades. Esto se acerca mucho a la postura de Schiffrin (1987), que considera los marcadores como expresiones que supuestamente *ponen entre paréntesis* las unidades de habla (pero ya hemos hablado de ello en los capítulos teóricos, por ejemplo, en 3.9.5, 3.11).

Con el criterio posicional, por tanto, debemos tener en cuenta que los límites que reconoce un investigador pueden no coincidir siempre con los que identificaría otro. Por consiguiente, las cuestiones relativas a la mayor o menor frecuencia de determinadas posiciones deben relativizarse en gran medida y tomarse más bien como indicativas, aunque, por otro lado, ciertamente no deben ignorarse, ya que las posiciones más frecuentemente ocupadas por un marcador también pueden indicar las funciones que este tiene más probabilidades de desempeñar.

En este punto, a pesar de los problemas señalados, presentaremos algunos ejemplos del marcador *boludo* en las distintas posicio-

nes. Para ello, intentaremos basarnos en el sistema de 7+2 posiciones de Bañón (1993, véase *supra* y también la sección 3.11.3).

8.2.1 Posiciones

1. Empezando por la posición **inicial**, no podemos decir (a diferencia del marcador *che*, véase la sección 10.3.2) que sea típica del marcador *boludo*, por más que se trate de una posición documentada. Hay que advertir, sin embargo, que dado el origen peyorativo de la palabra *boludo* (véase la sección 7.4.1), por mucho que se haya desemantizado y gramaticalizado en un marcador o eufemizado como recurso de solidaridad entre amigos, no es muy bienvenido en la fase preparatoria de una conversación en la que el hablante intenta atraer la atención de un posible interlocutor, puesto que esta posición tiende a favorecer expresiones más neutras e interjectivas (véase la superestructura de la conversación de van Dijk, aquí en la sección 3.7).

En consecuencia, la posición inicial en el caso del marcador *boludo* no suele ser de contacto puramente atencional de llamar la atención de entrada, sino más bien en el sentido de dirigirse al oyente en el momento en que el hablante ya se haya ganado su atención con otros recursos. Con esta forma de dirigirse a alguien, el hablante indica también la relación social entre los interlocutores. Ahora bien, para señalar esta relación y para mantener el contacto con el oyente resultan más aptas las posiciones media y final. Así pues, por las razones antes mencionadas, la posición inicial del marcador *boludo* será más bien escasa. Y casi nula si se habla de una posición inicial absoluta (o sea, nada más iniciarse la conversación) y no relativa al enunciado siguiente. Pero este rasgo resulta útil evaluarlo contrastivamente, con respecto a algún otro marcador, lo que será una de las tareas del análisis comparativo (sección 10.2.2).

No es de sorprender, pues, que no haya muchos ejemplos de *Boludo/a* inicial. De los pocos que se pudieron documentar, algunos ya los hemos visto anteriormente (cf. el ejemplo 12). Los siguientes son otros ejemplos de este tipo:

- (13) 038-BeaRosPabNorm081015-GG, nota: Bea (Beata, F, 20, c. media alta), Ros, Pab (véase *supra*); conversación familiar viendo la televisión

Bea (51:43): **Bolu↑da↓**/ a Lalo todavía no le creció el pelo desde que lo operaron/ viste↑

Ros: §Sí

Pab: §Sí que le creció (VOZ BAJA)

Bea: Nooo/ lo tiene recorto

En el ejemplo 13, Beata, Pablo y Rosa, como miembros de una familia, están viendo juntos la televisión mientras mantienen una conversación. Un conocido músico argentino, «Lalo», que se ha sometido a una operación, aparece en el programa de televisión. Beata se sorprende de que aún no le haya vuelto a crecer el pelo tras una operación y siente la necesidad de comentarlo. Al igual que en el ejemplo 12, Beata utiliza *Boluda* para introducir su comentario como una expresión reactiva, que simultáneamente funciona como recurso de contacto con el que se dirige a su hermana Rosa (no a su padre Pablo). Además, el *Boluda* inicial se utiliza en una interacción que ya está en curso y, por lo tanto, no se trata de una posición inicial absoluta, como así lo testimonia el tiempo de ocurrencia del marcador.

Otro *Boludo* inicial reactivo de esta índole lo representa el ejemplo 14, en el que, de nuevo, Rosa, mientras miraba fotografías de su pasantía en España, utilizó un *Boludo* para indicar su asombro ante el hecho de que solo fuera marzo y ya hiciera calor en la escena de la fotografía. Este *Boludo* también iba dirigido como expresión amistosa al amigo de Rosa, Armando:

(14) 046-ArmMarcRosCris121015-GG; Ros (véase *supra*);
mostrando fotografías de una pasantía en España a unos
amigos

Ros (2:34:43): **Bolu↑do**/ eso era pleno -MAR↑zo y ya hacía calor

El último *Boluda* inicial que nos gustaría comentar es el ejemplo 15, en el que Ailín bromea con su amiga Melanie para que deje de pintarse los labios. Melanie luego responde a la burla utilizando un marcador *Boluda* como forma de esgrima y también como expresión de contacto, por medio de la cual le muestra a Ailín su relación amistosa. Al final, Melanie ni siquiera termina su defensa y ambas se sueltan a reír:

(15) 028-CriColCum270915-GG, nota: Ail (véase *supra*), Mel
(Melanie, F, 25, c. alta); amigas bromeando

Ail: Melanie/ dejá de pintarte los labios (VOZ ALTA)

Mel (19:00): **Boluda**/ me poongo- (RISAS, QUEJA)

En resumen, en el caso del *Boludo/a* inicial, rara vez documentaremos su aparición al principio mismo de una conversación. Algo más común será en la posición inicial relativa a un enunciado o un turno inminentes, donde no pocas veces desempeñará un papel reactivo, es decir, su propósito será responder a una situación que ha tenido lugar en segundo plano; al comienzo de la segunda parte del par adyacente, a su vez, introducirá la respuesta a la pregunta anterior, etc. Este tipo de *boludo* será también un recurso de contacto, o una expresión de solidaridad, amistad y, en general, una señal de la relación social que hay entre los interlocutores. Un *Boludo* puramente atencional, con el que el hablante buscaría atraer en un primer instante la atención del interlocutor deseado, será más bien una excepción, aunque solo sea por el significado originario de la palabra *boludo* (para contrastar, tampoco en checo gritaríamos repentinamente ¡*Vole!* a un oyente potencial, a menos que se den unas condiciones situacionales y/o contextuales especiales para ello).

2. La posición **posmarginal** sigue inmediatamente a la ranura inicial, es una de las posiciones internas y, a diferencia de la anterior, es una de las más frecuentemente ocupadas por el marcador *boludo*. Por regla general, se define como un *boludo* que sigue a un enunciado muy corto o a parte de un enunciado, localizándose normalmente inmediatamente después de algunas expresiones reactivas a la situación, tales como partículas de respuesta (*Sí, No*), partículas modales (*Claro, Obvio*), adverbios o marcadores adverbiales (*Bien, Muy bien*), interjecciones (*Ah, Ay, Uh, Ou*) u otros marcadores conversacionales (*Che, Dale, Viste, Dejá, Mirá, Bueno*). Esta posición es muy propia de *boludo* también porque ya no le impone tantas exigencias contextuales para que su uso sea aceptable como la posición inicial. En el caso de la posición posmarginal, el enunciado va introducido por otra expresión, normalmente más neutra, y solo después aparece el marcador *boludo* en sí.

La combinación de dos elementos interaccionales dispuestos en tal sucesión suele añadir un énfasis o una carga expresiva especiales a un enunciado o a una parte de este, por lo que *boludo* puede funcionar como rematizador o estímulo ostensivo. En caso de coocurrencia con partículas de respuesta o modales, puede entenderse asimismo como un recurso atenuador o intensificador de la actitud expresada

en el enunciado, donde este uso puede verse como una estrategia de cortesía para garantizar que las actitudes de los interlocutores no se transmitan o reciban de forma demasiado categórica. Al igual que la gran mayoría de los demás *boludo* internos, en la posición posmarginal este marcador, paralelamente a las funciones anteriores, sirve también como medio para mantener el contacto con el interlocutor y como una señal de su mutua relación interpersonal.

Ahora bien, el principal problema de la posición posmarginal radica en que muchos de los casos (aunque no todos) pueden concebirse también como posiciones finales relativas (véase el ejemplo 16 a continuación), por lo que no debería trazarse una frontera impermeable entre la posición interna y la final para el marcador *boludo*, ya que la decisión definitiva es muy sensible a la postura individual de la persona que analiza ese segmento del habla. Esto también debe tenerse en cuenta en los análisis cuantitativos que estén interesados en la frecuencia de los marcadores dentro de cada posición.

(16) 023-IvoPab260915-GG, nota: Ivo (Ivo, M, 55, c. baja); debate sobre el fútbol

Ivo (20:05): Noo/ **boludo**/ no voy porque no me llama la selección/ no me llama

El ejemplo 16 muestra que la posición posmarginal y final pueden neutralizarse fácilmente dependiendo de qué signo de puntuación figurado consideremos que es el marcador *boludo*. Si dividimos la parte inicial del turno en 1. *Noo* y 2. *No voy porque no me llama la selección*, o sea, el marcador *boludo* constituirá un *punto* imaginario, estaremos hablando de su posición final con respecto al primer enunciado –que es la negativa de Ivo, o más bien su falta de voluntad para ir a ver el entrenamiento de la selección nacional de fútbol–. El segundo enunciado es entonces una reiteración y la justificación de esta postura: Ivo no irá a verlo porque la selección nacional no le atrae en absoluto. Sin embargo, una alternativa es que *boludo* sea una *coma* imaginaria en el fragmento *Noo, no voy porque no me llama la selección*, y como tal ocuparía una posición posmarginal.

Desde un punto de vista funcional, no obstante, la diferencia entre estas posibilidades es insignificante, porque el significado pragmático actual del marcador casi no se ve alterado por ello –*boludo* seguirá funcionando como un elemento divisor, un elemento que en-

fatiza la postura negativa expresada por la negación *Noo*, un recurso de contacto con el destinatario del mensaje, etc.–. De este modo, podemos afirmar que la posición posmarginal del marcador o bien se reduce a la posición final si al marcador no le sigue ninguna otra parte del enunciado –el marcador se convierte así en una especie de apéndice fático, enfatizador o mitigador–, o bien se mantiene si, por el contrario, el enunciado tiene algún añadido o si al marcador le sigue otro enunciado que esté relacionado de algún modo con el enunciado que le precede al marcador. En muchos casos, también se produce una neutralización con la posición central si el segmento que le sigue al marcador es equiparable al segmento que le precede. Observemos los siguientes ejemplos:¹²⁰

- (17) a. 016 (39:30): Ay/ **boluda**/ mal ahí (DISGUSTO)
 b. 028 (20:25): Aaay↑/ **boluuu↑d((o))↓** (DISGUSTO, QUEJA)
- (18) a. 012 (07:23): Sí/ **boluda**/ me mata
 b. 014 (00:37), 053 (29:55): Sí/ **boluda**
- (19) a. 041 (1:44:41): Noo/ **boludo**/ no puede
 b. 014 (02:51), etc.: Noo/ **boluda**
- (20) a. 032 (35:09): Dale/ **boludo**/ mejor
 b. 004 (13:07), 024 (24:02) aj.: Daale/ **boludo**
- (21) a. 025 (30:08): Che/ **boluda**/ ¿podemos quedarnos estos esmaltes en serio?
 b. 041 (1:23:30): Che/ **boludo**

De los ejemplos anteriores se desprende una vez más que no siempre es fácil distinguir en qué posición estará el marcador *boludo* (posmarginal, central, final), pero, por otra parte, comparado con el significativo contraste con la posición inicial, esto no parece ser funcionalmente esencial, porque tanto si el marcador así localizado va seguido de otro enunciado o una parte de este, como si no, el papel pragmático y social no cambia: en el ejemplo 17, *boludo/a* acompaña a la interjección expresiva *Ay*, con la que el hablante indica que se ha

120 En aras de una comparación más clara, acortamos a propósito la etiqueta tan solo al número de identificación de la grabación y al tiempo de ocurrencia del marcador, eliminando la información sociolingüística.

visto desagradablemente sorprendido o sobresaltado por algo, hecho que el marcador *boludo* refuerza; en los ejemplos 18-20, la actitud del hablante también se ve reforzada o, por el contrario, atenuada por el marcador; en el ejemplo 21, *boludo* va unido al marcador atencional *Che*, tratando de garantizarle que la petición de atención no pase desapercibida, etc. En todos los ejemplos, además, se señala un contacto y una relación amistosa o íntima con el interlocutor (*boludo* es una expresión de solidaridad).

3. La localización posmarginal no está lejos de la ranura **precentral**. Esta última, no obstante, tiende a neutralizarse debido a la limitada extensión de las unidades de habla típicas de la interacción informal. Así, no encontramos ningún caso de *boludo* en nuestros datos que estuviera lo suficientemente lejos del borde izquierdo del enunciado pero que al mismo tiempo precediera a la propia posición central, aunque no podemos excluir que pueda darse un caso así. Y del mismo modo, tampoco pudimos detectar una posición invertida desde el borde derecho, es decir, ni siquiera la posición **poscentral**, ya que quedaba neutralizada por las posiciones contiguas. Aun así, podemos suponer que –al igual que las demás posiciones de *boludo* interno– estas dos representarían estrategias tensivas, sirviendo el marcador en ellas para controlar el contacto con el destinatario o como continuador para mantener la palabra.

4. Y tampoco la posición (inter)media o **central** interna se encuentra entre las más dominantes, aunque sí documentamos algunos casos. Ahora bien, hay que tener en cuenta que la posición central debe definirse de forma que el marcador se inserte entre dos unidades de habla comparables. Por lo tanto, no es infrecuente que se trate de un pivote. Sin embargo, según Bañón (1993), la posición central debe distinguirse de la posición **axial**, la cual viene determinada por la iteratividad estructural-semántica de unidades (casi) idénticas o sinónimas en cuanto al contenido, una estrategia comunicativa a la que se le presupone un efecto retórico particular. Dentro de ella, el marcador constituye una especie de eje o espejo. Así pues, primero veremos algunos ejemplos de la posición central estándar entendida linealmente, y después nos centraremos en el *boludo* axial, ya que también lo vamos a captarlo.

Por lo que respecta a la posición central, debemos recordar, como ya hemos señalado, que algunos de los casos mencionados anteriormente, como el ejemplo 20a, también pueden entenderse como centrales, ya que *Dale mejor* pueden considerarse claramente como uni-

dades de habla comparables en cuanto a su extensión y composición. Por otra parte, los casos siguientes, que ya se refieren a enunciados más largos, asimismo pueden considerarse marcadores en posición central:

(22) 012-RosPilMar130915a-GG, nota: Ros (véase *supra*);
bromeando sobre los bolivianos

Ros (20:10): DOS BOLIVIANOS/ **boluda**/ y no se daban vuelta
(RISA)

El ejemplo 22 va precedido de una situación en la que las amigas bromean sobre los bolivianos, a los que se atribuye una posición bastante desfavorecida en Argentina (el término *boliviano*, utilizado de forma indecente, puede suponer un insulto en Argentina). Las amigas recuerdan cómo, cuando eran adolescentes, el padre de una de ellas solía tocar la bocina a los chicos que pasaban mientras iban en auto, y una vez se la tocó a dos (supuestos) bolivianos. A continuación, Rosa puntualiza riéndose que, por más que se trataba de dos bolivianos, estos ni siquiera se dieron la vuelta. El marcador *boluda* se utilizó así claramente para enfatizar la indicación *DOS BOLIVIANOS*, información que Rosa consideraba la más digna de atención en ese momento. Este caso es, pues, muy similar a la situación que ya hemos visto en el ejemplo 9, e indica que la posición central para el marcador *boludo* no pocas veces cumplirá esta función rematizadora o de relevancia (más sobre ello en la sección 8.3). Además de esto, reconocemos en este ejemplo una función omnipresente que es la de contacto, en la que *boluda* es un recurso para mantener la palabra, así como el contacto con la oyente, al igual que constituye un manifiesto de una estrecha relación entre las amigas.

El siguiente ejemplo 23 contiene dos marcadores *boluda*, de los que ahora nos interesará especialmente el segundo (06:03). Cristal está comiendo galletas, que le gustan mucho, pero no quiere seguir comiéndolas porque dice que *está engordando*. Rosa tranquiliza a su amiga diciéndole que no está gorda, así que puede seguir comiendo (aunque la afirmación queda inconclusa). El marcador *boluda* lo utiliza, pues, para expresarle apoyo a su amiga con el fin de tranquilizarla, pero, al mismo tiempo, con su tono de voz, le hace saber que está exagerando, o sea, la está reprendiendo cariñosamente. Pero lo significativo es que también en este caso el marcador en posición central

se emplee principalmente para enfatizar lo que se dice al principio, mientras que el segmento que le sigue al marcador ya no tiene un peso informativo especial (y, en consecuencia, pudo dejarse inacabado sin que se corriera el riesgo de que se malinterpretara la intención de la hablante). Esto también sugiere que es más probable que este marcador *boluda* no sea una expresión pivote.

(23) 043-CriRos111015, nota: Cri, Ros (véase *supra*); aumento de peso

Cri (05:59): Noo/ boluda/ no como más/ porque estoy engordando

Ros (06:03): No estás gorda/ **boluda**/ así que-

Por el contrario, el ejemplo 24, en el que Rosa está molesta por el hecho de que el mate se esté pasando a otra persona que no es ella para cebarlo, puede considerarse un pivote entre dos enunciados comparables, dado que el marcador *boludo* puede relacionarse tanto con el primer enunciado (como su modificador final) como con el segundo (como su modificador inicial), es decir, puede funcionar como puente y como estrategia para mantener la palabra (véase también la sección 8.3 para más detalles sobre este ejemplo):

(24) 046-ArmMarcRosCris121015-GG, nota: Ros (véase *supra*); tomando mate

Ros (1:40:52): Dejá de pasar el mate a Cristal/ **boludo**/ estoy cebando yo

En el ejemplo 25 también se muestra un caso comparable del comportamiento del marcador *boludo*. El contexto consiste en el comentario de Nahuel de que el transporte público europeo es a menudo peor que el de Buenos Aires, y lo compara con la situación en un barrio porteño humilde y temido (aquí bajo el seudónimo de *Trece*). El marcador *boludo* que emplea funciona entonces de nuevo como puente entre la izquierda y la derecha, pero esta vez hasta podemos pensar en una especie de transición a la posición axial, de la que hablaremos a continuación, ya que se trata, de hecho, de una construcción recursiva y en parte sinónima, en la que se repite la primera parte de la oración (sujeto, predicado) *esto es* + la localidad percibida negativamente. Tal

expresión añade un tono irónico y dramático al mensaje, lo que el marcador *boludo* incluso realza.

(25) 010-BeaArmNahRos120915-GG, nota: Nah (Nahuel, véase *supra*); una referencia a un barrio humilde y temido

Nah (57:20): Esto es el Trece/ **boludo**/ esto es peor que Buenos Aires

Para concluir la exposición sobre la ranura central, nos gustaría ofrecer algunos ejemplos más de la posición axial, que Bañón (1993) considera especial por la razón de que no solo viene dada linealmente sino también, como ya se ha mencionado, sintáctico-semánticamente. El propósito de un marcador en tal posición es, pues, ser el eje divisorio entre dos enunciados repetitivos o sinónimos, o al menos construcciones recursivas, potenciando así su especial cualidad retórico-estilística. El siguiente ejemplo 26 es claramente un caso de este tipo, en el que Ivo, en una conversación con su amigo Pablo, critica el comportamiento de un conocido suyo, que quiere sacarle entradas VIP para el entrenamiento de la selección nacional de fútbol con acceso a las cabinas solo para hacerse una foto con Lionel Messi. Sin embargo, Ivo ya ha regalado las entradas y, por tanto, no puede dárselas a su conocido, lo que comenta en tono burlón y con satisfacción repitiendo la afirmación despectiva *lo cagaste*. *Boludo* adquiere entonces su significado peyorativo conceptual y no es tanto una expresión de solidaridad.

(26) 023-IvoPab260915-GG, nota: Ivo (véase *supra*); debate sobre el fútbol

Ivo (19:42): Y me dice/: *uuh qué cagaada*/ me dice/:
Y yo-/ *porque yo quiero ir*/ me dice/: *ahora cuando jueguen el tres*/ y dice/: *para sacarme la foto con Messi*/: - *lo cagaste*/
boludo ^{digo}// *lo cagaste*/ digo/: *porque primero la selección no me gusta y las entradas que me dieron ya las regalé*

El marcador axial del ejemplo 27 ya no adquiere un significado negativo, pero sigue siendo portador de una carga expresiva especial. De hecho, al utilizarlo, Nahuel refuerza la expresión de asombro ante la fotografía del loro cacatúa de la investigadora. Aunque el *boludo*

en cuestión ya no separa dos enunciados completamente idénticos (el loro *parece de mentira*, o *parece un juguete*), podemos considerarlos frases sinónimas. La posición axial destaca así por su expresividad.

(27) 035-BauSueAbuAbaNah041015-GG, nota: Nah (véase *supra*);
hablando de un loro y mirando fotos de él

Nah (06:18): Parece de mentira/ **boLUda**/ parece un juguete

5. En el punto 3, ya se ha mencionado la posición poscentral, por lo que pasamos directamente a la posición **premarginal**, es decir, la ranura interna inmediatamente anterior a la posición final. Aunque esta posición no alcanza la misma frecuencia en el marcador *boludo* que, por ejemplo, la posición opuesta, o sea, la posición posmarginal, sí podemos encontrar varios casos en los que puede verse como una señal de que se acerca el final de la unidad de enunciación. Así, el *boludo* premarginal no pocas veces precede a apéndices conversacionales, fórmulas de cortesía, coletillas interrogativas o expresiones rectificadoras. De nuevo, es vigente para él que se trata de un recurso tensivo y de contacto que puede verse neutralizado sobre todo por la posición central, aunque la posición premarginal les es funcionalmente más próxima a los apéndices y coletillas conversacionales que la central.

En el siguiente intercambio (ejemplo 28), Manuel le reclama apoyo a su interlocutor Nahuel, que se lo acaba prometiendo, como justo lo demuestra el enunciado que contiene *boludo*. Lo más significativo de este, no obstante, es que el marcador *boludo* vaya seguido del típico apéndice conversacional *total* (comparable al *en fin* y otros), al que le sigue en la última intervención un agradecimiento por parte del otro interlocutor, señal de que la *microconversación* (esto es, una pequeña conversación que tiene lugar dentro de una conversación global) ha concluido.

(28) 019-ManuNahRos180915a-GG, nota: Nah, Manu (véase *supra*); solicitud de solidaridad en la comunicación

Manu: Nahuel/ por favor/ ayudame en esto

Nah: A ver/ dale

Manu: Te explico

Nah (40:16): Te doy-/ Te doy la derecha/ **boludo**/ total

Manu: Gracias/ gracias

La conexión con las fórmulas de cortesía, que de nuevo se apoyan en el marcador *boluda/as* como expresión de solidaridad, puede observarse en los ejemplos 29 y 30. En el primero, Mariana les ruega a sus amigas que no dejen volar las servilletas de la terraza del café; en el segundo, Rosa le pide disculpas a su amiga por querer empezar a comer antes que ella. En ambos casos, se trata de un claro marcador premarginal que señala la proximidad del final de la unidad de enunciación.

(29) 014-RosPilMar130915c-GG, nota: Mar (véase *supra*); en la terraza del café sopla el viento y las servilletas están a punto de salir volando

Mar (30:35): Ay/ que no se nos vayan/ **boludas/** poR favor

(30) 013-RosPilMar130915b-GG, nota: Ros (véase *supra*); quién será la primera en empezar a comer una comida compartida

Ros (04:38): Está bien/ ((pasá)) la primer tacha/ **bol^{da}/** perdón (RISAS)

Por último, presentamos los ejemplos 31 y 32, en los que el *boludo* premarginal precede de nuevo a una coetilla interrogativa *¿no?* como recurso de contacto íntimo con el interlocutor. En el ejemplo 31, Armando se queja de que su perra esté ladrando intensamente en el momento en que un visitante aparece en su puerta, siendo la coetilla interrogativa de nuevo una pregunta retórica. En el ejemplo 32, Hernando pregunta a sus amigos si la escena de cine que están comentando apareció en la película *El Diario de Noa*, y la coetilla se utiliza para averiguar si está en lo cierto. Aquí también es evidente, pues, la presencia del marcador *boludo* como una señal prefinal.

(31) 024-MarcLucRosArm260915a-GG, nota: Arm (véase *supra*); llegada de amigos para una fiesta en casa de Armando, durante la cual su perra sale corriendo y ladra intensamente

Arm (29:25): Qué puto perro/ **boludo/** ¿no?

(32) 032-NahBauHerTinMonMart031015e-GG, nota: Her (Hernando, M, 38, c. baja); charla sobre una escena de una película

6. La última y significativa posición en términos de frecuencia es la posición **final**, que, sin embargo, no difiere mucho de las posiciones internas descritas hasta ahora en lo que respecta a una mirada funcional. El marcador *boludo* en la posición final también funciona como medio de contacto, como expresión de solidaridad, como recurso de atenuación o intensificación –con la única diferencia de que en la posición final señala no el mantenimiento sino el final del contacto, no ayuda a conservar la palabra sino a pasarla al siguiente hablante, y no entra en el habla en curso sino que se sitúa al final de la misma, o más bien indica el final del enunciado, turno, secuencia, conversación–.

A diferencia del *boludo* premarginal, que precede a los apéndices conversacionales, el *boludo* final puede formar por sí mismo un apéndice, por ejemplo, tras fórmulas de cortesía, saludos o disculpas. Nosotros, no obstante, no hemos podido detectar este tipo, aunque sí suponemos su existencia. En la sección dedicada a la posición posmarginal, también hemos visto que el *boludo* final no pocas veces se sitúa detrás de enunciados situacionales-reativos muy breves, que a menudo informan de la actitud del hablante con respecto a lo dicho en la intervención anterior (*Sí, boludo; No, boludo; Dale, boludo; Claro, boludo; Está bien, boludo*; y otras). En estas circunstancias, el marcador *boludo* ayuda entonces, por ejemplo, a mitigar el impacto negativo de un rechazo, o funciona como prevención contra la amenaza a la imagen negativa del interlocutor, o, a la inversa, como expresión de solidaridad y sintonía promueve la imagen positiva del interlocutor.

Un ejemplo en el que el *boludo* final enfatiza la actitud del hablante (su satisfacción) y, al mismo tiempo, funciona como recurso de contacto es el siguiente ejemplo 33, en el que Rolo comenta a su suegro (mecánico de vehículos) que su auto ha quedado muy bien arreglado:

(33) 041-CarRoloRola101015-GG; nota: Rolo (Rolo, M, 37, c. media baja); auto arreglado

Rolo (1:38:34): Estaba rebien arreglado/ **boludo**

Un caso similar de marcador final a través del cual se refuerza la postura evaluativa se muestra en el ejemplo 34, en el que Juliana y sus amigas miran fotos de usuarios masculinos de Tinder, que evalúan y

con las que se divierten juntas. A continuación, Juliana habla de forma muy crítica sobre uno de los usuarios. Aquí, una vez más, el marcador *boludo* es a la vez un recurso de contacto que representa una relación íntima entre las amigas y una señal que indica el final del turno:

(34) 060-JulCla270915-GG, nota: Jul (Juliana, F, 32, c. baja); Tinder

Jul (04:38, 04:39): No/ boluda/en la última foto está
maLÍsimo/ **boluda**→

El último ejemplo que nos gustaría mencionar en relación con la posición final es el marcador *boludo* que acompaña a una afirmación (o acto de habla asertivo). Tal *boludo* es utilizado por Ivo en una discusión sobre si alguien puede pensar en una lengua distinta a su lengua materna. El marcador *boludo* con entonación descendente acompaña en este caso a una afirmación categórica que Ivo toma por la única verdadera, a saber, que cada persona piensa en una sola lengua:

(35) 023-IvoPab260915-GG; Ivo (véase *supra*); conversación sobre
idiomas

Ivo (11:12): Cada uno piensa en un idioma/ **boludo**↓

La posición final del marcador *boludo* aún podría ilustrarse con ejemplos en los que es la cortesía la que desempeña un papel clave, o con otros ejemplos en los que funciona como un *punto* figurado después de una oración. No obstante, sobre estas cuestiones volveremos en las secciones correspondientes, en las que trataremos con más detalle los aspectos sociales de la conversación (8.5) y el mecanismo conversacional (8.2.2).

El análisis del *boludo* realizado hasta ahora ha demostrado que este marcador puede registrarse en muchas posiciones diferentes del modelo de Bañón (1993). Ahora bien, desde un punto de vista funcional, solo encontramos una diferencia fundamental entre la posición inicial, por un lado, y la posición final e interna, por otro. El *boludo* inicial es más bien reactivo y constituye una forma de dirigirse a alguien (aunque no como atencional para establecer un primer contacto con ese alguien), mientras que el *boludo* interno y final refleja mejor las estrategias tensivas. Pero solo un estudio comparativo (cf. el capítulo 10, especialmente la sección 10.3) será capaz de proporcionar

una imagen más completa de la necesidad de vincular la perspectiva posicional con la funcional.

8.2.2 Mecanismo conversacional

En el capítulo 2, dedicado al análisis de la conversación, ya afirmamos que los mecanismos fundamentales de la conversación, o algunas funciones conversacionales, se vinculan a determinadas posiciones o se implementan a través de ellas. Así, atraer la atención de alguien y entablar una conversación implicará utilizar un marcador en posición inicial absoluta, es decir, posicionándolo al principio mismo de la interacción o, en algunas circunstancias, al principio de un turno; tomar la palabra y cambiar de tema será tarea del marcador en posición inicial con respecto al enunciado inminente; mantener la palabra o la atención del interlocutor posibilitará un marcador-continuador en una de las posiciones internas; y poner fin al enunciado, al turno o a toda la interacción será tarea del marcador en posición final. Además de estas funciones, dentro del mecanismo conversacional, los marcadores eliminarán, por ejemplo, el impacto de los solapamientos, garantizarán la coherencia global de la interacción o podrán introducir reformulaciones, concreciones o reparaciones conversacionales, entre otras. En los párrafos que siguen, presentamos algunos casos de *boludo* en los que este marcador desempeña algunas de las funciones mencionadas u otras relacionadas con ellas.

Ya hemos visto que el marcador *boludo* en particular no es muy apto para aparecer en posición inicial absoluta, principalmente porque es de origen peyorativo y es característico de un estilo altamente informal. Por lo tanto, su uso para llamar la atención de alguien por primera vez en dada ocasión, o sea, en la fase preparatoria de una conversación tendría que condicionarse por un marco situacional-contextual favorable y bien definido para ser aceptable. No obstante, en nuestra investigación no captamos ningún caso de *boludo* de este tipo. En cambio, sí logramos registrar varios casos en la posición inicial relativa al enunciado: un *boludo* que introduce un nuevo tema de conversación, un *boludo* que señala una nueva idea o contribución a un tema existente, y un *boludo* reactivo que introduce la segunda parte de un par adyacente (pregunta-respuesta) o una respuesta a acontecimientos que tienen lugar en el trasfondo de la interacción. Este *boludo* es también un medio de (re)tomar la palabra o el derecho a hablar.

A continuación, presentaremos los ejemplos concretos manteniendo el mismo orden cronológico.

En cuanto a la función de introducir o cambiar de tema, ya hemos citado dos ejemplos que pueden utilizarse en este contexto. El primero fue el ejemplo 12, en el que Rosa respondió a la mención de parecer italiana cambiando asociativamente el tema de la conversación hacia sus familiares italianos, dando inicio a este cambio con el marcador *Boludo*. Aquí, por razones de economía, recapitulamos únicamente la primera parte del intercambio (véase el ejemplo 12 para la cita completa):

(36) 027-CriColCum260915c-GG, nota: Marc, Ros (véase *supra*); en una fiesta, familiares italianos

Marc: ((Parecés)) italiana

Ros (03:20): **Bolu↑do↓**/ me re^hpondieron mi^hfamiliare^h italiano^h (ENTUSIASMO, RUIDOS)

Del mismo modo, en el ejemplo 13 *supra*, se introdujo un nuevo tema mediante el marcador *Boluda*, pero esta vez en respuesta a lo que estaba ocurriendo en la televisión, cuando Beata señaló que a un famoso aún no le había vuelto a crecer el pelo tras una operación (abajo solo se presenta el fragmento pertinente como ejemplo 37):

(37) 038-BeaRosPabNorm081015-GG, nota: Bea (véase *supra*); conversación familiar viendo la televisión

Bea (51:43): **Bolu↑da↓**/ a Lalo todavía no le creció el pelo desde que lo operaron/ viste↑

En el contexto de agregar nuevas ideas a un tema ya existente, documentamos el siguiente intercambio sobre la fuerza policial especial (vestida de celeste argentino o color «pitufo») que colaboró con la seguridad durante las elecciones presidenciales de 2015. Mariana añade como un nuevo dato al intercambio que estos «pitufos» se someten a 6 meses de entrenamiento. *Boluda* aquí actúa también como rematizador para destacar el periodo de tiempo de entrenamiento, de lo contrario, el marcador probablemente se habría ubicado al final del enunciado:

(38) 016-RosPilMar130915e-GG, nota: Ros, Mar, Pil (véase *supra*);
policías en la época de las elecciones presidenciales

Ros: Ahora hay policías Ma'ke porque se vienen las elecciones

Mar: En casa pusieron los azules// los celestes/ los pitufos§

Pil: §los pitufos

Ros (46:42): Ah- no- ah son hoRRIBLES/ boluda/ es verdad

Mar (46:43): **Boluda**/ SEIS MESES de entrenamiento tienen

Ros: (2'') Sí/ altos policías [son/ ¿no?

El último tipo de posición inicial que nos planteamos mencionar es la aparición de un marcador al principio de la segunda parte del par adyacente. El marcador en cuestión así colocado no solo se convierte en un elemento reactivo, sino también en un recurso para tomar la palabra. Con el siguiente fragmento volvemos de nuevo al ejemplo 12, pero esta vez nos interesaremos por la segunda parte del intercambio, en la que Ailín, sorprendida, le pregunta a Rosa si realmente tiene familiares en Italia. Y por el mero hecho de que Rosa efectivamente contesta a la pregunta que Ailín le ha designado, se trata de un caso de heteroselección del nuevo hablante que sí se ha respetado. Así pues, *Boluda* es ante todo un recurso de transición fluida desde la intervención de la primera hablante hacia la de la nueva:

(39) 027-CriColCum260915c-GG, nota: Ail, Ros (véase *supra*);
familiares italianos

Ail: ¿Vo^h tenías familiares en Italia↑?

Ros (03:25): **Boluda**/ ¿no te conté?/ Mirá/ que yo (()-

Al pasar de la posición inicial a la central o a cualquier otra posición interna, una de sus principales funciones dentro del mecanismo conversacional es permitirle al hablante mantener la palabra (es decir, no dejarse sustituir por otro) o tomarse un tiempo para reflexionar antes de formular su siguiente enunciado. Una de estas situaciones se documenta en el ejemplo 40, a continuación:

(40) 024-MarcLucRosArm260915a-GG, nota: Ros (véase *supra*);
estacionando el auto a la llegada a una fiesta
de cumpleaños

Ros: Che/ ¿pero acá se puede estacionar↑?

Luc: Sí

Ros: Ah okey

Marc: ((Esos nos marcaba))

Ros (26:08): Aaaah↑ no me daba cuenta/ **b^oludo**/ sabés que estaba pensando que era un taller mecánico (RISAS)

Acerca del fragmento anterior, cabe contextualizar que Rosa comenta la situación de estacionar el automóvil cuando ella y sus amigos llegan a una fiesta de cumpleaños. En la conversación, la cuestión es que ella cree que está prohibido detenerse en el lugar donde decidieron estacionar. Sin embargo, al momento se da cuenta de que estaba equivocada. Así, primero afirma que no se dio cuenta de que estaba permitido parar en ese lugar, lo que aún pretende justificar con otro enunciado. Pero para evitar que alguien la interrumpiera y para reservarse un tiempo para preparar su justificación, utiliza el marcador *boludo* como continuador y prosigue. Este marcador funciona asimismo como recurso de contacto, lo que se demuestra por el verbo en segunda persona del singular que le sigue (*sabés*). Y un principio similar de preservar el derecho a hablar y mantener el contacto con el interlocutor se puede aplicar a otros numerosos casos de *boludo* interno.

Casi cualquier *boludo* final puede utilizarse o entenderse como punto final después de una oración, o para terminar un enunciado, un turno, una secuencia o una conversación entera. Un caso que bien ilustra esta capacidad ya se ha presentado en las secciones anteriores, concretamente en el ejemplo 8. Allí, sin embargo, se prestó atención al uso de *boludo* por parte de Armando. Ahora, en cambio, nos centraremos en el uso que de él hace Nahuel:

(41) 010-BeaArmNahRos120915-GG, nota: Arm, Nah
(véase *supra*); charla sobre la banda de Nahuel

Arm (31:46): ¿Ustedes de dónde son/ boludo/ comoo banda?

Nah (31:50): Yy del Norte en realidad/ de Zona Noortee/

boludo (7")

En este caso, el segundo *boludo* es una señal inequívoca de finalización no solo del enunciado de Nahuel sino de todo el par adyacente, seguido de una larga pausa (de unos 7 segundos), por lo que puede considerarse como un *punto* final. Además, si bien el uso de *boludo* no

fue estrictamente necesario aquí, su propósito adicional es devolverle una respuesta amistosa a Armando, recurriendo a la misma expresión de solidaridad que utilizó aquél.

El ejemplo 42 es otra muestra de la señalización de un límite final, o el cierre de un enunciado y de un par adyacente reactivo (opinión-desacuerdo o afirmación-rechazo). Tiene lugar en el contexto de una discusión sobre si la Coca-Cola es perjudicial, y más aún para las mujeres embarazadas, en la que Mona (madre de dos hijos, de 1 y de 13 años) argumenta a Tina, que está embarazada, que la Coca-Cola no es un veneno. Este *boluda*, además, posee una gran carga expresiva y está muy acentuado, ya que Mona quiere convencer a Tina de que tiene razón. Por economía, citamos solo la secuencia mencionada y no toda la discusión:

(42) 032-NahBauHerTinMonMart031015e-GG, nota: Mon (Mona, F, 38, c. media baja), Tin (Tina, F, 41, c. media baja); discusión sobre la (in)ocuidad de la Coca-Cola para una mujer embarazada

Tin: La Coca es veneeno

Mona (28:55): No ees veneeno/ **BOLU**↑**DAA**

Dada la frecuencia del marcador estudiado en posición final, podríamos seguir enumerando ejemplos de *boludo* como signo de puntuación terminal, pero este no es el objetivo de una sección en la que solo pretendemos enseñar las funciones que puede desempeñar el marcador *boludo* dentro del mecanismo conversacional. En definitiva, más ejemplos de este tipo ya los hemos proporcionado en la sección dedicada a presentar las distintas posiciones (sección 8.2.1).

Más allá de su capacidad para demarcar los límites de las distintas unidades de construcción de la conversación (en palabras de Schiffrin, 1987, para *ponerlos entre paréntesis*), *boludo* puede minimizar el impacto negativo de los solapamientos. Sin embargo, solo pudimos documentar este fenómeno al final del enunciado (véase el ejemplo 45 de la sección 8.3), donde, gracias a que el primer hablante (Armando) utilizó un *boludo* al final del enunciado, no se produjo ninguna ininteligibilidad importante cuando el segundo hablante (Marcelo) empezó a hablar justo en ese momento. En cambio, no detectamos este fenómeno en la posición inicial, aunque intuitivamente presumimos que puede producirse. Por otra parte, los marcadores conversacionales

asimismo constituyen un medio eficaz para introducir una reparación o una reformulación o concreción, y estos sí que logramos registrarlos. El siguiente es un ejemplo de una autorreparación autoiniciada:

(43) 012-RosPilMar130915a-GG, nota: Mar, Pil (véase *supra*);
quejándose por la demora en cobrar el sueldo

Mar (05:22): Encima el mes pasado/ **boluda**→/ este mes/
depositaron tARde// o sea siempre cobramos tipo a las tres
cuatro ^{de}la mañana se deposita// me desperté y dije/: *Aay/ hoy*
coobro/ (ENTUSIASMO) me voy a fijaar ^(cuando) tenía dos mil
pesos del mes pasado

Pil: Menos mal que tenías dos mil pesos/ yo tenía setenta
pesos nada más en la cuenta// no podía^{-h} (RISA)

En el turno de reparación, está claro que Mariana pensaba en el pago demorado del mes anterior (para ella, del mes pasado). Sin embargo, el pago nunca llega antes del consecuente mes natural (que para ella es el actual). El pensamiento persistente del mes trabajado la llevó entonces a una formulación imprecisa de la que se dio cuenta inmediatamente, utilizó el marcador *boluda* para anular o reiniciar toda su intervención y se autocorrigió.

El siguiente ejemplo 44 ya no es una reparación en el sentido propio de la palabra, sino una especificación o concreción en la que Rosa les enseña a sus amigas la plaza de la que dice que es «suya», antes de precisar que se trata de la plaza del barrio en el que vive (aquí bajo el seudónimo de Villa Bach). Para introducir la aclaración, le antepone un *boluda*, de manera similar a la reparación de Mariana:

(44) 012-RosPilMar130915a-GG, nota: Ros (véase *supra*); plaza
Villa Bach

Ros (13:17): Esta es mi plaza/ **boluda**/ la plaza de Villa Bach

Y sin duda podríamos identificar aún más ejemplos de reparaciones o reformulaciones, pero también otras formas en las que no solamente el marcador conversacional *boludo*, sino también otros similares, participan en la construcción de la conversación. En cualquier caso, tanto si hemos hablado hasta ahora de demarcar los límites de una conversación y sus partes, de introducir nuevos temas y agregar nue-

vas ideas a un tema ya existente, como de la toma de palabras, los solapamientos o las reparaciones conversacionales, siempre hemos señalado simultáneamente la forma en que los marcadores garantizan la progresión fluida de la interacción, su inteligibilidad y coherencia. Y es este efectivamente el resultado clave de este subcapítulo.

8.3 Pragmática, relevancia e inferencia

Por mucho que a primera vista pueda parecer injustificado, el enfoque de la teoría de la relevancia aplicado a los marcadores está estrechamente relacionado con el criterio posicional, sobre todo porque la inserción de un marcador en un lugar determinado de la conversación puede ayudar al hablante a enfatizar alguna parte del enunciado o del turno y llamar así la atención sobre ella. Al hacerlo, el hablante está intentando asegurarse de que el contenido (ya sea explícito o implícito) del segmento de habla así delimitado no pase desapercibido y de que el destinatario esté dispuesto a procesarlo de forma inferencial, a identificar la intención del hablante e, idealmente, a reaccionar ante él de forma adecuada (es decir, realizar lo que el hablante le ha pedido; aquí, de hecho, nos encontramos en la interfaz de los actos ilocutivos y perlocutivos, donde la realización del acto perlocutivo puede verse influida por el uso de un marcador).

Al mismo tiempo, el marcador en sí no funciona pasivamente solo como un estímulo ostensivo, sino que añade información implícita, por lo general mediada procedimentalmente, al mensaje en cuestión (puede tratarse no solo de enfatización, sino también de atenuación, anclaje contextual, etc.). Este uso procedimental del marcador, sin embargo, no puede considerarse secundario, insignificante o prescindible, como se ha sugerido durante mucho tiempo para los marcadores interaccionales, ya que el marcador aquí no es llanamente una mera palabra de relleno, una muletilla o un manifiesto de torpeza verbal y pobreza de vocabulario (sobre esto, véase Kostzer, 2013, más adelante en la sección 10.2.6), sino más bien un recurso para maximizar la relevancia del mensaje: si no se utiliza el marcador, no se consigue el efecto deseado, o incluso el mensaje adquiere un significado diferente que si se hubiera empleado. Así lo ilustran los ejemplos que presentamos en esta sección. Observemos el primero:

(45) 024-MarcLucRosArm260915a-GG, nota: Arm, Marc (véase *supra*); saludando a un amigo a su llegada

Arm (29:11): Pará/ encima que llegás tarde/ sos ansioso/
pará/ **boludo**

Marc (29:12): Obvio/] boludo (RISAS)

El primer *boludo* del ejemplo 45, además de mostrarnos que se utiliza en la posición final que cierra el turno y que funciona como recurso de contacto, es también de gran importancia con respecto a los procesos inferenciales. Si dejamos de lado por un momento el marcador en cuestión, de todo el segmento en el que Armando le reprocha a su amigo que haya llegado tarde y que aun así se muestre impaciente, se desprende que se trata de un discurso que amenaza claramente la imagen negativa del destinatario. Un reproche tan categórico habría podido ser inferido por el destinatario como un ataque verbal, en base al cual habría podido ofenderse y empezar a discutir, defenderse o, a su vez, atacar de vuelta al emisor del mensaje. No obstante, nosotros sabemos, gracias al desarrollo posterior de la interacción, que el reproche Marcelo lo acepta incluso con una sonrisa, lo que demuestra que debe existir un mecanismo por el cual el reproche fue evaluado como un codazo amistoso y, de hecho, también como una expresión de solidaridad y de sentimientos positivos. Y justamente, el desencadenante de este mecanismo parece ser –junto con las expresiones paralingüísticas– el marcador utilizado, cuyas propiedades y la naturaleza de una expresión de contacto amistoso impidieron que se produjera una interpretación irrelevante. Así pues, *boludo* funciona como una especie de mitigador o atenuador.

Por el contrario, el siguiente ejemplo 46 es una muestra de la estrategia opuesta de utilizar *boludo*, que Mariana pronuncia con un énfasis especial, sobre todo en la última sílaba, y con un claro matiz irónico:

(46) 014-RosPilMar130915c-GG, nota: Mar (véase *supra*); Mariana comentando irónicamente ante sus amigas que su pareja quiere irse a una fiesta de la cerveza en una ciudad lejana con amigos

Mar (06:02): Andá a tomar cerveza/ **bolu-DO** (IRONÍA)

En primer lugar, cabe añadir una nota contextual al ejemplo, a saber, que el marcador *boludo* se dirige a una persona ausente (al novio de Mariana), siendo el marcador *boludo* utilizado en su significado conceptual originario de *tonto*, *idiota*. El sentido de todo el segmento es entonces decir sarcásticamente algo como *sentite libre de irte a beber tu cerveza, boluDO*, dando a entender, desde el punto de vista de Mariana, que a ella poco le importa. Pero como el enunciado al que se asocia dicho *boludo* se pronuncia de forma completamente neutra y no es en modo alguno acentuado o de otra forma marcado fónicamente, si no hubiera sido por el marcador, su expresividad y su enfatización, podría haber sido interpretado por las amigas presentes, a cuyos oídos iba en realidad dirigido principalmente, como una simple constatación, permiso, desafío, mandato, etc., y el rasgo de ironía desaparecería.

Además, se puede documentar un matiz irónico o sarcástico en otro caso (el ejemplo 47), cuyo autor es Nahuel, que responde a una discusión con amigos sobre la paradoja del silencio incómodo en un ascensor, en un taxi, en paradas de transporte público u otros lugares en los que uno preferiría decir cualquier cosa antes que tener que soportar un intervalo más largo de silencio tenso con un desconocido en sus intermediaciones. Para ello, él mismo imagina toda la situación y la ilustra con un ejemplo imaginario sobre el tiempo atmosférico, que es un tema popular en estas circunstancias:

(47) 010-BeaArmNahRos120915-GG, nota: Nah (véase *supra*);
tema del silencio incómodo en los espacios cerrados

Nah (1:17:51): *Che/ llueve// como si no supiera que llueve/
claro//: -No digas/ **boludo**/ ¿en serio? (IRONÍA)*

Este ejemplo muestra claramente que, si no se utilizara el marcador *boludo*, la pregunta de si realmente está lloviendo podría considerarse una pregunta real de la que se espera una respuesta. Sin embargo, al utilizar el marcador, Nahuel deja en claro que se trata de una pregunta retórica irónica.

El siguiente ejemplo lo ponemos especialmente porque, si bien no confiere al enunciado un matiz particular de significado que no pueda inferirse de la forma en que la unidad de enunciación misma está formulada y de lo que dice explícitamente, al utilizarlo, Rosa hace ostensiblemente consciente al destinatario de que es máximamente

relevante para ella que deje de hacer una determinada actividad, es decir, que deje de enviar el mate a su amiga para que se lo rellene (cebe), porque es ella misma quien se encarga de esta actividad en tal ocasión (se trata de una acentuación del acto ilocutivo directivo, a través de la cual Rosa quiere hacer que se convierta en realidad, es decir, en un acto perlocutivo):

(48) 046-ArmMarcRosCris121015-GG, nota: Ros (véase *supra*);
tomando mate

Ros (1:40:52): Dejé de pasar el mate a Cristal/ **boludo**/ estoy
cebando yo

Ahora centrémonos en un ejemplo más, esta vez de tono positivo y amistoso:

(49) 028-CriColCum270915-GG, nota: Luc (Lucas, M, 27, c. media
baja); animando a un nuevo miembro a integrarse en el
colectivo de amigos

Luc (03:37): Migue/ ¿venís? No te quedes al costado/ **boludo**

Migue es el nuevo novio de una de las amigas presentes, por lo que se mantiene relativamente apartado del resto del grupo. Lucas se da cuenta de ello y reacciona invitando a Miguel a unirse a él y a los demás amigos. Para que su invitación no se interprete como una mera expresión de lástima, Miguel apoya su intención con un marcador *boludo* en señal de solidaridad en el sentido de *contamos con vos*. Si *boludo* no se hubiera usado, la apelación habría podido interpretarse de un modo más directivo o, por el contrario, solo como una obligación cumplida. Al utilizar el marcador *boludo*, Lucas, pues, hace todo lo posible por despertar la confianza de Miguel y animarle a unirse a ellos en la fiesta, cosa que finalmente consigue (un acto perlocutivo feliz).

Ahora bien, la solidaridad no siempre tiene que ser expresada por los hablantes, sino que estos pueden buscarla (en un intento de reforzar su propia imagen positiva). Esto queda ilustrado en el ejemplo 50, en el que Marcelo se queja ante sus amigos de lo mal organizada que está la licencia por maternidad o paternidad en Argentina, ya que es demasiado corta como para que los padres críen a sus propios hijos. Y mientras que el primer *boludo* de la serie hace hincapié en la gravedad

del problema que supone criar a los hijos bajo estas condiciones, con el segundo *boludo* Marcelo les está pidiendo a sus interlocutores que apoyen su postura:

(50) 024-MarcLucRosArm260915a-GG, nota: Marc (véase *supra*);
sobre la licencia parental y el cuidado de los hijos en
Argentina

Marc (22:58, 23:13): Vos fijate los pibes↓/ ¿cómo salen
ahora?/ rehijos de puta/ **boludo**/ porque el padre y la madre
están todo el día trabajando como para llevar el sueldo a la
casa.../ y entonces el pibe se cría con los abuelos/ se cría con
los tíos/ se cría con una persona que no conoce-/ lo cual es
que puede ser una criadora o lo que sea/ yy-// en realidad/
bolu↑do/ la- la formación de tu hijo// es- es tuya.../ y de tu
mujer para ((hacerme el entero))

A través del marcador *boludo*, no obstante, podemos señalar, enfatizar o expresar otra serie de matices de significado que ayudarán al destinatario a comprender mejor la dirección del proceso interpretativo (en palabras de Gumperz, el marcador será también una clave contextualizadora que guiará la inferencia conversacional). Además de la ironía y el sarcasmo, el reproche, la solidaridad, la picardía, la atenuación o la gradación, podemos considerar otras estrategias de cortesía, expresiones de simpatía o complicidad, insistencia, etc. El marcador como estímulo ostensivo (véase también los ejemplos 8, 9 y otros en la sección 8.2) también garantiza, en una primera instancia, que el destinatario preste la máxima atención a la parte del enunciado a la que se refiere. Por lo tanto, siempre es conveniente en los análisis imaginar qué provocaría la eliminación de un marcador determinado, qué impacto tendría en la comprensión global o en la interpretación de la intención del hablante, o bien en su efecto final y en la realización de un acto (acto perlocutivo). De hecho, llegamos a la conclusión de que incluso un marcador como es *boludo* (por muy procedimental que sea su uso) no es una mera muletilla verbal, pues su supresión puede acarrear una pérdida de información valiosa.

8.4 Funciones

De las secciones anteriores se deduce que el marcador *boludo*, al igual que otros marcadores conversacionales, es relativamente flexible desde el punto de vista posicional y que puede ocupar distintas ranuras en una conversación, aunque con ciertas restricciones. Para cada posición, además, se definen algunos rasgos que son más característicos y otros que menos. Esto nos remite a otra afirmación, ya casi axiomática, según la cual los marcadores son elementos polifuncionales y, como tales, pueden representar diferentes funciones en distintas posiciones (más sobre el análisis funcional-posicional véase también aquí, en la sección 10.3.2).

Sin embargo, las funciones tienden a abordarse de forma bastante liberal y distintos autores se basan en criterios muy heterogéneos (véase la sección 3.11.1). Pero como aquí nos ocupamos exclusivamente de los marcadores *conversacionales*, es decir, los que son típicos de la interacción *cara a cara* y que pueden contemplarse fácilmente a través del modelo de comunicación de Jakobson (1960), claramente definido, hemos decidido basarnos principalmente en las funciones derivadas de este modelo (véase la sección 3.8).

Por su inherente naturaleza vocativa, el marcador *boludo* está probablemente mejor capacitado para funcionar como un recurso fáctico, es decir, para desempeñar una función *fáctica* o de contacto, y su aptitud para organizar o estructurar una conversación de modo que resulte lógicamente articulada, coherente y comprensible refleja, a su vez, una función *metalingüística* (o *metadiscursiva*, *metaconversacional*). Estas funciones también suelen tenerse en cuenta al estudiar los marcadores conversacionales en general (véase Martín y Portolés, 1999; Briz, 1997a; Vigarra, 1990). Sin embargo, *boludo* no se limita a estas dos funciones. Una de las características clave que posee es –como ya hemos recordado varias veces– su capacidad para reforzar o, por el contrario, mitigar el impacto de ciertos enunciados, aumentando así su relevancia y aceptabilidad (véase la sección anterior). Esta capacidad suele estar vinculada a la función *conativa* y *emotiva* (*expresiva*).

Además, el marcador *boludo*, al igual que otros marcadores conversacionales informales, sin duda hace referencia al contexto interactivo, es decir, desempeña una función *referencial* (aquí nuevamente encontramos un punto de encuentro con las claves de contextualización de Gumperz y con la afirmación de Schiffrin, 1987, de que los marcadores son, en realidad, «coordenadas contextuales del habla»).

Algo menos importante, pero aun potencialmente documentable, es la función *poética*, que, específicamente en el caso del marcador *boludo*, puede entenderse como una especie de realce estilístico del mensaje y tiende a realizarse conjuntamente con la función expresiva. Así pues, el repertorio funcional de *boludo* parece claramente más amplio de lo que se suele atribuir a los marcadores conversacionales. Por ello, a continuación, ilustraremos con algunos ejemplos cómo pueden materializarse las distintas funciones a través del marcador *boludo* o con su ayuda. No obstante, muchos de los ejemplos ya se han expuesto en las secciones anteriores en relación con otros aspectos del análisis, por lo que a veces se aludirá directamente a ellos sin volver a reproducirlos.

1. Mucho se ha dicho en capítulos anteriores sobre la función **fática**, que es probablemente la más típica del *boludo* vocativo, ya que dirigirse a alguien implica estar en contacto con ese alguien o entablar una relación con esa persona. Hemos afirmado que *boludo* más bien carece de la capacidad de funcionar como elemento atencional independiente en la posición inicial absoluta, es decir, inmediatamente antes de que comience la conversación propiamente dicha, puesto que se lo impide su significado vulgar originario y, además, esta posición está ocupada preferentemente por expresiones interjectivas. Sin embargo, ya al principio del intercambio entablado, una vez que el hablante se haya ganado la atención del interlocutor deseado, *boludo* puede aparecer en posición inicial con respecto al enunciado inminente ejerciendo la función de dirigirse a alguien, que no solo señala el acto mismo de entrar en contacto con alguien, sino que también indica la relación social en la que se encuentran los interlocutores, el uno con respecto al otro.

Este aspecto social de la función fática es especialmente importante en el caso de un marcador conversacional originalmente peyorativo como es *boludo*, ya que este solo puede ser utilizado sin penalización alguna por personas de aproximadamente el mismo nivel social, o en aproximadamente la misma posición y en contacto íntimo, a menos que la intención del hablante sea insultar, es decir, amenazar la imagen de su interlocutor u ofenderle de cualquier otra forma. No obstante, las circunstancias sociales que afectan al uso de *boludo* se tratarán con más detalle en la siguiente sección (8.5).

En una interacción en curso, es posible documentar asimismo un *boludo* fático en posición inicial en la segunda parte del par adyacente, cuya función es la de reaccionar ante lo que ha dicho el hablante

anterior, pronunciando primero el marcador *boludo* como señal de contacto con la persona que ha preguntado, demandado o declarado algo, etc., en la intervención anterior, y solo después la respuesta propiamente dicha u otro tipo de enunciado reactivo. Con el marcador *boludo* empleado en estas circunstancias, el hablante está dándole a entender al autor de la primera parte de la secuencia que le ha prestado atención y que piensa responder. Para un caso de este tipo, remitimos al ejemplo 12 sobre los familiares de Rosa en Italia, e introducimos uno nuevo:

(51) 016-RosPilMar130915e-GG, nota: Pil, Mar, Ros (véase *supra*);
suegro Salvatore

Pil: Hoy a miii sueeegro-/ lo-/ lo-/ yo digo mi ((suegro))

Mar: [¡Ves!/ ¡ves!

Ros: No/ ¿en serio?] (RISAS)

Pil (39:14): **Boluda**/ ¿y cómo lo llamo?// a Salvatore le di^{so}

Ros: ¿Salvatore?

El ejemplo 51 va precedido de una discusión en la que Rosa y Mariana tratan de convencer a Pilar para que se case. Ella se niega categóricamente, pero más tarde empieza a referirse al padre de su novio como «suegro», lo que provoca que sus amigas le bromeen. Al utilizar el marcador de contacto, Pilar indica que tiene intención de responder al comentario crítico. Y dado que las chicas se burlan de la amiga y Pilar les responde con esgrima, este ejemplo no es una secuencia de pregunta-respuesta, sino más bien una crítica y su posterior rechazo.

Más común, sin embargo, es la aparición de un *boludo* dentro de un enunciado o de un turno, donde suele servir para comprobar si el canal de comunicación sigue abierto, es decir, para mantener el contacto con el interlocutor o para estimular su atención, sobre todo si el hablante necesita asegurarse de que alguna parte del enunciado no pase desapercibida, o si quiere seguir hablando y corre el riesgo de que no le dejen espacio o no le presten atención. Tal caso de *boludo* lo hemos visto en el ejemplo 40 (estacionamiento), pero también en los ejemplos que señalan reparaciones (43, 44). Como uno de ellos, podemos identificar asimismo el ejemplo 52, en el que Rosa imita el habla de los dominicanos y Pilar comenta que si alguien se dirige a ella de este modo se meará de risa. Esta información le parece tan importante

que siente la necesidad de comentarla más de una vez. Para conservar la palabra, así como para mantener el contacto con su amiga, utiliza, pues, un continuador *boludo*, que también se aproxima a un marcador axial por su formulación iterativa:

(52) 014-RosPilMar130915c-GG, nota: Ros, Pil (véase *supra*);
charla sobre los dominicanos

Ros: Vos querés que te diga/ ^Hoolá/ *mama^sita/ ^htá^h wuaapa*
(VOZ MASCULINA, RISAS)

Pil (10:44): Me hago pis/ **boluda**/ me llega decir así-/ me hago
pis/ olvidate/ me hago pis encima (RISAS)

Al final del enunciado o del turno, el *boludo* fático funciona como señal de que el hablante ha terminado de hablar y de que ha llegado el momento en que el otro participante puede tomar la palabra (cf. el ejemplo 41), o de que la interacción ha terminado por completo y se cierra el canal de comunicación. Así lo ilustra el *boludo* con entonación descendente al final del intercambio entre Lucas y Marcelo sobre la compra de una remera:

(53) 026-CriColCum260915b-GG, nota: Luc, Marc (véase *supra*);
compra de una remera (camiseta)

Luc: A ver ¿dónde la compraste?

Marc: En el Urban

Luc (05:39): Ahí voy siempre/ **boludo**↓

Asimismo, el *boludo* en posición central y final también indica una relación social entre los interlocutores, aptitud que también constituye uno de los componentes de la función fática.

2. Estrechamente relacionada con la función fática está la función **metalingüística**, por la que el hablante vuelve a reflexionar sobre la lengua en sí y que sirve para comprobar si los interlocutores utilizan la misma lengua, si se entienden. En este contexto, es muy interesante observar el comportamiento y el (no) uso del marcador *boludo* en la comunicación intercultural, pero esto se abordará con más profundidad en la sección 10.2.8. Dentro de lo que es el análisis del discurso o de la conversación, la función metalingüística, además, ha pasado a denominarse función metadiscursiva, metacomunicativa

o metaconversacional (*ad* Briz, 1993, 1997a; Martín y Portolés, 1999; Maschler, 1994; cf. aquí la sección 3.8), que se manifiesta en los marcadores por su capacidad para organizar o estructurar la conversación de manera que la haga inteligible, o por su capacidad para señalar los límites relevantes de las unidades de construcción de la conversación. Este aspecto ya se ha tratado en detalle en la sección 8.2.2 dedicada a los mecanismos conversacionales, por lo que no daremos ejemplos concretos aquí.

Pero las reflexiones sobre el lenguaje pueden plasmarse en el marcador *boludo* también de otras dos maneras más: la primera es su aparición en el estilo directo, sobre todo en ejemplos de citas que el propio hablante ha inventado y en las que ha utilizado (ya sea estratégicamente de forma consciente o inconsciente) el *boludo*, cf. el ejemplo 47 más arriba sobre el silencio incómodo en el ascensor, y la segunda es el uso del marcador para jugar con las palabras, para hacer humor, etc. (*ad* Vigara, 1992; Mareš, 1983 en la sección 3.8: nota 58), por ejemplo, cuando el marcador *boludo* se utiliza en las proximidades de un *boludo* adjetival o sustantivado, integrado en la oración, lo cual es, además, una forma de embellecimiento o realce (poético) del enunciado, véase más adelante el ejemplo 54. Asimismo, funcionan de forma similar el *boludo* irónico, el *boludo* vulgar, etc.

(54) 060-JulCla270915-GG, nota: Jul (Juliana, F, 32, c. baja); Tinder

Jul (04:03): Aaah→/ **bolUda**/ son todos bolUdos

3. En cuanto a la función **poética**, –si bien quizás con alguna reserva–, un ejemplo ya lo hemos brindado recién, a través del ejemplo 54. Como otros casos de un marcador con un efecto estilístico especial, podemos considerar también el *boludo* expresivo, del que, a su vez, hablaremos en los próximos párrafos. Ahora bien, en cuanto a la función poética es preciso señalar que hay escritores que también utilizan el marcador *boludo* en prosa, como el autor español Hecheres Beltrán en su libro *Billete de ira y vuelta* (2012: capítulo 11) y otros.

4. El marcador *boludo* también se ha descrito muchas veces como un recurso de las estrategias de atenuación y enfatización. Una de las funciones en las que este rasgo es más pronunciado es la función **conativa**. El marcador *boludo* apenas puede instar conceptualmente (es decir, por sí mismo) al destinatario de un mensaje a hacer algo o, por el contrario, impedirle que haga algo (el marcador *boludo* no es en sí mis-

mo modal, a diferencia de, por ejemplo, el marcador *dale* y otros). Quizá una excepción sean los enunciados con una mayor carga expresiva, en los que un *BOLUDO* autónomo y enfático puede funcionar como una prohibición, advertencia, amenaza, etc., es decir, como una apelación a (no) hacer algo. Pero en la mayoría de los casos, con respecto a la función conativa (o, alternativamente, análoga al acto de habla directivo), se aplica un *boludo* procedimental, que aumentará la presión sobre el destinatario del enunciado para que, idealmente, actúe tal y como pretendía el hablante (véase los ejemplos 48 y 49 anteriores).

Uno de los ejemplos prototípicos es la siguiente advertencia (ejemplo 55), mediante la cual Armando les pide colectivamente a todos los presentes en su casa que *no vomiten*, o más bien directamente les prohíbe hacerlo. El marcador *boludo*, que, además, se utiliza en una forma altamente gramaticalizada que no expresa el plural, a pesar de que el marcador está dirigido a un grupo de personas, sirve para conseguir que todos los presentes presten la máxima atención a la advertencia en cuestión, o sea, para enfatizar la función conativa (o al acto directivo):

(55) 024-MarcLucRosArm260915a-GG, nota: Arm (véase *supra*);
prohibición de vomitar en una fiesta

Arm (41:23): ¡Nadie se pone ^a vomitar/ **boludo**!

Un caso opuesto del *boludo* secundario-conativo, por el que la hablante no enfatiza una prohibición sino una orden, es el ejemplo 56. En él, Ailín le pide a su amigo que le conteste. El *boludo*, que aquí es, además, fuertemente expresivo, aparte de enfatizar el imperativo, mitiga su impacto negativo al entenderse como una expresión de amistad y solidaridad, lo que reduce el riesgo de amenazar la imagen negativa del interlocutor y, al mismo tiempo, refuerza su imagen positiva.

(56) 028-CriColCum270915-GG, nota: Ail (véase *supra*)

Ail (05:01): Bue↑no/ **bolu↑do**/ ¡respondé!↑

5. La acentuación, enfatización o intensificación también es típica de un marcador que cumple una función **emotiva** o expresiva, y en concreto para el marcador *boludo* esta función se manifiesta en varios niveles: en el primer nivel, hablamos de un *boludo* vulgar conceptual,

con el que el hablante insulta directamente o agrede verbalmente al destinatario; en el segundo nivel, nos encontramos con un *boludo* procedimental-emotivo o amistoso expresivo; y en el tercer nivel, nos referimos al *boludo* que en sí mismo está marcado fónicamente (alargamientos, entonación, acentuación, etc.). Sin embargo, no es infrecuente que se produzca una intersección de estos potenciales, o sea, que un *boludo* sea positivamente enfático y, a la vez, fónicamente marcado, o que exprese una emoción negativa y, al mismo tiempo, sea un recurso de relación amistosa (cf. *supra* el ejemplo 56). Ahora bien, en todas las circunstancias un *boludo* emotivo expresará la actitud del hablante o la acompañará. Así, el rasgo expresivo es, de hecho, de nuevo un estímulo ostensivo, y al mismo tiempo constituye una importante clave contextualizadora para lograr una interpretación acertada.

El primero de los tipos emotivos de *boludo* es, pues, el marcador peyorativo. Ya hemos visto casos de este tipo de *boludo* expresivo en el ejemplo 26 (debate sobre el fútbol) o el 48 (cebando el mate). También podemos identificar como uno de ellos el ejemplo de *boludo* mediante el cual Mariana se quejó irónicamente de que su novio quería marcharse a una fiesta de la cerveza con sus amigos. Aquí pues, el *boludo* vulgar transmite una actitud negativa de la hablante, que se ve reforzada por las cualidades fónicas: la acentuación en la última sílaba y el aumento del volumen (véase el ejemplo 46 para más detalles sobre el contexto):

(57) 014-RosPilMar130915c-GG, nota: Mar (véase *supra*); fiesta de la cerveza

Mar (06:02): Andá a tomar cerveza/ **bolu-DO** (IRONÍA)

Una especie de transición del marcador peyorativo al *boludo* de contacto amistoso está representada en el fragmento 58, en el que Lucas reprende intensamente a su amigo por echarle en el vaso mucho más alcohol del que quería. El marcador *boludo* no va acompañado de un efecto sonoro específico, sino que este efecto va antepuesto, manifestándose sobre la sílaba que le precede al marcador, por lo que la fuerza expresiva resultante viene determinada por la coocurrencia de *boludo* con la palabra adyacente que es la que está marcada fónicamente. Además, *boludo* funciona nuevamente como un estímulo ostensivo con el que se enfatiza el enunciado precedente, y especialmente su última palabra. Así, las dos expresiones se influyen mutuamente:

(58) 026-CriColCum260915b-GG, nota: Luc (véase *supra*);
demasiado alcohol

Luc (05:46): Te voy a matAR/ **boludo**

Y hay una serie de otros ejemplos que pueden identificarse como *boludo* enfatizador de una función emotiva, ya sea expresando una actitud positiva o negativa: *Qué bajón, boluda* (016/ 42:44), *Qué zarpado, boluda* (016/ 44:59), *Mal ahí, boluda* (016/ 45:07), *De puta madre, boluda* (020/ 25:54), *Boludo, dejate de joder* (032/ 18:36), *Está muy rica, bolú* (041/ 1:29:39), etc. Asimismo, registramos una variedad de casos marcados fónicamente: *Ay, boluuda* (016/ 00:25), *No ees veneeno, BOLUDAA* (032/ 28:49), *Él quería, boludaa* (038/ 10:56), *No sé cómo fue, boludaaa* (047/ 59:54), entre otros.

6. Finalmente, la última función que el marcador *boludo* representa en prácticamente todos los casos anteriores es también una función **referencial**, ya que cada aparición de *boludo* remite siempre al contexto, ya se trate de una señalización de las relaciones entre los interlocutores, de la pertenencia a un grupo cerrado de amigos o simplemente a la nacionalidad argentina, de una reacción inmediata a las circunstancias que se produjeron en el trasfondo de la interacción, etc. Y es el mismo marcador *boludo* el que también participa en la formación de un determinado contexto (véase la sección 8.5).

Una vez más, a partir de los resultados anteriores sobre la naturaleza funcional de *boludo*, podemos concluir que los marcadores son capaces de representar una gran variedad de funciones, muchas de las cuales las desempeñan paralela y simultáneamente en un mismo haz (por ejemplo, las funciones referencial, fática, metalingüística y emotiva; las funciones referencial, conativa y emotiva). Y es por ello que siempre es necesario vincular el criterio funcional con el posicional, ya que solo su intersección nos ayuda a descubrir la verdadera naturaleza del marcador conversacional investigado (sobre esto, véase más en 10.3.2).

8.5 Contextualización y estilo: cortesía, jerarquía y solidaridad

Una interpretación correcta, es decir, intencionada desde el punto de vista del emisor (hablante), de un mensaje en una interacción está

condicionada por un proceso conversacional-inferencial adecuado (cf. Gumperz, 1978, 1982; Wilson y Sperber, 2006; aquí en las secciones 3.6 y 3.5). No obstante, la inferencia conversacional, como hemos visto, no puede basarse únicamente en el contenido explícito y también debe apoyarse en gran medida en los significados implícitos, que sin duda incluyen presuposiciones contextuales.

El trasfondo sociocultural (no) compartido y el (des)conocimiento de las condiciones situacionales-contextuales inmediatas determinan si el mensaje se entenderá correctamente o no. El contexto se señala mediante diversos recursos –por lo general sinsemánticos (procedimentales)– que funcionan como navegación a través del proceso interpretativo o llevan al receptor a discernir la intención del emisor. Tal pista de navegación (o clave contextualizadora) es precisamente el marcador *boludo*, capaz de indicar condiciones contextuales a distintos niveles: global-cultural, macro y microsociedad, individual o secuencial (cotexto). Una de sus características es también su capacidad para delimitar (funcional-posicionalmente) cuál de las interpretaciones alternativas disponibles es la más relevante en un momento dado o qué información es la más significativa desde el punto de vista del hablante (esto se ha comprobado en particular en la sección 8.3, pero también en 8.2.1 y en otras secciones del capítulo 8).

Ahora bien, la fuerza del marcador *boludo* reside sobre todo en su potencial de indicador social. De hecho, es precisamente la clave que (en línea con Gumperz, 1978) señala la constelación de variedades de habla, es decir, los diferentes estilos o dialectos y la alternancia entre ellos. Es indiscutible que, a nivel dialectal, el uso recurrente de *boludo* implicará la pertenencia al español argentino (o al menos rioplatense). Sin embargo, a nivel micro en particular, nos informa de una grave distinción entre estilos formales e informales, y más concretamente de una distinción entre un estilo conversacional informal rutinario «neutro» y un estilo conversacional marcado contextualmente en el marco de la comunicación en grupos cerrados de altos grados de confianza mutua entre sus miembros. Por lo tanto, una constelación de este tipo simboliza no solo un trasfondo cultural compartido a nivel nacional o étnico, sino principalmente las convenciones de grupos o redes sociales y sus normas (Gumperz, 1978), o las normas de una comunidad de práctica (Eckert, 2000).

El subtipo de estilo conversacional influye, pues, en lo frecuente y apropiado que será el uso del marcador *boludo*. Esta tendencia está mejor documentada por Rosa (véase los variados ejemplos a lo

largo del capítulo 8), que apenas utiliza *boludo/a* en la conversación cotidiana rutinaria «neutra», pero lo usa en abundancia en las interacciones con sus amigos (esto quedará patente también en el análisis cuantitativo). Además, el valor del marcador *boludo* se determina de forma contrastiva, ya que los interlocutores suelen tener una idea de lo que es un uso neutro y un uso marcado en una situación comunicativa concreta y con respecto a las convenciones de la comunidad en la que tiene lugar la interacción. En todo caso, de lo dicho hasta ahora se desprende claramente que el estilo conversacional es un factor innegociable y una clave interpretativa para el propio uso de *boludo*, así como para su análisis.

El (no) uso del marcador *boludo* (como expresión de origen peyorativo) depende, además, del consenso de los participantes en la interacción, es decir, de si tiene o no el mismo significado para todos los implicados. Si *boludo* es entendido de forma diferente por distintos participantes en la misma interacción o si no es igualmente aceptable para todos los participantes, su (no) uso puede dar lugar a malentendidos o incluso a una reacción negativa. *Boludo* es, por tanto, un recurso ligado al fenómeno de la (des)cortesía y se rige en gran medida por sus normas (cf. Brown y Levinson, 1987).

Dado que no hemos podido documentar ni un solo *boludo* utilizado en un entorno más formal (ni siquiera en el contexto de una conversación informal durante las pausas laborales, entre charlas), está claro que no se preferirá su uso en contextos comunicativos así definidos, que se caracterizan por un menor grado de intimidad y una estructura personal más jerárquica. En cambio, florecerá en contextos de confianza, cercanía, amistad, o en los que prevalezcan la igualdad social y la simetría relacional entre los interlocutores.

Desde cierta perspectiva, como una excepción podría citarse una interacción entre un profesor, Pablo (véase *supra*), y su colega (aquí simplemente «Prof» o profesor), en la que Pablo se queja de los alumnos y su colega le responde suspirando que nadie estudia:

(59) 058-PabProf071115-AA, nota: Prof (Profesor, M, 52, c. media alta); estudios

Prof (18:25): Claro/ **boludo**/ nadie estudia

Pero la realidad es que esta interacción tuvo lugar en un entorno casero y Pablo y su colega, además, son amigos, por lo que la ocurrencia en

un entorno más formal queda fuera de lugar en este caso y este *boludo* sería más bien una expresión de solidaridad, sintonía y afiliación.

Y ejemplos de este tipo, en los que el marcador *boludo* se utiliza como expresión afiliativa entre iguales, o como expresión de simpatía, solidaridad y pertenencia a un mismo grupo cerrado informal, hay muchos, porque en las condiciones dadas constituye, en realidad, un recurso automatizado, autoevidente y natural de expresar la adhesión a un colectivo que lo haya aceptado como así convencionalizado.

A lo largo del capítulo 8, hemos destacado una serie de casos en los que la confianza y el apoyo se expresan a través del marcador *boluda*, sobre todo por parte de mujeres (adultas jóvenes) –recordemos los ejemplos 9, 22, 23, 30, etc.– y otros más los veremos en los capítulos comparativos (véase, por ejemplo, la sección 10.2.5). Pero son también los hombres los que utilizan *boludo* para mostrar igualdad y simpatía o para expresar una especie de complicidad. Esto puede observarse en los ejemplos 11, 28, 33, 49, así como en los siguientes (60, 61):

(60) 041-CarRoloRola101015-GG: Rolo (Rolo, M, 37, c. media baja), Abu (Abuelo, M, 67, c. media baja); educación física

Rolo: Es que tengo la fiestita deeeee- minero en la escuela// de educación física// de loos los parientes los maté a todos

Abu (1:24:48): OOO^h/ ¡como yo/ **boludo!** (RISAS)

En el primer caso, Rolo se jacta ante los hombres presentes en el asado de que le toca asistir a una fiesta minera (un acontecimiento local) en el colegio de sus hijos, y añade que (en una competición anterior) «mató», es decir, superó en educación física a todos los padres o familiares presentes. A esto, un hombre mayor (aquí a propósito identificado como «Abuelo») le responde en broma que él (en su tiempo) también. Vemos que está conspirando ostensiblemente para igualarse a Rolo. Asimismo, es interesante que este *boludo* lo utilizara un hombre de más de 60 años.

En el ejemplo 61, Ivo le cuenta a Pablo cómo su amigo Giulio le preguntó si la selección nacional de fútbol entrena en el estadio del equipo «River» (este fragmento precede a los ejemplos 26 y 16), a lo que Ivo contestó que no, y acompañó su negación con un *boludo* afiliativo, promocionando así la imagen positiva de su interlocutor. Posteriormente, volvió a utilizar esta expresión de contacto amistoso en

relación con la misma persona cuando quiso elaborar su explicación (cabe señalar de nuevo que el marcador se utiliza en una cita de estilo directo):

(61) 023-IvoPab260915-GG, nota: Pab, Ivo (véase *supra*); debate sobre el fútbol

Ivo: ¿Seguís a la selección Pablo o no?// ¿Seguís a la selección? ¿No↓?///(2'') No me llama

Pab: ¿Sabés que no?

Ivo (19:10): Ayer Giulio-/ ayer me manda un mensaje Giulio/ y me dice/: *Hola hermano/* ahora viste me dice hermano también/ como Adri// y ese herrmano me dice/: *¿Ahora que viene la selección/* me dice/: *entrenan en RIVER?/* digo/: *No/ **boludo**//* ellos tienen su predio en Ezeiza/ a River van a jugar nada más// pero no van a entrenar en River ellos///

Ivo (19:23): (3'') Entonces/ entonces le digo/: **Boludo**// digo/: *RIVER entrena la selección/ cuando vienen/ se juntan a entrenar en Ezeiza/ si quieren*

Así, el marcador *boludo* señala igualdad social, simetría o pertenencia a un grupo social informal y puede expresar apoyo, o incluso el hablante puede pedir apoyo a través de él (cf. el primer *boluda* citado en el ejemplo 23). Gracias a que *boludo* es portador de tal información social, dirigirse a alguien directamente con él supone también personalizar el mensaje, lo que convierte a este marcador en un medio eficaz de persuasión (al utilizar una expresión afiliativa y de amistad, el hablante puede persuadir más fácilmente a su interlocutor para que haga lo que le pide –pero más sobre esto en la función conativa de la sección 8.4, así como en los ejemplos 48, 49 y otros–).

Con respecto a la cortesía, lo notable del marcador *boludo* es que pueda funcionar tanto como un recurso de promover una imagen positiva (en su versión de *boludo* eufemístico desementizado, como una expresión de solidaridad), pero, por otro lado, también puede amenazar la imagen negativa (especialmente en su versión de *boludo* conceptual original, como una palabrota o un insulto). Por supuesto, aún más interesante es el hecho de que a veces las dos estrategias van unidas –ejemplo 56 arriba, pero también los siguientes ejemplos 62 y 63 a continuación–, en los que los amigos se toman el pelo, pero al mismo tiempo saben que se quieren.

Ambos ejemplos implican la misma conversación entre Manuel, Nahuel, Rosa y la investigadora, donde en el ejemplo 62 los amigos se ríen de Rosa por siquiera preguntar en qué idioma que no fuera el inglés podría haber estado averiguando información Manuel en una feria sobre los programas de MBA de los representantes de universidades extranjeras, a lo que Nahuel comenta sarcásticamente, a cuenta de ella, que seguramente en *hebreo*. Por otra parte, en el ejemplo 63 es Manuel quien se convierte en el blanco de las burlas, al preguntar inseguro si la banda de rock de Nahuel tocará a las diez de la noche, a lo que Nahuel vuelve a responder irónicamente que seguramente será *por la mañana*:

(62) 019-ManuNahRos180915a-GG, nota: Manu, Nah, Ros (véase *supra*); estudios MBA

Ros: Y ahora que te recibís-/ ¿qué pens- qué vas a hacer?

Manu: El otro día e^htuve bu^hcando los MBAs (ENTUSIASMO)

Ros: ¿¿Los qué↑??

Manu: A los MBAs// (1,5'') los má^hters de negocio

Ros: Aaaa/ no sabí↑a/ bueno me tené^h que explicar

Manu: HE^h hE^h// todo lo que e^h tipo má^hter en educaciones
por los negocios

Ros: Sí

Manu: Le dicen MBA

Ros: Mirá vos^s

Manu: Y tienen diferentes especializaciones que es todo para administración (1'') financieera económica etcetera

Ros: Sí

Manu: Y el otro día hubo en el Sheraton una feria de MBAs internacionales [que había publicado =en Facebook

Ros: Que ahí] fuiste/ sí

Manu: Claro

Ros: ¿Y encontraste algo interesante?

Manu: E^htaban de todas las universidades del mundo

Ros: ¡QUÉ BIEN!

Manu: Eⁿtonces me puse a hablarles a los flacos

Ros: ¿En inglés o en e^hpañol?

Manu: Noo/ en inglés en inglés

Nah (38:46): En hebreo/ veo/ **boluda** (IRONÍA)

Manu: HhA^hA^h (RISAS)

(63) 019-ManuNahRos180915a-GG, nota: Manu, Nah, Ros (véase *supra*), Ms (investigadora); recital de rock

Ros: Vo^h Manu/ ¿quierés venir?

Manu: ¿Adónde van?

Ros: A [e^hcuchar la =banda deee Nahu

Ms: A ver la banda]

Manu: ¿Cuá- mañana a qué hora?

Ms: A las diez§

Ros: §A las die^h

Ms: [(RISAS)

Ros: (RISAS)]

Manu: ¿De la noche?

Ros: Sí

Nahu: Sí sí

Ms: Uuf/ de la mañana rock

Manu: Noo^h

Ms: Una [banda rock

Manu: Olvidate] noo (RISAS)

Ms: (RISAS)

Nah (57:42): De la mañana/ **boludo** (IRONÍA)

Ros: Mirá cómo te están paveando de República CHEcaa

Manuu/ no entendés naDaa (RISA)

De este modo, el *boludo/a* insultante y amenazante para la imagen negativa queda atenuado por su capacidad simultánea de ser una expresión de amistad y sintonía, o un elemento lingüístico de apoyo para la imagen positiva. La capacidad de expresar ambas cosas a la vez puede así explicarse de nuevo por el hecho de que las claves contextualizadoras que no gozan de significado pleno (aquí el marcador) se adaptan a su contexto al tiempo que participan en su formación. Además, pueden llevar una carga emotiva y transmitir procedimentalmente una serie de significados adicionales (indicando fuerza ilocutiva, etc.). Este fenómeno puede explicarse mejor en palabras de Tannen (2007, véase la sección 3.9.4), a saber, que todos los enunciados son a la vez *ambiguos*, en el sentido de que pueden reflejar tanto el poder (jerarquía, etc.) como la solidaridad (igualdad), y *polisémicos*, es decir, que pueden reflejar ambas cosas simultáneamente.

Un fenómeno similar puede darse en determinadas circunstancias en la familia, donde las relaciones son, por lo demás, algo más je-

rárquicas que entre amigos y el uso de *boludo* no siempre es aceptable por razones de cortesía. Pero sobre esto volveremos en breve. Lo que hay que señalar ahora, sin embargo, es que incluso dentro de la familia existen relaciones de una igualdad prácticamente absoluta, sobre todo entre hermanos, o en el círculo familiar más amplio también entre primos, en las que el uso del marcador *boludo/a* está permitido sin restricciones especiales, sobre todo si los hermanos o primos están próximos no solo en estatus sino también en edad.

Ya hemos tenido ocasión de ver un intercambio de este tipo entre hermanas en los ejemplos 13 y 37, respectivamente, y la siguiente interacción es un caso similar, en el que Beata juega a *Adiviná adivinador* con su hermana, dirigiéndose directamente a Rosa como adivinadora. Pero como esta no está especialmente interesada en participar (porque está preparando la cena), pregunta con indiferencia si Beata se refiere a ella. Finalmente, por obligación, decide acceder a la participación e insta a su hermana, con el marcador (secundario-conativo) *boluda*, a que empiece ya de una vez:

(64) 030-RosBea031015-GG, nota: Ros, Bea (véase *supra*); *Adiviná*

adivinador

Bea: Adiviná adivinador Rosa↓

Ros: ¿Yo?// Vení

Bea: Dije Rosa/ ¿Marketa se llama Rosa?

Ros (01:42): A ver→/ **boluda**→/ dale// activá

Y podríamos dar más ejemplos similares (incluido el intercambio entre primos, el ejemplo 53), pero el principio sigue siendo el mismo: siempre que los miembros de la familia sean iguales en estatus y no estén demasiado alejados en edad o en otros aspectos, el uso del marcador *boludo* más bien estará permitido (incluso entre padres o cónyuges en determinadas circunstancias, si este marcador forma parte de su repertorio verbal). En cambio, en la comunicación entre miembros desiguales en cuanto a estatus, es decir, por ejemplo, entre padres (o abuelos) e hijos, el uso del marcador *boludo* puede considerarse ya un signo de vulgaridad, falta de respeto y desconsideración, es decir, una flagrante violación de las normas de cortesía, sobre todo si fuera dirigido por los hijos a uno de los padres, es decir, en una dirección ascendente (desde abajo hacia arriba; *bottom up*).

Por otra parte, como también se ha mencionado en la sección 3.9.4, según Tannen (2007), en las sociedades occidentales, la madre

es considerada estereotípicamente como el elemento unificador de la familia, ya que tanto educa como crea vínculos familiares, por lo que es posible que, a pesar de la jerarquía familiar, en la interacción entre ella y lo/as hijo/as, en condiciones contextuales específicas, se utilice el marcador *boludo/a*, por ejemplo, en una conversación humorística y relajada (véase aquí la sección 10.2.3). Por el contrario, en nuestra investigación no encontramos ningún caso de *boludo* dirigido por el padre a los hijos, aunque esto no significa necesariamente que esta situación nunca se produzca. De hecho, la distribución de los sexos, el folclore interno, la personalidad de los individuos y las relaciones mutuas desempeñarán sin duda un papel importante a la hora de decidir si se utiliza o no el marcador *boludo* en una familia. En consecuencia, es de esperar que sí se produzcan algunas desviaciones de la norma idealizada (por ejemplo, que un padre utilice *boludo* con sus hijos varones o con su propio padre, etc.).

En cambio, con respecto a la cortesía negativa, o a la preservación de la imagen negativa (dignidad) del interlocutor, está claro que *boludo* no será preferible en otros entornos jerárquicos o socialmente desiguales, por ejemplo en una relación entre empleador y empleado, entre un proveedor de servicios y un cliente, entre un profesor y un alumno, y eso sobre todo porque por mucho que se haya gramaticalizado, rutinizado o eufemizado, es claramente una expresión de un estilo coloquial altamente informal con una fuerte connotación expresiva dada por su significado peyorativo originario. No obstante, no nos extenderemos más sobre este tema aquí, ya que volveremos a él al comparar el marcador *boludo* con el marcador *che* (especialmente en las secciones 10.2.3-10.2.4).

8.6 *Boludo* y variables sociales: primeras observaciones

Además de las cuestiones relacionadas con el tema de la sociolingüística interpretativa o interaccional de la sección anterior, es conveniente resumir algunos hechos sobre las variables sociales que puedan incidir en la frecuencia de aparición del marcador *boludo* antes de proceder al análisis cuantitativo propiamente dicho.

A lo largo del capítulo 8 hemos podido observar que el marcador *boludo* es utilizado tanto por hombres como por mujeres de diferentes edades (incluso de más de 60 años) y de diferentes clases socia-

les (baja, media baja, media alta, alta). No obstante, hemos visto que algunos grupos están más fuertemente representados que otros. Por ejemplo, con respecto a la edad, el grupo de aproximadamente 23 a 30 años resultaba dominante, y en cuanto a la estratificación por clases, predominaba la clase social media alta. De ello, pues, podríamos extraer hipótesis de trabajo, a saber, que el marcador *boludo* será utilizado con mayor frecuencia por el grupo de edad en la fase más productiva de la vida y, a pesar de su origen peyorativo, que también será utilizado con frecuencia incluso por las clases sociales más altas. Pero no queremos desvelar aquí cuál será el contenido de los análisis cuantitativos, por lo que nos limitaremos a estas observaciones periféricas.

Es evidente, de todos modos, que algunos de los individuos estudiados (Rosa, Nahuel, Armando, Pilar y otros) utilizan el marcador con más frecuencia que otros participantes en la investigación, lo que puede deberse a que sus grabaciones de habla se incluyeron en mayor medida en los análisis cualitativos, o simplemente a que las situaciones de comunicación en las que se captaron eran las más propicias y características para la aparición del *boludo* (interacciones entre amigos). Y, por supuesto, también pueden influir las preferencias individuales de los hablantes y su idiolecto.

Ahora bien, tomando en consideración lo que se ha dicho sobre el marcador *boludo* en relación con el estilo, la cortesía y las relaciones interpersonales, o sea, dado su uso típico en conversaciones muy informales y relajadas dentro de las comunidades de práctica, donde suele funcionar como forma de expresar solidaridad, igualdad y sintonía entre los interlocutores, prevemos que el contexto de interacción intragrupal íntima tendrá un impacto más pronunciado en la frecuencia de uso y, por lo tanto, deberá tenerse en cuenta en los análisis cuantitativos.

8.7 Resumen

El capítulo 8 se dedicó a un análisis cualitativo del marcador *boludo*, a través del cual intentamos describir los principales rasgos característicos del *boludo* desde una perspectiva pragmática e interaccional-sociolingüística. Presentamos los problemas fundamentales asociados al análisis posicional del *boludo*, explicando lo complicado que resulta demarcar la unidad básica de referencia con la que se relaciona el marcador dado. Mediante ejemplos, ilustramos qué papel

desempeña dentro del mecanismo conversacional, cómo maximiza la relevancia del mensaje, qué funciones comunicativas representa o apoya con su aparición, en qué contextos situacionales-comunicativos se produce, cómo se relaciona con la cortesía y las relaciones sociales entre los participantes de la interacción, etc.

Tal vez pueda parecer que algunas cuestiones han quedado sin respuesta o que se les ha prestado menos atención de la que el lector esperaría. Y, por supuesto, es probable que efectivamente hayamos omitido algunos rasgos o aspectos del uso del marcador *boludo*, ya que –como hemos señalado en varias ocasiones– es prácticamente imposible documentar todos los contextos en los que se utiliza no solo este marcador, sino de hecho cualquier marcador conversacional, puesto que no existe una lista definitiva de contextos comunicativos y, además, depende en gran medida de la creatividad de los hablantes individuales. Sin embargo, nos hemos abstenido deliberadamente de describir en detalle algunos temas seleccionados, ya que pretendemos tratarlos en los análisis comparativos, principalmente porque algunas de las características y funciones de un marcador solo salen a la superficie con más claridad cuando se contrastan con otro marcador (en nuestro caso, el *che* argentino).

Concretamente, se examinará con más profundidad la aceptabilidad de los marcadores en el contexto familiar o en un entorno laboral o de cualquier otro tipo jerárquico, se contrastarán las posiciones que ocupan preferentemente y las funciones que desempeñan principalmente dentro de ellas, se considerará el impacto que tienen las categorías gramaticales originarias en la naturaleza de estos y se comparará su validez estilística, su expresividad y la forma en que son percibidos y aceptados por la sociedad argentina. Posteriormente, la comparación se realizará también desde un punto de vista cuantitativo. Sin embargo, a estas tareas nos dedicaremos más adelante, en el capítulo 10. Ahora pasaremos al estudio cuantitativo del marcador *boludo* en sí.

9. Análisis cuantitativo de *boludo*

El análisis funcional demostró que el marcador *boludo* ocupa un lugar destacado en la conversación de los hablantes nativos argentinos, ya que se utiliza abundantemente en diversos contextos, sobre todo informales, y en situaciones muy relajadas, lo que a menudo da la impresión de que su aparición es predominante en el habla de los jóvenes y adolescentes, que son los que mantienen conversaciones desenfadadas con mayor frecuencia. No es de extrañar, pues, que *boludo* no pocas veces constituya el tema de trabajos enfocados al estudio del habla juvenil, como es el caso, por ejemplo, de Jørgensen (2009, 2011, véase más adelante). Ahora bien, la realidad no se corresponde del todo con esta suposición (como hemos podido observar a través de los ejemplos citados en la sección cualitativa), visto que *boludo* figura a menudo en el habla de adultos y, a veces, incluso de personas bastante mayores.

Nuestro objetivo será, por tanto, comprobar cuantitativamente si la edad es la única variable relevante que afecta a la recurrencia de *boludo* y, en caso contrario, descubrir qué otros factores influyen en la naturaleza sociolingüística de este marcador. Aparte de la edad, consideraremos en particular la distribución del marcador *boludo* en las diferentes clases sociales introducidas aquí en el capítulo 7, y evaluaremos también la frecuencia de su uso según el sexo. Como ya hemos adelantado en varias ocasiones, se han elegido estas variables sociales principalmente para poder comparar la distribución cuantitativa del marcador *boludo* con la del marcador *che* (cf. la sección 10.3), que se analizó en 2014 en función de las mismas categorías. Además, dada la etimología de la palabra *boludo* y su sensibilidad observada a la (in)formalidad de la situación, suponemos cierta intervención de la alternancia de estilo responsiva (reactiva) pero también estratégica (proactiva).¹²¹

121 Una versión anterior de este capítulo se ha publicado como estudio aparte (cf. Šmídová, 2017).

9.1 El papel de la edad

Se ha señalado que el uso del marcador *boludo* suele atribuirse a los jóvenes y adolescentes (cf. Jørgensen, 2009, 2011, en los que solo se estudian hablantes de entre 13 y 19 años). Esta afirmación también está documentada por algunos diccionarios (la negrita es nuestra):

1. *Diccionario de americanismos*, ASALE (2010: 274, también en línea, aquí cf. la sección 7.4.1):

a. ∥ ~. fórm. Ar. **juv.** Se usa para dirigirse a un amigo.

2. *Diccionario de uso del español*, Moliner (3ª ed., 2007: 414):

⊙ Arg., Ur.; inf. Se emplea como *apelativo amistoso entre **jóvenes**

3. *Nuevo diccionario de americanismos. Tomo II. Argentinismos*, Haensch y Werner (1993: 93):

3 juv Es usado por un **juven** para dirigirse a otro con el que media una relación de amistad y confianza

Sin embargo, esta actitud no coincide con nuestras observaciones, lo que nos lleva a formular la siguiente pregunta: ¿Es *boludo* realmente un recurso reservado a la juventud? Otros investigadores admiten su presencia en el habla de los adultos (por ejemplo, Ramírez y Estrada, 2003, quienes analizan el marcador *boludo* en hablantes de 18 a 45 años),¹²² pero descuidan la actitud de los hablantes de más edad, lo que plantea otra inquietud: ¿Realmente los hablantes mayores se abstienen de utilizar el marcador *boludo*? Basándonos en nuestra experiencia con la variedad de español aquí estudiada, consideramos conveniente comprobar la dependencia directa de la frecuencia de uso del marcador *boludo* de la (baja) edad y buscar otros factores que puedan intervenir en su recurrencia.

122 Pero estas autoras también destacan el predominio de los jóvenes y adolescentes (Ramírez y Estrada, 2003: 342): «El uso del *insultivo* es, a esta altura y en Buenos Aires, una norma sociolingüística casi obligada en ciertos contextos de solidaridad, sobre todo entre hablantes adolescentes y jóvenes, aunque nuestros registros lo extienden a hablantes de casi 50 años.» Cabe recordar que por *boludo insultivo* no se entiende su acepción vulgar, sino el *boludo* íntimo e inofensivo.

9.2 Influencia de la variación estilística

Como ya ha indicado el análisis cualitativo, uno de los criterios que influye significativamente en la frecuencia de *boludo* es sin duda la alternancia de estilos. Pongamos algunos ejemplos: 1. Rosa (una chica de 23 años, estudiante de Biotecnología y miembro de la clase media alta, que ya ha sido mencionada en numerosas ocasiones y volverá a serlo) apenas utiliza el marcador *boludo* en su rutina comunicativa cotidiana. En concreto, durante dos meses de observación continua (no necesariamente de grabación) en 2015, se registró un total de 5 ocurrencias en su interacción cotidiana, 2 de las cuales se produjeron en casa (ninguna de ellas dirigida a su padre). En cambio, cuando se reunía con sus amigas más cercanas, su comportamiento verbal cambiaba tan radicalmente que la recurrencia de *boludo* alcanzaba un total de 42 ocurrencias en aproximadamente una hora de grabación. 2. Armando (hombre, 27 años, estudiante de Biotecnología, clase media alta) ilustra una tendencia similar: 1 ocurrencia en un día corriente, 0 en presencia de su madre, 13 ocurrencias en una hora de grabación durante una juntada completamente informal con compañeros de la universidad. 3. Pilar (mujer, 23 años, estudiante de Economía, clase alta): 1 ocurrencia durante un día corriente, 26 ocurrencias tomando café y mate con amigas (véase más en la Tabla 8 de la próxima sección, 9.3).

Ahora bien, estas cifras no bastan para rebatir que la elevada recurrencia de *boludo* es puramente una cuestión de edad, ya que todos los hablantes recién mencionados pertenecen aproximadamente al mismo rango de edad. No obstante, entre personas mayores también hallamos semejante comportamiento responsivo-variacional, como lo demuestra Rolando (hombre de 58 años, mecánico de automóviles, clase media baja), que no llegó a utilizar *boludo* ni una sola vez en su día común y corriente, mientras que durante una charla amistosa con otros hombres de distintas edades (que eran todos, sin embargo, aficionados al automovilismo, al fútbol y al asado argentino, es decir, que formaban una cierta comunidad de práctica) sí utilizó el marcador en cuestión un total de 12 veces (y otro ejemplo de este tipo lo veremos en la siguiente sección).

Así pues, nos encontramos con una tendencia que no es una mera correlación entre la edad y la frecuencia de uso del marcador *boludo*, sino una especie de esquema de dos conductas o acciones comunicativas distintas que coexisten en el repertorio verbal informal de un mismo hablante. El primero es más o menos neutro, en tanto que el

segundo requiere un estímulo particular (de naturaleza contextual-situacional) capaz de suscitar un uso mucho más frecuente del marcador en cuestión. Esta alteración del comportamiento neutro termina una vez anuladas o abandonadas las circunstancias contextuales que activaron la recurrencia incrementada.

Dado que ya hemos operado en parte con números, esta sección es una especie de fase de transición entre los aspectos cualitativos y cuantitativos. Nuestra convicción es, por tanto, que en el caso del *boludo/a* (o de un marcador conversacional similar, como el *huevón/huevona* chileno, el *güey* mexicano, el *vole* checo y posiblemente el *tío/tía* español o el *dude* angloamericano, entre muchos otros), no nos podremos conformar únicamente con el conocimiento cuantitativo, puesto que siempre dependerá de si estamos grabando un habla coloquial cotidiana *neutra* o un habla coloquial estilísticamente (situacionalmente) *marcada*.

Además, como hemos dicho, incluso un estilo responsivo es muy difícil de operacionalizar de manera que pueda medirse cuantitativamente de forma objetiva (véase las secciones 4.4.5 y 4.4.6), y prácticamente todo cambio reactivo es, a la vez, un cambio proactivo (el hablante *quiere* crear un contexto de solidaridad, el hablante *quiere* evocar un ambiente relajado y amistoso, el hablante *quiere* ser visto como parte de un colectivo, etc., lo que son actitudes volitivas que difícilmente podrían expresarse numéricamente). Por otro lado, sin embargo, ni siquiera el uso de herramientas computacionales capaces de obviar esa habla estilísticamente marcada y centrarse únicamente en el habla neutra nos satisface, ya que el valor estilístico de *boludo* es inherente a su naturaleza (etimológicamente dada), y sin estudiarlo nunca obtendríamos una imagen fiel de lo que realmente es como marcador.

9.3 Principales observaciones cuantitativas

El estudio copia el esquema estratificado introducido en la sección 7.5: para el análisis cuantitativo de *boludo*, se recopilieron datos de 48 hablantes como representantes de cuatro clases sociales (baja: CB, media baja: MB, media alta: MA, alta: CA), tres grupos de edad (10-20, 21-40, 41-60 años) y ambos sexos (M/F). Así, cada clase social estuvo representada por 12, cada grupo de edad por 16 y cada sexo por 24 hablantes. También nos propusimos grabar a cada hablante durante aproximadamente una hora, lo que dio como resultado unas 46 horas

de grabaciones y apuntes adicionales para la investigación cuantitativa. A continuación, recapitulamos el esquema en las Tablas 8 y 9 en el contexto de la presentación de las ocurrencias de *boludo* por categoría.

Resumamos ahora los datos numéricos más relevantes: el número total de ocurrencias de *boludo*, *boluda*, *boludos*, *boludas*, *bolú* fue de **235**, lo que corresponde a 5,11 ocurrencias por hora (la suma de ocurrencias del marcador *boludo* también cumple el requisito de un número mínimo de ocurrencias de la variable dependiente para los estudios sociolingüísticos, que se establece en $N = 30$, véase Milroy y Gordon, 2003: 163 y s., aquí la sección 4.4.2). Las mayores variaciones y discrepancias que documentamos con respecto a la hipótesis de que el uso recurrente del marcador *boludo* es prevalente entre los jóvenes son evidentes en la Tabla 8 y se describen a continuación; la Tabla 9 contiene un resumen de las ocurrencias, etiquetadas con seudónimos para facilitarle al lector la navegación por el texto. La distribución específica con respecto a la edad, la clase social y el sexo se presenta en tablas y gráficos particulares en las páginas que siguen.

Tabla 8: Distribución de ocurrencias de *boludo*

Clase	Edad	Hombres		Mujeres	
		Hombre 1	Hombre 2	Mujer 1	Mujer 2
Baja	10-20	2	0	4	0
	21-40	5	4	6	2
	41-60	1	12	0	0
Media baja	10-20	0	0	2	0
	21-40	3	9	2	2
	41-60	12	3	0	0
Media alta	10-20	0	1	6	10
	21-40	27	13	42	16
	41-60	2	3	2	0
Alta	10-20	3	1	0	4
	21-40	0	10	26	0
	41-60	0	0	0	0

Tabla 9: Tabla detallada de la distribución de ocurrencias de *boludo* con seudónimos

Clase	Edad	Hombres				Mujeres			
		Posición. Nombre <i>n</i> de ocurrencias				Posición. Nombre <i>n</i> de ocurrencias			
Baja	10-20	1. Nacho	2	2. Sergio	0	3. Yasna	4	4. Florinda	0
	21-40	5. Hernando	5	6. Festa	4	7. Pamela	6	8. Juliana	2
	41-60	9. Francisco	1	10. Ivo	12	11. Sueca	0	12. María	0
Media baja	10-20	13. Lauta	0	14. Bauti	0	15. Martina	2	16. Eliana	0
	21-40	17. Rolo	3	18. Lucas	9	19. Mona	2	20. Marina	2
	41-60	21. Rolando	12	22. Aviático	3	23. Carmen	0	24. Tina	0
Media alta	10-20	25. Gael	0	26. Pato	1	27. Cristal	6	28. Beata	10
	21-40	29. Nahuel	27	30. Armando	13	31. Rosa	42	32. Mariana	16
	41-60	33. Pablo	2	34. Profesor	3	35. Norma	2	36. Valeria	0
Alta	10-20	37. Pedro	3	38. Bulrich	1	39. Irene	0	40. Ailín	4
	21-40	41. Manuel	0	42. Marcelo	10	43. Pilar	26	44. Paula	0
	41-60	45. Draco	0	46. Paolo	0	47. Graciela	0	48. Griselda	0

Los datos resaltados en la Tabla 8 destacan los aspectos problemáticos más importantes. No obstante, la siguiente evaluación no debe tomarse de forma dogmática, sino que la interpretación debe relativizarse en virtud del tamaño de la muestra (en lo sucesivo, las ocurrencias se denotan con la unidad [*n*]):

Primero, lo que puede considerarse significativo es el elevado uso del marcador *boludo* en algunos hombres mayores (hombre #10 «Ivo», clase baja, 12 *n*, concretamente 55 años; hombre #21 «Rolando», clase media baja, 12 *n*, concretamente 58 años), que ya hemos advertido, y, por otra parte, la ausencia de este en mujeres de 41 a 60 años y de forma general en personas de esa edad de la clase más alta. De ello se deduce que el marcador *boludo* también puede encontrar su aplicación en el grupo de mayor edad (para los hombres en cuestión, se trataba de la comunicación grupal con otros hombres), si bien es poco probable que sea de alcance universal, ya que las mujeres del tercer grupo de edad (cf. la sección 10.4 dedicada a la introspección) y las personas de la misma edad de clase alta se distancian de él.

El segundo punto de discordia es el problema de la *presencia* del cambio de estilo comentado anteriormente (hombre #30 «Armando», clase media alta, 21-40 años, 13 *n*; hombre #42 «Marcelo», clase alta, 21-40 años, 10 *n*; mujer #31 «Rosa», clase media alta, 21-40 años, 42 *n*; mujer #43 «Pilar», clase alta, 21-40 años, 26 *n*; mujer #32 «Mariana», clase media alta, 21-40 años, 16 *n*) y, a la inversa, su *no necesaria* presencia en algunos otros hablantes de entre 21 y 40 años (en particular, hombre #29 «Nahuel», clase media alta, 27 *n*, sobre el cual, sin embargo, sabemos que en su caso no se trata de un fenómeno repentino, sino hasta cierta medida de un uso común, ya que suele utilizar el marcador *boludo* a lo largo de todo el día, incluso en su comunicación rutinaria neutra). También aquí, pues, vuelve a emerger la necesidad de combinar estrategias analíticas cualitativas y cuantitativas en el estudio de los marcadores, pues de lo contrario sería imposible explicar estas desviaciones.

Por último, una tercera observación significativa es la muy escasa recurrencia de *boludo* en general entre las personas más jóvenes de la muestra (10-20 años), con la excepción de una mujer (#28 «Beata», 10 *n*) de clase media alta, de la que sabemos, no obstante, que acaba de cumplir 20 años, por lo que es probable que su comportamiento verbal se esté aproximando a la segunda categoría de edad. A pesar de que no podemos atribuir una validez absoluta a los hallazgos aquí expuestos, la baja frecuencia de aparición en el grupo de edad más joven contradice en gran medida lo que se suele afirmar, a saber, que el marcador *boludo* domina en el habla de jóvenes y adolescentes. Esto podría tomarse como un indicador del desarrollo diacrónico en el sentido de que en las últimas dos décadas seguían siendo los jóvenes los que más utilizaban el marcador, pero que para el día de hoy ya han envejecido y se sitúan en el grupo de edad de 21 a 40 años, conservando la expresión estudiada (esto significaría que el uso de *boludo* es un testimonio del repertorio verbal de una generación específica). En cualquier caso, se ofrecen más explicaciones posibles al respecto, sobre las cuales volveremos con más detalle en la siguiente sección.

Por otra parte, hay un equilibrio notable en el número de ocurrencias entre los hablantes de clase social baja en la franja de edad de 21 a 40 años, y una situación relativamente pareja para los hablantes de clase media baja en la misma franja de edad, con la excepción de un hablante que es hombre (#18 «Lucas»), pero cuyas 9 ocurrencias están de nuevo indexadas por un cambio de estilo (en concreto, por su interacción con amigos en el auto de camino a la fiesta de cumpleaños de su amigo).

Consideramos interesante comentar también que si descartamos los valores extremos que sabemos que fueron causados única o parcialmente por el cambio de estilo (es decir, si eliminamos la influencia del estilo, por más que este procedimiento no nos parezca el más adecuado a la hora de estudiar el marcador *boludo*), nos encontramos en el rango de unas 0-5 ocurrencias por hora y por persona (es decir, incluso las 6 ocurrencias de la mujer #27 «Cristal», de 10-20 años, de clase media alta, fueron pronunciadas bajo la influencia del estilo, y este es también parcialmente el caso de la mujer #7 «Pamela», de 21-40 años, pero para la que su pertenencia a la clase baja también juega un papel). Por otra parte, muchas de las no ocurrencias también se deben a la intencionalidad (por ejemplo, la no utilización estratégica de *boludo* por parte del grupo de mayor edad de clase social alta, por parte de las mujeres de 41-60 años en general, etc.), por lo que aún es necesario eliminar este polo extremo.

La *moda*, que de otra forma sería 0 (pues aparece 18 veces en total), puede considerarse entonces el 2, que aparece 7 veces en la tabla. Esto coincide con la *mediana*, que también es igual a 2. Así pues, podemos afirmar con cierto margen que en una conversación cotidiana neutra el marcador *boludo* rondará las 2 ocurrencias por hora y en algunos grupos sociales tenderá a cero, mientras que al producirse el cambio de estilo sus valores serán considerablemente más altos, pudiendo alcanzar de forma demostrable niveles de varias decenas de ocurrencias por hora. Aunque la *media* aritmética de 5,11 ocurrencias por hora se desvía significativamente de los demás valores medios, refleja con bastante claridad que el cambio de estilo se produce en una amplitud significativa de la comunicación en la que se utiliza el marcador *boludo*, lo que es también una observación crucial.

Para concluir la sección, nos gustaría añadir que, si bien es cierto que los análisis cuantitativos suelen ser despersonalizados (siendo los hablantes definidos por la intersección de los valores pertinentes de las categorías respectivas), en aras de la claridad, hemos ido indicando a propósito los seudónimos de los participantes individuales en la investigación para facilitar la orientación del lector en la tabla, así como para permitirle vincular el contenido del análisis cuantitativo con el análisis cualitativo.

9.3.1 Boludo y la edad

A continuación, nos detendremos brevemente en algunos detalles relativos a la recurrencia del marcador *boludo* en función de la edad (y el sexo). Para este fin, nos servirán las siguientes tablas (Tabla 10 en números absolutos de ocurrencias n , y Tabla 11 en porcentaje) y el Gráfico 1.

Tabla 10: Número de ocurrencias n por **edad** y sexo

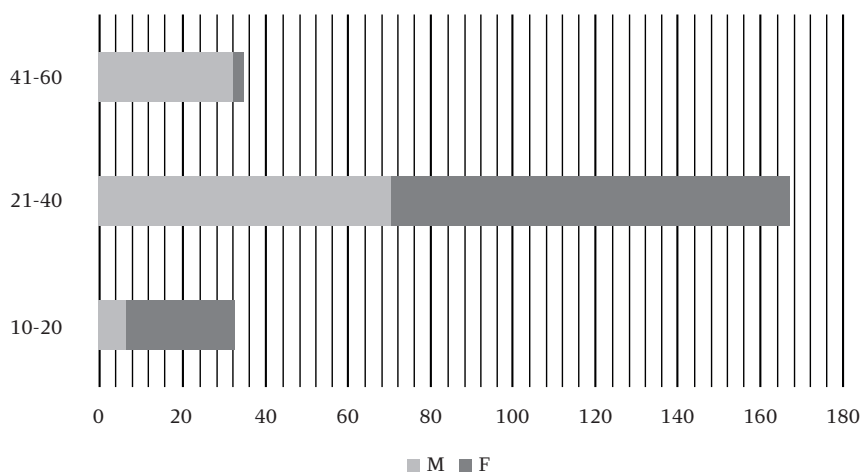
Sexo Edad	M	F	Total
10-20	7	26	33
21-40	71	96	167
41-60	33	2	35
Total	111	124	235

Tabla 11: Proporción de ocurrencias en % por **edad** y sexo

Sexo Edad	M	F	Total
10-20	3%	11%	14%
21-40	30%	41%	71%
41-60	14%	1%	15%
Total	47%	53%	100%

Gráfico 1: Distribución de *boludo* por **edad** y **sexo**

Boludo: edad y sexo



Las Tablas 10 y 11 y el Gráfico 1 informan de la recurrencia de *boludo* en función de la edad, al tiempo que se diferencia la prevalencia por sexo para mostrar cómo se relacionan estas dos variables sociales y cuál es su impacto conjunto en el uso de *boludo*. La representación gráfica muestra una distribución en forma de U invertida (\cap) o más bien en forma de V (\wedge) de las ocurrencias de *boludo* debido a la diferencia de más del 55 % entre el grupo de mediana edad (71 %) y los grupos de menor y mayor edad (14 % y 15 %, respectivamente; presentaremos otro gráfico para aclarar esta distribución en la sección 10.3 al realizar un análisis comparativo con el marcador *che*). En el capítulo 4, dedicado a la sociolingüística, vimos que tal distribución de ocurrencias tiende a ser típica de la edad y podría interpretarse aquí de dos maneras: (a) el marcador *boludo* refleja una tendencia generacional que, hace unos 20 años (cuando, por ejemplo, Ramírez y Estrada, 2003, publicaron su trabajo), pasaba por el grupo de edad más joven y en la época de nuestra investigación ya concernía al segundo grupo de edad; (b) el marcador *boludo* es un recurso propio de una determinada etapa de la vida –aquí, la fase más productiva, en la que las personas llevan una vida social más vivaz y se asocian más en colectivos informales cerrados–.

En cuanto a la primera posibilidad, la diacronía contribuirá sin duda en cierta medida al desarrollo de la curva de frecuencia de *boludo*, pues los marcadores conversacionales suelen constituir modas

que experimentan altibajos (véase también Šmídová, 2014a: 68, 117), pero algunos de ellos (aunque normalmente no con tanta frecuencia de aparición) persisten y se anclan en la lengua durante mucho tiempo (cf. por ejemplo también *che* en el capítulo 10). Los juicios introspectivos de los hablantes nativos (como veremos en la sección 10.4) y nuestras observaciones personales sugieren, sin embargo, que incluso los adolescentes actuales siguen utilizando el marcador *boludo* con relativa abundancia, por lo que es poco probable que una fluctuación tan marcada en el eje de frecuencias sea resultado únicamente del factor temporal, sino también de otras influencias.

La segunda interpretación se apoyaba en la teoría de las etapas vitales. Y efectivamente, sí podemos contar con un cierto grado de su influencia, pero tampoco será absoluta, ya que para el grupo en edad más productiva (aquí de 21 a 40 años) no solo son más habituales las conversaciones informales, sino que, por otro lado, en el ámbito laboral o académico, también es frecuente la interacción formal, en la que normalmente no figura el marcador *boludo* y que abarca una parte importante de su comunicación cotidiana.

Otra opción es que la franja de la juventud haya sido definida de forma inadecuada y deba ampliarse a la edad en la que los estudiantes abandonan la universidad (en torno a los 25 años), puesto que es justo entonces cuando es más habitual que formen comunidades de práctica y construyan sus identidades. Sin embargo, esto es problemático, ya que solo una fracción de la población de esa edad cursa estudios universitarios, en tanto que el resto se incorpora antes al mundo laboral o, en su caso, no trabaja en absoluto (sobre todo la clase social baja), por lo que habría que establecer criterios multinivel, pero no disponemos del espacio necesario para abordarlos aquí, ni contamos con recursos y herramientas necesarias para un análisis de este tipo. Además, las categorías de edad establecidas deben conservarse con vistas a la posterior comparación del marcador *boludo* con el *che*.

En consecuencia, queda patente que otra fuente de influencia debe estar actuando en la altísima prevalencia del marcador *boludo* en el grupo de mediana edad. Si bien no negamos que el segundo grupo de edad (21-40 años) es claramente el usuario mayoritario de *boludo* con un 71 %, debemos mantener cierta prudencia respecto del porcentaje resultante, ya que en los datos se refleja un cambio de estilo reactivo-proactivo que pudo influir, y de hecho influyó, en la recurrencia de *boludo* en determinados casos (citados anteriormente: Rosa, Pilar, Mariana, Armando, Marcelo, Lucas, pero también Pamela).

Tomando de nuevo el caso de Rosa como modelo, podríamos argumentar hipotéticamente que si hubiéramos optado por grabar a esta hablante en una ocasión distinta a un encuentro con sus amigas, la casilla correspondiente podría no haber estado tan dominada por un valor tan alto (42 *n*, es decir, alrededor del 18 % del total de 235 ocurrencias registradas en la muestra), lo que habría repercutido claramente en la situación global con respecto a la edad y el sexo. Del mismo modo, si hubiéramos tenido –permitamos ahora esta simplificación– la *suerte* (o más bien, por coincidencia) de haber grabado a más adolescentes que solo Cristal y Beata en una situación propensa al uso de *boludo*, el resultado podría haber sido diferente. Ahora bien, si excluimos de los análisis estas interacciones tan marcadas por el estilo, seguiremos sin disponer de datos plenamente relevantes, ya que el marcador *boludo* está intrínsecamente indexado por el estilo (véase la sección 9.2 anterior). Así pues, nos movemos en círculo, aunque en la sección anterior (9.3) sí llegamos a algunas conclusiones en cuanto a la eliminación de influencia estilística.

En cuanto al factor etario, aún debe aclararse la situación del grupo de mayor edad aquí considerado (41-60 años). Es interesante observar que, si bien esta categoría comienza ya a partir de los 41 años, el número de ocurrencias no es muy elevado (15 %), a pesar de que seguimos hablando de personas en edad de trabajar (no incluimos a las personas mayores de 60 años en los análisis cuantitativos por las razones de frecuente separación social mencionadas aquí varias veces y también por motivos de comparación con el marcador *che*, aunque para los análisis cualitativos y las investigaciones introspectivas sí hemos obtenido datos de algunos de este tipo de hablantes, véase, por ejemplo, el capítulo 10). No obstante, desde una perspectiva inversa, también podemos observar que, en comparación con el grupo de edad más joven (14 %), el porcentaje de uso de *boludo* por mayores no es insignificante, lo que refuerza una vez más nuestra opinión de que no son únicamente los jóvenes quienes utilizan el marcador *boludo*.

En este punto, es importante mencionar que la distribución por **sexos** probablemente desempeña un papel decisivo en dicho grupo etario. Aunque la situación es similar entre hombres y mujeres a nivel general (47 % y 53 %), en el grupo de mayor edad son los hombres (y especialmente los de las clases sociales más bajas) los que utilizan *boludo* con una elevada frecuencia (véase Ivo y Rolando), en la comunicación amistosa casual con otros hombres, mientras que las mujeres «más mayores» se distancian de este marcador (la mujer de 49 años

#35 «Norma» es una excepción con sus dos ocurrencias, de las que, en realidad, sabemos que se produjeron en una interacción jocosa con su hija, por lo que incluso en su caso el hecho de recurrir a *boludo* es bastante raro –y, además, ya el propio uso jocoso nos indica que la usuaria es consciente de su naturaleza estilísticamente marcada–). En contraste con el grupo más joven, donde la situación es inversa (las mujeres con un 11 % superan a los hombres con un 3 %), pero donde puede ser en gran medida una manifestación de coincidencia con la presencia del cambio de estilo en las mujeres y su ausencia momentánea en los hombres, para las mujeres de la categoría de edad más avanzada, se tratará más bien del estereotipo de hablar con finura y abstenerse intencionadamente del marcador etimológicamente peyorativo (véase la sección 10.4 sobre la introspección), ante todo dentro de las clases sociales más altas (véase la sección que sigue).

Resumiendo los resultados obtenidos hasta ahora sobre la dependencia de la frecuencia de uso del marcador *boludo* con respecto a la edad, incluso aunque los resultados anteriores no puedan considerarse definitivos y absolutamente válidos para toda la población, podemos extraer algunas conclusiones no desdeñables: 1. los adolescentes y los jóvenes no son los únicos usuarios del marcador *boludo*, y probablemente ni siquiera los principales (lo que refuta la hipótesis general presentada, por ejemplo, en la sección 9.3); 2. las personas mayores no siempre se distancian del uso recurrente del marcador; 3. la frecuencia de *boludo* está en gran medida influida también por otros factores, entre los que predomina el cambio de estilo entre el estilo conversacional neutro y el estilo conversacional grupal o íntimo, marcado situacionalmente. Así pues, hemos obtenido respuestas a las preguntas formuladas en la sección 9.1.

9.3.2 *Boludo* y las clases sociales

A continuación, procederemos a analizar la frecuencia de uso del marcador *boludo* en función de la pertenencia a la clase social (y al sexo) de los hablantes. De forma similar a la edad, disponemos de dos tablas (Tabla 12 en números absolutos de ocurrencias n , y Tabla 13 en porcentaje) y del Gráfico 2.

Tabla 12: Número de ocurrencias n por **clase** y sexo

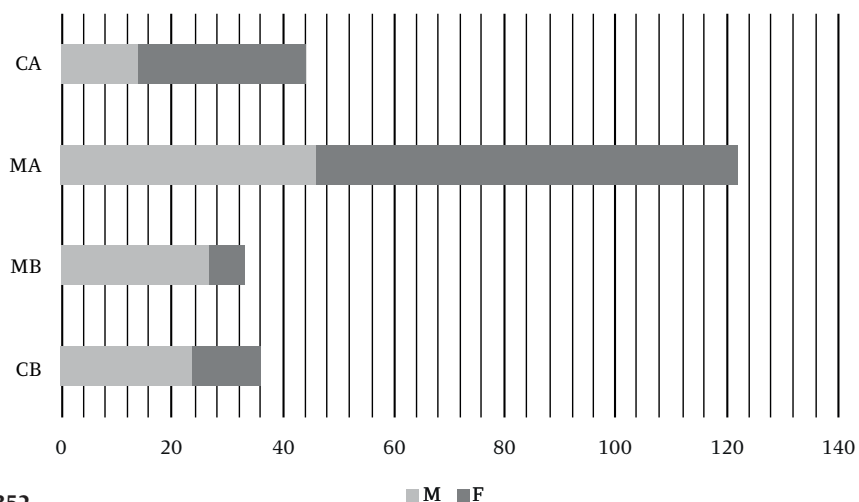
Clase \ Sexo	Sexo		Total
	M	F	
CB	24	12	36
MB	27	6	33
MA	46	76	122
CA	14	30	44
Total	111	124	235

Tabla 13: Proporción de ocurrencias en % por **clase** y sexo

Clase \ Sexo	Sexo		Total
	M	F	
CB	10%	5%	15%
MB	11%	3%	14%
MA	20%	32%	52%
CA	6%	13%	19%
Total	47%	53%	100%

Gráfico 2: Distribución de *boludo* por **clase social** y sexo

Boludo: clase y sexo



A diferencia del factor edad (que para algunos lingüistas y diccionarios es el criterio decisivo para el uso de *boludo*, véase la sección 9.1), no suele hablarse en la literatura de una relación particular entre la recurrencia de *boludo* y la clase social. Por ello, encontrar un patrón característico sin poder compararlo con una teoría existente resulta difícil. Como sugieren las Tablas 12 y 13 y el Gráfico 2, las clases sociales más bajas utilizan el marcador con una frecuencia notablemente inferior (15 % y 14 %, respectivamente) a la de la clase media alta (52 %) y también son superadas por la clase social más alta (19 %). No obstante, resulta sumamente llamativo que una expresión de origen peyorativo alcance una popularidad tan baja entre la población menos instruida. No es sorprendente, pues, que la correlación entre *boludo* y clase social también nos parezca intensamente influida por los cambios de estilo registrados de forma desigual (que a menudo sí se produjeron en las conversaciones entre los miembros de la clase media alta, pero que rara vez fueron captados en las demás clases, lo que constituye una circunstancia inherentemente contingente). Por lo tanto, los resultados en relación con la estratificación social por clases deben relativizarse en gran medida, de ahí que no nos atrevamos a afirmar que hayamos captado el conocido fenómeno de la ultracorrección en las clases más bajas.

Lo que sí resulta importante, en cambio, es la intersección de los factores *clase social-sexo* o, mejor dicho, *edad-clase social-sexo* (cf. también las Tablas 14 y 15 y el Gráfico 3 más adelante), que muestra que las personas del grupo de edad más avanzada de clase social alta son probablemente las más reticentes a utilizar *boludo*, o mejor dicho, el marcador *boludo* no forma parte habitual de su repertorio de recursos conversacionales coloquiales, al igual que sucede con casi todas las mujeres de la muestra con edades comprendidas entre los 41 y los 60 años –esto también ya lo hemos descrito anteriormente en relación con el estilo refinado y los buenos modales–. Además, parece que los hombres son los usuarios predominantes entre las clases sociales baja y media baja (la diferencia es de 51 ocurrencias para los hombres frente a 18 ocurrencias para las mujeres, es decir, aproximadamente un 22 % frente a un 8 %), pero esto debe tomarse con cierta reserva dado el tamaño de la muestra.

Resulta significativo, no obstante, que *boludo*, por muy peyorativo que sea, no represente un recurso lingüístico estigmatizador, ya que se ha demostrado que es ampliamente utilizado por la clase media alta (52 %) y no con poca frecuencia por la clase alta (19 %).

Además, nuevamente con cierto grado de estereotipo y exageración, podemos afirmar que es más frecuente entre las mujeres no solo de las clases altas, sino en general, ya que las mujeres tienden a ser más habladoras y suelen sentir una mayor necesidad por manifestar solidaridad, simpatía, sintonía, apoyo, etc. entre sí (cf. también Tannen, 2007), para lo cual el marcador *boludo* –o en este caso más bien *boluda*– constituye un medio ideal.

Para concluir, adjuntamos dos tablas (Tablas 14 y 15) y una representación gráfica (Gráfico 3) de la distribución de *boludo* por clase social junto con la edad para proporcionar una imagen completa.

Tabla 14: Número de ocurrencias *n* por **clase** y **edad**

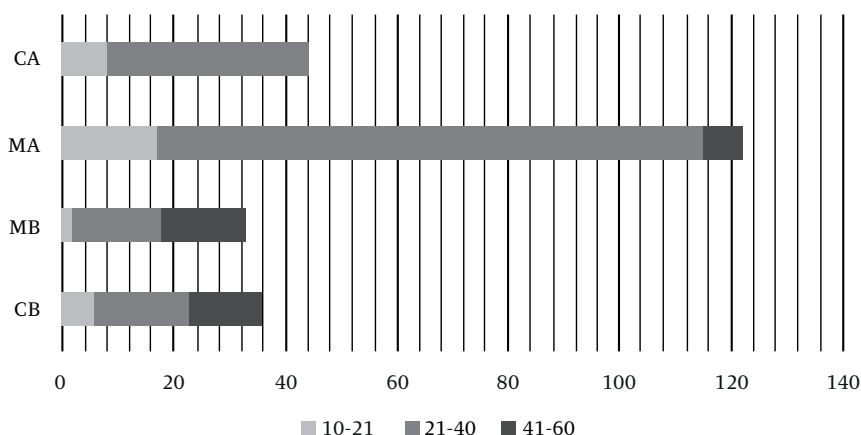
Clase \ Edad	Edad			Total
	10-21	21-40	41-60	
CB	6	17	13	36
MB	2	16	15	33
MA	17	98	7	122
CA	8	36	0	44
Total	33	167	35	235

Tabla 15: Proporción de ocurrencias en % por **clase** y **edad**

Clase \ Edad	Edad			Total
	10-21	21-40	41-60	
CB	3%	7%	6%	15%
MB	1%	7%	6%	14%
MA	7%	42%	3%	52%
CA	3%	15%	0%	19%
Total	14%	71%	15%	100%

Gráfico 3: Distribución de *boludo* por clase social y edad

Boludo: clase y edad



En vista de que anteriormente se ha dicho mucho acerca de la intersección de la clase social y la edad con respecto a la distribución de frecuencias del marcador *boludo*, nos limitaremos a resaltar algunos hallazgos: 1. existe una incidencia nula de *boludo* en las personas de más edad de clase social alta, 2. el grupo de mediana edad domina en todas las clases sociales, aunque dentro de las clases sociales más bajas su número de ocurrencias es comparable al del grupo de más edad (y, sobre todo, al de los hombres de este grupo), 3. el grupo de edad más joven no domina en ninguna de las clases, 4. la distribución en las clases más bajas es comparable. En lo que se refiere a la fluctuación del segundo grupo etario entre las clases sociales altas y de la clase media alta en general en todas las edades, ya hemos explicado en repetidas ocasiones que su causa principal parece ser la sensibilidad al cambio de estilo.

Las pruebas existentes hasta ahora sugieren que la frecuencia de uso del marcador *boludo* depende de un conglomerado de variables sociales y sociopragmáticas, que son *la edad, el sexo, la clase social y el estilo*, para cuya representación no nos valdrían modelos gráficos bidimensionales ni tampoco tridimensionales. Por lo tanto, hemos intentado describir la distribución de frecuencias de *boludo* desde múltiples perspectivas y completarla con algunas aclaraciones cualitativas, lo que, una vez más, demuestra que la investigación detallada sobre los marcadores conversacionales no puede prescindir de la triangulación de estrategias analíticas cuantitativa y cualitativa.

9.4 Resumen

Hablando del marcador *boludo*, hay que señalar que, si bien la edad es un criterio relevante para su uso, los jóvenes y adolescentes no parecen ser sus principales o únicos usuarios, ya que su prevalencia en la muestra se da entre los hablantes de entre 21 y 40 años, es decir, la generación en su edad más productiva. Además, los hablantes de mayor edad aquí estudiados (e incluso los que rondan los 60 años, cf. Ivo y Rolando) no siempre se distancian del uso recurrente de *boludo*, lo que quedó demostrado con los ejemplos de los representantes masculinos de las clases sociales baja y media baja, aunque las mujeres de más de 40 años sí parecen tener una actitud reservada hacia *boludo* y, salvo excepciones justificadas, no lo utilizan.

Sin embargo, la edad no parece ser el único factor determinante. Además, hay que tener en cuenta la variación estilística (alternancia de estilo, normalmente dentro de una comunidad de práctica), que refleja la sensibilidad al contexto y explica los cambios extremos que se producen en el habla informal de una misma persona en diferentes circunstancias. El estilo también puede considerarse una variable oculta que tiende a descuidarse, pero que sin duda interviene en la frecuencia de uso de *boludo* y de otros marcadores conversacionales comparables. Por lo tanto, debería tenerse en cuenta en los análisis sociolingüísticos, por muy complicado que resulte operacionalizarlo o identificar de forma fiable el momento exacto de su cambio.

De los resultados se desprende que la clase baja (15 %) y la media baja (14 %) utilizan el marcador con menor frecuencia que la alta (19 %) y la media alta (52 %). No obstante, dudamos de que estas clases sociales bajas se distancien hasta tal punto del uso de *boludo*, y creemos que depende mucho de si el investigador grabó por casualidad una conversación cotidiana neutra o, por el contrario, una conversación de algún modo situacional o estilísticamente marcada (y aun así informal). Pero lo esencial es que *boludo*, aunque de origen peyorativo, no es un recurso estigmatizador, ya que es ampliamente utilizado precisamente por las clases sociales más altas.

En cuanto al sexo, los resultados en la muestra son equiparables: los hombres utilizaron el marcador *boludo* un total de 111 veces (lo que supone un 47 % del total de ocurrencias), las mujeres 124 veces (lo que corresponde a aproximadamente un 53 %). La mayor frecuencia de *boludo/a* en las mujeres probablemente podría explicarse mediante estereotipos, pero la diferencia no es significativa. Un contraste se

documenta en la categoría de mayor edad, en la que las mujeres parecen evitar el marcador *boludo*, tal vez en aras de mantener un estilo refinado.

En el contexto de la interferencia de estilo, sería posible, por supuesto, utilizar herramientas que pudieran suprimir su influencia y eliminar de los análisis las interacciones afectadas por él. Pero esto no nos parece adecuado en el caso de un marcador de origen altamente expresivo, ni lo consideramos necesario para los análisis lingüísticos triangulados. Además, ya hemos explicado nuestra actitud hacia las herramientas estadísticas en la sección metodológica del libro (capítulo 6), así como en el capítulo sobre la sociolingüística (capítulo 4). Aun así, hemos intentado filtrar, al menos manualmente, los valores extremos identificando los contextos y los valores afectados por la alteración del estilo, descartándolos y utilizando la moda y la mediana para constatar que, según la muestra, los hablantes nativos argentinos pueden llegar a utilizar el marcador *boludo* en una conversación cotidiana neutra unas 2 veces por hora, excepto en el caso de determinados grupos sociales en los que la incidencia tenderá a cero.

Antes de dar por concluido el análisis cuantitativo, nos gustaría añadir que, naturalmente, sería posible cuestionar la fuerza generalizadora de las conclusiones aquí extraídas, dado que se basan en un número limitado de hablantes, y argumentar que una muestra más amplia quizá garantizaría una mayor fiabilidad. Sin embargo, recopilar datos para un análisis detallado del habla de, digamos, quinientos o mil hablantes llevaría varios años, y una empresa así requeriría un gran equipo de investigadores de campo y un presupuesto generoso (del que rara vez disponen proyectos similares), e incluso así estaríamos trabajando con tan solo una fracción de la población. Por lo tanto, reiteramos que nuestro objetivo fue ofrecer solo una visión indicativa y destacar los factores clave que más probablemente rijan la recurrencia del marcador *boludo*. Otros rasgos cuantitativamente relevantes se evaluarán en el análisis comparativo del marcador *boludo* con el marcador *che* en la sección 10.3.

10. Comparación de los marcadores *che* y *boludo*

Como ya hemos adelantado en uno de nuestros trabajos anteriores (Šmídová, 2016), los marcadores conversacionales *che* y *boludo* podrían coexistir de forma natural sin causar ninguna controversia, tal y como ocurre con muchos otros marcadores conversacionales, pero parece justo lo contrario. De hecho, hay una serie de afirmaciones, por ejemplo, por parte de las lingüistas argentinas Ramírez y Estrada (2003), así como de otros autores (véase más adelante), en el sentido de que *che*, que solía considerarse la marca única de la argentinidad, está siendo sustituido en la actualidad por el marcador *boludo*, por lo que *che* ya no es la expresión que mejor representa a la nación argentina, puesto que esta función la ha asumido *boludo*. Por otra parte, existe un grupo de autores (véase más adelante) que se oponen a tal afirmación.

Esta polémica, sin embargo, aún no ha recibido una atención académica más sistemática, por lo que intentaremos presentar aquí algunos argumentos lingüísticos y socioculturales clave que podrían conducir a un debate más riguroso y arrojar más luz sobre la disputa acerca de la intercambiabilidad de los marcadores *che* y *boludo*, tanto desde el punto de vista cualitativo como cuantitativo.

En particular, como ya hemos expuesto en el capítulo 7, dos investigaciones realizadas en 2014 y 2015 en Buenos Aires y sus alrededores constituyen la base para comparar estos marcadores conversacionales. El objeto de la primera de ellas fue rastrear la naturaleza sociolingüística del marcador *che* a través de ejemplos auténticos de interacción cotidiana entre hablantes nativos argentinos, recopilados *in situ* por la propia investigadora. El análisis constó de dos partes: un análisis funcional-cualitativo y un análisis cuantitativo.¹²³ Algunas reflexiones de hablantes nativos sobre el uso recurrente de *boludo*, otro marcador argentino, motivaron posteriormente una ampliación de la base de datos creada en 2014 y dieron lugar al lanzamiento de un nue-

123 En el estudio cuantitativo, participaron 24 hablantes nativos argentinos, que representaban de manera equitativa cuatro clases sociales, tres grupos etarios y ambos sexos (para los criterios, véase Šmídová, 2014: 13 y ss., y también aquí los capítulos 7 y 10.3).

vo proyecto de investigación (2015). Este desembocó en la definición de unos principios generales para la recopilación y el análisis de una muestra del habla coloquial para el estudio de los marcadores conversacionales (aquí el capítulo 6) y una serie de análisis, que incluyen un análisis cualitativo y cuantitativo del marcador *boludo* (aquí los capítulos 8 y 9), así como un análisis comparativo de los marcadores *che* y *boludo*, que se comentará en la continuación del capítulo 10.

En lo que respecta a la transcripción de datos y la ética, también en este capítulo comparativo, la transcripción de los ejemplos aquí citados utiliza las convenciones definidas por el grupo Val.Es.Co. (2005; véase el capítulo 7), adaptadas a las necesidades de este libro, y con el fin de preservar el anonimato, los nombres propios de personas y topónimos se sustituyen por seudónimos o apodos ficticios. Señalamos, además, que en las siguientes secciones no nos proponemos realizar una comparación exhaustiva de los marcadores en cuestión, sino que nos centraremos únicamente en los rasgos cualitativos (sección 10.2) y cuantitativos (sección 10.3) más importantes que nos puedan ayudar a desvelar si es legítimo considerar los marcadores *che* y *boludo* como equivalentes o no. Por último, las comparaciones cualitativas y cuantitativas se complementarán con una breve encuesta orientada a conocer la opinión subjetiva de los hablantes nativos argentinos sobre su propio uso de *che* y *boludo* (10.4).¹²⁴

10.1 Prefacio: ¿*che* y *boludo* equivalentes?

En épocas anteriores (y ahora nos permitiremos teorizar un poco), no habría quien hubiera dudado de cómo señalar a una persona de origen argentino, tanto dentro del mismo país como cruzando las fronteras, en el extranjero. Después de todo, ya la propia historia ha conservado un rastro significativo de la palabra argentina más difundida mundialmente en forma del apodo de un revolucionario socialista, el famoso Che Guevara. Sin embargo, como suele ser el caso de algunos europeos, se nos ha ido olvidando (debido quizás a la C mayúscula) que Che era simplemente un apodo asociado al habla de los argentinos y no el propio nombre del revolucionario. Ahora bien, para los cubanos y otros latinoamericanos no solo de su época, el *che* era una especie de rasgo distintivo de la argentinidad, un símbolo de la identidad na-

124 Algunos aspectos de las secciones 10.1 y 10.2 han sido abordados y publicados en un estudio anterior (cf. Šmídová, 2016).

cional argentina y, al mismo tiempo, una cierta marca de etnicidad (véase la sección 4.4.5).

De acuerdo con esta tendencia, hay diccionarios, guías, manuales y otros medios de comunicación que definen *che* como un sinónimo del pueblo argentino, lo etiquetan como otro gentilicio de la Argentina o, al menos, como una palabra estrechamente relacionada con dicho país latinoamericano. A continuación, citamos algunos ejemplos:

1. ASALE (2010): «che» en el *Diccionario de americanismos* (en línea):

I. adj. Ho, Pe; Ch, p.u. Relativo a la Argentina.

2. Bracken ([2005], 2ª ed., 2008: 24): «che» en *¡Che Boludo!, A Gringo's Guide to Understanding the Argentines*:

*Hay que entender también que **che** no fue adoptado al vocabulario argentino por el héroe revolucionario argentino Ernesto '**Che**' Guevara. **Che** Guevara recibió su apodo porque el uso frecuente de **che** por parte de los argentinos suele distinguirlos de otros latinoamericanos.

3. Ramos (2013) en una entrevista para el diario *LA GACETA* (en línea):

«En todos los países hispanoamericanos, "che" es sinónimo de "argentino"; ambas palabras designan lo mismo y, en algunos casos, con una impronta gloriosa sustituyendo a un nombre propio» (véase más adelante la cita más extendida).

Un fragmento de una conversación real (registrado por escrito en 2012 en la Universidad de Granada, cf. Šmídová, 2012b: 7), en cuyo transcurso un grupo de estudiantes españoles criticó el acento de un compañero argentino suyo, demuestra que sigue habiendo quienes utilizan la voz *che* para referirse a los argentinos, a veces con cierto desdén:

(65) A: ese tío es un **che** total/ lleva aquí ya un par de añitos pero.. se le sigue notando su acento boludo¹²⁵

(66) B: a ese chaval no se le entiende ni una sola palabra§

C: ¿es que es un **CHE** que no veas

125 Aquí también se observa ya cierta correlación con la palabra *boludo*.

Como es evidente, la comprensión tradicional del *che* como marca prototípica de la argentinidad no desapareció con la muerte del famoso revolucionario, sin embargo, ya en 2003 (sin negar la posibilidad de que el debate ya hubiera comenzado antes), nos encontramos con la siguiente afirmación (un tanto audaz desde el punto de vista de la lingüística) de las lingüistas Ramírez y Estrada quienes, en el contexto de la discusión sobre la etimología de la palabra *boludo*, sostienen lo siguiente (la negrita es nuestra):

Este significado injurioso de boludo/a convive, sin embargo, con una versión no injuriosa. Pareciera, entonces, que en determinadas ocasiones el vocativo boludo ha perdido su carácter de insulto y que se ha convertido en el **equivalente** de la forma **che** que solía distinguir a los argentinos y a las argentinas hace algunas décadas (Ramírez y Estrada, 2003: 337).

Diez años más tarde, en el VI Congreso de la Lengua Española, celebrado en Panamá en 2013, se hizo otra afirmación similar cuando se pidió a los representantes de los países participantes que respondieran a la siguiente pregunta general: *¿Cómo identificar a un país con una sola palabra?* Como ya hemos indicado en otro lugar (cf. la sección 7.4.1, y también Šmídová, 2016), Argentina estuvo representada por Juan Gelman, quien –pese a que se estaba ofreciendo el vocablo *che* por las razones expuestas anteriormente– optó por una respuesta algo inesperada: «*boludo*», añadiendo el siguiente comentario a su veredicto:

Es un término muy popular y dueño de una gran ambivalencia hoy. Entraña la referencia a una persona estúpida o idiota; pero no siempre implica esa connotación de insulto o despectiva. En los últimos años me ha sorprendido la acepción o su empleo entre amigos, casi como un comodín de complicidad. Ha venido perdiendo el sentido insultante. Ha mutado a un lado más desenfadado, pero sin perder su origen (Gelman, 2013, *iProfesional.com*, en línea).

A estas observaciones pueden añadirse las afirmaciones de Labraña y Sebastián (véase también Šmídová, 2014a: 85 y s.):

Era notorio nuestro uso del vocativo che, tan identificatorio de nuestra nacionalidad que en Centroamérica lo usaban como gen-

tilicio sinónimo de argentino. De ahí el Che Guevara. Últimamente el che se va perdiendo especialmente en los jóvenes en beneficio de otros vocablos como chabón, boludo, loco y sus variantes femeninas usados como vocativos (Labraña y Sebastián, 2004: 45).

Y con un poco de cautela, a estas observaciones se les pueden sumar definiciones aportadas por diversos diccionarios populares (aunque poco fundamentadas) o *pseudodiccionarios* electrónicos en los que se afirma que *boludo* **directamente significa che**, véase, por ejemplo:

Boludo/a: insulto popular sinónimo de tonto, tarado, bobo. (“¡Qué boludo!”). En su uso coloquial también significa “amigo”, “vos”, “**che**”. (“Te quiero boludo”; en “Las palabras argentinas que nadie más entiende,” *DiarioVeloz.com* 24/7, en línea).

Ahora bien, ¿es verdad que el marcador *boludo* podría considerarse **equivalente**¹²⁶ al marcador *che*, según afirman Ramírez y Estrada (2003)? En realidad, se ha formado un grupo de los que sí coinciden en que *che* está perdiendo el valor definitorio del pueblo argentino y que, en dicho sentido, está siendo reemplazado por *boludo*. Por otra parte, existe asimismo un grupo¹²⁷ representado por los defensores de la tradición que se opone a tal afirmación, sosteniendo que el marcador *boludo* es un mero modismo, mientras que *che* es una marca conversacional de mucha historia y que sigue disfrutando de una gran popularidad hasta hoy. Uno de ellos, por ejemplo, es Ramos (2013), ya citado anteriormente:

Para mí, la palabra que nos representa, desde hace más de cien años, y que por lo tanto está más allá de las modas, es el vocativo “che”, que tomamos limpiamente del valenciano (inmigración mediante), pero que en voluntariosos laberintos nacionalistas tratamos de emparentar con el guaraní y con el mapuche, donde tiene otros significados.

126 Por *equivalente* entendemos: «Dicho de una persona o de una cosa: Ser igual a otra en la estimación, valor, potencia o eficacia» (*DLE*, RAE: 2022, ed. 23.6: entrada «equivaler», 1ª acepción, en línea).

127 Cabe precisar que no se trata de grupos antagónicos formalmente constituidos, sino únicamente de la forma en que la autora intenta ilustrar la situación en disputa, aunque muchas de las posturas sí constituyen una respuesta directa a la elección de Gelman (véase Ramos, 2013).

En todos los países hispanoamericanos, “che” es sinónimo de “argentino”; ambas palabras designan lo mismo y, en algunos casos, con una impronta gloriosa sustituyendo a un nombre propio. Por ello es que estoy en desacuerdo con la palabra “boludo”, como representación de lo nacional, ya que es una moda que avasalla las creatividades regionales (Ramos, 2013, *LA GACETA*, online).

Nos encontramos así ante un debate controvertido motivado por un argumento lingüístico (a saber, la equivalencia de dos expresiones lingüísticas), cuya esencia, sin embargo, reside en una realidad no lingüística. En efecto, la idea de la equivalencia de los dos marcadores en cuestión, tal como la presentan Ramírez y Estrada (2003), no procede de un análisis funcional o cuantitativo, sino que se basa en una cuestión más bien ideológica y sociocultural, la de la representación de la nación argentina. De este modo, se entrecruzan dos dimensiones heterogéneas de la investigación, la lingüística y la social, pero sin tomar en cuenta conceptos y constructos sociolingüísticos fundamentales. En las páginas que siguen, por tanto, intentaremos proponer una nueva forma de estudiar la relación entre los marcadores en cuestión con el fin de fomentar un debate más informado, siendo el análisis comparativo, como ya hemos adelantado, llevado a cabo en tres niveles: cualitativo (10.2), cuantitativo (10.3) e introspectivo (10.4).

10.2 Comparación cualitativa

Las comparaciones cualitativas se basarán principalmente en una perspectiva funcional, aunque no es posible (ni siquiera aconsejable) abandonar por completo el concepto de la argentinidad, puesto que este parece ser un rasgo distintivo importante en las cuestiones relativas al valor estilístico de los marcadores en cuestión (véase 10.2.6 y 10.2.7 más adelante). Así, los principales argumentos para el análisis cualitativo proceden necesariamente de diferentes marcos lingüísticos y algunos sociales que, por lo anterior, no son estrictamente homogéneos. Todos ellos, no obstante, desempeñan un papel importante a la hora de decidir la des/igualdad (o la no/equivalencia) de los marcadores conversacionales *che* y *boludo*, constituyendo la interconexión entre ellos los supuestos sociolingüísticos interpretativos (conceptos de jerarquía e igualdad, distancia y solidaridad, estilo in/formal, cortesía, identidad grupal o étnica, etc.).

10.2.1 Influencia de la categoría gramatical originaria

Si bien (bajo ciertas condiciones) a las dos expresiones aquí estudiadas se les suele atribuir una función *vocativa*, *apelativa*, *atencional* o *fática* (véase las secciones 3.11.3 y 10.3.2 para más detalles), y parecería entonces que los dos marcadores conversacionales representan la misma clase desde un punto de vista categorial, no es del todo así. En primer lugar, se suele decir de *che* que es una expresión de origen **interjectivo** (sobre esto con más detalle, por ejemplo, Šmídová, 2012a, Šmídová, 2014a: capítulo 4.2, etc., donde discutimos, entre otras cosas, la teoría de Rosenblat sobre la evolución del *che* argentino a partir de la antigua interjección atencional hispánica *çe* y la conexión con el *xe* valenciano, y también el capítulo 4.3, donde tratamos el proceso de gramaticalización y pragmaticalización del *che*), mientras que *boludo/a* es, sin duda, originalmente un **adjetivo** (o, frecuentemente, un adjetivo sustantivado por determinantes). Así pues, ya la propia gramática nos sugiere una primera distinción que, por más que pueda parecer insignificante en el plano del discurso, hay que tomarla en consideración, ya que las propiedades gramaticales en cierta medida se reflejan en las funciones discursivas o conversacionales que el marcador desempeña y, en particular, en las posiciones o ranuras conversacionales permitidas o preferidas que ocupa (véase más información en las secciones siguientes).

10.2.2 *Che* y *boludo* como vocativos y su función conversacional primaria

Como muestran las conclusiones precedentes (sobre todo de la sección 3.11.3), *che* y *boludo*, en su forma sintácticamente autónoma y no integrada en la oración, pueden considerarse marcadores conversacionales legítimos que representan principalmente la función que en latín se le atribuía al caso vocativo. Las dos expresiones son, pues, desde una mirada (reflejada también en *DLE*, RAE, 2022: 23.6, entrada «vocativo», la negrita es nuestra: «1. adj. Gram. Dicho de una expresión nominal: **Que se usa en función apelativa**; p. ej., *Pepe* en *Pepe, ven un momento, por favor*. U. t. c. s. m.; 2. adj. Gram. **Apelativo. Uso vocativo.**») vocativos. Estos, sin embargo, pueden subdividirse aún más.

Bañón (1993: 73) –como autor del libro sobre el vocativo en español al que ya aludimos en la sección 3.7– sugiere (entre otras po-

sibilidades) seguir la propuesta de la superestructura conversacional de Teun van Dijk como punto de partida para distinguir los distintos tipos de vocativo. Basándonos en esta recomendación, y gracias también a la prueba de conmutación, no tardaremos en comprobar que *che* y *boludo* no siempre se identificarían con las mismas ranuras de una conversación, ni siquiera dentro de la fase de iniciación. En concreto, el marcador *che* funciona con frecuencia como una *expresión de preparación* (es decir, una expresión de la fase preparatoria de la conversación o como una mera llamada de atención, que suele ser de origen interjetivo, por lo que *boludo*, por su naturaleza adjetival, no puede realizarse aquí) que precede a una *expresión de apertura* (es decir, una expresión de la iniciación propiamente dicha de la conversación), que *boludo*, como marcador nominal de contacto, ya sí puede desempeñar.

Para demostrar lo dicho, resulta suficiente fijarnos en las construcciones fundamentales que forma el *che* y sustituirlo por el marcador *boludo*.¹²⁸

<i>Che</i> + nombre propio:	<i>Che</i> , Moní	≠	* <i>Boluda</i> , Moní
<i>Che</i> + nombre común:	<i>Che</i> , chicos	≠	* <i>Boludo(s)</i> , chicos
<i>Che</i> + otro marcador:	<i>Che</i> , boludo	≠	* <i>Boludo</i> , boludo

Como vemos, el marcador *che* tiene capacidad de atraer la atención del interlocutor deseado sin insultarlo, mientras que *boludo/a* carece de esta. Por otra parte, *boludo/a* se desarrolla fácilmente en el punto de apertura conversacional y, además, es una señal que, de acuerdo con las palabras de Rigatuso (1987: 172-174 en Bañón, 1993: 76 y ss.), «permite ubicar al hablante dentro de determinado nivel sociocultural, sexo, edad, tipo de personalidad, actitud personal, etc.» Del mismo modo, podría decirse que utilizar un ¡*Che!* independiente en la calle para llamar la atención de alguien (sin ofenderlo) y establecer así una comunicación con esa persona es perfectamente posible. En cambio, emplear un ¡*Boludo!* de este modo no solo que es poco común, sino que también requiere un marco situacional y social bien definido para que no suene vulgar, como un insulto o una falta de respeto.

128 Para los lectores de procedencia checa que no estén familiarizados con el español argentino y, por ello, no puedan imaginarse intuitivamente el impacto que tendría la confusión de dichos vocablos, recomendamos sustituir *che* por *haló* o *hej* (aunque no se correspondan del todo estilística o categóricamente) y *boludo* por *vole*. En ambos casos, es necesario preservar el contexto de la captación inicial de la atención (por ejemplo, el de llamar a alguien en la calle) durante la conmutación, dado que la prueba solo es válida bajo la suposición de que las condiciones contextuales de la fase conversacional preparatoria son idénticas.

10.2.3 Relaciones de jerarquía e intimidad en el hogar y en la familia

Otra diferencia en el comportamiento y en el empleo de los marcadores en cuestión la podemos hallar en el hogar. En una familia argentina promedio, el llamado *checheo* está generalmente aceptado y el marcador *che* lo emplean casi indistintamente todos los miembros de la familia dirigiéndose a los demás (ejemplos 67, 68):

- (67) 02-RosPab161015-PP, nota: intercambio entre la hija (Rosa, 23 años, estudiante universitaria) y su padre (Pablo, 53 años, profesor) de clase media alta; Hja1 (hija 1), Pad (padre)¹²⁹

Hja1: **che**/ pá/ me alcanzás la sal por favor

Pad: tené querida

- (68) 021-RosBeaNahNorm220915-GG, nota: intercambio entre la hija (Rosa) y su madre (Norma, 49 años, contable, profesora); Hja1 (hija 1), Mad (madre)

Hja1: **Che**→/ má/ no llesves el plato porque ju^hto^htá viniendo papá

Mad: Ah/ ¿ya llegó↑?

Hja1: (E^hcuchá)-/ e^hcuchá

Mad: ¡Buenísimo!

Como puede verse, pedirle sal al padre con la ayuda de *che* es perfectamente aceptable y no da origen a ningún reproche ni respuesta negativa por parte del padre, y lo mismo ocurre en el segundo caso, en el que la hija insta a su madre a que no retire el plato. Por el contrario, el uso del marcador *boludo/a* no siempre se considera aceptable y deben (o al menos suelen) respetarse ciertas normas de cortesía que derivan de las relaciones jerárquicas dentro de la familia. Por ello, es habitual utilizar el marcador *boludo/a* entre hermano/as, es decir, entre personas del mismo rango familiar, que demuestren un alto grado de confianza mutua y tengan una edad similar. Su uso también suele estar permitido entre primo/as, y, en determinadas circunstancias,

129 En estos capítulos, para distinguir claramente entre miembros de la familia o entre empleado y empleador, no utilizamos la abreviatura del seudónimo sino una designación más indicativa.

es posible incluso que *boludo/a* llegue a producirse en la comunicación hijo/a \leftrightarrow madre (como se documenta con el ejemplo 69 a continuación). A la inversa, sin embargo, la ocurrencia de *boludo/a* en un intercambio hijo/a \leftrightarrow padre es poco común, dado que el padre suele representar la cima de la pirámide jerárquica familiar (este fenómeno sigue estando presente en algunas familias argentinas, aunque en los últimos años los movimientos feministas han intentado enfrentarse radicalmente a él; que la madre es el elemento comunicativo-unificador de la familia también se muestra en la publicación *Family Talk* de Tannen et al., 2007, cf. también aquí la sección 3.9.4).

El siguiente ejemplo es la reproducción de un intercambio entre la misma madre (Norma, 49 años) y su otra hija (Beata, 20 años, analista financiera; véase más *supra*). La interacción tiene lugar después de la cena, cuando la madre les está ofreciendo café a los presentes.

(69) 01-NorBea161015-PP, nota: Mad (madre), Hja2 (hija 2); café

Mad: ¿quién quiere un café?
 Hja2: yo/ yo quiero
 Mad: ¿en esta? (INDICANDO UNA TAZA CHIQUITA)
 Hja2: no/ esta taza nunca me gustó má
 Mad: y cuál te gusta/ **BOLU**↑**DA**→ (ASOMBRO)/// ¿cortado?
 Hja2: nooo↑/ **boluuu**→// era eestee (INDICANDO UN VASO MÁS GRANDE)
 Mad: ¿con leeché?
 Hja2: síí/ con leeché// ¡te dije largo/ nooo corto! (RISAS)

En la interacción se aprecia que tanto la madre como la hija utilizan el marcador *boluda*. Sin embargo, hay que señalar que, aunque a primera vista la conversación parezca una discusión, el tono es muy relajado y ambas ocurrencias de *boluda* o *bolú* (su forma apocopada) se utilizan en broma, no con la intención de ofender. Por lo tanto, no se aplica ninguna sanción por violar las normas derivadas de la jerarquía familiar, ni sería apropiado hacerlo, puesto que *boluda* indica aquí más bien un alto nivel de confianza entre las hablantes y su vínculo mutuo, que a su vez forman la base de la capacidad para reconocer la broma e interpretarla correctamente.

Siguiendo el modelo de las relaciones de jerarquía e intimidad que se dan en la familia tal y como lo propone Tannen (2007: 29-30, aquí sección 3.9.4), podríamos concluir que mientras que *che* es una

muletilla de aceptabilidad general y estilísticamente menos marcada, *boludo/a* es un marcador que está más fuertemente sujeto al orden jerárquico familiar; una tendencia similar puede observarse en entornos académicos o, en general, más formales (véase más adelante).

Ahora bien, conviene recordar que no todas las familias son iguales y que siempre hay lugar para las excepciones. Si observamos a una familia perteneciente a la clase media baja o baja, el grado de probabilidad de que en la relación hijo/a-padre surja un *boludo/a* aumenta, y más todavía, si en tal familia todos o la mayoría de los hijos son varones y comparten intereses (como puede ser el fútbol, rugby y otros deportes, el motorismo, las tecnologías modernas, etc.) con el padre.¹³⁰ En tales condiciones, es posible y perfectamente aceptable que el marcador *boludo* se produzca hasta con una frecuencia más elevada. Por lo tanto, además de tener en cuenta la situación socioeconómica de las familias estudiadas y las relaciones jerárquicas en ellas, no se nos debe olvidar la importancia del nivel de intimidad y confianza entre los miembros de la familia (como ha demostrado asimismo el ejemplo 69 anterior). Dicho en términos de Tannen:

Todo enunciado es una compleja interacción de ambas cosas, maniobras de poder y maniobras de conexión. (...) Cualquier enunciado puede reflejar y crear tanto poder como solidaridad (ser ambiguo) y/o ambos a la vez (ser polisémico). (Tannen, 2007: 28-29, etc.)

Para resumir, cuanto más estrechas sean las relaciones entre los hablantes estudiados, más probable será que en la comunicación aparezca algún *boludo/a* sin connotaciones ofensivas. El marcador *boludo/a* es, por eso, un signo de alta complicidad, cuyo grado fácilmente superaría el de cualquier *che* que, aun considerándose también una señal de confianza, podría a su vez figurar en intercambios de relaciones interpersonales ligeramente más jerarquizadas (véase también la sección 10.2.4).

10.2.4 Entorno académico y otros ámbitos (semi)formales

En primer lugar, hay que advertir que, si bien esta sección está dedicada al ámbito laboral, académico o escolar y, por tanto, a entornos

130 También dependerá, pues, de la composición de la familia (si predominan las hijas, es posible que a partir de cierta edad tiendan más hacia la madre, los hijos hacia el padre, etc.). Pero esta cuestión se la reservamos a los sociólogos y nos abstenemos de resolverla.

formales, el lenguaje analizado es esencialmente informal. En otras palabras, aunque los intercambios estudiados en esta sección se dieron en entornos más formales, no dejan de ser conversaciones informales que tratan temas cotidianos.

Esta vez, entonces, partimos de la oposición formal-informal en lo que se refiere al contexto comunicativo y/o situacional inmediato. A través de los ejemplos siguientes, y sirviéndonos nuevamente de la prueba de conmutación, podemos comprobar que en determinadas situaciones (reales) en las que se produjo el marcador *che*, habría sido inaceptable (tanto pragmática como estilísticamente) utilizar el marcador *boludo*.

El primer ejemplo se grabó en un entorno académico. A pesar de que el intercambio concierne a un tema cotidiano (el almuerzo), no deja de ser una conversación entre compañeros de trabajo, y más concretamente, entre la directora de un centro de investigación universitario y sus demás miembros. Las circunstancias de la comunicación fueron las siguientes: en el momento en que la directora estaba conversando con su colega sobre la comida que habían pedido, otro miembro del centro entró en la charla, captó la atención de la directora, cambió el tema y le recordó la necesidad de tramitar algo importante.

Ya análisis anteriores (por ejemplo, Šmídová, 2014a: 101 y s.) han revelado que la función que desempeña el *che* en el contexto dado es la (secundariamente) directiva o conativa, y que, al mismo tiempo, se trata de una partícula que introduce un nuevo tema. Pese a que el marcador *boludo* también tiene la capacidad de introducir o invocar un cambio de tema y demandar que otro interlocutor actúe, y si bien las relaciones entre los miembros del centro manifiestan cierto grado de solidaridad e intimidad, el orden jerárquico, o bien las relaciones de poder entre la directora y sus subordinados no permiten el uso del marcador en cuestión, ya que se trataría de un acto descortés, una violación de las normas comunicativas y un abuso de confianza –situación que al emplear el *che* no se produce-. Obsérvese:

- (70) GaRoxRod110414a-GG, nota: Dir (directora), Sub1 (subordinada 1), Inv (investigadora), Sub2 (subordinado 2); todos (excepto la investigadora) pertenecientes a la clase media alta o alta y mayores de cuarenta años

Dir: la próxima↑/ me parece que yo también me voy a pedir de pollo

Sub1: ah// no está muy bueno ¿eso?
 Dir: mmm↑
 Sub1: ¿mucha sal?
 Dir: mmm↑// está bien↑/ pero..
 Inv: ah/ buen provecho
 Dir: gracias
 Sub2: **che**→// habría que contestar esta información/ pero
 vendría a ser algo así..
 Dir: ¿al final no es él?

Cf. conmutación:

*Sub2→Dir: **boluda**// habría que contestar esta información/
 pero vendría a ser algo así..

Un ejemplo más sencillo que cabría dentro de este marco, pero que también ilustra fielmente la controversia que se produce al conmutar *che* por *boludo*, es la combinación de *Che* con un puesto de trabajo o un cargo que implica jerarquía. En este caso concreto, el intercambio es alumno → profesor.

Che + cargo, función: *Che*, profe ≠ **Boludo*, profe

Por más evidente que pueda resultar a primera vista, cabe hacer dos comentarios al respecto. Primero, como ya hemos podido comprobar en las páginas anteriores (sección 10.2.2), es muy raro que el hablante utilice el marcador *boludo* como llamada independiente (sin una interjección como *eh*, *che*, *ey* previa), ya que, por su naturaleza categorial adjetival, es difícil que llegue a desempeñarse como una expresión de preparación conversacional –por tanto, es improbable que reemplace al marcador *che* como su equivalente directo–. Y segundo, pese a que *che* en el trato escolar no es en absoluto una manera preferida de llamar la atención del profesor, hay que reconocer que la ocurrencia de la combinación de *che + profe* es bastante común (el ejemplo es una muestra auténtica de la vida del profesor Pablo, de 53 años, véase *supra*; además, la relación entre profesores y alumnos es mucho más estrecha y relajada en Argentina de lo que suele ser el caso en la República Checa, por ejemplo). Por el contrario, el empleo de *boludo/a* no solamente que no se considera preferido, sino que más bien es extremadamente inapropiado, descortés o incluso ofensivo.

Estas situaciones, claro está, no surgen únicamente del ámbito escolar, sino también de otros entornos laborales o comerciales (oficinas, supermercados y otros espacios). Prueba de ello es la conversación informal entre un taxista y su clienta citada a continuación (véase también Šmídová, 2014a: 107). En el intercambio, un hombre mayor (de 58 años) le hace un cumplido a una mujer joven y, a pesar de que se trata de una desconocida, utiliza el marcador *che*, percibiéndolo como un recurso de trato cortés y cariñoso. Pero ¿qué ocurre si en lugar del *che* empleamos un *boluda*?

(71) Tax230314-CD, nota: Tax (taxista, 58 años, c. media baja), Cli (clienta, 25 años, extranjera)

Tax: sí normalmente ((lo)) tenés que guardar/// **chee** aparte
qué lindos ojos que tenés/ eeh// [sí// señorita...]

Cli: [no] gracias/// igual yo igual estoy muuuy cansada

Tax: bueno/ a descansar/ eeste/ buenoo/ muy buen
casamiento yyy/ que ((la)) pases muy bien/// [DIVERTITE
MUUCHO]

Cli: [muchas graacias]

Cf. conmutación:

*Tax → Cli: sí normalmente ((lo)) tenés que guardar/// **boludaa**
aparte qué lindos ojos que tenés/ eeh// [sí// señorita...]

Sin entrar en detalles, queda claro en este caso concreto que reemplazar *che* por *boluda* violaría claramente las normas, dado que se trata de un intercambio entre dos personas desconocidas, de edad y sexo diferentes, y en contacto (semi)profesional. Este ejemplo es, además, interesante en la medida en que la sustitución de *che* por *boluda* podría, en el contexto planteado, resultar no solo impertinente sino hasta sexista. El matiz amistoso desaparecería y la clienta incluso podría llevarse la impresión de que el conductor ha intentado acosarla sexualmente.

10.2.5 *Boludo* en la comunicación grupal, cambio de estilo

Como ya se ha podido apreciar en el capítulo 9, se suele afirmar que el marcador *boludo* predomina entre la juventud y los adolescentes y que las personas mayores casi no lo emplean (para más detalles, véase

las siguientes secciones). Y es cierto que los jóvenes tienden a recurrir al uso de *boludo/a* con una frecuencia algo superior en comparación, por ejemplo, con el grupo de mayor edad, pero ya la propia definición de los «jóvenes» es bastante problemática (véase la sección 4.4.3). Por ejemplo, algunos autores (como Jørgensen, 2009, 2011) realizan sus estudios sobre *boludo* únicamente en hablantes de entre 13 y 19 años, mientras que otros (Ramírez y Estrada, 2003) no consideran en absoluto el grupo de edad más joven y se centran en hablantes de entre 18 y 45 años. Ahora bien, la edad no es el único factor que influye en la recurrencia de dicho marcador, como hemos visto, y es necesario prestarle atención también a una especie de cambio de código o, mejor dicho, de estilo, por medio del cual, y habiéndose establecido determinadas condiciones contextuales y/o situacionales, los hablantes cambian repentinamente su forma de expresarse, de comunicar y, por tanto, de utilizar ciertos recursos lingüísticos como *boludo/a*.

Un buen ejemplo es el de Rosa, estudiante de Biotecnología de 23 años de clase media alta que ya ha sido citada aquí en repetidas ocasiones. En su caso, lo que cabe destacar es que mientras que en sus conversaciones rutinarias y cotidianas (grabaciones tomadas en 2015) suele figurar *che*, Rosa rara vez utiliza el marcador *boludo/a*, a no ser que esté conversando con su hermana menor (20 años, analista financiera). No obstante, en el momento de juntarse con sus amigas del colegio (coetáneas) o con sus amigos de la facultad (\pm coetáneos), su forma de hablar cambia, al igual que cambia la frecuencia con la que utiliza *boludo/a*. Su comportamiento comunicativo suele alterarse a partir del primer instante en el que se encuentra con algún grupo de sus amigo/as íntimo/as, es decir, dentro de una comunidad de personas entre las cuales se ha alcanzado un elevado grado de confianza mutua, por ejemplo, gracias a que comparten intereses, estudian las mismas carreras, pasan mucho de su tiempo libre juntas y, además, son del mismo rango de edad (para comprobarlo, véase el ejemplo 72 a continuación y los párrafos que lo preceden).

Este tipo de comportamiento nos lleva a creer que la recurrencia de *boludo* en su versión de marcador conversacional depende no solo de quién lo utiliza (un individuo de cierta edad, sexo y pertenencia social), sino también en la conversación con quién y en qué condiciones lo utiliza (en el marco de qué estilos, registros funcionales, etc.). Para afirmar lo anterior, nos basamos, entre otros, en el trabajo de Milroy y Gordon (2003), ampliamente citado aquí, quienes (en una discusión sobre la llamada *variación intraindividual*) sostienen que:

Un gran número de tipos de **variación lingüística sensible al contexto** puede calificarse de **estilística**, desde las variables fonológicas a pequeña escala estudiadas por Labov (1972b) y Eckert (2000) hasta los trabajos de Biber y Finegan (1994) sobre los registros –es decir, variedades lingüísticas globales asociadas a diferentes ocasiones de uso–. (Milroy y Gordon, 2003: 198-199; la negrita es nuestra; véase la sección 10.2.6).

Conviene recordar que la comunicación grupal no es un fenómeno exclusivo de los jóvenes, sino que es algo propio de toda la humanidad y que todas las personas que se reúnen en torno a una actividad pueden llegar a formar un grupo de mucha confianza interpersonal e instaurar así condiciones idóneas para el empleo de un marcador de trato íntimo como es *boludo*, aunque también es cierto que son los jóvenes los que son más propensos a integrarse en grupos informales. Es evidente, sin embargo, que mientras que el marcador *che* resuena en el habla del individuo a lo largo de todo el día sin que su uso esté significativamente constreñido por la situación (pese a que ningún marcador está nunca completamente libre de anclajes contextuales), el uso de *boludo* se restringe a ciertos contextos –bien delimitados y delimitables– y a determinadas situaciones.

El siguiente fragmento (ejemplo 72) demuestra las afirmaciones anteriores. Las circunstancias de la interacción en cuestión son las siguientes: una tarde de otoño, tres chicas (Rosa y sus amigas, de unos 23 años, todas con formación universitaria y pertenecientes a la clase media alta y alta) deciden salir a tomar café y gofres a una pequeña plaza de la capital de Buenos Aires, acompañadas por la investigadora. El trayecto en automóvil hasta este lugar dura unos 30 minutos desde la residencia de una de las chicas, lo que ofrece una oportunidad única para grabar y observar el habla de las presentes. Las tres mujeres forman un grupo de amigas íntimas que se conocieron ya en el colegio secundario. Comparten muchos intereses, tienen varios amigos en común y suelen pasar al menos una parte de sus vacaciones juntas.

En el momento en que suben al vehículo, se desata una charla muy relajada entre ellas, durante la cual es fácil notar un salto estilístico considerable con respecto a su forma habitual de expresarse, un impulso que (en la situación comunicativa planteada) da lugar a promocionar el empleo de *boludo* o, más bien, *boluda*. Para concretar las cifras, se registraron 28 ocurrencias de *boluda* y unas 5 de *che* en los aproximadamente 29 minutos de grabación (que incluye dos interva-

los de silencio relativamente largos, ya que superan unos 30 segundos).

Rosa, que en su estilo de expresarse rutinario e inalterado por circunstancias específicas (fuera de la comunicación grupal) solo había recurrido al uso de *boludo* cinco veces en los dos meses de observación, pronunció *boluda* un total de 16 veces durante la media hora de viaje en auto. Pilar 8 veces y Mariana 4 veces. En el caso de Mariana, no obstante, hay que señalar que es la participante menos habladora de toda la conversación (su participación activa ronda apenas unos 5 minutos). Además, es interesante observar que 7 ocurrencias de *boluda* procedentes de Pilar se refieren a un único tema de conversación (la depilación femenina), 6 de las cuales fueron pronunciadas en un lapso de menos de 2 minutos.

Debido a la extensión de toda la interacción, se incluyen a continuación únicamente los fragmentos en los que Pilar utiliza el marcador *boluda*, resaltando a propósito el momento de su producción:

(72) 012-RosPilMar130915a-GG, nota: Pil (Pilar, 23 años, c. alta, estudiante universitaria)

Pil (6:08): pero00/ me lo quiero hacer/ **boluda**// ^{po}rque sufro un montón/ me tengo que andar depilando con cera cada quince ((minutos))

Pil (6:22): sí pero ya no da// parezco un mo((r/n))o derrito de rubio/ **boluda**

Pil (6:26): mirá/ **boluda** / me lo saco con cera/ mirá parece-pelo de- de hombre/ parezco ((Ezequiel Graso))// entonces los dos mil y pico que pensaba ahorrar

Pil (6:40): Ya] fue/ **boluda**/ para la depilación

Pil (7:23): sí/ **boluda**/ me maata// ^{po}que yo tengo todo viste/ los labios completos todo/ le di^o bajámelo po^rque me muero le di^o/ entonces me lo baja/y claro/no- no es lo mismo viste

Pil (7:52): relarga la tengo la axila/ **boluda**/ yo que me depilo de los nueve años con- con Gillette te imaginás verrede a full tenía/ verde Shrek parecía más o menos

Pil (12:10): me salen repara↑dos **boluda** como si me hubiera afeita↑do// digo al pedo me- sufro tanto/ le paso la maquineta y es lo mismo/ claro

Si estudiamos estos turnos más de cerca e intentamos sustituir *boluda* por *che* siguiendo el patrón anterior, descubriremos que en todos estos casos sería perfectamente posible realizar tal conmutación sin desagradar ni ofender en modo alguno a las interlocutoras. *Boluda* en el presente contexto funciona como un marcador de control de contacto y no conlleva ninguna carga expresiva demasiado marcada, lo que se corresponde más o menos con las propiedades de *che*, y es precisamente el caso en el que los dos marcadores analizados tienen más probabilidades de confluir. Ahora bien, lo que caracteriza a *che* es su globalidad y neutralidad y su insuficiente capacidad para constituir un símbolo de confianza y solidaridad intragrupal (cuestión de la que ya hemos tratado anteriormente). Y esta es precisamente la razón por la que creemos que, a pesar de su mutua afinidad local, el marcador *che* no podría reemplazar a *boluda* en los turnos dados sin causar pérdidas situacionales y/o funcionales significativas. Ya aquí se ha trazado, pues, una posible distinción entre *boludo* como marcador de identidad grupal (de colectivos informales cerrados) y *che* como marcador más neutro y universal, aceptado por toda la población argentina (como una especie de marcador de identidad nacional). A esta cuestión nos dedicaremos en la siguiente sección.

10.2.6 Percepción por la (soci)edad

Basándonos en lo que declara Gelman (2013), *boludo* debería ser la palabra con la que mejor se identifica la nación argentina. Ahora bien, si uno aplica la herramienta lingüística más utilizada en el pasado y que aún sigue teniendo sus defensores intransigentes, esto es, la introspección, y encuesta a los hablantes nativos, se da cuenta de que las generaciones más jóvenes por una parte sí reconocen o admiten que *boludo* es una expresión recurrente en las calles argentinas, así como entre los compañeros del colegio y/o de la universidad, y que es una importante señal de confianza y complicidad (cf. la sección anterior). Pero, por otra parte, son muchos los argentinos que rechazan el uso de este vocablo (ante todo la gente mayor y las personas que alcanzaron una formación académica superior) por vulgar y despectivo, por ser un modismo pasajero sin arraigo o por proclamar otros valores lingüísticos (el purismo, etc.). Algunos incluso se sienten ofendidos por el hecho de que se les identifique como nación con un término tan «primitivo», y prefieren con mucho el *che* «tradicional» (datos in-

tropectivos recopilados *in situ* en 2015 durante un debate tras una conferencia en la Embajada de la República Checa en Buenos Aires, cf. también el ejemplo 73 *infra*).

La cuestión sigue siendo, no obstante, si es posible identificar una nación con una palabra que en el momento de decidir está de moda entre los adolescentes y los jóvenes (independientemente de lo frecuente que sea su uso en una población determinada), o con una palabra que goza de tradición, cuyo uso ha persistido durante mucho tiempo con una frecuencia notable, y que aparece en el habla de toda la sociedad (a través de todos los grupos etarios y todas las clases sociales; tanto en la familia como en ámbitos más formales).

Hay que admitir que no todo tiene validez absoluta. Al examinar los resultados de los dos proyectos de investigación mencionados en el capítulo 7 (2014 y 2015), averiguamos que tal como podemos encontrarnos con personas mayores (de 60 y más años) que emplean el marcador *boludo* (pese a su frecuencia limitada), también hay hablantes que juzgan el empleo del *che* e intentan obviarlo (sea satisfactoriamente o no), lo que generalmente es el caso de los *porteños* propiamente dichos (nacidos y vivientes en la CABA) y pertenecientes a la clase media alta y alta (cf. Šmídová, 2014a).

Parece natural, sin embargo, que para designar a una palabra como definitoria de todo el pueblo el público en general prefiera elegir una que represente toda la sociedad: personas de distintas edades, de distintos orígenes sociales, que desempeñan distintos trabajos, etc. Entonces, ¿por qué Gelman eligió *boludo*? ¿Sería una forma de quejarse de la decadencia del vocabulario y del estado general del pueblo argentino? Estas preguntas invitan más bien a una deliberación filosófica que a una investigación lingüística, pero dentro de lo que es la sociolingüística sí encontramos un espacio para al menos una breve reflexión.

Desde un punto de vista, podría argumentarse que el famoso *boludo* está aún en desarrollo y que refleja un fenómeno sociolingüístico ya previamente explicado (véase Eckert, 1997: 163, y aquí la sección 4.4.3), según el cual los jóvenes son considerados los iniciadores o principales promotores de la innovación lingüística, dado que tratan de establecer su propia identidad en oposición a sus padres. Por otro lado, gracias al trabajo de Ramírez y Estrada (2003), sabemos que ya en 2003, o sea, hace 20 años, *boludo* estaba en su auge y en pleno florecimiento, lo que plantea serias dudas sobre cuán innovador el marcador *boludo* realmente es en la Argentina de hoy. Esta cuestión también la hemos destacado en la sección 9.3.1.

Otro tema –que también se discute a menudo en relación con el término *boludo* y la juventud– es el empobrecimiento del vocabulario:

Justamente es en los grupos etarios [jóvenes o adolescentes] que hoy hacen gala de una pobreza de lenguaje manifiesta, donde el término *boludo* se usa con más frecuencia (...), (Kostzer, 2013, *LA GACETA*, en línea).

Una visión más precisa sobre el grado de impacto que realmente tiene la edad en la recurrencia del marcador *boludo* debería lograrse mediante un análisis cuantitativo. Esta es una tarea que se abordó en el capítulo 9 y que se retomará en términos de comparación con el marcador *che* en la siguiente sección (10.3). Además, también aquí resulta que la combinación de las perspectivas cualitativa y cuantitativa es más que deseable a la hora de estudiar los marcadores conversacionales. De momento, sin embargo, nos limitamos a reiterar que, en el marco de la comparación, los factores más importantes para la recurrencia de dicho marcador parecen ser el grado de confianza y el uso intragrupal dentro de las comunidades de práctica (Eckert, 2000: 34 y s., aquí en la sección 4.4.6). Por el contrario, como ya se ha esbozado, *che* puede registrarse en el habla de (casi) toda la sociedad argentina, por lo que puede considerarse un cierto indicador de identidad nacional, más que microgrupal, como muestra el siguiente ejemplo:

(73) 024-MarcLucRosArm260915a-GG, nota: Marc (Marcelo, 24 años, c. alta)

Marc: Yo cuando fui a Bolivia/ me daba cosa decir boliviano/
porque claro-// nono/ boludo/ lo mismo que me digan/ **Che**/
argentino/ y yo no me voy a enojar

En cuanto a este fragmento, conviene primero contextualizar el acontecimiento: durante un viaje en auto, Marcelo les cuenta a sus amigos sobre una conferencia de un psicólogo argentino a la que asistió en persona. Al contar su experiencia, surge el tema de que llamar a alguien «boliviano» (por muy boliviano que sea en realidad) es un insulto en Argentina (debido a los prejuicios estereotipados contra los bolivianos), ante lo cual Marcelo reflexiona que, si un desconocido le llamara «Che, argentino», no se enojaría. Con ello, a través de su discurso directo que contiene la combinación de *che* + *argentino*, nos

demuestra que *che* sigue siendo ampliamente reconocido como un rasgo lingüístico distintivo de la argentinidad, incluso entre personas relativamente jóvenes.

10.2.7 Expresividad

Abandonemos ahora las cuestiones socioculturales y retomemos los temas lingüísticos: aun aceptando la posibilidad de que *che* pueda ser sustituible por *boludo* en determinados contextos comunicativos, tal y como sugieren Ramírez y Estrada (2003, véase *supra*), un rasgo inherente a *boludo* es su expresividad (etimológicamente condicionada), cuyo grado supera con creces el de cualquier *che*. De ahí que la conmutación entre *che* y *boludo* provoque un desequilibrio estilístico y conlleve una violación del marco situacional y social en el que se desenvuelve la interacción. Observemos algunos ejemplos auténticos (de 2014) con *che*:

- (74) Cu080214-PP, nota: Vnd (vendedora, 22 años, c. baja), en una heladería ambulante (vendedora hacia su compañera)

Vnd: **che**↑/ MONÍ/ traeme el de frutilla/ **che**→(6'') rápido/
CHE→

Cf. conmutación

*Vnd: **boluda**/ MONÍ/ traeme el de frutilla/ **boluda** (6'')
rápido/ **BOLUDA**

- (75) Fl080215-PP, nota: Cas (casero, 37 años, c. baja), en una casa de alquiler en un barrio humilde (casero hacia su hija e inquilinas)

Cas: **che**/ FLOR/ bajáá/ **CHEE**→/// pero que cierren las ventanas/ que está lloviendo/ viste (5'') **che**→ (EN VOZ BAJA)/ esas chicas me vuelven loco/ vieron

Cf. conmutación

*Cas: **boluda**/ FLOR/ bajáá/ **BOLUDAA**/// pero que cierren las ventanas/ que está lloviendo/ viste (5'') **boludo-a-as** (EN VOZ BAJA)/ esas chicas me vuelven loco/ vieron

Dejando a un lado el contexto social, los ejemplos 74 y 75 indican varias complicaciones funcionales y estilísticas: primero (y como ya hemos visto en la sección 10.2.2), en ambos casos el *che* **introdutor**, seguido del nombre propio, es un marcador insustituible por *boluda*, ya que este último, a diferencia de *che*, es incapaz de desarrollarse como vocativo puramente atencional en la fase preparatoria de la conversación.

Luego, en ambos casos, el **segundo** *che* de la serie va precedido de una orden, por lo que adquiere un valor *directivo* (secundario), es decir, enfatiza el mandato. En dicho lugar (posicional y funcionalmente), el marcador *che* podría ser sustituido por el marcador *boluda* sin que se viole la construcción conversacional, ya que su ocurrencia en medio del turno de habla es perfectamente posible, y sin que se vea alterado el objetivo de enfatizar el mandato, pues asimismo muestra la capacidad de reflejar y reforzar la función *directiva* o *conativa*. Desde el punto de vista estilístico, sin embargo, tal sustitución generaría un desequilibrio: mientras que el uso de *che* conlleva un tono mucho más neutro –que por más que esté ligado a un mandato, sigue conservando cierto respeto verbal hacia la oyente–, el marcador *boluda* en el mismo lugar indicaría un mayor grado de confianza e intimidad entre los interlocutores y, además, estaría más cargado expresivamente. De los dos ejemplos citados, no obstante, sería probablemente el ejemplo 75 el que tal vez admitiría el uso de *boluda*, visto que se ajustaría más o menos a la situación dada debido a las cualidades fónicas (acentuación y alargamiento) del *CHEE* en cuestión.

Finalmente, el **tercer** *CHE* del ejemplo 74, por muy expresivo y reforzado que suene, no puede considerarse en modo alguno una voz injuriosa, como sí ocurriría si lo sustituyéramos por el igualmente acentuado *BOLUDA*. En tales circunstancias, la destinataria sin duda interpretaría el uso de *boluda* como una reprimenda vulgar o incluso un insulto.

Ahora bien, el último ejemplo en este punto no coincide funcionalmente con el ejemplo 74. Visto que el fragmento del turno del ejemplo 75 que contiene el tercer *che* puede tener varios destinatarios (las inquilinas, la hija o el propio casero), resulta difícil decidir si conmutarlo por un *boludAS*, *boludA* o *boludO*. Gracias al análisis cualitativo realizado anteriormente (Šmídová, 2014a: 105), sin embargo, sabemos que el *che* en cuestión representa un simple lamento o un recurso de queja (sin tener un destinatario explícito), de ahí que más probablemente se trate de un uso impersonal. Al conmutar tal *che* por

un *boludAS*, *boluda* o *boludO*, es decir, por un marcador que por su naturaleza adjetival tiende a expresar categorías nominales, se pierde el rasgo de impersonalidad. Para evitarlo, habría que utilizar un *boludo* invariable (al estilo del marcador *hombre* español, por ejemplo) que, no obstante, no está lo suficientemente arraigado en la conversación cotidiana y, aun si lo estuviera, seguiría llevando una connotación ofensiva y una carga expresiva mucho más negativa comparada con la que lleva el *che* cuasiautorreferencial en el contexto planteado.

Es evidente, pues, que, dadas las propiedades expresivas del marcador conversacional *boludo*, el *che*, como marcador estilísticamente menos marcado, raras veces podría llegar a ser reemplazado por él sin que cambie o sin que se vea afectado el marco situacional o contextual o sin que se vea amenazada la imagen del destinatario. Esta distinción se hace todavía más saliente si recordamos el significado originario de *boludo* como un insulto, una voz injuriosa, una mala palabra.

10.2.8 Comunicación intercultural

Dado el origen de la investigadora (la autora del libro), un comentario al margen que se ofrece hacer es trazar el comportamiento de los dos marcadores en cuestión con respecto al intercambio intercultural entre un hablante nativo y un extranjero. De entrada, es importante mencionar que ni el *boludo* ni el *che* son expresiones preferidas en la conversación con un extranjero y el nativo tiende a obviarlas. No obstante, es imprescindible advertir que hay muchos factores que intervienen en este sentido. Uno de ellos es el tiempo que el extranjero lleve en el país de destino (en nuestro caso, Argentina); también depende de cómo se exprese en el idioma meta, cómo lo pronuncie y qué nivel haya alcanzado en general; asimismo, es necesario saber cuánto tiempo hace que el nativo conoce a su interlocutor extranjero, qué posiciones sociales ocupan uno respecto al otro, cuál es su grado de confianza mutua, si la comunicación entre ambos es regular o esporádica, etc.

Teniendo en cuenta estos argumentos, podemos llegar a algunas generalizaciones. Primero, es muy probable que, si alguno de los dos marcadores en cuestión tiene que aparecer en un intercambio de esta naturaleza, sea preferible utilizar el *che*, ya que es un marcador mucho más neutro que *boludo*. Segundo, si efectivamente surge el marcador *che*, podemos asumir que ya se ha alcanzado un cierto grado de

confianza entre el nativo y su interlocutor foráneo y que los hablantes se conocen lo suficiente. En la práctica, nos encontramos con esta situación en varias ocasiones, siendo el *che* utilizado mayoritariamente por una buena amiga de la investigadora, Rosa, y una vez por su pareja, Nahuel (cf. las etiquetas sociolingüísticas *supra*):

(76) 008-RosNormPab110915-GG:

Ros: **Che**↑/ Marke/ con el tema de los refugiados en República Checa/ ¿tuvo repercusión o algo?// ¿a ustedes les llegan refugiados?

(77) 013-RosPilMar130915b-GG:

Ros: **Che**↑/ Marke/ ¿habías venido acá a Dibotto// la vez pasada?

(78) 020-ManuNahRos180915b-GG:

Nah: **Che**→/ Marke/ ¿cómo vas?

(79) 021-RosBeaNahNorm220915-GG:

Ros: **Che**↑/ Marke/ ¿entonces recuperamos ya internet?

Alternativamente, el marcador *che* en la comunicación intercultural también puede utilizarse en interacciones (semi)profesionales como gesto de trato amistoso (véase aquí el ejemplo 71, la interacción de una clienta de origen extranjero con un taxista).

Tercero, es de esperar que el *che* que ocurre en una conversación de este carácter sea producto del nativo; de lo contrario (y si el marcador *che* llega a emplearse de forma correcta o adecuada), es más que probable que el extranjero haya alcanzado ya un dominio de español que le permita utilizar adecuadamente las muletillas y los marcadores del discurso en general. Cuarto, si surge un *boludo* en una interacción de este tipo, hay dos explicaciones posibles: la relación entre los interlocutores de distinto origen lingüístico y cultural es lo suficientemente estrecha como para que se emplee como señal de confianza y signo de amistad y complicidad, o no hay tal confianza entre ellos y quien lo utiliza (más probablemente el nativo) está violando deliberadamente

las máximas de cortesía y está insultando o agrediendo verbalmente al participante foráneo.

En ambos casos, se presupone un conocimiento lingüístico avanzado por parte del extranjero (incluidas las particularidades de la variedad rioplatense o argentina) para poder participar en un intercambio de tanta cotidianeidad. A la investigadora misma, se le dirigió el marcador *boludo* en una sola ocasión, y fue de nuevo por parte de Nahuel en un ambiente muy relajado y amistoso, cuando la estaba animando a que se llevara el resto de la comida del restaurante a casa (cabe reiterar aquí que, para Nahuel, el uso del marcador *boludo* es habitual incluso en la comunicación cotidiana neutra):

(80) 020-ManuNahRos180915b-GG:

Nah: Pero/ **bolu**↑**da**↓/ ((te lo podés llevar))/ **boluda**↓

Quinto, si el extranjero no dispone de tales conocimientos lingüísticos, el nativo lo sabe (o lo presume) y aun así emplea el marcador *boludo*, se trata de una considerable falta de respeto, ya que con este acto el nativo ridiculiza al no nativo (en ocasiones públicamente) sin que este sea consciente de ello y sin poder defenderse. Finalmente, es muy probable que en una conversación en la que se produzca *boludo* aparezca o haya aparecido *che* también.

Así pues, es evidente que *che* y *boludo* desencadenan toda una serie de comportamientos o significados diferentes en dado contexto socio-comunicativo (conversación nativo-extranjero), lo que nos lleva a concluir nuevamente que *che* no es libremente reemplazable por *boludo*.

Cabe añadir que este breve recorrido por las situaciones derivadas del intercambio entre un hablante nativo y un extranjero en el contexto del uso de los marcadores *che* y *boludo* no es más que un intento de introducir un nuevo problema que merecería más atención y profundización y que podría contribuir al desarrollo de nuevas estrategias didácticas en la enseñanza de lenguas extranjeras.

10.2.9 Resumen

A lo largo de la sección 10.2, hemos intentado demostrar desde un punto de vista cualitativo que no es del todo apropiado considerar el marcador *boludo* como equivalente al marcador *che*. Hemos visto que

che y *boludo* no siempre se identifican con las mismas fases conversacionales, pues *che* frecuentemente funciona como una *expresión de preparación*, mientras que *boludo* carece de esta capacidad y es más probable que se ubique en la fase de apertura o en otro lugar (véase la sección 10.3.2 para una comparación posicional más detallada).

Cierta jerarquía familiar y las normas de cortesía, que por una parte permiten un empleo casi ilimitado de *che*, impiden que el marcador *boludo* se utilice en la comunicación *hijo/as* \leftrightarrow *padres*, a no ser que algunas circunstancias particulares posibiliten lo contrario. De modo parecido, en ámbitos formales, semiformales o profesionales, el uso de *che* suele estar permitido; a diferencia de *boludo*, cuyo empleo significaría una grave violación de las normas, particularmente si se tratara de una intervención *subordinado* \rightarrow *superior*.

Por otro lado, también se ha comprobado que al conmutar *boludo* por *che* en un intercambio entre amigos íntimos se pierde una información estilística valiosa, ya que el marcador *boludo* funciona como un símbolo de identidad intragrupal dentro de una comunidad de práctica, una propiedad de la que *che* como un marcador de cobertura general en toda la población carece (debido a su no indexación estilística). Queda demostrado también que el grado de expresividad alcanzado por *boludo* es mucho mayor que el de cualquier *che*, y que no es lo mismo utilizar un *che* que un *boludo* en una conversación entre un nativo y un extranjero. Un análisis cuantitativo que permita, al menos tentativamente, comparar la recurrencia de *che* y de *boludo* con respecto a la edad, al sexo y a la clase social es un reto para las próximas secciones del libro.

10.3 Comparación cuantitativa

El análisis comparativo cualitativo reveló varios argumentos que cuestionan la teoría de la equivalencia de los marcadores estudiados: como *che* muestra un alto grado de universalidad y neutralidad en cuanto a su naturaleza sociolingüística, está permitido en ámbitos más formales y/o jerárquicos (académico; comunicación entre profesional y cliente, hijos y padres, etc.) en los que el uso de *boludo* resultaría inapropiado o engañoso. *Boludo*, en cambio, muestra un mayor grado de intimidad y expresividad (es más marcado estilísticamente), lo que lo convierte en una especie de expresión de relleno y de confianza. Y es de ahí que este marcador sea tan común y numeroso en

las conversaciones internas de diversos grupos cerrados (grupos de interés, grupos de amigos, clubes deportivos, fiestas de adolescentes, etc.) y tan poco frecuente en entornos más formales, donde su uso violaría las normas de cortesía.

Estos argumentos se apoyan, además, en el hecho de que *che* se utiliza generalmente de forma más o menos uniforme y equilibrada a lo largo del día y en toda la sociedad argentina, mientras que *boludo* requiere una alteración situacional o un estímulo específico para que se produzca el cambio de código y se active su uso recurrente.

El objetivo de la comparación cuantitativa es, pues, comprobar si algunas de las conclusiones del análisis cualitativo también están justificadas desde un punto de vista numérico. Sin embargo, solo nos interesarán las relaciones sociolingüísticas más significativas y evidentes, ya que la comparación cuantitativa no pretende ser integral ni máximamente exacta, sino más bien aproximada y sus conclusiones volverán a relativizarse. La motivación de la comparación cuantitativa procede del hecho de que fue precisamente la gran recurrencia del marcador *boludo* la que suscitó la polémica sobre si esta «muletilla más nueva» podría acabar sustituyendo con el tiempo al *che* más tradicional. Así pues, será útil averiguar si, desde un punto de vista sociolingüístico cuantitativo, los marcadores *che* y *boludo* se comportan o no igual en las distintas categorías de la población.

La comparación propiamente dicha se divide en dos bloques. El primero consiste en una comparación sociolingüística cuantitativa, que se divide a su vez en dos partes o fases. El segundo bloque ya no es puramente sociolingüístico, sino que es una comparación pragmática cualitativa-cuantitativa, realizada conforme al criterio funcional-posicional, o sea, se trata de una comparación triangulada.

10.3.1 Comparación sociolingüística cuantitativa

La comparación sociolingüística de los marcadores *boludo* y *che* puede dividirse en dos fases: en la primera, se confronta la naturaleza de *boludo* a partir de los datos recopilados en 2015 con la naturaleza de *che* analizada a partir de los datos de 2014 (véase el capítulo 7 para más detalles); en la segunda, revisamos los resultados de la primera de tal forma que toda la comparación de *boludo* y *che* se basa exclusivamente en los datos de 2015, proporcionando así una nueva herramienta para validar los resultados anteriores (los resultados de la primera fase).

10.3.1.1 Primera comparación: *boludo* (2015) y *che* (2014)

Para poder comparar con éxito los marcadores *che* y *boludo*, era necesario seguir un esquema cuantitativo similar. Por lo tanto, trabajamos con la misma distribución por sexo, clase social y grupo etario (véase la sección 7.5 para más información al respecto), y solo difirió el número final de personas incluidas en los análisis: para el marcador *che* fue de 24 hablantes (6 para cada clase, 8 para cada grupo etario y 12 para cada sexo) y para *boludo* fue de 48 (el doble de hablantes para cada categoría que en el caso de *che*). Ahora bien, dado que siempre trabajamos con el promedio de ocurrencias por hora dentro de una categoría determinada y expresamos los resultados en porcentaje, el diferente número de hablantes no es un obstáculo para el análisis comparativo, ya que no estamos comparando cifras absolutas.

El dato clave para la comparación inicial es la ocurrencia media de marcadores por hora, que es de **5,11** (235 n/46 h) para *boludo* y de **3,5** (56 n/16 h) para *che*, es decir, de **1,46** *boludo* por cada *che*. Sin entrar en detalles, estas cifras indican que *boludo* es claramente un marcador más frecuente que *che*, si bien no les podemos atribuir una validez absoluta a estos resultados dada la baja representatividad de los datos. Las secciones siguientes, dedicadas al análisis por clase social, edad y sexo, nos aportan más información sobre la naturaleza sociolingüística de los marcadores. Antes de la comparación propiamente dicha, no obstante, recapitulamos la distribución de las ocurrencias de *che* para proporcionar una imagen completa (véase Šmídová, 2014a: 109 y ss. para más detalles).

Tabla 16: Distribución de ocurrencias de *che* (2014)

Clase	Edad	Hombres	Mujeres
Baja	10-20	3	3
	21-40	3	9
	41-60	1	3
Media baja	10-20	5	0
	21-40	3	2
	41-60	2	3

Clase	Edad	Hombres	Mujeres
Media alta	10-20	2	2
	21-40	1	3
	41-60	1	0
Alta	10-20	2	2
	21-40	2	4
	41-60	0	0

Cabe añadir que, de las 16 horas grabadas, la representación de cada clase se registró de forma desigual en cuanto al tiempo (baja: 4 h; media baja: 3 h; media alta: 5 h; alta: 4 h), por lo que el número total de ocurrencias entre clases sociales tuvo que dividirse por el número de horas correspondiente, y solo a partir de este valor pudo calcularse la representación porcentual. En cuanto a la edad y al sexo, la representación ya estaba igualada (unas 5,3 h por grupo etario y unas 8 h por cada sexo), o las diferencias eran insignificantes (en unas pocas unidades de minutos), por lo que ya no era necesario determinar el número medio de ocurrencias por hora y el porcentaje pudo calcularse a partir del valor absoluto.

1. Clases sociales

Tabla 17: Distribución de *boludo* por **clase social**

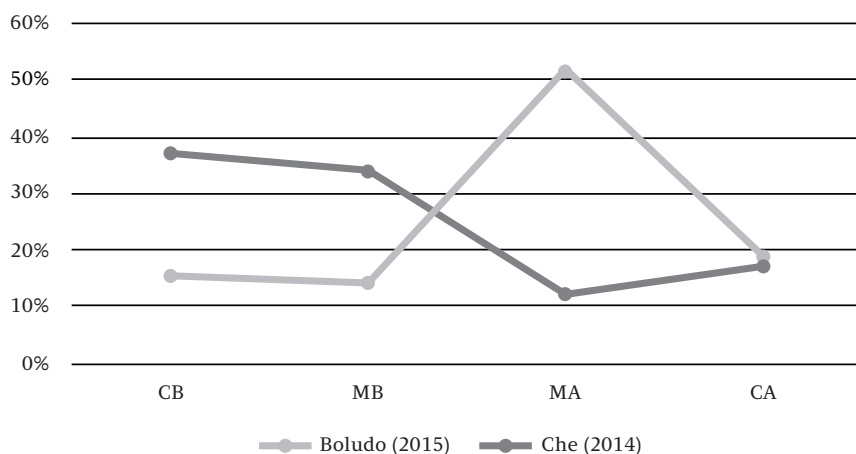
<i>Boludo</i> (2015): Clase	CB	MB	MA	CA
Proporción de ocurrencias [%]	15%	14%	52%	19%

Tabla 18: Distribución de *che* por **clase social**

<i>Che</i> (2014): Clase	CB	MB	MA	CA
Proporción de ocurrencias [%]	37%	34%	12%	17%

Gráfico 4: Comparación de *boludo* y *che* por **clase social**

Boludo y *che*: clase



Los datos de las Tablas 17 y 18 y el Gráfico 4 revelan que la naturaleza de *boludo* no se corresponde en absoluto con la naturaleza de *che*, sino que constituyen casi un reflejo especular. En primer lugar, parece que los partidarios más entusiastas del marcador *boludo* son los hablantes pertenecientes a la clase media alta, que a su vez son los más propensos a eludir el *che*. De modo parecido, la clase alta es la segunda en orden en el uso de *boludo*, pero la penúltima en el uso de *che*. Esto podría implicar que algunos grupos prefieren el marcador *boludo* al *che* y viceversa. No obstante, esta hipótesis nos parece demasiado atrevida e improbable, ya que los dos marcadores en cuestión suelen coexistir en las mismas interacciones (véase la segunda comparación más adelante) y sería necesario un nuevo proyecto de investigación más profundo para confirmarla o (más bien) refutarla, lo que queda como un posible reto para el futuro.

Ahora bien, recordando lo dicho en el capítulo 9 (dedicado al análisis cuantitativo de *boludo*), hay que tener en cuenta que *boludo* está muy influido por la alternancia de estilos, que no se captó de manera uniforme en todas las clases sociales. Por ello, debemos abordar las conclusiones que comparan los marcadores *che* y *boludo* en función de la clase social con cierto margen. Por otro lado, sabemos sobre el marcador *che* que su sensibilidad al contexto es considerablemente menor en comparación con *boludo*, puesto que se trata de un marcador más neutro, menos estilísticamente marcado y que es común incluso en conversaciones rutinarias, por lo que la fluctuación en el

eje de frecuencias de *boludo* bajo la influencia del estilo también es relevante para la comparación con *che* en el sentido de que es poco probable que se produzca tal desviación para *che*, al menos no debido a la interferencia del estilo intragrupal. Así pues, está claro que los marcadores *che* y *boludo* no se comportan de la misma manera.

El único punto de contacto que puede encontrarse con respecto a la clase social para los marcadores comparados es la clase social alta, para la que documentamos un 19 % de ocurrencias de *boludo* y un 17 % de ocurrencias de *che*. Es importante señalar aquí, sin embargo, que para *boludo* muchas ocurrencias fueron pronunciadas de nuevo bajo la presión de un estilo de confianza intragrupal, mientras que para *che* no lo fueron, lo que significa que el marcador *che* es común incluso en la comunicación informal rutinaria de la clase alta (por ejemplo, entre colegas profesores, en la familia, en la tienda, etc.), mientras que la misma clase de hablantes *boludo* lo pronuncia mayoritariamente solo «a puerta cerrada». Así lo demuestra el hecho de que solo 2 del total de 6 hablantes de clase alta no emplearon *che* (es decir, un tercio; véase la Tabla 16 anterior), en tanto que *boludo* no estaba documentado en 7 de 12 participantes (esto es, en más de la mitad; véase la sección 9.3, Tabla 8). Las mujeres mayores de las dos clases más altas tienen una actitud igualmente reservada hacia el uso de ambos marcadores en cuestión, lo que podría indicar que, en general, evitan utilizar las «muletillas» conversacionales. No obstante, sería necesaria una muestra más amplia para poner a prueba esta hipótesis.

2. Edad

Tabla 19: Distribución de *boludo* por edad

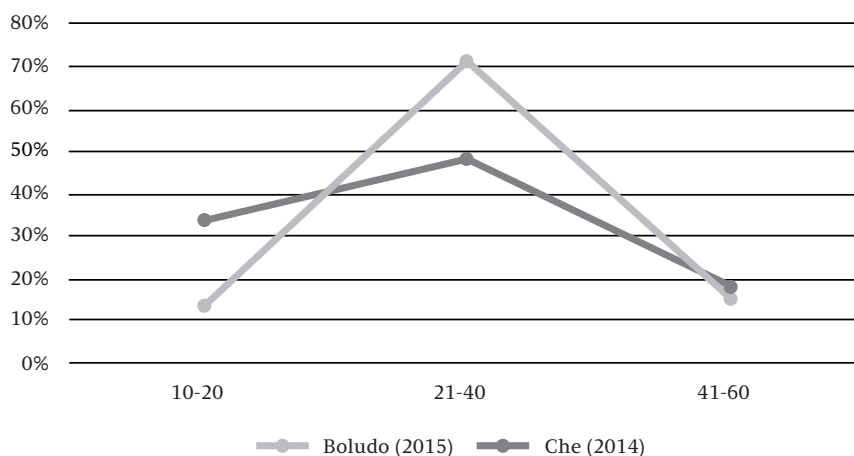
<i>Boludo</i> (2015): Edad	10-20	21-40	41-60
Proporción de ocurrencias [%]	14%	71%	15%

Tabla 20: Distribución de *che* por edad

<i>Che</i> (2014): Edad	10-20	21-40	41-60
Proporción de ocurrencias [%]	34%	48%	18%

Gráfico 5: Comparación de *boludo* y *che* por edad

Boludo y *che*: edad



Al comparar los datos de las Tablas 19 y 20 y del Gráfico 5, observamos que, si bien el segundo grupo de edad domina el uso de ambos marcadores (patrón \cap , véase las secciones 4.4.5 y 9.3.1), la situación en los demás grupos difiere. Mientras que para el marcador *boludo* (en contraste con las premisas de Jørgensen, 2009, 2011) la juventud muestra una recurrencia muy similar con el grupo de mayor edad (14 % y 15 %, respectivamente), para *che* el grupo de menor edad (con un 34 % de ocurrencias) sigue a los hablantes de entre 21 y 40 años (48 %) y es a la vez seguido por la categoría de mayor edad (18 %). Por lo tanto, el comportamiento de los marcadores en cuestión no parece idéntico ni siquiera con respecto a la edad.

En términos generales, también encontramos otra diferencia y es que el marcador *che* tiene una representación más equilibrada en todas las categorías, tanto en función de la edad como de la clase social, mientras que en el caso del *boludo* siempre hay una marcada desviación de una clase social o una categoría etaria con respecto a las demás (véase su valor porcentual para la clase media alta o para el segundo grupo etario). Esto podría ser de nuevo consecuencia del cambio de estilo al que está sujeto el marcador *boludo* y, a la inversa, de una mayor neutralidad o universalidad que caracteriza al *che*. La única desviación importante para *che* se documenta en una mujer del grupo de mediana edad de la clase baja (9 *n*). En este caso, sin embargo, esta no se debe a un cambio de estilo, sino más bien a la pertenencia a la clase más baja y, al mismo tiempo, a la considerable

verbosidad individual y la animada vida social de la hablante en cuestión (bailarina de clubes y ocasional actriz de bajo presupuesto).

3. Sexo

Tabla 21: Distribución de *boludo* por sexo

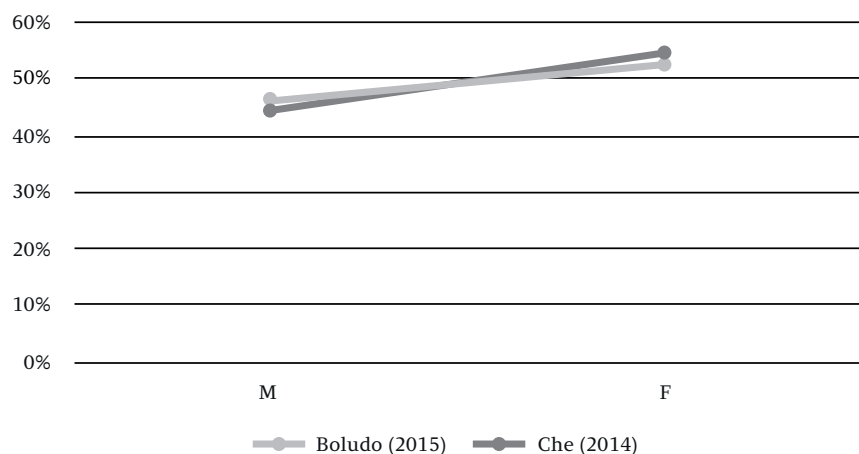
<i>Boludo</i> (2015): Sexo	M	F
Proporción de ocurrencias [%]	47%	53%

Tabla 22: Distribución de *che* por sexo

<i>Che</i> (2014): Sexo	M	F
Proporción de ocurrencias [%]	45%	55%

Gráfico 6: Comparación de *boludo* y *che* por sexo

Boludo y *che*: sexo



En cuanto al sexo, las Tablas 21 y 22 y el Gráfico 6 muestran que los marcadores están en equilibrio. *Boludo* es utilizado en el 53 % de los casos por las mujeres y en el 47 % por los hombres, *che* en el 55 % por las mujeres y en el 45 % por los hombres. Por tanto, la situación es similar y la recurrencia algo mayor entre las mujeres bien puede explicarse de nuevo por estereotipos (las mujeres son más habladoras, buscan y expresan más la solidaridad comunicativa) o bien puede

ser fruto de la casualidad. Asimismo, hemos señalado anteriormente que ambos marcadores son poco frecuentes en las mujeres mayores de las clases más altas y parece que los hombres de clase alta de la misma edad tampoco se inclinan especialmente por ellos. No obstante, a diferencia de *boludo*, *che* es común entre el resto de las mujeres del grupo de mayor edad estudiado. De todos modos, dado el tamaño tan reducido de la muestra, especialmente en el caso de *che*, debemos tratar estas conclusiones con cautela.

Ahora bien, lo que sí consideramos crucial es que *che* está más uniformemente distribuido en la muestra estudiada y prácticamente no presenta fluctuaciones, lo que puede interpretarse como una especie de prueba de la neutralidad de este marcador, mediante la cual puede explicar su amplia (o casi universal) aceptabilidad sociogeográfica (es decir, su capacidad para ser un marcador geoidentificativo argentino desde una perspectiva *macro*), en tanto que *boludo* se caracteriza por una sensibilidad a la edad y al estilo, lo que lo convierte en un marcador de solidaridad intragrupal argentina (perspectiva *micro*).

Cabe destacar, sin embargo, que la moda y la mediana del marcador *che* también se sitúan en torno a 2 o 3, respectivamente, si se recalculan las ocurrencias por persona y hora ($16 \text{ h}/24 \text{ pers.} \doteq 0,7 \text{ h/pers.}$; $2 \text{ n}/0,7 \text{ h} \doteq 2,9 \text{ n/h}$), lo que sugiere que, en la conversación cotidiana neutra, *che* es al menos igual de frecuente, pero incluso más frecuente que el marcador *boludo*. Además, el valor medio así obtenido se aproxima a la media aritmética observada de ocurrencias de *che* por hora ($3,5 \text{ n/h}$), lo que sugiere una vez más que el uso de *che* es más equilibrado y no está sujeto a fluctuaciones tan significativas bajo la influencia de alternancias de estilo como sí lo está *boludo*.

10.3.1.2 Segunda comparación: *boludo* y *che* (2015)

En la segunda fase, pretendemos ofrecer una visión más global de la comparación de los marcadores *boludo* y *che*, por lo que nuestro objetivo no será confrontar la distribución de ocurrencias en función de variables sociales individuales, sino únicamente comparar la recurrencia total de dichos marcadores. Por estas razones, no es necesario que sigamos adhiriéndonos al esquema cuantitativo introducido en la sección 7.5 (que requería un número específico y predefinido de hablantes), y en consecuencia, para los fines actuales, hemos reintegrado a la base de datos de 2015 grabaciones que originalmente no estaban previstas para la investigación cuantitativa (solo se utiliza-

ban para el análisis cualitativo), ya que se trataba de conversaciones de hablantes que exhibían atributos de posiciones ya ocupadas por otros participantes. Optamos por esta expansión de 46 a 60 horas no para cuestionar la fiabilidad de los hallazgos presentados hasta ahora (aunque esta opción también es posible), sino más bien en un esfuerzo por probar la validez de los resultados clave a través de un corpus ampliado y, por ende, diferente.

Tras esta modificación, obtuvimos un total de 325 ocurrencias de *boludo* (este fue también el número disponible para el análisis cualitativo) y 207 ocurrencias de *che*. Calculando la frecuencia media de ocurrencia por hora de grabación (325 $n/60$ h y 207 $n/60$ h, respectivamente), comprobamos que *boludo*, con 5,42 ocurrencias por hora, es más recurrente que *che*, con 3,45 ocurrencias por el mismo lapso. Si evocamos los valores de la primera parte de comparación (*boludo*: \emptyset 5,11 n/h ; *che*: \emptyset 3,5 n/h), hemos de concluir que los nuevos resultados coinciden más o menos con los anteriores (salvo una desviación menor para la recurrencia de *boludo*), lo que parece aún más significativo si tenemos en cuenta que el primer estudio sobre el marcador *che* (2014) se basaba en datos completamente diferentes a los del estudio actual.

Así pues, de lo anterior se puede extraer la conclusión de que se producen unas **1,6** ocurrencias de *boludo* por cada *che*. Y, de hecho, los dos marcadores parecen coexistir a menudo, y a veces su coocurrencia es incluso más estrecha en términos de frecuencia (como confirma la grabación 046-ArmMarcRosCris121015-GG, que documenta a unos amigos en la casa de una chica hablando de viajes por Brasil y de eventos culturales en la ciudad, y en la que *boludo* se oye **39** veces y *che* **33** veces).

Ahora bien, insistimos en que *che* se utiliza de forma más equilibrada (solo 10 de todas las grabaciones no presentan ninguna ocurrencia, en comparación con el marcador *boludo*, que no está presente en 17 del total de grabaciones). Además, el marcador *che* puede utilizarse sin penalización alguna en presencia de personas desconocidas (como sucede en el ejemplo de la grabación 052-PaoPauPare011115-GG, en la que una pareja de ancianos es invitada por un arquitecto y su hija a un almuerzo tardío, y en la que *che* aparece 6 veces, mientras que *boludo* ni una sola vez). Por otro lado, *boludo* suele acumularse densamente en la interacción intragrupal (entre amigos, compañeros de clase, partidarios de una afición concreta, etc.). Las siguientes grabaciones plasman algunos de estos intercambios:

012-RosPilMar130915a-GG:	28 ocurrencias de <i>boludo</i> frente a 5 <i>che</i> ,
016-RosPilMar130915e-GG:	34 ocurrencias de <i>boludo</i> frente a 7 <i>che</i> ,
032-NahBauHerTinMonMart031015e-GG:	32 ocurrencias de <i>boludo</i> frente a 20 <i>che</i> ,

estando los dos primeros casos relacionados con una reunión de amigas íntimas del colegio, de la que ya hemos hablado aquí varias veces, y el tercer caso relativo a una reunión de primos y sus parejas y conocidos. Y así podríamos dar otros ejemplos, pero ese no es el objetivo de esta sección comparativa.

Toda la comparación cuantitativa con respecto a la sociolingüística, no obstante, puede concluirse afirmando que *boludo* y *che* no se comportan de la misma manera en la inmensa mayoría de los casos y, por tanto, no pueden considerarse equivalentes, como sugirieron Ramírez y Estrada (2003). La frecuencia de su uso es diferente, tanto globalmente como en función de la estratificación social y del efecto de los cambios de estilo. En lo referente a *che*, este marcador se caracteriza por un uso más consistente y equilibrado a lo largo del día y a través de toda la muestra de la sociedad, lo que se debe a su menor sensibilidad situacional-contextual. Este marcador es más neutro, versátil y aceptable en la comunicación informal incluso dentro de ámbitos más formales. *Boludo*, por su parte, se caracteriza por una mayor acumulación inmediata en circunstancias en las que interviene la interacción de alta confianza intragrupal.

10.3.2 Comparación funcional-posicional triangulada

Se sabe que los marcadores conversacionales pueden ocupar distintas posiciones o ranuras (véase la sección 3.11.1) dentro de una interacción, es decir, son posicionalmente flexibles con respecto a su unidad de referencia (véase el capítulo 8). Esto significa que un mismo marcador puede aparecer tanto al principio de un turno o enunciado como a su final o en algún punto intermedio. Su aparición es entonces inicial, final o media (o interna, pero siempre sintácticamente independiente). Esta flexibilidad posicional entendida en términos sintagmáticos-lineales también se ha observado para los dos marcadores aquí estudiados, pero ya el análisis comparativo cualitativo ha indicado

(véase las secciones 10.2.1-10.2. 2) que *boludo* y *che* no se comportan de la misma manera ni siquiera a este respecto, ya que el marcador *che* puede figurar sin sanciones en la fase preparatoria de la conversación como medio de llamar inicialmente la atención, mientras que tal localización no es la preferida para el marcador *boludo* debido a su origen nominal y, además, etimológicamente peyorativo. El marcador *boludo* luego puede realizarse en la fase inicial de la interacción en la que ya son más comunes las expresiones de dirigirse a alguien (los vocativos de tratamiento), o en otros lugares.

Por consiguiente, nuestro objetivo será comparar la frecuencia aproximada de los marcadores *che* y *boludo* por posición. En el capítulo 8 ya hemos explicado, sin embargo, que la determinación precisa de las posiciones entraña numerosos escollos, dado que la unidad de referencia a la que se vincula el marcador no siempre puede identificarse de forma inequívoca y, además, en muchos casos se producen neutralizaciones posicionales (cf. la sección 3.11.3). Por este motivo, decidimos basar nuestras comparaciones únicamente en la distinción de + o - inicial, es decir, distinguir por un lado la posición inicial (I) y por otro la posición interna/central y final juntas (C+F). Nuestra hipótesis, que deriva de nuestra experiencia anterior y también de los hallazgos presentados en los análisis cualitativos, es que *che*, como un marcador más neutro de origen interjectivo, ocurrirá con más frecuencia en la posición inicial que *boludo*, del que, a su vez, esperamos que ocurra con más frecuencia en las posiciones final y central, típicas de los recursos de mantenimiento del contacto con el interlocutor. Una categoría posicional particular está constituida por *Che* o *Boludo* completamente independientes en su forma de enunciado no oracional (IND), la que también se reflejará en el análisis.

Sin olvidar que planteamos esta parte de la investigación solo como complementaria, visto que la naturaleza del problema ya ha sido descrita y explicada en gran medida en los análisis cualitativos (especialmente en la sección 10.2.2), basaremos esta comparación únicamente en las primeras quince horas de grabaciones del corpus total de datos recopilados en 2015. No obstante, antes de presentar los resultados finales, ilustraremos la situación examinada con algunos ejemplos.

10.3.2.1 Marcadores fáticos

Se dice que tanto *che* como *boludo* son marcadores fáticos, ya que la función de ambos es atraer o fijar de algún modo la atención del inter-

locutor. Pero, como hemos visto en Jakobson (1960, aquí sección 3.8), la función fática o de contacto adopta muchas formas (desde atraer inicialmente la atención, pasando por mantener el contacto con el oyente, hasta finalizar la comunicación y cerrar el canal) y dimensiones (entrar en relaciones sociales, conexión psicológica, etc.), y, además, suele ir acompañada de otras funciones (referencial, emotiva, conativa, metalingüística y poética). Así pues, queda claro que en nuestro intento de distinguir entre marcadores aparentemente similares tendremos que ir más allá de la función primaria o dominante. Observemos ahora los siguientes ejemplos, que, en aras de la claridad, liberamos aquí de notas sociolingüísticas y etiquetas identificativas.

1. Posición inicial: función fática I

El primer «subtipo» de la función fática está ligado a la posición inicial, a través de la cual los marcadores conversacionales atraen la atención de alguien, abren el canal, preparan la comunicación y la inician. También pueden anunciar un cambio de tema, una nueva contribución a un tema en curso o ya abandonado, una expresión de la actitud del hablante, etc. Como se ve a continuación, una serie de ejemplos con el *Che* inicial ponen de manifiesto que la posición inicial le es inherente a este marcador. En cambio, fue muy difícil encontrar ejemplos típicos con un *Boludo* inicial que funcionaran como se ha descrito recién.

- (81) **Ch-**// **Che**/ hola/ ¿con quién estoy?/ y nunca venía
- (82) **Che**↑/ Marke/ con el tema de los refugiados en República Checa/
¿tuvo repercusión o algo?// ¿a ustedes les llegan refugiados?
- (83) **Che**/ loco→/ ¿nunca les llenaron esa máxima que dice que
no te podés tomar un texto en serio si está en Comic Sans y
nunca les pasó que es verdad?
- (84) **Che**→/ má/ no lleves el plato porque ju^{ht}o^{ht}tá viniendo papá
- (85) **Che**→/ pá/ e^scuchame
- (86) **Che**/ pirucha/ vení a cocinar
- (87) **Che**→/ Marke/ ¿cómo vas?
- (88) ¡**Cheeee!**→/ Armando/ decime cuánto te cuees→taaa↓
- (89) **Chee**/ le pegaste fueer→tee→
- (90) **Che**↑/ Rosi/ ¿viste que está buena↑?
- (91) **Bolu**↑do↓/ me re^hpondieron mi^hfamiliare^h italiano^h
(ENTUSIASMO, RUIDOS)

Asimismo, merece una mención especial el hecho de que algunos de los marcadores de los ejemplos anteriores, además de la función fática, ejercen también la función *conativa* (secundaria), o sea, acentúan o atenúan esta función (ejemplos 84-88, en los que acompañan a imperativos o preguntas apelativas como recursos procedimentales –en el ejemplo 87 se trataba de una apelación o de un acto directivo para que la destinataria se apurara con la comida–), la función *emotiva* (ejemplos 88-91), en los que expresan sentimientos y actitudes (ya sea conceptual o procedimentalmente, o bien a través de cualidades fónicas), o desempeñan ambas a la vez (véase el ejemplo 88). Obviamente, también podemos atribuirles la función *metalingüística* o *metaconversacional*, ya que informan sobre la estructura de la conversación (los marcadores son partículas que introducen una conversación, un turno, un enunciado, un tema), así como la función *referencial*, dado que cada una de estas ocurrencias remite a alguna realidad extralingüística (el contexto argentino, la relación entre los interlocutores, la identidad social del hablante, etc.), y por último, quizá, también la *poética*, pues los marcadores utilizados añaden un matiz estilístico al mensaje, es decir, constituyen una especie de realce.

2. Posición central y final: función fática II

Si bien en los ejemplos que siguen también documentamos la función fática como dominante, esta vez ya no se trata de establecer un primer contacto, sino de mantenerlo, de señalar las relaciones sociales, de mostrar solidaridad, o de unos meros suspiros autorreferenciales, etc., fenómenos que se realizan principalmente a través de marcadores en posición central o final.

- (92) - ¿Ustedes de dónde son/ **boludo**/ comoo banda?
 - Yy del Norte en realidad/ de Zona Noortee/ **boludo**
- (93) Encima el mes pasado/ **boluda**→/ este mes/ depositaron tARde// o sea siempre cobramos tipo a las tres cuatro ^{de la}mañana se deposita// me desperté y dije/: Aay/ hoy *coobro*/ (ENTUSIASMO) me voy a fijaar ^(cuando) tenía dos mil pesos del mes pasado
- (94) Ay qué desesperado que está el de la kángu/ viste/ **boluda**/ mirá
- (95) Esta es mi plaza/ **boluda**/ la plaza de Villa Bach
- (96) Che/ **bolu**↑**da**/ ¿podemos quedarnos esos esmaltes en serio?
- (97) Parecen novios/ **che**→

- (98) Casate/ **boluda**// CA-SA-TE (RISAS)
- (99) Bueno/ **boludo**/ ¡respondé!
- (100) A ver→/ **boluda**→/ dale// activá
- (101) Daale/ **bolu**↑**do**
- (102) Claaro/ **chee**→/ lo estás interrumpiendo (QUEJA, REPROCHE)
- (103) Me hago pis/ **boluda**/ me llega decir así-/ me hago pis/ olvidate/ me hago pis encima (RISAS)
- (104) Qué rata// qué ratón/ **boluda**
- (105) Qué zarpado/ **boluda**
- (106) *lo cagaste*/ **boludo**^{digó}// *lo cagaste*
- (107) ¡¿Nada más?!/ **boluu**↑**da**↓/ ¿nada más?
- (108) Andá a tomar cerveza/ **bolu-DO** (IRONÍA, QUEJA)
- (109) Qué bajón/ ¡**boluda**!
- (110) Qué feo que está/ **cheee**↓
- (111) Qué mala suerte/ **che**
- (112) ¿Por qué tenías que acotar eso?/ no hacía falta/ me hace quedar mal/ **chee**→/ delante de Marketa/ poobree

Al igual que en el punto anterior, en estos ejemplos podemos observar el carácter polifuncional de los marcadores examinados, pero con la diferencia de que en el caso anterior el marcador se producía en la posición inicial, que estaba ocupada preferentemente por el marcador *che*, y ahora se presentan ocurrencias en las posiciones central y final, que están ocupadas preferentemente por el marcador *boludo*. En comparación con el marcador *boludo* en la posición inicial, sin embargo, las ocurrencias del marcador *che* en las posiciones central y final son más numerosas.

En lo que se refiere a la función primariamente fática, en los primeros ejemplos (92-95) se nota claramente el mantenimiento del contacto y la expresión o, por el contrario, la demanda de solidaridad. El *che* del ejemplo 97 es luego un ejemplo de suspiro autorreferencial, y gracias al ejemplo 96 queda patente que los marcadores *che* y *boludo/a* coexisten, con el marcador *Che* en posición inicial como recurso para llamar la atención y el *boluda*, a su vez, como forma de dirigirse a la interlocutora e indicador de la estrecha relación social mutua.

En cuanto a las demás funciones, podemos mencionar de nuevo la función *conativa* secundaria, que puede documentarse mejor a través de los ejemplos 98-102, en los que los marcadores acompañan a mandatos, prohibiciones o reproches, la función *emotiva* al expresar

sentimientos y actitudes (sobre todo 103-112), o la función *metalingüística*, en la que los marcadores sustituyen de hecho a los signos de puntuación o señalan los límites del turno (se trata, en especial, de las ocurrencias en posición final). Las observaciones realizadas en la sección anterior sobre las funciones restantes (*referencial* y *poética*) son igual de válidas para esta sección. Una nota especial se merecen las ocurrencias de *boludo* en las que la carga expresiva (emotiva) es negativa, es decir, ofensiva o irónica (106, 108, etc.).

Así, podemos resumir que cada marcador representa varias funciones simultáneamente, por lo que no podemos conformarnos con la perspectiva funcional por sí sola a la hora de estudiarlos, ya que no goza de valor explicativo ni peso argumentativo suficientes. A esto hay que añadir el hecho de que una misma función puede sufrir subdivisiones y que, aunque a primera vista los marcadores parezcan desempeñar la misma función, no por ello son equivalentes. En consecuencia, para una mejor diferenciación, es aconsejable combinar la perspectiva funcional con el criterio posicional, cuya intersección mostrará con mayor claridad cómo funcionan los marcadores objeto de estudio y hasta qué punto son parecidos.

10.3.2.2 Comparación posicional cuantitativa

Pasamos ahora de una perspectiva cualitativa a una evaluación cuantitativa. De las primeras 15 horas de material recopilado en 2015, obtuvimos un total de 98 ocurrencias de *che* y 218 de *boludo*. La comparación resultante puede verse en las Tablas 23 y 24 y en el Gráfico 7. Hay que tener en cuenta, empero, que estas cifras no pueden considerarse estrictamente dadas, puesto que la determinación de las posiciones no es completamente inequívoca y del todo fiable debido a la frecuente neutralización. No obstante, hemos intentado minimizar los errores agrupando las ocurrencias centrales y finales en una sola categoría, como ya hemos señalado.

Nota: en las tablas y el gráfico que siguen (Tablas 23 y 24, Gráfico 7), la abreviatura «I» representa la posición inicial, «C+F» las posiciones central y final agrupadas en una categoría común, e «IND» un marcador independiente (un marcador en función de un enunciado no oracional).

Tabla 23: Distribución de *boludo* por **posición**

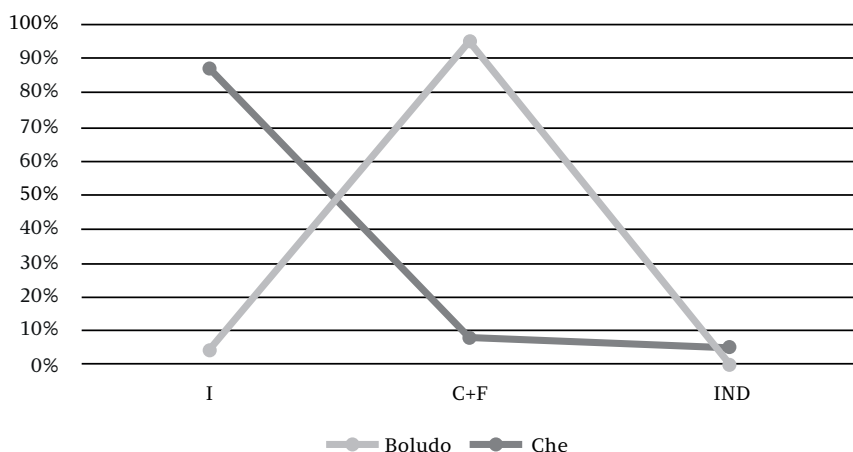
Boludo (2015): Posición	I	C+F	IND
Número de ocurrencias [n]	10	207	1
Proporción de ocurrencias [%]	4,5%	95%	0,5%

Tabla 24: Distribución de *che* por **posición**

Che (2015): Posición	I	C+F	IND
Número de ocurrencias [n]	85	8	5
Proporción de ocurrencias [%]	87%	8%	5%

Gráfico 7: Comparación de *boludo* y *che* por **posición**

Boludo y che: posición



De acuerdo con nuestras expectativas, la distribución posicional de las ocurrencias de *che* es considerablemente diferente de la distribución posicional de las ocurrencias de *boludo*, exceptuando las ocurrencias independientes o autónomas, en las que ninguno de los dos marcadores alcanza una frecuencia significativa. Aun así, observamos una mayor frecuencia de ocurrencias autónomas para el marcador *che* que para *boludo*, lo que sin duda se debe a la naturaleza atencional interjectiva del marcador *che* y también a su relativa neutralidad. A modo de ejemplo, gritarle ¡*Che!* a alguien en la calle para que la persona en cuestión se dé la vuelta está permitido, en cambio gritarle repentina-

mente ¡*Boludo!*, más bien, no (pero ya se ha dicho más sobre esto en la sección 10.2.2). Un *Cheee* aislado también es común como una especie de «grito en la oscuridad» o un intento de llamar la atención general (por ejemplo, en presencia de muchas personas a las que queremos acallar), aunque este a menudo pasa desapercibido.

Pero una conclusión mucho más significativa de la comparación posicional de los marcadores *boludo* y *che* es que *che* es manifiestamente dominante en la posición inicial (87 %) y su frecuencia es relativamente baja en las posiciones central y final (la representación concreta fue de aproximadamente un 4 % para la posición central y un 4 % para la final, es decir, cuatro ocurrencias por cada una). Por el contrario, *boludo* domina las posiciones central y final (la central estuvo representada por 107 ocurrencias, es decir, el 49 %, y la final por 100 ocurrencias, es decir, el 46 %), siendo las ocurrencias iniciales escasas para él (menos del 5 %). La prominencia de *che* en la posición inicial vuelve a confirmar entonces lo que se ha dicho en la sección 10.2.2, a saber, que un marcador de origen interjetivo (pero cumpliendo una función vocativa) se realizará más fácilmente en contextos preparatorios e introductorios, en tanto que *boludo* es preferentemente un recurso de contacto de una interacción ya en curso y un símbolo de solidaridad comunicativa, a menos que se trate justamente de un *boludo* peyorativo con intención de ofender al destinatario.

En consecuencia, si bien ambos marcadores pueden considerarse legítimamente indicadores de la función fática, cada uno presenta un aspecto diferente de ella: el marcador *che* es el principal captador de atención, mientras que *boludo* sirve para mantener el contacto con el interlocutor, o para finalizarlo, o para señalar las relaciones interpersonales. Por tanto, creemos haber demostrado que es necesario combinar el enfoque funcional con el criterio posicional, ya que su actuación conjunta revelará más fácilmente el carácter de cada uno de los marcadores conversacionales y sus diferencias mutuas. Y lo mismo es aplicable a la combinación del enfoque cualitativo con el cuantitativo.

10.3.3 Resumen

Concluimos el bloque de comparaciones cuantitativas y trianguladas afirmando que *boludo* y *che* son recursos conversacionales sociolingüística y pragmáticamente (o funcional-posicionalmente) distintos y que rara vez coinciden, por lo que no es adecuado considerarlos equi-

valentes. Si *boludo* es más sensible al contexto situacional y social y documentamos fluctuaciones significativas en su frecuencia bajo la influencia del cambio a un estilo de comunicación intragrupal, la ocurrencia de *che* es más equilibrada en la muestra dada de la sociedad argentina y este marcador será más universal. Así, aunque por un lado *boludo* pueda parecer un marcador más frecuente, sobre todo si está muy acumulado en algunas interacciones íntimas, en general, en la comunicación informal rutinaria *che* es al menos comparable en su recurrencia, si no directamente más frecuente. Así pues, la diferencia clave socialmente contingente entre los dos marcadores parece residir en la oposición de *más marcado-más neutro*, permitiendo algunos contextos la aparición de ambos (aunque en ellos representen funciones diferentes) y otros no (por ejemplo, los contextos más formales solo permiten *che*).

Con respecto a la distribución funcional-posicional, podemos concluir que ambos marcadores son marcadores de la función fática, visto que influyen de alguna manera en el canal de comunicación (abriéndolo, comprobando si sigue abierto o cerrándolo), pero cada uno se utiliza preferentemente para implementar un componente diferente de esta función: el marcador *che* generalmente abre el canal («función fática I») y, por ello, aparece en la posición inicial en la gran mayoría de los casos, mientras que el marcador *boludo* tiende a mantener el canal abierto o a cerrarlo («función fática II») y, por eso, aparece más a menudo en las posiciones central y final. Naturalmente, ambos marcadores –bajo determinadas circunstancias– también pueden aparecer en otras posiciones, lo que es más frecuente para *che*, que es más neutro. *Boludo* en posición inicial requiere un ambiente verdaderamente relajado o representa una relación muy estrecha con la persona a la que se dirige, siendo poco frecuente que esta posición inicial sea puramente atencional, como sí ocurre con *che*. Además, tal *boludo* inicial suele ser peyorativo o altamente expresivo.

10.4 Introspección

Concluimos este capítulo presentando los juicios subjetivos de hablantes nativos argentinos seleccionados para complementar la comparación de los dos marcadores con un material que se recopiló solo al final de la investigación (en mayo de 2019) de personas que en su mayoría no habían participado en las fases anteriores de la investigación

(a excepción de dos entrevistados). Se contactó con ellas desde la República Checa hasta Argentina a través del comunicador WhatsApp, mediante técnicas de bola de nieve y red social, siendo las encuestas propiamente dichas llevadas a cabo *in situ* por la Dra. Gabriela Leighton, directora del Centro para el Estudio de Lenguas (CePEL) de la UNSAM (véase también la sección 7.2), es decir, una persona informada e instruida en el campo. En concreto, se investigó lo que pensaban los hablantes nativos sobre su propio uso de los marcadores *che* y *boludo*, enfocando la atención en las siguientes pautas o preguntas:

1. Con qué frecuencia utilizan los marcadores conversacionales en cuestión.
2. En interacción con quién los utilizan.
3. En qué contextos los utilizan.
4. Qué diferencia (si la hay) encuentran entre utilizar un marcador u otro.
5. Suponiendo que utilicen los marcadores en cuestión, dar al menos un ejemplo concreto.

El propósito de la encuesta no fue obtener una respuesta detallada y exhaustiva, sino un comentario breve y lo más espontáneo posible (es decir, no premeditado) en un formato de audio. Las grabaciones con estos parámetros fueron enviadas de inmediato por la Dra. Leighton o por los propios participantes en la investigación a la investigadora del proyecto a través de WhatsApp para que el material obtenido pudiera ser analizado y evaluado. Se optó por esta alternativa moderna a un sondeo mediante cuestionario estándar y más amplio principalmente porque constituye una forma muy rápida, fácil y eficaz de obtener respuestas cuando ya se ha llevado a cabo una investigación cualitativa y cuantitativa más detallada y los datos introspectivos de un número limitado de personas solo pretenden ilustrar o ejemplificar sus conclusiones o, por el contrario, señalar que incluso las percepciones de los hablantes nativos sobre su propio uso de la lengua pueden no corresponderse totalmente con la realidad o con los resultados de la investigación principal. Cualquier incoherencia o contradicción en los resultados será interpretada.

En total, ocho personas de tres familias argentinas de Buenos Aires o de Gran Buenos Aires participaron en la encuesta. Los nombres citados son seudónimos; las citas se han liberado en este caso de las marcas de transcripción normalizadas para facilitar y hacer más

fluida la lectura y se han convertido y editado en un texto continuo, estructurado en oraciones. Las convenciones de transcripción introducidas en la sección 8.1 solo se han aplicado a los ejemplos citados entre cuñas, con los que los entrevistados ilustran su propio uso de los marcadores en cuestión.

A continuación, se especifican los que participaron en la encuesta (ejemplo: seudónimo, sexo F/M, edad, profesión, duración de la grabación en minutos; no se indica la clase social, ya que todos los encuestados pertenecen a la clase media alta; véase también el comentario sobre la estratificación social más adelante).

1. Camila, F, 14 años, estudiante de colegio bilingüe (2:08)
2. Marina Paula, F, 26 años, pianista y estudiante del conservatorio de música (1:42)
3. Salvador, M, 26 años, pianista y estudiante del conservatorio de música (4:14)
4. Magdalena, F, 29 años, artista (3:13)
5. Gloria, F, 50 años, académica, profesora universitaria (2:13)
6. Roberto, M, 39 años, asistente académico y trabajador administrativo (3:30)
7. Rosana, F, 67 años, jubilada, anteriormente pequeña empresaria (2:52)
8. Alfonso, M, 59 años, pianista, maestro de piano (2:34)

En vista de que las partes anteriores de la investigación no mostraron una influencia significativa de la estratificación social por clases en el uso de los marcadores estudiados (para el marcador *boludo*, la edad y el estilo son de particular importancia, mientras que para el marcador *che* se comprobó que estaba presente en prácticamente toda la población, aunque con algunas variaciones en la frecuencia de uso), pusimos un especial cuidado en asegurarnos de que la muestra incluyera a personas de diferentes edades y sexos.

Camila (14 años), la persona entrevistada más joven, dice que emplea tanto *che* como *boludo* todo el tiempo, pero que utiliza *eu* (pronombre personal portugués de primera persona del singular) más a menudo que *che*.¹³¹ Su motivación para utilizar *che* o *eu* es la de lla-

131 *Eu* en el español latinoamericano no es nuevo, y su uso con esta función ya lo documentamos en 2014 en el habla de una mujer mexicana (Karen, de 23 años en aquel momento) procedente de Ciudad de México y estudiante en Buenos Aires, aunque hoy en día *eu* en español es definitivamente más popular de lo que era antes.

mar la atención de alguien (función fática atencional, vocativa/apelativa), tanto cuando se dirige a una persona conocida como cuando se dirige a alguien cuyo nombre desconoce (*che* y *eu* pueden considerarse, por tanto, marcadores relativamente respetuosos, aplicables incluso al dirigirnos a una persona no del todo conocida). Alfonso (59, véase más adelante) también menciona el uso de *eu* en la función atencional por parte de su nieto (Santi, 15), dando el ejemplo de <Eu/pá>. Para Alfonso, sin embargo, *eu*, con el que Santi también se dirige a sus padres, por ejemplo, es una actualización algo más cortés del marcador *boludo*, mientras que para Camila *eu* equivale a *che* (a este respecto, desde un punto de vista gramatical-funcional, nos inclinamos más hacia la opinión de Camila, pues *eu*, aunque originalmente pronominal, se comporta más como una interjección en el nivel conversacional, o sea, ocupa las posiciones que en la conversación se reservan a las interjecciones; véase también la mención de la superestructura de la conversación de van Dijk, aquí en la sección 10.2.2).

En cuanto al marcador *boludo*, Camila cuenta que lo emplea mucho, sobre todo cuando se comunica con sus amigos (por ejemplo, al salir con ellos), con sus hermanas y, a veces, con sus primo/as. Al mismo tiempo, en circunstancias similares, pero hasta cuando se comunica con sus padres, utiliza *che* porque, en sus palabras, «*[che] no es una mala palabra como el boludo*». Esto también está relacionado con la diferencia clave que ella misma observa entre los dos marcadores: considera que *boludo* es hasta cierto punto un vulgarismo, mientras que *che* no lo es. El *che* lo utiliza para llamar a alguien, es decir, en posición inicial: <Chee→/ ¿viste las noticias↑?>, y el *boludo*, en cambio, lo emplea al final del enunciado: <No/ pero no es así/ bolu↑do↓>. Así pues, Camila no utiliza *boludo* en posición inicial en la función vocativa, sino principalmente en posición final en la función fática II (para mantener el contacto con sus interlocutores) o metalingüística (*boludo* funciona como un signo de puntuación oral, un punto imaginario). También es interesante la observación de la madre de Camila, Gloria (de 50 años, véase más adelante), quien destaca que Camila usa la forma *boludo* tanto para los interlocutores masculinos como para los femeninos, es decir, que ya no utiliza la forma femenina *boluda*. Esto podría significar que *boludo* ya ha alcanzado un mayor grado de gramaticalización en el grupo de edad más joven que en las generaciones mayores.

Marina Paula (26), la hermana mayor de Camila, dice que utiliza *che* con las personas con las que tiene confianza o amistad, sobre

todo cuando quiere atraer su atención. En lugar de llamar a la persona por su nombre, la llama *Che*. En el caso del marcador *boludo*, según Marina Paula, se requiere un grado de confianza aún mayor (cuando comenta el uso de *boludo*, se ríe como si le diera vergüenza) y ella misma lo utiliza muy a menudo con sus amigos. A esto apunta: «*el boludo lo uso con personas con las que tengo todavía más confianza, no ando nombrando a la gente boludo porque sí*». Ambos marcadores los emplea tanto en la interacción oral como en los chats escritos (pero no en la comunicación formal). Sin embargo, a diferencia de su hermana menor, también aplica *boludo* en la función vocativa en posición inicial: <Bolu↑do→/ no te diste cuenta que acá// tal/ tatata...>, de lo que ya sabemos gracias a análisis anteriores que no es el uso más frecuente de este marcador, dado que prefiere las posiciones interna y final. Para utilizar *che*, le basta con que la persona a la que se dirija este marcador le sea relativamente próxima (ya sea personalmente o, por ejemplo, solo en estatus). Pone <Che↑/ ¿me pasarías/ ee-/ lo que hicimos la semana pasada↑?> como ejemplo de un *che* atencional y a la vez directivo.

Salvador (26), coetáneo y compañero de clase de Marina Paula, define muy específicamente la edad de las personas que utilizan dichos marcadores. En su opinión, *che* es admisible sobre todo para hablantes de menos de 45 años y *boludo* de menos de 35, y añade: «*Porque la gente grande no usa ni el che ni el boludo*». (Esta idea, como sabemos por análisis anteriores, está en parte distorsionada y no siempre se corresponde con la realidad documentada; esto posiblemente se deba a que el entrevistado considera *che* y sobre todo *boludo* como términos estigmatizadores y, quizás bajo la influencia de la ultracorrección, no los atribuye a las generaciones mayores, a las que modela de forma idealista). Además, según él, *che* constituye un equivalente conversacional del imperativo *oíme* y se utiliza exclusivamente para introducir un enunciado, mientras que *boludo* puede producirse tanto al principio de una frase como a su final: <No sabés lo que me pasó/ bolu↑do↓>. Pero, en realidad, a Salvador le parece que tal vez sean sinónimos: «*Son medio sinónimos, creo*». Sin embargo, en relación con el aspecto posicional, piensa que el *che* final no existe, o que no se utiliza con tanta frecuencia como el *che* inicial, que le suena más natural (esta es también una opinión un tanto discutible, ya que los ejemplos <No me parece/ che> y <Chee/ no me parece> que él mismo da son ambos aceptables dependiendo del contexto, pero el análisis funcional-posicional anterior ha demostrado que en gran

medida sí puede estar en lo cierto (véase también Šmídová, 2014a, 2014b, o 2012a).

Según Salvador, *che* con énfasis y alargamiento (*cheee*) también puede usarse en el sentido de reproche, como en <Mirá lo que HICISTE> o <Mirá lo que DIJISTE>, por así decirlo, que «ya basta»: <No será mucho/ CHEE→>. Por el contrario, *boludo* es capaz de expresar asombro y sorpresa: «*O sea, estás contando algo, por ejemplo, algo que te sorprendió, un momento que te sorprendió: <No sabés lo que me pasó...> y la otra persona se sorprende de lo que le contás y puede decir <BOLUUDO>, entendés, como de sorpresa*». Además, en relación con la expresividad, añade que, dependiendo del contexto, *boludo* puede adoptar (su significado originario) de insulto y palabra peyorativa, mientras que *che* no conlleva tal rasgo.

Salvador, bajo la influencia de los buenos modales, se muestra reacio a dar más ejemplos, comentando que se trata de expresiones muy coloquiales cuyo uso en la vida cotidiana no es académico, pero finalmente admite que sí es posible tal uso con *che*: <Chee/ pásame algo> (donde se trata de un uso atencional y directivo), <Chee/ ¿cómo estás?> (aquí forma parte más bien de una fórmula de cortesía en el contexto de una relación de confianza). En el caso de *boludo*, afirma entre risas <Me estás jodiendo/ boludo> y precisa que este marcador está estrechamente ligado a un vínculo de amistad más estrecho y a un mayor nivel de intimidad mutua en la relación: «*no lo podés decir en un ambiente de trabajo, a menos que haya confianza con los compañeros de trabajo –el boludo–; en cambio –el che– tenés nivel de confianza, pero no tanta. Entonces por eso, por lo general, las frases que se usan con boludo son como más confianzudas, y no necesariamente las frases que tengan che tienen que estar relacionadas con algo de confianza*».

Una última nota interesante que Salvador aporta al debate sobre la diferencia entre *che* y *boludo* es su afirmación de que no es infrecuente que estos marcadores se utilicen juntos en un contexto amistoso relajado, en la combinación *Che + boludo* (pero no al revés, como hemos visto en la introducción del capítulo 10): «<Chee/ boludo/ ¿cómo estás?>. *El boludo está usado como persona, como vos, y Chee como <Dame bola>. [En] <Oíme/ vos/ cómo estás> el che sería Oíme y el boludo sería vos o el nombre de la persona*».

Magdalena (29) ofrece un resumen muy informado de todo lo dicho anteriormente sin haber estado presente durante las demás entrevistas. Según ella, el uso de los marcadores en cuestión está re-

lacionado con el registro informal y con el registro de la afectividad en el sentido del apego emocional a la persona con la que hablamos y a la que nos dirigimos. El significado específico (originario) de *boludo* puede afectar a su uso en el sentido de *estúpido*, pero en la mayoría de los casos no es así y *boludo* es una manifestación de apego afectivo y también representa un registro informal, es decir, sobre todo el habla coloquial entre los jóvenes que utilizan *boludo* para dirigirse a una persona cercana: <Boludo no sabés lo que me pasó> (es decir, en estas circunstancias, se admite la posición inicial). En cuanto a la frecuencia de uso, para Magdalena, la recurrencia está condicionada por el número de veces al día que ha mantenido una conversación informal e íntima con alguien, ya que cree que el uso de los marcadores en cuestión está relacionado con las situaciones y los contextos en los que la informalidad es permisible, así como con la rutina diaria: «*Creo que tiene que ver con eso, con los espacios en los que uno puede utilizar el registro informal y eso tiene que ver con la rutina diaria y con las circunstancias*». Algo similar ya lo hemos visto con Rosa, aquí a lo largo del capítulo 10.

Magdalena continúa comentando que utiliza *che* en el marco de las relaciones familiares y laborales, en tanto que *boludo* es más probable que lo emplee con amigos y con iguales (en el sentido de estatus, edad, etc.; véase también las secciones 3.9.3 y 3.9.4). En su opinión, la diferencia fundamental radica en que *che* puede aplicarse de forma más diversificada, en el sentido de que también puede emplearse con la madre, con la abuela, con una persona en las interacciones comerciales cotidianas (por ejemplo, en el supermercado) o de otro modo públicas, es decir, independientemente de la jerarquía de las relaciones. *Boludo*, en cambio, se utiliza más entre iguales, en relaciones simétricas. Como ejemplos, pone los siguientes: <Chee/ no sabés lo que pasó>, <Boludo/ dejá de ponerte eso que te queda mal>. Curiosamente, Magdalena vuelve a elegir *boludo* en la posición inicial. No obstante, esto es algo engañoso, por la razón de que cuando se le pide a uno que ponga un ejemplo con una palabra predeterminada, muy a menudo intenta construir el ejemplo comenzando con esa palabra. Por lo tanto, no es recomendable basarse en datos ficticios inventados *ad hoc* en este tipo de cuestiones, sino en datos reales, lo cual efectivamente fue el objetivo de los análisis presentados en las secciones y capítulos anteriores.

Pasamos ahora a exponer las reflexiones de personas algo mayores en edad de trabajar. **Gloria** (50) es académica y su especialidad son las lenguas extranjeras. Es, por tanto, una encuestada informada que

puede tener una opinión algo más experta sobre el tema estudiado. Además, Gloria participó en fases anteriores de la investigación, pero en el momento de la encuesta aún desconocía los resultados de los análisis, por lo que no se vio influenciada por ellos: «*Mi uso del che es un uso muy frecuente en contextos intelectuales y artísticos, incluso entre pares universitarios se usa, pero no con un uso de confianza, sino en un uso de compartir lengua: <Chee→/ pongámonos las pilas>, <Che/ eh/ tenemos que modificar tal cosa>, <Chee→/ leíste las noticias// viste lo que pasó en el CONICET↑>»*. Considera que este tipo de ocurrencias son muy abundantes en su entorno laboral y nos remite más o menos al uso del *che* como expresión de la identidad nacional, como ya se ha mencionado antes.

Por otro lado, el marcador *boludo* para Gloria es un término poco frecuente dentro de sus círculos, e incluso nada frecuente en contextos universitarios. En relación con la edad, Gloria cree que es muy difícil que alguien utilice *boludo* en torno a los cincuenta años, a no ser que quiera ofender directamente a alguien. El uso cotidiano y habitual que documentamos en el caso de Marina Paula y Camila no es común en ámbitos universitarios o intelectuales y artísticos, ni tampoco en personas de la edad de Gloria. «*Es decir, decir boludo es un insulto y se dice solamente con esa intención. Es realmente difícil para mí pensarme diciendo <Boludo/ viste esta película↑>, como que no es de mi generación»*. Según Gloria, el uso de dicho ejemplo estaría más relacionado con la generación comprendida entre los 25-30 años, y el ejemplo <Daale/ veNÍ/ no te hagas el tonto/ boludo> con el marcador *boludo* en posición final «no vocativa» sería propio de individuos aún más jóvenes, aproximadamente en torno a los 15 años.

Roberto (39), que también participó en fases anteriores de la investigación, pero nunca estuvo al tanto del momento específico de la grabación, ni conoce los resultados de la investigación hasta el momento, dice que usa *che* en contextos informales y que no lo usaría en una entrevista de trabajo, por ejemplo, pero sí en una interacción con alguien a quien le tutea y con quien tiene una relación más cercana. Además, señala que utiliza *che* sin ser inmediatamente consciente de ello, es decir, lo emplea de forma bastante inconsciente y natural: «*Lo uso sin darme cuenta, lo uso naturalmente. Me sale decir <Chee/ hagamos algo> o no sé y no pienso que lo estoy diciendo. Ahora, que me hacés pensarlo, me doy cuenta que lo uso»*. Por otra parte, *boludo* para él expresa un grado mucho mayor de informalidad y requiere todavía más confianza. A veces puede acompañar a *che*: <Che→/ bo-

lu↑do/ no te diste cuenta quee-/ que se te está quemando el asado/>. Roberto opina, además, que *boludo* suele ser más común en la interacción masculina, mientras que *boluda* es menos frecuente y suena más peyorativo. Sin embargo, añade que, como pasa la mayor parte del tiempo en la oficina en un entorno académico, no tiene mucho margen para utilizar los marcadores en cuestión, aunque con algunos de sus compañeros de trabajo sí sería posible usarlos. En cualquier caso, cuando más los utiliza es los fines de semana, en su tiempo libre.

La representante de mayor edad entrevistada es **Rosana** (67 años), una mujer jubilada que, dada su edad, ya no pudo ser incluida en las tablas de la investigación cuantitativa. Por ello, es interesante destacar al menos algunos de sus comentarios que dan cuenta del uso de *che* y *boludo* por parte de la generación de mayor edad. Como ella misma dice, usa *che* «medianamente», mientras que *boludo* no lo usa en absoluto, porque este término «no le gusta» (esto se corresponde no solo con la afirmación anterior de Salvador, sino también con algunas de las conclusiones sobre las mujeres mayores de 40 años del capítulo 9, etc.). El marcador *che* lo usaría, por ejemplo, en este contexto: <Ey/ che→/ qué te pasa>, por ejemplo, cuando se refiere a su marido enfermo. En el trato público, por ejemplo, con un médico o un profesor, no usaría *che*, pero en el trato familiar sí, por ejemplo, con sus hijas, sobre todo cuando quiere reprender a alguien: <CHE/ por qué me tratás así>, <CHE/ por qué me contestás así>. «Para retar, puede ser. Para retar, ahí está». En este contexto, utiliza *che* para no tener que dirigirse a la persona reprendida por su propio nombre (es decir, para minimizar la amenaza de la imagen negativa, para salvaguardar la dignidad de la persona retada): «Sí, porque por ejemplo no te voy a decir, no voy a decir <Gloria/ qué te pasa conmigo↑>, no, por ahí te voy a decir <Chee/ qué te pasa conmigo↑>».

El último entrevistado es el maestro de piano **Alfonso** (59 años), que reflexiona sobre la función de relleno –hasta ahora no contemplada por los demás participantes– de los marcadores (continuadores) *che* y *boludo*, cuya misión es proporcionarle al hablante el tiempo necesario para pensar antes de formular un enunciado. «Uno de los usos más lamentables del boludo para mí es como nexos de conexiones de la velocidad del cerebro para armar una oración y la oración. Es como si yo te diera una clase y te dijera <porque/ boluda/ Beethoven>, <boluda/ tiene forte piano/ boluda>, <y entonces/ boluda/ crescendo/ boluda>, y así entonces, como el cerebro me funciona más lento que la oración que estoy por armar, el boludo o boluda me ayuda a empatar».

En lo que respecta a las funciones de *che*, Alfonso menciona, en primer lugar, la capacidad de este marcador para llamar la atención, es decir, la función atencional. Pone los siguientes ejemplos de ello (algunos de los cuales adquieren una dimensión secundaria, más directiva, otros más expresiva, etc.): <Che/ cuidado que vas a volcar la botella>, <Chee/ vamos al cine>, <Chee/ no te pongas así>. Alfonso dice que el objetivo de *che* en este caso es sacar al destinatario del estado en el que se encuentra para que empiece a prestar atención a lo que el hablante le va a decir (esto también es un caso ejemplar de la ostensión, véase la sección 3.5 sobre la teoría de la relevancia). El mensaje en sí puede ser una advertencia, una sugerencia o recomendación, un gesto afectuoso, etc.

El marcador *boludo* también puede utilizarse como expresión de simpatía, cordialidad y afecto, y aunque conserva su significado peyorativo originario en determinadas circunstancias, Alfonso sostiene que *boludo* debe separarse estrictamente del vulgarismo inequívoco *pelotudo* (originalmente sinónimo), cuyo único propósito es ofender y ridiculizar fuertemente al destinatario. *Pelotudo* es un insulto agresivo, en tanto *boludo* es mucho más suave. «*También depende del grupo etario, depende de la ciudad del uso de boludo, digamos que entre los más jóvenes se utiliza más pero también está cambiando esto y se está cambiando la palabra, el uso de la palabra por otras*». Con ello, Alfonso apunta hacia la ocurrencia moderna de *eu*, cuyo uso en su nieto Santi (15) ya lo hemos mencionado en el párrafo dedicado a Camila.

Al final, Alfonso concluye el debate con el siguiente resumen: «*Se diría que el che tiene más un nivel acá, en toda la sociedad, el che lo puede usar cualquiera, incluso hasta en el ámbito académico en alguna reunión, en cambio, en boludo no es tan así*». Esto vuelve a recapitular que la diferencia fundamental entre *che* y *boludo* reside en el grado de su informalidad y aceptabilidad en distintos contextos. A diferencia de *che*, que no es tan marcado estilísticamente, es aceptable en algunos contextos de mayor carga jerárquica (ámbitos académicos y laborales) y es utilizado en mayor o menor medida por prácticamente toda la población argentina, *boludo* solo puede documentarse en la comunicación amistosa o, en general, de mucha más confianza que *che*. Así, dadas las normas de cortesía y las posibles sanciones, el uso de *boludo*, más expresivo, debe meditararse con mucho más cuidado que el de *che*, más neutro, y cabe destacar que todos los entrevistados son conscientes de este hecho.

En lo referente a las demás observaciones, casi todos los encuestados perciben *che* como una partícula atencional o vocativa que se produce más o menos exclusivamente en posición inicial. Para *boludo*, el grupo de edad en torno a los 30 años puede imaginar su uso inicial de dirigirse a alguien, mientras que la generación más joven lo utiliza más bien al final de un enunciado, principalmente como recurso de contacto, o con un carácter metalingüístico o de relleno. Algunas personas mayores se distancian del uso de *boludo* por razones de gusto verbal, si bien el marcador *che* sí lo utilizan con relativa frecuencia. Asimismo, se ha resaltado varias veces la coocurrencia de los marcadores *che* y *boludo*, precediendo el marcador *che* en todo momento al marcador *boludo* dentro de la secuencia sintagmático-lineal (lo que también está relacionado con la superestructura conversacional según van Dijk, véase la sección 3.7, y con el condicionamiento gramatical originario de los marcadores en cuestión).

Rosana destacó la función de *che* como mitigador en caso de que exista el peligro de amenazar la imagen negativa del interlocutor, en tanto que el marcador *boludo* fue más bien identificado por los entrevistados como expresión de solidaridad (no solo) grupal, o sea, para apoyar la imagen positiva especialmente en el contacto con amigos. No escapó a la atención el uso de los marcadores como estímulo ostensivo, esto es, un recurso a través del cual el hablante llama la atención del oyente sobre lo que pretende transmitir y lo que considera de máxima relevancia en el contexto comunicativo dado. En cualquier caso, ni siquiera esta encuesta confirmó la equivalencia de *che* y *boludo*, por lo que consideramos refutada esta hipótesis.

Conclusión



El objetivo de la presente monografía ha sido poner de relieve los problemas teóricos y metodológicos más importantes a los que debe enfrentarse todo lingüista que decida investigar los marcadores conversacionales típicos de la interacción cotidiana, informal y espontánea, e ilustrar todo el proceso de investigación mediante un marcador ejemplar.

El libro cuenta con diez capítulos. En los cinco primeros se ha intentado explicar por qué es importante, desde un punto de vista teórico, adoptar un enfoque interdisciplinar, así como describir en qué se diferencian las disciplinas abordadas, en qué se entrecruzan y en qué se complementan. En los cinco capítulos restantes, se describen aspectos metodológicos problemáticos, se presenta un enfoque modelo para la investigación sobre marcadores conversacionales y se realizan análisis empíricos del prototípico marcador argentino *boludo*, cuya naturaleza se contrasta finalmente con la de su aparente competidor, *che*.

En lo que se refiere a la base teórica, el punto de partida, que se ha introducido en el primer capítulo, queda localizado en la intersección de los paradigmas del análisis de la conversación, análisis del discurso y análisis sociolingüístico, así como sobre el fondo omnipresente de la pragmática. Una vez definida, se intenta evaluar la contribución de dicha aproximación interdisciplinar para el estudio de los marcadores conversacionales.

El análisis de la conversación, expuesto en el segundo capítulo, procede de manera inductiva. Empieza con una observación sin una motivación teórica predeterminada hasta la identificación de un patrón repetido en múltiples casos. No aspira a describir un marcador preseleccionado, sino que accede al estudio de los llamados *prefacios* al descubrir que existe un conjunto de elementos que, en una determinada posición (inicial, media o final) de la estructura conversacional, cumplen una función específica respecto del sistema de intercambio de turnos de habla.

El enfoque funcional, por su parte, es propio del análisis del discurso, que se ha presentado en el tercer capítulo. Esta disciplina co-

menzó a estudiar los marcadores de manera más rigurosa, y fue la que ancló su denominación más reconocida *-marcador-*. Particularmente gracias a ella se desarrolló el estudio de los marcadores a nivel mundial. Una de las publicaciones más citadas sobre el tema es el trabajo de Schiffrin (1987). La propia autora, sin embargo, partió originalmente de la aproximación del análisis de la conversación, sobre todo en lo que se refiere al criterio funcional-posicional. El procedimiento del análisis del discurso, no obstante, es inverso en el sentido de que el investigador primero selecciona un marcador (o una serie de marcadores) que se propone estudiar y, posteriormente, a base de datos reales o incluso ejemplos inventados, analiza sus funciones y propiedades. Por consiguiente, la investigación del análisis del discurso no suele desembocar en identificar qué elementos lingüísticos comparables pueden ocupar una posición dada, desempeñando desde ella una función sistémica determinada, sino que, al revés, concluye que el marcador en cuestión tiene el potencial de llegar a ser empleado en distintas posiciones, cumpliendo funciones variadas. Es decir, se constata su polivalencia funcional y su adaptabilidad al contexto.

En la actualidad, sin embargo, el análisis discursivo de los marcadores frecuentemente parte de las clasificaciones ya existentes. Entre el enfoque conversacional y el discursivo, por tanto, hay una diferencia procedimental notable que consiste en que el análisis de la conversación prefiere aproximarse a los datos sin teoría ni terminología previas, mientras que el análisis del discurso no se resiste a desarrollar su investigación en un marco teórico y terminológico preestablecido, aunque, por otra parte, es mucho más liberal en lo que respecta a las cuestiones metodológicas. Además, si bien el análisis de la conversación representa una rama sociológica, no se preocupa tanto por estudiar la interacción en su contexto sociocultural específico, sino por buscar patrones universales del mecanismo conversacional. El análisis del discurso (ante todo el de tradición angloamericana), en cambio, se desempeña bajo una fuerte influencia de la sociolingüística interaccional.

En el marco de la última, se conciben los marcadores como claves de contextualización que facilitan el proceso de interpretación y que, a su vez, adoptan el rol de agente social por medio del cual los interlocutores construyen, de manera cooperativa, significados sociales y entablan relaciones interpersonales. En cada marcador, además, se refleja un estilo o un registro de lengua y la (no) adecuación al contexto determinará si el (no) uso será entendido como una señal de

(des)cortesía: una marca de deferencia o falta de respeto, un indicador de igualdad o jerarquía, un signo de afiliación o indiferencia. Un marcador conversacional, asimismo, puede constituir un símbolo de identidad de una determinada sociedad.

Aparte del marco cualitativo, es aconsejable estudiar los marcadores conversacionales acudiendo al paradigma cuantitativo variacionista. El cuarto capítulo se ha ocupado efectivamente de esta corriente sociolingüística, que se diferencia de las aproximaciones anteriores en que se distancia de los análisis minuciosos a nivel micro y permite estudiar el marcador desde una perspectiva más abstracta, como variable lingüística dependiente de determinadas variables sociales. Es el más deductivo de todos los paradigmas anteriores y su propósito es poner a prueba las hipótesis sobre las correlaciones entre la recurrencia del marcador y el universo social operacionalizado. Tal macro-perspectiva cuantitativa contribuye a identificar patrones generales de comportamiento sociolingüístico de un marcador que, suponiendo que se respete el mismo esquema estratificado, puede llegar a confrontarse con otros marcadores. En caso de que haya resultados inesperados, estos deberían interpretarse a través de los conocimientos adquiridos cualitativamente.

Del quinto capítulo ha surgido que, gracias a una mirada interdisciplinar, no solo podemos apreciar todas las propiedades de los marcadores conversacionales arriba abarcadas, sino que también somos capaces de resolver cuestiones más complejas, como: *¿qué funciones cumple y con qué frecuencia aproximada un marcador utilizado en una determinada posición por una persona dada, definida por sus características sociales?* La investigación de los marcadores propios de la conversación cotidiana, pues, debería partir de la intersección de todos los enfoques aquí considerados y llevarse a cabo desde una perspectiva tanto cualitativa como cuantitativa para ofrecer una imagen fiel y coherente de lo que son los marcadores.

En consecuencia, la triangulación no solo atañe a la aproximación teórica, sino también a la combinación de estrategias analíticas y de técnicas de recopilación de datos. En el sexto capítulo, se ha podido observar que ya la propia naturaleza de la conversación cotidiana supone una complicación importante a la hora de obtener datos representativos, debido a que no siempre es fácil conseguir que los hablantes se expresen de manera espontánea. Sin garantizar la naturalidad, sin embargo, cualquier estudio enfocado al uso de los marcadores conversacionales sería irrelevante. Para prevenir los sesgos

que podría provocar la paradoja del observador, se sugiere combinar varias técnicas de recolección de datos (p. ej., observación directa, participante y anónima) durante el trabajo de campo. El criterio de la espontaneidad, además, impide que el investigador –en un intento de capturar algunas evidencias del marcador– utilice herramientas de manipulación verbal que en el nivel fonológico o incluso gramatical sí serían aceptables.

Una vez finalizada la recolección, se procede al análisis. Para evitar pérdidas de información valiosa, es aconsejable combinar el análisis cualitativo con el cuantitativo. Existen varios esquemas de triangulación que seguir, pero el *CUAL +/-> cuan* replicado ha resultado el más beneficioso, ya que permite examinar con detalle la polifuncionalidad de un marcador al tiempo que incluye algunas observaciones cuantitativas generalizadoras. El capítulo concluye con una síntesis de los aspectos teóricos y metodológicos planteados que desemboca en el diseño de un enfoque modelo para la investigación del marcador, que posteriormente se llevó a la práctica.

El séptimo capítulo constituye una introducción a los análisis del marcador argentino *boludo*, con el que se ilustra todo el proceso de investigación previamente esbozado. Se especifican los datos fundamentales sobre el proyecto y se comenta que los análisis se basaron en datos conversacionales auténticos, extraídos de su entorno natural en Argentina. La recolección se rigió por un esquema estratificado predefinido. Como muestra principal, se observó a 48 representantes nativos, distribuidos de forma equitativa en tres grupos etarios (10-20, 21-40, 41-60 años), cuatro clases sociales (baja, media baja, media alta y alta) y dos sexos (M/F; sobre la cuestión del sexo frente al género, véase el prefacio de la monografía). Paralelamente, para basar el análisis cualitativo en un material más amplio, se coleccionaban datos complementarios de otros hablantes nativos.

El análisis cualitativo de *boludo* forma el núcleo del capítulo ocho. Primero se ha delimitado el enunciado como la unidad de referencia, concibiendo el marcador como un modificador contextual. Al aplicar el criterio posicional, se revela que *boludo* no suele aparecer en posición inicial absoluta como expresión atencional debido a su origen vulgar. Por otro lado, se descubre que su empleo sí es aceptable en posición inicial relativa al enunciado inminente, donde funciona como elemento reactivo, es decir, como respuesta a lo dicho por el hablante anterior o a lo ocurrido en el trasfondo de la interacción. *Boludo*, sin embargo, tiende a ocupar preferentemente las posiciones

interna y final, en las que se desempeña como un recurso de control de contacto con el interlocutor o como una partícula de cierre.

En lo que respecta al mecanismo conversacional, *boludo* ayuda a introducir un nuevo tema o una nueva contribución al tema actual; le permite al interlocutor mantener el derecho de hablar mientras se toma un tiempo antes de continuar; o sirve para renunciar a la palabra y cederle el derecho de hablar a otro interlocutor. Dicho de otra manera, el marcador *boludo* indica los límites de las unidades conversacionales. Al pronunciar *boludo*, el hablante puede minimizar el impacto de un posible solapamiento, asignarle la palabra a un nuevo hablante o introducir un turno de reparación. Desde la teoría de la relevancia, *boludo* tiene la capacidad de operar como un estímulo ostensivo o una partícula enfatizadora a la que el hablante recurre siempre que quiere resaltar alguna parte del enunciado que considera de suma importancia. Dicho en términos de la perspectiva funcional oracional, *boludo* es un elemento focalizador. Al emplearlo, el hablante pretende que el fragmento del enunciado que acaba de resaltar no pase desapercibido y que su destinatario le preste la atención deseada.

Desde el enfoque funcional de Jakobson (1960), *boludo* representa tanto la función *fática* (mantiene el canal comunicacional abierto o lo cierra) como la función *metalingüística* (indica los límites del turno de habla o, eventualmente, remite al propio código lingüístico), *conativa* secundaria (refuerza el efecto conativo), *emotiva* (directamente expresa el estado emocional del interlocutor o refuerza el componente expresivo), *poética* (le agrega un matiz estilístico al mensaje) y la función *referencial* (remite al contexto o, eventualmente, lleva significado propio).

En cuanto a las relaciones sociales, se descubre que el uso de *boludo* es pertinente y apreciado en los intercambios entre pares y en los círculos cerrados de amigos, en los que se utiliza como una marca de afiliación, solidaridad y cortesía positiva. En entornos más jerarquizados, en cambio, se percibe impropio y puede llegar a ser entendido como una (grave) violación de las normas de cortesía.

El propósito del análisis cuantitativo, que se presenta en el capítulo nueve, ha sido averiguar si la edad es la única variable que interviene en la frecuencia de uso del marcador *boludo*. Si bien se comprueba que la edad es un factor relevante, los jóvenes y adolescentes (cuyo uso alcanza un 14 % del total de 235 ocurrencias) no son los principales ni los únicos usuarios de *boludo*, a diferencia de lo que sostienen numerosos diccionarios (p. ej., Moliner, 2007) y otros autores

(p. ej., Jørgensen, 2011), dado que su uso predomina entre los hablantes de 21 a 40 años de edad, es decir, en las personas que gozan de una vida social plena y que están en la fase vital más productiva (71 %). Además, los hablantes de entre 41 y 60 años (15 %) no siempre se distancian del empleo recurrente de *boludo*, ni tampoco la gente mayor, lo que demuestran algunos representantes masculinos de las clases sociales baja y media baja, aunque las mujeres por encima de 40 años incluidas en la muestra se abstienen prácticamente de su uso (1 %). La edad, sin embargo, no es el único factor decisivo. Asimismo, es imprescindible tener en cuenta la variación estilística, ya que refleja la sensibilidad al contexto y explica los cambios extremos que ocurren en el lenguaje informal de una misma persona bajo distintas circunstancias situacionales. La frecuencia de empleo de *boludo* en un intercambio íntimo entre amigos y/o pares es notablemente superior a la que se da en la conversación coloquial rutinaria, no alterada por el cambio al estilo intragrupal.

Con respecto a las clases sociales, no conseguimos identificar ningún patrón o modelo sociolingüístico particular. No obstante, es de destacar que *boludo*, por más que sea una expresión de origen peyorativo, no se percibe como un recurso estigmatizador, vista su alta frecuencia en el habla de los representantes de la clase media alta (52 %) y alta (19 %). El uso de *boludo* entre los hombres y las mujeres parece equilibrado (mujeres 53 %, hombres 47 %). Ahora bien, dado el número limitado de hablantes que constituyen la muestra base para nuestro análisis cuantitativo, podríamos cuestionar la fuerza generalizadora de las conclusiones aquí extraídas. Por consiguiente, a los resultados cuantitativos en ningún momento se les adjudica una validez absoluta y siempre se someten a la triangulación con los resultados del análisis cualitativo.

Concluido el análisis cuantitativo, se procede al análisis comparativo del marcador *boludo* con otro marcador argentino, *che*, que fue estudiado en 2014 de acuerdo con los mismos parámetros. Este estudio, que se desarrolla en el capítulo diez (el último), fue motivado por el hecho de que hay autores que discuten su posible equivalencia (cf. Ramírez y Estrada, 2003). Muchas de las funciones y propiedades de un marcador, además, emergen con más claridad una vez contrastadas con las que presentan otros marcadores. En nuestro caso, decidimos realizar comparaciones en tres niveles: 1. cualitativo, 2. cuantitativo y 3. triangulado (funcional-posicional cualitativo-cuantitativo).

En primer lugar, se lleva a cabo una comparación cualitativa de la que resultó que *che* y *boludo* no siempre se identifican con las mismas fases conversacionales, debido a que el *che* atencional frecuentemente desempeña el rol de una *expresión de preparación conversacional*, mientras que *boludo* no posee esta capacidad. Averiguamos, asimismo, que las normas de cortesía, que por una parte permiten un uso prácticamente ilimitado de *che*, incluso en un intercambio informal en un ámbito más jerárquico (*hijos* \rightleftharpoons *padres*, *subordinado* \rightleftharpoons *superior*), condenan el uso de *boludo*. Por otra parte, al sustituir *boludo* por *che* en una interacción entre amigos íntimos, se perdería una información estilística valiosa, ya que el marcador *boludo* funciona como un signo de solidaridad, afiliación e identidad intragrupal, propiedad de la que *che*, como una marca más neutra y con cobertura general, carece. Queda demostrado también que el grado de expresividad que alcanza el marcador *boludo* es más alto que el de cualquier *che*, y que no es lo mismo utilizar un *che* que un *boludo* en una conversación entre un nativo y un extranjero, dado que pueden producirse graves faltas de respeto cuando los hablantes no comparten el mismo nivel lingüístico y/o los conocimientos socioculturales subyacentes. Cualitativamente, pues, *boludo* y *che* no pueden calificarse de equivalentes.

La comparación sociolingüística cuantitativa también señaló que *boludo* y *che* son dos marcadores conversacionales desiguales. Mientras que *boludo* es más sensible al contexto situacional y social, y se documentan fluctuaciones significativas en su frecuencia causadas por el cambio al estilo intragrupal, la ocurrencia de *che* resulta más equilibrada en (la muestra de) la sociedad argentina, y este marcador parece ser más universal. Así, la diferencia clave socialmente condicionada consiste en la oposición de un uso estilísticamente más marcado (*boludo*) y un uso más neutral (*che*). Dicho de forma un tanto simplificada, *boludo* podría describirse más como un marcador de identidad intragrupal a nivel micro, mientras que *che* representaría la identidad nacional a nivel macro.

Conforme al criterio funcional-posicional cualitativo-cuantitativo, se averiguó que, aun siendo tanto *boludo* como *che* marcadores de función fáctica, debido a que de alguna forma afectan al canal comunicacional, cada uno es usado para implementar un componente diferente de dicha función. *Che* preferentemente aparece en la posición inicial como recurso para abrir el canal y atraer la atención. *Boludo*, en cambio, aparece mayoritariamente en las posiciones interna y final, desde las que le permite al hablante mantener el contacto con su

interlocutor o cerrar el canal, respectivamente. Al final, se triangulan los resultados del análisis comparativo con una breve encuesta adicional. Los juicios introspectivos obtenidos en 2019 de ocho hablantes nativos en principio confirmaron las conclusiones a las que se había llegado a través de los análisis particulares. La hipótesis de la equivalencia de *che* y *boludo* quedó, por tanto, refutada.

Naturalmente, muchas cuestiones relacionadas con la investigación de los marcadores conversacionales han quedado pendientes, y serán revisitadas en otra oportunidad. Una de las propuestas para el futuro consistiría en estudiar la adecuación del uso de los marcadores conversacionales en un intercambio intercultural (esbozado en el capítulo diez), es decir, en la comunicación entre un nativo y un extranjero. Otra posibilidad es (re)considerar la integración de la enseñanza de los marcadores de interacción coloquial en la clase de EL(S)E. Y, por último, se sugiere examinar la evolución de los marcadores aquí estudiados desde una perspectiva diacrónica, lo que permitiría dar cuenta fidedigna de las tendencias actuales en el uso de marcadores, sus efectos (inter)generacionales, así como documentar su auge, persistencia o decadencia y caducidad.

A nuestro juicio, sin embargo, la principal aportación del presente libro consiste en que la descripción detallada de *boludo* y *che* ofrece una visión integral de lo que verdaderamente son y para qué se utilizan los marcadores conversacionales. Resulta que, definitivamente, son mucho más que meras muletillas o palabras de relleno. Al mismo tiempo, la monografía deja claro que los marcadores conversacionales deben estudiarse a partir de un enfoque interdisciplinar (que vincule, como mínimo, el análisis de la conversación y del discurso con la sociolingüística y la pragmática), ya que los antecedentes y supuestos del análisis del discurso por sí solo, en el que suele enmarcarse su investigación, nunca serán suficientes para explicar su compleja naturaleza y dinámica. Además, se han hecho revelaciones fascinantes sobre las «famosas marcas de argentinidad». Finalmente, los datos recopilados brindan una oportunidad única para explorar otros fenómenos apasionantes del español hablado en Argentina.

- BOYERO RODRÍGUEZ, M. J. (2005). *Aportación al estudio de los marcadores conversacionales que intervienen en el desarrollo del diálogo*: tesis doctoral. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- BRACKEN, J. (2008 [2005]). *¡Che Boludo! A Gringo's Guide to Understanding the Argentines*. Buenos Aires: Ediciones Continente. 2ª edición.
- BRAVO, D. y BRIZ GÓMEZ, A. (2004). *Pragmática sociocultural: estudios sobre el discurso de cortesía en español*. Barcelona: Ariel.
- BRIGHT, W. (1966). Introduction: The Dimensions of Sociolinguistics. En Bright, W. (ed.), *Sociolinguistics: Proceedings of the UCLA Sociolinguistics Conference, 1964* (11-15). La Haya: Mouton & Co.
- BRINTON, L. (1996). *Pragmatic Markers in English: Grammaticalization and Discourse Functions*. Berlín: De Gruyter.
- BRIZ GÓMEZ, A. (1993). Los conectores pragmáticos en español coloquial (I): su papel argumentativo. *Contextos*, Vol. XI, No. 21-22. 145-188.
- BRIZ GÓMEZ, A. (1997a). Coherencia y cohesión en la conversación coloquial. *Gamma-Temas*, No. 2. 9-43.
- BRIZ GÓMEZ, A. (1997b). Comentario Lingüístico. En Echenique Elizondo, M. T. (ed.), *El análisis textual: comentario filológico, literario, lingüístico, sociolingüístico y crítico* (77-130). Salamanca: Colegio de España.
- BRIZ GÓMEZ, A. (1998). *El español coloquial en la conversación: Esbozo de pragmatología*. Barcelona: Ariel.
- BRIZ GÓMEZ, A. (2010 [1996]). *El español coloquial: Situación y uso*. Madrid: Arco Libros. 6ª edición.
- BRIZ GÓMEZ, A., PONS BORDERÍA, S., PORTOLÉS LÁZARO, J. et al. (2008). *Diccionario de partículas discursivas del español*. [cit. 23-07-2019]. Recuperado de: www.dpde.es.
- BROWN, G. y YULE, G. (1983). *Discourse Analysis*. Cambridge: Cambridge University Press.
- BROWN, P. y LEVINSON, S. C. (1987 [1978]). *Politeness: Some Universals in Language Usage*. Cambridge: Cambridge University Press. 2ª edición, revisada.
- CALSAMIGLIA BLANCAFORT, H. y TUSÓN VALLS, A. (1999). *Las cosas del decir: manual de análisis del discurso*. Barcelona: Ariel.
- ČECHOVÁ, M. et al. (2000 [1996]). *Čeština – řeč a jazyk*. Praga: ISV. 2ª edición.
- CEDERGREN, H. (1983). Sociolingüística. En López Morales, H. (ed.), *Introducción a la lingüística actual* (147-165). Madrid: Playor.

- ČERNÝ, J. (1996). *Dějiny lingvistiky*. Olomouc: Votobia.
- ČERNÝ, J. (2014). Španělština v Argentině. En Hingarová, V. y Nemrava, D. (eds.), *Argentina napříč obory: současné pohledy* (67-89). Olomouc: Universidad Palacký.
- CLANCY, B. (2016). *Investigating Intimate Discourse*. Oxon: Routledge.
- CLAYMAN, S. E. (2013). Turn-Constructional Units and the Transition-Relevance Place. En Sidnell, J. y Stivers, T. (eds.), *The Handbook of Conversation Analysis* (150-166). Chichester: Blackwell.
- CORREDOR TAPIAS, J. y ROMERO FARFÁN, C. (2010). Apuntes lingüísticos, discursivos y pedagógicos sobre la conversación constructiva. *Cuadernos de Lingüística Hispánica*, no. 15. 93-108.
- COULTHARD, D. (1985). *An Introduction to Discourse Analysis*. Londrés: Routledge.
- COUPER-KUHLEN, E. (2003). Intonation and Discourse: Current Views From Within. En Schiffrin, D., Tannen, D. y Hamilton, H. (eds.), *The Handbook of Discourse Analysis* (13-34). Oxford: Blackwell.
- DE COCK, B. (2014). *Profiling Discourse Participants: Forms and functions in Spanish conversation and debates*. Ámsterdam: Benjamins.
- DENZIN, N. (1978). *The research act: A theoretical introduction to sociological methods*. Nueva York: McGraw-Hill.
- DINI, E. G. (1998). Algo más sobre el vocativo. En Dolfi, L. y Cirillo, T. (eds.), *Lo spagnolo di oggi: forme della comunicazione, Atti del XVII Convegno, Associazione Ispanisti Italiani*, Vol. II (57-62). Milano: Bulzoni.
- DISMAN, M. (2002). *Jak se vyrábí sociologická znalost*. Praga: Karolinum.
- DOMÍNGUEZ, C. L. y ÁLVAREZ, A. (2005). Marcadores en interacción: un estudio de marcadores en el español hablado en Mérida (Venezuela). En Haag C. A. y de Ávila Othero, G. (eds.), *Revista Virtual de Estudos da Linguagem 4*, vol. III. 1-15.
- DOMÍNGUEZ GARCÍA, N. (2016). Bueno, pues, es que... en fin: ¿Qué marcadores discursivos enseñar? *Revista signos: estudios de lingüística*. No. 90. 3-24.
- DREW, P. (2013). Turn Design. En Sidnell, J. y Stivers, T. (eds.), *The Handbook of Conversation Analysis* (131-149). Chichester: Blackwell.
- ECKERT, P. (1997). Age as a Sociolinguistic Variable. En Coulmas, F. (ed.), *The Handbook of Sociolinguistics* (151-167). Oxford: Blackwell.
- ECKERT, P. (2000). *Linguistic Variation as Social Practice*. Oxford: Blackwell.
- ECKERT, P. (2001). Style and Social Meaning. En Eckert, P. y Rickford, J. (eds.), *Style and Sociolinguistic Variation* (206-219). Cambridge: Cambridge University Press.

- FAIRCLOUGH, N. (1985). Critical and Descriptive Goals in Discourse Analysis. *Journal of Pragmatics*, Vol. 9. 739-763.
- FAIRCLOUGH, N. (2003). *Analysing Discourse: Textual Analysis for Social Research*. Oxon: Routledge.
- FERNÁNDEZ LÓPEZ, J. (1999-2023). Muletilla. *Hispanoteca*, en línea. [cit. 20-08-2023]. Recuperado de: <http://hispanoteca.eu/Foro/ARCHIVO-Foro/Muletilla.htm>.
- FLØGSTAD, G. (2012). VISTE: ¿Un caso de gramaticalización? En García Negroni, M. M. (ed.), *Actas del II Coloquio Internacional sobre los marcadores del discurso en lenguas románicas: un enfoque contrastivo* (82-88). Buenos Aires: UBA.
- FOX, B. A., THOMPSON, S. A., FORD, C. E. y COUPER-KUHLEN, E. (2013). Conversation Analysis and Linguistics. En Sidnell, J. y Stivers, T. (eds.), *The Handbook of Conversation Analysis* (726-740). Chichester: Blackwell.
- FRASER, B. (1990). An Approach to Discourse Markers. *Journal of Pragmatics*, Vol. 14. 383-395.
- FRASER, B. (1996). Pragmatic markers. *Pragmatics*, Vol. 6, No. 2. IprA, 167-190.
- FRASER, B. (1998). Contrastive discourse markers in English. En Jucker, A. y Ziv, Y. (eds.), *Discourse Markers: Description and Theory* (301-326). Ámsterdam: Benjamins.
- FRASER, B. (1999). What are discourse markers? *Journal of Pragmatics*, Vol. 31. 931-952.
- FRASER, B. (2009). An Account of Discourse Markers. *International Review of Pragmatics*. Vol. 1. 293-320.
- GALLARDO PAÚLS, B. (1996). *Análisis conversacional y pragmática del receptor*. Valencia: Episteme.
- GARCÍA, É. C. (1986). El fenómeno (de)queísmo desde una perspectiva dinámica del uso comunicativo de la lengua. En Moreno de Alba, J. (ed.), *Actas del II Congreso Internacional sobre el español de América 1986* (46-65). México, D. F.: Universidad Nacional Autónoma de México.
- GARCÍA NEGRONI, M. M. y TORDESILLAS COLADO, M. (2001). *La enunciación en la lengua: de la deixis a la polifonía*. Madrid: Gredos.
- GARCÍA ZAPATA, C. (2016). Hágame, marcador conversacional en el habla coloquial de Medellín. *Lingüística y Literatura*, No. 69. 315-338.
- GARRIDO RODRÍGUEZ, M. del C. (2002). Análisis del Discurso: ¿Problemas sin resolver? *Contextos*. Vol. XIX-XX, No. 37-40. 123-141.
- GELMAN, J. (2013). Aseguran que "boludo" es la palabra más representativa de la Argentina. *iProfesional.com*. Argentina, Buenos Aires: 22-10-2013. [cit. 13-11-2015].

Recuperado de: <http://www.iprofesional.com/notas/172605-Aseguran-que-boludo-es-la-palabra-ms-representativa-de-la-Argentina->.

GILBERT, G. N. y MULKAY, M. J. (1984). *Opening Pandoras Box: A Sociological Analysis of Scientists Discourse*. Cambridge: Cambridge University Press.

GILI GAYA, S. D. (1943). *Curso superior de sintaxis española*. México, D. F.: Ediciones Minerva.

GOFFMAN, E. (1959). *The Presentation of Self in Everyday Life*. Nueva York: Knopf Doubleday.

GOFFMAN, E. (1983). The Interaction Order. *American Sociological Review*, Vol. 48, No. 1. 1-17.

GOFFMAN, E. (1997). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu editores. Traducido al español por Torres Perrén, H. B. y Setaro F.

GORDON, C. (2014). Contextualization Cues. *Key Concepts in Intercultural Dialogue*, No. 57. [cit. 18-07-2018]. Recuperado de: <https://centerforinterculturaldialogue.files.wordpress.com/2015/03/key-concept-contextualization-cues.pdf>.

GRICE, H. P. (1975). Logic and Conversation. En Cole, P. y Morgan, J. L. (eds.), *Syntax and Semantics, Vol. 3, Speech Acts* (41-58). Nueva York: Academic Press.

GRUPO DE ESTUDIOS FONOLÓGICOS (GrEfo-CEIL- IdIHCS), (2014-2019). *Corpus de Buenos Aires (CordeBA)*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. [cit. 27-07-2023]. Recuperado de: <http://arcas.fahce.unlp.edu.ar/arcas/portada/colecciones/cordeba>.

GUGENBERGER, E. (2017). ¿Cómo traducir el lunfardo al alemán? El reto de la variación lingüística en la traducción audiovisual. *Linguistik online*, Vol. 86, No. 7. 39-55. Recuperado de: <https://bop.unibe.ch/linguistik-online/article/view/4118/6169>.

GUMPERZ, J. J. (1978). Dialect and Conversational Inference in Urban Communication, *Language in Society*, Vol. 7, No. 3 (Dec., 1978). Cambridge: Cambridge University Press, 393-409.

GUMPERZ, J. J. (1982). *Discourse Strategies*. Cambridge: Cambridge University Press.

GUMPERZ, J. J. (1987). Foreword. En Brown, P. y Levinson, S. C., *Politeness: Some Universals in Language Usage* (xiii-xiv). Cambridge: Cambridge University Press.

GUMPERZ, J. J. (1992). Contextualization and Understanding, En Duranti, C. y Goodwin, A. (eds.), *Rethinking Context: Language as an Interactive Phenomenon* (229-252). Cambridge: Cambridge University Press.

GUMPERZ, J. J. (1999). Inference, *Journal of Linguistic Anthropology*, 9(1-2). American Anthropological Association, 131-133.

- GUMPERZ, J. J. (2003). Interactional Sociolinguistics. En Schiffrin, D., Tannen, D. y Hamilton, H. (eds.), *The Handbook of Discourse Analysis* (215-228). Oxford: Blackwell.
- GUMPERZ, J. J. y HYMES, D. H. (1972). *Directions in Sociolinguistics: The Ethnography of Communication*. Nueva York: Holt, Reinhart and Winston.
- HAENSCH, G. y WERNER, R. (1993). *Nuevo diccionario de americanismos. Tomo II. Nuevo diccionario de argentinismos*. En Chuchuy, C. y Hlavacka de Bouzo, L. (eds.). Santafé de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- HAIJČOVÁ, E. (2017). Diskurz [punto 4]. En Karlík, P., Nekula, M. y Pleskalová, J. (eds.), *CzechEncy – Nový encyklopedický slovník češtiny*. [cit. 05-07-2018]. Recuperado de: <https://www.czechency.org/slovník/DISKURZ>.
- HALLIDAY, M. A. K. (1970). Language Structure and Language Function. En Lyons, J. (ed.), *New Horizons in Linguistics* (140-165). Harmondsworth: Penguin.
- HALLIDAY, M. A. K. (2014 [1985]). (*Halliday's*) *Introduction to Functional Grammar*. Londrés: Routledge. 4ª edición revisada por Matthiessen, C. M. I. M.
- HALLIDAY, M. A. K. et al. (1990). *Language, context, and text: Aspects of language in a social-semiotic perspective*. Oxford: Oxford University Press.
- HALLIDAY, M. A. K. y HASAN, R. (1976). *Cohesion in English*. Londrés: Routledge.
- HARRIS, Z. S. (1951). *Methods in Structural Linguistics*. Chicago: University of Chicago Press.
- HARRIS, Z. S. (1952). Discourse Analysis. *Language*, Vol. 28, No. 1. *Linguistic Society of America*, 1-30.
- HAUSENBLAS, K. (1971/2). *Výstavba jazykových projevů a styl*. Praga: Universidad Carolina.
- HAVERKATE, H. (1991). *Exploraciones semánticas y pragmáticas del español*. Ámsterdam: Rodopi.
- HAVERKATE, H. (1994). *La cortesía verbal: estudio pragmlingüístico*. Madrid: Gredos.
- HAYASHI, M. (2009). Marking a "noticing of departure" in talk: eh-prefaced turns in Japanese conversation, *Journal of Pragmatics*, Vol. 41. 2100-2129.
- HAYASHI, M. (2013). Turn Allocation and Turn Sharing. En Sidnell, J. y Stivers, T. (eds.), *The Handbook of Conversation Analysis* (167-190). Chichester: Blackwell.
- HENDL, J. (1997). Metodologická triangulace v empirickém výzkumu, *Čs. kinantropologie* 1, 1997, 2. Praga: Universidad Carolina, 75-88.
- HENDL, J. (2004). *Přehled statistických metod: Analýza a metaanalýza dat*. Praga: Portál.

- HENDL, J. (2005). *Kvalitativní výzkum: Základní metody a aplikace*. Praga: Portál.
- HENDL, J. y REMR, J. (2017). *Metody výzkumu a evaluace*. Praga: Portál.
- HEPBURN A. y BOLDEN, G. B. (2013). The Conversation Analytic Approach to Transcription. En Sidnell, J. y Stivers, T. (eds.), *The Handbook of Conversation Analysis* (57-76). Chichester: Blackwell.
- HERITAGE, J. (1984). A Change-of-state Token and Aspects of its Sequential Placement. En Atkinson, J. M. y Heritage, J. (eds.), *Structures of Social Action: Studies in Conversation Analysis* (299-345). Cambridge: Cambridge University Press.
- HERITAGE, J. (1998). Oh-prefaced Responses to Inquiry. *Language in Society*, Vol. 27/3, 291-334.
- HERITAGE, J. (2002). Of-prefaced Responses to Assessments: A Method of Modifying Agreement/Disagreement. En Ford, C. E., Fox, B. A. y Thompson, S. A. (eds.), *The Language of Turn and Sequence* (196-224). Oxford: Oxford University Press.
- HERITAGE, J. (2013). Turn-initial position and some of its occupants, *Journal of Pragmatics*, Vol. 57. 331-337.
- HERITAGE, J. (2015). Well-prefaced turns in English conversation: A conversation analytic perspective, *Journal of Pragmatics*, Vol. 88. 88-104.
- HERITAGE, J. y STIVERS, T. (2013). Conversation Analysis and Sociology. En Sidnell, J. y Stivers, T. (eds.), *The Handbook of Conversation Analysis* (659-673). Chichester: Blackwell.
- HERNÁNDEZ CAMPOY, J. M. y ALMEIDA, M. (2005). *Metodología de Investigación Sociolingüística*. Granada: Comares.
- HIRSCHOVÁ, M. (2017a). Perlokuce. En Karlík, P., Nekula, M. y Pleskalová, J. (eds.), *CzechEncy – Nový encyklopedický slovník češtiny*. [cit. 12-07-2018]. Recuperado de: <https://www.czechency.org/slovník/PERLOKUCE>.
- HIRSCHOVÁ, M. (2017b). Teorie relevance. En Karlík, P., Nekula, M. y Pleskalová, J. (eds.), *CzechEncy – Nový encyklopedický slovník češtiny*. [cit. 25-07-2018]. Recuperado de: <https://www.czechency.org/slovník/TEORIE RELEVANCE>.
- HOFFMANNOVÁ, J. (1996). Fatická funkce jazyka, konverzace a její žánry. *Slovo a slovesnost*, Vol. 57, No. 3. 191-205.
- HOFFMANNOVÁ, J. (2017a). Diskurz [punto 3]. En Karlík, P., Nekula, M. y Pleskalová, J. (eds.), *CzechEncy – Nový encyklopedický slovník češtiny*. [cit. 05-07-2018]. Recuperado de: <https://www.czechency.org/slovník/DISKURZ>.
- HOFFMANNOVÁ, J. (2017b). Konverzace. En Karlík, P., Nekula, M. y Pleskalová, J. (eds.), *CzechEncy – Nový encyklopedický slovník češtiny*. [cit. 08-08-2018]. Recuperado de: <https://www.czechency.org/slovník/KONVERZACE>.

- HOFFMANNOVÁ, J., HOMOLÁČ, J. y MRÁZKOVÁ, K. (2019). *Syntax mluvené češtiny*. Praga: Academia.
- HOMOLÁČ, J. (2017). Kritická analýza diskurzu. En Karlík, P., Nekula, M. y Pleskalová, J. (eds.), *CzechEncy – Nový encyklopedický slovník češtiny*. [cit. 07-07-2018]. Recuperado de: <https://www.czechency.org/slovník/KRITICK%C3%81%20ANAL%C3%9DZA%20DISKURZU>.
- HORÁLEK, K. (1976). Věta a výpověď. *Slovo a slovesnost*, Vol. 37, No. 2. 81-85.
- HORN, L. R. (1984). Toward a new taxonomy for pragmatic inference: Q-based and R-based implicature. En Schiffrin, D. (ed.), *Meaning, Form, and Use in Context: Linguistic Application* (11-42). Georgetown: Georgetown University Press.
- HORN, L. R. (2006). Implicature. En Horn, L. R. y Ward, G. (eds.), *The Handbook of Pragmatics* (3-28). Malden: Blackwell.
- HUANG, Y. (2007). *Pragmatics*. Oxford: Oxford University Press.
- HUTCHBY, I. y WOUFFITT, R. (2008). *Conversation Analysis*. Cambridge: Polity Press.
- HYMES, D. H. (1972). On Communicative Competence. En Pride, J. B. y Holmes, J. (eds.), *Sociolinguistics: selected readings* (269-293). Harmondsworth: Penguin.
- HYMES, D. H. (1974). *Foundations in Sociolinguistics: An Ethnographic Approach*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press.
- JAKOBSON, R. O. (1960). Closing Statement: Linguistics and Poetics. En Sebeok, T. A. (ed.), *Style in Language* (350-377). Cambridge: MIT Press.
- JEFFERSON, G. (1983). Notes on some orderliness of overlap onset. *Tilburg Papers in Language and Literature*, No. 28. Tilburg: Tilburg University. 1-28.
- JEFFERSON, G. (1986). Notes on latency in overlap. *Human Studies*, Vol. 9. 153-183.
- JIMÉNEZ ARIAS, M. E. (2015). Uso excesivo de muletillas y comodines en las exposiciones científicas orales, *MEDISAN*, 19(4). 541-552.
- JØRGENSEN, A. M. (2009). Los marcadores del discurso en el lenguaje juvenil de Buenos Aires y Madrid. Una comparación. *Estudios sobre lengua, sociedad y cultura. Homenaje a Diana Bravo*. Vol. 27. Estocolmo: Acta Universitatis Stockholmiensis. 164-177.
- JØRGENSEN, A. M. (2011). Formas de tratamiento: los vocativos en el lenguaje juvenil de Madrid, Buenos Aires y Santiago de Chile. En Rebollo Couto, L. y dos Santos Lopes, C. R. (eds.), *As formas de tratamento em português e em espanhol: variação, mudança e funções conversacionais* (127-150). Rio de Janeiro: UFF.
- JURKA, M., MARTINKOVÁ, P. y ROUBÍNKOVÁ, M. (2014). *Konverzační analýza (nejen) po česku*. Olomouc: Universidad Palacký.

- KEEVALLIK, L. (2012). Compromising progressivity: "no"-prefacing in Estonian. *Pragmatics*, Vol. 22, No. 1. 119-146.
- KENDALL, S. y TANNEN, D. (2003). Discourse and Gender. En Schiffrin, D., Tannen, D. y Hamilton, H. (eds.), *The Handbook of Discourse Analysis* (548-567). Oxford: Blackwell.
- KIM, S. H. (2013). "Ani"-prefaced responses to wh- questions as challenges in Korean. En Sells, P. y Frellesuig, B.(eds.), *Japanese/Korean Linguistics*, Vol. 20 (381-396). Stanford: CSLI.
- KITZINGER, C. (2013). Repair. En Sidnell, J. y Stivers, T. (eds.), *The Handbook of Conversation Analysis* (229-256). Chichester: Blackwell.
- KLEINKNECHT, F. (2013). Mexican güey - from vocative to a discourse marker. A case of grammaticalization? En Sonnenhauser, B. y Aziz Hanna, P. N. (eds.), *Vocative! Addressing between System and Performance*, (235-268). Berlín: De Gruyter.
- KOSTZER, M. (2013). La palabra boludo y los argentinos. Lo que más nos representa. En Estefan, J. R. (ed.), *LA GACETA Literaria*. Tucumán: 03-11-2013. [cit. 15-11-2015]. Recuperado de: <http://www.lagaceta.com.ar/nota/566502/la-gaceta-literaria/palabra-boludo-argentinos.html>.
- KROON, C. H. M. (1995). *Discourse particles in latin: a study of nam, enim, autem, vero and at*. Ámsterdam: Gieben.
- KUBÁTOVÁ, H. (2006). *Metodologie sociologie*. Olomouc: Universidad Palacký.
- KUHN, T. (1962). *The Structure of Scientific Revolutions*. Chicago: University of Chicago Press.
- KURZOVÁ, H. et al. (1985). *Latinitatis medii aevi lexicon Bohemorum. Slovník středověké latiny v českých zemích 7: continens-czytwar*. Praga: Academia.
- LABOV, W. (1963). The social motivation of sound change. *Word*, Vol. 17. 273-309.
- LABOV, W. (1969). Contraction, Deletion, and Inherent Variability of the English Copula. *Language*, Vol. 45, No. 4. 715-762.
- LABOV, W. (1972). *Sociolinguistic Patterns*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press.
- LABOV, W. (1982). Building on Empirical Foundations. En Lehmann, W. P. y Malkiel, Y. (eds.). *Perspectives on Historical Linguistics* (79-92). Ámsterdam: John Benjamins Publishing.
- LABOV, W. (1984). Field methods of the project on linguistic change and variation. En Baugh, J. y Sherzer, J. (eds.), *Language in Use, Readings in Sociolinguistics* (28-66). Englewood Cliffs: Prentice Hall.

LABOV, W. (2006 [1966]). *The Social Stratification of English in New York City*. Washington: Center for Applied Linguistics. Cambridge: Cambridge University Press. 2ª ed.

LABRAÑA, L. y SEBASTIÁN, A. (2004). *Lengua y poder. El argentino metropolitano*. Buenos Aires: Comisión para la Perseveración del Patrimonio Histórico Cultural de la Ciudad de Buenos Aires. Recuperado de: http://www.folkloretradiciones.com.ar/literatura/temas_11.pdf.

LAKOFF, R. T. (1973). The logic of politeness; or, minding your p's and q's. En Corum, C., Smilb-Slark, T.C. y Weiser, A. (eds.), *Papers from the Ninth Regional Meeting of the Chicago Linguistics Society* (292-305). Chicago: Chicago Linguistics Society.

LAKOFF, R. T. (1979). Stylistic strategies within a grammar of style. En Orasanu, J., Slater, M. y Adler, L. L. (eds.), *Language, sex, and gender* (53-78). Nueva York: The New York Academy of Sciences.

Las palabras argentinas que nadie más entiende. *DiarioVeloz.com* 24/7. Buenos Aires. [cit. 11-11-2015]. Recuperado de: <http://m.diarioveloz.com/notas/107390-las-palabras-argentinas-que-nadie-mas-entiende>.

LEE, S.-H. (2013). Response Design in Conversation. En Sidnell, J. y Stivers, T. (eds.), *The Handbook of Conversation Analysis* (415-432). Chichester: Blackwell.

LEECH, G. N. (1983). *Principles of Pragmatics*. Londres: Longman.

LEECH, G. N. (1999). The Distribution and Functions of Vocatives in American and British English Conversation. En Hasselgard, H. y Oksefjell, S. (eds.), *Out of Corpora: Studies in Honour of Stig Johansson* (107-118). Ámsterdam: Rodopi.

LEVINSON, S. C. (1983). *Pragmatics*. Cambridge: Cambridge University Press.

LEVINSON, S. C. (1992). Activity Types and Language. En Drew, P. y Heritage, J. (eds.), *Talk at Work: Interaction in Institutional Settings* (66-100). Cambridge: Cambridge University Press.

LEVINSON, S. C. (2000). *Presumptive Meanings: The Theory of Generalized Conversational Implicature*. Cambridge: MIT Press.

LEVINSON, S. C. (2013). Action Formation and Ascription. En Sidnell, J. y Stivers, T. (eds.), *The Handbook of Conversation Analysis* (103-130). Chichester: Blackwell.

LIPSKI, J. M. (2014 [1996]). *El Español de América*. Madrid: Cátedra. Traducido al español por Iglesias Recuero, S.

LÓPEZ MORALES, H. (2004 [1989]). *Sociolingüística*. Madrid: Editorial Gredos. 3ª ed.

MANOLIU, M. M. (2004). The offspring of Lat. ET and SIC in French and Romanian Conventional Implicature and Language Change. En Coene, M., de Cuyper, G.

y D'Hulst, Y. (eds.), *Current studies in comparative Romanian linguistics* (211-240). Amberes: Antwerp Papers in Linguistics.

MAREŠ, P. (1983). Metajazyk, metařeč, metatext. *Slovo a slovesnost*, Vol. 44, No. 2. 123-131.

MAREŠ, P. (2017). Jednotka textu. Karlík, P., Nekula, M. y Pleskalová, J. (eds.), *CzechEncy – Nový encyklopedický slovník češtiny*. [cit. 31-07-2018]. Recuperado de: <https://www.czechency.org/slovník/JEDNOTKA%20TEXTU>.

MARONESE, L. (2004). Reflexiones sobre la lengua y el poder. En Labraña, L. y Sebastián, A. (eds.), *Lengua y poder. El argentino metropolitano* (11-24). Buenos Aires: Comisión para la Perseveración del Patrimonio Histórico Cultural de la Ciudad de Buenos Aires.

MARTÍN ZORRAQUINO, M. A. y PORTOLÉS LÁZARO, J. (1999). Los marcadores del discurso. En Bosque, I. y Demonte, V. (eds.), *Gramática descriptiva de la lengua española. Tomo III* (4051-4213). Madrid: Espasa Calpe.

MASCHLER, Y. (1994). Metalanguaging and Discourse Markers in Bilingual Conversation. *Language in Society*, Vol. 23, No. 3. Cambridge: Cambridge University Press, 325-366.

MAX PLANCK INSTITUTE FOR PSYCHOLINGUISTICS (2023). *ELAN (Version 6.6)*. Nijmegen: Max Planck Institute for Psycholinguistics, The Language Archive. Recuperado de: <https://archive.mpi.nl/tla/elan>.

MAYNARD, D. W. (2013). Everyone and No One to Turn to: Intellectual Roots and Contexts for Conversation Analysis. En Sidnell, J. y Stivers, T. (eds.), *The Handbook of Conversation Analysis* (11-31). Chichester: Blackwell.

MAZELAND, H. (2013). Grammar in Conversation. En Sidnell, J. y Stivers, T. (eds.), *The Handbook of Conversation Analysis* (475-491). Chichester: Blackwell.

MERTON, R. K. (1990 [1965]). *A Hombros de Gigantes. Postdata Shandiana*. Barcelona: Ediciones Península. Traducido al español por Murillo, E.

MILROY, L. y GORDON, M. (2003). *Sociolinguistics: Method and interpretation*. Oxford: Blackwell.

MITCHELL, E. S. (1986). Multiple triangulation: a methodology for nursing science. *Advances in Nursing Science*, 8(3). 18-26.

MOERMAN, M. (1988). *Talking Culture: Ethnography and Conversation Analysis*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press.

MOLINER, M. (2007). *Diccionario de uso del español. a-i*. 3ª ed. Madrid: Gredos.

MONDADA, L. (2013). The Conversation Analytic Approach to Data Collection. En Sidnell, J. y Stivers, T. (eds.), *The Handbook of Conversation Analysis* (32-56). Chichester: Blackwell.

NEBESKÁ, I. (1992). K některým tendencím v modelování řečové komunikace. *Slovo a slovesnost*, Vol. 53, No. 2. 122-129.

NEBESKÁ, I. (2017). Inference. En Karlík, P., Nekula, M. y Pleskalová, J. (eds.), *CzechEncy – Nový encyklopedický slovník češtiny*. [cit. 25-07-2018]. Recuperado de: <https://www.czechency.org/slovník/INFERENCE>.

NEKULA, M. (2017a). Funkce jazyka. En Karlík, P., Nekula, M. y Pleskalová, J. (eds.), *CzechEncy – Nový encyklopedický slovník češtiny*. [cit. 30-07-2018]. Recuperado de: <https://www.czechency.org/slovník/FUNKCE%20JAZYKA>.

NEKULA, M. (2017b). Zdrovilost. En Karlík, P., Nekula, M. y Pleskalová, J. (eds.), *CzechEncy – Nový encyklopedický slovník češtiny*. [cit. 20-08-2018]. Recuperado de: <https://www.czechency.org/slovník/ZDVO%C5%98ILOST>.

NEKULA, M. (2017c). Znak. En Karlík, P., Nekula, M. y Pleskalová, J. (eds.), *CzechEncy – Nový encyklopedický slovník češtiny*. [cit. 30-07-2018]. Recuperado de: <https://www.czechency.org/slovník/ZNAK>.

NEKVAPIL, J. (2000/2001). Sociolingvistika v systému encyklopedických hesel. *Čestínář*, No. 11. 15-24.

NEKVAPIL, J. (2012). O interních a externích kontextech variační sociolingvistiky (doslov k českému vydání). En Milroy, L. y Gordon, M. (eds), *Sociolingvistika: metody a interpretace*, 2012, traducción checa (225-236). Praga: Karolinum.

NEKVAPIL, J. (2017a). Analýza diskurzu. En Karlík, P., Nekula, M. y Pleskalová, J. (eds.), *CzechEncy – Nový encyklopedický slovník češtiny*. [cit. 06-07-2018]. Recuperado de: <https://www.czechency.org/slovník/ANAL%C3%9DZA%20DISKURZU>.

NEKVAPIL, J. (2017b). Diskurz [puntos 1-2]. En Karlík, P., Nekula, M. y Pleskalová, J. (eds.), *CzechEncy – Nový encyklopedický slovník češtiny*. [cit. 05-07-2018]. Recuperado de: <https://www.czechency.org/slovník/DISKURZ>.

NEKVAPIL, J. (2017c). Etnometodologie. En Karlík, P., Nekula, M. y Pleskalová, J. (eds.), *CzechEncy – Nový encyklopedický slovník češtiny*. [cit. 30-07-2018]. Recuperado de: <https://www.czechency.org/slovník/ETNOMETODOLOGIE>.

NEKVAPIL, J. y KADERKA, P. (2017). Kontextualizace. En Karlík, P., Nekula, M. y Pleskalová, J. (eds.), *CzechEncy – Nový encyklopedický slovník češtiny*. [cit. 22-07-2018]. Recuperado de: <https://www.czechency.org/slovník/KONTEXTUALIZACE>.

NEUSTUPNÝ, J. V. (2002). Sociolingvistika a jazykový management. *Sociologický časopis*, Vol. 38, No. 4. 429-442.

NUNAN, D. (1993). *Introducing Discourse Analysis*. Londrés: Penguin.

OCAMPO, F. (2006). Movement Towards Discourse Is Not Grammaticalization: The Evolution of CLARO from Adjective to Discourse Particle in Spoken Spanish.

- En Sagarra, N. y Toribio, A. J. (eds.), *Selected Proceedings of the 9th Hispanic Linguistics Symposium* (308-319). Somerville: MA.
- OCAMPO, F. (2009). MIRÁ: From Verb to Discourse Particle in Rioplatense Spanish. En Collentine, J. et al. (eds.), *Selected Proceedings of the 11th Hispanic Linguistics Symposium* (254-267). Somerville: MA.
- OWENS, J. y HASSAN, J. (2010). Conversation markers in Arabic–Hausa codeswitching: saliency and language hierarchies. En Owens, J. y Elgibali, A. (eds.), *Information Structure in Spoken Arabic* (207-242). Londres: Routledge.
- PALACIOS, N. (2002). Algunos marcadores discursivos característicos del habla de los adolescentes mexicanos. *Iztapalapa*, Vol. 53. No. 23. 225-247.
- PELÁEZ BATTAGLIA, L. P. (2010). *La inclusión de la variedad diatópica del español rioplatense en los manuales de E/LE: ¿Un modelo de interculturalidad?* León: UNL.
- PÉREZ ÁLVAREZ, B. E. y PATIÑO SÁNCHEZ, G. (2014). De los marcadores a la marcación en el discurso. *CÍRCULO de Lingüística Aplicada a la Comunicación (clac)*. No. 59. 119-147.
- PEŠEK, O. (2011). *Argumentativní konektory v současné francouzštině a češtině*. České Budějovice: Universidad de Bohemia del Sur de České Budějovice.
- PETR, J. (1984). Český překlad sovětské práce o sociolingvistice. En ÚJČ AV ČR (eds.). *Naše řeč*, Vol. 67, No. 1. 51-55.
- PETRUSEK, M. (1993). *Teorie a metoda v moderní sociologii*. Praga: Karolinum.
- POMERANTZ, A. (1984). Agreeing and disagreeing with assessments: Some features of preferred/dispreferred turn shaped. En Atkinson, J. M. y Heritage, J. (eds.), *Structures of Social Action* (57-101). Cambridge: Cambridge University Press.
- POMERANTZ, A. y FEHR, B. J. (1997). Conversation Analysis: An approach to the study of social action as sense making practices. En T. A. van Dijk (ed.), *Discourse as Social Interaction, Discourse Studies: A Multidisciplinary Introduction*, 2 (64-91). Londres y Thousand Oaks, CA: Sage.
- POMERANTZ, A. y HERITAGE, J. (2013). Preference. En Sidnell, J. y Stivers, T. (eds.), *The Handbook of Conversation Analysis* (210-228). Chichester: Blackwell.
- PONS BORDERÍA, S. (1998). Conexión y conectores: estudio de su relación en el registro informal de la lengua. *Cuadernos de Filología*. Anexo XXVII. Valencia: Universidad de Valencia.
- POPPER, K. R. (1934). *Logik der Forschung. Zur Erkenntnistheorie der modernen Naturwissenschaft*. Berlín: Springer.
- PORTOLÉS LÁZARO, J. (1998). *Marcadores del discurso*. Barcelona: Ariel.

POSPÍŠILOVÁ, T. (2012). *Analýza mediálního dialogu – Otázky Václava Moravce*: tesis de fin de máster. Olomouc: Universidad Palacký, Facultad de Letras.
Supervisora: Petra Chvojková.

POTTER, J. y WETHERELL, M. (1987). *Discourse and Social Psychology: Beyond Attitudes and Behaviour*. Londrés: Sage.

PRAŽÁK, J. M. et al. (1955). *Latinsko-český slovník. A-K*. Praga: SPN.

PSATHAS, G. (1995). *Conversation Analysis: The Study of Talk in Interaction*. Thousand Oaks, CA: Sage.

RAMÍREZ GELBES, S. y ESTRADA, A. (2003). Vocativos insultivos vs. vocativos insultativos. Acerca del caso de boludo. *Anuario de Estudios Filosóficos*, Vol. XXVI. 335-353.

RAMOS SIGNES, R. (2013). La palabra boludo y los argentinos. Globalización de cabotaje. En Estefan, J. R. (ed.), *LA GACETA Literaria*. Tucumán: 03-11-2013. [cit. 10-11-2015]. Recuperado de: <http://www.lagaceta.com.ar/nota/566502/la-gaceta-literaria/palabra-boludo-argentinos.html>.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (1780-2023). *Diccionario de la lengua española*. Madrid: Espasa Calpe. [cit. 14-07-2023]. Recuperado de: <http://dle.rae.es/>.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (1974). *Esbozo de una nueva gramática de la lengua española*. Madrid: Espasa Calpe.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA y ASOCIACIÓN DE ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA (2012-2023). *El Corpus del Español del Siglo XXI (CORPES XXI)*. Madrid: Espasa Calpe. [cit. 14-07-2023]. Recuperado de: <http://web.frl.es/CORPES/view/inicioExterno.view>.

REIFOVÁ, I. (2004). *Slovník mediální komunikace*. Praga: Portál.

RIGATUSO, E. M. (1987). Dinámica de los tratamientos en la interacción verbal: Preparación y apertura conversacional. *Anuario de Lingüística Hispánica*, Vol. 3. Universidad de Valladolid. 161-182.

ROBINSON, J. D. (2013). Overall Structural Organization. En Sidnell, J. y Stivers, T. (eds.), *The Handbook of Conversation Analysis* (257-280). Chichester: Blackwell.

ROJAS, E. G. (2012). Algunos aportes de la pragmática inferencial a la reflexión metalingüística en torno a los marcadores del discurso: una experiencia didáctica en formación docente sobre la variedad juvenil del español metropolitano. *VIII Congreso Internacional de Teoría y Crítica Literaria Orbis Tertius*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata, 1-9.

RONA, J. P. (1972). Una visión estructural de la sociolingüística. *Santiago*, No. 7. 22-36.

ROULET, E. et al. (1985). *L'articulation du discours en français contemporain*. Bern: Lang.

- RYSOVÁ, M. (2015). *Diskurzní konektory v češtině: (Od centra k periferii)*: tesis doctoral. Praga: Universidad Carolina, Facultad de Letras. Supervisora: Eva Hajičová.
- SACKS, H. (1966). Pro-verbs; Performatives; Position markers; Warnings. En Jefferson, G. y Schegloff, E. A. (eds.), *Lectures on Conversation. Volume I* (342-347). Oxford: Blackwell.
- SACKS, H. (1967). The Search for Help: No One to Turn to. En Shneidman, E. S. (ed.), *Essays in self destruction* (203-223). Nueva York: Science House.
- SACKS, H. (1975). Everyone Has to Lie. En Sanches, M. y Blount, B. G. (eds.), *Sociocultural Dimensions of Language Use* (57-80). Nueva York: Academic Press.
- SACKS, H. (1992). *Lectures on Conversation. Volumes I and II*. En Jefferson, G. y Schegloff, E. A. (eds.). Oxford: Blackwell.
- SACKS, H., SCHEGLOFF, E. A. y JEFFERSON, G. (1974). A Simplest Systematics for the Organization of Turn-taking for Conversation. *Language*. Vol. 50, No. 4/1, Washington: Linguistic Society of America, 696-735.
- SANCHES, M. y BLOUNT, B. G. (1975). *Sociocultural Dimensions of Language Use*. Nueva York: Academic Press.
- SANKOFF, G. (1973). Above and beyond phonology in variable rules. En Bailey, Ch.-J. N. y Shuy, R. (eds.), *New Ways of Analyzing Variation in English* (44-61). Washington: Georgetown University Press.
- SANKOFF, G. (1980). *The Social Life of Language*. Pennsylvania: University of Pennsylvania Press.
- SCHEGLOFF, E. A. (1968). Sequencing in Conversational Openings. *American Anthropologist*, Vol. 70, No. 6. American Anthropological Association, 1075-1095.
- SCHEGLOFF, E. A. (1992). Introduction. En Jefferson, G. (ed.), Harvey Sacks, *Lectures on Conversation (Fall 1964–Spring 1968)*, Vol. 1. Oxford: Blackwell. ix-lxii.
- SCHEGLOFF, E. A. (2003). Discourse as an Interactional Achievement III: The Omnirelevance of Action. En Schiffrin, D., Tannen, D. y Hamilton, H. (eds.), *The Handbook of Discourse Analysis* (13-34). Oxford: Blackwell.
- SCHEGLOFF, E. A. (2007). *Sequence Organization in Interaction. Vol. 1: A Primer in Conversational Analysis*. Cambridge: Cambridge University Press.
- SCHEGLOFF, E. A., JEFFERSON, G. y SACKS, H. (1977). The Preference for Self Correction in the Organization of Repair in Conversation. *Language*, Vol. 53, No. 2. 361-382.
- SCHEGLOFF, E. A. y SACKS, H. (1973). Opening up Closings. *Semiotica*, Vol. 8/4. 289-327.

- SCHIFFRIN, D. (1985). Conversational Coherence: The Role of Well. *Language*, Vol. 61, No. 3. 640-667.
- SCHIFFRIN, D. (1987). *Discourse Markers*. Cambridge: Cambridge University Press.
- SCHIFFRIN, D. (1994). *Approaches to Discourse*. Oxford: Blackwell.
- SCHIFFRIN, D. (2003). Discourse Markers: Language, Meaning, and Context. En Schiffrin, D., Tannen, D. y Hamilton, H. E. (eds.), *The Handbook of Discourse Analysis* (54-75). Oxford: Blackwell.
- SCHIFFRIN, D. (2014 [2006]). Discourse. En Fasold, R. W. y Connor-Linton, J. (eds.), *An Introduction to Language and Linguistics* (183-216). Cambridge: Cambridge University Press. 2^a ed.
- SCHIFFRIN, D., TANNEN, D. y HAMILTON, H. E. (2003). *The Handbook of Discourse Analysis*. Oxford: Blackwell.
- SCHNEIDEROVÁ, S. (2015). *Analýza diskurzu a mediální text*. Praga: Karolinum.
- SEARLE, J. R. (1969). *Speech Acts: An Essay in the Philosophy of Language*. Cambridge: Cambridge University Press.
- SEARLE, J. R. (1979). *Expression and Meaning: Studies in the Theory of Speech Acts*. Cambridge: University Press.
- SEEDHOUSE, P. (2005). Conversation Analysis and Language Learning. *Language Teaching*, Vol. 38/4. Cambridge: Cambridge University Press, 165-187. [cit. 28-06-2018]. Recuperado de: <https://pdfs.semanticscholar.org/3745/dc8ce6baedfe86c31537d4bfad920db85335.pdf>.
- SGALL, P. (1976). Vokativ jako sémantická složka výpovědi. *Otázky slovanské syntaxe*, IV/1. Spisy Univerzity J.E. Purkyně v Brně, Filozofická fakulta, 225 (107-109). Praga: SPN.
- SGALL, P. (2011). *Jazyk, mluvení, psaní*. Praga: Karolinum.
- SIDNELL, J. (2013). Basic Conversation Analytic Methods. En Sidnell, J. y Stivers, T. (eds.), *The Handbook of Conversation Analysis* (77-100). Chichester: Blackwell.
- SIDNELL, J. y STIVERS, T. (2013). *The Handbook of Conversation Analysis*. Chichester: Blackwell.
- SILVA-CORVALÁN, C. (1989). *Sociolingüística: Teoría y Análisis*. Madrid: Alhambra.
- SKALIČKA, V. (1935). Asymetrický dualismus jazykových jednotek. *Naše řeč*, Vol. 19, No. 6-7. 296-303.

ŠMÍDOVÁ (VOSTŘÁKOVÁ), M. (2012a). *Konverzační ukazatelé v rioplatenské španělštině*: tesis de fin de grado. České Budějovice: Universidad de Bohemia del Sur de České Budějovice, Facultad de Letras. Supervisora: Miroslava Aurová.

ŠMÍDOVÁ (VOSTŘÁKOVÁ), M. (2012b). El che rioplatense. Etimología y frecuencia de uso según los factores sociológicos. *Premio Iberoamericano*, XVIII edición, 2012. Supervisora: Miroslava Aurová, Universidad de Bohemia del Sur. Praga: Universidad Carolina.

ŠMÍDOVÁ (VOSTŘÁKOVÁ), M. (2014a). *Používání diskurzivního ukazatele ‚che‘ v rioplatenské španělštině: sociolingvistické zaměření*: tesis de fin de máster. České Budějovice: Universidad de Bohemia del Sur de České Budějovice, Facultad de Letras. Supervisora: Miroslava Aurová.

ŠMÍDOVÁ, M. (2014b). Análisis sociolingüístico del marcador conversacional che en el español rioplatense, En Aurová, M., Pešková, J., Prokop, J. y Santiago Gutiérrez, M. J. (eds.), *Al pie de la(s) letra(s): encuentro de hispanistas*, České Budějovice: Universidad de Bohemia del Sur de České Budějovice, Facultad de Letras.

ŠMÍDOVÁ, M. (2016). Los marcadores che y boludo: ¿un caso de rivalidad conversacional? *Linguistica Pragensia*, Vol. XXVI, No. 2/2016. 47-64.

ŠMÍDOVÁ, M. (2017). Análisis sociolingüístico de boludo. *Studia romanistica*, Vol. 17, No. 1/2017. Ostrava: Universidad de Ostrava, 141-154.

ŠMÍDOVÁ, M. (2018). Problemas metodológicos relativos al análisis sociolingüístico de los marcadores conversacionales. En Radimský, J. y P. Kyloušek (eds.), *XXe école doctorale de l'Association Gallica & École doctorale de l'Université Halle-Wittenberg, de l'Université de Szeged et l'Université Masaryk de Brno*. Telč / České Budějovice 2016. Brno: Universidad Masaryk. 207-220.

SONNENHAUSER, B. y AZIZ HANNA, P. N. (2013). *Vocative! Addressing between System and Performance*. Berlín: De Gruyter.

SPERBER, D. y WILSON, D. (1986). *Relevance: Communication and Cognition*. Oxford: Blackwell.

STIVERS, T. (2013). Sequence Organization. En Sidnell, J. y Stivers, T. (eds.), *The Handbook of Conversation Analysis* (191-209). Chichester: Blackwell.

STIVERS, T. y SIDNELL, J. (2013). Introduction. En Sidnell, J. y Stivers, T. (eds.), *The Handbook of Conversation Analysis* (1-8). Chichester: Blackwell.

STRAUSS, A. L. y GLASER, B. G. (1967). *The Discovery of Grounded Theory: Strategies for Qualitative Research*. Chicago: Aldine.

STUBBS, M. (1983). *Discourse analysis: The sociolinguistic analysis of natural language*. Chicago: University of Chicago Press.

SWEDBERG, R. (2012). Theorizing in Sociology and Social Science: Turning to the Context of Discovery. *Theory and Society*, Vol. 41, No. 1. Springer, 1-40.

TANNEN, D. (1987). Conversational Style. En Dechert, H. W. y Raupach, M. (eds.), *Psycholinguistic Models of Production* (251-267). Norwood: Ablex.

TANNEN, D. (2007). Power Maneuvers and Connection Maneuvers in Family Interaction. En Tannen, D., Kendall, S. y Gordon, C. (eds.), *Family Talk: Discourse and Identity in Four American Families* (27-48). Oxford: Oxford University Press.

TANNEN, D., KENDALL, S. y GORDON, C. (2007). *Family Talk: Discourse and Identity in Four American Families*. Oxford: Oxford University Press.

THE WORLD BANK GROUP (2019). *World Development Indicators*. [cit. 28-06-2018]. Recuperado de: <http://datatopics.worldbank.org/world-development-indicators/>.

Thesaurus linguae latinae: Vol. IX, consolor-cyulus; Vol. XII, dicio-dolor (1990). Leipzig: Teubner.

TRNKA, B. (2014). *Rozbor nynější spisovné angličtiny*. Praga: Karolinum.

TUSÓN VALLS, A. (2002). El análisis de la conversación: entre la estructura y el sentido. *Estudios de Sociolingüística*. Vol. 3, No. 1. 133-153.

VAL.ES.CO. (2005). La transcripción de un corpus de lengua hablada. En Murillo Medrano, J. (ed). *Actas del II Coloquio Internacional del Programa EDICE* (275-318). Costa Rica: EDICE.

VAL.ES.CO. (2021). *Corpus VAL.ES.CO 3.0*. Valencia, Alicante: Universidad de Valencia. [cit. 28-07-2023]. Recuperado de: <https://www.valesco.es/>.

VALEŠ, M. (2010). *Observaciones sociolingüísticas del español. Metodología, variación y prestigio*. Saarbrücken: Lambert.

VAN DIJK, T. A. (1977). *Text and context: Explorations in the Semantics and Pragmatics of Discourse*. Londrés: Longman.

VAN DIJK, T. A. (1980). *Macrostructures: An Interdisciplinary Study of Global Structures in Discourse, Interaction, and Cognition*. Nueva Jersey: Lawrence Erlbaum Associates.

VAN DIJK, T. A. (1983 [1978]). *La ciencia del texto*. México, D. F.: Paidós Comunicaciones. Traducido al español por Hunzinger, S.

VAN DIJK, T. A. (1984). *Prejudice in discourse: An Analysis of Ethnic Prejudice in Cognition and Conversation*. Ámsterdam: Benjamins.

VAN DIJK, T. A. (1997). *Discourse as Structure and Process. Vol. 1*. Londrés: Sage.

VARGAS-URPI, M. (2017). Los marcadores conversacionales en la interpretación en servicios públicos: una cuestión de omisiones y adiciones. *Íkala, Revista de Lenguaje y Cultura*, Vol. 22, No. 3. Medellín, 387-403.

- VEISOVÁ, E. (2009). *Možnosti a důsledky kombinace metod v sociologickém výzkumu se zřetelem na metody focus groups a internetového výzkumu*: tesis doctoral. Praga: Universidad Carolina, Facultad de Ciencias Sociales. Supervisor: Hynek Jeřábek.
- VIGARA TAUSTE, A. M. (1990). Las expresiones de función fática en la enseñanza de español a extranjeros. *ASELE, Actas II*. 299-312.
- VIGARA TAUSTE, A. M. (1992). Función metalingüística y uso del lenguaje. *Epos*, No. 8. 123-142.
- WANG, Y.-Ch. (2013). *Los marcadores conversacionales en el subtítulo del español al chino*: tesis doctoral. Barcelona: UAB. Supervisoras: Matamala, A. y Rovira-Esteva, S.
- WEINREICH, U., LABOV, W. y HERZOG, M. I. (1968). Empirical Foundations for a Theory of Language Change. En Lehmann, W. P. y Malkiel, Y. (eds.). *Directions for Historical Linguistics* (95-195). Austin: University of Texas Press.
- WEISS, G. y WODAK, R. (2003). *Critical Discourse Analysis: Theory and Interdisciplinarity*. Londrés: Palgrave Macmillan.
- WETHERELL, M., TAYLOR, S. y YATES, S. (2001). *Discourse as Data: A Guide For Analysis*. Londrés: Sage.
- WIDDOWSON, H. G. (2007). *Discourse Analysis*. Oxford: Oxford University Press.
- WILLIAMSON, G. R. (2005). Illustrating Triangulation in Mixed Methods Nursing Research, *Nurse Researcher*, Vol. 12, No. 4. 7-18.
- WILSON, D. y SPERBER, D. (2006). Relevance Theory. En Horn, L. R. y Ward, G. (eds.), *The Handbook of Pragmatics* (607-632). Malden: Blackwell.
- WOLFRAM, W. (1993). Identifying and Interpreting Variables. En Preston, D. R. (ed.), *American Dialect Research* (193-221). Ámsterdam: John Benjamins Publishing.
- WOOFFITT, R. (2001). Researching Psychic Practitioners. En Wetherell, M., Taylor, S. y Yates, S. (eds.), *Discourse as Data: A Guide For Analysis* (49-92). Londrés: Sage.
- WOOFFITT, R. (2005). *Conversation Analysis and Discourse Analysis*. Londrés: Sage.
- ZAJÍCOVÁ, L. (2004). Argentinská španělština: mezi indiánskými jazyky a italštinou. *Slovo a slovesnost*. Vol. 65, No. 3. 202-219.
- ZAJÍCOVÁ, L. (2009). *El bilingüismo paraguayo: usos y actitudes hacia el guaraní y el castellano*. Madrid: Iberoamericana Vervuert.

Índice onomástico



A

Ainciburu, María Cecilia 238
Almeida, Manuel 168, 173
Alvar, Manuel 173
Álvarez, Alexandra 243
Anders, Valentín 264
Anscombe, Jean Claude 39
Atkinson, J. Maxwell 51
Auer, Peter 37
Auchlin, Antoine 39, 129
Austin, John Langshaw 19, 42, 90-92
Aziz Hanna, Patrizia Noel 152, 154,
155, 158

B

Bajtín, Michail Michajlovič 76, 126,
158, 288
Bañón Hernández, Antonio Miguel 152,
155-164, 284, 296, 301, 304, 308, 365,
366, 452
Basso, Roxana 274
Bateson, Gregory 38
Beltrán Bacallado, Hecheres 324
Berenguer Oliver, Josefa Antonia 134
Bernstein, Basil 172, 174
Biber, Douglas 374
Blakemore, Diane 23, 136-138, 145-147,
156, 266
Blount, Ben G. 27
Bolden, Galina B. 285
Boretti de Macchia, Susana 233
Borzi, Claudia 259
Bourdieu, Pierre 207
Boyero Rodríguez, María José 87, 139,
155
Bracken, James 361
Bravo, Diana 130
Bright, William 181
Brinton, Laurel J. 144
Briz Gómez, Antonio 23, 82, 109, 113,
118, 130-134, 139-141, 144, 145, 155,
159, 320, 324

Brown, Gillian 19, 71, 72, 74, 75, 77-79,
81, 82, 85, 87-89, 92, 95, 105,
108-110, 126-128, 132, 134, 144, 449
Brown, Penelope 19, 27, 115, 120-123,
131, 174, 179, 329, 450, 453
Bryman, Alan 219
Bühler, Karl 75, 112

C (Č)

Calsamiglia Blancafort, Helena 118,
130-132, 155
Čechová, Marie 268, 269
Cedergren, Henrietta 182
Černý, Jiří 172, 173, 262
Chomsky, Noam 40, 73
Clancy, Brian 28
Clayman, Steven E. 47, 48, 57, 61, 62,
126, 128
Cock, Barbara de 151, 153
Cofer, Thomas 187
Cohen, Marcel 173
Comte, Auguste 172
Cook, Stanley Joseph 194
Corredor Tapias, Joselyn 67
Coseriu, Eugenio 183
Cosnier, Jacques 39
Coulthard, Malcolm 38, 39, 71, 81, 129
Couper-Kuhlen, Elizabeth 127, 128

D

Daneš, František 73
Denzin, Norman K. 238, 239
Dijk, Teun A. van 40, 71, 76, 80, 81,
105-108, 129, 132, 139, 156, 162, 296,
366, 405, 412
Dik, Simon C. 40
Dini, Encarnación García 152, 153, 158
Disman, Miroslav 184, 188
Dittmar, Norbert 173
Dominguez García, Noemí 130
Dominguez, Carmen Luisa 243
Drew, Paul 50, 51, 55, 57, 60, 61, 63
Du Bois, John W. 285

Ducrot, Oswald 39, 139
Durkheim, Émile 35

E

Eckert, Penelope 187, 192, 211-213, 328, 374, 377, 378, 453
Estrada, Andrea 21, 257, 264-266, 340, 348, 359, 362-364, 373, 377, 379, 394, 418, 454

F

Fairclough, Norman 71, 76
Fehr, B. J. 27
Fernández, Claudia 259
Fernández López, Justo 17, 447
Ferrer de Gregoret, María Cristina 233
Finegan, Edward 374
Fishman, Joshua 170
Fløgstad, Guro Nore 143
Fontanella de Weinberg, María Beatriz 173
Foucault, Michel 76
Fox, Barbara A. 40, 41
Fraser, Bruce 23, 137-139, 155

G

Gallardo Paúls, Beatriz 38-40, 46, 65, 66, 118, 130, 160
García Negroni, María Marta 130
García Zapata, Carlos 63
García, Erica C. 234
Garfinkel, Harold 32, 34-37, 69, 107, 217, 265
Garrido Rodríguez, María del Camino 133
Gelman, Juan 257, 265, 362, 363, 376, 377
Gilbert, Nigel 71
Gili Gaya, Samuel 158
Glaser, Barney G. 189
Goffman, Erving 14, 25, 26, 32-35, 38, 45, 69, 121, 175
Gordon, Cynthia 102
Gordon, Matthew 20, 26, 27, 167, 170-172, 175, 179-182, 184-193, 195, 196, 199, 202-205, 208-211, 219, 226, 232, 234, 237, 238, 271, 343, 373, 450
Grice, Herbert Paul 92-96, 98, 99, 112, 120, 121, 176
Guevara, Che 360, 361, 363
Gugenberger, Eva 264
Gumperz, John J. 19, 25, 27, 92, 99-103, 107, 108, 114, 119, 120, 122, 123, 128,

129, 131, 135, 168, 172, 174-179, 183, 223, 265, 268, 319, 320, 328, 450, 453

H

Haensch, Günther 340
Hajičová, Eva 73
Halliday, Michael A. K. 23, 75-77, 79, 81, 82, 103-107, 126, 127, 135, 138, 139, 172
Hamilton, Heidi E. 194
Harris, Zellig 71-73, 126, 127, 171, 288
Hasan, Ruqaiya 23, 79, 81, 82, 103-107, 135, 138, 139
Hassan, Jidda 23, 63
Hausenblas, Karel 73, 126, 288
Haverkate, Henk 130, 158
Havránek, Bohuslav 172
Hayashi, Makoto 60, 63
Hazen, Kirk 187
Hendl, Jan 20, 23, 35, 36, 184, 188, 189, 203-205, 216, 218-220, 223, 226, 227, 237, 238, 240, 243, 244, 246, 247, 256, 450
Hepburn, Alexa 285
Heritage, John 31, 34, 35, 40, 51, 52, 57-61, 65, 66, 129
Hernández Campoy, Juan Manuel 168
Herzog, Marvin I. 186
Hidalgo Navarro, Antonio 130
Hirschová, Milada 90, 99
Hoffmannová, Jana 23, 76, 80-82, 93, 94, 110, 111, 115, 116, 118-120, 133, 134
Homoláč, Jiří 23, 76
Horálek, Karel 126
Horn, Laurence R. 92, 94, 95
Huang, Yan 89, 90, 99
Hutchby, Ian 19, 31-37, 43-45, 50, 51, 53, 57, 449
Hymes, Dell 27, 131, 174, 175, 180

J

Jakobson, Roman 19, 74, 75, 109-113, 136, 144, 148, 157, 158, 186, 269, 320, 396, 417, 452
Jefferson, Gail 31, 32, 40, 44, 46, 50, 52, 56, 69, 88, 262
Jiménez Arias, María Elena 17, 447
Jimeno, Rodrigo 259
Johansson, Stig 154
Jørgensen, Annette Myre 21, 155, 156, 158, 160, 161, 264, 274, 339, 340, 373, 390, 418, 453
Jurka, Michal 27, 32, 35

K

Kaderka, Petr 102
 Karcevskij, Sergej J. 145
 Keevallik, Leelo 59, 60
 Kendall, Shari 192
 Kerbrat-Orecchioni, Catherine 39, 40
 Kim, Stephanie Hyeri 60
 Kitzinger, Celia 53, 62
 Kleinknecht, Friederike 143, 152, 153,
 156-158, 265
 Kopřiva, Petr 259
 Kroon, Caroline H. M. 109
 Kubátová, Helena 35-37, 44, 184, 202,
 203, 216, 227, 238, 240
 Kuhn, Thomas S. 23
 Kurzová, Helena 114

L

Labov, William 18-20, 25, 26, 135,
 167-170, 173, 180-183, 185-188,
 190, 194, 196, 198, 199, 201, 203,
 205-208, 210, 211, 223, 229-232, 234,
 237, 241, 246, 262, 263, 271, 273, 274,
 277, 374, 448, 450
 Labraña, Luis 257, 262, 362, 363
 Lakoff, Robin T. 64
 Lavandera, Beatriz 173
 Leal, Amanda 259
 Lee, Seung-Hee 60
 Leech, Geoffrey N. 120, 154, 158-160
 Leighton, Gabriela 14, 258, 259, 279, 403
 Levinson, Stephen C. 19, 27, 55, 57, 63,
 65, 92, 94, 95, 98, 99, 115, 120-123,
 131, 174, 177, 179, 329, 450, 453
 Lipski, John M. 260, 261
 López Morales, Humberto 20, 167, 173,
 180, 182, 207, 209, 211, 231, 232-235
 Lyons, John 75

M

Macaulay, Ronald K. S. 187
 Malinowski, Bronislaw 110
 Manoliu, Maria M. 64
 Mareš, Petr 73, 113, 324
 Maronese, Leticia 261
 Martín Zorraquino, María Antonia 23,
 113, 131, 134, 139, 142-145, 155,
 283, 320, 324
 Martinková, Petra 27
 Maschler, Yael 113, 324
 Mathesius, Vilém 186
 Maynard, Douglas W. 31, 32, 34, 41,
 42, 45

Mazeland, Harrie 60, 61
 Meillet, Antoine 173
 Merton, Robert K. 23
 Milroy, Lesley 20, 26, 27, 167, 170-172,
 175, 179-182, 184-193, 195, 196,
 199, 202-205, 208-211, 219, 226,
 232, 234, 237, 238, 271, 343, 373,
 374, 450
 Mitchell, Ellen S. 239, 241
 Moerman, Michael 65
 Mohr, Lawrence B. 219
 Moliner, María 21, 340, 417, 453
 Mondada, Lorenza 45, 65, 217, 228
 Montoya, Carla 259
 Moreno, Francisco 173
 Mrázková, Kamila 23
 Mukařovský, Jan 110
 Mulkay, Michael 71

N

Nebeská, Iva 78, 96
 Nekula, Marek 37, 113, 120
 Nekvapil, Jiří 37, 72, 76-78, 80, 102,
 167-169, 173, 175, 179, 180, 182,
 183, 209-211, 218, 219
 Neustupný, Jiří V. 168, 170, 172-174,
 180, 183
 Nikolskij, Leonid Borisovič 172
 Nunan, David 81

O

Ocampo, Francisco 143
 Owens, Jonathan 23, 63

P

Palacios, Niktelol 155
 Parsons, Talcott 35
 Patiño Sánchez, Gabriela 137, 138,
 140, 144
 Peláez Battaglia, Leonardo 260, 261
 Pérez Álvarez, Bernardo E. 137, 138,
 140, 144
 Pešek, Ondřej 13, 15, 257
 Petr, Jan 172
 Petrušek, Miloslav 238
 Pomerantz, Anita 27, 51, 52, 57, 60,
 65, 129
 Pons Bordería, Salvador 130
 Popper, Karl 215
 Portolés Lázaro, José 130, 131
 Pospíšilová, Tereza 33
 Potter, Jonathan 77
 Pražák, Josef M. 82, 114

Prince, Ellen F. 26
Psathas, George 27

R

Ramírez Gelbes, Silvia 21, 257, 264-266,
340, 348, 359, 362-364, 373, 377,
379, 394, 418

Ramos Signes, Rogelio 361, 363-364

Reifová, Irena 82

Rigatuso, Elisabeth M. 366

Robinson, Jeffrey D. 55

Rojas, Edgardo Gustavo 238

Romero Farfán, César Augusto 67

Rona, José Pedro 183

Roubínková, Michaela 27

Roulet, Eddy 39, 109, 129

Ryle, Gilbert 42

Rysová, Magdaléna 23, 77, 137

S (Š)

Sacks, Harvey 19, 31-34, 36, 37, 40, 43-
50, 52, 54-60, 67, 69-71, 88, 105, 106,
115, 133, 139, 150, 169, 176, 199, 221,
222, 262, 283, 285, 449, 452

Sanches, Mary 27

Sankoff, Gillian E. 26, 185-187, 191, 234

Sapir, Edward 174

Saussure, Ferdinand de 172

Schegloff, Emanuel A. 25, 28, 31, 32, 34,
40, 44-46, 52, 53, 55-57, 61, 69, 82,
83, 88, 89, 105, 114, 129, 133, 134,
139, 262

Schiffirin, Deborah 19, 23, 25-27, 39, 58,
63, 64, 66, 71-73, 75-77, 81, 84-88,
101, 104, 107, 108, 110, 114, 125,
128, 129, 131, 133, 135-138, 140, 144,
145, 149, 150, 158, 159, 164, 174, 179,
222, 234, 238, 269, 285, 295, 313, 320,
414, 449

Schneiderová, Soňa 78

Searle, John 19, 42, 90-92

Sebastián, Ana 257, 262, 362, 363

Seedhouse, Paul 59

Sgall, Petr 206, 268

Sidnell, Jack 19, 27, 31, 32, 39, 45, 57,
59-61, 64, 65, 449

Silva-Corvalán, Carmen 173

Sinclair, John 38, 39, 129

Skalička, Vladimír 145

Sonnenhauser, Barbara 152, 154, 155, 158

Sperber, Dan 19, 95-99, 101, 328, 452

Stivers, Tanya 19, 27, 31, 32, 34, 35, 39,
40, 45, 47, 50, 52, 55, 57, 61, 449

Strauss, Anselm L. 189

Stubbs, Michael 38, 39, 71, 74, 80-83, 85,
89, 110, 114, 129, 134, 186, 238

Švejcer, Aleksandr Davidovič 172

Swedberg, Richard 23, 184, 246

T

Tannen, Deborah 25, 26, 114, 117-121,
123-125, 129, 179, 192, 212, 285, 333,
334, 354, 368, 369, 450, 453

Tordesillas Colado, Marta 130

Trnka, Bohumil 73

Trudgill, Peter 187, 199

Tusón Valls, Amparo 130

V

Vachek, Josef 186

Valeš, Miroslav 234

Vargas-Urpi, Mireia 63

Veisová, Eva 238

Vendryès, Joseph 173

Vigara Tauste, Ana Maria 111-113, 144,
320, 324

Vion, Robert 39

W

Wang, Yi-Chen 143, 268

Weinreich, Uriel 168

Weiss, Gilbert 76

Werner, Reinhold 340

Wetherell, Margaret 28, 71

Whorf, Benjamin Lee 174

Widdowson, Henry George 77

Williamson, Graham R. 239

Wilson, Deirdre 19, 95-99, 101, 328, 452

Wittgenstein, Ludwig 42, 90, 92

Wodak, Ruth 76

Wolfram, Walt 204, 237

Woolfitt, Robin 19, 31-37, 43-48, 50-53,
57, 60, 129, 449

Y

Yule, George 19, 71, 72, 74, 75, 77-79, 81,
82, 85, 87-89, 92, 95, 105, 108-110,
126-128, 132, 134, 144, 449

Z

Zajícová, Lenka 15, 210, 260

Summary



In everyday life, it is not uncommon to encounter the popular belief that conversation markers or “crutches”, such as *che*, *boludo*, *viste*, *mirá*, *eh*, *eu* and others, are peripheral elements of the language that generally lack their own meaning. Moreover, their high recurrence is seen as evidence of a very common phenomenon in modern society: poverty of vocabulary (cf. Kostzer, 2013). Perceived in this way, conversation markers (unlike other discourse markers) cease to be seen as language resources in their own right and are often assigned the role of mere fillers (cf. Jiménez, 2015; Fernández, 1999–2023).

While it is true that their abundance could be interpreted as pathological in terms of the speaker’s communicative abilities, a detailed conversation analysis is capable of revealing that, in most cases, their use is essential. A marker not only allows the speakers to take their time to organize their thoughts and adequately formulate the upcoming utterance, but also performs a variety of functions that ensure the smooth running of the conversation and its contextual acceptability.

Seen in this way, a marker is a device that facilitates the taking of the floor, the exchange of turns, and other processes of conversation construction, helps the speakers to maintain contact with their interlocutors and to express their attitude towards them or towards what is being said. It also functions as an ostensive stimulus by means of which the speaker highlights some part of the utterance so that the addressee pays the desired attention to it. Without its use, the content (explicit or implicit) of the utterance could go unnoticed and the speaker’s intention unattended. Moreover, it should be remembered that conversation markers are faithful witnesses of their era, and while some are passing idioms that fade with time, others remain and leave an important mark in the history of a language.

However, such a complex nature of conversation markers inevitably entails a series of theoretical and methodological issues in their study, which must be addressed from the beginning of the research process to its very end. While there is a rich and constant-

ly expanding bibliography on the topic (see Chapters 1–5 for a broad overview), procedural complexities are too often left out of linguistic attention. The aim of this monograph is therefore to highlight the various difficulties and contentious issues and then to illustrate the entire research process (data collection, analysis, and subsequent evaluation of the results) with a model conversation marker, which, in our case, is the typical Argentine expression *boludo*. Its particularity lies in its controversial etymology and in the fossilized belief that it represents an expression typical of youth, while at the same time it is a source of great polemics when contrasted with its apparent competitor, the marker *che*. These methodological and empirical aspects are the subject of Chapters 6–10.

It should be noted at the outset that conversation markers, i.e., those that are typical of everyday, colloquial, natural, informal, and spontaneous interaction, are by their very nature social agents, since they are almost unconditionally used in direct contact with another person or persons (with the exception perhaps of highly grammaticalized self-referential cases). Thus, they very often signal the relationship that interlocutors maintain with each other. However, such socially indexical usage inevitably means that one cannot be content with a traditional microlinguistic approach to analysis, since it is necessary to also take into consideration the social impact of the marker's use in conversation and, conversely, the social situation will largely determine how the marker can be used and how it is to be understood in a given context. It is therefore offered to adopt a sociolinguistic perspective.

In one of his most famous studies on New York English, William Labov ([1966], here 2006) employed a strategy in his research on the realization of the phonological variable (r) whereby he manipulatively induced speakers to use one of the possible variants of the variable in question. He had no particular difficulty in doing so, since all he had to do was ask the unaware participants a question for which there was a single correct answer containing precisely <r>. Thus, he would ask in New York department stores about the location of particular departments, even though the answer was already known to him: “*Excuse me, where are the women’s shoes? -Fourth floor.*” (Labov, 2006: 45). Such a strategy is very appealing, but entirely inappropriate for authentic data collection for the analysis of conversation markers. If we manipulate the participant into (not) using the marker under study, we will upset the spontaneous way he or she expresses himself or herself,

and we will find out nothing about the direction his or her verbal behavior would have taken if we had not done so. Moreover, manipulating the (non)use of conversation markers is a rather challenging task.

Hence, it follows from the above that the study of conversation markers is not a straightforward matter, not even in terms of its theoretical basis. Indeed, we cannot study conversation markers without knowing the background of conversation analysis or discourse analysis, but neither can we do so ignoring the framework of sociolinguistics, be it interactional or variationist.

Therefore, as far as the theoretical basis is concerned, the starting point, which is introduced in Chapter 1, is located at the intersection of the paradigms of conversation analysis, discourse analysis and sociolinguistics, as well as on the omnipresent background of pragmatics. Once defined, we attempt to evaluate the contribution of such an interdisciplinary approach to the study of conversation markers.

Conversation analysis (cf. Sacks et al., 1974; Hutchby and Wooffitt, 2008; and a collective monograph edited by Sidnell and Stivers, 2013; among others), which is presented in Chapter 2, proceeds in an inductive manner. It begins with an observation without a predetermined theoretical motivation (*unmotivated looking*), until the researcher identifies a pattern repeated across multiple cases. This approach does not aim at describing a given marker, but accesses the study of the so-called *prefaces*, discovering that there is a set of elements that, in each position (initial, middle, or final) of the conversation structure, fulfill a specific function with respect to the turn exchange system.

The functional(ist) approach, for its part, is typical of discourse analysis (cf. Brown and Yule, 1983; Schiffrin, 1987, 1994, 2005; or Schiffrin et al., 2003), which is presented in Chapter 3. This discipline began to study markers in a more rigorous way and was the one that anchored its most recognized name – *marker*. Thanks to it, the study of markers has spread worldwide. One of the most cited publications on the subject is Schiffrin's work (1987). Schiffrin, however, originally started from the conversation analysis approach, especially with regard to the functional-positional criterion. The discourse analysis procedure, though, is reversed in the sense that the researcher first selects a marker (or a series of markers) that he or she intends to study and then, based on real data or invented examples, analyzes its functions and properties. Consequently, discourse analysis research does not usually result in identifying which comparable linguistic

elements can occupy a given position, and thus perform a given systemic function, but, on the contrary, it concludes that the marker in question has the potential to be used in different positions, fulfilling various functions. In other words, its functional versatility and its adaptability to the context are noted.

Nowadays, however, the discourse analysis of markers often builds on existing classifications. Thus, between the conversation and discourse analytic approaches, there is a remarkable procedural difference in that conversation analysis prefers to access the data without a prior theory and without relying on a pre-established terminology, whereas discourse analysis is not reluctant to develop its research within a predetermined theoretical and terminological framework, although, at the same time, it is much more liberal in terms of methodological matters. Moreover, even though conversation analysis represents a sociological branch, its aim is not to study interaction in its specific sociocultural context, but to search for universal patterns of conversational mechanism. Discourse analysis (especially as far as the Anglophone tradition is concerned), on the other hand, is strongly influenced by interactional sociolinguistics.

Within the framework of the latter, markers are conceived as *contextualization cues* (a term coined by Gumperz, e.g., 1992) that facilitate the interpretation process and, in turn, take on the role of a social agent through which participants cooperatively construct social meanings and establish interpersonal relationships. In each marker, moreover, a language style or register is reflected, and the (non)appropriateness of the marker to the context will determine whether the (non)use will be understood as a sign of (im)politeness: a mark of deference or disrespect; an indicator of equality or hierarchy; a sign of affiliation or indifference (cf. Brown and Levinson, 1987; Tannen et al., 2007). A conversation marker, likewise, may constitute a symbol of the identity of a given society.

In addition to the qualitative framework, it is advisable to study conversation markers using the quantitative variationist paradigm. Chapter 4 of this book is thus devoted to this branch of sociolinguistics (cf. Milroy and Gordon, 2003; Labov, 1972; Hendl, 2004, 2005). It is noted that, unlike the approaches discussed above, the variationist approach distances itself from detailed analyses at the micro level and makes it possible to study the marker from a more abstract perspective, which considers it a variable dependent on certain social variables. The approach in question, moreover, follows the most deductive

scheme of all the paradigms mentioned so far, and its purpose is to test the hypotheses on the correlations between the recurrence of the marker and the operationalized social universe. In this way, a quantitative macro perspective helps to identify the general patterns of the sociolinguistic behavior of a marker, which, if the same stratified scheme is followed, can be compared with other markers. Any unexpected results should be interpreted through qualitative insights.

From the synthesizing Chapter 5, it becomes clear that, thanks to an interdisciplinary approach, we are not only able to appreciate all the previously noted properties of conversation markers, but also to solve more complex questions, such as: *What functions does a conversation marker used in a given position by a given person, defined by his or her social characteristics, fulfill with what approximate frequency?* Therefore, research on markers of everyday conversation should be situated at the intersection of all the mentioned approaches. Likewise, their description should rely on both qualitative and quantitative analyses so that the picture of the markers is faithful and coherent.

This implies that triangulation concerns not only the theoretical approach, but also the combination of analytical strategies and data collection techniques. In Chapter 6, it is considered that the very nature of everyday conversation poses a major complication in obtaining data for analysis, since it is not always easy to get speakers to express themselves spontaneously. Without ensuring naturalness, however, any study focused on the use of conversation markers would be irrelevant. To avoid the negative impact of the *observer's paradox* (a term coined by Labov, e.g., 1972), it is suggested to combine several data collection techniques (e.g., direct, participant, and anonymous observation). Moreover, the spontaneity criterion prevents the researcher from using verbal manipulation tools in order to capture some evidence of the marker that would, however, be acceptable for variables at the phonological or even grammatical level.

Once the collection is completed, the analysis is performed. To avoid the loss of valuable information, it is advisable to combine qualitative and quantitative analytic strategies. In this sense, there are several triangulation schemes to follow, but the replicated *QUAL +/→ quan* scheme proved to be the most beneficial, as it allows one to examine in detail the polyfunctionality of a marker and, at the same time, includes some generalizing quantitative observations.

Chapter 7 is an introduction to the analyses of the Argentine marker *boludo*, in which the key facts about the research project

are specified. It is stated that the analyses were based on authentic conversational data collected in their natural environment, in Argentina, mainly in 2014 and 2015. The collection was governed by a predefined stratified scheme. As the main sample, 48 native speakers were observed as representatives of both sexes and equally distributed in three age groups (10–20, 21–40, 41–60 years old) and in four social classes (low, lower middle, upper middle and high). To ensure that the qualitative analysis could rely on a broader database, complementary data were further collected from other native speakers.

The qualitative analysis of *boludo* forms the core of Chapter 8. First, utterance is defined as the reference unit of conversation, while marker is conceived as a context modifier. By applying the **positional** criterion (cf. Bañón, 1993), it is revealed that *boludo* does not usually appear in an absolute initial position as an attentional expression due to its vulgar origins. On the other hand, it is found that its use is acceptable in the initial position with respect to the upcoming utterance, in which it functions as a reactive expression, i.e., as a response to what has just been said or to what has just happened in the background. *Boludo*, nevertheless, tends to occupy, preferably, the internal and final positions, where it is used as a means of controlling contact with the interlocutor or as a closing particle.

In terms of **conversational mechanism** (cf. Sacks et al., 1974), *boludo* helps to introduce a new topic or a new contribution to either the current topic or a temporarily abandoned one; it allows the interlocutor to keep the floor while taking some time before continuing; or it serves to relinquish the floor and yield the right to speak to another interlocutor. In other words, the marker *boludo* indicates the boundaries of conversation units. By using *boludo*, the speaker can minimize the impact of a possible overlap, assign the floor to a new speaker, or introduce a repair turn.

From the **Relevance Theory** perspective (cf. Wilson and Sperber, 2006), *boludo* has the potential to operate as an ostensive stimulus or emphasizing particle to which the speaker resorts whenever he/she wants to highlight some part of the utterance that he/she considers of utmost importance. In terms of the functional sentence perspective, *boludo* is a focalizing element. By means of its use, the speaker intends that the part of the utterance he/she has just emphasized does not go unnoticed and that the recipient pays the desired attention to it.

From the **functional approach** (cf. Jakobson, 1960), *boludo* represents not only the *phatic* function (it keeps the communication chan-

nel open or closes it) but also the *metalinguistic* function (it indicates the boundaries of the speech turn or, as the case may be, it refers to the linguistic code itself), secondary *conative* (it reinforces the conative effect), *emotive* (it directly expresses the emotional state of the interlocutor or reinforces the expressive component), *poetic* (it adds a stylistic nuance to the message) and *referential* function (it refers to the context or, occasionally, it carries meaning of its own).

In terms of **social relations** (cf. Gumperz, 1978, 1982; Brown and Levinson, 1987; Tannen et al., 2007; Eckert, 2000), the use of *boludo* is found to be relevant and appreciated in exchanges with peers and in closed groups of friends, where it is seen as a sign of affiliation, solidarity, and positive politeness. In a more hierarchical environment, by contrast, it is perceived as inappropriate and can come to be understood as a (serious) violation of politeness norms.

The purpose of the quantitative analysis, which is presented in Chapter 9, is to find out whether age is the only variable involved in the frequency of use of the marker *boludo*. Although it does indeed prove to be a relevant factor, young people and adolescents (whose use reaches 14% of the total number of 235 occurrences) are neither the largest nor the only users of *boludo*, contrary to what numerous dictionaries (e.g., Moliner, 2007) and other authors (e.g., Jørgensen, 2011) maintain, given that its use predominates among speakers between 21 and 40 years of age, that is, in people who enjoy a full social life and who are in the most productive life stage (71%). In addition, speakers between 41 and 60 years of age (15%) do not always distance themselves from the recurrent use of *boludo*, nor do even older people, which is demonstrated by some male representatives of the low and lower-middle social classes, although the women above 40 years of age involved in the sample practically abstain from its use (1%). Age, however, is not the only decisive factor. It is essential to take stylistic variation into account as well, since it reflects sensitivity to context, and explains the extreme changes that occur within the informal language of the same person under different situational circumstances. The frequency of the use of *boludo* in an intimate exchange among friends and/or peers is notably higher than in routine colloquial conversation, unaltered by the shift to intragroup style.

As far as social classes are concerned, we were unable to identify any sociolinguistic pattern. Still, it is noteworthy that *boludo*, even though it is an expression of pejorative origin, is not perceived as a stigmatizing term, given its high frequency in the speech of repre-

sentatives of the upper middle (52%) and high (19%) classes. The use of *boludo* among men and women seems balanced (women 53%, men 47%). Due to the limited number of speakers constituting the base sample for our quantitative analysis, we could, however, question the generalizing force of the conclusions drawn here. Therefore, the quantitative results are never assigned absolute validity and are always subject to triangulation with the results of the qualitative analysis.

Once the quantitative analysis is concluded, we proceed to the comparative analysis of the marker *boludo* with another Argentine marker, *che*, which we studied in 2014 according to the same research criteria. This contrastive section, which is developed in Chapter 10 (the last one), was motivated by the fact that there are authors who discuss their possible equivalence (cf. Ramírez and Estrada, 2003). Many of the functions and properties of a marker, moreover, emerge more clearly once contrasted with those of other markers. In our case, we decided to make comparisons at three levels: 1. qualitative, 2. quantitative and 3. triangulated (functional-positional qualitative-quantitative).

First, a qualitative comparison is carried out, from which it turned out that *che* and *boludo* are not always identified with the same conversational phases, because attentional *che* frequently plays the role of a conversation preparatory expression, whereas *boludo* lacks this capacity. We also found out that politeness norms that, on the one hand, allow a practically unlimited use of *che*, even in an informal exchange in a more hierarchical setting (*children* \lesssim *parents*, *subordinate* \lesssim *superior*), condemn the use of *boludo*. On the other hand, by substituting *boludo* for *che* in an interaction between close friends, valuable stylistic information would be lost, since the marker *boludo* functions as a sign of solidarity, affiliation and intragroup identity, a property that *che*, as a more neutral marker with general coverage, lacks. It has also been shown that the degree of expressivity achieved by the marker *boludo* is higher than that of any *che*, and that it is not the same to use a *che* and a *boludo* in an exchange between a native and a foreigner, since serious disrespect can occur when speakers do not share the same language level and/or underlying sociocultural knowledge. Hence, as far as qualitative observations are concerned, *boludo* and *che* cannot be considered equivalent.

A quantitative sociolinguistic comparison also showed that *boludo* and *che* are two unequal conversation markers. While *boludo* is more sensitive to situational and social context, and significant differ-

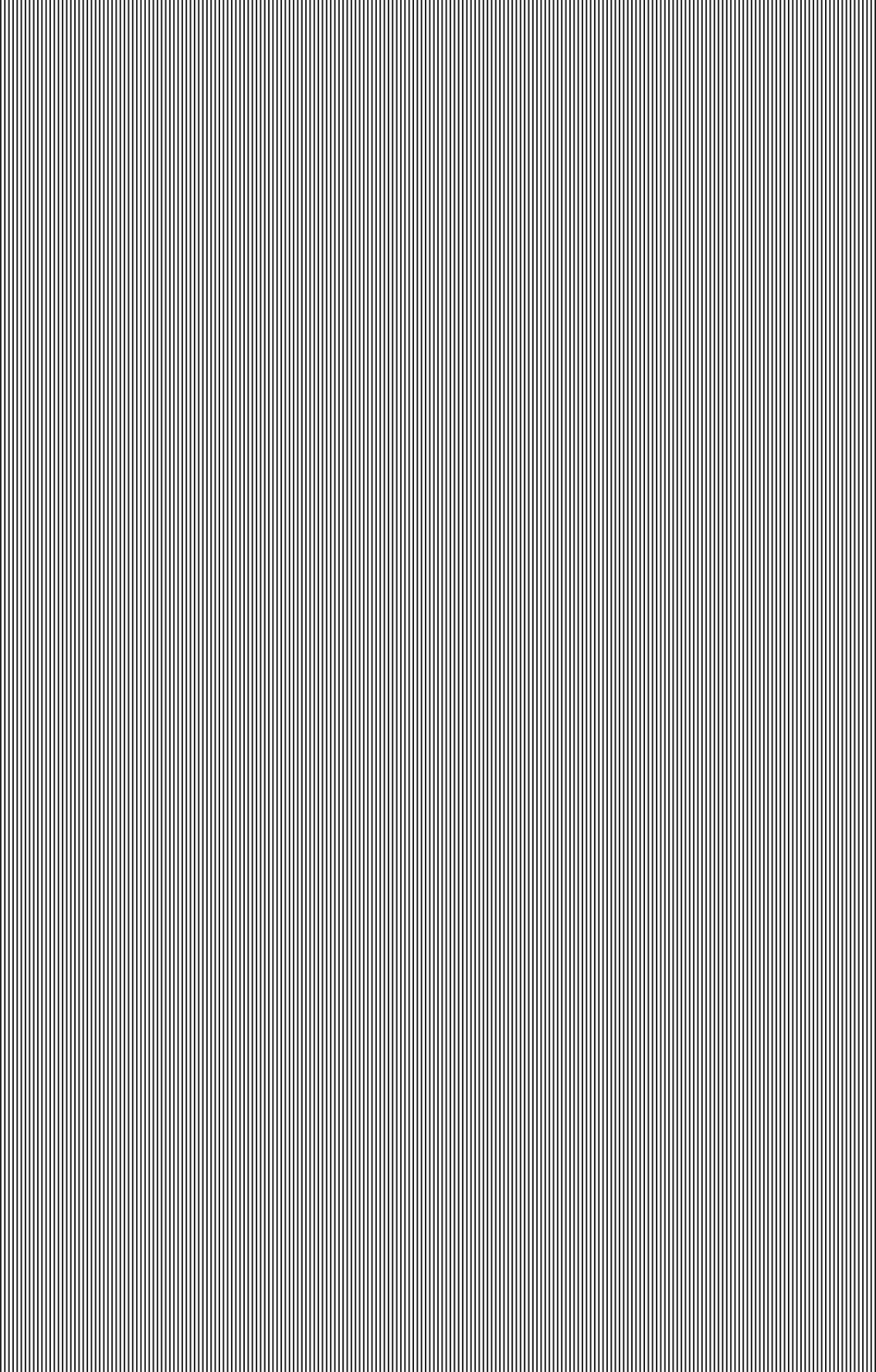
ences in its frequency of use caused by the shift to intragroup style are documented, the occurrence of *che* is more balanced in (the sample of) Argentine society, and this marker seems to be more universal. The key socially conditioned difference consists in the opposition between a more stylistically marked use (*boludo*) and a more neutral use (*che*). Therefore, somewhat simplified, the term *boludo* could be described more as a marker of intragroup identity at the micro level, while *che* would stand for national identity at the macro level.

According to a functional-positional qualitative-quantitative criterion, we found that even though both *boludo* and *che* are markers of the phatic function, because they somehow affect the communication channel, each one is used to represent a different component of this function. *Che* preferably appears in the initial position as a channel-opening device and as an attentional element. *Boludo*, on the other hand, appears mostly in the internal and final positions, from which it allows the speaker to maintain contact with his/her interlocutor or, respectively, to close the channel. Lastly, the results of the comparative analyses were triangulated with an additional brief survey. The introspective judgments of eight native speakers taken in 2019 essentially confirmed the conclusions we reached through our own analyses. The equivalence hypothesis of *che* and *boludo* was, thus, refuted.

Naturally, many intriguing questions related to the research on conversation markers were left pending and will be revisited on another occasion. One proposal for the future would be to study the appropriateness of the use of conversation markers in a cross-cultural exchange (outlined in Chapter 10), i.e., in communication between a native speaker and a foreigner. Another possibility, closely related to the previous one, is to (re)consider the integration of the teaching of colloquial interaction markers in the EL(S)E classroom. And finally, it is suggested to examine the evolution of the markers studied here from a diachronic perspective, which would allow for a reliable account of current trends in marker use, their (inter)generational effects, as well as their rise, persistence or decay and expiration.

To conclude, we see the key contribution of a detailed description of *boludo* and *che* in providing a comprehensive picture of what conversation markers actually are and what they are used for. It turns out that they are definitely more than just crutches or fillers. The mosaic of theoretical, methodological, and empirical pieces offered reflects the benefits of triangulating qualitative and quantitative strategies,

as well as linking conversation and discourse analysis with sociolinguistics and pragmatics. Thus, the monograph makes it clear that conversation markers need to be studied on the basis of an interdisciplinary approach, as the background and premises of discourse analysis alone, in which their research is usually embedded, will never be sufficient to explain their complex nature and dynamism. In addition, fascinating new insights into the emblematic elements of Argentine Spanish have been revealed, based on authentic conversational data collected by the author of this book in Buenos Aires. These will be further used to explore other exciting phenomena of Argentine Spanish.



**Problemas teóricos
y metodológicos
en el análisis sociolingüístico
de los marcadores
conversacionales: *boludo*
en el español argentino**

.....
Markéta Šmídová

Publicado por la Editorial de la Universidad
de Bohemia del Sur de České Budějovice,
Branišovská 1645/31a, 370 05 České Budějovice,
nju.jcu.cz, en la edición Episteme: Theoria

Editor responsable: Peter Demeter
Índice onomástico: Peter Demeter, Kristýna Matulová
y Petra Šmucarová
Revisoras: Claudia Vargas Barros y Markéta Maturová
Diseño gráfico y diagramación: Barbora Solperová
Impresión: INPRESS a. s., Žerotínova 554,
370 04 České Budějovice

Primera edición: České Budějovice, 2023

DOI: 10.32725/978-80-7694-024-6

ISBN: 978-80-7694-024-6

ISBN: 978-80-7694-025-3 (PDF)

Si bien los marcadores del discurso constituyen un tema arraigado en la lingüística, el marco teórico y metodológico para su investigación eficaz sigue poco desarrollado. Además, específicamente los marcadores conversacionales tienden a verse como una manifestación de pobreza léxica y a etiquetarse de meras palabras de relleno, aunque se trata de elementos fascinantes que facilitan la fluidez de la comunicación cara a cara. Por ello, la autora los presenta bajo una nueva luz. Situando el punto de partida conceptual en la intersección del análisis de la conversación, el análisis del discurso, la sociolingüística y la pragmática, identifica los escollos teóricos y metodológicos y recopila un corpus único. Luego, ilustra todo el proceso de investigación recurriendo al típico marcador argentino *boludo* y contrastándolo con su aparente competidor, *che*. Dirigido a hispanistas, el libro aporta datos auténticos, un enfoque interdisciplinario y una comprensión más profunda del español argentino.

Markéta Šmídová es Doctora en Lenguas Romances con especialización en español por la Facultad de Letras de la Universidad de Bohemia del Sur de České Budějovice, República Checa, donde es profesora de lingüística desde 2020. Sus actividades de investigación y docencia se enfocan en la sociolingüística, el análisis de la conversación y del discurso, la pragmática y la sintaxis. En 2012, estableció una estrecha colaboración con la Universidad Nacional de San Martín en Buenos Aires, Argentina, lo que le ha permitido realizar investigaciones de campo, recopilar material lingüístico auténtico y perfilarse en el análisis del español coloquial argentino. En el Centro de Teoría, Métodos y Modelos en Investigación Lingüística Contemporánea de la Facultad de Letras de la Universidad de Bohemia del Sur, investiga sobre su propio corpus oral los marcadores conversacionales (*che*, *boludo*) y otros fenómenos de la (hiper)sintaxis del español hablado.